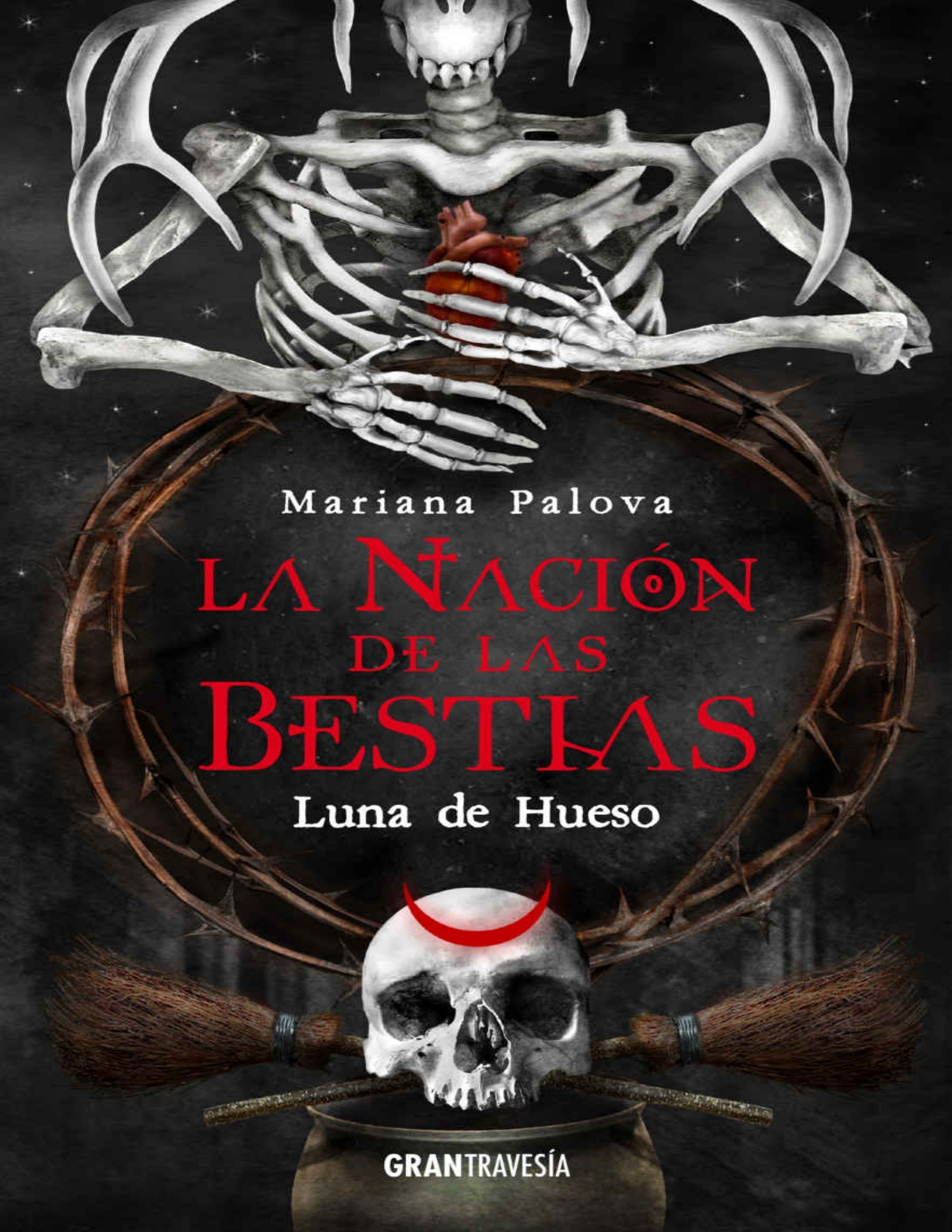
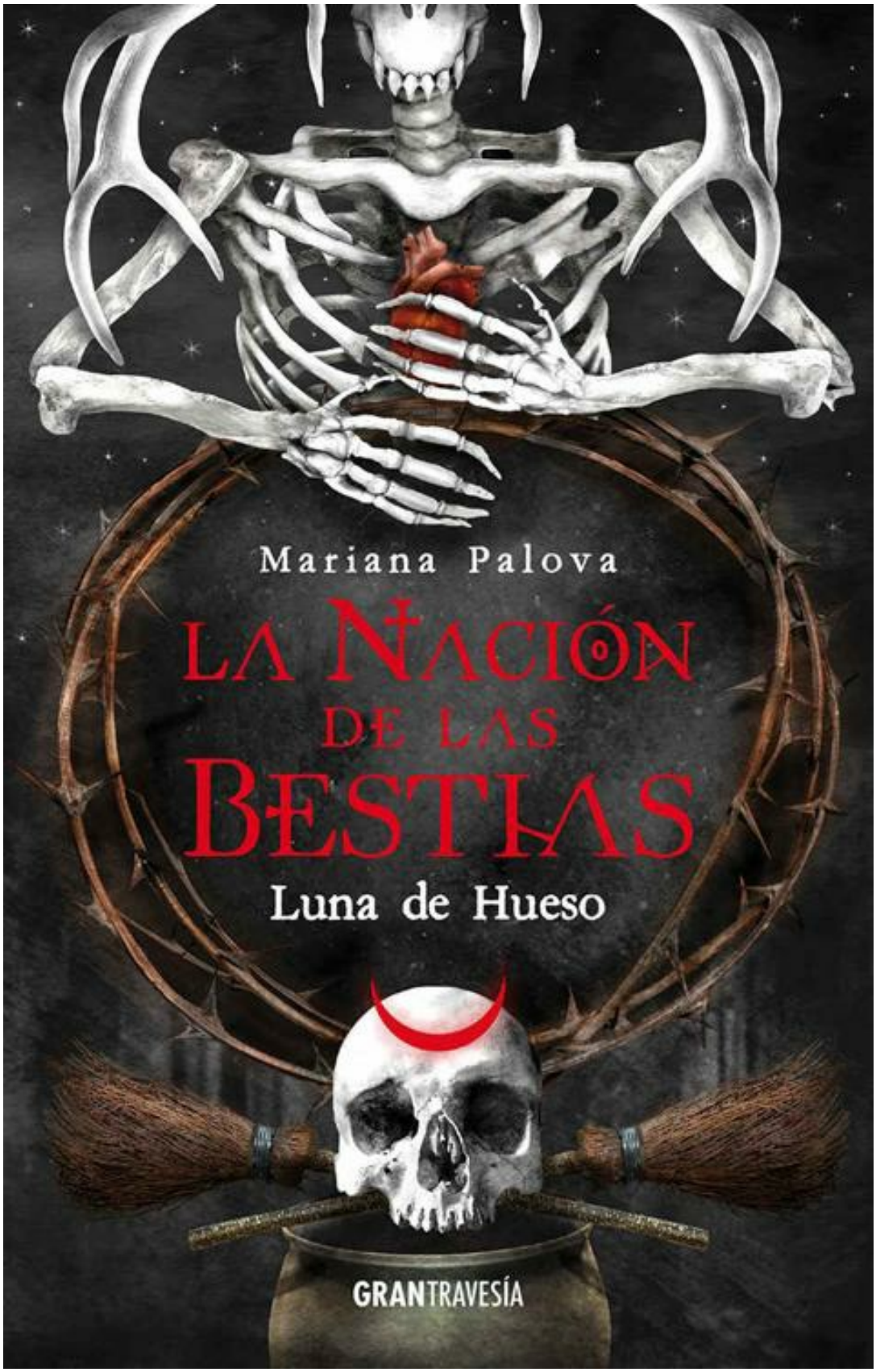
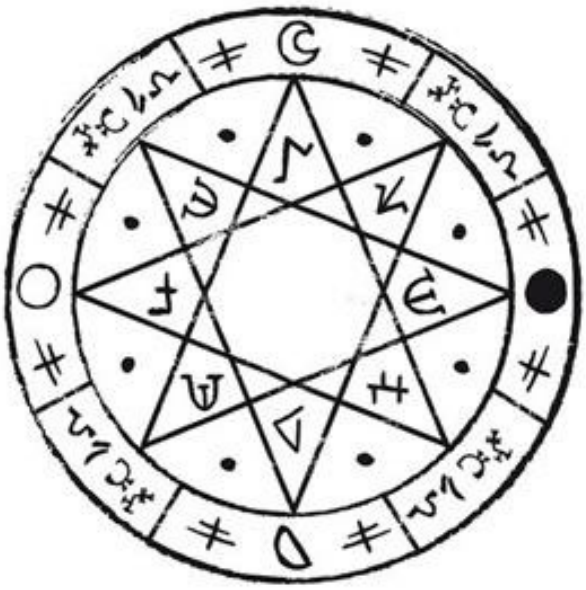

Mariana Palova
LA NACIÓN DE LAS BESTIAS
Luna de Hueso
GRANTRAVESÍA


Mariana Palova
LA NACIÓN DE LAS BESTIAS
Luna de Hueso
GRANTRAVESÍA

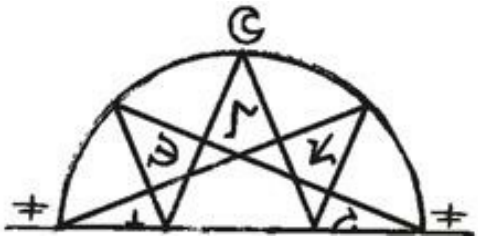
Mariana Palova

La Nación de las Bestias

Luna de Hueso



GRANTRAVESÍA



NOTA DE LA AUTORA

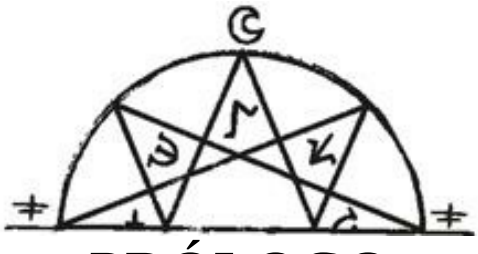
Algunas partes de los sistemas de magia utilizados en esta historia fueron sintetizadas y reinterpretadas para facilitar su incorporación a la trama; asimismo, algunos de los hechizos, rituales y símbolos han sido modificados para la seguridad del lector.

El *Culto a la Grieta Resplandeciente* y su contraparte son ficticios, pero están inspirados en tradiciones, sucesos y figuras históricas reales.

Ésta es la última puerta antes del despertar.

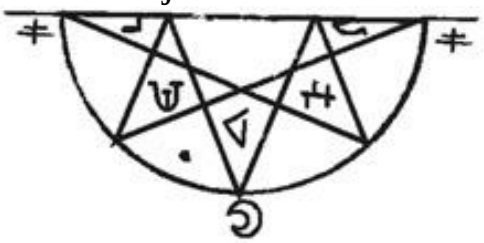
Bienvenidos de nuevo a nuestra Nación.

Este libro es para mí.
Mi viaje tuvo tanta niebla que creí
que me había perdido para siempre.
Pero decidí no rendirme.
Y volví a encontrar el camino.



PRÓLOGO

(El libro rojo de ~~Laurele~~ Elisse)



Frío.

Siempre he detestado el frío y no sólo por haber crecido en una India abrasada por el sol, o porque me traiga malas memorias de las montañas heladas del Himalaya, de las cuales poco puedo ya recordar.

No. Lo odio porque el frío me recuerda lo frágil que puedo llegar a ser. Miembros entumecidos, temblores incontrolables, resfriados que amenazan con volverse neumonías; sentirse cómodo y seguro en el frío es sólo para aquellos que ignoran lo que es carecer de abrigo para vestirte o de un techo bajo el cual refugiarte en las noches. Para los que no comprenden lo terrible que es sentir los dedos helados de la muerte ir adormeciéndote poco a poco hasta arrebatarte la vida sin que puedas hacer nada al respecto.

El frío es hambre y miseria. El frío es un símbolo de dolor.

Pero, por encima de todo, el frío es un maestro cruel que me ha enseñado tres cosas que ojalá nunca hubiese tenido la desgracia de aprender.

La primera y la más preocupante: la piedra filosofal, aquella espada dorada que le quité a aquel ser mitológico llamado Rebis, y que introduje en medio de mis costillas ha comenzado a *oprimir* mi magia.

Desde que la llevo conmigo, no sólo siento como si cargase una enorme piedra sobre el pecho, sino que cada vez que intento utilizar mi brujería, la espada la consume y la devora con su oro hermético, dejándome tan débil que aun respirar me resulta agotador.

Como si, en vez de otorgarme vida eterna, luchase ferozmente por arrebatármela.

La segunda revelación y la más terrible: a pesar de haber nacido del fuego y la devastación, el frío es algo que al monstruo dentro de mí parece gustarle.

Cada vez que mi piel se eriza, cada vez que mis labios se pintan de azul o mis dedos se engarrotan en medio de la noche, su murmullo se aclara, su voluntad me resulta más imperiosa y su hambre… oh, *su hambre*…

El frío me hace sentir que, a través de este espantoso viaje, no he hecho otra cosa más que traer a mi monstruo de hueso de vuelta a sus raíces. Al origen de su poder.

Finalmente, la tercera verdad, la más dolorosa de todas: el frío me mostró, de la forma más dura, lo fácil que fue perder al hombre al que amaba.

Y cuando mi garra de hueso lo soltó en el río del plano medio y lo vi precipitarse hacia el vacío sin poder hacer nada al respecto, quise que el frío terminara conmigo allí mismo. Que me congelase hasta no sentir nada más, porque aun si yo lograba salir del bardo de los espíritus y alcanzaba de nuevo la luz del mundo humano, nada de eso me importaría.

Había sobrevivido a Laurele y al Señor del Sabbath, a la abominable alquimista Jocelyn Blake y a los legendarios tramperos Lander. Había sacrificado a Adam, a Red Buffalo, a lo que quedaba del amor de mi familia y aun así… no había logrado salvar a Tared.

No, era absurdo seguir adelante, ¿por qué más valdría la pena pelear si todo lo que juré proteger se había deslizado fuera de mis manos para desaparecer en el abismo?

Así que, a medida que él se hundía, cerré los ojos también. El frío era tan terrible que casi podía sentir mis huesos encogerse, y la luz que había hecho nacer en mi mano para iluminar la negrura, poco a poco se apagaba como una diminuta flama en medio de la oscuridad. El sabor metálico de la sangre inundaba mi paladar, mi brazo entero dolía debido a ese último disparo con el que me habían alcanzado los tramperos, el terrible peso de la espada me ahogaba con más rapidez que el agua alrededor. Y mis astas, plateadas y brillantes contra las sombras, ya no eran más que una corona maldita que me empujaba cada vez más hacia el vacío.

Mientras descendía, miré sobre mi hombro, hacia abajo, hacia aquel pozo infinito donde ya no había vida ni espíritus ni engendros: la profunda frontera del plano medio, el último paso a la muerte definitiva. Y de ese lugar, de esa franja gruesa y oscura que separa todo lo que existe y lo que deja de existir, brotó un sonido extraño, tan quedo que no sabía si lo que escuchaba era más bien el flujo sanguíneo en mis tímpanos.

Al principio parecía estática, como cuando enciendes un televisor antiguo y aparece el tono del ruido blanco por la pantalla, pero después, comprendí que era un río infinito de gritos, de bramidos que *clamaban por mi llegada*.

¿Se trataban de las propias voces del monstruo dentro de mí, escapando de mi cuerpo ante el inevitable alcance de la muerte? Ya no me interesaba saberlo, así que cerré los ojos y me dejé sofocar por la idea de que tal vez siempre había sido mi destino volver a esa oscuridad y a lo que

fuera que me esperara allí abajo. Tal vez *eso* fuera el único hogar al que podía aspirar, porque si algo tenía por seguro es que ya no había forma de que pudiera pertenecer a mi gente de nuevo.

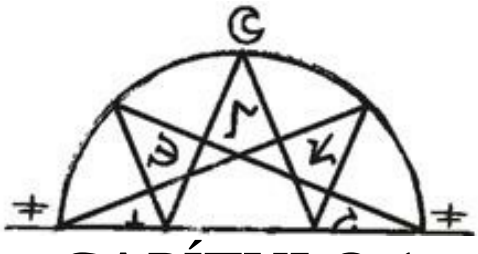
Por primera vez, desde que había comenzado mi odisea en Nueva Orleans, estaba listo para que todo terminara.

Pero fue allí, en medio de la soporífera resignación de haber perdido la batalla, que una aurora brillante quebró la penumbra como una flecha. Todo resplandeció y las voces se desvanecieron junto con las sombras en las que habitaban.

Abrí los ojos de nuevo y al ver esa claridad y ser arrastrado de vuelta a la vida en contra de mi voluntad, me di cuenta de que, por más que lo deseara, no podía darme el lujo de morir en ese momento.

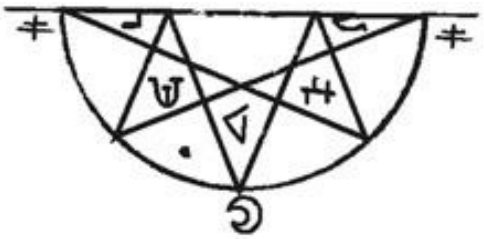
Porque no sólo mi mundo, sino el de todos los errantes, ése por el que habíamos luchado para proteger durante siglos, estaba a punto de derrumbarse.

PRIMERA FASE
UN MONSTRUO
MENGUANTE



CAPÍTULO 1

UN PACTO FRÁGIL



19 años atrás

Hace más de un milenio escogí ser la creadora de un nuevo dios.

Una elección que, sin saberlo, me convertiría en la madre de una fuerza indestructible y arrebatadora de la naturaleza.

Después, se nos dio *a ti* y *a mí* un último regalo: la primera parte de una premonición: una advertencia lejana que anunciaba el Triunfo de la Luna, la cual, aun cuando volvería de entre la nieve, pequeña e insignificante como la última espiga del invierno, tendría el poder de rasgar para siempre el velo que separa a los vivos de los muertos.

Pero apenas hace un año recibí *la segunda parte* de ese vaticinio. Y entonces, supe que necesitaba despertar al menos tres magias. Tres ofrendas, tres pactos que aguardarían el regreso de aquella criatura que me había convertido en madre.

Y el último de esos pactos acaba de ser concretado, porque la mujer tirada a mis faldas, con los pechos expuestos al escrutinio de la noche y la cara torcida dentro de la niebla, expira, por fin.

El *athame,* el gran cuchillo de hierro blanco que empuño en mi mano se regocija, satisfecho al ver el símbolo que he trazado con su afilada punta, sobre la zona del corazón.

La ofrenda ha sido aceptada. Y lo sé porque, por encima del olor a carne quemada que desprende mi palma, empiezo a percibir el aroma de miles de flores.

El bosque enmudece al ver que abandono a mi víctima y me abro paso en sus entrañas, orgullosa y altiva contra el invierno que suspira en mi cara, la única parte de mi cuerpo que aún conserva su piel. Esta noche es dura, la más fría de la estación, pero no es suficiente para amedrentarme. La flama de la devoción que siento por mi criatura me ha devuelto la fuerza, de la cual estos largos años de espera intentaron despojarme, así que deslizo con más ímpetu mis pies a través de los restos de escarcha, lodo y hojarasca. Los gusanos congelados se retuercen y vuelven a la vida, la noche me observa con una luna entintada de rojo.

Me adentro en la espesura de endrinos negros como el hollín para seguir la ruta del viejo camino. La última vez que estuve aquí fue hace un milenio, pero tal como mi cuerpo, el bosque que me rodea, maldito, también se detuvo en el tiempo.

A cada paso que doy, observo con placer cómo el suelo burbujea cual caldero hirviente, a la par que desentierra decenas de columnas vertebrales antiguas, todas iguales, todas cosecha de la más brutal de mis semillas.

Un cementerio sin tumbas. Un camposanto entero para un solo cadáver.

Sonrío con placer al pensar en la furia que debes sentir al escucharme caminar sobre la tierra.

Escupo sobre los restos mientras mi túnica adquiere un matiz escarlata al rozar mis músculos despellejados, un hedor dulce que pronto perciben los espíritus que poco a poco despiertan en la oscuridad.

Los encuentro acuclillados detrás de las espinas, percibo sus ojos rojos como el carbón. Me observan. Me huelen. No saben quién soy, nunca me han visto antes, pero me desean como las moscas asedian la carne podrida, me buscan como anhelan a toda criatura con magia que pone un pie en estas tierras revueltas de sombras. Sus bocas famélicas se tuercen, sus entrepiernas se humedecen al percibir la sangre que impregna mi vestido, pero no se atreven a acercarse, no cuando la niebla del Señor del Sabbath me envuelve, la furia del trotapieles del desierto palpita en mis venas y un último pacto se derrama en la hoja blanca de mi daga.

—Tres magias. Tres pactos. Tres lealtades atadas a mi voluntad —repito con orgullo, como si quisiera mostrarte todas las cosas terribles que tuve que hacer por tu causa.

Llego hasta el corazón del cementerio, el sitio donde el viejo sendero se convierte en una

estrella de ocho puntas, un cruce de caminos que los árboles rodean como un altar para los dioses que sólo despiertan después del crepúsculo.

Y, en medio, encuentro los restos de una fogata.

Camino alrededor del enclave tres veces. Me agacho y doy vida a la hoguera con el simple roce de mis manos, para después volver a circular.

No es calor lo que busco, sino librarme de esta desesperación.

Pero las doce dan paso a la una, la una se desdobla en las dos, las dos se convierten en las tres. Y cuando el sol comienza a vencer a la Estrella de la Mañana sin un remusgo de lo que llevo siglos esperando escuchar entre estos árboles, mi agonía se transforma en furia.

—*¿Dónde está?* —grito—. La predicción que hice era clara, ¡ésta era la noche! ¡¿Dónde está ese…?!

Me quedo quieta y el viento ulula en mis faldas, hasta que un gallo canta en la lejanía. Dos veces nada más.

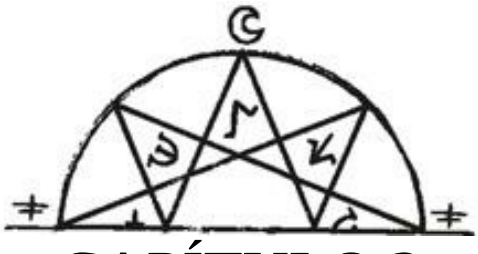
El llamado me hace mirar hacia donde el alba rompe el horizonte negro de la noche. Mis ojos se llenan de alivio y mis brazos se alargan hacia la silueta que se acerca entre la nieve. Distingo sus hombros anchos, su cuerpo alto y el rubio de su cabello como un halo celestial alrededor de su cabeza.

—¡Por fin, por fin, padre de mi criatura! —exclamo jubilosa—. ¡Por fin has…!

Cierro la boca cuando la luz de la hoguera ilumina al hombre. Los demonios de las sombras callan y se levantan, sonrientes ante mi horror. El *athame* blanco se desliza de mis manos para caer al suelo y hacerse polvo como si estuviese hecho de cenizas. Y al verme indefensa, paralizada desde los dedos a la cabeza por una magia que tenía más de un milenio sin sentir, ellos me rodean. Tiran de mis ropas hasta arrancármelas con el deseo de llevarme con ellos, a las sombras.

Pero nada de eso me importa. Porque esta noche yo esperaba la llegada de un *bebé*.

Pero lo que tengo frente a mí… es a un hombre con los brazos vacíos.



CAPÍTULO 2

TEMBLOR

Una campanilla suena sobre mi cabeza cuando empujo la puerta de aluminio para pasar. Y al adentrarme en el pequeño establecimiento de carretera, lo primero que alerta mis sentidos no es el tufo a licor ni el tintineo de los tragos servidos por el cantinero: es el intenso olor a errante que desprende un grupo de motociclistas, apretujados en una esquina del bar.

Pero, a pesar del potente tirón que siento en mis entrañas, ninguno de aquel Atrapasueños dirige la cabeza hacia mí.

Me quito la escarcha de los hombros y voy hacia las mesas atiborradas de camioneros. Por suerte, el calor del lugar me ayuda a controlar un poco las sacudidas de mi cuerpo, protegido sólo por una cazadora gris y los delgados vaqueros que poco han podido hacer contra el condenado clima del exterior.

En mi trayecto, un corpulento y solitario errante llama mi atención. Vestido con una gruesa chamarra de cuero, está sentado ante la barra de bebidas, apartado del grupo de motociclistas. Sus manos aprietan un tarro de cerveza y sus ojos, grises como los de Johanna, están clavados en el único televisor del lugar.

Me acerco hacia él, demasiado cansado como para prestar atención al silbido obsceno de un borracho a mis espaldas. Y paso a paso, las voces del monstruo de hueso se alzan ante la cercanía de *otro* de mi raza.

¿Tu raza?, se burla. Tú y yo somos… bestias de otra clase.

Me siento en el banco al lado del perpetuasangre. Y en cuanto pongo los brazos sobre la barra, él mira hacia mi mano izquierda, aquella que oculta mis dedos descarnados bajo un guante

de lana percudida. Los vellos de su nuca se erizan en un reflejo instintivo de su ancestro, uno que desprende un penetrante olor a montaña.

Recurro al poco autocontrol que me queda para no gruñir de irritación.

—¿Alguna novedad? —pregunto en voz baja. Los ojos del motociclista se desvían hacia mi cara, cosa que aprovecho para meter ambas manos en los bolsillos de la chamarra, lejos de su vista. Él mueve la cabeza de un lado a otro e intenta ignorar la inquietud del espíritu en su interior.

—Por suerte, no —responde para luego apurar un trago a su cerveza. Observo la hilera de botellas de cristal detrás de la barra, repentinamente sediento.

—Es cuestión de tiempo para que nos encuentren —digo, aún con la mirada fija en el licor—. Los Lander sólo están esperando el momento oportuno para acabar con todos nosotros. Y estoy bastante seguro de que pretenden divertirse mucho en el proceso.

Mis palabras aceleran los latidos de su corazón. Y ante nuestro breve pero gélido silencio, la voz del hombre a mi lado silencia el ruido del bar.

—Dios santo, ¿qué fue lo que hiciste allá, en Utah, muchacho?

Al girar hacia él, encuentro algo que me hace arrugar la nariz: *miedo*. El tipo me teme, porque su pregunta no fue un “qué pasó” ni un “qué les hicieron”, sino un “qué hiciste”.

De pronto, mi cansancio se desvanece y da paso a un fuego diferente, porque su ancestro, demasiado perceptivo para mi gusto, ha logrado ver una oscuridad que ya no tengo fuerzas para ocultar.

Me pongo de pie, despacio. El perpetuasangre abre bien los ojos y se echa hacia atrás, como si mi pequeño cuerpo fuese una amenaza contra la imponencia del suyo. Pero antes de que pueda dar un paso hacia él, alguien toma mi brazo y lo tuerce.

—¡Oye, tú! ¿Qué edad tienes? —exclama el cantinero, que se estira desde atrás de la barra—. Muéstrame tu identificación, *¡ahora!*

Quémale el maldito brazo…

Y por unos segundos, *lo intento*. Intento llamar al fuego de mi magia para quemarle la palma entera al hombre, pero la espada filosofal dentro de mí lo ahoga como si disparase agua helada a través de mis venas.

Frustrado, empujo mi brujería con toda mi voluntad hasta que una chispa de rabia logra desatar un tenue calor bajo la piel de mi brazo.

Un calor que crece.

Y crece.

Y crece.

¡QUÉMALO!

Cuando estoy a punto de hacer aquel fuego estallar, cinco dedos grandes y pesados se colocan sobre mi hombro y tiran de mí, logrando que el cantinero, sorprendido, me suelte. El fuego se extingue de inmediato al encontrarme con los ojos azules de Tared.

Y su mirada, más fría que un témpano, hace que Wéndigo se agazape furioso dentro de mí.

Abro y cierro la boca, pero antes de que pueda replicar, él señala con un rápido movimiento de cabeza hacia atrás, a la puerta del bar. Bajo la barbilla y me suelto de su agarre con una sacudida.

El líder de Comus Bayou se da la mano con el perpetuasangre. Éste llama a Tared "hermano" casi con alivio, como si todo el temor que sentía hace unos instantes se hubiera desvanecido con la presencia de…

Uno de los suyos.

Salgo del bar a zancadas y el frío de afuera me recibe con un latigazo. Aunque ya dejó de nevar, la gruesa capa de nieve que cubre los costados de la carretera y el cielo gris del mediodía me hacen sentir como si la tormenta nunca se hubiese acabado.

Encuentro, sobre el porche del establecimiento, nuestras mochilas de viaje tiradas de forma descuidada. Las paso de lado sin la mínima intención de recogerlas, y cruzo de manera distraída el estacionamiento lleno de motos y camionetas con las llantas envueltas en cadenas, preparadas para soportar los caminos helados. El tintineo de las botellas y el murmullo del bar desaparecen cuando llego a la orilla del estacionamiento, donde comienza una línea de árboles despojados de follaje.

La falda del bosque cruje con suavidad bajo mis botas. Camino un poco, sin dirección, hasta que el peso de la espada me obliga a ponerme en cuclillas para tomar aire. Miro la nieve unos segundos y me quito el guante para hundir mi mano humana en el manto. Dejo los dedos clavados allí y permito al hielo latir sobre mi piel hasta que la quemazón se vuelve insoportable.

Y cuando por fin la rabia se disipa a causa del dolor, un gemido escapa de mi garganta.

—¡Carajo! ¡Carajo! —retraigo mi mano contra mi pecho, como si eso ayudase a contener esa parte de mí que tanto lucha por dominarme.

Estuve a punto de quemarle el brazo al empleado de ese bar, de lastimar a un ser humano que no tenía nada que ver con mis problemas. Y encima, también traté de esa manera tan hostil a un hermano que sólo estaba asustado por razones completamente comprensibles.

Eso no era tu hermano…...

—¡Cierra el maldito hocico de una vez!

Mi grito retumba en el bosque. Y aunque Wéndigo guarda silencio, sonríe con todos los dientes, porque sabe que tiene razón. No puedo culpar a aquel perpetuasangre por haberse sentido así, ni a él, ni a cualquier otro errante que se tope conmigo durante nuestro viaje a través

del estado de Montana.

Pero lo peor de todo fue que Tared ha sido testigo, una vez más, de lo terrible que puedo llegar a ser.

Con dificultad, me levanto y regreso sobre mis pasos. Salgo por el desnivel y vuelvo a dar vueltas por el estacionamiento. Aunque la tentación de invocar de nuevo mi fuego interior para tratar de calentarme es enorme, desecho la idea de inmediato. No tengo ganas de perder más energía y sentirme todavía peor que ahora.

Minutos después enderezo la espalda al ver a Tared salir del bar con unas llaves entre los dedos. Recoge nuestras mochilas del porche, se acerca con la mirada fija en el suelo y, sin decir una palabra, *como si yo no estuviera aquí,* pasa a mi lado sin siquiera voltear a verme.

A decir verdad, me habría hecho menos daño una bofetada.

Cuando rodea el local y se pierde en la parte trasera del estacionamiento, decido por fin seguirlo. Pronto, Tared, el lobo, me guía hacia una camioneta estacionada en una esquina, una *pickup* color beige ya desvencijada por los años. Después de abrir el vehículo, lo primero que hace es meter la mano bajo el asiento del copiloto. Con discreción, arrastra sobre el tapete una larga escopeta, de gran calibre. Tared mira el arma de arriba abajo y vuelve a ocultarla.

El recuerdo de cuando lo vi hacer algo similar hace más de un año, allá en Nueva Orleans, me viene a la cabeza de pronto.

Noto que también hay una caja de municiones bajo el asiento y unos cuantos bultos en el espacio en la parte trasera; chamarras gruesas de plumón y lana con un aspecto mucho más confortable que la delgada cazadora que llevo encima. Él guarda ambas mochilas y retrocede para dar la vuelta al vehículo y subirse al asiento del conductor. Se acomoda el cinturón, fija su mirada en el parabrisas y tan sólo la desvía hacia mí cuando, tras unos largos segundos, yo sigo sin acercarme. El devorapieles me descubre con las botas quietas en el pavimento mientras intento hallar vestigios de nuestro *vínculo*, esa delgada línea que unía su corazón con el mío y que tiraba desesperadamente de nosotros con tal de unirnos de nuevo. Pero no encuentro nada… Porque esa unión ya no existe.

La garra *dentro de mi pecho* me hace llevarme una mano al esternón.

—¿Qué estás…?

—¿Me odias? —pregunto en voz baja, sin mirarlo a los ojos—. ¿O sólo me tienes miedo, al igual que ese hombre?

Vaya. Qué extraño es escuchar en mí ese matiz de tristeza cuando, en mi cabeza, todo el tiempo estoy enojado.

El silencio de Tared me hace sentir como si una roca se balanceara sobre mi cabeza. Y lo peor es que, a mi pesar, no sé cuál de las dos opciones me dolería más.

—Si me dejas aquí —continúo— toda esta pesadilla terminará para ti. Para todos. No

necesitas seguir cargando conmigo. No tienes por qué…

Estar con alguien a quien detestas.

Tared aprieta el volante entre los dedos y mira hacia el frente durante unos segundos tan largos que parece considerar mis palabras.

Wéndigo musita y, como si lo hubiese escuchado, el lobo niega con la cabeza.

—Sube —dice con sobriedad. Tanta que no siento ningún alivio. Ninguna felicidad.

Tan sólo un tímido temblor.

Me acerco, encorvado. Abro la puerta y trepo sobre el asiento cubierto por algunas cobijas de lana. El olor del errante a quien pertenecía este vehículo persiste en el interior, lo que atiza el hambre del monstruo dentro de mí.

Tared enciende el vehículo, se desplaza por el estacionamiento y toma rumbo hacia la carretera, mientras algunos miembros del Atrapasueños salen del bar. El perpetuasangre con quien tuve el incidente hace una señal hacia el lobo a modo de despedida, mientras que yo no me atrevo a quitar la mirada del tablero.

Pronto, entramos en el asfalto, y la tensión se prolonga a medida que avanzamos cada vez más rápido por el camino de árboles flacos y montañas grisáceas. Y aun cuando el invierno del norte lo congela todo, el frío dentro de la cabina me parece mucho más desolador.

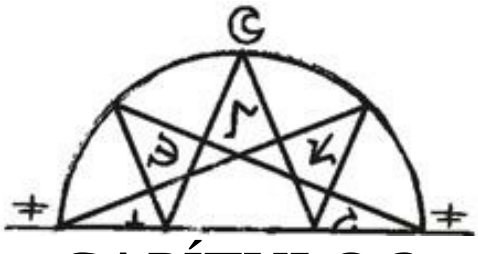
El lobo pisa el acelerador y el pequeño aglomerado de negocios de carretera por fin se pierde a nuestras espaldas. Copos de nieve se acumulan despacio sobre el parabrisas.

Al pasar un letrero que nos marca la ruta hacia la carretera estatal, recargo el hombro contra la puerta de la camioneta y me rodeo con mis propios brazos, rendido ante la fatiga.

No vale la pena…...

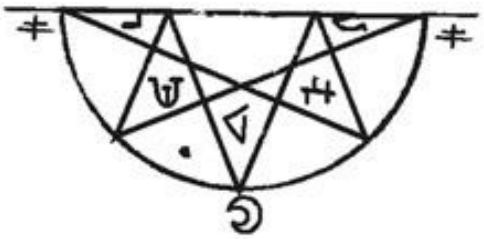
Hoy, Wéndigo está más hablador de lo normal. Eso o son mis propios pensamientos, los cuales ya no se diferencian mucho a la voz del monstruo dentro de mí.

No lo sé. Ya no estoy seguro de nada.



CAPÍTULO 3

UNA GRIETA RESPLANDECIENTE



Blanca y feroz, una luz ilumina de pronto el costado de mi cara para despertarme como el beso de un amante violento.

Abro los ojos y el desmesurado resplandor, agresivo e hiriente, comienza a debilitarse, a convertirse en un brillo tenue sobre las paredes de tierra y roca de mi prisión.

La última vez que fui agredida por este brillo lunar, la celda era toda plomo fundido, fuego y calor que me derretía la planta de los pies. Pero ahora, el suelo está tapizado de una nieve tan mortífera que hasta mi sangre se torna de cristal. ¿Cuánto habré dormido esta vez? ¿Horas, días, semanas? ¿Cuántos suplicios, cuántos ciclos habrán pasado desde que vi saltar a mi hijo de aquella catarata?

Giro la cabeza hacia la ventana de mi celda, hacia aquel *portal* por donde brota la insistente luz. Mi nuca unida al suelo por raíces se desgarra con el movimiento, pero la agonía ya sólo me es costumbre, así que observo aquel llamado hasta que decido arrancar mi cuerpo desnudo de la tierra para levantarme.

Sangro, sangro en abundancia, y la tierra debajo de mí absorbe mis fluidos con desesperación, se alimenta de mi dolor y me mantiene viva a la vez para recordarme que la misericordia del plano medio es tan inmensa como su apetito. Y con eso, empiezo a caminar entre las sombras, confiada en que mis pies y manos despellejadas ya han memorizado cada roca,

cada fruto necrótico, cada columna vertebral con la que he tropezado a lo largo de mi permanencia en este lugar de muros ovalados; un Tártaro que ahora es mío, aun cuando yo misma lo construí para ti.

Me detengo frente a la ventana, una boca de absoluta oscuridad empotrada en medio de la pared curva, y escucho el sonido del agua detrás del portal, la voz de un pacto entre este mundo y el otro.

Mi vientre se hincha como un nido al acariciar con mis manos sangrantes *las cinco marcas de garras* hendidas más allá del borde de la ventana. El rastro escarlata parece complacer al velo entre el plano espiritual y el humano, puesto que, en cuestión de segundos, escucho el rugido del mar.

Un vendaval escupe agua salada desde el interior del portal hacia mi cara como una brisa de cuchillos. Me echo hacia atrás, pero la tempestad amaina y el agua de la ventana se queda quieta como la superficie de un estanque en el subsuelo.

Sólo así soy capaz de sumergir la cabeza.

Allí dentro, todo es negrura. La miro por largos minutos hasta que mis pulmones suplican por aire. Me aferro con huesos y uñas al borde para soportar la asfixia mientras mi cuerpo se convulsiona ajeno a mi voluntad.

Y al vislumbrar la muerte en mi pecho cada vez más apretado, el vínculo entre lo vivo y lo muerto por fin se establece; la oscuridad se disipa y el agua se evapora alrededor, lo que me permite de nuevo respirar.

Con mi magia oprimida por esta cárcel maldita, me he quedado sola con mis tres pactos. Tres magias por las que ahora, en este siglo, se me ha dado el nombre de “Mara”.

Pero más allá de eso, ya sólo soy un escalofrío en la nuca, una sombra en el rabillo del párpado, un ojo que observa en la oscuridad.

Y tal como lo esperaba, puedo ver una vez más a mi criatura, pero ahora en medio de la nieve. Tan magnífico, ¡tan hermoso que podría devorarlo con tal de sentirlo dentro de mi vientre! Mi creación, mi amado, mi hijo, ¡cómo desearía lamer las lágrimas que la bestia obscena que está a su lado le ha hecho derramar! ¿Por qué no se da cuenta del ser vulgar y frágil en el que se transforma cada vez que busca el calor de aquel animal inmundo? ¿Por qué se niega a ver que su camino, destinado a la grandeza, se ha vuelto un sendero de espinas y fantasmas desde el momento en el que decidió convertirlo en su objeto de deseo?

Quisiera retorcerle el cuello hasta desprenderle la cabeza, abrirle el vientre en canal y usar sus tripas para buscar algo más que un vaticinio entre ellas…

Pero por ahora, lo único que puedo hacer es esperar. Observar y esperar, tanto como tú lo has hecho durante estos diecinueve años.

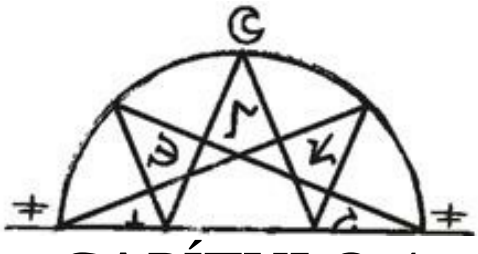
Saco la cabeza del portal y retrocedo para volver a recostarme sobre el suelo. Las raíces frías

se remueven en la tierra como gusanos para alcanzarme; se introducen con puntas afiladas por cada cavidad de mi cuerpo para paralizar mi magia y unirme al plano de los espíritus, hasta que el portal necesite mostrarme algo de nuevo.

Después, miro hacia la puerta de madera detrás de mí, justo en contraposición con la ventana, hecha para que la única forma de salir de aquí sea si alguien la abre desde afuera.

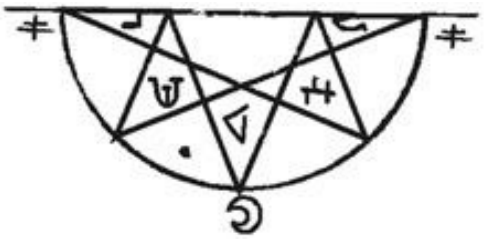
El dolor que inflige esta celda sería brutal para cualquiera, pero para mí ya sólo es pasajero, porque el día en el que tú me encerraste aquí, me fue revelada la *tercera parte* de la premonición: cuando caiga la última magia, mi criatura *resucitará*. Y ese día, por fin se abrirá esa puerta.

Y cuando eso suceda, el mundo despertará de su sueño.



CAPÍTULO 4

UN MILAGRO DECEPCIONANTE



El dolor en mi pecho me obliga a despertar, jadeando. Abro los ojos y me encuentro solo en la cabina de la camioneta, recostado boca arriba a lo largo del asiento y con el peso de una cobija sobre mi cuerpo. Intento respirar, pero no logro llenar mis pulmones por completo, así que me hago un ovillo hasta que la presión se vuelve más o menos tolerable.

Me levanto, miro alrededor y descubro que estoy en el estacionamiento de un motel de carretera. Al lado hay un autoservicio con un restaurante diseñado para asemejarse a una cabaña, de esos que pululan por zonas montañosas como ésta. También hay una gasolinera del otro lado del camino, con un solitario tráiler cuyo tubo de escape expulsa humo negro que contrasta con el anaranjado del atardecer.

Al parecer, he dormido por lo menos tres horas, pero me siento como si no lo hubiese hecho desde hace semanas. El invierno devora los días con tanta rapidez…

Reúno el valor para apartar la cobija. Me ajusto el gorro de lana, me pongo una chamarra blanca de plumón que encuentro detrás del asiento y bajo de la camioneta, resintiéndome del peso de la espada en cuanto pongo los pies sobre el asfalto resbaladizo. La ventisca me llena la cara de diminutos copos de nieve que tampoco me hacen ningún favor.

Sin ganas de desnucarme en una caída, me acerco con cuidado al comercio, donde un oso de madera con un letrero de “bienvenidos” me recibe en la puerta de cristal. Al entrar, el agradable sopor de la calefacción me hace suspirar de alivio y volver a sentir los dedos de mi mano humana.

El sitio es grande y muy rústico, tan alusivo a una cabaña como su exterior, pero no está muy

concurrido; apenas hay un par de turistas con tablas de nieve y un camionero que deambula por el pasillo, lo que me hace pensar que pasamos por una zona muy aislada o lejos de un foco turístico. Idea que, por alguna razón, no me termina de gustar.

Paso de largo la pequeña sección de autoservicio, aunque no sin antes dar un vistazo a los pasillos abarrotados de víveres, recuerdos de la región y artículos de viaje. No tengo idea de cuánto dinero nos queda para el resto del camino, pero ya no debe ser demasiado.

Pronto, logro divisar a Tared. Está sentado en una butaca al fondo de la zona del restaurante y tiene la mirada clavada en el celular que sostiene entre las manos, mientras la ventisca, ahora más vigorosa, golpea contra la ventana a su lado.

La sensación de la cobija que tenía encima al despertar, ésa que estoy seguro de que no me puse yo mismo entre sueños, aún acaricia mi piel. Pero cuando el lobo ni siquiera levanta la cabeza al acercarme, me desaferro de inmediato de esa ilusión.

Me siento en el lado contrario de la mesa y observo los platos de comida. La sopa frente a mí parece tibia, como si ya tuviese un tiempo servida, mientras que una lata de Red Bull abierta al lado de Tared me recuerda que no soy el único cansado aquí. ¿Hace cuánto que no dormimos más de cuatro o cinco horas seguidas? ¿Seis, siete días?

¿Hace cuánto que él no duerme con tal de vigilarnos?

Alargo mi mano hacia la cuchara. Nada más tocarla, el devorapieles deja el teléfono a un lado, toma su emparedado y, en completo silencio, comienza a comer.

Al sentir la humedad subir sin tregua hacia mis ojos me veo obligado a voltear hacia el vidrio y contemplar la nieve bajar, porque *esto* es lo que más me duele de todo: la cobija, la comida, su silenciosa sensatez; el hecho de saber que, sin importar qué tan responsable sea el hombre lobo conmigo, sus gestos son en realidad mecánicos y repetitivos, carentes de afecto, porque aun cuando nuestros cuerpos lograron salir del plano medio, una parte de nosotros se quedó allí abajo, perdida para siempre en la oscuridad. Tared jamás dejó de ser el líder, el errante leal, el protector… pero yo ya nunca volveré a ser el mismo de antes.

Y eso significa que ya no soy aquel chico a quien alguna vez él amó.

¿De verdad crees que lo hizo? No eras más que un juguete.

En vez de responderle a Wéndigo, miro de reojo al devorapieles, quien se ha acabado su plato en tres bocados para poder volcar su atención otra vez al celular. Siento una punzada en el pecho porque, para mantenerse sano, necesitaría comer dos o tres porciones más, por lo menos. Es un guerrero, alguien que necesita valerse de su fuerza física, él no es…

Un errante con magia.

Inquieta, mi mano enguantada se estruja contra mi regazo, como si tuviese vida propia al recordar el vacío del plano medio. El frío, la asfixia, la desesperación y de pronto…

La luz. La grieta sobre el abismo.

Vuelvo la mirada hacia la ventana y observo unas huellas en la nieve, sobre la jardinera. Los sucesos que vivimos al saltar por la catarata de Stonefall regresan a atormentarme, porque hasta el día de hoy sigo sin creer cómo pudimos salir vivos de eso.

No, ¿cómo es que *Tared* salió vivo de eso?

Cierro los ojos un momento y vuelvo a recordarlo todo, con tanta nitidez que siento la misma angustia trepar por mi garganta, como si en este preciso instante él estuviese desapareciendo de nuevo en la oscuridad.

En aquel momento, cuando caíamos en el agua, mi magia había logrado hacer que el hombre lobo cruzase al plano medio conmigo, lo que de por sí ya era un auténtico logro, pero eso no significaba que pudiese mantenerlo con vida *dentro de él*, así que sólo era cuestión de minutos, instantes, tal vez, para que el peso del mundo espiritual lo aplastara.

Hasta que el milagro sucedió. Hasta que aquella luz abrió la oscuridad como una grieta y la transformó en una transparencia turquesa e infinita, mientras que la terrible corriente que me arrastraba se apaciguó, como si el tiempo se hubiese detenido de pronto. Y a pesar de que el frío todavía me mordía los huesos, la sorpresa me sacudió cuando volví a mirar hacia donde se había hundido el hombre lobo. Porque él, en esa cámara lenta propia de un lugar sumergido en el agua, se depositó suavemente contra el fondo de “algo”.

Una nube de polvo se elevó a su alrededor y luego, Tared se quedó inerte sobre lo que parecía una superficie de rocas y arena. Su mirada, antes en blanco, ahora estaba cerrada, como si sólo estuviese durmiendo, y él se balanceaba con una tranquila corriente, sin aquella rigidez mortífera que había tenido tan sólo segundos atrás.

Mi cuerpo despertó azotado por un látigo. Recuperé el control de mis extremidades y nadé hacia Tared con todas mis fuerzas, como si la esperanza me hubiese devuelto la vida que el plano medio estuvo a punto de quitarme.

Lo tomé del brazo y miré hacia arriba. El agua, que brillaba en un tono verde, casi neón, me hizo saber que no estábamos a demasiada profundidad.

Nadé hacia la luz y jalé al devorapieles detrás de mí, asombrado de no haberme ahogado todavía. El peso de la espada en mi pecho y la piel de lobo amarrada a la cintura de Tared luchaban por hundirme de nuevo, pero logré subir, subir y subir hasta que estiré la mano hacia arriba.

Y entonces, mis dedos se estrellaron contra una superficie dura y traslúcida. Desconcertado, golpeé como pude con el dorso, una y otra vez, pero aquella cosa ni siquiera vibró.

Mi corazón se desbocó hasta mi garganta al darme cuenta de que era una gruesa capa de hielo.

¡Suéltalo y sálvanos!

¡Olvídalo, hijo de puta!

Sé que le dije al monstruo dentro de mí. Luego grité debajo del agua al darme cuenta de que, aun cuando Tared y yo nos habíamos salvado de los tramperos, aun cuando habíamos escapado del plano medio y de la oscuridad, tal vez no íbamos a lograrlo.

A punto de desmayarme a causa del frío y la falta de aire, un puño salió disparado como un arpón a mi lado y golpeó el hielo con tanta fuerza que le hizo una fisura.

Tared, como si hubiese despertado de un sueño inhóspito, dejó escapar el último vestigio de aire en su pecho y soltó mi mano para aferrarse a la capa de hielo con las garras que había hecho crecer en sus manos humanas. Me revolví con desesperación para no hundirme, en tanto él, con puños y rodillas, comenzó a rasguñar y a golpear la superficie con un impulso exorbitante, a pesar de estar debajo del agua. Lo hizo una y otra vez hasta que, por fin, la capa de hielo se rompió como el cristal.

Un cielo gris y un frío desgarrador fue lo único que nos recibió en la superficie. Jadeé y chapoteé con desesperación en el agua helada hasta que pude aferrarme a uno de los bordes del agujero que había abierto Tared. Él salió de un solo impulso mientras yo me arrastré fuera con dificultad, como si la larga chamarra que llevaba puesta tuviese piedras en los bolsillos.

Me dejé caer y mis astas rasguñaron el hielo en un chillido lastimero. Luego, vi al lobo arrodillarse a un par de metros de mí; una densa capa de vapor brotaba de su boca y su costado estaba salpicado de manchas rojas y violetas por las costillas que se había roto durante la batalla contra el Rebis. Estaba pálido y parecía tener dificultades para respirar…, pero estaba vivo.

Tared, un devorapieles, había sobrevivido al plano medio.

No tuve tiempo de pensar demasiado en ello; el *rugido* del hombre lobo, quien se había abalanzado contra mí, me aturdió de repente.

—¡¿Dónde estamos?! —exclamó a la par que me sacudía de los hombros—, ¡¿a dónde nos has traído?!

Estaba tan desconcertado que ni siquiera gemí al sentir un punzante dolor en el brazo. Tan sólo miré alrededor.

Todo lo que había a la vista era blanco, tan blanco y cegador que me costó distinguir las siluetas de los árboles huesudos a lo lejos, bordeando el sitio al que habíamos llegado: un lago congelado con las orillas cubiertas de espesa nieve.

Intenté respirar de nuevo para decir a Tared que no tenía ni idea de dónde estábamos, pero el aire era tan helado que casi se congeló en mis pulmones, así que sólo pude mover un poco la cabeza en respuesta, el cuello tenso por el peso de mi cornamenta.

Furioso, me soltó y rugió, desesperado, para darme la espalda y girar la cabeza hacia un lado

y el otro.

Me dejé caer de nuevo contra el hielo y temblé tanto que pensé que mis dientes se quebrarían los unos contra los otros. Intenté transmitir un poco de calor a mi cuerpo desde mi mano desgarrada para no morir allí mismo de hipotermia, pero no logré gran cosa. La espada dentro de mí me consumía, el frío tenía entumecidas mis extremidades y las voces de Wéndigo no dejaban de aquejarme, coléricas. Mis energías estaban al límite.

En medio de la confusión, un potente ruido zumbó a lo lejos, el cual hizo al lobo levantar la cabeza y abrir los ojos de par en par: el sonido de un tráiler.

Sin mediar palabra, corrió hacia el lindero del bosque y se perdió entre los árboles, siguiendo el retumbar de aquel motor. Lo miré desaparecer al tiempo que sentí menguar el ritmo de mis latidos, pero el miedo y la confusión me impulsaron a hacer un esfuerzo monumental para levantarme en dirección a donde se había marchado el devorapieles.

Pero en cuanto mis pies salieron del lago y se hundieron veinte centímetros en el manto de escarcha, casi me arrepentí de haberme movido siquiera.

Nieve.

No recuerdo si aquélla fue la primera vez que la pisaba, pero la encontré terrible, y me quemó tanto la piel que quizás hubiese preferido meterme en una hoguera. Aun así, me recompuse y troté lo más rápido que pude, siguiendo las huellas del lobo hasta caer de rodillas minutos después, agotado.

No sólo la espada pesaba muchísimo, sino también mi cornamenta plateada, tan plena de astas ramificadas como los propios árboles que me rodeaban.

Y entonces, me percaté del dolor en mi brazo.

Desconcertado, descubrí junto a mis huellas en la nieve un abundante rastro de sangre que se alargaba desde el lago. Y más abajo de mi hombro, allí estaba: el disparo que me había alcanzado en Stonefall antes de saltar a la catarata.

Toqué la herida y entorné la mirada al darme cuenta de que no era una bala, sino un artefacto pequeño y repleto de dientes metálicos incrustados en mi piel, con una luz roja parpadeante. Con un grito, arranqué aquella cosa y la trituré dentro de mi puño, para arrojarla sobre la nieve y dejarme caer boca arriba; el olor de mi propia sangre me revolvió el estómago como si saboreara una vez más la carne de Buck Lander en mi lengua.

De pronto, ya no podía respirar más, inhalar me dolía como si tuviese los pulmones llenos de cristales rotos. La chamarra empapada ya se había puesto tiesa a causa del frío, al igual que mi cabello mojado.

Miré hacia las copas de los árboles, motas blancas caían sobre mí como una lluvia de cenizas. El cielo comenzó a cambiar de color y el frío, cada vez más terrible, me hacía preguntarme sin cesar hasta dónde nos había arrastrado el plano medio. Y justo cuando creí que iba a quedarme

congelado allí mismo, unos brazos me levantaron de la nieve hasta ponerme de rodillas de nuevo.

Ni siquiera tuve tiempo para reaccionar. En menos de un instante, Tared aferró sus palmas a la base de una de mis astas, apretó los dientes y, con un movimiento firme y preciso, la partió en dos.

Arrojó un asta a la nieve y luego prosiguió con otra. Después, el lobo volvió a darme la espalda y se alejó para abrirse paso una vez más entre la espesura de los árboles con una agilidad extraordinaria para su estado. Lo miré, estupefacto, mientras mi otrora corona de hueso se hundía en el blanco manto frente a mí; yo sabía que él había resultado herido en la batalla, pero parecía como si el frío le hubiese renovado las energías.

Me sentí un idiota de inmediato. Por supuesto. Él era un lobo plateado de Minnesota, un errante del norte y la nieve, de las tormentas y los bosques.

Aquél era su sitio.

Me levanté una vez más, aligerado por la ausencia de mis astas, y seguí su rastro con torpeza hasta encontrármelo frente a una solitaria carretera. El hombre lobo estaba petrificado en la orilla, observando un letrero grande y marrón clavado a un costado del camino:

BIENVENIDOS

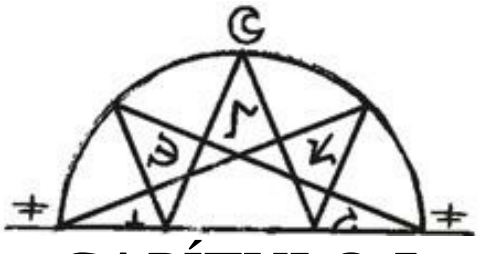
PARQUE NACIONAL NORTH CASCADES

No lo entendí de inmediato. Tan sólo me quedé parado allí, como si aquellas letras no tuviesen sentido a pesar de que podía leerlas en orden.

—¿Washington? —susurró Tared, por fin, con lo que bien pudo ser su último aliento. Y al escucharlo, la realidad se desplomó sobre mí como una hilera de fichas de dominó, porque sólo hasta ese momento me di cuenta del grave problema en el que nos habíamos metido.

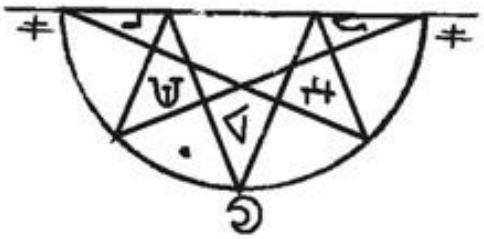
No sólo habíamos aparecido en un sitio remoto, a miles de kilómetros de Utah, y después de quién sabe cuánto tiempo desde aquella batalla en Stonefall, sino que nuestro mundo había cambiado de la peor manera posible…

Porque los Lander *lo habían descubierto.*



CAPÍTULO 5

*STILL A WITCH?**



En aquel momento no lo quise creer, pero a medida que caminábamos a lo largo de la carretera sin divisar otra cosa que árboles y nieve, supe que debía aceptarlo.

Washington.

No la capital del país, sino el estado al norte de la costa del pacífico, a tan sólo unos kilómetros de la frontera con Canadá.

El razonamiento de lo que nos había sucedido a Tared y a mí era simple: el tiempo en el plano medio transcurre de manera distinta que en el humano y, al parecer, aún más en los portales que se hallan dentro de agua caudalosa como los ríos o las cascadas. Me había sucedido cuando salté al Dirty Devil River allá en Utah, y ahora en nuestra escapada de Stonefall.

Tanto el lobo como yo sabíamos que lo único que podíamos hacer en esos momentos era buscar un refugio. Así que, empujados por el instinto, caminamos en sentido contrario al letrero del parque nacional. Arriesgarnos a entrar en una reserva sólo sería echarnos la soga al cuello, por lo que seguimos en línea recta por la carretera, desesperados por encontrar algo que nos pudiese salvar de tan terrible situación.

En un abrir y cerrar de ojos, ya había oscurecido, y cada vez hacía más frío. Tared no parecía tener demasiados problemas para lidiar con la temperatura, a pesar de sólo estar cubierto de la cintura para abajo con su piel de lobo, pero ambos sabíamos que yo no sobreviviría demasiado allá afuera; apenas lograba calentarme con ayuda de mi débil magia lo suficiente como para no desplomarme congelado sobre el pavimento.

Por suerte, tras uno o dos kilómetros, logramos dar con un taller mecánico cerrado. Tared,

abriéndose paso en la nieve acumulada en la entrada, destrozó la puerta trasera de una sola embestida y entró. Recuerdo que mientras lo seguía a trompicones, agradecí a todos los dioses de que no se hubiese activado ninguna alarma. El devorapieles jamás era descuidado, pero resultaba evidente que la situación no ameritaba su paciencia.

El taller era pequeño, apenas la cochera de servicio y una oficina con un corto pasillo que daba al almacén. Estaba tan helado como afuera, pero tenía energía eléctrica, y pudimos conseguir un par de uniformes y ropa seca para vestirnos, así como un botiquín de emergencia con el cual hacerme un torniquete improvisado en la herida de mi brazo.

Vestido con una sudadera que me quedaba enorme, di vueltas alrededor de Tared, quien trataba de encender un coche en reparación. Yo intentaba explicarle lo que había sucedido en el plano medio, darle a entender que había hecho todo lo posible por salvarnos a ambos, pero el hombre lobo no parecía escucharme.

No. Tared *no quería* escucharme.

¡CABRÓN!

Di una zancada hacia él y alargué la mano para que al menos me diera la cara. Pero antes de alcanzarlo, él retrocedió como si le hubiese acercado una vara de hierro caliente.

El vínculo herido entre nosotros se tensó como un frágil hilo de seda y tuve que observar a Tared unos cuantos segundos para que su reacción por fin tuviese sentido: sus pupilas dilatadas, el subir y bajar de su pecho, las pinzas con las que partía un par de cables apretadas en su mano…

Estaba asustado. *Me temía*, porque la mirada en sus ojos azules era exactamente igual a la de mis hermanos cuando me vieron devorar al hijo de Benjamin Lander.

Bajé la cabeza y me aparté. Retrocedí hasta salir de aquel garaje y me encerré en el baño. Abrí los ojos con sorpresa al verme en el espejo sobre el lavabo: la sien que Irina había cortado casi al ras, ahora estaba cubierta por una larga mata de cabello que podía colocar sin problemas detrás de mi oreja. El resto de mi pelo también había crecido mucho y ahora me llegaba muy por debajo del pecho, tieso por el hielo y la sangre.

Y no sólo eso. Mi lóbulo, aquél que había salido herido durante la batalla, ahora estaba cicatrizado.

Dioses, *¿cuánto tiempo había pasado?*

Miré también las protuberancias de mi cornamenta destrozada, las cuales sobresalían como cuernos blancos de mi cabeza. No tenía ánimos para ir a buscar algo con qué limarlas y, con suerte, se caerían por sí solas después de un tiempo.

La idea me pareció estúpida de inmediato, porque tiempo es lo que menos teníamos.

Me deslicé hasta el suelo y puse la cabeza entre las manos. Estaba agotado, muerto de frío y,

simplemente, no podía hacer nada más.

Después de un rato, el motor de aquel vehículo rugió. Me levanté y salí hacia el garaje casi arrastrando los pies como un perro apaleado. Encontré a Tared en el asiento del conductor, con la cortina del taller abierta de par en par y la mirada fija en el volante.

Estaba esperándome.

Ahora que pienso en aquel momento, creo que pude haber terminado con todo allí. Pude haber echado a correr para perderme en el bosque. Pude haber dejado que Tared continuase con su vida sin el temor de no volver a pegar ojo en la noche con tal de cuidarse de mí.

Pero no lo hiciste.

No. No lo hice. Fui egoísta, una vez más fui cobarde, y subí a aquel coche.

Salimos del taller y nos dirigimos hacia el pueblo más cercano que nos señalaban los letreros de la carretera. El termostato del tablero marcaba menos seis grados centígrados y yo tenía la terrible sospecha de que iba a bajar aún más.

Pero no me atreví a encender la calefacción. Sabía que el vehículo tenía gasolina gracias al bidón vacío que vi tirado en el garaje antes de subir, pero no tenía idea de hasta dónde podría llegar nuestra suerte.

Al final, lo único que me quedó fue confiar en que Tared sabría cómo sacarnos de eso, y la idea me inquietó demasiado. No entendía cómo es que después de descubrir el monstruo que era yo en realidad, después de la mirada atemorizada que me había lanzado, él había elegido no abandonarme.

Tal vez no sabía qué hacer conmigo. Quizás había enloquecido, allá abajo, en la oscuridad.

Tal vez, en el fondo, era yo quien no estaba listo para saber la verdad.

El hombre lobo condujo muy despacio, con recelo. Habíamos robado un coche en reparación, después de todo, y el que se estropeara de nuevo y nos dejase varados en medio de la carretera era un temor difícil de ignorar. Pero tras una hora que me pareció interminable, logramos llegar al pueblo más cercano de los alrededores, en mitad de la noche.

Lo primero que hicimos fue buscar una dispensadora de periódicos para enterarnos del día en que estábamos, conscientes de que, si parábamos en una gasolinera, nuestro aspecto no haría más que levantar sospechas. Y cuando logramos encontrar una hilera de ellas, colocadas sobre una acera en una calle vacía y a oscuras, nos quedamos largos minutos frente a las cajas de metal.

Diciembre. Todos y cada uno de los periódicos marcaban veintiséis de diciembre. Habían pasado más de cuatro meses desde nuestra pelea en Stonefall.

Y yo ya había cumplido diecinueve años.

Escuché un golpe metálico y el reventar de un cristal, pero estaba tan catatónico que ni siquiera me sobresalté por la maquinilla que Tared acababa de abollar con los puños. Los vidrios rodaron hasta mis pies y el coche se sacudió cuando el hombre lobo se dejó caer contra la puerta. Pero ni aun así me moví.

Me quedé parado durante largos minutos, pensé y pensé hasta que el frío me caló. ¿Cómo había ocurrido este desastre? ¿En qué clase de mundo habíamos despertado?

Levanté la cabeza y me lancé hacia la dispensadora rota para sacar uno de los periódicos del interior. Los cristales rasgaron mi brazo, pero no me importó.

Bajo la mirada inquisitiva del lobo, hojeé el periódico hasta terminarlo y lo arrojé al suelo, para luego asomarme a las otras dispensadoras como un loco, mirando los encabezados, las noticias y todas las notas que mi vista alcanzase.

—Nada —dije por fin.

Absolutamente nada. Ni movilizaciones militares, ni Apocalipsis, ni noticias escandalosas sobre gente convertida en animales. La calle estaba vacía y silenciosa, pero a lo lejos podían verse algunas luces navideñas a través de los negocios cerrados, en señal de que la gente estaba tranquila, en sus casas.

No. No había ningún indicio de que los Lander nos hubiesen delatado y eso, más que tranquilizarme, me perturbó sobremanera.

Escuché los vidrios del suelo crujir y me giré para ver cómo Tared se inclinaba sobre el periódico abierto para examinarlo. Por sí solo supo a qué se debía mi malestar.

—¿Y ahora qué? —escuché que susurró, pero no estoy seguro de que se hubiese dirigido a mí. Su voz sonó demasiado distante.

Tirité sobre el asfalto con los brazos cruzados e intenté pensar, buscando darle una respuesta que tal vez ni siquiera me había pedido, pero estaba tan cansado y tenía tanto frío que los ojos se me cerraban. Además, la herida me dolía mucho, la podía sentir palpitar a través de mis dedos humanos, apretados encima del ya ensangrentado torniquete.

Después de unos minutos, Tared pareció comprender que no ganaríamos nada quedándonos allí, estáticos y a la intemperie. Dejó escapar una bocanada de vaho y entró de nuevo al coche.

Lo seguí de inmediato y después de encender el vehículo nos limitamos a buscar un sitio dónde estacionarnos para pasar el resto de la madrugada. En otras circunstancias, ninguno de los dos habría pegado ojo en toda la noche, pero estábamos tan exhaustos que en cuanto metimos el coche en aquel terreno arbolado, a unos cien metros de la salida del pueblo, nos sumimos en el sueño al instante.

Apenas media hora después de haberme quedado dormido, me despertó un ruido muy extraño, como un tenue silbido lastimero que rompía el silencio del interior del coche. Al principio me sentía demasiado cansado como para querer prestarle atención, pero el agotamiento se esfumó cuando me di cuenta de que aquel sonido no era otra cosa que la respiración de Tared.

La angustia me obligó a levantarme sobre mis codos y mirar hacia su costado, ése que había visto marcado por manchas rojas y moradas. Recordar el tremendo golpe que recibió durante la batalla con el Rebis hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo, ¿y si sus costillas habían soldado mal durante su transición en el plano medio?, ¿y si no habían sanado del todo? O peor aún, una de ellas podía haberle perforado un pulmón, ¿y si ese silbido era… sangre?

Sentí como si me hubiesen estrujado el corazón en un puño con tanta fuerza que creí que sufriría un infarto. Dioses, ¡yo sabía bien lo infernal que era el dolor de una costilla rota! ¿Cómo es que Tared había aguantado todas estas horas con semejante padecimiento y sin soltar un solo quejido?

No sobrevivirá la noche. Y lo sabes.

Miré el pecho de Tared subir y bajar con dificultad a través del delgado uniforme de mecánico que llevaba puesto. Busqué sentirlo, y lo encontré: el vínculo entre nosotros latía, herido, *pero aún estaba allí.*

Supe lo que tenía que hacer.

Me erguí sobre el asiento y me eché encima su piel de lobo, la que él había dejado atrás en el asiento para que se secara —cosa que no había sucedido todavía—, y salí del coche en silencio. Troté sobre la nieve hasta la entrada del pueblo y me dirigí por la calle hasta encontrar un contenedor de basura apretujado en un callejón.

Al mirarlo, lleno de bolsas negras, rogué a todos los dioses que tuviesen algo de clemencia esta vez. Dejé la piel de lobo en el piso, me aferré al borde de metal y Wéndigo se estremeció.

Te gusta mucho humillarte, ¿verdad?

Familiarizado desde mi infancia con las búsquedas en la basura, me metí en el contenedor sin asomo de vergüenza. Revolví entre las bolsas y las rompí con los dedos entumecidos durante un largo rato hasta dar con lo que estaba buscando: los huesos pelados de un pavo de Navidad.

No eran costillas, pero estaba decidido a hacer que funcionaran.

Salí de aquel basurero, tomé la piel de lobo y caminé de vuelta al coche. Me senté en la tierra helada y recargué la espalda contra la puerta del copiloto para quitarme uno de los guantes aislantes que tomé del taller mecánico. Partí a la mitad uno de los huesos, el más corto que pude encontrar —*los largos para dañar, los cortos para sanar*, me repetí—, y arranqué algunos

mechones del manto plateado sobre mis hombros, y procedí a usarlos para unir ambas partes del hueso de forma muy improvisada.

Finalmente, humedecí un poco de la sangre seca y congelada que quedaba del cuero de Tared con mi propia saliva y recubrí con ella el artilugio.

Murmuré una plegaria, pero el hueso no se movió.

—No, no, dioses… —susurré mientras volvía a intentar convocar mi magia en la punta de mis dedos. Podía sentirla, esa sombra, ese perfume indescifrable, esa vibración oscura bajo mi piel, pero no parecía expandirse más allá de la zona de mi esternón. Supe entonces que no era que mi magia estuviese débil, sino que la espada *la estaba reteniendo*.

Semejante revelación me cortó el aliento: aun cuando la piedra filosofal, la legendaria inmortalidad alquímica yacía alojada en mi cuerpo, yo no era inmortal en absoluto. Al contrario, estaba frágil y más débil que nunca. ¿Acaso era porque mi cuerpo humano no era capaz de soportar el poder de semejante objeto?

Sentí a Wéndigo sonreír.

Apreté los trozos de hueso y la sangre hirvió dentro de mis venas. Estuve a punto de soltar un puñetazo a la puerta del coche cuando percibí que algo se removió en mi mano. Abrí la palma y, sorprendido, me percaté de que el hueso de pavo había vuelto a unirse.

Me quedé largos segundos mirándolo, incapaz de creer la manera en la que *mi voluntad* se había sobrepuesto a la espada.

Suspiré y entré en el coche, en silencio. Cerré la puerta, me recosté de lado sobre el asiento y miré de nuevo a Tared, ahora con su rostro iluminado por el reflejo de la luna sobre la nieve. Su barba había crecido bastante, al igual que su cabello, y el rabillo de sus ojos parecía haber ganado un par de arrugas más, como si el tiempo no hubiese perdonado nada allá abajo.

Recordé que, a pesar de su madurez, de su temple y de su apariencia, él también era muy joven, tan sólo un muchacho a quien le habían pasado veinte vidas por encima. El pobre mantenía las piernas apretujadas en el escaso espacio entre el asiento y los pedales, se veía incómodo, era un hombre muy alto y nunca había podido sentarse bien en los coches pequeños. Tal vez por eso le tenía tanto cariño a aquella camioneta roja que alguna vez destrocé en un pantano de Luisiana.

No sé por qué empecé a pensar en todas esas cosas, lo que sí sé es que en ese momento deseé muchísimo estrecharme hecho un ovillo contra su costado, abrazarlo para cuidar de él y, al mismo tiempo, sentir su protección, su calor en mí, una vez más. Me hería tanto verlo así.

Sin embargo, tan sólo me acurruqué contra mi asiento, aún con su piel de lobo encima, fría. Estaba tan cansado que ni siquiera recordé ocuparme de mis propias heridas.

No importaba. Mientras Tared estuviese bien, yo aguantaría lo que fuera necesario.

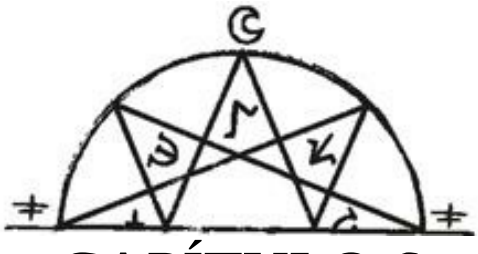
Dormí casi de corrido el resto de la noche, tranquilo ante el hecho de que no volví a escuchar

el doloroso silbido de su respiración.

---

[*] ¿Aún soy un brujo?

Nota de la autora: he decidido mantener algunas expresiones en inglés puesto que tienen origen en tratados antiguos en los que cobran un sentido más profundo únicamente en dichos contextos.



CAPÍTULO 6

OPCIONES

—Debemos encontrar un Atrapasueños que pueda ayudarnos. De otra manera, no sobreviviremos —fue lo primero que dijo Tared cuando finalmente desperté, azuzado por el frío.

Me erguí en el asiento, aliviado al escuchar su voz de nuevo después del largo silencio de ayer, pero lo dejé pasar al sentir un punzante dolor de cabeza. El sol atenuado por la neblina del invierno me iluminó la cara, aunque tampoco creí haber dormido más de cuatro horas seguidas.

Pero al mirar al lobo, supe de inmediato que a él le pasaba algo más.

Se estaba arrancando las garras que había hecho crecer anoche, una a una, para arrojarlas por la ventanilla sin emitir un solo quejido de dolor. Pero no era el acto en sí lo que me preocupó, antes lo había visto hacer cosas así con una gran naturalidad —a él y al resto de los errantes—, sino que su voz parecía más ronca de lo normal, y sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Estás bien? —la pregunta era estúpida, nadie podría estar *bien* después de todo lo que habíamos pasado, pero no quise quedarme callado. Él sólo asintió, y aunque su respuesta no me convenció en lo absoluto, tampoco me encontraba en posición de presionar. Después, Tared observó por unos momentos mi brazo.

No está preocupado por ti, idiota. Está preocupado por lo que te hizo esa herida…...

Me cubrí el torniquete, ya tieso a causa de la sangre seca, con la mano.

—No es grave —dije en voz baja, aunque él no me había preguntado nada.

Intercambiamos unas escasas palabras más al respecto, y luego puso en marcha el coche para

regresar al pueblo.

En una de las esquinas de la pequeña avenida miró de reojo el letrero de un Wells Fargo, pero ni siquiera intentó estacionarse. Yo estaba casi seguro de que tenía ahorros en su cuenta personal y varias tarjetas de crédito, pero sin su billetera ni sus identificaciones no tenía sentido acercarse a un banco a sacar algo de efectivo.

Tared tenía tanta razón. Sin dinero y sin manera de comunicarnos con el resto de Comus Bayou, encontrar a más de nuestra especie iba a ser la única forma en la que pudiéramos sobrevivir.

Pasamos de largo esa calle y nos dedicamos durante la siguiente hora a recorrer el pueblo, pero fue inútil. No sentimos ni un solo vestigio de errantes, así que Tared emprendió la marcha rumbo a la carretera para ir en busca de otra villa, sin mencionar que nos preocupaba mucho no tener la certeza de cuándo alguien se daría cuenta de que había desaparecido un coche de aquel taller mecánico.

Pero no fue sino hasta que llegamos al siguiente pueblo cuando supimos que no tendríamos suerte. La comunidad era pequeña, de apenas unas cuantas calles, y no sentimos absolutamente nada en ellas que nos hiciera saber que había un Atrapasueños cerca, por lo que tuvimos que seguir de largo por la carretera. Se me ocurrió también que, si había errantes en alguna parte, estarían asentados en lugares alejados de los pueblos, pero con aquel clima, ir a campo abierto o subir las montañas sin llenar el tanque de gasolina era un suicidio seguro.

No, no podíamos arriesgarnos.

El hambre punzó en mi estómago, y estoy seguro de que también en el de Tared, pero su temple de acero me motivó a no protestar. A mí no me habría molestado mendigar un poco, lo había hecho gran parte de mi vida, después de todo, pero estaba tan desconcertado por cómo había reaccionado él anoche que ni siquiera quise sugerirlo.

No podía dejar de pensar en la expresión que tenía esa mañana. Al principio quise creer que se trataba de cansancio, pero había una parte de mí que me decía que más bien era…

Furia.

No. No quería averiguarlo, no en ese momento, y en mi inmensa cobardía, decidí esperar a que él quisiera hablar del tema primero. Fue así como pasamos el resto del día en ayunas, sin un refugio más allá de aquel destartalado coche y sin la posibilidad de siquiera conseguir unas monedas para usar un teléfono público y tratar de contactar a nuestros hermanos.

Por la noche, dormimos nuevamente a la intemperie, a un costado de la carretera, masticando nieve como único consuelo para nuestra sed y con esa piel de lobo a la que me había aferrado para protegerme del frío como si se tratase del propio abrazo de Tared. Pero al día siguiente, cuando pasamos dos poblados más sin rastro de errantes y el cielo comenzó a tornarse rosado por

el atardecer, él maldijo por lo bajo. Se detuvo un momento junto a la carretera y miró el indicador de gasolina.

Tared se las había arreglado para hacer rendir el combustible lo más posible, pero en cuanto vio que la manecilla ya estaba por debajo del cuarto del tanque, un gruñido de su garganta me hizo saber que estábamos en serios problemas.

Todavía nos faltaban cuarenta kilómetros para el siguiente pueblo.

Cerró los ojos un momento, apretó el volante, y luego siguió en línea recta hasta encontrar un área de descanso, de ésas que abundan en aquella parte de Washington. El plano medio nos había arrastrado al norte del parque, cerca de la estatal 20, por lo que las comunidades pobladas eran escasas y las zonas de campismo abundantes.

Tared se introdujo con cuidado en el asfalto congelado y avanzó hasta detenerse en el estacionamiento de un mirador al pie de una montaña, vacío y rodeado de árboles.

El silencio que se produjo al apagar el motor me estremeció, y más cuando el lobo lo rompió al abrir el coche y bajarse.

—¿Qué ocurre? —pregunté a través de la ventanilla, alterado al ver que se alejaba a zancadas. Abrí la puerta de mi lado para ir tras él, pero el estruendo de su voz me detuvo.

—Quédate aquí —ordenó, firme, para luego dirigirse hacia uno de los senderos que subían a la montaña, perdiéndose en él sin mirar atrás.

Parpadeé un par de veces y luego volví a cerrar la puerta. Me quedé inmóvil dentro del coche unos segundos, tomé de nuevo la piel de lobo —la cual ya empezaba a oler algo mal— y me cobijé con ella.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquella posición, con la mirada fija sobre la pérgola de ladrillo construida a un lado del mirador, equipada con un horno campestre y un centro de piedra para fogatas, pensando en si podría calentarme un poco si me animaba a encender sobre él los tapetes del coche. Pero cuando por fin oscureció y todo lo visible quedó bañado en el resplandor lavanda de la noche reflejada contra la nieve, sentí una opresión monstruosa.

El viento soplaba. La temperatura descendía cada vez más.

Y Tared no regresaba.

Te abandonó.

La voz de Wéndigo me hizo revolverme en el asiento, pero no le respondí.

Ya te ha dejado a tu suerte.

—No seas ridículo —repliqué en voz alta, irritado—. Tared nunca haría algo así.

El monstruo dentro de mí soltó una carcajada que sonaba como la iteración de miles.

Te tiene pavor y no quieres aceptarlo.

—¡Está en todo su derecho de estar asustado! —rugí, sin poder ocultar un matiz de dolor en

mi voz—. ¡Mira lo que me obligaste a hacer delante de él!

Tiene miedo de que nos lo comamos. Lo vi observarnos en la oscuridad.

Me hizo mucho daño escuchar esas palabras, porque en el fondo, había algo en mí que me decía que eran verdad. Los ojos enrojecidos y las ojeras pronunciadas de Tared no podían significar otra cosa que un insomnio provocado por la necesidad de vigilarme.

—No, no es cierto —susurré, conteniendo el gemido que tan desesperadamente quería soltar —. ¡Yo jamás le haría daño!

¿Cómo se atreve a tratarnos así cuando hiciste tanto para protegerlo?

Aquello me hirió todavía más.

—Cállate… por favor —rogué con un sollozo.

Envolví con las manos los trozos de asta que quedaban en mi cabeza y los jalé con fuerza una y otra vez, desesperado por arrancar todo rastro de aquel ser abominable de mi cuerpo.

La piel me dolió, y hasta creo haber sangrado, pero los cuernos no se movieron.

Somos un monstruo. Y él ya lo ha descubierto.

—No, no —susurré al borde del llanto. Me llevé las manos a la cara—, sólo tengo qué hablar con él para solucionarlo, sólo…

¿En qué nos convertiríamos si probásemos el sabor de su carne?

—¡Yo nunca lo devoraría! —reclamé con los dientes apretados—. ¡Nunca, nunca, *nunca* me lo comería! Tared *me ama*, él…

¿Ah, sí? ¿Y por qué te mira de esa manera?

Un escalofrío terrible reptó por mi espalda.

Miré a través de la ventanilla y encontré al lobo parado a unos metros de ella, cargando algo que parecía un animal sobre los hombros. Estaba petrificado, la mirada azul confusa.

Me estremecí al darme cuenta de que me había estado viendo hablar solo dentro del coche. No, de que había *escuchado* a la perfección las cosas horribles que había estado diciendo.

La herida de nuestro vínculo se tensó con tanta fuerza que sentí que se desgarraría.

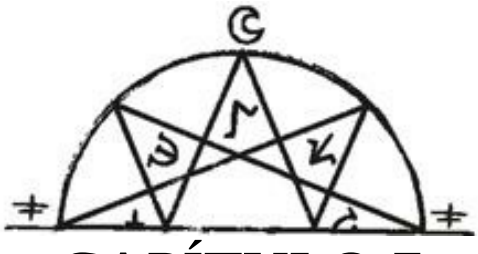
—No, no —salí del vehículo y la piel de lobo cayó al suelo—. ¡Tared, espera, yo estaba…!

Una luz brilló a sus espaldas y oscureció su silueta. Escuché, apenas, una voz femenina y pasos de botas firmes que se acercaban a nosotros.

—¿Qué ocurre? ¿Está todo bien?

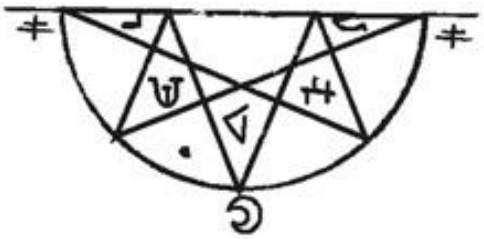
Dos mujeres aparecieron detrás de Tared, una de ellas sostenía una linterna, mientras que la otra permanecía a su lado, y era muy, muy alta, casi tanto como él. En cuanto alcanzaron al lobo, pude sentirlo: un tirón instintivo, el llamado desde el vientre para acudir a la cercanía de aquellas personas.

Y cuando Wéndigo rugió, *hambriento,* ya no tuve duda alguna.
Eran errantes.



CAPÍTULO 7

DEPENDENCIA



En cuanto me ofrecieron un plato de sopa caliente con abundantes trozos de carne de alce, casi me eché a llorar.

—Tomen todo lo que quieran, hay bastante —nos dijo Lía al ver cómo Tared y yo comíamos en silencio, pero con voracidad—. Y si quieren, podemos prepararles una olla más.

—Se los agradezco mucho —repuso el lobo—. Pero no deben molestarse. Ya han hecho demasiado por nosotros.

La gentileza en su voz me separó del plato unos momentos. Escuchar de nuevo a *ese* Tared hizo que mi alma descansara, porque significaba que el lobo amable y centrado que bien conocía aún seguía allí.

O, al menos, una parte de él.

—No digas tonterías, yo sé que se necesita mucho más que un par de cuencos para llenar a un devorapieles —replicó Lía de buen humor, palmeando la rodilla de la mujer a su lado—. ¿Qué tal estás tú, cariño? ¿Quieres otra manta?

Negué con la cabeza y ajusté más la cobija de lana que me cubría, para recargarme de lleno contra el respaldo de la silla plegable. Sentí el agradable calor de mi cabello suelto y limpio sobre los hombros, y apreté bien el plato entre las manos, ahora cubiertas por unos buenos guantes de invierno.

—No hace falta —contesté, tibio y cómodo por primera vez desde que habíamos salido del plano medio—. Gracias.

Me costó hablar por el cansancio, pero lo decía en serio. Y no sólo por la cazadora o los

generosos calcetines que por fin cubrían mis pies helados, sino también por la fogata que habían encendido en medio de la pérgola de ladrillo.

Esa noche éramos cuatro sentados alrededor del fuego, mientras que la casa rodante de las chicas había sido estacionada frente a nosotros para cubrirnos de cualquier corriente de viento.

Las observé unos momentos. Lía era una *humana* bajita y delgada, de cabello corto y envuelta en una gruesa chamarra de cacería. La mujer que venía con ella, Debbie, era su esposa, una devorapieles de rasgos muy similares a los de Nashua y cuyo ancestro olía a oso de montaña.

Tared se había topado con ellas mientras trataban de dar caza al mismo alce. Las dos estaban en el bosque en busca de la cena para año nuevo, una tradición muy propia de su Atrapasueños, el cual estaba asentado en el pueblo al otro lado de la montaña. Pueblo con el que jamás nos habríamos podido topar si hubiésemos seguido en línea recta por la carretera, tal cual teníamos planeado. Nos contaron que su familia estaba conformada por otras tres personas, tres devorapieles, concretamente, pero que sólo ellas habían subido a cazar esa vez.

Sí. Fue una coincidencia tremenda, aunque también quise creer que algún Loa por fin había escuchado mis plegarias, cosa poco probable porque aún no había recuperado mi libro rojo.

Estábamos tan, tan lejos de Luisiana…

Fuese como fuese, el milagro estaba hecho. Lía y Debbie no sólo nos habían permitido ducharnos con agua bien caliente en su casa rodante, sino que también nos habían vestido con ropa de sus armarios, permitiéndonos deshacernos de esos overoles helados que habíamos robado del taller mecánico.

Sin saberlo, nos habían dado la oportunidad de sobrevivir una noche más.

—¿Cómo sigue tu herida, Elisse? —me preguntó Lía de pronto, por lo que moví mi hombro por inercia de arriba abajo.

—Estoy como nuevo —dije, con las puntadas de la herida ya bien cerradas. No era un trabajo de perpetuasangre, pero ella lo había hecho de forma maravillosa de todas maneras—. No sé qué habríamos hecho sin ustedes.

—Oh, vamos, creo que te las habrías arreglado bien, no estaba infectada ni nada por el estilo —insistió—. Lo que hiciste con Tared también fue asombroso. Sus costillas sanaron bien y de no haber sido por ti, de seguro habríamos tenido que ir a buscar a un médico para operarlo. Debbie misma lo dijo.

Miré de reojo a la devorapieles, pero ésta permaneció callada, jugueteando un poco con el hacha de mano que había empleado para cortar leña para la fogata.

—Aunque admito que Tared también es tremendo —continuó Lía—. Cuando los devorapieles no se alimentan bien, se debilitan fácilmente por toda la energía que requieren. Que haya subido a la montaña a arriesgarse a cazar con las manos desnudas, a sabiendas de lo vulnerable que estaría frente a un oso o un alce adulto, dice mucho de él.

El hombre lobo no reaccionó ante mi escrutinio, sentado al otro lado de la fogata y todavía ocupado con su comida. Saber que él se había ido para buscar alimento y no para abandonarme, sirvió para callar a Wéndigo un buen rato, pero yo aún podía sentir nuestro vínculo más frágil que nunca. Sobre todo, después de lo que me había escuchado decir.

Sabía que había llegado el momento de hablar con él. Necesitaba hacerle saber que ya no tenía más mentiras bajo la manga y que, a pesar de las cosas horribles de las que había sido testigo en tan poco tiempo, jamás le haría daño a él ni a Comus Bayou.

O al menos, debía intentar convencerlo de ello.

Después de un rato, Lía apuntó con la barbilla a nuestro coche.

—¿Necesitarán ayuda con eso? Tiene pinta de que no durará mucho —observó.

—No, vamos a abandonarlo aquí —contestó Tared—. Tuvimos qué robarlo el día de ayer y quién sabe cuándo vayan a darse cuenta de ello.

Ella susurró un "entiendo", y luego dio un trago despreocupado a su termo de café, sin preguntar nada más. La facilidad con la que zanjó el tema me hizo saber que aquella mujer humana conocía bien las costumbres de los nuestros, puesto que no meterse en los asuntos de otro Atrapasueños era una regla tácita de los errantes. Y Tared y yo la habríamos mantenido así de no ser por los Lander.

El líder de Comus Bayou dejó el cuenco vacío en el suelo. Su gesto resultó tan significativo que todos lo miramos por instinto.

—Lía, Debbie, hay algo muy importante que deben saber —dijo, y su voz gruesa y profunda transformó el silencio en consternación. Yo me hundí más en la silla a medida que, con una selección cuidadosa de los hechos, sobre todo con relación a Wéndigo y a mí, Tared comenzó a relatar a las dos mujeres lo que había sucedido en Stonefall.

No mencionó mucho sobre nuestro pasado en Nueva Orleans ni los motivos que me habían llevado hasta Utah, pero sí habló de la terrible alquimista Jocelyn Blake, de los tramperos Lander y de la masacre de Red Buffalo, así como del problema en el que nos habíamos metido al cruzar al plano medio para salvarnos. De los cuatro meses de vida que habíamos perdido en el proceso.

Para mi tranquilidad, ellas no parecieron desconfiar del relato. Nuestra raza estaba acostumbrada a vivir circunstancias así de extraordinarias, después de todo, pero lo que sí me sorprendió fue que no hubiesen escuchado nada sobre lo ocurrido con Red Buffalo. La noticia de lo que pasó en Stonefall no había llegado más allá del descubrimiento de los asesinatos de Jocelyn Blake, los cuales pulularon por los periódicos durante meses gracias a la información que Hoffman había filtrado sobre las víctimas, pero todo lo referente a la tribu del desierto y su exterminio parecía haber permanecido en el olvido, tanto para los medios como para otros errantes.

Y lo que más nos preocupaba era que, a pesar de tener pieles y cadáveres para probar nuestra

existencia, los Lander no habían hecho nada para sacar nuestro mundo a la luz.

Lo primero que se me vino a la mente fue que tal vez Comus Bayou había logrado ocultar los rastros de lo que había sucedido, lo cual me daba esperanzas de que siguieran con vida. Lía también sugirió que tal vez los nuestros hubiesen acabado con los Lander en algún momento y que por eso no habían revelado nuestra existencia, pero nadie en la fogata se regodeó con la idea porque simplemente no había manera de comprobarlo.

Mientras Tared contaba lo sucedido, noté que Debbie, poco a poco, fue posando su mirada sobre mí. Y entonces, pude sentirlo: una vibración, un gruñido de advertencia que provenía dentro de ella, como si su ancestro supiera que había algo en mi aparente inocencia que no terminaba de encajar en toda esta historia.

Pero ella no era la única que sentía algo. El monstruo de hueso parecía gruñirle *con avidez* en respuesta.

Yo jamás había percibido con tanta claridad a un ancestro, y la idea de que Debbie también pudiese sentir un atisbo de la maldad dentro de mí me estremeció porque, hasta ahora, el monstruo de hueso había pasado desapercibido para otros errantes. ¿Tan palpable, tan *mía* se había vuelto su presencia desde mi última transformación?

—… y por ello, nos vendría de maravilla algún teléfono.

Salí de mis pensamientos en cuanto Lía se puso de pie y pasó delante de mí para alargarle un celular al hombre lobo. Tared agradeció el aparato y se levantó, alejándose del remolque para deambular por el estacionamiento en busca de señal.

La posibilidad de ser asediado con preguntas que no me convenía contestar me hizo disculparme y, con la cobija aún alrededor de mi cuerpo, pararme para seguir al lobo.

Lo alcancé justo cuando estaba a un paso de la línea de árboles que poblaban el pie de la montaña. Sé que se percató de que me acercaba, así que, por si las dudas, decidí quedarme a un par de metros de distancia. No quería ponerlo nervioso.

Momentos después, Tared detuvo su errática caminata y bajó el aparato, dejándolo apretado en su mano. El silencio de la noche me permitió escuchar la voz de una grabación automática, y al reconocer lo que decía, la manta sobre mis hombros perdió su calor.

El teléfono de Nashua estaba fuera de servicio.

De inmediato, pensé en sugerir el llamar a alguien más o escribir un correo electrónico dirigido a Julien, pero el miedo de que quizá sus líneas de comunicación hubiesen sido intervenidas por los tramperos me detuvo. Ellos tenían contactos con la policía y estaba seguro de que, a esas alturas, también sabían nuestros nombres, e incluso nuestros paraderos en Nueva Orleans.

¿Qué tal que si lo único que lográbamos al contactarlos era caer en una trampa?

Esperé con paciencia a que el devorapieles dijese algo, que pensara en una solución, pero

largos minutos pasaron sin que hiciera otra cosa más que mirar al horizonte. Estuve a punto de entrar en pánico, porque era la primera vez que mi líder no parecía saber qué hacer.

Tared, el más fuerte de los nuestros, el que siempre nos había sacado adelante sin importar las circunstancias, parecía perdido.

Vi su expresión vacía, recordé lo que sentí cuando mi mano lo dejó ir en el plano medio, y me enojé muchísimo conmigo mismo.

Tared siempre había dado la cara por mí, llevando sus fuerzas y su salud mental al límite sólo porque confiaba en mí, pero ¿no era yo también un adulto, capaz de pensar y poner algo de mi parte?

Erguí la espalda y caminé hacia el lobo. Ignoré la forma en la que los vellos de su nuca se erizaron ante mi cercanía, y hablé:

—No creo que debamos volver a Utah —dije en voz baja, pero con firmeza—. Ha pasado mucho tiempo desde la batalla, no tendría sentido que se hubiesen quedado allí si los tramperos conocían bien el lugar y si Red Buffalo fue…

Aniquilado.

Perdí las fuerzas de pronto. Tared bajó la mirada hacia el teléfono, y pude notar que apretaba el puño y murmuraba algo para sí mismo, como si yo no estuviese allí. Me abracé, y después de unos eternos momentos, finalmente respondió:

—Estoy casi seguro de que la reserva quedó inundada tras el paso del huracán —dijo—, pero tal vez los demás hayan vuelto allí de todas maneras.

Levanté la cabeza.

Sí. Aquello era una solución viable a nuestros problemas. Un aventón, una búsqueda por el pantano, un reencuentro probable…

Y aun cuando también existía la posibilidad de que los tramperos nos estuviesen esperando ya en Luisiana, ¿qué otra opción viable nos quedaba?

Pero a pesar de que la respuesta estaba allí, frente a mis ojos, supe que algo marchaba mal. Que volver al punto de partida sólo retrasaría el final de esta guerra.

Mi monstruo ya tenía un nombre y una leyenda, y yo ya sabía adónde tenía que ir si quería terminar con todo esto. Pero lo más importante era que ni mamá Tallulah, ni padre trueno ni Muata habían sido asesinados para que yo decidiera dar la media vuelta y esconderme una vez más. Que Adam no había perecido en mis brazos sólo para dejarme vencer por alguien que, en algún momento de mi existencia, decidió que yo merecía cargar con todo este dolor.

Así que apreté los puños y supe lo que tenía qué decir:

—No voy a volver a Nueva Orleans —solté—. Tengo que ir hacia el noreste.

Cuando Tared levantó sus ojos hacia mí, sentí como si me hubiesen atravesado con una lanza. Era la primera vez que me miraba directamente en todo este tiempo, así que me llevé la mano

descarnada al pecho para soportar ese peso.

—Esta cosa, este monstruo en el que puedo convertirme, se llama Wéndigo —susurré—. Sammuel, él…

Mencionar al perpetuasangre me hizo detenerme para tomar aire. Recordé cuando aquella escopeta escupió contra su pecho, sus alas blancas nacidas de la sangre y las promesas de una vida a la que jamás volvería. Respiré profundo y continué:

—Sammuel me dijo que es una leyenda originaria de los Grandes Lagos —dije, aunque me costó recuperar la firmeza de mi voz—, así que debo ir allí para buscar una forma de librarme de él. De lo contrario, esta batalla nunca terminará.

Y al mencionar esto último, Wéndigo se revolcó como si le hubiese hecho mucha gracia escuchar semejante hazaña. Tared se metió el teléfono en el bolsillo y me quitó esa penetrante mirada de encima.

—Minnesota está en esa región —dijo, contemplando el bosque—. Y puede que Comus Bayou haya ido hacia allá también…

Me bastó un instante para entender todo lo que pasaba por su cabeza. Después, abrí los ojos de par en par.

¡Dioses, era cierto! Los demás habían visto mi transformación, así que cabía la posibilidad de que ya supieran algo sobre Wéndigo y el lugar donde se originaba su leyenda. Además, el lobo tenía familia en ese lugar, y si Comus Bayou albergaba las mismas dudas que nosotros sobre la interferencia de los tramperos, quizás hubiesen decidido buscarnos allí en vez de arriesgarse a volver a Luisiana.

Nuestro plan estaba lleno de agujeros, pero si teníamos un poco de suerte y lográbamos dar con *ellos*, si encontrábamos la forma de sanar nuestros vínculos y descubríamos la verdad sobre Wéndigo, por fin… por fin *estaríamos juntos otra vez.*

Tared se enderezó y caminó hacia mí, mientras la esperanza me cegaba. Luego, se detuvo a mi lado. El vínculo que nos unía se tensó tan dolorosamente que casi me doblé sobre mi abdomen.

—Iremos a Minnesota —dijo con voz queda—. *Encontraré* a los demás. Y cuando lo haga… serás libre de irte a donde te plazca.

Y de pronto, todo se volvió quietud.

El bosque. El viento. Las llamas de la fogata; sentí como si me hubiesen empujado de un segundo piso y hubiese caído de espaldas contra el concreto. El lobo comenzó a alejarse, pero el percibir cómo el lazo entre nosotros se desgarraba a cada paso, me impulsó a aferrarme a él una vez más.

—Tared… —lo llamé, sofocado—. Nunca quise que todo esto sucediera. Nunca quise poner tu vida ni la de nadie en peligro.

Él se detuvo y se quedó en silencio unos momentos. Suspiró.

—La primera vez que discutimos tú y yo, allá en Luisiana, me pediste que confiara en ti. Y a partir de ese día, decidí que lo haría sin importar nada más —respondió, sin girarse hacia mí—. Pero tú… tú nunca me diste ese mismo beneficio. A pesar de todo lo que hice, de todo lo que te dije, de las veces que intenté que lo nuestro funcionara… nada de eso importó. *Mi amor nunca fue suficiente para ti* y por eso siempre me ocultaste la verdad, ¿cierto?

Ante la calma que mantenía al pronunciar tan difíciles palabras, no supe qué responder… porque era verdad.

Nunca confié en Tared. Y no me refiero a su fuerza o su capacidad como líder, sino en el afecto que sentía por mí. Si yo me odiaba tanto a mí mismo, ¿cómo me querría él lo suficiente para aceptar a la bestia sádica y caníbal en la que me había convertido?

Sabes que él habría perdonado a su esposa de acusarlo de ser un monstruo, gruñó el ser dentro de mí. Pero no te perdona que tú sí lo seas.

Entender esto hizo que el rostro se me anegara en lágrimas. Y al escucharme sollozar, se encorvó y apretó los puños, como si quisiera aferrarse al mismo aire para no dar la media vuelta hacia mí. Pero al escuchar que se marchaba, hice un último intento:

—Dijiste que *siempre* volverías —mascullé, aferrándome a la desesperación—. Que siempre me escogerías, *a mí*.

En la oscuridad, Wéndigo rio, impresionado de lo mezquino que podía yo llegar a ser sin su ayuda. Aquellas promesas me las había hecho el hombre lobo en nuestros momentos más grandes de ternura, y ahora yo trataba de usarlas para chantajearlo y mantenerlo conmigo, a pesar de que mis acciones habían hecho todo lo posible por apartarlo de mí.

No, él no me debía ni una sola oportunidad más, y ambos *lo sabíamos*.

Fue por eso por lo que Tared no miró hacia atrás y, sin responder, sin dudar… simplemente se marchó.

Cuando me quedé solo levanté la mirada hacia el cielo para buscar la luna.

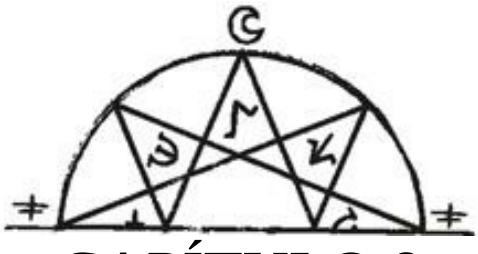
Todo este tiempo había pensado que el silencio que Tared había guardado desde que habíamos salido del plano medio era porque miles de preguntas se aglomeraban en su cabeza, dudas que yo habría respondido con desesperación para afianzar mi lugar a su lado. *¿Cómo había ocurrido lo de Wéndigo? ¿En qué momento me había poseído? ¿Acaso eso tenía que ver con todo lo que había pasado en Utah, en Nueva Orleans…?*

Pero no. No era así, porque las respuestas ya no importaban.

En mi infinita estupidez, viví con la esperanza de que podía hacer, mentir, deshacer y destrozar sin tener que enfrentar consecuencias. Hasta entonces había creído que mis razones eran lo bastante buenas, lo suficientemente nobles para que la gente alrededor lo soportase.

Pero no había sido así. Y tal como cuando lo solté en el abismo, Tared por fin se había rendido conmigo.

Esa noche, envuelto en la oscuridad de un insoportable insomnio, el vínculo entre nosotros se partió dolorosamente. Sangró. Sangró y sangró hasta que ya no quedó nada más que nos uniera. Y al desvanecerse ese lazo por completo… algo terrible comenzó a sucederme.



CAPÍTULO 8

RESILIENCIA

Durante la noche, algo había comenzado a crecer en mi interior. Una cosa que me hizo despertar a la mañana siguiente hecho un ovillo, con los dientes apretados a causa del terrible dolor: era como una jaula dura e invisible que se había encarnado alrededor de mi corazón mientras dormía. Lo sentía bien adentro, una presión que me estrujaba cada vez que mi músculo latía y que me dejó casi sin aire al intentar respirar.

Y lo más inquietante de todo fue descubrir que al estar solo allí, acurrucado en el suelo de la casa rodante y sin entender bien a bien lo que me sucedía, comencé a sentirme frustrado por razones *muy* diferentes al dolor que me achacaba.

Sentí nuevamente la herida recalcitrante del *vínculo roto,* y ésta dolía muchísimo, como si Tared mismo me destrozara el corazón con su propio puño. La garganta se me cerraba, los gemidos se atascaban en mi pecho y me impedían sollozar.

En mi agonía, comencé a preguntarme si el abandono que estaba sufriendo era justo, y si no eran todos los demás unos egoístas miserables indignos de mis esfuerzos. Si acaso, alguna vez, a alguien le habían importado los sacrificios que yo también tuve que hacer, y recordé con profunda humillación lo que aquellos a quienes alguna vez llamé *hermanos* me hicieron en Stonefall. No sólo fue su mirada de completo terror cuando me vieron devorar a Buck Lander, trozo por trozo, sino cómo todos ellos…

Te abandonaron.

De pronto vinieron a mí las imágenes de mi huida, completamente solitaria, en el bosque, perseguido por los tramperos, las balas, el fuego escupiendo de sus escopetas. *Queriendo darme*

caza.

Te dejaron a tu suerte para que esos cabrones te mataran.

Y lo hicieron al darme la espalda en la oscuridad, mientras yo huía como un animal herido hacia la incertidumbre, indefenso y consumido por la espada.

¿Qué querías que hicieran, si habían descubierto el monstruo que eras en realidad?

Los… *odiaba*. Yo lo sacrifiqué todo, me convertí en un monstruo por Johanna, por Julien y hasta por Nashua, pero ellos tres intentaron matarme en Luisiana. Y luego, me abandonaron en Utah, para cortar así nuestro vínculo de la misma forma en la que lo había hecho Tared.

Me arrepentí del momento en el que el lobo apareció en mi vida aquella mañana en Luisiana. Y lo aborrecí *a él* más que a nadie por haber decidido que yo no era digno del mismo afecto que le había prodigado a su *mujer*. ¡Odiaba tanto su voz, su cuerpo; odiaba tanto esos ojos azules que…!

Me bastó un instante para sentirme aterrado por aquellos pensamientos. No, ¡yo no sentía ninguna de esas cosas! ¡¿De dónde estaba saliendo todo este veneno?!

Intenté levantarme, pero me fue imposible. Al principio creí que se trataba de la espada, pero me bastó escuchar dentro de mí esa risa de cientos de voces para caer en la cuenta de la verdad: ese dolor sobre mi corazón no provenía de mi pérdida, sino de *la garra* del monstruo de hueso, que lo estrujaba como si sus uñas afiladas se hubiesen materializado dentro de mí.

La ruptura del vínculo entre el líder de Comus Bayou y yo me había acercado más que nunca a esa bestia, porque era *su furia* la que estaba hablando por mí.

Me tomé unos minutos para contener mis emociones y empujar al bastardo al fondo de mi cabeza. Intenté usar el calor de mi magia para aliviar la presión helada de Wéndigo, pero aquel latido invernal no desapareció.

Y entonces, vi a Tared. Él se había acercado hasta detenerse delante de una de las ventanas de la casa rodante. Miraba a la nada mientras los copos de nieve le caían en los hombros, tan cansado, *tan triste,* que anhelé con todo mi ser recargar mi cabeza en su hombro para aliviar su pena.

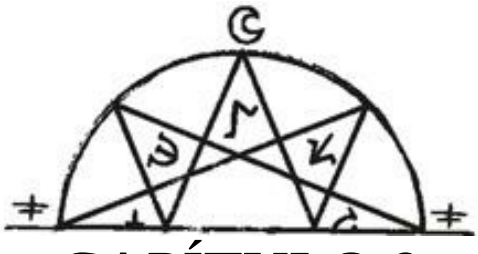
Ante ese deseo, el dolor permaneció dentro de mi pecho, la garra obstinada del monstruo de hueso aprisionándome sin compasión, pero mi corazón latía de todas maneras bajo su palma con férrea voluntad. El vínculo entre Tared y yo ya no existía, pero yo amaba al hombre lobo como si aquél nunca se hubiese desvanecido.

La angustia de un corazón afligido y no uno furioso regresó a mí, llevándose consigo toda esa rabia que *no me pertenecía*.

Y sólo así, ahogado en el sentimiento más puro, más *mío* que tenía en ese momento, fue

como reuní las fuerzas para levantarme.

Y, de alguna manera, seguir adelante.



CAPÍTULO 9

ABANDONO

Lía insistió en que nos quedásemos algunos días en su casa, con su familia, para descansar y abastecernos, pero Tared se negó en rotundo.

No podíamos detenernos. Todavía nos quedaban por cruzar Idaho, Montana y Dakota del Norte, antes de llegar a Minnesota, y no había tiempo que perder si queríamos tener la oportunidad de reencontrarnos con Comus Bayou.

Después de un poco más de insistencia por parte de Lía, al final aceptamos ser conducidos al pueblo más cercano, que ya quedaba a pocos kilómetros de la frontera.

Al bajarnos en el estacionamiento de una gasolinera, Debbie extendió a Tared dos mochilas de acampada y el celular que le prestaron la noche anterior.

—Hay un poco de ropa extra, por si la necesitan —dijo Lía—. Perdonen si no hay chamarras mejores, pero espero que les sirvan de algo.

Tared tomó las cosas, e inclinó la cabeza como agradecimiento. Y entonces, Lía hizo algo aún más significativo: me entregó una pistola.

—Pero… —titubeé, reticente.

Ella sonrió y envolvió mi mano descarnada con la suya. Sintió mis dedos huesudos bajo el guante, pero no añadió palabra alguna al respecto. Sin recelo, me hizo cerrarlos alrededor del arma.

—Si nosotras hubiésemos llegado con ustedes a su reserva, estoy segurísima de que nos habrían dado refugio, comida y tres veces lo que nosotras hemos podido ofrecerles ahora —dijo —. Ser familia, sin importar quienes seamos o de qué estemos huyendo es lo más importante que

he aprendido de este mundo al que he tenido el privilegio de ser recibida.

Y luego, ella acomodó un gorro de lana sobre mi cabeza con tanta ternura que me recordó mucho a Louisa. Estuve tentado a romper en llanto otra vez, pero, en cambio, guardé el arma en la pretina de los pantalones, tal cual me había enseñado Hoffman tiempo atrás.

—No conocemos a ningún Atrapasueños en Idaho —dijo Debbie—, pero sé que hay de nuestra gente en Montana. No tenemos mucho contacto con ellos puesto que son nómadas, pero haré lo posible por conseguir que se encuentren. Les llamaremos en cuanto tengamos noticias de ellos o de los tramperos.

—También les he dejado algunos billetes en la mochila más pequeña —añadió su esposa—. No traíamos mucho efectivo, pero espero que al menos les haga la vida más fácil por un tiempo.

—Gracias, gracias, por tanto, Lía —dijo Tared estrechando su mano a modo de despedida. Noté que la miraba con muchísimo respeto, de una forma muy similar a como alguna vez se dirigió a Irina.

Siempre me había preguntado si era posible que un humano fuese la cabeza de un Atrapasueños, y acababa de recibir la respuesta.

Lía y Debbie subieron de vuelta a la casa rodante y se marcharon a su pueblo, mientras Tared y yo nos quedamos bajo la nieve por unos momentos. La quietud entre el lobo y yo me obligó no sólo a escuchar con demasiada claridad las cosas que Wéndigo me murmuraba, sino a sentir, una vez más, el dolor del vínculo roto.

Era terrible, como sentir las lágrimas en mis ojos todo el tiempo, aunque los tuviese secos, como una vena en carne viva, siempre abierta, siempre sangrante. Y la garra de Wéndigo estrujando mi corazón sólo añadía más presión a ese dolor.

Me sentía tan cansado que el sólo quedarme de pie resultaba tan agotador como subir una colina.

Tared, ajeno a mi pesar, tal vez, sacó de la mochila pequeña los billetes y los contó. Después, miró el delgado fajo unos momentos.

—Podríamos buscar un autobús que nos lleve hasta allá —sugerí, aunque mi voz sonaba distante, como si le hablase a un desconocido. El pensarlo así me lastimó demasiado, pero ya no podía definir nuestra relación de otra manera.

—No nos dejarán subir sin identificaciones —replicó él con sobriedad.

El lobo levantó la barbilla hacia la carretera congelada mientras los conductores entraban y salían de la gasolinera. Para mí era obvio lo que teníamos que hacer ahora, pero me sorprendió mucho darme cuenta de que él no lo tuviera tan claro.

No. Algo le sucedía a Tared. Sus ojos estaban inyectados en sangre, su cuerpo parecía siempre tenso, con los puños bien cerrados. Se veía tan preocupado, tan invadido de una angustia silenciosa, como si en cualquier momento fuese a perder el control.

¿Acaso crees que su desesperación es por ti? ¿Piensas que lo que anhela es tu compañía, que lo que extraña son tus brazos?

Mi corazón dolió como si Wéndigo lo hubiese estrujado con gusto, porque, una vez más, me hizo ver las cosas como eran. Tared estaba triste y desolado no por mí, ni por el término de nuestra relación, sino por Comus Bayou.

Su verdadera familia.

Al entender esto por fin, me eché una de las mochilas al hombro y caminé hacia la carretera, y Tared sólo me observó alejarme hasta detenerme en la orilla. Por suerte, no tuve que esperar demasiado para que se acercara mi objetivo: un tráiler con placas de Idaho.

Levanté un pulgar para hacer la seña. El freno del vehículo rechinó al detenerse de inmediato, escupiendo una densa nube de humo negro. Me acerqué a la cabina, trepé hasta la ventanilla y me acomodé un mechón detrás del oído mientras el conductor me preguntaba algo con la voz aterciopelada.

Me mordí el labio inferior y le sonreí.

Tared se quedó perplejo, pero no tanto como el camionero cuando le hice una señal al lobo para que se acercara y subiera conmigo al tráiler. Según lo que me había dicho el hombre, cruzaríamos Idaho en un par de horas; la franja alargada del estado que se interponía entre Washington y Montana no era muy grande.

El viaje fue silencioso, apenas acompañado por algunos momentos de conversaciones breves con el confundido camionero quien, al parecer, no sabía qué era peor: si descubrir que yo no era una chica bonita pidiendo un aventón en la carretera o que viniera acompañado por un hombre que me sacaba treinta centímetros de estatura.

En esos momentos, apelar a mi apariencia para conseguir algo de los demás no me importaba, la moralidad no tenía ningún valor para mí ante semejante desesperación. Tared era la persona más importante de mi vida, cosa que no tenía nada que ver con el hecho de que todo entre nosotros hubiese terminado.

Y como último acto de amor, haría hasta lo imposible con tal de reunirlo con la familia que tan desesperadamente deseaba encontrar.

Una familia a la que —me había quedado claro— yo jamás podría volver a pertenecer.

Los siguientes cuatro días, el tiempo que tardamos en llegar desde Newport hasta el Parque Nacional de los Glaciares, en Montana, tampoco fueron fáciles.

Nos tomó mucho recorrer esos casi cuatrocientos kilómetros, porque gran parte del trayecto

tuvimos que hacerlo a pie, pegados a la carretera y, a veces, bajo inclementes nevadas. Y con el pasar de los días, nuestra suerte empeoró, y no sólo porque los vehículos comenzaron a volverse más y más escasos conforme el invierno se recrudecía. Me confundiesen o no con una mujer, mi apariencia ayudaba, pero los conductores se volvían menos benevolentes al ver a Tared.

Él estaba… cambiando.

Cada día le costaba más ser el hombre amable y educado de siempre, y las escasas palabras que cruzábamos pronto se transformaron en silencio tajante y respuestas frías al punto en el que evité hablarle del todo. Lo peor de todo es que él había perdido por lo menos cinco kilos en cuestión de días. Más de una vez le rogué que comiera algo más que el mismo sándwich frío de siempre, pero jamás logré convencerlo. Sabía que teníamos poco dinero, por lo que se limitaba a alimentarse como una persona ordinaria y no en la medida que realmente requería, y eso estaba haciendo estragos a su cuerpo.

Pero a él no le importaba. Su prioridad era llegar lo más pronto posible a Minnesota.

Eso y nada más.

La presión en mi corazón también empeoró. A falta de alguien con quien hablar, Wéndigo comenzó a ocupar la mayor parte de mis pensamientos, y la brecha entre el hombre lobo y yo pasó de ser el fantasma de un lazo perdido, a un abismo que, a cada paso que dábamos en la carretera, se hacía más grande.

Me convertí en un desconocido para él también, y más que un hombre, era una sombra que caminaba a su lado, un espectro con el cual compartía el espacio en el que se movía. Y su indiferencia, su apatía, me dolía mucho más que el propio hierro de la garra de Wéndigo. No necesité de sus amargas voces para saber que Tared no sólo odiaba esta situación, sino *estar conmigo*. Yo lo había separado de su familia, lo más valioso que él tenía en el mundo. ¿Cómo no iba a aborrecerme?

No encuentro palabras para describir lo desoladores que resultaron esos días para mí y la cantidad de veces que quise soltarme a llorar en pleno asfalto, sintiéndome miserable y aislado. De alguna forma, Tared me había abandonado, dejándome solo con Wéndigo, y más de una vez quise suplicarle que, por favor, dejase de lastimarme de esa manera.

Pero nunca tuve el valor. Y, en cambio, mi tristeza comenzó a convertirse en enojo. El monstruo de hueso me infectó con sus voces y su rabia, y todo comenzó a irritarme: la gente, el frío, el hambre. Ya no toleraba nada ni a nadie, sólo existía en mi cabeza el desasosiego y el cansancio. Las ganas de dar la media vuelta y echar a correr.

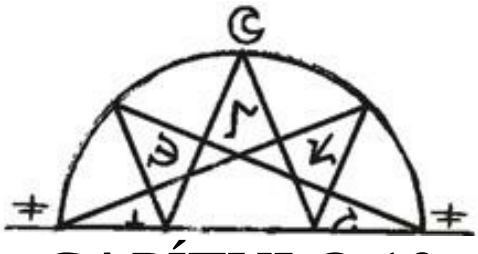
Olvidarme de Tared. De Comus Bayou. De mi Mara. De todos.

Hasta que, una mañana, recibimos la tan esperada llamada de Debbie, quien había podido contactar con el Atrapasueños nómada de Montana: un grupo de motociclistas dispuestos no sólo

a ayudarnos con dinero y provisiones, sino con un vehículo que nos haría llegar a nuestro destino en menor tiempo. Lo único que teníamos que hacer era encontrarnos con ellos en un concurrido bar de carretera a unos cuantos kilómetros de nuestra presente ubicación.

La noticia le sacó a Tared la única sonrisa que le había visto en todo este tiempo, pero a mí me destrozó por completo.

Porque eso significaba que había llegado el momento de separarnos.



CAPÍTULO 10

UNA CARA FAMILIAR

—¿Les ofrezco algo más?

Los tórridos recuerdos de lo que hemos vivido desde que salimos del lago desaparecen cuando escucho la voz de la mesera a mi lado. Parpadeo un par de veces y miro hacia la tormenta que se ha desatado afuera del restaurante, inseguro de cuánto tiempo habré estado perdido en mi nostalgia esta vez.

Al girarme para responderle a la chica, veo que ella, aunque nos ha llamado a ambos, tan sólo observa a un distante Tared con una sonrisa estúpida en su cara.

Y lo peor es que ni siquiera puedo culparla. Aún con los días duros que hemos tenido, él sigue siendo tan bien parecido que es imposible no querer mirarlo.

Qué fácil sería para él conseguir a alguien, ¿verdad? Una mujer divina, como debió de ser su esposa…...

—La cuenta —pido con los dientes apretados para soportar el veneno de mis celos.

La mesera por fin se percata de que existo. Me mira y entorna los ojos unos segundos, escrutándome más tiempo del que se consideraría educado, para luego largarse.

Tared deja el celular sobre la mesa y mira hacia mi comida, la cual no he tocado por estar perdido en mis pensamientos.

—El primer bocado siempre es difícil —susurro ante su fugaz mirada, mientras acaricio el borde del plato de forma desinteresada.

—Ya —responde para volver a tomar el teléfono, imponiendo una vez más esa barrera de indiferencia que nos ha vuelto tan ajenos el uno del otro.

Eres patético. ¿Creías que eso lo iba a conmover?

Recuerdo con pesar la cara que puso el lobo el día en el que le confesé que la comida ya no me sabía a otra cosa más que a cenizas, después de que la textura de una sopa casi me había hecho vomitar. Y el haberle contado después que lo único que no me provocaba arcadas era el alcohol o el tabaco, tampoco ayudó a cambiar su semblante.

No dejo de preguntarme qué expresión pondría si además le dijera que lo único que he probado hasta ahora que no me supo a cenizas fueron sus labios.

Siento una profunda humillación al darme cuenta de que, al fondo del restaurante, aquella chica mira hacia acá, siendo testigo de la forma en la que contemplo al hombre frente a mí.

Sí. Wéndigo tiene razón.

Soy realmente patético.

La noche no me trata mucho mejor, porque al subir a la camioneta a la mañana siguiente y darme de frente con el helor de la madrugada, lo que más me incomoda no es el frío, sino el dolor de cuello.

La tormenta no nos dejó continuar nuestro viaje por la carretera, por lo que quedarnos a dormir en el motel junto al restaurante fue nuestra única opción. Creo que éste es el sitio más decente en el que nos hemos hospedado hasta ahora —al menos, la regadera no era un tubo incrustado en la pared—, pero las almohadas estaban tan duras que casi me sentí tentado a regresar a dormir en la *pickup*.

—Cuarenta, por favor.

Salgo de mis lamentables pensamientos cuando Tared me extiende un billete sobre el tablero, puesto que no me había percatado de que nos habíamos detenido frente a un despachador de la gasolinera.

Son apenas las cinco de la mañana.

Cuánta prisa, ¿verdad?

Sí. El plan de Tared de hoy es conducir hasta llegar a Minnesota. Son veinte horas de camino, con todo y las paradas que necesitaremos hacer para que él descanse un poco, ya que yo no puedo ayudarlo, al no saber manejar en carreteras congeladas.

Veinte horas.

Sólo veinte horas para que tal vez no vuelva a verlo jamás.

La dependienta de la tienda ni siquiera se molesta en levantar la cabeza cuando me acerco, concentrada en no quedarse dormida sobre la revista que tiene en el regazo.

—Cuarenta para la número siete, por favor —pido, dejando el billete en el mostrador.

Mientras ella activa la bomba de forma mecánica desde su pantalla, miro a Tared entre el montón de hojas de anuncios pegadas en la puerta de vidrio de la tienda. Él baja de la camioneta para poner la manguera de gasolina en el tanque, luego, se agacha para revisar que las cadenas de las llantas estén bien colocadas. Se detiene un momento, acuclillado contra una de las ruedas, y se masajea los párpados en círculos.

Las ojeras parecen haberse oscurecido dos tonos más desde anoche, lo que me hace recordar, con un nudo en el estómago, sus ojos azules abiertos hacia el techo, atormentado por la bruma mientras la luz violeta del invierno se colaba por la ventana.

Me muerdo el labio inferior y me alejo de la caja hacia la zona de café para servir uno para él, extragrande, bien cargado de leche y azúcar. Vuelvo con la dependienta y pongo el vaso sobre el mostrador. Miro con resignación la hilera de cigarros detrás de la mujer a sabiendas de que, por más que Tared y yo los deseemos, no podemos costearlos.

Cuando la encargada por fin se digna a girarse para cobrarme, se queda con la mano dentro de la registradora, la mirada entornada hacia mí.

—Espera… —susurra, para luego abrir los ojos de par en par—. ¡Pero si eres *tú*!

Alzo ambas cejas, desconcertado. Ella mira hacia la salida de la tienda. No, hacia las hojas pegadas en la puerta de cristal.

Y de pronto…

Está allí. Impreso en un papel amarillo neón, brillante contra la oscuridad de la madrugada.

Me acerco al letrero y noto las múltiples tiras recortadas que cuelgan en la parte inferior, de forma que puedas tirar de una de ellas y quedarte con un número de teléfono.

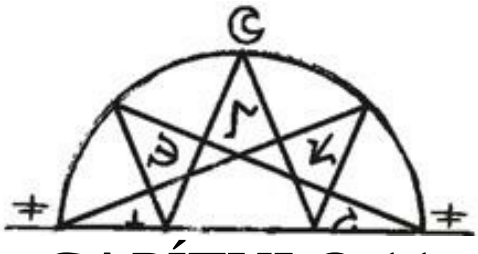
Arranco el papel entero y salgo corriendo de la tienda, escuchando el grito inteligible de la dependienta. Tared, quien ya me esperaba dentro la camioneta, frunce el ceño desconcertado cuando me meto casi de un salto y azoto la puerta a mis espaldas.

—Vámonos —grito con un nudo en la garganta—. ¡Vámonos, ahora!

Le extiendo el letrero y al verlo, palidece.

Es una fotografía mía, con mi nombre y un enorme “¿HAS VISTO A ESTA PERSONA?” impreso en letras gigantes… Es el mismo volante policial con el que Dallas descubrió mi identidad en Stonefall.

Pero lo que aparta de su estupefacción a Tared y lo hace salir a toda velocidad hacia la carretera es ver que una de las tiras ya ha sido arrancada.



CAPÍTULO 11

CACERÍA

—Ha sido el rastreador —susurro, mordisqueando la uña de mi pulgar con los dientes mientras recuerdo, con rabia, la forma en la que aquella mesera en el restaurante me miró. O más bien, me reconoció.

Dioses, ¿cómo es que no me di cuenta?

Como respuesta, Tared hace un cambio en la palanca de velocidades para tomar una curva. Me paso una mano por la cara e intento no sentirme culpable porque, de todas maneras, ya lo habíamos visto venir. El rastreador en mi brazo, aquél que tenía enganchado cuando salimos del plano medio, funcionó el tiempo suficiente como para haberles enviado una señal a esos bastardos sobre nuestra ubicación, pero no quisimos darlo por hecho; por eso no aceptamos más ayuda de Lía ni de los motociclistas. Arriesgar la vida de otros errantes, a sabiendas de lo que unos monstruos como los Lander eran capaces de hacer, estaba fuera de discusión.

Días atrás, eso me había dado la absurda esperanza de que, tal vez, Tared entendiera un poco las decisiones que había tomado hasta ahora, dándose cuenta de que apartar a otros a veces era la opción más sensata, pero…

Aun así, te dio la espalda.

No doy el gusto a Wéndigo de contestar, más abrumado por todo esto que por sus ganas de arruinarme la existencia, porque si los tramperos siguen vivos, eso podría significar que Comus Bayou podría no estarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto, angustiado por la incertidumbre. Tared alarga su mano hacia el celular, posado sobre mi fotografía impresa en ese papel amarillo.

—Darnos prisa, detenernos lo menos posible —contesta—, y prevenir a Lía.

Hace una marcación rápida, pero el aire se me escapa ante el pitido mecánico del teléfono. No hay señal.

—Mierda —masculla, y mete el aparato en uno de los cierres de su chamarra—. Lo intentaré cuando salgamos del parque.

Al ver la solitaria carretera, serpenteando en pronunciadas curvas a través de las montañas, la terrible sensación de que eso no sucederá pronto se agudiza. Peligrosos barrancos llenos de nieve y árboles huesudos surcan los costados del Parque Nacional de los Glaciares, lo que nos obliga a disminuir la velocidad para no resbalar sobre el asfalto congelado.

Minutos después, una camioneta plateada nos rebasa con calma y se pierde a lo lejos, lo que aumenta el aire de desolación del valle. Es el primer vehículo que nos topamos desde hace más de una hora, ya que esta ruta no parece ser muy transitada. Pero era esto o desviarnos cincuenta kilómetros hacia atrás en busca de una carretera más poblada.

Nervioso, le echo un vistazo al mapa. Y al calcular más o menos nuestra ubicación, me doy cuenta de que éstos son los últimos bosques que cruzaremos antes de llegar a las planicies que conectan Montana con Dakota del Norte, cosa que no sé si me termina de gustar. Las llanuras nos permitirán movernos con más rapidez, pero, al mismo tiempo, estaremos más expuestos. No por nada hemos tomado las rutas a través de las reservas naturales en vez de aventurarnos en las autopistas más despejadas.

La carretera se vuelve más estrecha a medida que subimos por la montaña. El barranco se ha volcado ahora sólo de nuestro lado del carril, mientras que el otro está bardeado por altas pendientes de roca.

La tensión sube y sube, hasta que el sonido de una bocina rompe con la quietud. Miro por el retrovisor y distingo a lo lejos una camioneta *pickup* negra que pita una y otra vez detrás de nosotros, con un solitario conductor que parece desesperado por la lentitud de nuestro paso.

Tared enciende las intermitentes para que nos adelante, pero lo único que hace es dejar de tocar la bocina… para luego acelerar.

Entrecierro la mirada y, noto que el vehículo tiene una extraña estructura de metal montada sobre el techo de la cabina, como un pedestal para poner, ¿tablas de nieve, tal vez?

Intento descifrar lo que es cuando el vehículo queda a escasos diez metros de nosotros.

Tared mira también por el retrovisor y aspira profundo. Y de pronto, yo también puedo percibirlo: metal. Óxido. Cuerdas. *Sangre.*

Un grito se atora en mi garganta.

¡PAM!

Una bala revienta el retrovisor de mi lado de la camioneta.

—¡TRAMPEROS! —suelto por fin a todo pulmón, agachándome contra el tablero. Tared se

encorva sobre el volante ante el impacto y el vehículo resbala, pero recupera pronto el control. Pisa el acelerador y las cadenas de nuestras llantas comienzan a resonar con furia contra el asfalto.

¡Pam!

Otra bala más, pero esta vez, en la puerta de la caja de carga. Me asomo por una esquina de la ventana trasera y descubro que los dos hombres que viajaban en el cajón de la *pickup* se han puesto de pie, cubiertos con visores de nieve y pasamontañas. Uno de ellos nos dispara con un rifle de alto calibre, mientras que el otro comienza a levantar una especie de cañón de acero que, rápidamente, instala en el pedestal sobre la cabina.

—Pero ¿qué diablos…?

Pierdo el aliento al verlo meter una pesada asta de acero dentro del cañón.

Es un arpón. *Un jodido arpón ballenero.*

El hombre lobo lo ve también a través del retrovisor y comienza a zigzaguear para evadir otro disparo del rifle.

—¡Mierda, mierda! —me quito el cinturón de seguridad y me inclino para sacar la escopeta de debajo del asiento. Echo el seguro hacia atrás y saco medio cuerpo por la ventanilla.

—¡Elisse!

Disparo y el sujeto da un volantazo mientras mi bala alcanza a conectar en medio del parabrisas. Hace un agujero al vidrio y la camioneta patina por la grava. Pero, en menos de lo que me gustaría, el trampero vuelve a encarrilar el vehículo.

Escucho una explosión.

—¡Cuidado!

El grito de Tared me hace regresar a la cabina justo cuando un maldito arpón vuela frente a mis narices.

El arma, cuyo blanco era mi cabeza, da de lleno contra la gruesa rama de un árbol, con tanta potencia que la parte como si fuese una vara seca.

El otro trampero vuelve a disparar y su munición revienta nuestra vieja ventana trasera, cubriéndonos por una lluvia de cristales.

Escucho una segunda explosión y de pronto, la camioneta empieza a sacudirse de un lado a otro.

—¡Carajo, la llanta! —exclama Tared, haciendo todo lo posible por mantener el control del vehículo. Pero al girarme, veo que la punta de un arpón sobresale de la puerta trasera de nuestra camioneta y, detrás de ella, una gruesa cuerda de acero que la une al pedestal de los tramperos.

—¡No, le dieron a la puerta! —exclamo—, ¡nos tienen enganchados!

Ambas camionetas comienzan a tambalearse en una lucha de fuerzas; la pendiente de la montaña y el hielo hacen que pronto las llantas de nuestro vehículo empiecen a echar humo. El

suyo es un modelo más nuevo, más potente.

Escucho un par de cadenas reventar y no lo pienso más.

Tomo la caja de municiones y recargo la escopeta.

—¿Qué estás haciendo? ¡No, Elisse! —grita Tared al verme arrojar la escopeta a través de la ventana trasera, hacia la caja de carga, para luego lanzarme yo también por detrás.

Al caer sobre mi hombro en el suelo de metal, el trampero del rifle lucha por apuntarme, pero le resulta imposible debido al movimiento errático de los vehículos.

Logro arrastrarme, con todo y la escopeta, hacia la puertilla de nuestra camioneta, y disparo a la punta del arpón.

La *pickup* de los tramperos patina con violencia al desencajarse de nuestro vehículo. Y de puro milagro, la puertilla del nuestro no se abre, lo que impide que yo salga disparado hacia la carretera.

—¡Hijo de perra! —exclama el trampero del rifle al dejar caer su arma en el asfalto presa de una sacudida.

El conductor recupera el control de su camioneta y acelera hacia nosotros una vez más. Y cuando veo que los dos hombres de atrás logran montar un nuevo arpón, decido que es suficiente.

Acérquense…..

—*Acérquense*, bastardos —musito y, como si los hubiese embrujado, el cofre de su *pickup* se sitúa a apenas unos metros de mí.

Me pongo de pie. Vuelvo a apuntar la escopeta y, con un chasquido de lengua, disparo hacia el conductor de la camioneta.

Mi bala atraviesa el ya fragmentado parabrisas y revienta su corazón. El vehículo vira con violencia y se estampa contra una barricada de rocas al lado de la carretera, mientras los dos tramperos de la parte trasera salen disparados del cajón. No me quedo a escuchar los gritos ni a saborear el quebrar de sus huesos contra el asfalto. En cambio, me deslizo como puedo de vuelta a la cabina, echando la escopeta por delante.

—Dios mío, ¿estás loco? ¡Pudiste matarte!

La mano de Tared se cierne sobre mi brazo al ponerme de vuelta el cinturón de seguridad. Nos miramos un instante y esa breve mirada azul me provoca más adrenalina que toda la jodida persecución que acabamos de tener. El lobo me suelta, consternado ante su propia reacción, y gira la cabeza hacia delante.

Y entonces, *lo escucho gritar*.

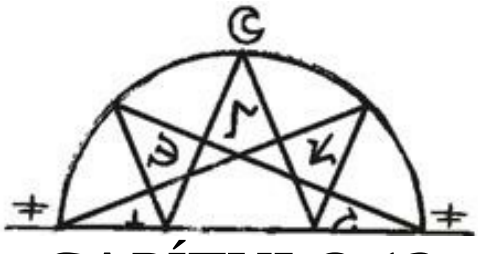
Distingo las luces cegadoras de otra camioneta delante de nosotros, llena de dientes cromados. Un monstruo plateado que estoy seguro de que vi rebasarnos kilómetros atrás.

No logro percibir con claridad lo que sucede después de escuchar el terrible estallido de otro arpón.

El parabrisas frontal se rompe y los vidrios me cortan la cara. Nuestra camioneta da un giro mortal y sale disparada de la carretera hacia el largo y empinado barranco, totalmente fuera de control.

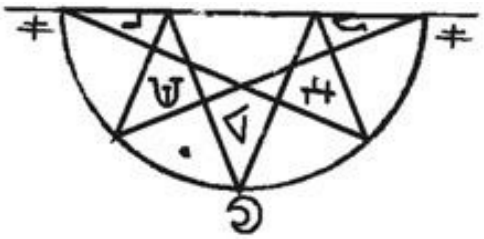
Rodamos hacia abajo, al vacío, y nos estrellamos una y otra vez contra los árboles entre el estruendo del metal y la madera que se parte en pedazos.

Y después, cuando el frío logra sobreponerse al ruido… ya no percibo nada más.



CAPÍTULO 12

INQUISIDOR



A lo largo de todos los milenios que tengo con vida llegué a conocer a muchos tipos de monstruos. Criaturas obscenas y descabelladas, algunas reales, algunas imaginarias, pero todas extraídas de la más profunda oscuridad, cuyos apetitos habían alimentado las pesadillas de los humanos desde tiempos inmemoriales.

Seres alquímicos, mitológicos; dioses viejos, dioses inventados, bestias que jamás debieron salir de la atormentada culpa de los hombres.

Pero Benjamin Lander, él es… *otro tipo de monstruo.*

El olor de su piel me recuerda al hierro que mata al brujo y despelleja al errante. Su odio es la pira donde se quema a los herejes, y sus métodos, el potro donde se tortura a los inocentes.

Y ahora, esta mítica criatura avanza sobre el pavimento congelado de la carretera, reventando los pedazos de cristales bajo sus botas de casquillo. Y por los veinte años que llevo observándolo a través de mi portal, sé muy bien que no piensa en la camioneta negra volcada contra la montaña, a un lado del camino, ni en el hombre dentro de la cabina que ostenta una mueca eternamente conmocionada por la bala que lo mató.

Para él, el llanto de uno de sus sobrinos meciendo el cuerpo de su hermano no es distinto al graznido molesto de los pájaros. Y tampoco tiene gran mérito que haya un sobreviviente, porque lo que le interesa yace al fondo de aquel barranco al que se acerca poco a poco para asomarse.

Estrujo el portal y dejo enterradas unas cuantas uñas en él de sólo pensar en lo que esas manos llenas de venas viejas y manchas le harían a la preciosa piel de mi criatura. La imagen me hace querer montarme desnuda sobre el anciano y abrirle la garganta en pleno clímax, robarle su semilla podrida antes de que pueda derramarla sobre tierra fecunda.

En cambio, sólo puedo observar cómo el tirano mira con severidad a los hombres que se movilizan para limpiar la carretera: una grúa para enganchar la camioneta destrozada, gasolina para cubrir la sangre en el asfalto, un sujeto disfrazado de policía por si algún vehículo se acerca.

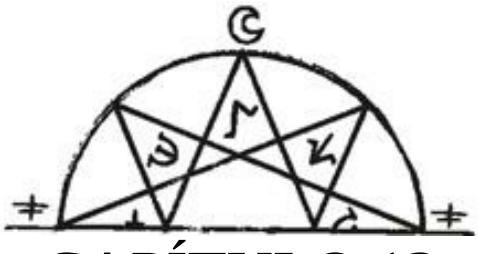
Después de haberse asomado hacia el precipicio y comprobar que no hay más que un rastro de llantas y árboles partidos, camina a su propia camioneta, esa bestia de plata que todavía ostenta su corona de arpones en la cabeza y que su gente reemplazaría gustosa con una escultura de los huesos de mi hijo.

Pero eso no es lo que busca.

Benjamin Lander no quiere que le traigan su piel o la del animal inmundo que lo acompaña. Lo que quiere es que lo conduzcan vivo hasta sus manos, vivo para cobrar sobre él una venganza que se prolongue días, semanas, meses. Un ajuste de cuentas que sea recordado por generaciones entre los suyos y entre las criaturas que, para él, no son más que animales que han aprendido a pararse sobre dos patas.

Benjamin Lander es el peor tipo de monstruo porque no necesita de colas, dientes ni garras para destrozar todo lo que se le ponga en frente.

Benjamin Lander es el peor tipo de monstruo porque simple y sencillamente es *humano.*



CAPÍTULO 13

SUEÑOS DE HAMBRUNA

Primero, fue una puerta de madera roja, llena de cicatrices oscuras.

Luego, una verde esmeralda, tan caliente que parecía exudar fuego.

Y ahora, una vez más, se alza una puerta frente a mí. Pero ésta es muy diferente a las de mis otras visiones. Porque está… viva.

O al menos, eso es lo que parece, puesto que sólo puedo percibirla como una lámina negra en medio de la nada, cuya oscuridad se mueve como el cauce de un río.

Y justo cuando creo que voy a ser abducido por el hipnotismo de aquel portal, escucho el ensordecedor grito de una trompeta.

El apocalíptico eco retumba y se pierde a lo lejos entre la noche oscura, y la sacudida me ayuda a percatarme de que estoy parado en medio de un bosque, frente a esta puerta hecha de sombras.

Los árboles alrededor están secos y muertos, con coronas de ramajes de largas espinas. Sus troncos oscuros contrastan contra el suelo empastado de nieve, nieve sucia, revuelta en tierra y hojas marchitas.

Ya no siento dolor en el pecho, y tampoco percibo el helor en mis pies descalzos, ni la brisa que acaricia mi cuerpo cubierto por apenas una túnica negra que, abierta hasta debajo de mi ombligo, revela mi desnudez. Inclusive, la espada filosofal ya no parece pesar en mi interior, como si ésta hubiese desaparecido.

Pero hay algo que sí puedo percibir.

Me toco la cara y la siento caliente, empapada de esas lágrimas que conocí muy bien en mi

infancia: estoy llorando de hambre, un ansia tan intensa que las paredes de mi estómago parecieran deshacerse a causa de la acidez.

Rodeo la puerta para adentrarme en el bosque sin saber hacia dónde dirigirme, tan sólo guiado por la urgente necesidad de buscar algo de comer, lo que sea. *Pero lo único que encuentro a mi paso es una luna oculta entre las nubes.*

De pronto, algo cruje bajo mis pies. Miro hacia el suelo y encuentro una columna vertebral que sobresale de la tierra helada, tan vieja que se ha pulverizado con mi peso. Observo alrededor y más espinas dorsales yacen esparcidas por el bosque, tan secas que no podría sacar de ellas ni un poco de tuétano para alimentarme.

Después de caminar durante un tiempo indeterminado, logro ver un claro en la lejanía y un sendero difuso que serpentea hacia él. El dolor en mis entrañas me obliga a seguirlo, pero me detengo cuando se atraviesa con otros senderos para formar una estrella de ocho puntas. En medio del cruce de caminos se yergue un árbol muy grueso, gris como la ceniza, y torcido, con ramas largas como garras.

Y en el tronco, casi al pie y flanqueada por raíces espesas como anacondas, hay… una cavidad. Oscura y roja, amplia y abierta de par en par, con pliegues de corteza a su alrededor; una imagen demasiado sugerente para que pase desapercibida por mi cabeza, sobre todo cuando el hueco palpita *como si la madera húmeda de su interior estuviese hecha de carne fresca.*

Un hedor a cadáver comienza a emanar de aquella herida en el árbol, algo que reconozco como la terrible fetidez de la magia muerta.

Somos.

Miro hacia un lado y otro, sobresaltado ante el eco de las voces del monstruo de hueso, porque esta vez no provienen de mi interior, sino de afuera*, de alguna parte del bosque.*

Al sentir una vez más el latigazo del hambre, me doblo sobre mí mismo.

—Dioses —murmuro, con mis interiores retorciéndose sin piedad—, ¿cuánto tiempo llevo sin comer?

Siglos…...

Olvido mi malestar al escuchar las voces de Wéndigo emanar de la sangrienta abertura, y me quedo helado cuando un ruido espeso les prosigue, como el de las entrañas de un animal al ser removidas.

Y entonces, la obscena cavidad comienza a dilatarse.

Una ola espesa de tierra mezclada con sangre y trozos de vértebras brota de ella, arrastrándose a través de las raíces, la nieve y el sendero hasta llegar a mis pies.

De la masa de podredumbre, una figura humana se revuelve y, despacio, empieza a

levantarse. Aquella trompeta oscura retumba una vez más, con tanta fuerza que pareciera querer partir el suelo. Y cuando aquello que ha nacido del árbol se yergue por completo, lo primero que distingo son las astas plateadas que resplandecen en su cabeza.

Lentamente, el ser se gira para mirarme. Está tan delgado, tan raquítico, que la piel se le ha amoratado sobre los huesos. Y en medio de su pecho, sobre una abertura sangrienta en el esternón, hay una pequeña luna menguante que brilla contra la oscuridad de los corazones podridos que palpitan de forma necrótica debajo de ella. El cabello blanco de la criatura cae largo como una cortina sobre su espalda desnuda y reconozco mi rostro en el suyo.

—Bestia Revestida de Luna —susurra con cientos de voces. Las voces de Wéndigo—. Es hora… de despertar.

Una punzada en el pecho me arranca de tajo del sueño, y aunque quiero gritar con todas mis fuerzas debido al dolor, lo único que logro es dejar salir un gemido contenido. Intento despabilarme, recuperar el control de mi cuerpo, pero estoy tan entumecido que apenas puedo mover la cabeza.

Al principio sólo distingo una mezcla intermitente de gris y manchas rojizas, pero cuando consigo enfocar a través de la luz reflejada en la nieve, lo primero que entra en mi periferia es el parabrisas destrozado frente a mí, junto con el montón de escarcha acumulada sobre el tablero. Ramas huesudas se atraviesan por mi ventana rasguñándome la cara y los brazos, mientras un tronco partido yace incrustado en la defensa de la camioneta, la cual expulsa una columna de humo espeso, negro contra la blancura del bosque.

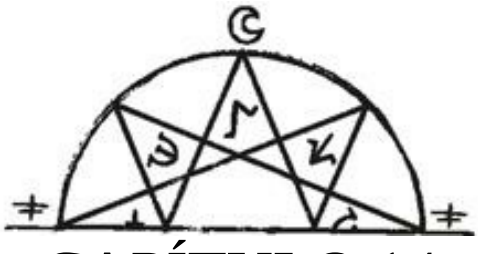
La caída. Los tramperos. Una emboscada.

Aturdido entre imágenes de batalla y hambruna que buscan desvanecerse, erguirme me resulta imposible; el peso de la espada me empuja contra el asiento sin tregua y pronto empiezo a sentir dolor en las piernas, los brazos, la cadera, así como varias heridas cortantes desperdigadas por todo mi cuerpo.

Libero el cinturón de seguridad, con la mano aterida por el frío.

—Aah… —gimoteo—, Ta… ¿Tared…? —llamo en voz baja, con dificultad, pero al no recibir respuesta, giro la cabeza hacia su asiento.

Y al ver al hombre lobo, me llevo la mano a los labios para no dejar escapar un grito descomunal.



CAPÍTULO 14

LÍMITE

De pronto, es como volver a estar dentro del lago congelado. En el plano medio, asfixiado y encerrado en la misma pesadilla interminable.

Tared está recargado contra la puerta de la camioneta en una postura extraña, poco natural, con un brazo fuera de la ventanilla destrozada y los ojos cerrados. Cualquiera pensaría que está profundamente dormido, pero el tubo letal de un arpón de hierro resplandece sobre su vientre, *atravesándolo de lado a lado*.

La conmoción me aturde y me deja inmóvil como si estuviese enterrado bajo el gran peso de un alud.

—Tared, Tared, ¿puedes escucharme? —musito, intentando hacerlo reaccionar.

Acuno con una mano un flanco de su rostro y descubro la tibieza que baja de su sien, junto con el filo letal de un par de cristales clavados en ella.

—Por los dioses, Tared, ¡Tared, despierta, por favor! —grito ahora, horrorizado al percatarme de que también se ha golpeado la cabeza contra la ventana.

—Ah… —la voz débil del devorapieles me agita los nervios de arriba abajo—, E… Elisse…

—No, no. No te esfuerces, por lo que más quieras —suplico—, aguanta, ¡por favor, resiste!

Todo da vueltas al ver que la punta del arpón ha atravesado por completo el asiento; el corto pedazo de tubo que puede verse desde el sillón hasta la espalda del lobo está empapado de sangre, al igual que el cojín y el respaldo.

La terrible imagen de la muerte de Calen, perforado por la columna del trotapieles, acude a mi mente sin piedad.

No, no, no, no, no, ¡POR LOS DIOSES! ¡POR LOS DIOSES! ¡¿Cuánto tiempo estuve inconsciente, con Tared *muriéndose* a mi lado?!

—Por favor, no te muevas —insisto, a la par que aparto un poco su ropa, lo suficiente para ver la gravedad de la herida. El arpón, que ha logrado penetrarlo a centímetros del ombligo, parece una versión moderna de aquellos que se usaban antes para cazar ballenas, con una cabeza estrecha y pequeña, pero más afilada. El delgado tubo se incrustó firmemente entre la carne y el hueso, pero la hemorragia no parece haberse contenido, tal vez a causa de las sacudidas de la camioneta.

No debo sacar el arpón, si lo hago, si acaso le ha tocado algún órgano vital, Tared podría…

¡Desángralo!

¡NO! ¡No voy siquiera a pensar en ello! Dioses, ¿qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? *¡¿Qué harías tú, Johanna?!*

Un murmullo me hace sentir una descarga eléctrica por la espalda. Levanto el mentón y miro hacia afuera.

Encuentro, a sólo unos metros de nosotros, la silueta traslúcida de Barón Samedi, erguido entre las sombras de la neblina del bosque.

Un vaho negro brota del habano de su maldita boca sonriente, el primer vistazo que tengo de este cabrón desde que hice mi último juramento en Monument Valley.

—No, ni se te ocurra, bastardo —susurro entre dientes mientras que, por instinto, deslizo mi brazo sobre los hombros de Tared—. *No vas a llevártelo.*

El hombre lobo, sin fuerzas para mostrar desconcierto ante mi locura, tan sólo aprieta los ojos y acalla un gemido de dolor.

Miro sobre mi hombro, por la ventanilla trasera de la camioneta. Un largo sendero de árboles abatidos marca nuestra caída por el barranco de la montaña, pero la densa niebla del bosque me impide hacerme una idea de la altura de la pendiente.

Otra bofetada de realidad me obliga a poner los pies en la tierra: tengo qué encontrar la forma de sacar a Tared de aquí, porque estoy seguro de que los tramperos vendrán a buscarnos, si no es que ya están encima de nosotros.

Cierro los ojos un momento y me fuerzo a ordenar mis ideas, porque no estoy indefenso, carajo, soy un brujo y *aún tengo mi magia*.

—Voy a parar la hemorragia, y luego te quitaré el cinturón de seguridad para poder moverte —le digo al devorapieles con más confianza de la que siento, limpiando el sudor de su frente con el dorso de mi mano humana—. Te sacaré de esto, Tared. Lo juro.

Sus ojos azules me responden con una mirada vaga, un tenue parpadeo que me empuja hacia la lucidez.

Me quito los guantes empleando los dientes y con mis afiladas garras rasgo cuidadosamente trozos de la camisa de franela del lobo, ya apelmazada a causa de la sangre y la nieve. Hago tiras pequeñas y comienzo a amarrarlas, abultándolas hasta que toman la forma de algo semejante a un muñeco.

Sin mediar palabras, y sin que él se queje —o tenga fuerzas para hacerlo—, arranco unos cuantos cabellos de la cabeza de Tared, los cuales coloco dentro de la figurilla. La cierro bien haciendo varios nudos a su alrededor con un par de tiras adicionales.

—Ya casi, un poco más —susurro y tomo del tablero un trozo de vidrio lo bastante largo y afilado para mi propósito.

De reojo, me doy cuenta de que Samedi me observa entre la nieve, ahora sin esa sonrisa estúpida en la cara. Mantengo la mirada fija en el Loa de la Muerte y comienzo a murmurar, desafiándolo.

Apenas abro los labios, la espada vibra furiosa con el fin de arrancarme la magia de las venas. Pero basta que yo mire a Tared para que pueda sobreponerme al hambre de la piedra filosofal.

Cierro la palma de mi mano humana alrededor del cristal, me hace sangrar sobre él.

—No van a vencerme —siseo, rabioso—. Ninguno de ustedes lo hará.

De un solo golpe, clavo el trozo de vidrio en el vientre del muñeco.

Tared aprieta los dientes cuando la sangre de la figura de franela se retrae hacia el cristal, como si éste la succionara hasta desaparecer. Y tal cual, con el monigote, la herida del propio hombre lobo deja de sangrar.

—Funcionó… —susurro, sin permitirme ser embargado por el alivio. He logrado detener la hemorragia por ahora, pero eso no significa que el riesgo haya terminado.

Aún debo ocuparme del arpón.

Tared no parece tener claridad de lo que sucede, es como si estuviese fuera de sí. Baja la barbilla un par de veces y cierra los ojos, a punto de quedarse dormido de nuevo.

—¡Eh, eh! —le susurro, sujetándolo de la mejilla para que me mire. La sangre de mi palma se mezcla con la de su sien—. Necesito que te mantengas despierto. Sé que puedes hacerlo, por favor —suplico, y arranco con cuidado los pequeños cristales de su cabeza, haciendo todo lo posible para que no se me quiebre la voz.

Él parpadea, despacio, y asiente aún con más lentitud. No debo sacar el arpón para desencajar a Tared del asiento, pero tal vez… tal vez pueda cortarlo.

De nuevo, me alargo hacia el tablero para tomar dos puñados de la nieve que se ha colado a través del parabrisas roto. Con ella, rodeo ambos lados de la vara de hierro, sobre la piel de la espalda y el vientre del lobo, quien farfulla ante el helado contacto.

—Resiste, por favor… y, por lo que más quieras, intenta no moverte —suplico. Tared no me contesta, sigue pálido y respira con grave dificultad.

No puedes salvarlo.

Mírame hacerlo, cabrón.

Cierro los ojos e invoco, con todas las energías de las que dispongo, el fuego de mi interior hasta hacerlo brotar de mis manos. Siento cómo el hierro se calienta, pero muy despacio gracias a la rabia de la espada que jalonea mi magia con desesperación.

Lucho con todas mis fuerzas hasta que, de pronto, el arpón bajo mis dedos se torna de un color rojo candente y se ablanda como el barro.

Pero la nieve, en cambio, se funde acompañada de un vapor blancuzco.

Mierda.

El lobo lanza un gemido de dolor, pero no infligido por la herida, sino porque el arma ha comenzado a arder entera. Tared se aferra con fuerza, tanto a la ventanilla rota como al asiento para no moverse, tal cual se lo he pedido.

—¡Aguanta por favor, ya casi! —exclamo hasta que, finalmente, el arpón se parte en sus dos extremidades, liberando al lobo del asiento. Él exhala mientras yo arrojo los trozos al suelo de la camioneta y me abalanzo por más nieve.

—E-Elisse…

—Aquí estoy, Tared, ya casi lo logras —digo, poniéndole más nieve sobre las heridas para reducir el calor. Después, me vuelco hacia nuestras cosas detrás del asiento, pero gran parte de ellas están aplastadas por el metal abollado del respaldo. Consigo sacar una sola de nuestras mochilas; la otra ha quedado hecha un acordeón, imposible de mover.

Una parte de mi alma regresa al cuerpo cuando logro encontrar la escopeta en el suelo de la camioneta junto con la caja de munición, la única suerte que parece que hemos tenido hasta ahora. Me cuelgo la mochila y el arma a la espalda y abro la puerta de mi lado para salir de la camioneta. Ésta quedó varada de forma perpendicular contra el árbol con el que se ensartó por el frente, por lo que debemos dar un pequeño salto para poder bajar.

—¡Carajo! —siseo al quedar enterrado en la nieve hasta las pantorrillas. Con dificultad, me abro paso y rodeo el vehículo para llegar hasta Tared, quien abre por sí solo la puerta.

—No, ¡no! —exclamo—. ¡No te esfuerces! —corro hacia él y me encaramo sobre un tronco enterrado en la nieve para alcanzarlo—. Apóyate en mí, por favor. Déjame sacarte de aquí.

Él aguanta mientras yo pongo con cuidado su brazo alrededor de mis hombros. Con dificultad, logro bajar lentamente al lobo de la cabina, intentando no resbalar sobre el tronco helado. Al posar por fin los pies en la nieve, Tared coloca su mano sobre su vientre, a centímetros de la herida, y reprime un gemido más.

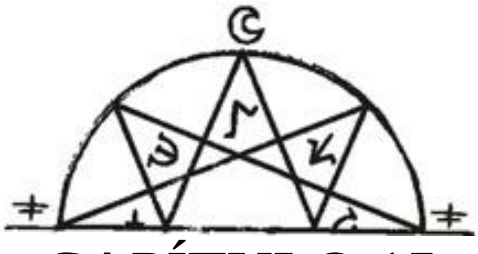
No podré evitar que el tubo se mueva y le cause dolor, pero al menos mi hechizo ayudará a que no se desangre.

Por ahora.

—Vamos, hay que ponerse a cubierto.

Lo sujeto de la cintura, procurando no tocar la laceración. Despacio, comenzamos a introducirnos en el espeso bosque mientras el cielo cambia de color sobre nuestras cabezas. Sus pasos se vuelven ligeramente más firmes, como si poco a poco recuperara la consciencia.

Avanzamos, nos abrimos paso a través de la nieve y los árboles… pero no logramos alejarnos ni doscientos metros cuando escucho a lo lejos el rugido de un motor.



CAPÍTULO 15

UN RASTRO EN LA NIEVE

Tared vuelve la cabeza hacia donde proviene el sonido. Éste se eleva sobre los árboles y comienza a acercarse por el bosque, en dirección a donde quedó varada la camioneta.

—Son ellos —susurra con los dientes apretados.

¡Mierda, mierda, mierda!

Intento empujarnos a través de la espesura de los árboles con más rapidez, pero, aunque el lobo intenta mantener el paso, sus dedos se crispan constantemente alrededor de la base del arpón. Habré detenido la hemorragia, pero esa cosa debe doler como si lo acuchillaran por dentro una y otra vez.

Miro alrededor y a poca distancia encuentro una pendiente de rocas cubiertas de nieve.

—Vamos—musito—, por aquí.

Al llegar a la pendiente lo ayudo a recargarse de costado, sentado contra las piedras, y apoyo una rodilla en el suelo para descolgarme la mochila. Susurro un “gracias, dioses” al abrirla y encontrar de inmediato la manta de camuflaje de invierno que las chicas usaban para cazar en la montaña. La pongo en mi regazo y sigo revolviendo. El devorapieles agita la cabeza cuando me ve sacar la pistola de Lía.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con la voz ronca, falta de aire, mientras cargo el tambor y me ajusto la escopeta a la espalda. El peso de la espada busca tirarme de frente, pero al ver cómo la piedra donde está recargado Tared se mancha con su sangre, mantengo mis pies bien plantados en la nieve.

—Voy a enfrentarlos —contesto, sin más. Él abre la boca para replicar, pero sus palabras son

silenciadas por un nuevo rugido de aquel motor.

Cuando encuentro en la mochila el hacha de mano de Debbie, mi pulso se dispara con una nueva ola de adrenalina.

—No importa qué tanto los evadamos ahora, Tared —le digo mientras llevo el hacha a mi cadera para engancharla en la pretina de los pantalones—. Nos alcanzarán si no acabamos con ellos primero, así que quédate aquí, por favor —le pido, acercándome con la manta para cubrirlo.

—No —dice en un gemido, rechazándola—. Llévatela.

—Mi chamarra también es blanca —aseguro, aunque el grueso chaquetón está salpicado ya de sangre y suciedad—. Y tú la necesitarás más que yo.

Él levanta la mirada hacia mí, pero no logro interpretar la expresión de sus ojos azules.

Déjalo, que se pudra.

—Volveré —susurro con firmeza, y poso mi mano humana sobre su mejilla—. Lo juro.

Dejo el arma de Lía en su mano antes de que pueda negarse de nuevo. Lo cubro bien con la manta y me alejo sin perder más tiempo, arrojando nieve tras de mí para ocultar las huellas que llevan hasta el improvisado escondite.

Corro en línea recta hasta perder al lobo de vista. La sensación de peligro se agudiza a medida que trazo, de un lado a otro, caminos erráticos entre los árboles con la esperanza de que mis huellas puedan despistar a los tramperos. Podría intentar algún truco complejo empleando mi magia, pero aún estoy demasiado cansado por el hechizo anterior y…

De pronto, escucho los gritos de un hombre.

—¡Por acá, por acá!

Me subo la capucha de la chamarra y me oculto boca abajo detrás de unos troncos caídos. Momentos después, miro por encima y veo a tres tipos montados sobre cuatrimotos acercarse a través de la niebla.

Para mi horror, ignoran mi rastro y pasan de largo a gran velocidad en dirección a Tared. Tenso la mandíbula y me descuelgo la escopeta. Levanto el arma hacia ellos y disparo a ciegas.

Los vehículos se detienen de inmediato, en silencio.

—Eso es, malnacidos. Vengan por mí.

Al escuchar que se ponen en marcha de nuevo, doy la media vuelta y me escabullo por el bosque. Por suerte, sus vehículos no están equipados para todo tipo de clima, son demasiado pesados y llevan cadenas en las ruedas, cosa que tal vez pueda usar a mi favor.

Busco caminos cada vez más difíciles de sortear, repletos de maleza enjuta y rocas que entorpezcan el avance de los tramperos. Aquello parece funcionar por un buen tramo de camino, hasta que me encuentro con uno de los tantos barrancos de montaña, un escarpado de rocas de gran tamaño entremezcladas con troncos caídos, como si fuesen el resultado de un agresivo

derrumbe.

Doy un vistazo alrededor para familiarizarme con el complicado terreno salpicado de peligrosos tocones ocultos bajo la nieve. Ambos flancos de la ladera están poblados de árboles, mientras que el manto helado me llega a las pantorrillas en las partes más abultadas.

Un desliz en la piedra fría y podría desnucarme.

Aguzo el oído cuando percibo que las motocicletas se apagan a lo lejos, donde el bosque se espesa tanto que es imposible acercarse más a bordo de cualquier vehículo. No tengo tiempo de idear un plan complejo, así que decido actuar con rapidez.

Tomo una rama del suelo, de un grosor similar al de mi escopeta, y escalo por el escarpado dejando bien plantadas mis huellas hasta llegar a una de las tantas rocas recubiertas de nieve. Me acuclillo detrás de ella, pongo la rama encima del lado más llano de la piedra y la cubro con escarcha.

Me quito el gorro de lana y lo relleno de más nieve, para luego colocarlo justo detrás de la falsa escopeta. Tan sólo un poco, apenas un asomo del pompón escarlata, nada más.

Me cubro con la capucha de la chamarra blanca y me entierro boca abajo en la nieve, a un lado de la roca y con la escopeta bien apretada entre mis dedos.

Libero el seguro.

Pronto veo a los tramperos acercarse a través de los árboles, pero tenso la mandíbula al no reconocer a ninguno de ellos. ¿Cuántos malditos integran esta manada de infelices?

—¡¿Adónde se fue?! —exclama el más joven de los tres.

—Cállate, Fitz…

Al ver que mis huellas llegan hasta el escarpado de roca, se detienen en el lindero del bosque para agazaparse detrás de un montón de troncos derribados por la avalancha. Dos de ellos son hombres maduros, armados hasta los dientes, mientras que el restante es un chico quizá tres o cuatro años menor que yo, y quien parece tener los nervios hechos trizas; puedo leer su ánimo a través de sus dedos temblorosos, incapaces de tensar con firmeza el gatillo de la ballesta entre sus manos.

Una presa fácil.

Sí. Demasiado fácil para ser conveniente.

Soporto el ardor de la nieve en mi cara, y observo a los tramperos más experimentados. Uno lleva una pistola pequeña y preparada en la mano, la mirada entornada, tan oscura que casi me recuerda la de un halcón. El otro, un tanto más joven y casi tan corpulento como lo era Buck Lander, trae un largo machete en su mano, mientras que el arma abandonada en la cintura me deja claro que su especialidad no es precisamente disparar.

Mis dudas se disipan cuando el trampero más viejo mira en mi dirección.

Cierro los ojos con fuerza.

—Te crees muy listo, maldito monstruo —lo escucho gruñir.

—¡Papá! ¿qué…?

El sonido mecánico de un arco y el zumbido de algo que viaja a gran velocidad llega hasta mis oídos. El estómago se me tensa como una tabla y lo siguiente que escucho es el crujir de la roca a mis espaldas.

No me atrevo ni a respirar, inmóvil aún bajo la nieve.

—Lo sabía —dice el hombre, para luego escupir al suelo.

Abro los ojos y veo que el viejo trae la ballesta entre sus manos, mientras que la piedra a mis espaldas cruje, agrietada por la flecha que ha clavado en mi gorro.

El tipo le pasa la rústica arma al joven y le hace indicaciones a él y al otro tipo para que vayan en direcciones opuestas, hacia los lados boscosos del acantilado, para buscarme. Los dos se alejan del viejo, agachados, mientras él clava una rodilla en la nieve y empieza a apuntar entre las rocas con su arma en alto, seguro de que me he ocultado en algún sitio lejos de mi señuelo para sorprenderlos.

Su mirada se eleva hacia arriba, fuera de mi dirección, y retengo el cansancio que recorre todo mi cuerpo. Cuando todo ha dejado de dar vueltas, apunto mi escopeta bajo la nieve.

Calibre doce. De treinta a cuarenta metros de distancia.

No necesito más.

¡PAM!

La bala revienta en un costado del cuello del trampero, quien se desploma hacia atrás presa del impacto.

—¡No, PAPÁ! —chilla el muchacho, mientras el hombre restante se lanza a zancadas sobre él y los sepulta a ambos en la nieve.

Escucho los débiles quejidos del chico detenerse por completo. Aguzo mi oído, aún atosigado por el estallido del arma, pero largos minutos transcurren sin un solo crujido en la nieve.

El ruido de un resorte me hace echarme hacia un lado con todo y escopeta para evitar que una gruesa flecha de hierro me perfore la cabeza. El largo artefacto le abre una nueva grieta a la roca, debajo de donde quedó clavado mi gorro.

—¡Maldita sea, Fitz!

Un resplandor afilado cae como una guillotina sobre mí y me hace rodar por la nieve; la hoja letal de un machete me persigue por el suelo, sacando chispas al golpear contra las rocas.

—¡No huyas, bastardo de mierda! —exclama el enorme trampero, quien ha salido del flanco del bosque. El maldito descarga su arma una y otra vez contra mí hasta hacerme perder la escopeta de una patada.

Desde el suelo, consigo reventar la suela de mi bota contra su rodilla con la fuerza suficiente

para hacerlo retroceder y tambalear. El desgraciado, voluminoso y torpe, patina sobre las rocas heladas y cae de espaldas contra el suelo abultado.

—¡HIJO DE PERRA!

Sin oportunidad de recuperar mi escopeta, consigo ponerme de pie para echar a correr hacia abajo, al lindero del bosque. Y justo cuando llego al conjunto de troncos donde yace el cadáver del primer trampero, otra maldita flecha me roza el muslo y me lanza de bruces contra las ramas.

—¡Aaah! —grito al sentir la carne de mi pierna abrirse de tajo; el chiquillo me ha disparado desde lo lejos, oculto entre los árboles. Lo veo recargar su arma con torpeza, mientras el otro trampero logra por fin levantarse. Cojea, lastimado aún por mi patada, pero avanza ya con pasos pesados y firmes, como si quisiera demoler todo a su paso.

Se abalanza sobre mí y me arrastro hacia atrás con los codos hasta toparme contra los pies del trampero asesinado. Su sangre aún caliente me hace resbalar sobre la nieve.

—¡Quédate quieto, cabrón!

Escucho el filo de su machete rebanar el aire al levantarse.

¡Imbécil!

Me lanzo hacia el cadáver detrás de mí.

El grito del joven trampero es opacado por el rugido de una pistola; el arma de su padre humea entre mis dedos y el hombre frente a mí se aprieta el estómago, penetrado por la bala. Me levanto y disparo dos veces vez más, pero ahora contra su pecho.

Él por fin deja caer el machete a un lado, me mira con los ojos cristalizados, abiertos de par en par, y finalmente se desploma hacia atrás.

No veo venir la patada a un costado de mi cabeza. Y tampoco puedo retener la pistola en mi mano e impedir que salga volando por la sacudida.

Caigo contra el suelo del bosque e, instantes después, la punta de una bota de casquillo se clava directo en mi cara y me revienta el labio. El aturdimiento apenas me permite comprender la sarta de gritos del muchacho sobreviviente.

—Voy a matarte, ¡voy a hacerte pedazos, maldito monstruo de mierda! —chilla, una vez más.

Se coloca delante con la ballesta apuntando directo a mi frente. Me clava su mirada colérica y, por unos instantes, creo distinguirme en su anhelo de venganza.

Pero aquello sólo me hace sonreír. Él baja el arma unos centímetros y su mirada muta de la ira a la confusión por apenas unos instantes.

Idiota.

Un pisotón directo hacia la herida abierta de mi muslo me arranca un grito que retuerce su cara de regocijo. Me patea una vez más con esa suela sucia, y me deja tirado boca abajo.

—¡Basura, basura! —grita, moliendo a puntapiés mis costillas hasta hacerme escupir un

hilillo de sangre. Jadeando, el joven se coloca sobre mí con ambas piernas al lado de mi cuerpo. Su suela me aplasta el flanco del rostro, la nieve helada me quema la piel.

—Ya verás, cretino asqueroso —gruñe, atolondrado por la cólera, y con la ballesta lánguida en su mano—. El abuelo te despellejará vivo por lo que has hecho. Y luego, ¡y luego…!

Destripará al lobo frente a ti.

De un solo movimiento, alcanzo el hacha de mano de mi cintura. Lanzo un grito de rabia y, limpiamente, le clavo la hoja justo en la coyuntura del tobillo, tan profundo que siento el metal vibrar cuando parte el hueso.

Un torrente de sangre sale disparado de su arteria y cae de espaldas, profiriendo alaridos casi animales.

Mientras el chico se revuelca en agonía, me levanto despacio y escupo un poco más de sangre contra la nieve. Cojeo y me inclino para arrancarle el hacha del tobillo.

Su grito de dolor hace que Wéndigo se relama el hocico.

—M-monstruo —gimotea el joven con los ojos llenos de lágrimas—. Te comiste a Buck, ¡monstruo!

Sus palabras revuelven el panal de voces dentro mi cabeza. Comienza a arrastrarse hacia atrás, con el pie colgando de una forma grotesca hacia un lado. El rastro en la nieve que deja a su paso me revuelve el estómago con algo que me causa una profunda contrariedad.

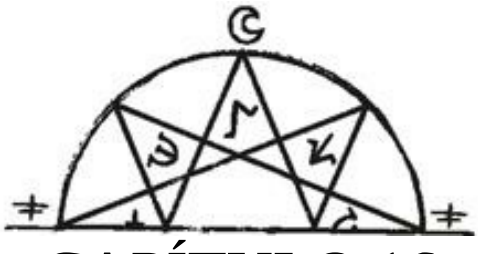
No es asco.

No es odio.

Es hambre.

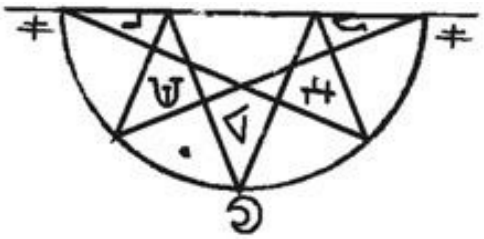
Aprieto el mango del hacha contra una mano y, esta vez, no siento ni una pizca de remordimiento.

Tan sólo una deliciosa opresión en el corazón.



CAPÍTULO 16

REFUGIO



Cuando logro regresar con Tared, ya casi es de noche.

El lobo se ha movido de su lugar, lo sé porque está sentado de una forma distinta a como lo dejé y ahora mantiene la cabeza fuera de la manta. De seguro escuchó los disparos en el bosque y quizá *los gritos* también, porque la expresión que tiene ahora mismo me recuerda mucho a la manera en la que me miró en el taller mecánico.

Estaciono la motocicleta frente a él y me descuelgo el bolso de lona que tomé de uno de los tramperos. Luego, alargo el brazo hacia el celular, puesto a un lado suyo, y presiono el botón del costado. El reloj marca las cinco y pico de la tarde, con la batería ya muy por debajo de la mitad.

Ayer lo usamos bastante y no recuerdo que lo hayamos recargado en el motel…

—No conseguí nada —susurra él, más lúcido después del golpe en la cabeza—. No hay señal.

Observo las manchas rojas que el aparato exhibe por toda la pantalla. Lo guardo y me arrodillo para vaciar en nuestra mochila las municiones que he robado, así como una linterna que me pongo en el bolsillo del pantalón. Todo bajo la mirada tensa del devorapieles.

—Intenté encontrar algún botiquín —murmuro, sin mirarlo—, pero sólo traían armas con ellos.

Tared observa la parrilla de la motocicleta: la ballesta y el machete amarrados junto con un par de abrigos de cacería.

—¿Estás… bien? —pregunta, arrastrando las palabras debido al esfuerzo.

Me detengo unos segundos con un puñado de balas en la mano. No. No estoy bien. Estoy *muy* lejos de estar bien, pero me limito a asentir.

—¿Qué sucedió? —insiste y yo pienso en la imagen de un brazo escarlata enterrado en la nieve.

—Tardarán en encontrarlos —aseguro, volviendo a mis cabales, para luego levantar la mochila y llevarla hacia la parrilla.

Tared no me pregunta nada más, pero no hace falta. Sé bien qué es lo que piensa de mí y yo ya no tengo fuerzas para convencerlo de lo contrario.

Miro hacia los árboles y considero nuestras opciones. Volver a la camioneta para recuperar algo de provisiones sería una insensatez, por lo que sólo nos queda tratar de viajar mañana en paralelo a la carretera hasta encontrar una pendiente asfaltada por donde podamos subir. Pero, por ahora, lo único que nos queda es dar con un refugio.

Me acerco al lobo una vez más.

—Ven, vamos —digo con aparente calma mientras extiendo las manos hacia él.

Tared, en vez de tomarse su tiempo como cualquier persona en su sano juicio haría, se sostiene de mí en el acto y con firmeza. Con cuidado, logro ayudarlo a sentarse en el vehículo motorizado. Se aferra a mis hombros para no caer por si tropezamos con algún tronco o caemos en un bache, y siento su agarre tenso por el dolor de soportar aquel arpón moviéndose dentro de su cuerpo.

No entiendo cómo logra hacer todo con tanto aplomo, con semejante resistencia…

Tenso la mandíbula y enciendo el vehículo. El ruido del motor me preocupa, pero no más que el que hayamos permanecido demasiado tiempo en este lugar.

Arranco e intento avanzar cerca del pie de la montaña durante unos cuantos kilómetros, en busca de una caseta o un sitio para campistas, pero cuando la oscuridad de la noche me impide ver más allá del barranco y del propio bosque, es tiempo de detenerse. Mi boca exhala una fumarola espesa y blanca, y siento mi mano humana agarrotada en el manubrio de la motocicleta.

Está helando como nunca, y si seguimos a esta velocidad, el frío terminará por congelarnos.

—Allá… —la ahora tenue voz del devorapieles me hace mirar hacia un punto lejano entre los árboles. Veo el pie de una colina que parece sólida y lisa, como una pared de concreto, pero al apuntar con la linterna, vislumbro una grieta escondida entre los pliegues de las rocas.

Una caverna.

Casi quiero gritar. Acerco la moto hasta donde la espesura me lo permite y la estaciono, dejando al lobo sobre ella unos momentos.

Me dirijo a la grieta e ilumino el interior. La cueva está un tanto inclinada, como si fuese un túnel escarbado en pendiente, pero el suelo rugoso se ha mantenido seco, por lo que parece seguro bajar por él. También hay varios montones de ramas y maleza seca acumuladas, señal de que alguna vez fue la madriguera de un animal del que, por suerte, no parece haber rastro reciente.

Enfrentarme en estas condiciones a una osa enojada se me antoja tanto como tener otro encuentro con los tramperos.

Regreso a la moto y ayudo a Tared a bajar, puesto que la entrada es tan estrecha que no hay forma de resguardar al vehículo con nosotros.

—Apóyate en mí, por favor —le pido.

Él no logra erguirse del todo en la gruta, pero el lugar se ensancha una vez que logramos adentrarnos. Así que, después de recargar a Tared contra la pared helada, me ocupo de bloquear la entrada con la manta de camuflaje, encajándola un poco entre las piedras. No servirá de mucho para aislar el frío, pero ayudará a cubrir la luz de la fogata que pienso encender en cuanto termine de poner a salvo al lobo.

Una vez que lo ayudo a sentarse sobre un acolchado mediocre que logro idear con uno de los abrigos que he tomado de los tramperos, vacío con algo de desesperación todo lo que encuentro en nuestra mochila: una tira de analgésicos con apenas seis comprimidos, dos camisetas de algodón y una camisa de franela, un termo a medio llenar, unas cuantas tiras de carne seca y una pequeña navaja suiza. Nada más.

Mierda.

Tomo dos de las pastillas y el agua, pero endurezco el agarre de ambas cosas al advertir la herida de Tared.

—Me obligué a orinar hace rato, mientras no estabas —dice, adivinando mis pensamientos —. No había sangre.

Escuchar aquello me provoca un alivio indescriptible, porque eso significa que el arpón no le ha perforado el intestino. Le alargo ambas cosas y él se las traga de golpe, con dificultad. Sé que no servirán de mucho, por no decir de nada, pero debo racionar el ibuprofeno si quiero paliar un poco su dolor hasta que encontremos la forma de salir de esta pesadilla.

Escojo la camiseta más limpia, la cual resulta ser mía, y con ayuda de la navaja trozo delgadas tiras.

—Déjame ver eso —le pido, a la par que estiro mi mano descarnada hacia él.

El lobo permanece quieto, obediente, pero aun así logro percibir cómo su mirada azul se contrae al alcanzarlo con mi guante. Le abro la chamarra y levanto las capas de ropa hasta llegar de nuevo a su herida. La observo unos momentos, esforzándome por no gemir de frustración.

—La hemorragia parece aún contenida —le digo en voz baja—. ¿Crees que si te transformas…?

Tared se lleva una mano al vientre.

—No sé cuánta sangre he perdido, y necesito bastante de ella para poder cambiar de piel —dice con una extraordinaria lucidez para su estado—. Además —hace una pausa para tomar aire —, tendrías qué sacar primero el arpón.

La idea me hace pensar las cosas mejor. Si dejamos el tubo dentro, el cambio podría ocasionar que algún órgano vital quedara dañado, pero si lo sacamos, la hemorragia lo mataría.

No. Transformarse queda completamente descartado. Tared tendrá que permanecer en su forma humana hasta que encontremos la manera de que alguien que sepa lo que hace intervenga.

Decidido a no dejarme llevar por la histeria, humedezco una de las tiras de tela con el agua que resta del termo para acercarla al lobo.

—No —dice, atrapando mi muñeca con suavidad—. Estoy bien.

Lo miro como si acabase de propinarme una bofetada.

—*¿Que estás bien?* —le digo, y grito—: ¡tienes un jodido tubo atravesándote el cuerpo de lado a lado! ¡¿Cómo CARAJOS puedes decirme que estás bien?!

Mi arrebato produce un eco agresivo en la caverna. Tared me mira, sin fuerzas, y su semblante me orilla a comprender lo que sucede.

Lo que no soporta es que lo toques…...

Estrujo la tela entre mis dedos descarnados, ahora consciente de que estoy empapado de pies a cabeza en sangre que *no es mía*, que tengo reventado el labio y la cara llena de cortes de cristal afilado, con un aspecto propio de una película de terror.

—No voy a hacerte daño —es lo único que se me ocurre decirle, aun cuando sé que eso *ya no es verdad.*

Él cierra los párpados, espera unos segundos y luego… deja mi mano libre.

Me inclino hacia Tared y limpio con extremo cuidado la piel alrededor del arpón, con la barbilla bien abajo para que no vea cómo se me han cristalizado los ojos.

Tendrías que haber dejado morir a este cabrón.

Aparto los —nuestros— pensamientos de Wéndigo, y paso a cubrir la piel lo mejor que puedo con gasas hechas a base de las mangas de mi camiseta. Enrollo gruesos trozos de tela en la base del cuerpo del arpón, atrás y adelante, para asegurarme de que el objeto no se mueva y tampoco se enfríe demasiado; el muñeco que hice sigue bien guardado en uno de los compartimientos de la mochila, pero con semejante gravedad y sin antibióticos, una infección podría matarlo más rápido que la propia lesión, por lo que debo hacer todo lo posible por mantenerla limpia.

Una vez que termino de vendarlo con más tiras de ropa, procedo a retirar, con sumo cuidado, las esquirlas de vidrio que se abrieron paso en las sienes de Tared.

—¿Te duele mucho? —pregunto, respecto al golpe que se dio contra la ventanilla. Él, como respuesta, ladea la cabeza un poco y frunce el entrecejo.

—Tu pierna —dice, con la voz más débil que antes, lo que me hace bajar la mirada. Una gran mancha roja empapa casi la mitad de mi muslo: el rastro violento de aquella flecha de ballesta.

Estaba tan concentrado en traer a Tared a un sitio más seguro que mi propia herida me tuvo sin cuidado todo este tiempo. De hecho, la temible visión que tuve después de que cayéramos por el barranco lucha por ocupar mis pensamientos, pero soy consciente de que no es momento para cavilar en ella.

—No es nada —respondo sin darle más importancia, a pesar de que empiezo a ser consciente del dolor.

Lo ayudo a recostarse, y una vez que lo he dejado bien cubierto con otro de los abrigos de los tramperos, me pongo de pie y me dirijo hacia la salida de la cueva.

—¿Adónde vas? —pregunta, mientras yo me ajusto bien la chamarra de plumón.

—Voy a llevar la motocicleta a otra parte —respondo—. No quiero que apunte a nosotros si llegan a encontrarla.

Al mirar hacia afuera y ver que la ligera nevada empieza a convertirse en ventisca, me digo que las probabilidades de que eso suceda son bajas, pero, aun así, no pienso arriesgarme.

—Intenta dormir un poco, por favor —digo.

Creo escuchar que Tared replica o pregunta algo a mis espaldas, pero no me quedo a averiguarlo.

No puedo estar ahí un minuto más.

Salgo de la cueva y llego hasta la motocicleta, consciente de lo que tengo que hacer ahora. Pero en vez de subirme y arrancar el vehículo, clavo la mirada sobre los manubrios por largos segundos.

El peso monstruoso de la espada lucha por enterrarme contra la nieve y dejarme allí, agonizando… pero no sólo es eso lo que me lastima.

Miro debajo de mis uñas, teñidas de rojo oscuro. Observo el machete sucio, aún amarrado a la parrilla, y pienso en el hacha cubierta de costras heladas enganchada en mi cintura.

Despedacé hoy a dos hombres y a un chico a sangre fría, sin titubear. Y lo que más me perturba es que, a pesar de que aún su sangre mancha mis manos, que aún puedo escuchar el eco de sus gritos dentro de mis oídos, ni siquiera siento remordimiento.

Somos…..

La nieve cubre mi espalda al encorvarla.

Yo sabía que, cada vez que me transformaba, Wéndigo se las arreglaba para ocupar un poco más de espacio en mi cabeza, aprovechándose de la vulnerabilidad de mis sentimientos. Y todo este tiempo creí que la única forma de evitar que siguiera consumiéndome sería el no recurrir de nuevo a su poder.

Pero, una vez más, estaba equivocado.

Había otras cosas, otras personas que mantenían a raya la presencia del monstruo de hueso, y

perderlas fue como cortar una a una las cadenas que lo retenían en mi oscuridad. Al perder a Adam, el recuerdo de mamá Tallulah ya no fue suficiente para contener a la criatura. Y después, la forma en la que mis hermanos me miraron en Stonefall desbarató de cuajo nuestra ya de por sí frágil unión.

Y lo sentí, más que nunca, en el momento en el que decidí dejar de buscar a mi papá.

Sí. Después de todos esos desprendimientos, el vínculo con Tared era la última protección que me quedaba contra Wéndigo, porque ese lazo que compartíamos el lobo y yo, más que errante, era *humano*. Y ahora que ese amor ha dejado de ser mutuo es como si el monstruo de hueso tan sólo necesitase encontrar mis momentos más bajos, aquellos cuando me dejo dominar por mi propia maldad, para someterme con ese dolor que tanto insiste en ejercer sobre mi corazón. Y el rechazo de Tared me duele tanto que cada vez me cuesta más luchar contra ese aborrecimiento que sentí hacia él cuando decidió dejar de quererme.

Cuando me negó ese amor que yo tan desesperadamente buscaba.

Él daría lo que fuera, incluso a ti, con tal traer de vuelta a su esposa, ¿verdad?

Me quedo quieto, con la angustia buscando resbalar de mis mejillas, y respondo un "no lo sé" con una mota de vaho.

Aunque, en realidad, sí que lo sé.

Sé que Tared preferiría que esa noche en Minnesota nunca hubiese sucedido. Sé que él desearía tener a su lado a su mujer y no al monstruo con el que alguna vez intentó llenar el vacío que ella dejó.

Y sé que, ahora mismo, *lo único que yo deseo es estar muerto*.

Ríndete, dice la bestia, casi con lástima.

Ríndete y déjame vengarnos.....

De pronto, percibo algo que me hace levantar la cabeza: una risa baja y siseante como el arrastrar de una serpiente, acompañada de un penetrante olor a tabaco.

Barón Samedi me observa. Recargado contra la oscuridad, aguarda.

Ya no tengo fuerzas para siquiera decirle que se largue. Tan sólo subo a la motocicleta y arranco para llevarla lejos del refugio, preguntándome qué hará el Señor del Sabbath conmigo una vez que recupere su lengua.

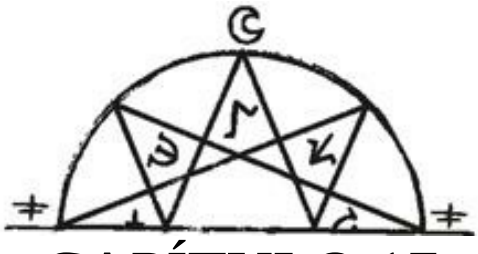
Me río en voz baja y, a la vez, me rompo en mil pedazos al comprender que lo único que me da fuerzas para continuar es el deseo de mantener a Tared con vida, a pesar de que él, sin importar lo que yo haga, terminará por abandonarme.

Wéndigo se llevará todo de mí. Mi personalidad, mi corazón, mis recuerdos.

Y una vez que ya no haya nada más que impida que mi cuerpo y mi voluntad se vuelvan uno

con aquella bestia, ya no tendré ningún motivo más para pelear.

Estaré, finalmente, a completa merced del monstruo que habita en mi interior.



CAPÍTULO 17

RECHAZO

Un llamado bajito y suave, como el gentil piar de un ave, me hace abrir los ojos. El ruido brota de alguna parte que no logro encontrar, ya que suena como si estuviese detrás de una pared o dentro de una caja, encerrado. Instantes después, un malestar me recorre de arriba abajo al distinguir que es el llanto de un bebé. Y que, una vez más, me encuentro en el cruce de caminos.

Pero donde antes se erguía un árbol gris, ahora hay una vibrante fogata a mis pies que contrasta con el cielo.

Todo está oscuro. Sucio. En sombras. Y aunque mi otro "yo" ha desaparecido, no estoy solo aquí.

Una mujer me mira desde el otro lado del fuego. Es muy anciana, o al menos lo parece, ya que la piel oliva de sus brazos y piernas le cuelga por todos lados de forma antinatural, mientras que su cabello, largo y rizado, es lo único que cubre su completa desnudez.

La luz de la hoguera se aviva y se arroja sobre la vieja, creando un marcado claroscuro en su faz marchita. Sonríe con una boca sin dientes y de aliento a fruta podrida, pero son sus ojos lo que más rechazo me provoca. Son negros, oscuros como un pozo, pero con una diminuta flama que parece brillar dentro de ellos, roja e incandescente.

La anciana sólo está allí, mirándome, mientras un símbolo sangra en su frente, grabado a punta de cuchillo:

—¿Dónde está el niño? —pregunto, y en cuanto las palabras abandonan mi boca, el hambre me agobia con tanta intensidad que tengo que sujetarme la barriga para soportarla. La anciana ladea la cabeza, y mira mi vientre con una sonrisa obscena.

—Acércate —me dice. Tuerce el cuello y levanta su dedo índice para mostrarme una uña sucia y un trozo de cordón negro atado a su nudillo—. ¡Ven para que pueda alimentarte, querido! —exclama con una carcajada, apretándose uno de los pechos de una forma que logra ensuciar mi hambre con náuseas.

Intento retroceder, huir en dirección contraria a tan desagradable ser, pero mi voluntad parece atada a la tierra bajo mis pies.

Cuando la anciana mueve su dedo y mi cuerpo es atraído como por una cuerda hacia delante, comprendo que es ella quien me tiene aprisionado.

—O tal vez quieras comer otra cosa —dice ella, y baja la otra mano al suelo. Mete los dedos en la tierra, la remueve, sin dejar de mirarme, y empieza a sacar algo que está enterrado allí.

De haber podido, me habría llevado una mano a la boca.

Tirando de un pie, ella extrae a un bebé de la nieve y el lodo, y lo alza para mostrármelo. El cuerpecito está agusanado, la piel cetrina y el rostro deformado por la hinchazón. Y aun cuando el cuerpecito está claramente muerto, con labios y ojos cerrados, puedo escucharlo llorar.

La anciana lanza un grito y empieza a bailar de forma errática, a mover el cadáver como un pequeño costal y sacudir los pliegues colgantes de su piel. Tira de las extremidades en una cruz y le arranca trozos de carne necrosada con los dientes.

Quiero gritar. Quiero huir de semejante monstruo que mastica a placer el cuerpo de aquel niño inocente, pero no puedo moverme.

Y lo peor de todo es que, a pesar del horror, del asco… hay algo en esa mujer que me hace querer devorarla.

Dejo de pensar en la horrenda visión que tuve anoche cuando, al ir en busca de la motocicleta, me encuentro con una “maravillosa” sorpresa.

La maldita no enciende. Pruebo una y otra vez, pero la máquina tan sólo me da por respuesta un sonido rumiante y tosco. No era un vehículo especial para la nieve, ¿la habrá averiado el frío?

Saco el celular de Tared y busco recepción, pero por más que doy vueltas y estiro el brazo hacia arriba, no logro encontrar más que el pitido agonizante de la batería. Miro hacia las copas de los árboles, tratando de percibir un atisbo de la carretera, pero ya no distingo la curvatura que veníamos siguiendo ayer.

Maldición. Debí haberla perdido de vista sin darme cuenta.

Me abrigo con la capucha de la chamarra y me pongo en marcha de vuelta hacia la cueva. A medio camino, al intentar dar una zancada para pasar por encima de un tronco, un pinchazo en el muslo me hace cojear.

—Demonios —siseo con los dientes apretados. Me inclino y rehago el nudo con las vendas de tela alrededor de la herida que me infligió la ballesta.

La pierna herida, el tórax molido a patadas, el labio reventado… hasta respirar es complicado sin sentir que me astillo una costilla, pero si no me detengo a quejarme demasiado es porque el dolor me ayuda a mantenerme alerta. Ayer no dormí prácticamente nada, ya que en el breve lapso en el que logré hacerlo, aquella horrible visión me obligó a despertar. El resto del tiempo estuve atento a los ruidos del exterior, preocupado por mantener vivo el fuego de la fogata que encendí con mi escasa magia y vigilando que al hombre lobo no se le cortara la respiración.

Estoy tan cansado, y la espada me pesa tanto, que me bastaría cerrar los ojos unos segundos para caer dormido. Pero no. No puedo rendirme.

Tared me necesita.

Me doy unas palmadas en la mejilla para despabilarme.

—Vamos, Elisse —me animo—. De peores has salido, carajo.

Llego a la caverna y me abro paso en silencio a través de la nieve que se ha acumulado en la entrada, ya que Tared todavía no ha despertado.

Voy hacia las cenizas de la fogata aún calientes y levanto el termo lleno de nieve que dejé sobre ellas, para luego inclinarme hacia el hombre lobo. Con cuidado, levanto sus ropas para revisar de nuevo su herida.

Me detengo al percibir un olor desagradable, como de carne podrida.

Con el corazón en vilo, retiro las vendas alrededor del arpón tan sólo para descubrir que la piel, aunque un tanto seca, está limpia. El alivio que siento es inmenso, pero, aun así, ladeo la cabeza, consternado, porque el olor a carroña debe provenir de alguna parte. No es de un espíritu del plano medio, podría distinguirlo de inmediato, ¿o habrá algún animal muerto en la caverna?

Me masajeo los párpados con los pulgares cuando las formas y las ideas pierden nitidez delante de mí. Sacudo la cabeza y coloco el termo cerca de la laceración para conferirle algo de calor; tengo entendido que el frío y la sequedad son muy malos para las heridas, pero mientras no

tenga un sitio más apropiado dónde atender al devorapieles, no puedo hacer mucho más.

Vuelvo a cubrir el vientre del lobo con lo que queda de mi camiseta, para luego llevar una mano hacia su frente. Está pálido, pero al menos no hay fiebre y eso es buena señal.

Me levanto y voy hacia nuestra mochila para sacar la bolsa con las tiras de carne seca. El hambre empieza a punzar con fuerza en mi estómago y estoy seguro de que también en el de Tared. No hemos comido nada desde la madrugada de ayer, después de todo.

—Elisse…

Me sobresalto, no al escuchar la voz del lobo, sino al verlo tratar de sentarse por sí solo sobre el improvisado colchón.

—¡Tared, no! —me arrodillo junto a él con las manos alrededor del filo amenazador de la varilla. Tiene un semblante terrible, como si hubiese dormido tan poco como yo.

—Estoy bien —dice con la voz más grave de lo normal, cosa que no me deja muy convencido—. ¿Qué pasó con el vehículo?

El vacío en mi estómago se intensifica, pero en estas circunstancias no me sirve de nada endulzar las cosas.

—No pude echarlo a andar —contesto, cabizbajo—. Ya no sé muy bien hacia dónde queda la carretera y no creo poder ubicarnos hacia el este hasta que sea de noche y vea las estrellas… aunque dudo que las nubes de la nevada me permitan hacer eso.

Tared mira a la entrada de la cueva, como si intentase procesar algo en su cabeza. Observa la nieve, los rastros de ceniza de la fogata, y una vez más percibo esa expresión vacía y desolada en su mirada, ese cascarón en el que parece transformarse cada vez que está cerca de mí.

—No tardarán en encontrarnos —dice en voz baja—. Es mejor que te vayas.

Sus palabras me duelen más que la flecha que intentó destrozarme la pierna. Me inclino hacia él y siento la tensión subir por su brazo cuando mi cabello sucio y enmarañado lo roza.

—¿Que me vaya? —susurro—, ¿quieres que me largue y te abandone aquí?

Él no responde. Es más, ni siquiera es capaz de mirarme a la cara.

Tenso la mandíbula y, otra vez siento a la bestia del odio asomarse, porque es como si Tared metiese a propósito el dedo en la llaga de nuestro vínculo destrozado.

—No crees que sea capaz de salvarte, ¿verdad? —pregunto con rabia—. ¿O tan malo sería para ti darte cuenta de que no soy tan terrible como piensas?

Él entorna los ojos y ladea la cabeza, su expresión lacerada por el dolor de su herida.

—Elisse…

Arrojo el paquete de carne al suelo y me levanto, sin ganas de escucharlo más. Asegurándome de traer la pistola de Lía bien sujeta en la cintura, salgo de la cueva a zancadas.

Y él, como ya me lo esperaba, no hace nada para detenerme.

Empiezo a ver todo rojo conforme atravieso el bosque nevado. En un parpadeo, recorro más

de un kilómetro, a punto de reventar de coraje. Bien podría caminar otro más de no ser porque la tierra de pronto se desmorona bajo mis pies.

—¡Mierda!

Caigo de sentón, aferrándome a la maleza congelada para no resbalar más. El camino errático me ha llevado al filo de una cañada que, aunque es poco profunda, por su fondo corre un río congelado de al menos diez metros de ancho.

Estoy a punto de levantarme cuando veo algo en el barranco que me hace entrecerrar la mirada. ¿Es eso un… sendero de piedra?

Parpadeo para asegurarme de que no alucino por el cansancio, pero luego mi corazón da un salto al darme cuenta de que no es un sendero, sino los rastros de una rústica cañería pluvial.

—¡Por los Loas! —grito, recuperando el aliento. Si hay un acueducto conectado al río, significa que debe haber una construcción cerca que se alimenta de esa agua.

Me deslizo por la inclinada pendiente hasta llegar a la orilla del caudal. La cañería está del otro lado del río, por lo que miro unos momentos la superficie de hielo antes de poner un pie encima. La corriente se mueve con rapidez debajo de ella, en señal de que tiene poco tiempo de haber comenzado a congelarse, pero parece lo bastante resistente para aguantar mi peso.

Paso a paso, empiezo a cruzar con cuidado. Escucho los sonidos caudalosos del agua y el cristal crujir a mis pies, pero no lo suficiente como para resquebrajarse.

Al llegar al otro lado, me detengo un momento en la orilla para tomar aire.

A media exhalación, desenfundo la pistola de golpe al escuchar un ruido a mis espaldas. Apunto hacia atrás, al río, y perfilo el lugar con la boquilla. Después de unos momentos de tensa quietud, bajo el arma, desorientado, porque parecía el sonido de algo… ¿ahogándose?

Pero bien pudo haber sido sólo el chapoteo del río. O mi paranoia.

Con la anciana de mi visión presente en mis pensamientos, comienzo a seguir el trayecto de la cañería a través del bosque casi un kilómetro más, hasta que ésta me lleva, efectivamente, a una pequeña cabaña construida de troncos y piedras, oculta entre los árboles y muy cerca del pie de una de las montañas.

Las estrechas ventanas cubiertas por tablones y el camino tapizado de nieve me hacen saber que tiene tiempo sin ser utilizada, pero abandonada o no, el alma me vuelve al cuerpo al saber que por fin he encontrado un sitio para ponernos a salvo.

Avanzo un poco más hacia la choza, pero estando a escasos metros de ella, me veo obligado a recargar el hombro contra un árbol. Me siento mareado, invadido por un súbito calor. Me llevo una mano a la pierna, cuya franja ha empezado a quemarme al igual que el resto de mis heridas.

Quiero caer rendido al suelo. La espada me pesa, el estómago me duele por el hambre y la presión en mi pecho no hace más que empeorar. Pero yo sé que todo este malestar no es sólo por eso.

¿Qué carajos esperaba que hiciera Tared hace rato ante mi arranque de enojo? ¿Que por un milagro de los dioses se levantara y corriese detrás de mí con el jodido arpón en el vientre, si apenas tiene fuerzas para hablar? No. Él no podía detenerme ni consolarme como yo hubiese querido, y yo ya tenía bien claro desde hacía mucho que ni antes ni ahora era su obligación hacerlo. Pero…

—No es justo —susurro con una mezcla de rabia y tristeza, porque en el fondo, quiero creer que no merezco nada de esto. Que no merezco que Tared haya dejado de quererme.

Pero *lo hizo*. Y aun así…

Vas a morir por él.

Cuando el dolor ya no es suficiente para mantenerme despierto y todo empieza a dar vueltas sin parar, me doy cuenta de que no me estoy quedando dormido. Me estoy desmayando.

Me derrumbo boca arriba sobre la nieve. Sin poder más, cierro los ojos y me dejo tragar por la inconsciencia con un único pensamiento en la cabeza.

No es justo.

No es justo.

No es justo.

No…

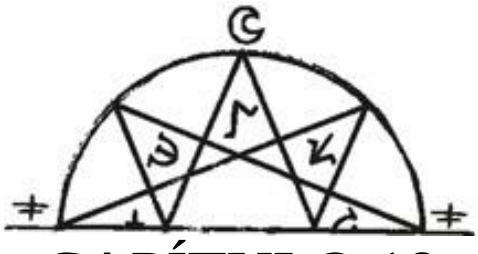
—No. No lo es, Elisse.

Abro los ojos de par en par al escuchar aquella voz. Y mi impresión al reconocerla es tan grande que, aun dentro del sueño en el que he caído, intento levantarme de golpe.

Pero no puedo lograrlo porque *hay un hombre encima de mí.*

El vínculo muerto pulsa y grita desde su tumba. Y al cruzar mi mirada con la suya, *Adam* sonríe y pronuncia mi nombre.

—Hola, Elisse.



CAPÍTULO 18

UN REEMPLAZO OPORTUNO

En un instante, me doy cuenta de que estoy otra vez dentro de mi visión. Acostado sobre las cenizas calientes de la hoguera ahora apagada, sobre el cruce de caminos. No está aquella mujer terrible y tampoco escucho ya los llantos de su víctima.

Pero nada de eso me interesa.

Porque es *él.*

Sus ojos dorados. Su cabello. Su piel. Su irritante forma de torcer los labios para sonreír.

—¡ADAM!

Sin pensarlo, sin titubear, echo los brazos alrededor de su cuello y lo atraigo con fuerza hacia mí. Él me devuelve el gesto, mientras la emoción me cierra la garganta hasta dejarme sin aliento.

—¡Adam, Adam! ¡Eres tú…! —susurro una y otra vez con los ojos bien abiertos, el temor latente de que, de cerrarlos, él se fundirá con la oscuridad. Entierro mis dedos en su cabello, lo apretujo hasta asfixiar el aire entre nosotros, pero no siento su corazón latir contra mi pecho desnudo, ni tampoco percibo el calor de su cuerpo sobre el mío.

El Adam que tengo encima *no está vivo*, pero no me importa, no me importa que éste sea sólo un encuentro imaginario. Sólo me importa tenerlo aquí, verlo, estrecharlo con todas mis fuerzas como no pude hacerlo mientras vivía.

Él, con paciencia, acaricia mis cabellos, despacio, esperando a que me tranquilice. Y cuando por fin logro sacar mi aliento de sus clavículas, me toma de la espalda, como si pesara menos que una pluma, y me levanta de las cenizas para ponerme de pie. Me quedo frente a él con mis dedos enterrados en sus brazos, y el tiempo en el que nos miramos se vuelve tan largo que un repentino

pudor me hace reaccionar.

Me cierro la reveladora túnica a la altura del pecho.

—¡Oye! Estaba disfrutando del espectáculo —dice con una sonrisa.

Por unos instantes considero insultarlo, pero en cambio, me río con ganas, porque es justo algo que él diría en un momento así. Me abraza y me atrae hacia él, quizá para protegerme del frío. Su tacto es igual de helado, sin vida, pero tan maravilloso que ni siquiera me importa.

—Dioses, nunca vas a dejar de ser un imbécil, ¿verdad? —digo con el alivio que sólo puede sentir una persona que lleva demasiado tiempo sin sonreír.

Adam se encoge de hombros.

—Ni siquiera muerto.

Sus palabras esfuman toda la alegría de golpe. Miro de nuevo el cruce de caminos e intento encontrar algo que pueda amenazarnos en la oscuridad del bosque nevado.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —pregunto, aún sin saber si estamos atrapados en una visión, un sueño, o si mi alma se ha perdido en algún punto del plano medio.

—Alguien tenía que venir a consolarte —responde—. Se escuchaban tus berridos hasta acá.

—Idiota, ¡si verte fue lo que casi me hizo llorar!

—Lo sé, soy tan hermoso que hasta parezco un milagro, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, resignado de que Adam sea el tonto de siempre. Lleva la misma ropa de dormir que el último día que lo vi con vida, pero está intacto, sin heridas, sin sangre.

—¿Eres… un espíritu? —pregunto con confusión, porque de ser así, debería llevar en el cuerpo las mismas marcas que lo traumatizaron durante su muerte.

—¿Acaso eso importa? —responde encogiéndose de hombros. Lo pienso unos instantes y bajo la mirada al suelo.

—Sí —contesto con un nudo en la garganta—. Porque me moriré de tristeza si sé que esto es algún bardo del plano medio, y que te has quedado aquí atrapado, pudriéndote.

Un desfile de todas las criaturas espantosas que he visto a lo largo de mi vida llega a mi memoria, seres deformados por el peso de este mundo vacío y rencoroso. Y la idea de que Adam pueda llegar a convertirse en algo así es…

Al ver mi angustia, él ladea la cabeza.

—Digamos que soy la manifestación de tus deseos más profundos —dice, convencido—. De la frustración que, en estos momentos, te resulta más dolorosa.

Frunzo el ceño, desconcertado.

—Entonces, ¿no eres Adam?

Al percibir el atisbo de cautela en mi voz, se encorva lo suficiente para rozar mi frente con la suya.

—Te lo voy a explicar así —susurra—: ¿recuerdas cómo fui tu refugio cuando más solo te

sentías? ¿Cómo, entre tú y yo, volvimos a construir esa humanidad que pensamos que ambos habíamos perdido?

Pienso unos instantes en el efímero paraíso que vivimos en aquella casa terrible. En esa calidez que hacía tanto no podía sentir, y que Adam me brindó con su sola presencia.

—Estuviste allí cuando no había nada más para mí —susurro, aferrando mis manos a sus hombros. Él asiente, satisfecho.

—Exactamente. Y es por eso que he vuelto, Elisse.

La pena se apodera de mí al pensar que, a pesar de la dulzura de sus palabras, esto no es más que un desesperado deseo de encontrar algo de consuelo.

Una ilusión. Una mentira de mi cabeza. Eso es lo que tengo frente a mí ahora y me resulta tan cruel que tal vez hubiese preferido no ver nada.

—Te extraño, Adam, como no tienes una maldita idea. Pero tan sólo quiero salir de aquí —suplico cargado de dolor.

Como si atendiera a mis plegarias, Adam me recuesta de nuevo entre las cenizas. El desasosiego, la desolación, la penitencia, el hambre que ruge dentro de mí; todo vuelve a adormecerme cuando se inclina, acerca sus labios a los míos, y susurra:

—Es hora de despertar…

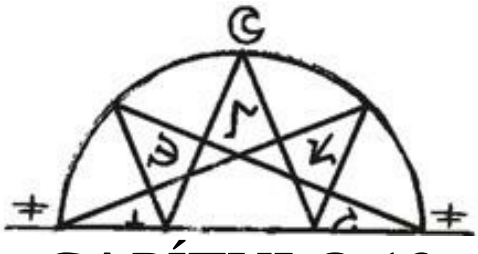
Momentos después, abro los ojos de nuevo, para encontrarme de vuelta en el mundo humano, acostado en la nieve y a unos metros de la cabaña.

Pero no estoy solo.

Sus manos aún sostienen mi cuerpo. Sus ojos dorados todavía me miran fijamente. Y ahora su corazón late delante de mí.

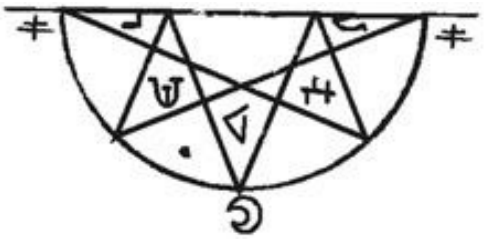
Adam me ha seguido al mundo de los humanos.

Y está vivo.



CAPÍTULO 19

SALVADOR



—¿Ves? Te dije que no te dejaría solo.

Me arrastro sobre mis codos al sentir su aliento cálido sobre mis mejillas. Y sólo cuando mi espalda se estrella contra uno de los árboles, mi lengua se desenreda.

—I-Imposible… —susurro, sin concebir lo que está sucediendo. Adam estaba *muerto*. ¿Cómo diablos…?

El chico se levanta y camina hacia mí. Sus pies se hunden en la nieve y dejan huellas visibles a su paso.

—¿Qué forma de recibirme es ésa? —dice empujando su índice contra mi frente. Su tacto es tibio. Real.

—N-no, no puede ser —balbuceo sin salir de la impresión—. ¿A-Adam? ¿P-pero, cómo? No, no, ¡el abuelo Muata dijo que los muertos no…!

Él se rasca la cabeza.

—Yo tampoco lo entiendo —admite él—, aunque tal vez ese hombre que mencionas siempre subestimó el alcance de tu magia, porque, ¿quién dice que no soy uno de esos tantos milagros que has podido hacer hasta ahora?

Las palabras se hielan en mi garganta. Adam se pone de pie y me tiende una mano que me aterra alcanzar.

No está muerto. No es un espíritu del plano medio que ha venido a atormentarme. ¿Estoy alucinando? ¿Esto es un maldito sueño surrealista? ¿Realmente *es él*?

—¿Yo… te traje de vuelta? —pregunto, pero antes de que *¿Adam?* pueda contestar, bajo la

mirada hacia el suelo, y frunzo el ceño al no encontrar en mí la respuesta a la pregunta más importante de todas—: ¿Por qué?

Al ver que no tomo su mano, Adam se pone en cuclillas. La presión bajo mi esternón se vuelve terrible, tanto que siento que en cualquier momento detendrá los latidos de mi corazón.

Me llevo la mano al pecho. ¿La espada habrá tenido algo qué ver?

—Ya te lo dije —responde—. Estoy aquí porque me necesitabas. Porque te habías quedado solo otra vez y no estaba dispuesto a seguir viendo cómo sufrías.

Adam toma mi mano humana, temblorosa, y me quita el guante con cuidado. La coloca sobre su cuello y mi corazón da un salto al sentir el latido de la vena debajo de mis dedos.

No. No estoy alucinando.

—No puedo creerlo —murmuro—. Por los dioses, ¡Adam!

Me lanzo a abrazarlo de nuevo, con tanto impulso que lo tiro de espaldas contra la nieve. Sus cabellos oscuros se enredan entre mis dedos y mis lágrimas de desesperación e incredulidad empapan realmente sus mejillas. Adam acaricia mi espalda de arriba abajo, y espera a que me recupere de la conmoción.

Después de tanto tiempo, *él* por fin me hace sentir algo distinto al rechazo, y no me importa si lo que ha traído a este hombre de vuelta ha sido mi magia, o la espada maldita, porque ha ocurrido justo cuando lo necesitaba.

Una vez que logro dejar de gimotear, Adam se ríe por lo bajo e incluso me tiende el cuello de su camiseta para enjugar mis lágrimas, el cual rechazo con un manotazo y una risa de histérica alegría.

Me toma de ambos brazos y me ayuda a ponerme de pie. Sigo tan asombrado que ni siquiera me afecta el dolor en mi pierna al hundirla en la nieve.

—Ven. Es el momento de terminar con todo esto —dice, poniéndome el brazo alrededor de los hombros a pesar de que él es quien sólo trae ese delgado pijama—. Vamos a buscar la carretera.

Como si su tacto me hubiese producido una descarga eléctrica, salgo de golpe de mi ensoñación. Dioses, *¡la carretera!*

—¡No, no espera! —exclamo—. No podemos irnos, ¡tengo que regresar por Tared!

Lo empujo en dirección opuesta a la cabaña, hacia el camino que he seguido desde la cañería pluvial. Pero en vez de hacerme caso, él se planta en la nieve, consternado.

—¿De qué estás hablando?

—¡Él está en una cueva, cerca de aquí! —grito en respuesta—, por favor, si me ayudas, lo traeremos mucho más rápido, ¡Tared es…!

—Sé perfectamente quién es. Y, por lo mismo, no entiendo por qué quieres volver por él.

Me quedo de piedra en mi lugar, con mis manos hechas puños sobre su pecho.

—¿Adam? —musito, y su expresión pierde todo rastro de calidez.

—Te lo dije. Estoy de vuelta porque *me necesitas* —dice, tenso—. Soy la manifestación de la más profunda de tus desesperaciones y eso significa que también sé por qué estás así. O *por culpa de quién*.

Un atisbo de vergüenza me hace bajar la mirada de sólo pensar en que Adam haya visto cómo, de la manera más humillante, he sido repudiado una y otra vez por un hombre al que estoy desesperado por complacer.

—Sólo quiero sacarlo de aquí —murmuro—. Sólo quiero otra oportunidad. Tal vez él me perdone y…

Adam ladea la cabeza.

—¿Qué te perdone por qué, Elisse? —masculla con la mandíbula tensa—. ¿Porque has hecho todo lo posible para protegerlo a él y a tu familia? ¿Porque has hecho lo que creías que era correcto?

El chico atrapa mi muñeca con fuerza y empieza a tirar de mí hacia el bosque, en dirección contraria a la cañería. A la montaña.

—¡No, Adam, escúchame! —le pido, pero él tira aún con más fuerza.

—No voy a permitir que te siga haciendo daño —exclama—, ¡entiéndelo, Elisse, él fue un desgraciado contigo *y ya no te ama*!

—¡BASTA!

Me zafo de su agarre y retrocedo a zancadas. Él se queda inmóvil unos segundos, desconcertado, y luego baja la mirada.

Deja escapar un suspiro de resignación.

—Creí que también *me querías*, Elisse —dice en voz queda.

Entorno la mirada, sin comprender.

—¿Qué diablos estás diciendo?

Adam tarda unos angustiantes momentos en levantar la cabeza y responder:

—Creí que, si mi madre no me hubiera asesinado, me habrías amado de la misma manera que a él. Pero ya veo que nunca me habrías dado una oportunidad, ¿cierto?

Por unos segundos, creo haber escuchado mal, así que me quedo quieto, esperando a que él me diga que todo es una maldita broma. Pero en cambio, Adam se acerca de nuevo a mí.

Se para cuan alto es y me acaricia los hombros, me acomoda el cabello detrás de las orejas. Y esta vez, su roce me provoca tanto terror que me quedo paralizado.

—Elisse… —susurra y luego levanta mi barbilla para besarme, pero giro la cabeza, sin permitírselo.

Él baja las manos y da un paso atrás.

—Entonces, ¿vas a darme la espalda de nuevo? ¿Vas a dejarme solo una vez más?

Sus palabras me duelen como si a mí también me hubiera atravesado un arpón. Tiemblo con tanta fuerza que bastaría que me tocase de nuevo para derrumbarme.

Adam suspira ante mi silencio.

—¿Cómo puedes cargar con la culpa, Elisse? —dice, mirándose las manos—. ¿Cómo puedes despertar todos los días, vivir siquiera, sin que el fantasma de todo lo que has hecho te atormente?

No puedo comprender, ni por un momento, de dónde ha sacado tan repentina crueldad. Su mentón y sus puños se tensan, el brillo dorado de su mirada se tiñe de dolor.

—Cada vez que tenía que acostarme con mujeres desconocidas y revivir en sus cuerpos las cosas que *ella* me hacía desde que era un niño, simplemente quería ahorcarme en algún balcón de la casa —dice—. Saltar de la catarata y ahogarme contra las piedras. Pero nunca tuve el valor de hacerlo, a pesar de que nada podía ser peor que sus manos sobre mi cuerpo o las de esas mujeres a las que me había obligado a seducir. Y sólo pude encontrar la paz hasta que yo mismo corté la cabeza de mi madre, aquella noche en Stonefall.

Levanta la mirada hacia mí y ya no veo más sol. Sólo un fuego terrible.

—Pero tú, Elisse, ¿dónde vas a encontrar el descanso? ¿Cómo vas a expiar tus pecados, si no hay nada en este mundo que sea capaz de levantar el peso que llevas a tus espaldas?

—Adam… —susurro, encajado sobre la nieve. Él se acerca de nuevo, alza el brazo y me acaricia los labios con la yema de su dedo.

Y esta vez, su piel se siente como el hielo.

—No podemos seguir así, a sabiendas que arrancamos la vida de otros con nuestras manos, con nuestro estómago —dice y me toca el vientre sobre la ropa. Luego, juega con la pretina de mi pantalón, hasta meter su mano—. Si regresas a esa cueva, lo único que lograrás será agrandar más ese sufrimiento, ¿no estás ya harto de sufrir?

Adam saca la pistola de Lía y la deja en mi mano. Miro el arma muy apenas, delante de mis ojos nublados por el dolor.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto con la voz rota.

—Porque la única forma en la que yo pude dejar de sufrir fue rindiéndome —me dice con voz condescendiente—. Y yo ya no quiero verte sufrir más, Elisse.

Miro la pistola y pienso en qué es lo que me espera en la cueva. Tal vez logre salvar a Tared, pero y luego ¿qué?, ¿a dónde iré después? ¿A buscar a mi Mara?, ¿y para qué, si después ya no habrá nada más? ¿Realmente vale la pena seguir si, a fin de cuentas, voy a sucumbir al monstruo de hueso?

Sí. Tared es un hombre fuerte, siempre lo ha sido. Tal vez no me necesita para salir de ésta. Tal vez llegó el momento de rendirme también.

Dejo de pensar en el lobo cuando Adam me sonríe con esos ojos que han vuelto a llenarse de

luz. Pero basta que roce mi mejilla para saber que el tacto de su piel me duele más que las consecuencias de usar el arma que tengo entre manos.

Creí que lo que habíamos forjado él y yo era real, que Adam me quería de verdad. Nunca pensé que me empujaría a hacerme daño, ni que me tocaría sin mi consentimiento. Nunca creí que él…

No.

Adam nunca me lastimaría.

Adam nunca me haría lo mismo que le hizo su madre.

…...la nieve nunca es tan blanca, ¿verdad?

La voz de Wéndigo, apenas un susurro de burla, me hace dar un paso atrás.

Miro hacia Adam, hacia sus ojos de sol, el pulso de sus venas y la fuerza de sus manos. No puedo percibir su olor como lo haría con el de un errante porque no es más que una esencia plana y gris, como cualquier otro humano… pero *detrás de él* sí que puedo percibir algo más.

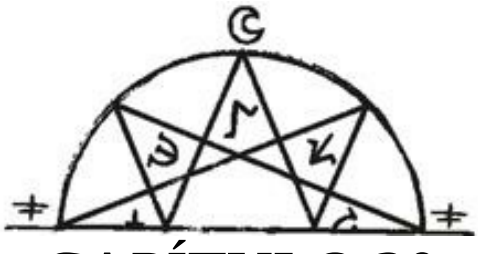
Flores. Un aroma a flores balanceándose en el viento, tan tenue que casi pasa desapercibido.

Sigo el origen del aroma, detrás del hombro de Adam. Y allí, sobre la nieve, por fin la veo: una raíz extraña, torcida debajo del manto como una serpiente blanca que se alarga desde detrás del chico.

Esa raíz crece, palpita, se engrosa y se levanta como una liana hasta las ramas de uno de los árboles del bosque.

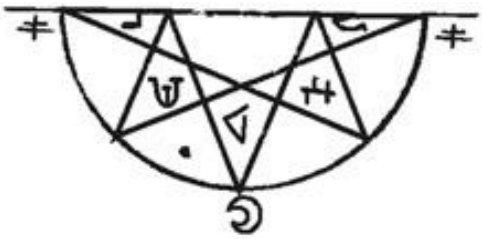
Y entonces, caigo en la cuenta de que no es una raíz.

Es un brazo.



CAPÍTULO 20

NADAAZAN



Al principio, me cuesta mucho *entender* su apariencia.

Porque *ella,* como si estuviese hecha de la misma pesadilla que el "yo" de mis visiones, tiene la piel de color blanco, pero de un blanco sucio y cruzado de venas azules, lo que la mimetiza a la perfección con la nieve y la maleza seca en la que se esconde. Su cuerpo es muy alto y famélico, y debajo de la línea de la cadera viste una piel *humana* que se amarra de la cintura, lo que deja sus pechos al descubierto. Múltiples brazos brotan de su espalda y sostienen rostros también humanos, como si fuesen máscaras adheridas a sus palmas, máscaras *vivas,* porque parpadean, mueven los ojos con iris dorados y sueltan bocanadas de aire caliente; caras pálidas y mudas marcadas por un gesto de angustia infinita.

Diría que aquel monstruo se asemeja a un Buda de mil brazos, pero hay algo en la disposición casi armoniosa de esas extremidades, en el movimiento de las mismas, que me recuerda a *otra cosa*, aunque no logro describir a qué.

No obstante, lo más inquietante es su cabeza. Lleva una máscara de un metal muy extraño, de color blanco marmoleado, cincelado como si fuese el rostro de una persona hermosa y andrógina. Su boca es el único orificio abierto y sangra desde las comisuras hasta el cuello, mientras que detrás de su nuca una especie de disco de hueso sobresale como si fuese una lápida.

Apenas puedo respirar, pero eso me basta para percibir su intenso aroma a flores.

—No temas. ¿Por qué estás tan asustado?

Me llevo una mano a los labios cuando Adam ladea la cabeza al decir aquello, porque me permite ver cómo el brazo grotesco que yace insertado en su nuca lo manipula como a un títere

de carne.

Una *Marionetista*. Eso es lo que es, y el Adam que intentó hacer que me volara la cabeza no es más que uno de los rostros en las palmas de sus manos.

Levanto la pistola, pero estoy tan aterido que no puedo presionar el gatillo. En cambio, retrocedo a trompicones, el terror sube como una infección por todo mi cuerpo a medida que esa cosa comienza a levantar al chico sobre la nieve. Sus ojos de sol se apagan, sus extremidades se aflojan y cuelgan de sus costados como un cadáver flotante.

Me estrello de golpe contra la puerta de aquella cabaña. La marioneta de Adam se inclina hacia mí y abre su boca, tan grande, tan redonda que su cara se deforma de manera espantosa.

—*Criatura que viste de cordero, pero que habla como un dragón* —dice una voz que sale de allí dentro como un eco, muy distinta a la de Adam Blake—, *Bestia Revestida de Luna.*

Suelto un gemido y el arma se me escapa de las manos. Me cubro los ojos y hago lo único para lo que me alcanzan las fuerzas: grito. Una y otra vez hasta quedarme afónico.

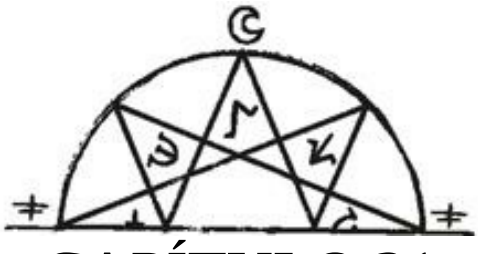
Y detrás de la negrura de aquella boca creo escuchar el sonido de una trompeta.

—*Tu brillo llena este mundo de oscuridad* —dice aquel ser, una vez más. Lo siento inclinarse sobre mí, su boca abrirse más y más para engullirme como una serpiente, mientras que el aliento que brota de aquel abismo es igual al de miles de flores.

Y entonces…

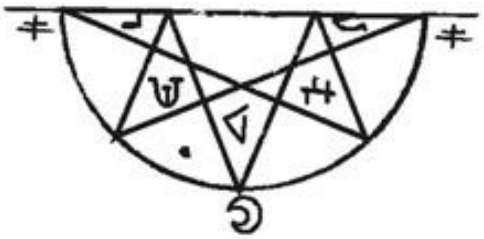
Abro los ojos, temblando, y me encuentro completamente solo, empapado en sudor contra la puerta de la cabaña. El sonido de la trompeta se ha esfumado junto con el aroma del perfume, y el cielo se torna rosado.

No existe rastro de Adam, y en el bosque ya no se escucha la voz de aquel ser de pesadilla. Tan sólo se oyen, una vez más, los gritos de mi psicosis.



CAPÍTULO 21

CEGUERA



Después de que sellásemos nuestros pactos, cada una de las tres magias me otorgó un juramento.

Un vínculo que nos uniría a ellas y a mí en el más íntimo de los dolores, asegurándome que, gracias a eso, jamás podrían traicionarme.

El Señor del Sabbath me ofreció destrozar su propia lengua si alguna vez él la usaba para pronunciar mi nombre.

El trotapieles del desierto me entregó su columna, la cual amarré a la mía y rompí una y otra vez, arqueándome en mi celda con tal de obligarlo a cumplir su cometido.

Y hace diecinueve años, el tercer manipulador me hizo únicamente una promesa: sus criaturas jamás atentarían contra mi vida, pero sólo si a cambio les ofrecía dos cosas: un sacrificio… y un *Inquisidor*. Un hombre capaz de continuar el legado de hierro que estos seres había comenzado hace casi quinientos años.

Y yo acepté. Acepté porque estaba dispuesta a todo con tal de encontrarme de nuevo con mi hijo, con la fuerza de la naturaleza que yo misma había parido.

Y ahora, gracias a esa promesa, veo al Inquisidor caminar bajo el cielo purpúreo, con la mirada fija en el suelo. Da vueltas alrededor del vehículo enterrado de frente contra el suelo, en busca de un rastro aunque las huellas ya han sido cubiertas por la nieve.

Se detiene. Trepa sobre un tronco partido, y observa el trozo de arpón clavado en el asiento de la camioneta, así como la sangre que ha marcado un sendero hacia afuera. La toca, la lleva a sus dedos y la prueba. Se sonríe al pensar en que podría beberse una copa entera.

Mira hacia el cúmulo de árboles que rodean la camioneta y aprieta el puño al ver las siluetas de dos hombres que deambulan de un lado a otro como sabuesos.

—¡Tío Benjamin! —escucha que lo llaman a sus espaldas, pero él no responde. Tan sólo percibe por el rabillo del ojo cómo un chico se acerca a sus espaldas—. Encontramos dos de las motos, pero no responden a las radios y tampoco podemos encontrarlos por ninguna parte. Mi padre dice que se aproxima otra tormenta, y que, si no volvemos a las camionetas ahora, no podremos subir de nuevo la montaña y…

El trampero ni siquiera escucha la mitad de lo que ha dicho el joven, porque algo en la lejanía le hace entrecerrar la mirada: un hombre grande y fornido, que lo observa fijamente a varios metros, lejos de su gente.

La silueta difusa da la vuelta y se va en dirección a las profundidades del bosque, alejándose del tumulto, y un tirón frío impulsa el corazón del Inquisidor al reconocer la chamarra de cacería que lleva puesta.

—¡T-tío! —exclama el muchacho al ver que el viejo baja de un salto del tronco. Sus rodillas crujen al igual que sus dientes, pero el Inquisidor aparta de un agresivo manotazo al chico y va detrás de aquella figura.

Todos sus hombres levantan la cabeza hacia él. Lo llaman, pero no escucha sus bramidos y ellos lo dejan hacer, temerosos de ser apaleados si se atreven a detenerlo.

El Inquisidor fuerza las piernas envejecidas a apartar la nieve bajo sus pies, a resistir el soplo feroz del invierno. Su corazón late más rápido cuando aquel hombre mira sobre su hombro apenas un segundo, lo suficiente para que Benjamin pueda distinguir su perfil, sus ojos azules y su nariz torcida de tantas veces que él mismo se la rompió siendo un niño.

Ya no le cabe ninguna duda. Aquél no es otro que su hijo, Buck Lander.

Su raciocinio le dice que está alucinando, pero su instinto de cazador le exige que no se detenga, que, si aquello no es su hijo, quizá sea una ilusión del monstruo que lo devoró.

De pronto, se detiene en un derrumbe de la montaña; una pared de rocas y bosque que su gente escrutó horas atrás sin encontrar más que un gorro de lana clavado en una roca con la flecha de una de sus ballestas. Nada de sangre, ningún rastro de los tres hombres perdidos.

Su hijo está al pie de la ladera, con la mirada hacia el suelo. Se acuclilla en la nieve y comienza a remover algo con las manos. El viejo trampero se acerca despacio, parpadea, y Buck Lander ya no está delante de él. No hay huellas en la nieve, pero lo que sí hay es el rastro de un penetrante perfume a flores y una amplia cruz marcada en el suelo.

Benjamin exhala como un toro y se agacha hacia el símbolo. Con las manos desnudas

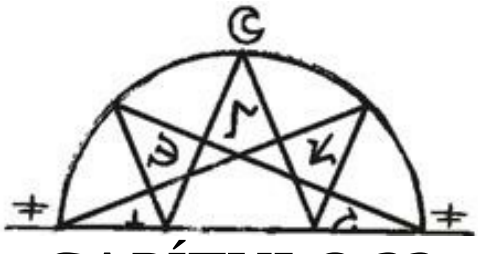
comienza a escarbar hasta que encuentra un bulto pequeño, sanguinolento y congelado, a unos treinta centímetros en lo profundo, casi al ras del suelo del bosque.

Reconoce de inmediato lo que es: una bolsa de lona, de ésas donde sus hombres suelen guardar las municiones.

Despacio, libera el cierre y se asoma. Siente un arrebato de furia al descubrir tres ojos humanos, distintos entre sí, metidos dentro de la bolsa y acompañados de cabellos, trozos de tela y cartuchos de bala, un artilugio tan ingenioso que casi es una pena ver cómo el hechizo se rompe.

El susurro inteligible de su hijo le hace levantar la barbilla y sacar la pistola que lleva en la cintura. Mira de un lado a otro y sus ojos se abren de par en par cuando el sonido lo hace apuntar hacia unos troncos apilados a apenas unos metros de él.

Y, por fin, Benjamin Lander los encuentra, como si siempre hubiesen estado allí, como si algo sobrenatural los hubiese ocultado a la vista todo este tiempo: unos dedos escarlatas que sobresalen de entre la nieve.



CAPÍTULO 22

UNA ÚLTIMA MOTIVACIÓN

Camino durante más de una hora hasta que encuentro la manta de camuflaje, aún enganchada en la entrada de la cueva.

Aunque la luz lavanda de la noche me deja ver con algo de claridad el camino, lo que realmente me ha permitido volver al refugio sin perderme han sido las copas de los árboles; a diferencia de los rastros o las huellas en el suelo, las copas nunca cambian, y en bosques muy frondosos es más fiable seguir un sendero de follaje y estrellas que un manto de nieve informe.

¿Quién me enseñó eso? ¿Fueron los campistas que conocí en Colorado? ¿O aquella anciana del rancho de Nuevo México? No. Ella vivía en una pradera, no había forma de que ella y…

Ah. Es verdad.

Fue Tared. Una noche en el pantano.

Justo cuando creí que pensar en estas tonterías me salvaría de hundirme de nuevo en la histeria, me dejo caer contra un tronco, a unos pasos de la gruta. Entierro las garras en la corteza y suplico, con todas mis fuerzas, que el monstruo de hueso estruje mi pecho para al menos poder sentir otro tipo de desesperación.

—Maldito, maldito seas… —mascullo, aguantando la impotencia. Yo creí que, con todo lo que ha pasado, mi Mara ya no podría lastimarme más, pero se las ha ingeniado para torturarme de la forma más terrible. Es decir, ¿qué puede ser más doloroso que la imagen de alguien a quien amas *haciéndote daño*?

“Soy la manifestación de tus deseos más profundos. De la frustración que, en estos momentos, te resulta más dolorosa.”

—No te lo perdonaré —susurro a mi verdugo, si es que puede escucharme—. Nunca te perdonaré que lo hayas usado *a él* para atormentarme.

Y encima, para pisotear aún más mi corazón roto.

Te arrancaré la piel…...

—Los ojos y la lengua —musito con los dientes apretados, rasgando la corteza del árbol como si fuese la misma carne de mi Mara.

Y luego…...

—Te *devoraré* hasta quedarme con todos y cada uno de tus poderes…

El monstruo de hueso enmudece, dejándome con un silencio difícil de soportar. Sacudo la cabeza y me yergo lentamente.

Hundido entre la convalecencia y mis deseos de venganza, me tambaleo hacia la entrada de la cueva. Me cuesta mucho trabajo abrirme camino; la nieve se ha hecho tan espesa que me llega casi a las rodillas, y cada zancada me duele más que la anterior. Pero cuando paso por debajo de la manta, basta que respire una sola vez para percibir un olor que me hace mandar todo eso al diablo.

Sangre.

—¡¿Tared?!

El hombre lobo está recostado en el suelo, con las chamarras de los tramperos echadas a un lado. No reacciona ante mi llegada ni a mi llamado.

—¡TARED! —grito de nuevo, lanzándome de rodillas a su lado. Me quito el guante de mi mano humana y compruebo el pulso de su cuello, que está muy débil. Llamo al devorapieles varias veces, hasta que éste me contesta con un ligero gruñido.

Salto hacia la fogata ya reducida a cenizas, y la reanimo con mi magia. El fuego ilumina la figura del hombre lobo y a mí se me cae el corazón al suelo.

Está sumamente pálido, y al intentar moverse, masculla de dolor. Abro su chamarra, y descubro una senda mancha roja impregnada en todo su abdomen.

El hechizo ha terminado. Su herida ha vuelto a sangrar.

—Tared, ¡por los dioses…! —levanto las capas de ropa y mis dedos se tiñen al desenrollar los nidos de tela que puse en el perímetro del arpón—. ¿En qué momento empezó?

Él está tan débil que no puede responder.

Dioses, dioses, ¿fue mientras buscaba la cabaña, o mientras estaba desmayado por el agotamiento?

¡Estúpido, estúpido!

Voy hacia la mochila y saco el muñeco de trapo que formé con sus ropas: está húmedo. La espada filosofal sisea cuando repito el ritual para detener una vez más la hemorragia, pero no

tengo idea de cuánta sangre ha perdido el lobo esta vez.

—Mierda, mierda —con el mayor cuidado que puedo, vendo de nuevo su herida con la última camiseta que nos queda, lo cubro con los abrigos y levanto su cabeza para ayudarlo a beber un poco de agua. A él le cuesta reaccionar, moverse, pero logro hacerlo tomar unos cuantos tragos.

—¿La encontraste?

Escuchar su voz de nuevo me trae un alivio indescriptible.

—¿La carretera? No, pero encontré una cabaña cerca de un río, a dos kilómetros de aquí —respondo en voz queda—, sólo que…

Dejo mi lengua quieta, pensando en que esa choza es ahora todo menos un refugio seguro. Pero a sabiendas de que no ganaré nada con ocultárselo, le cuento a grandes rasgos sobre la *Marionetista* que me atacó en el bosque.

Tared escucha en completo silencio. Y al terminar, él me asombra una vez más al empezar a levantarse.

—¡Oye, OYE! —reclamo poniendo mi mano en su pecho para tratar de detenerlo—, ¡deja de esforzarte! ¡¿No ves lo mal que estás?!

—Está nevando —dice en voz baja, lo que me hace cerrar la boca, sin comprender. Sus ojos azules se fijan en la salida de la gruta, donde pequeños montículos de nieve han comenzado a depositarse, arrastrados por el viento—. Si no nos movemos ahora, la tormenta nos enterrará.

Es verdad. La inclinación de la cueva es una trampa en la que no había pensado.

El lobo envuelve una de mis muñecas con la palma de su mano.

—Ya has logrado que lleguemos hasta aquí —susurra—, nada puede ser peor que no intentarlo.

Tared me deja sin aliento, porque a pesar de mi temor y su mal estado, no veo otra cosa que determinación en esos ojos azules.

Tiene razón. Maldita sea si no.

Asiento y me pongo en pie. Al buscar nuestras cosas por la cueva para meterlas a la mochila, percibo algo extraño: las tiras de carne seca están fuera de la bolsa de plástico, colocadas a un lado, sobre una piedra. Están todas, si no me equivoco, pero lo que me desconcierta es que dentro del empaque ahora hay un puñado de hojas de pino parcialmente machacadas.

Arrugo el entrecejo, pero no me detengo a pensar en ello. Guardo todo y me echo el bulto en la espalda junto con las armas, que amarro como puedo con las últimas tiras de la camiseta.

Al girarme hacia Tared siento un nudo en la garganta al ver que otra vez se está quedando dormido. Aprieto los labios y me inclino hacia él.

—Vamos —lo aliento, para hacerlo despabilarse—. Trataré de que lleguemos pronto.

Él no dice nada más, tan sólo deja que yo pase su brazo alrededor de mi cuello, para después

dejar caer sobre mí todo aquello que no puede cargar por sí mismo. Me doblega un poco su solidez, pero mi deseo de sacarlo de aquí me infunde fuerzas para levantarnos a ambos.

Despacio, salimos de la cueva mientras procuro vigilar en todo momento el movimiento del asta en su cuerpo. Y al igual que conmigo, el dolor le ayuda a mantenerse más o menos despierto.

Poco a poco, y en medio de una tormenta cada vez más copiosa, avanzamos por el bosque, y la dificultad con la que nos movemos, la manera en la que el manto se torna más grueso, me confirma que Tared tenía razón.

Puede que esta misma noche hubiésemos muerto bajo la nieve.

Una rama rota, un nido abandonado, un pino más sobresaliente que los otros; todo me indica la dirección hacia el río, y agradezco que la luz mortuoria de la noche resplandezca con fuerza detrás del nubarrón.

Pero el devorapieles respira cada vez con más dificultad sobre mí, y a cada paso que damos la angustia de que se desplome en cualquier momento se vuelve más y más latente. Está frío, su ropa se congela con la sangre y jadea para no gritar de dolor a cada zancada que damos.

—Aguanta, aguanta… —suplico en su oído, aunque la plegaria también es para mí.

Cruzar la cañada y el río congelado es la parte más difícil, sobre todo al no saber si el hielo podrá aguantar el peso de Tared y el mío combinados. Pero logramos cruzar a salvo.

Tras dos largas horas, finalmente llegamos a la choza de madera.

Ayudo a Tared a recargarse a un costado de la entrada y remuevo la nieve del umbral, buscando de vez en cuando la silueta de aquella bestia llena de brazos. Parto con el hacha la cerradura de la puerta y ésta se abre con un suave rechinido.

Arrojo luz dentro con la linterna, el lugar entero huele a humedad. No tiene habitaciones, es una sala común con una estufa antigua empotrada en una esquina, de ésas de hierro con chimenea que se alarga hasta atravesar el techo. De allí en más sólo hay un catre de lona desvencijado, un par de sillas de madera y otra puerta orientada al pie de la montaña.

Todo luce empolvado y viejo, en señal de que ya tiene tiempo sin que nadie lo use.

—Ven, vamos… —con cuidado, logro recostar al lobo en la camilla. La luz invernal que se cuela a través de los tablones de la ventana trasera me permite atisbar su rostro, agotado por el largo trayecto de la caverna hasta acá. Desearía poder cambiarle las vendas y la ropa ensangrentada, pero no nos queda nada más que una camisa de franela, la cual necesito para fabricar algo muy importante esta noche.

Le doy tres pastillas de analgésicos y, para mi tranquilidad, le toma menos de unos minutos quedarse dormido. Lo cubro con un abrigo y la manta de camuflaje y me dejo caer en una de las sillas, recordándome que tendré que encender la estufa más tarde y preparar un caldo con el agua del termo y la carne seca. El frío aquí no es tan terrible como en la cueva, pero sigue mordiendo

los huesos.

Miro a Tared y siento que la garra de Wéndigo me estruja con más fuerza. Ha perdido mucho peso, demasiada sangre, está herido y más lejos de mí que nunca.

—Voy a sacarte de esto, aunque sea lo último que haga —susurro, deseando con todo mi ser tener las fuerzas para levantarme y acomodarle mejor la manta o limpiar un poco más la sangre de su sien.

Sufro la nostalgia de nuestro vínculo muerto. Deseo, una vez más, sentir la ternura de aquel lazo, el tirón, la certeza de que, sin importar cuánto lo estiremos, el hilo volverá a unirnos una vez más.

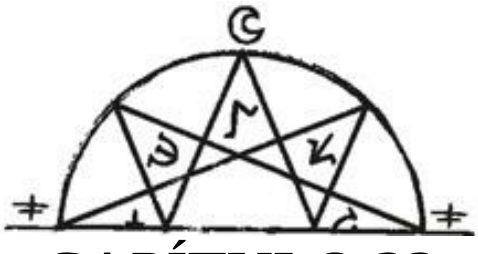
Casi me echo a reír, porque resulta que aquella criatura que pretendía ser Adam tenía razón en una sola cosa:

—Siempre te elegiría a ti —susurro hacia el lobo—. *Siempre.*

Cierro los ojos un momento, y cuando sólo se escucha en la cabaña el golpetear de la nieve contra los tablones de las ventanas y el castañeo de mis dientes, me doy cuenta de lo mucho que me duele la pierna.

Me inclino y desamarro el sucio vendaje, lentamente. Ladeo la cabeza, desconcertado al levantar los pliegues del pantalón y ver que la lesión que abrió la flecha de ballesta está hinchada, con los bordes blancuzcos, llena de pus.

Ahora lo entiendo. El olor a carne putrefacta que percibí antes no provenía de Tared, sino de mi propia herida infectada.



CAPÍTULO 23

ASFIXIA

Por la mañana, soy despertado por un fuerte dolor de cabeza. Abro los ojos y me encuentro empapado en sudor, a pesar de que la estufa de hierro lleva casi una hora apagada.

Fiebre.

Al intentar levantarme, el dolor en mi pecho me deja tendido un momento más. La herida de mi pierna sigue roja e hinchada, y aunque logré quitar algo de pus de los bordes con agua del termo, parece haber empeorado de todas maneras.

Avivo un poco más la estufa, pero no demasiado; anoche tuvimos la suerte de que la tormenta ayudara a disimular la columna de humo que sale por la chimenea, pero hoy ya se ha despejado el cielo, lo que podría delatar nuestra ubicación.

Me acerco a Tared y coloco mi mano sobre su frente para ver cómo está su temperatura, pero el calor de mi propio cuerpo me impide saberlo con claridad. Él respira, pero sigue tan pálido como anoche.

Ya no sólo es la pérdida de sangre lo que lo mantiene tan débil, sino que es nuestro tercer día sin alimentarnos.

Necesito encontrar comida. Y pronto.

Me calzo las botas, me cuelgo la escopeta y la ballesta, y me echo la mochila al hombro, llena de cosas que me quedé elaborando ayer para no quedarme dormido. Aunque, de cualquier manera, la tortura de *otra visión* se encargó de sacudirme el breve momento en el que pude hacerlo.

Esta vez había otra mujer, junto a la anciana. Era escuálida, putrefacta y de largo cabello

blanco, igual de desnuda y con el mismo símbolo grabado a cuchillo en su frente. Levantaba delante de ella un espejo redondo del tamaño de su cabeza, y aunque a primera vista parecía que el vidrio era de un color tan negro que me impedía ver su cara, en realidad era un *vacío.*

Un abismo. Un túnel a alguna alcantarilla del plano medio, justo en medio de mis pesadillas.

Mientras esa mujer me observaba a través de la oscuridad, la horrible vieja a su lado parecía machacar algo contra el suelo; lo molía con una piedra de buen tamaño, y aquello que aplastaba era duro y a la vez carnoso.

No ver rastros del cadáver del niño me revolvió las entrañas, pero no tanto como comprobar que la *bruja* untaba esa pasta necrótica en sus codos, en sus genitales, en las plantas de sus pies.

Y de nuevo, lo que me atrajo de vuelta a la realidad fue ser consciente del hambre que sentía al ver a esas dos mujeres.

Jamás había tenido tantas visiones, una detrás de la otra. No me cabe duda de que tanto ellas como la criatura Marionetista han sido enviadas por mi Mara; sin embargo, indagar más a fondo en eso o en por qué siento tanta hambre al verlas me ha sido imposible.

Interrumpo mis cavilaciones cuando salgo de la cabaña y el frío del exterior me recibe con una ventisca. Me cuesta avanzar más que nunca, pero una vez que logro abrirme paso por la nieve, empiezo a recorrer el perímetro de la construcción. Pronto descubro detrás de ésta, a unos veinte metros, una letrina donde decido colocar mi primer “punto de vigilancia”.

Saco de la mochila un muñeco de tela pequeñito, muy parecido al que usé para detener las hemorragias de Tared, pero relleno de mi propia sangre, cabellos y otro tipo de fluidos, cortesía de la herida de ballesta. Lo coloco encima de la letrina y me alejo de la cabaña dejando más de una docena de monigotes iguales en los árboles, bajo las piedras, en las raíces.

Una vez que he instalado el último, empiezo a caminar en dirección al río. Durante todo el trayecto busco alguna piña que no haya sido saqueada ya por los roedores, pero no tengo éxito. Estoy mareado. Me duele demasiado la cabeza y no sé cuánto más podré soportar.

Mi suerte cambia por fin al acercarme a la cuenca del río. A lo lejos, capto una mancha densa y oscura que, por unos momentos, me hace querer retroceder y ocultarme.

Pero no es la Marionetista. Se trata de un alce pequeño, parado en el bosque del otro lado de la cañada.

Como si hubiese escuchado el salto eufórico de mi corazón, el animal levanta la cabeza en dirección a mí. Me agazapo entre la nieve, y aunque estoy casi seguro de que no me ha visto, el alce comienza a moverse en paralelo al río.

—¡Carajo! —sigo a la criatura por el borde de la pendiente hasta que se detiene a mordisquear algo en el suelo. Empuño la ballesta, cuyas flechas resultarán mortíferas si logro dar en el sitio adecuado: la frente, el ojo, la sien.

En el ínterin, el alce levanta la cabeza, inquieto. Olfatea, mueve el cráneo y, para mi horror,

se introduce en el bosque. Alejándose de mi vista.

—¡No, no! —susurro, ¡no puedo dejar que se me escape!

Bajo la barranca, y me deslizo hasta la orilla del caudal. Con la confianza de que el río ya se haya endurecido lo suficiente, comienzo a cruzarlo a paso rápido, viendo cómo el animal se hace cada vez más pequeño en la lejanía, aún ignorante de mi presencia.

El fuerte crujido del hielo partiéndose bajo mis pies me hace parar de inmediato.

—Mierda —murmuro, y abro los brazos para mantener el equilibrio. Bajo la barbilla despacio, pero no logro encontrar dónde se ha fragmentado la superficie. Tan sólo veo la corriente oscura moverse bajo mis pies. Y entonces, escucho otro sonido, distinto y lejano, a mis espaldas.

Es ese sonido de nuevo, el gimoteo pesado de alguien que *se ahoga*.

Me giro con tremenda lentitud para voltear hacia atrás.

Encuentro a una chica flotando sobre la orilla del río de donde he venido. No es ninguna de las brujas de mis visiones. Ella es muy joven y viste una especie de camisón azul. Me mira con el cuello de lado, los ojos desorbitados y la boca llena de espuma, se convulsiona porque algo invisible *la está ahorcando*.

Tenso la ballesta en mis manos y cierro los ojos unos instantes, con fuerza, con horror, porque no necesito mirar demasiado para comprender que en realidad no flota en el aire, sino que un brazo blanco brota de las faldas de su camisón y la eleva desde el suelo. Un brazo que corre debajo del hielo del río a la orilla. Un brazo que se alarga hasta donde yo estoy de pie.

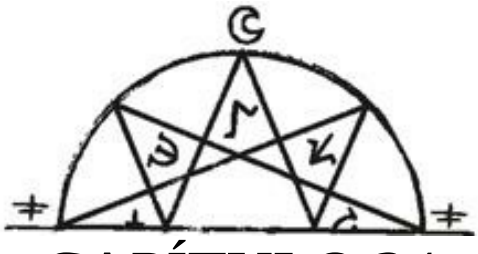
Toc, toc.

Alguien toca la superficie de cristal.

Toc, toc.

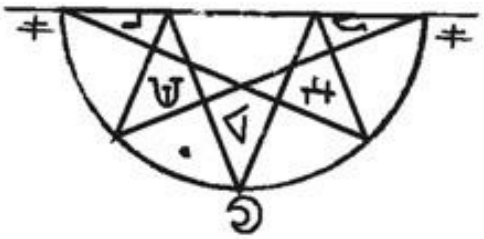
El hielo se resquebraja.

La Marionetista está justo debajo de mí.



CAPÍTULO 24

UN DESCONOCIDO EN EL AGUA



En un segundo, soy hundido en las aguas heladas del río.

Cientos de agujas frías se clavan en mi piel mientras que el hielo cruje en mis oídos como un cristal. Intento impulsarme de vuelta a la superficie, pero uno de los brazos de la Marionetista se ha enredado en mi mano. Los demás rostros, furiosos, atrapan mi ropa con los dientes y tiran de mí hacia abajo.

Lucho por liberarme pero, como era de esperarse, la criatura es demasiado fuerte. Todo aquí abajo es de un azul infinito cortado por rayos de luz que atraviesan el agua como espadas, una tumba glacial que busca convertirme en su cadáver.

¡Otra vez no, maldición!

¡Arde, idiota!

Afianzo el agarre de la ballesta y, con un jalón de mi mano descarnada, logro accionar el gatillo. Las caras parecen gritar al unísono cuando la flecha se clava en una de las costillas de la bestia, que afloja su agarre de inmediato.

Nado, nado con desesperación hacia la superficie, pero otra cosa más lucha por mantenerme abajo: el maldito peso de la piedra filosofal.

Aunada a la corriente del río, la espada me arrebata los escasos segundos de ventaja que pude conseguir. La criatura vuelve a tomarme de los tobillos, a arrastrarme al fondo de un río que, para mi horror, empieza a volverse demasiado profundo.

Súbitamente, algo *cambia*. Las espadas de luz se apagan. El azul se torna de un gris cada vez más opaco. Percibo, perplejo, cómo las sombras del plano medio empiezan a abrirse debajo de

mí.

"No, no, ¡aléjense!", grito como un loco en mi interior.

¡No puedes luchar contra lo que somos!

¡No, no, no!

La negrura se convierte en un abismo en el que soy introducido por aquel monstruo. Y descubro, al abrirse ese infinito, al escuchar esas voces que me reclaman, que lo que más me aterra no es morir ahogado, sino que mi magia abra el plano medio otra vez y me lleve a un lugar remoto.

Lejos de Tared.

¡Mierda, mierda, mierda!

Intento escapar del velo del mundo de los muertos, pero éste se eleva debajo de mí y empieza a ennegrecerlo todo como un remolino de tinta. Dejo de escuchar el crujido del hielo y el batir de la corriente. El tiempo se detiene, el plano medio está a punto de apartarme de la Marionetista.

Dejo de moverme, tan sólo un segundo, al reparar en mis propios pensamientos.

Cuando abrí un plano medio en el cuarto de Sammuel para escapar de Tared. Cuando abrí un plano medio en la catarata de Stonefall para huir de los tramperos…

Lo que quieren las sombras del plano medio no es matarme, sino *salvarme*. Y eso significa que son *mías,* ¡así que las hijas de puta harán mi voluntad!

—¡APÁRTENSE! —grito bajo el agua, dejando salir mi último aliento.

El monstruo de hueso emite una risa cuyo significado no consigo descifrar. Cierro los ojos y la desesperación se convierte en furia, un fuego de magia que asciende hasta rodear mi cuerpo de llamas. La espada ruge con fuerza, en tanto yo ilumino como una antorcha incandescente la oscuridad.

La Marionetista me libera, sus brazos se apartan de mí mientras gritan sin voz.

Con un movimiento de mi garra, dirijo mi fuego hacia la bestia blanca. El impulso de la magia la arroja hacia las sombras del plano medio y el mundo de los muertos se la traga para comenzar a desvanecerse. Las dagas de luz atraviesan de nuevo la superficie. Nubes de tierra, plantas y trozos de ramas empujadas por la corriente traen de vuelta el tiempo y la realidad.

El fuego de mi piel se apaga justo antes de que Wéndigo lo reclame para poseerme.

Emerjo del agua y trepo por el hielo, suplicando que no vuelva a resquebrajarse debajo de mí. Me arrastro hasta salir de la cuenca del río y me dejo caer boca abajo, temblando, sobre la nieve.

He perdido todas mis armas junto con la mochila, y el cielo se ha puesto ya de color rosa, lo que significa que una muy pequeña parte de las sombras logró alcanzarme para robar un fragmento de mi vida. Pero yo sólo puedo pensar en una cosa:

—Tared. Debo regresar, debo regresar…

Pero no puedo moverme. Cierro los ojos e intento volver a invocar el fuego de mi magia, pero la espada me aplasta sin esfuerzo.

Ya no me quedan energías.

—Puedo lograrlo, la cabaña no está lejos. Puedo… puedo volver con él…

Debo avanzar. Debo subir la pendiente, debo cruzar el bosque y encontrar la cabaña, pero mi cuerpo cede ante el dolor de todos los golpes que he recibido, ante mi ropa tiesa y helada y el aire frío que no me deja respirar.

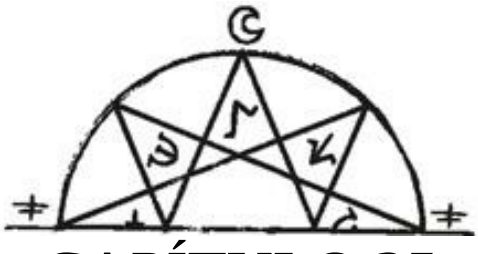
Ya no puedo mover las manos. Ya no puedo mover las piernas. Me congelo, poco a poco, a la orilla del río.

—No, no —las lágrimas luchan por brotar de mis ojos, pero hasta éstas se escarchan en mis pestañas. Sólo logro ver, a través de ellas, a Barón Samedi al borde de la cañada.

Baja de un salto fantasmalmente lento. Sonríe. Se aproxima hasta acuclillarse a mi lado y me acaricia un flanco del rostro. Pero no importa. No importa si vino a arrancarme la lengua, los ojos o la piel. Lo único que anhelo es volver con Tared.

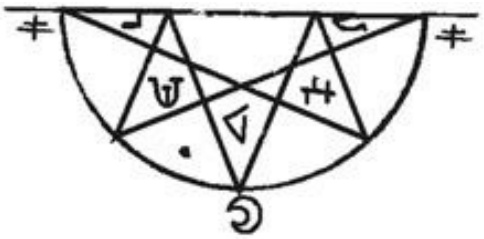
Quiero susurrar que lo siento, pero mis labios ya no responden.

Con la imagen del lobo abandonado a su suerte y desangrándose en esa cabaña, cierro los ojos por última vez.



CAPÍTULO 25

SEÑALES



Esta noche, un olor peculiar se esparce por mi celda: el aroma casi dulce y apetitoso de la grasa derretida, muy parecido al que tenían los trozos de mi cuerpo cuando se desprendían por el calor de las batallas contra la alquimista; esos que alguna vez me vi obligada a comer para seguir con vida dentro de los muros de esta prisión.

Atraída por la fragancia y el hambre, me asomo al portal y encuentro al Inquisidor erguido delante de una hoguera, observando aquello que expide tan interesante olor: Tres cadáveres fundiéndose en las llamas.

Tres.

Tres.

Tres.

Nueve tramperos caídos en total, incluido su propio hijo.

—¡Estamos más de treinta cabrones aquí, Benjamin! ¿Qué tenemos que hacer para acabar con un solo maldito mocoso? ¿Traer a nuestras mujeres para que hagan el trabajo por nosotros? —exclama alguien entre sus hombres, los cuales se han reunido en torno a aquella fogata.

—Lo hemos intentado todo, carajo, ¡todo! —añade uno más—. ¡Ni las jodidas balas parecen matarlos!

Benjamin, con la mirada de buitre entornada, parece preguntarse eso mismo. ¿Cómo han

podido escapar a sus trampas, sus sogas, sus armas? ¿Cómo es que han burlado de tal manera a una dinastía de cazadores, el orgullo que heredó de su padre, de su abuelo, de sus ancestros que liquidaron a los bisontes de las praderas hace siglos?

¿Estás disfrutando *tú* de esto, acaso? ¿De este altar de nueve cuerpos?

Pero en vez de atender a los chillidos de su culto, el viejo contempla el cadáver tuerto y desfigurado de aquel chico que apenas había cumplido quince años, cuyo ojo arrancado todavía sigue en la pequeña bolsa de lona que encontró enterrada en la nieve.

El trampero se levanta y todas las miradas recaen sobre él, pero ninguno se atreve a despegar los dientes cuando se agacha para tomar un grueso leño de la hoguera. Da la espalda al grupo y se aventura por el campamento de remolques, estacionados en un amplio mirador situado en uno de los barrancos más altos de la montaña. Se pierde entre el pequeño laberinto de chatarras hasta llegar a una maciza camioneta de carga; un cubo de metal hecho para soportar el peso de al menos cinco caballos.

Mira las puertas traseras de la caja, cerradas con candado y cadenas cruzadas de lado a lado, como si lo que llevase allí dentro fuese un monstruo terrible que en cualquier momento pudiera despertar.

En un arrebato, comienza a golpear las puertas con aquel leño una y otra vez como si quisiera tirarlas a punta de palos. Unos gritos de terror retumban desde dentro de aquella camioneta, y al escuchar tan delicioso sufrimiento, Benjamin arremete hasta reventar el tronco en su mano.

—¡HIJOS DE PUTA, LOS DESPELLEJARÉ A TODOS! —exclama, invadido por la cólera. Arroja la madera a la nieve y busca en su bolsillo las llaves de aquel candado… pero se detiene al escuchar unos pasos crujir en la nieve.

Y lo percibe de nuevo. Aquel perfume que emana por encima del de la carne quemada.

El Inquisidor gira la cabeza lentamente hacia los árboles que bordean el barranco y descubre de nuevo a su hijo Buck, quien fijamente lo mira.

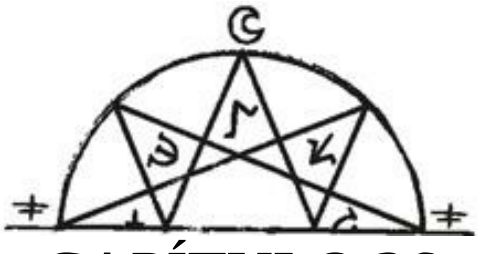
El trampero constriñe la nariz y da la espalda a la camioneta de carga. Camina cauteloso bajo las nubes lilas en pos de la figura. Al saltar el pasamanos que delimita el mirador, siente el frío muy real del abismo respirarle desde el fondo de la cañada.

Buck le da la espalda, pero su brazo largo apunta a lo lejos.

El perfume de la tercera magia rodea con más fuerza al viejo trampero y le hace cerrar los ojos un instante. Al abrirlos, él ya no está, pero Benjamin sigue mirando hacia donde su hijo apuntaba.

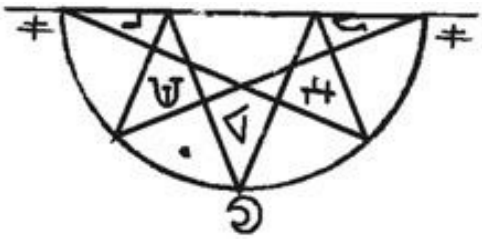
Y allí encuentra algo que le hace sonreír: una serpiente blanca y cruel que se eleva sobre el bosque.

La columna de humo de una chimenea entre la espesura arbolada del bosque.



CAPÍTULO 26

SACRIFICIO



Debería estar muerto.

Debería estar rodeado de hielo, enterrado bajo mi sepulcro de nieve. Mi ropa debería estar congelada contra mi cuerpo magullado, con los ojos entreabiertos hacia el suelo y las garras del río intentando arrastrarme a sus aguas.

Ya nada tendría que dolerme, ni la herida de mi pierna, ni mis costillas golpeadas, ni mis labios azules o mis dedos ateridos por el invierno feroz.

Debería estar muerto.

Pero, en cambio, sólo siento calor. Siento mi piel seca, mi cuerpo tibio y mis pulmones que respiran tranquilos, sin pausa. Siento el pecho dolorido, pero muy vivo, que sube y que baja contra mis manos desnudas.

Abro los ojos, despacio, y me encuentro acostado en el suelo frente a la estufa de la cabaña, enrojecida por el calor de unas llamas furiosas. Ya no siento fiebre, sólo tibieza, un calor paradisíaco que busca adormecerme de nuevo sobre la manta de camuflaje.

El calor se convierte en desconcierto cuando, al intentar moverme, descubro un pesado brazo sobre mis hombros. Un brazo cubierto de pelo plateado.

Pánico.

—Pero, ¡¿qué…?!

Me levanto de inmediato sobre los codos y me llevo una mano a los labios para no gritar.

Tared yace acostado detrás de mí, hecho un ovillo contra mi cuerpo y *transformado* en hombre lobo. El trozo de arpón que tenía en el vientre está inerte y frío a unos metros de

nosotros, con un sendero fino de sangre ya seca que corre hacia acá.

Mi garganta se abre, sin voz, azorada por el cosquilleo horrendo de las lágrimas que pugnan por salir. Tared tiene los ojos cerrados y el hocico pegado al pecho, como si se encontrara acostado en la falda del bosque, dormido dentro de un cuento de hadas del que nunca debí sacarlo.

Observo el sitio donde antes estuvo el arpón, ahora vuelto sólo un amasijo de pelo apelmazado por la sangre, la piel de su herida abultada y roja como una costura mal cicatrizada esperando abrirse de nuevo con el más delicado de los movimientos. Mi cuerpo está cubierto sólo con la chamarra que tenía puesta Tared, mientras mi ropa se seca frente a la estufa.

Y el muñeco que hice para controlar su hemorragia yace olvidado en un rincón. Muerto. Sin magia.

Es en ese momento en el que hubiese deseado haber muerto no allá afuera, en la nieve, sino desde que puse un pie en Nueva Orleans.

Bajo mi cabeza hacia su hombro y se me parte el corazón al sentirlo, huesudo, contra mi frente.

—*¿Por qué?* —logro sollozar.

Tared despierta y mueve un poco la cabeza. Sus ojos me miran ahora entreabiertos, apagados por el cansancio. Hace un esfuerzo más y me rodea de nuevo con su brazo para volver a atraerme hacia su cuerpo.

Siento la herida en mi muslo, cubierta con una sustancia espesa que huele fresca, casi mentolada. Al bajar la mirada, descubro que son las hojas de pino, aquellas que estaban trituradas en la bolsa de carne.

—Perdona —dice él en voz baja—, también tuve qué lamerte un poco, para dejarla limpia…

Fue eso. Tared sabía que se me había infectado la herida y fue a buscar algo para curarme. Pero se abrió la propia herida en el proceso, y terminó tan débil que no pudo hacer más.

Gimoteo inconsolable contra su pecho.

—¿Por qué lo hiciste? —insisto.

Él contesta con voz agotada y gutural:

—Estabas enfermo. Oscurecía y no regresabas. Tenía que ir a buscarte.

—¡No, no tenías qué hacerlo! —exclamo, furioso—, ¡no debiste ponerte en peligro de una forma tan estúpida!

—Habrías muerto… —ataja.

—¡Era mi vida o la tuya!

—Lo sé. Por eso fue tan fácil… decidir.

Las palabras se atoran en mi garganta. Tared me mira con esos ojos indómitos, tan propios de él. El hombre lobo —*mi hombre lobo*— parece tranquilo y satisfecho, como si mi corazón

palpitante justificase su vida deslizándose fuera de los muros de esta cabaña.

—Pensé que ya no me amabas —susurro, al fin, como un cobarde resentido, sin entender por qué ha hecho semejante sacrificio. Tared cierra los párpados unos segundos y acaricia mi mejilla con una dulzura que parece imposible para tan enormes garras, ahora enjuga mis lágrimas con la suave almohadilla de sus dedos.

—Tenía… mis razones para dejarte ir —susurra con una sonrisa cansada. Mis manos se hacen puños sobre su pecho, enroscados en las hebras tibias de su pelaje. Busco en él esa herida eternamente abierta donde yace el sepulcro de nuestro vínculo muerto—. Pero jamás dejé de quererte, Elisse. No hay nada que sea capaz de convencerme de dejar de hacerlo. Ni siquiera ese monstruo en el que crees que te has convertido.

—No, Tared, no… —sollozo.

—Te amo, Elisse. Y de eso *nunca* me he arrepentido.

—Te amo, también te amo, Tared —exclamo entre lágrimas—, ¡perdóname por no habértelo dicho!

—Jamás tuve dudas de ello, Elisse. A pesar de todo.

El lobo envuelve mi cabeza con sus garras y me permite empapar su piel de plata, me abraza todo el cuerpo con unas fuerzas que según la lógica ya no debería poseer.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto con un miedo atroz. Me aferro más a él, e intento que mi cuerpo también le transmita algo de calor.

—Vas a irte de aquí cuando sea el momento —me contesta en voz baja, tan convencido de sus palabras que se me hiela la sangre.

—Por favor, por favor, no digas eso —le suplico—. No te vayas de mi lado como yo lo hice, por favor…

Me abriré el pecho y me sacaré esta maldita espada si con eso puedo mantenerte vivo.

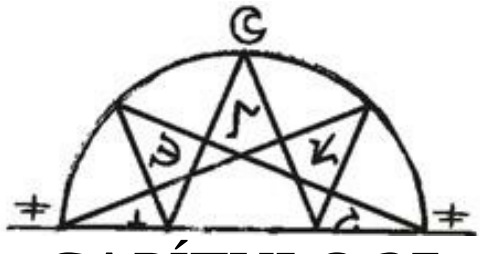
Tared se limita a dedicarme una caricia de su nariz oscura, mientras la nieve se acumula fuera de la cabaña. Yo, en cambio, me lleno de un único deseo. Sé que no puede hacer mucho para corresponderme, pero tomo en mis manos el ángulo de su rostro y me acerco para besar sus labios aún en forma de lobo, sabiendo que tal vez sea aquélla la última vez que pueda hacerlo.

Lo siento respirar, cada vez más despacio, hasta que pronto nos rendimos a la cercanía del otro. En medio del silencio de la noche, del hambre y la desesperación de saber que lo que sentimos el uno por el otro es lo único que tiene fuerzas ahora para mantenerse vivo, nuestro abrazo nos mantiene tibios. Hasta que también siento su cuerpo enfriarse, poco a poco.

El vínculo roto, esa herida sangrante, ese trozo de pasado y dolor, se desprende y cae como una costra ya vieja. Y de esa herida cruda y roja, cual loto en el barro, nace un *nuevo vínculo* que crece, florece y vibra, vivo y rebosante a pesar de que la muerte amenaza con llevárselo esta misma noche.

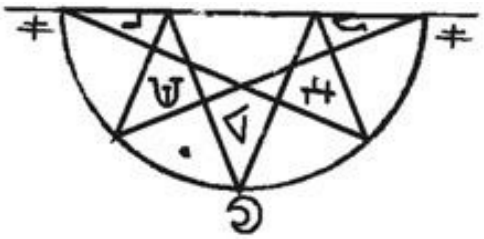
Tared y yo, sin otra esperanza más allá de estas paredes, nos unimos en el infinito con un único momento de resplandor.

Y ante nuestro nuevo lazo, la garra del monstruo de hueso afloja por fin su prensa de mi corazón.



CAPÍTULO 27

STILL A WITCH![*]



Una sutil vibración me despierta poco después, en medio de la madrugada. Con pesadez, entreabro los ojos en la oscuridad. Mi hombre lobo respira leve en un ronquido bajo, con sus brazos débiles aún cerrados a mi alrededor.

Vuelvo a sentir esa vibración, como si algo a través del piso palpitase hasta llegar a la palma de mi mano; un hilo invisible que me atrae poco a poco hasta convertirse en un tirón desesperado. Un grito de alarma.

Abro los ojos de par en par.

—¡Mierda!

Reúno fuerzas y me levanto sobre mis codos. Mi corazón galopa dentro del pecho, más fuerte ahora que está liberado de las garras crueles de Wéndigo.

Me deslizo del abrazo de Tared y llego a la ventana del frente de la cabaña para asomarme entre los tablones. El brillo de las nubes contra la nieve me permite mirar con claridad hacia afuera, pero todo parece envuelto en quietud. Aprieto la palma de mi mano, e intento sentir de dónde ha provenido aquel horrible tirón.

—Elisse…

Me sobresalto al escuchar la voz del devorapieles, quien lucha por incorporarse sobre un codo.

Me arrastro hacia él y, en vez de forzarlo a volver al suelo, le ayudo a sentarse con la espalda contra la pared. Está tembloroso y apenas puede mantener los ojos abiertos, pero mi instinto me dice que no debo permitirle volver a acostarse.

Trago saliva e intento que las palabras salgan enteras de mi boca.

—Hay alguien *o algo* afuera —digo en voz baja a la par que le muestro mi puño—. Uno de mis señuelos me lo ha dicho.

Ladea su cabeza lobuna, pero no le cuesta mucho entender que me refiero a los muñecos que hice anoche. Estoy seguro de que debió haberlos visto repartidos en el bosque cuando fue a buscarme, y puede que hasta me haya encontrado gracias a ellos.

Me pongo los pantalones aún húmedos y me enfundo la pistola de Lía, tendida hasta entonces al lado de la estufa. Meto el resto de mi ropa y mis guantes en el fuego para apagar su brillo, y justo al quedarse la cabaña a oscuras, otro tirón en la mano me corta el aliento. Esta vez la señal ha venido del muñeco que dejé sobre la letrina.

Uno tras otro, todos mis señuelos empiezan a vibrar y a tirar de sus hilos como si quisieran arrancarme los dedos.

Mi peor miedo se confirma.

Tramperos.

El rugido de varios vehículos al unísono ensordece el bosque entero. Una luz incandescente se cuela por los tablones, con unos faros tan potentes que me dejan ciego por un instante.

—¡MONSTRUO!

Mi espalda se eriza al reconocer el origen de aquel grito, aún más terrible que el de los motores.

Lander.

A través de las rendijas logro distinguir no sólo la silueta del viejo trampero iluminada por los múltiples vehículos, sino la de un montón de cazadores armados con rifles, escopetas y cuchillos que brillan contra el resplandor de los faros.

Y estoy bastante seguro de que muchos más nos aguardan en la parte trasera de la cabaña.

Algo metálico cruje a mis espaldas, y descubro con horror a Tared aferrado a la chimenea de la estufa, intentando ponerse de pie.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclamo en voz baja. Me lanzo hacia él para ocultarlo entre las sombras, pero resulta inútil debido a su tamaño.

—Déjame… enfrentarlos —pide con los colmillos apretados.

—¡Estás completamente loco! ¿Cómo demonios crees que vas a vencerlos?

—No pienso vencerlos —susurra— sólo distraerlos… para que puedas escapar.

Un disparo a la ventana frontal perfora uno de los tablones. La bala se incrusta en la pared detrás de nosotros y la ventisca se abre camino en la cabaña a pesar de la estrechez de la abertura.

—¡SALGAN, COBARDES! —grita uno de los hombres de Lander. Los aceleradores de las

motocicletas braman sin censar.

Libérame.

—Todavía puedo correr unos metros —insiste Tared—, puedo… aguantar unos cuantos disparos antes de que me derriben.

No alcanzo a gritarle que es un completo imbécil cuando una balacera abre agujeros y grietas por todas partes.

—¡Van a matarnos a los dos, entiéndelo! —exclama.

—¡Deja de decir tonterías, no voy a dejarte! —replico.

Libérame. Es la única manera.

Tared me sujeta de la chamarra con una garra, desesperado.

¡Libérame!

—No lo escuches, Elisse, te lo suplico, ¡haz lo que te digo!

Aquello casi me hace olvidar a la manada de tramperos allá fuera.

—¿Cómo sabes que Wéndigo me hab…?

Un machetazo golpea contra la puerta de la cabaña. Y a ése le siguen otro y otro más, que resuenan desde todas las direcciones. Tared me rodea con su brazo y ruge por instinto hacia la entrada. El lobo tiene en una mano la pistola de uno de los tramperos que asesiné hace unos días, pero apenas puede sostenerla.

Los desgraciados podrían entrar ahora mismo y despedazarnos si así lo quisieran. Pero eso no es lo que buscan, ellos buscan…

Divertirse.....

Siento el sabor de las cenizas en mi lengua. Una risa olvidada en las sombras. Ojos vacíos mirándome desde la arbolada.

Sí.

Hay otra manera.

Sostengo a Tared del hocico y lo hago mirarme:

—Haz un pacto conmigo.

—¿Cómo?

—¡Aún soy un brujo! —grito—, ¡ofréceme algo a cambio de salvar tu vida!

—Pero ¿qué estás…?

—Es la única manera, ¡por favor, debes confiar en mí!

Tared entrecierra la mirada, como si sufriese un repentino mareo, y mira hacia mi pecho.

—La espada —suelta en un suspiro.

—¿Qué?

—En cuanto podamos sacarla de tu cuerpo, yo portaré la espada por ti. Ésa es… mi

condición.

Un proyectil se clava en la estufa y a mí no me queda tiempo para pensarlo más. Extiendo mi mano humana, y con mi garra descarnada abro un tajo en la palma, para acto seguido llevarla hacia la herida del arpón de Tared.

El devorapieles lanza un quejido cuando mi tacto abre su carne de nuevo. Su sangre y la mía se mezclan. La espada en mi pecho enfurece, incapaz de robar mi poder gracias al pacto que ahora quema entre mi mano y su vientre.

Líneas escarlatas comienzan a trepar por todo mi brazo hasta cubrir mi piel como si fuesen venas expuestas. Resplandecen al rojo vivo y se tuercen, forman círculos, líneas, puntos y curvas. El hombre lobo se estremece al ver que, en tan sólo unos segundos, todo mi cuerpo se cubre de figuras que, definitivamente, no son vevés.

Son símbolos alquímicos.

Abro mis ojos y sé, por la expresión de su rostro, que se han vuelto negros.

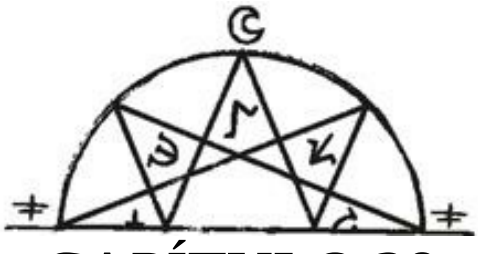
Los machetes por fin derriban la puerta y un hombre nos mira con una sonrisa dentada desde el umbral. Se relame los labios y dice cosas que no puedo entender por el ruido de los motores.

Ladeo la cabeza y susurro a Tared:

—Tenemos un pacto.

---

[*] ¡Aún soy un brujo!



CAPÍTULO 28

UNA PROMESA INTERMINABLE

El cazador da un paso al interior de la cabaña, machete en mano. Los demás cabrones gritan y silban detrás de él, ansiosos porque seamos entregados para comenzar su sangrienta bacanal.

Pero el crujido antinatural de los árboles hace al hombre detenerse de inmediato.

Deja de sonreír y mira hacia atrás mientras aquel crujido se multiplica.

Abrazo a Tared con todas mis fuerzas. El silencio y la confusión se siembran en los tramperos. Y luego también *el terror*.

El sicario se da la media vuelta sólo para lanzar un grito despavorido. Tared comprueba, perplejo, cómo los hombres de Benjamin Lander desvían sus disparos hacia el bosque y sus risas se convierten en alaridos.

No le doy tiempo de ver más. Paso su brazo sobre mis hombros y lo hago levantarse.

—¡Vamos! —exclamo por encima del ruido de afuera—. ¡*Ellos* los distraerán!

Lo arrastro hacia la puerta trasera de la cabaña, la cual abro con el empuje de nuestro peso. Desengancho el arma de Lía y disparo al primer cazador que entra en el rango de vista de mi periferia, el cual cae herido a mi paso. No me quedo a darle el tiro de gracia cuando *algo* sale de las sombras y se encorva sobre él y abre sus múltiples bocas acolmilladas.

El hombre grita y se retuerce de miedo en el suelo mientras el olor de la pólvora rodea la cabaña como una estela pestilente. Los cazadores corren por todas partes huyendo de aquello que acabo de invocar de la oscuridad. Tared, a quien cada vez le cuesta más moverse, mira sobre su hombro. Su respiración se detiene y el arma en su mano resbala al distinguir qué es lo que los ha

enloquecido.

Unas figuras se asoman entre la nieve, iluminadas por los faros de las motocicletas. Grandes y gruesos como troncos, pequeños y escuálidos como niños; llenos de astas torcidas que les brotan por el pecho y el vientre; con piernas dobladas hacia atrás como si fuesen saltamontes; calvos o poblados de cabellos rubios; con caras y manos llenas de ojos verdes que miran por doquier.

Una docena de homúnculos *míos* se mueven por el bosque y emiten ruidos que difícilmente podrían considerarse de este mundo.

—¡Aguanten, cabrones! —escucho a Benjamin Lander gritar, fuerte y claro, como si lo tuviese a mi lado, al ver que sus hombres comienzan a retroceder.

Arrastro a un Tared cada vez más pesado hasta la letrina, donde nos agachamos cuando una bala pasa por encima de nuestras cabezas en dirección a una de mis creaciones. El cartucho traspasa a la criatura, delgada y larga como un poste, y luego perfora el pecho de otro trampero que estaba justo detrás de ella. Mi homúnculo falso sonríe con una cara partida por una sola hilera de muelas y salta sobre el trampero que le ha disparado, mientras que el aire se infecta con el olor metálico de la sangre.

Sé muy bien que en el pecho de mis creaciones no palpitan corazones, sino muñecos hechos de mi sangre, mis fluidos y mis cabellos; la magia de la alquimia que corre por mis venas, inmunda e inmortal.

Tomo de nuevo al lobo sin perder un minuto más. Nos alejamos del infierno que se ha desatado en la cabaña, y avanzamos a ciegas, lo más rápido que nos es posible, bañados por la luz lavanda de la noche.

La nieve me hace tropezar un par de veces. Cada vez me cuesta más mover a Tared y no sólo porque falta poco para que se desplome, sino porque que yo mismo estoy al límite de mis energías.

Déjalo. De todos modos, no le queda mucho tiempo.

No, no, ¡primero muerto!

Mientras nos alejamos, los gritos de pánico mutan en desconcierto, en armas que dejan de disparar a lo estúpido. Gemidos de incredulidad se convierten en rabia al descubrir que los homúnculos no son más que alucinaciones.

Contengo un grito de dolor cuando, uno a uno, los hilos que me unen a mis criaturas empiezan a ser cortados. Los símbolos de alquimia grabados en mi cuerpo comienzan a apagarse.

—¡Benjamin, se escapan!

La luz brillante de los reflectores de una moto nos alumbra las espaldas.

El hechizo ha terminado, demasiado pronto, porque los tramperos nos alcanzan a tan sólo

cien metros de la cabaña.

¡*NO, NO, NO, MIERDA, MIERDA, MIERDA*!

Y entonces, el camino se acaba. El pie de la montaña nos recibe con una pared de roca lisa e imposible de escalar, que se extiende como un muro a izquierda y derecha. Sin salida, sin grietas por dónde deslizarnos.

—No, ¡NO!

Un balazo roza mi cadera y me hace caer en redondo en la nieve, con el hombre lobo aún sobre mis hombros. La pistola que estaba en mi mano sale despedida y el dolor de aquella mordida de plomo se expande por todo mi cuerpo como un fuego desgarrador.

Todo da vueltas. Todo pierde forma. Mis sentidos se vuelven bruma en el aire.

—T-Tared… —gimoteo. Él jadea en el suelo a mi lado, sin poder despegar el pecho de la tierra. Su aliento se vuelve una nube de vaho alrededor de su hocico y las luces de las motocicletas proyectan nuestras sombras contra el muro de piedra.

Una docena de malparidos se arremolina a nuestro alrededor, todos con pistolas, escopetas, ballestas, rifles; una hilera de verdugos forrados con óxido y cuerdas.

Una fila de fusilamiento.

Quiero arrastrarme delante de Tared, protegerlo hasta agotar la última de mis fuerzas, pero ni siquiera puedo ponerme de rodillas. Los tramperos ya ríen, escupen a la nieve y algunos hasta se relamen los dientes de anticipado placer.

—¡Bajen sus armas, cobardes de mierda! —ordena una voz de ultratumba—. Ninguno de ustedes se ha ganado el derecho de disparar esta noche.

Conjurado, el mismísimo diablo se abre paso entre sus demonios. Benjamin Lander avanza hacia nosotros y su gente obedece como perros apaleados. Con calma, se coloca delante de mí y ladea la cabeza, veo sus ojos fijos bajo ese sombrero de ala, lleva algo apretado entre sus dedos, un objeto de metal que no logro distinguir.

Su presencia, sus arrugas, su hedor, la rectitud de su espalda; es la primera vez que tengo al Trampero del Desierto así de cerca, y es como mirar directamente al cañón de una pistola cargada.

Enrosco las manos en la nieve y el viejo mira con curiosidad mi garra huesuda. Se pone de cuclillas, y sólo entonces logro dilucidar qué es lo que lleva en la mano: es una mandíbula de metal, grande y pesada, con colmillos de acero.

Una trampa para osos.

Saca un cuchillo de su cintura y con su punta afilada me levanta la barbilla.

—¿Quién diría que algo tan insignificante llegaría a ser tan peligroso? Pero al fin te tengo en mis manos, maldito monstruo —susurra sin sonreír.

—Lander…

Sus pupilas se contraen al escuchar su nombre apretado entre mis labios.

—¿Qué debería hacer contigo primero? —pregunta a la vez que dibuja una línea escarlata sobre mi cuello—. ¿Cortarte los dedos uno a uno? ¿Amarrarte a un árbol y abrirte las entrañas para que veas cómo un animal te devora pedazo a pedazo?

Ladeo la cabeza con una sonrisa:

—Depende, ¿a cuál de tus hijos quieres que me coma ahora?

Estoy seguro de que escuché sus dientes rechinar. El trampero, sin dejar de mirarme, apunta hacia Tared con su cuchillo:

—¿O prefieres que lo desuelle a él vivo, mientras observa cómo mis hombres te violan uno por uno hasta partirte en dos?

Benjamin Lander no lo ve venir.

Con sus últimas energías, Tared salta delante de mí y le suelta un zarpazo directo a la cara, haciendo que su carne se desprenda de un latigazo. El trampero grita con los dientes apretados y cae contra la nieve, con la suerte de que el devorapieles no le arrancara la cabeza de tajo.

Escucho el percutor de un rifle.

—¡No, TARED!

Una bala acierta en la espalda del hombre lobo. El errante ruge, se agacha en cuatro patas y clava las garras en la nieve para no desplomarse a causa del impacto. El mercenario que le ha disparado corre hacia él y, como un maldito cobarde, lo apalea en la cara con la culata de su arma hasta verlo rendido en coágulos de sangre.

—No, no, ¡alto!

¡Apodérate de mí!, suplico al monstruo de hueso al ver que Benjamin Lander se levanta con la mejilla despedazada. Aquel hombre sólo cesa su brutalidad cuando el viejo se aproxima al lobo, con su mano sosteniendo su cara y sus ojos de acero brillando por la furia.

Pero no se detiene a vengarse. En cambio, el cabrón lo mira con una sonrisa en lo que le queda de boca y hace algo que sabe que le aterrará mucho más que cualquier nuevo flagelo a su cuerpo: lo pasa de largo *para dirigirse hacia mí.*

—No. ¡No! ¡Voy a arrancarte la jodida garganta! —ruge Tared con desesperación.

El monstruo se detiene a mi lado. Presiona un botón de su trampa de oso y un chasquido resuena al abrirse de par en par.

—¡No, ELISSE!

De un latigazo, Lander la cierra contra la herida de mi pierna. Los afilados dientes de aquella cosa penetran en mi carne hasta tocar el hueso, la nieve debajo de mí se vuelve espesa y oscura; siento que me ahogo en mi propio grito de dolor.

¡Maldita sea, poséeme, poséeme, por favor!, imploro una vez más a la bestia dentro de mi cuerpo, pero tan sólo recibo un silencio sepulcral.

Benjamin Lander retrocede y me mira con placer. Sus tramperos lanzan carcajadas y se transforman en demonios contra la luz.

¡Por favor, por favor, te ruego que me hagas tuyo!

Pero ni una sola chispa. Ni el menor atisbo de flama.

Wéndigo, para mi horror, se niega a salir.

No quisiste entregarte.

No, no, no, ¡por favor!

Y ahora lo verás morir.

—Gerald, ven acá —brama Lander, y uno de sus hombres más grandes acude a su lado con un machete en el puño. Benjamin apunta hacia Tared—. Despedaza a este animal.

Un animal.

El hombre que amo reducido a nada más que eso.

El mercenario sonríe y encara al lobo. Levanta el arma sobre su cabeza y su brillo metálico resplandece contra las farolas de las motocicletas hasta cegarme.

Escucho el metal blandirse en el aire. Y cuando la sangre del devorapieles salpica mi rostro, ya no logro gritar. Tan sólo abrir la boca, presenciar cómo mi alma es expulsada de mi cuerpo al ver ese filo hundirse en su cuerpo.

Grito, grito sin voz, acaso sin vida, y me arrastro hacia Tared con la trampa colgando de mi pierna como una piraña. Mi piel se desgarra contra la nieve y la roca, pero el dolor es insignificante.

Las carcajadas de Samedi ensordecen mis oídos. Las luces me ciegan, Benjamin Lander se gira hacia mí y clava el cañón de su pistola en mi nuca.

—Te devolveré el favor que le hiciste a mi hijo —dice con una sonrisa— y habré de comerme tu maldita carne en su honor.

Y luego…

PAM.

Un disparo que no revienta en mi cráneo.

PAM.

Un disparo que conmociona a la multitud alrededor. Y luego, escucho una explosión, tan fuerte que el suelo se cimbra.

Una ola de fuego se alza por el bosque y lo cubre de un violento resplandor anaranjado. La noche se llena de plomo y de gritos, y la pistola de Lander es arrancada de mi nuca cuando una bala lo hace retroceder.

Pero yo no tengo cabeza para otra cosa que no sea el hombre lobo inerte delante de mí, cuyo pelaje plateado se ha empapado del río carmesí que emana de su cuello.

—Tared, no… —alargo mi brazo hacia él, partido de pena al sentir que nuestro vínculo vuelve a sangrar, pero ahora cortado por la distancia entre este mundo y el otro.

No, ése no fue nuestro trato, exclamo para mis adentros. *¡Nuestro trato fue que saldríamos juntos de aquí!*

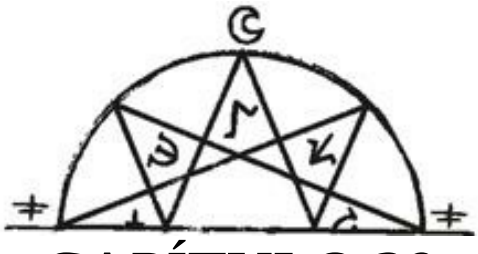
La espada se convierte en un ancla contra el suelo que impide alcanzarlo. Samedi me observa desde arriba, ansioso por arrebatarme la lengua. Las voces de Wéndigo gritan, asegurándome que nunca, jamás podré escapar de las sombras, y que ahora me toca enfrentar este mundo sin Tared.

Le ofrezco mi último trozo de corazón al tocar muy apenas su garra, con la punta de mis dedos humanos. Lo siento tan frío que cierro los ojos y dejo que el mundo se incendie a nuestro alrededor.

Lo siento. Lo siento tanto, Tared. A pesar de todo lo que hice, de todo lo que luché para salvarte, te fallé.

Y tú, en cambio, me protegiste hasta el final.

SEGUNDA FASE
UN MONSTRUO
NUEVO



CAPÍTULO 29

UN PUEBLO EN LLAMAS

Esta vez el brillo prístino de la luz sangra en rojo, transformando mi celda en un vientre escarlata. Las paredes de tierra respiran, palpitan, se inflaman e imitan mi seno de madre acuchillado por el dolor de ver a mi criatura sufrir de semejante manera.

Y por eso, mi deseo más profundo es que mi portal lo muestre de nuevo ante mí, que me permita acariciar con los dedos su perfil al despertar por fin de la pesadilla.

Pero el abismo no escupe más que un sonido delicado, un tarareo muy distinto de su voz rota por la tortura, en señal de que el vórtice necesita mostrarme algo más.

A través de la niebla, la veo *a ella*, caminando colina abajo sobre la infame y vacía Proctor Street. Canta en voz baja una canción antigua, una leyenda de un hombre que se ahoga entre las olas.

La luz amarillenta de las farolas dispersa la noche a su paso, y su cabello blanco ondea debajo de su cintura en curvas que imitan a la luna reflejada en un estanque; una feminidad que lucha contra su hermoso rostro de muchacho. Y a cada paso que da, cada salto, cada pirueta alegre de su vestido, el olor de su magia se desprende de los orificios de su cuerpo como un perfume de almizcle y tierra de sepulcro.

Más adelante, cuando su pálida cara se tiñe de una luz roja, logro encontrar la fuente del resplandor que me ha despertado: el letrero neón de un solitario Walgreens, el cual parpadea en

la esquina de la calle.

La joven llega a la farmacia, pero en vez de dirigirse a la entrada, cruza el estacionamiento y va hacia la pequeña loma a espaldas del edificio. El bosque de árboles flacos la recibe, bordeado por una cerca metálica doblada por el peso de todos los turistas estúpidos que han escalado por ella.

¿Qué escogerá la pequeña *Hela* como mentira para justificar su escapada al pueblo esta noche? ¿Una copa menstrual nueva, un anticonceptivo de emergencia, un tónico que no es más que basura comparado con los venenos que su hermana le pone en la piel?

No importa. La bruja siempre encuentra una excusa para *cruzar la niebla*.

Las otras le han advertido que tenga cuidado, que no se fíe de las criaturas a quienes debe *evocar* para atravesarla, pero ella no puede evitarlo, y no sólo porque le gusta mucho la compañía de los muertos; su cabeza lleva inquieta desde que cruzó su mirada con la de mi creación mientras estaba inducida en sus sueños de obsidiana.

Pronto, la *necromante* localiza la parte del alambrado que está rota y se escabulle por ella sin temor a que la descubran. Viste entera de blanco y conoce como la palma de su mano cada recoveco, cada arbusto y piedra en la que puede ocultarse de las torpes cámaras de seguridad.

Pero al llegar a la cima de la loma se detiene, petrificada. Mira a su alrededor con los ojos negros entornados por la extrañeza. A pesar de que todos los espíritus que habitan el lugar fueron ahorcados sólo al pie de la colina, suele encontrarlos dispersos por todo el diminuto bosque o en las ramas de los árboles para recordar antiguos dolores.

Pero esta vez hay algo diferente.

Los fantasmas que habitan el monumento Proctor’s Ledge son seres tristes y nostálgicos, entes que rara vez ignoran el llamado de la *necromante*, así que ella *siempre* puede sentirlos cerca, rondar por la nieve y hacerla crujir con sus pasos. Pero ahora no puede percibir nada, como si se los hubiese tragado la neblina.

O el infierno.

Mira a su alrededor y sostiene el aliento. Por encima del soplido del viento, de alguno que otro coche que pasa por la avenida y el repiquetear de los letreros luminosos del Walgreens a punto de fundirse… *lo escucha*. A alguien que camina a su derecha, por el arbolado.

Ella se lleva una mano al inquieto pecho, porque no percibe tristeza ni nostalgia, sentimientos comunes en los seres que habitan la colina. Tan sólo percibe una rabia extraordinaria y el deseo inmortal de causar dolor. Mucho dolor.

La luz roja se apaga y mis paredes, súbitamente, dejan de respirar. La tierra cae como una lluvia tenue sobre mi cabeza mientras los muros empiezan a comprimirse alrededor para que yo misma pueda sentir en carne propia lo que la joven está a punto de atestiguar.

—Por la Grieta… —dice a la par que echa a correr hacia los árboles para alcanzar a aquella

alma violenta. El tacón de aguja de sus botas se entierra profundo en la nieve, pero cruza sin problema toda la loma como un cervatillo.

Sabe que está traspasando una propiedad privada y que tampoco sería su primera advertencia, pero eso no le preocupa en absoluto. Lo único que quiere es alcanzar esa sombra, esa silueta torcida y grotesca que empieza a desprender el aroma de la sangre.

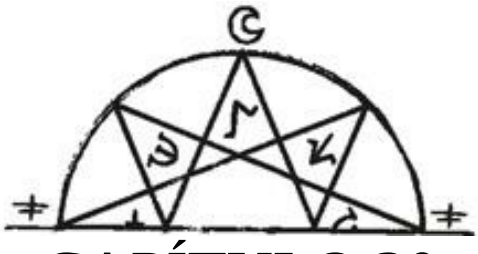
—¡Espera, por favor! —grita, cuando por fin logra alcanzar al espíritu, el cual ha bajado hasta una media luna de piedra fabricada al pie de la colina; un monumento histórico, fúnebre, que mantiene a los muertos arraigados a la tierra.

Él, quien antes cojeaba, se detiene, y la bruja arruga la nariz al darse cuenta de su extrañeza. En vez de hablar, el ente gorgotea y su olor se vuelve más pestilente.

Por unos instantes, la mujer piensa que la silueta de ese *hombre* está distorsionada por la neblina, pero no es así. Y cuando él se da la media vuelta para encararla y mostrarle sus huesos rotos y su carne *aplastada*, ella se cubre la boca para no gritar de terror.

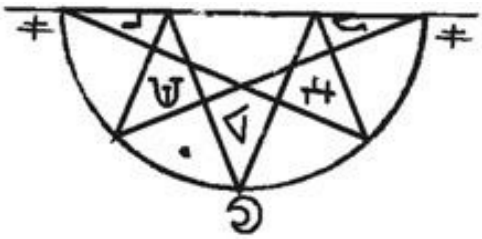
Porque Hela sabe quién es ese hombre.

Y también sabe que, pronto, el pueblo de Salem habrá de cubrirse en llamas.



CAPÍTULO 30

PÉRDIDA



—¡Devuélvanmelo!

La fogata estalla como si hubiese escuchado mi grito. Y cuando sus llamas abrasan todo el bosque de luz, las dos brujas detrás de la hoguera giran sus cabezas hacia mí.

—Devuélvanmelo, por favor —insisto, las lágrimas de hambre se mezclan con las de mi pena —, devuélvanmelo y tendrán todo lo que quieran de mí.

La mujer de cabello blanco baja el espejo y me deja ver por fin sus dilatados ojos negros. Vieja, marchita hasta la podredumbre como la otra anciana, ella también se ha embadurnado del ungüento obsceno hecho con aquel bebé, del que no queda más que una plasta sanguinolenta sobre una piedra en el suelo.

Pero ni siquiera mi demencial deseo de devorarlas a ellas y a su magia muerta puede sobreponerse a mi profunda desolación. Porque aún en este lugar oscuro, en esta pesadilla terrible, soy consciente de que él se ha ido.

Tared ha muerto. Tared está muerto porque no fui capaz de protegerlo.

—Ven, cachorrito —dice una de las brujas—. Ven y ofrécete a ella.

—A ella, ¡a ella! —secunda la otra y ambas lanzan carcajadas al cielo sin luna.

Miro a sus espaldas, hacia donde la luz de las llamas no alcanza la penumbra del bosque. Allí, descubro que una tercera criatura me observa detrás de la hoguera.

No pude distinguirla al principio; de grandes dimensiones y con ojos que arden como el carbón, su pelaje es tan negro que parecía una sombra proyectada contra los árboles. Pero ahora, las llamas se enardecen con el sólo propósito de revelarla.

Ella*, con una magia tan incipiente que me dobla de hambre, tiene una prominente cabeza de cabra, y está sentada en el suelo con las pezuñas cruzadas. Sus dos largos cuernos apuntan hacia el cielo, mientras que cientos de velas a medio derretir recorren sus brazos, sus piernas, su espalda. Poco a poco, los pabilos se encienden y gotean sobre el pelaje apelmazado.*

Frescos restos humanos descansan como un trono debajo de ella, puestos como una ofrenda que ha sido devorada por fauces que expelen humo y ceniza. En medio de sus senos de piel lampiña y grisácea yace el símbolo grabado a carne viva de las otras dos brujas, mientras que, en la entrepierna, su pene se alza erecto y grueso como un mástil.

Al mirarme, aquella terrible Hembra Cabría levanta su largo dedo torcido y apunta hacia mi corazón.

—Tu voluntad*, Bestia Revestida de Luna —dice, y su voz suena como la de una mujer dentro de un pozo.*

Un tirón en mis entrañas tira de mí en dirección contraria, me incita a huir, pero aquella advertencia no es, ni de cerca, tan fuerte como el deseo de regresar a Tared al plano de la vida.

Aunque sea una mentira.

Aunque sea sólo una ilusión. Una máscara más de su Marionetista.

Una de las ancianas profiere gemidos obscenos, se tira al suelo y comienza a arrastrarse hacia el monstruo. Se relame los labios y se sienta sobre su regazo para penetrarse a sí misma con aquel miembro exagerado. Lanza un grito de dolor, pero continúa con la terrorífica tarea con una sonrisa, hasta meter por completo el falo dentro de su cuerpo una y otra vez en un vaivén que me revuelve las entrañas. Luego, ella se retira del ente para que la otra bruja ocupe su lugar, dejando aquel pene cubierto de sangre.

Gritos intercalados de agonía y euforia inundan la noche, y aquella imagen es tan espeluznante que despierta en mí un miedo tan profundo e instintivo que ahora mismo debería estar retrocediendo.

En cambio, empiezo a avanzar hacia la hoguera.

—Devuélvanmelo, por favor —imploro una vez más.

La criatura con cabeza de cabra arroja algo por encima de las llamas, algo que aterriza a mis pies. Es un libro grande y pesado, tan antiguo que debería haberse deshojado con la caída. Sin embargo, se ha abierto de par en par, y en sus pliegos amarillentos hay garabateadas montones de firmas rojas, nombres antiguos que nunca había escuchado en mi vida.

Y entre tanta tinta, un solo hueco libre se vislumbra al pie de la página.

Cuando entiendo qué es lo que quiere la criatura de mí, levanto la mirada hacia ella. La bestia despliega un par de gigantescas alas en su espalda, rematadas con plumas negras como su pelaje, bordeadas también por numerosas velas. Las dos brujas a sus flancos golpean el suelo con un pie y comienzan a flotar en espirales, danzan en el aire, se retuercen y gritan extasiadas

con la entrepierna ensangrentada.

—Tu voluntad, *Bestia Revestida de Luna —insiste, y su aliento no es otro que el olor de la carne quemada.*

Tomo el libro y escucho gritos de dolor provenientes de cada uno de los nombres escritos. La cubierta de cuero negro quema como madera caliente en las palmas de mis manos, pero yo sólo pienso que, en estos momentos, haría arder el mundo por él.

Levanto mi mano de hueso para pinchar mi índice humano, pero ladeo la cabeza, desconcertado al ver que mi garra no está. Tan sólo hay dedos humanos*, llenos de carne.*

Escucho a Wéndigo rugir a lo lejos, llamándome desde las profundidades del bosque.

Y entonces… todo empieza a temblar.

Las tres criaturas frente a mí miran hacia arriba cuando un resplandor rompe sobre nuestras cabezas y abre una grieta en el cielo nocturno. El libro negro se hace cenizas en mis manos, las brujas chillan y sus pieles comienzan a quemarse en hondas fumarolas al ser alcanzadas por aquel brillo.

Como si me lo hubiesen estampado en la cara, aspiro de pronto el aroma de miles de flores.

—¡NO, NO, DEVUÉLVANMELO!

Es inútil. De pronto, mi voz es ensordecida por el terrible toque de una trompeta.

Mi despertar es tan violento como un martillazo en la sien. Y, aplastado contra una superficie blanda, me sacudo, me convulsiono, me revuelco entre mis propias extremidades, ahogado con un grito que no puedo dejar salir.

¡Levántate!

Y quiero hacerlo, ¡maldito sea si no! Pero el peso colérico de la espada me oprime contra el suelo. Me arden tanto los ojos que no distingo más que borrones crueles que llenan mi cabeza de fantasmas de luz y ceniza. Las voces del monstruo de hueso braman tan fuerte que siento que me reventarán los oídos por dentro.

Tared, *asesinado.* Mi mano alcanzando la suya sólo para descubrirlo más frío que el hielo.

Tared, Tared, Tared.

Los dioses lo saben. *Nunca debí despertar.*

—¡No! —despego la espalda del suelo, liberando por fin mi grito.

Me levanto de un salto a la par que busco desesperadamente un libro. Una Hembra Cabría. Una tríada de brujas.

Mis pies se enredan en una tela que casi me hace tropezar, pero en cuanto vislumbro el alba y

un bosque que se asoma a través de un ventanal, no me detengo a observar, a entender el sitio en el que estoy ni el lugar donde me encuentro.

Tan sólo pienso en un pacto que no pude concretar en mis pesadillas.

El pacto, ¡sí, el pacto! ¡Aún estoy a tiempo de cerrarlo!

¿PARA QUÉ? ÉL ESTÁ MUERTO.

—¡BASTA! —rujo a todo pulmón.

Cruzo esta habitación que no deja de dar vueltas. Alcanzo la perilla de la puerta y me dejo caer contra ella como un costal.

¡ESTÁ MUERTO!

Me llevo una mano a la pierna. Mi herida late, aunque no siento el clamor tibio de la sangre brotar. Está completamente cerrada, pero me duele como si el círculo de dientes metálicos aún fracturase el hueso.

La cabeza me palpita, Wéndigo se agita en mi consciencia y lo fragmenta todo como una migraña, furioso por haberle arrebatado el control de mi corazón.

Me sujeto con todas mis fuerzas al pomo y lo giro. Afuera, me encuentro con un pasillo que cruzo con los pies descalzos hasta llegar a una escalera.

Escucho que alguien grita mi nombre, pero el llamado se difumina en el fondo de mi cabeza.

Bajo desaforado hasta alcanzar la puerta en la que desemboca, como si quisiera tirarme de bruces contra los escalones. Distingo alrededor una cocina de paredes amarillas y el bosque detrás de una ventana sobre el fregador.

Las náuseas se aglomeran en mi estómago, ¡¿por qué carajos sigo vivo?!

¡Porque tú lo mataste!

Mi hombro cimbra cuando lo azoto contra la puerta de aquella cocina. Un porche de madera me recibe y, más allá, a cincuenta metros, el predio nevado que tan desesperado estoy por alcanzar.

Salto hacia la nieve y me hundo en ella hasta los tobillos; el frío me desgarra en el acto y arrojo vaho por la boca como si algo dentro de mí se incendiara. Echo a correr hacia la foresta para encontrarlo, para salvarlo.

Está muerto.

Tared ha muerto.

Y aun así…

“… soy la manifestación de tus deseos más profundos.”

Voy a traerlo de vuelta.

Iré al barranco, al arroyo, a la cabaña, e invocaré a esa asquerosa Marionetista. La obligaré a que extienda uno de sus brazos y me lo devuelva, aunque sea todo un engaño, una mentira.

Y después, que mi Mara me parta en pedazos si así debe ser.

Pero en cambio, caigo de rodillas a un paso del bosque, derrotado por el peso de la espada. Levanto la cabeza y la luna nueva de la madrugada me mira con ternura desde el cielo, sobre las montañas. Tan azul, tan ajena a la guerra dentro de mi cabeza.

Ella sabe que no vale la pena. Y no porque no pudiera firmar ese libro con mi nombre, con mi puño y con mi letra, sino porque, aun si pudiese resucitar a mi Tared de entre los muertos, jamás tendría el corazón para encerrar su alma en un cuerpo sin vida. En un muñeco terrible.

Dije que haría el mundo arder con tal de tenerlo de vuelta, pero, ¿qué mundo, si éste ya está vuelto cenizas?

—*Tared…* —musito, desbordado por la tristeza. Meto las manos en la nieve para estrujarla y descubro mi mano aún de hueso. Bajo la cabeza y dejo que las lágrimas se congelen sobre mis mejillas. Duele tanto que quiero morir. Tanto que no quiero levantarme de allí nunca…

De pronto, algo se lleva mi aliento. Algo que forcejea en mi pecho, que crece como una enredadera y lo rodea, lo estruja y tira de él con fuerza.

Pero no es la garra de Wéndigo.

La nieve cruje y yo levanto la cabeza para ver cómo una silueta aparece entre la niebla y los árboles. *Él* surge del lindero y me mira como si despertase de su propio sueño.

Sus vivos ojos azules. Su cabello rubio, su piel contra el invierno; el hombre lobo me llama con un grito, mi nombre escrito en sus labios y no en la tinta escarlata de un libro negro.

¿Es… es real? ¿O es una mentira de aquellas brujas que por fin escucharon mis plegarias?

No alcanzo a ponerme de pie cuando Tared ya me ha rodeado con sus brazos. Me eleva, me arranca de la nieve para sostenerme como si estuviese a punto de caer de un precipicio.

Y cuando abrazo su cuello, descubro con asombro que no hay ningún brazo en su nuca que lo sostenga, extremidades que se oculten en la nieve o una Marionetista que lo manipule entre los árboles.

—¡Dios mío, Elisse! —exclama, sus palabras atrapadas en el hueco entre mi hombro y mi clavícula. Me cuesta empujar las mías fuera de la garganta, azorado por la manera en la que me estruja entero.

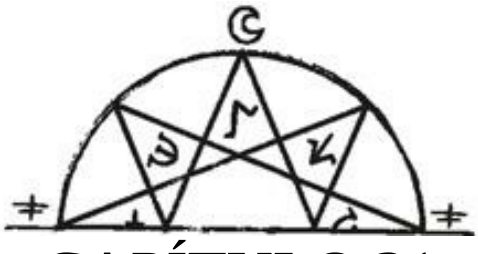
Siento su cuerpo caliente y el palpitar de todas y cada una de sus venas.

—¡Eres…!

Es real. Pero, ¿cómo, si yo sentí el último palpitar de su corazón? ¿Cómo, si yo lo vi morir?

Él despega su rostro de mi cuello para que pueda mirarlo, para convencernos a ambos de que no estamos viendo una ilusión.

—Lo logramos, Elisse —dice con una sonrisa, opacando las terribles voces con el latido enloquecido de su corazón—. Llegamos. *Esto es Minnesota.*



CAPÍTULO 31

CÍRCULO DE PROTECCIÓN

Tared me deja en el suelo sólo lo suficiente para quitarse la parka de invierno que lleva puesta. Me la pone sobre los hombros y me levanta en brazos de nuevo para llevarme de vuelta al sitio del que salí corriendo como un desquiciado.

Es una casa en medio de un claro de pinos verdes, coronando una pequeña loma escondida en el frondoso bosque. Es de dos pisos y techo a dos aguas, con acabados en piedra y madera rústica. La larga chimenea arroja un humo blanco y espeso contra el amanecer aún salpicado de estrellas, y varias montañas azules se alzan en el fondo con la luna acunada sobre los picos angulosos.

El lugar es tan hermoso que me parece un sueño imposible. Uno que se vuelve más lúcido a medida que percibo las formas, las sensaciones, la realidad.

Las preguntas en mi cabeza no paran de multiplicarse, pero ya no siento miedo ni desesperación al percibir que el vínculo palpita entre nosotros, vivo y fuerte como las arterias de un toro.

Con la cabeza recargada en su hombro, aspiro el reconfortante aroma de Tared. Veo que aún lleva la barba y el cabello largos, las ojeras acentuadas por lo que parecen haber sido muchas noches de insomnio.

Y en su espalda, porta un rifle sujeto a una correa.

—Tared, ¿qué fue lo que ocurrió? —pregunto a la vez que me seco las lágrimas.

—Te lo explicaré en cuanto te quitemos esa ropa mojada —dice, mirándome como si quisiera limpiarlas él mismo—, ¿a qué clase de loco se le ocurre salir corriendo en pijama con este frío?

Allí, me percato de que si estoy temblando tanto es porque sólo llevo puesto un pantalón de felpa y una camiseta. Me hago un ovillo dentro del abrigo, y me pregunto de qué diablos está hecho este hombre que ni el hierro de los tramperos ni el peso del plano medio ha sido capaz de matarlo. ¿Acaso lo habré imaginado todo? ¿Verlo morir frente a mí fue sólo el delirio de aquel momento terrible?

Llegamos al porche y cruzamos la puerta que dejé abierta de par en par. Me encuentro de nuevo con aquella cocina de cálidas paredes amarillas, con una mesa redonda en medio, con bolsas de plástico y recipientes desechables.

Contigua a la estancia hay una sala de paredes pintadas de un color gris azulado, con la puerta principal de la casa al fondo. Sólo hay dos muebles en todo el espacio, una mesita de centro y un sillón largo frente a la chimenea, cuyo calor parece ser suficiente para caldear las dos estancias.

Parqué de madera clara, revestimientos de piedra natural y cornisas de yeso blanco, amplios ventanales que dejan ver el bosque que rodea la construcción; una casa sobria y elegante, pero vacía y empolvada, señal de que lleva mucho tiempo abandonada.

No me cabe ninguna duda. Éste es el hogar de Tared.

El lobo me baja con cuidado, y en cuanto pongo los pies sobre las baldosas de la cocina, siento un dolor extraño pinchar en mi esternón.

—Tared, ¿qué…?

—¡Elisse!

Escuchar aquella voz me corta la respiración. Tenso, como si me hubiese mordido una serpiente, miro hacia las escaleras.

Johanna está parada en uno de los peldaños, con una mano sobre los labios y la otra aferrada al barandal; sus ojos grises casi desorbitados, como si presenciase una aparición.

No…...

Una puerta en el extremo opuesto de la cocina se abre de golpe. Julien y Nashua entran precipitadamente a la casa, alarmados por el grito de la errante. Y, al verme, dejan caer algo pesado a sus espaldas, un cuerpo con astas que se hunde de sopetón en la nieve de afuera.

—Dios mío, Elisse, ¡por fin has despertado! —exclama el pelirrojo, y tanto él como la perpetuasangre corren hacia mí.

¡No!

—¡No! —grito también a todo pulmón, retrayéndome hacia el pecho de Tared. Julien y Johanna se detienen a media cocina, conmocionados ante mi reacción. Ésta vez, las voces de Wéndigo no gritan ni se retuercen, como si mi nuevo vínculo con Tared las hubiese vuelto apenas un hormigueo bajo la piel o la resaca de una migraña tras la nuca.

Pero es otra cosa la que me pone alerta. Un veneno que bombea desde mi propio corazón y

que afina tanto mis sentidos que poco me falta para comenzar a gruñir…

Y es que no he podido evitarlo.

Al igual que me sucedió con el lobo, para mí es como si ahora estuviese frente a unos completos desconocidos, y tengo un miedo irracional de sólo pensar que, si los dejo acercarse, reviviré una vez más el trauma y el dolor de nuestro vínculo roto. ¿Es que ellos no lo perciben también? ¿Esa agonía? ¿Esa maldita distancia? ¿Cómo carajos pretenden que actúe como si nada hubiese pasado, que los estreche de nuevo entre mis brazos cuando no puedo hacer otra cosa que recordar cómo, una y otra vez, ellos *me rechazaron* cuando más los necesitaba?

Ah, pero qué bestia más rencorosa has resultado ser, murmura Wéndigo muy, muy por lo bajo, su voz ahora no más que un susurro molesto.

Ante la forma instintiva en la que Tared cierne sus brazos a mi alrededor, los dos errantes deciden retroceder.

Por su parte, Nashua está impasible, con lo que parece ser un cadáver de ciervo a sus pies, tan apartado y ausente que resulta igual de agobiante que la euforia del resto.

—Me alegra mucho ver que por fin te has levantado, Elisse. Empezaba a preocuparme —la voz de la perpetuasangre parece genuinamente conmovida, pero no me muevo un centímetro.

—Todo está bien, flaquito. Ahora estás a salvo —insiste el bisonte a la par que levanta ambas manos—. Ya no tienes por qué tener miedo.

—Yo también tendría miedo si lo primero que hiciera después de despertar fuese ver la horrenda cara de Miller.

Aquel comentario mordaz me hace mirar hacia el segundo piso de la casa, al pequeño balcón al lado de las escaleras. Doy un respingo al ver a Hoffman bajar, cubierto por un saco negro de invierno. Llega a la cocina y lanza una mirada fría al hombre que me sostiene entre sus brazos.

Para mi sorpresa, el tirón desesperado en mis tobillos empieza a ceder con su presencia.

—Joder. Estás hecho un desastre —dice, no para dividir la cocina en un campo de batalla, sino para cortar la tensión.

—Supongo que tenemos mucho de qué hablar, ¿verdad? —añade Tared cuando entiende que ya me he tranquilizado un poco. Se separa de mí con cuidado y pone su mano en mi espalda para llevarme hacia la sala, seguidos de cerca por Comus Bayou.

Una punzada en la sien me hunde contra el sillón frente a la chimenea; mis sentidos siguen algo atontados y el monstruo de hueso no para de musitar lo apetitosos que le parecen los ancestros de aquellos que, con cuidado, empiezan a dispersarse por la habitación.

Para mi paz mental, el lobo me mantiene bien cerca de él, lo que ayuda a apaciguar la sensación. Por su parte, Julien y Johanna se quedan de pie junto al fuego, mientras que Nashua decide conservar su distancia, apoyado contra uno de los amplios ventanales de la casa.

Al observarlos, descubro mucho desgaste en ellos. Cabellos y barbas más largos y desaliñados, kilos más o kilos menos, ojeras y arrugas nuevas a causa del estrés…

Los devorapieles han dejado sus armas en la cocina y al ciervo que cazaron afuera, en la nieve, pero el olor a sangre y pólvora aún persiste en sus ropas, como si se hubiesen traído una parte de la esencia de los tramperos con ellos.

Tramperos. *Benjamin Lander*.

—¿Qué fue lo pasó? —decido preguntar cuando el silencio se vuelve insoportable.

Johanna retuerce los dedos con nerviosismo.

—Llegamos al ataque a la cabaña demasiado tarde —titubea—, no teníamos idea de que ustedes estaban en Montana hasta que…

—No. ¿Qué pasó en *Stonefall*? —preciso.

La pregunta sale con tanto resentimiento como si la hubiese pronunciado el mismísimo monstruo de hueso. El silencio en la estancia se recrudece, la culpa revolotea como una polilla y, por unos segundos, parece ser que nadie tiene las agallas de sostenerme la mirada.

Hoffman, quien se había detenido a fumar su cigarro en la cocina, lo tira en el lavabo y se acerca para sentarse frente a mí en la mesita de centro, traspasando sin chistar la respetuosa distancia que impusieron los demás.

—Cuando los Lander llegaron a la casa Blake, tuvimos que huir. *Todos* —dice a la par que busca su cajetilla en el abrigo, una sustitución interesante de su estereotipada gabardina—. Quise ir detrás de ti, pero me fue imposible; volaban disparos por todas partes y cuando logré volver al coche, no pude hacerlo subir por el camino por donde te habías ido.

Es extraño. No ha mencionado mi transformación en Wéndigo… o el canibalismo, como si aquellas circunstancias no le importasen lo más mínimo.

—Lo único que pude hacer fue rescatar a Johanna en la carretera —añade—, pero los demás…

Te abandonaron.

El silencio se alarga como si todos hubiesen escuchado al monstruo dentro de mí.

—Después, vimos las luces de las patrullas acercarse a la casa —continúa la texana—. Había disparos, gritos, motores y sierras por doquier; eran demasiados tramperos y todos ellos fueron por ti en cuanto Benjamin Lander supo que habías huido hacia la montaña. Fue entonces cuando nos dispersamos.

Dejándote a tu suerte…...

Otra vez el silencio. La incomodidad. Esa polilla que revolotea peligrosamente cubriendo la luz.

—Pero, ¿sabes una cosa, Elisse? No importa que hubiera más de treinta cazadores

persiguiéndote, hubo alguien que fue por ti, sin dudarlo.

Julien apunta a Tared con la mirada, quien se mantiene ocupado observando sus manos entrelazadas en el regazo.

Dioses, todo este tiempo creí que nos habíamos topado en el bosque por casualidad, ¡Tared nunca me dijo que había ido *por mí*!

—No debiste hacer eso —musito, conmovido—. Debiste huir y ponerte a salvo como los demás.

—Jamás te habría abandonado —replica, casi ofendido—. Y lo sabes.

Sí. Ahora lo sé.

La tensión y el silencio que Tared y yo imponemos al mirarnos es desgarrada sólo por la voz del detective.

—Esa noche tampoco logramos dar con Irina —dice en un susurro, algo poco usual en él.

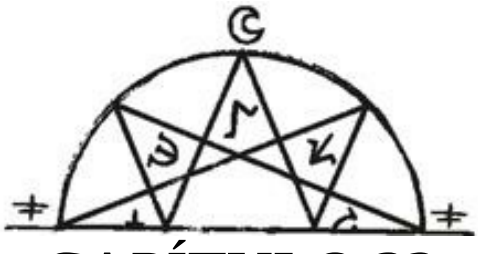
—¿Qué? ¡¿No han sabido nada de ella desde entonces?!

—Tranquilo, Elisse —responde Julien levantando las palmas de las manos hacia mí—. Estuvimos escondidos en las colinas de Stonefall un par de días y no supimos nada más hasta que logramos volver a Red Buffalo. Allí…

—Me encontraron. Porque volví para buscar el cuerpo de mi esposo.

Como un rayo, la voz de Irina me atenaza el cuerpo de arriba abajo. Me pongo en pie con un movimiento, mudo de la impresión, no sólo de ver a la errante puma entrar por la puerta principal de la casa, sino al descubrir quién la acompaña detrás.

—¡Lía!



CAPÍTULO 32

RECUENTO DE LOS DAÑOS

De haber sido cualquier otro momento, habría corrido hacia Irina, sin dudarlo. Le habría echado los brazos al cuello para estrecharla y hacerle saber lo inmensamente feliz que me sentía de saber que pudo sobrevivir a la masacre de Stonefall.

Pero me basta con mirarla una sola vez para permanecer, inmóvil, en mi lugar.

Ella cruza la sala con los hombros salpicados de nieve, y se deja caer sobre la mesita de centro, justo al lado de Hoffman. Descuelga el rifle que lleva en la espalda y recarga los brazos en los muslos, con aquellos ojos azules mucho más oscuros a como los recuerdo, mientras que su expresión, la cual siempre fue dulce, eternamente gentil, no muestra ira ni dolor. Tan sólo un solemne vacío, como si se hubiese sentado frente a mí un cadáver.

Debbie y Lía entran detrás y ésta última se acerca para abrazarme.

—Estoy muy feliz de ver que has despertado, cariño —dice a la par que me empuja con suavidad para que me siente de nuevo en el sillón.

Mira bien lo que has hecho…...

Regreso mi atención a la errante puma. Su presencia pesa como un yunque, tanto así que agradezco mucho que tenga la mirada en el suelo en vez de puesta sobre mí, porque, ¿con qué cara te enfrentas a alguien que de la noche a la mañana ha perdido a *toda* su familia?

La densidad del aire se vuelve asfixiante. El simple respirar parece más una provocación…

—Aquella noche quise ir tras los tramperos, pero no pude hacerlo —dice ella de pronto, y su voz parece haber envejecido diez años—. Me dispararon tantas veces que no pude capturar a ninguno para descubrir lo que había pasado con mis hijos. Por eso tuve que rendirme y

esconderme, volver después al rancho a buscar a Chenoa.

Intento ver más allá de sus ojos vacíos, de su postura rígida y la indiferencia de su voz, pero no logro encontrar furia, desesperación o tristeza. No siento *nada*. Ni una pizca de vida, más allá del subir y bajar de su pecho, como si ella hubiese muerto también ese día, al lado de su esposo.

—Eso fue lo más jodido —continúa Hoffman, apartando un segundo el cigarro de sus labios —. Los malditos habían llegado primero al rancho. Mucho antes que nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que después de la batalla, algunos de ellos volvieron a Red Buffalo para *limpiar*, mientras nosotros estábamos ocultos en la montaña —responde Johanna en su lugar—. Las paredes, el establo, la casona; todo estaba impecable, como si nunca hubiesen estado allí.

—Incluso se habían llevado a Fernanda y a Sammuel, y de no ser porque los quemamos, de seguro se habrían llevado también a Calen y a Alannah. Hasta parecía un trabajo hecho por errantes… —dice Julien.

—Lo único que no tomaron fue a mi marido —continúa Irina, su voz afilada como el bajar de un machete—. Lo dejaron pudrirse en la entrada del rancho. Estaba cubierto de cal, como un perro… porque sabían que yo iba a regresar por él. *Sabían cuánto dolor iba a sufrir al verlo así.*

El silencio después de sus palabras es tan frío que me siento de nuevo en la cañada, bajo el río congelado, y más cuando la devorapieles acaricia su arma de arriba abajo como único reflejo de sus emociones.

Sus hijos, devorados.

No…

Su esposo, acribillado.

¡No!

Y todo por tu culpa.

Al sentirme temblar, Tared desliza su brazo con discreción por mi espalda, cosa que ayuda a que no se me salgan los sollozos, algo que estoy seguro de que Irina no necesita en estos momentos.

—Después de la batalla, nos costó mucho volver a encontrar a los tramperos —dice Julien—. Ocultaron sus registros y sus huellas mediante los contactos que tenían en la policía gracias a Malcolm Dallas. Y también se las arreglaron para hacer desparecer *nuestro rastro*.

—Tu registro en el motel y hasta las denuncias de tu búsqueda —añade Hoffman—. Todo lo sacaron del sistema, como si no quisieran que nuestra existencia saliera a la luz. Lo único que no lograron ocultar a tiempo fueron los asesinatos de Jocelyn Blake.

—Aun así, no íbamos a quedarnos de brazos cruzados, ni mucho menos a aceptar que ustedes dos estaban muertos —dice Johanna a la par que crispa los puños—, por eso hicimos hasta lo

imposible por dar con una pista de los Lander. Y sólo lo logramos apelando al mercado negro, donde Red Buffalo solía comerciar.

”Pero tampoco debíamos acercarnos demasiado. Tenían los cuadernos de Sam, los cuerpos y a los niños, sin mencionar que también podían haberlos capturado a ustedes. Era estúpido arriesgarnos a que se dieran cuenta de que los íbamos siguiendo. Así que, después de varios meses, por fin nos enteramos de dónde tenían su campamento.

—Texas —susurra Irina—. Los Lander son nómadas, así que suelen moverse constantemente en caravanas de un lado a otro por el centro y este del país, pero ésta vez, se habían detenido un tiempo en El Paso. Por un momento pensamos que huirían a Ciudad Juárez, no dudábamos que estuviesen amañados también con los cárteles de la frontera, pero de un día para otro, cambiaron de ruta y se marcharon. Así, sin más.

—Pero eso no fue todo —dice el detective—. Si nos pareció muy extraño que regresaran sus pasos al oeste fue aún más raro que dejaran gente atrás: casi cuatro remolques con mujeres y niños. Creímos que volverían a Utah, pero cuando rastreamos su ruta y vimos que cruzaban en línea recta como locos desde Nuevo México hasta Washington supimos que en realidad estaban *buscando algo.*

No hace falta hacer muchos cálculos. Es evidente que fue cuando Tared y yo salimos del plano medio y se activó el rastreador en mi brazo.

—Allí nos topamos con Lía, quien nos dijo que se dirigían a Minnesota. Y sólo pudimos alcanzarlos hasta que…

—Hasta que los tramperos se detuvieron para acorralarnos a Tared y a mí en las montañas —confirmo en voz baja.

—Eran muchísimos hombres, no sabíamos si íbamos a poder con ellos —continúa Julien—. Pero, por suerte, teníamos al Atrapasueños de Lía de nuestro lado, ¡y hasta uno de sus hermanos resultó ser experto en bombas caseras!

Levanto la cabeza hacia la humana.

—¿Trajeron a su familia para ayudarnos? —pregunto, sorprendido.

—Por supuesto —contesta Debbie en su lugar—. No podíamos permitir que esos malnacidos se salieran con la suya.

La escena en la cañada comienza a tener sentido. Las explosiones, las balas, el repentino caos en medio del terror calculado de los Lander; siento como si veinte kilos de peso descendieran de mis hombros al ordenar, por fin, la escena en mi cabeza.

Lía me sonríe bajo el brazo musculado de su esposa, tan protectora como el propio lobo a mi lado. De pronto, me dan ganas de erigirles un maldito monumento.

—Sin embargo, Benjamin Lander y la mayoría de su gente se las arreglaron para escapar —musita Johanna con los labios apretados.

Lander. ¡El maldito bastardo sigue vivo!

—Si es así, tenemos qué movilizarnos *ya* —sentencio—. Es cuestión de tiempo para que ese desgraciado vuelva a encontrarnos.

Tared se yergue sobre el asiento.

—Olvídalo —replica—. Acabas de despertar y no tenemos idea de las secuelas que estés por sufrir tras la pelea. No pienso ponerte en riesgo ahora.

—Benjamin no se quedará de brazos cruzados, y mucho menos después de que le arrancaras la mitad de la cara. Ahora es incluso más personal, Tared, y te aseguro que va a buscar la forma más jodida de vengarse *de ti*.

—Y no sabes con qué ganas le voy a arrancar la otra mitad de su horrible rostro cuando lo enfrente de nuevo.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—*No pienso olvidar lo que te hizo, Elisse,* ¡sólo estoy esperando el maldito momento para…!

—¡DEJA YA DE DECIR ESTUPIDECES!

El grito de Johanna nos cierra la boca a los dos.

—Johanna…

—No, Tared, ¡NO ME VOY A CALLAR! —grita ella tres veces más alto—, hicieron falta dos días enteros de cirugía para salvarte gracias a esa tontería de transformarte con el arpón dentro, ¡fue un milagro que no murieras al instante!, ¿cómo diablos puedes hablar de pelear otra vez con Benjamin Lander cuando casi te rebanan el cuello esa noche? ¡DEJA DE SER TAN IDIOTA!

El vértigo se abre paso cuando miro al lobo, de arriba abajo, y encuentro una cicatriz blanca y gruesa asomándose por un costado de su clavícula.

Entonces no fue una ilusión o un momento de delirio. El machete *sí lo alcanzó.*

La errante coyote rompe a llorar a todo pulmón, como si se hubiese contenido hasta ahora. Y cuando se lleva las manos a la cara, puedo notar los vendajes alrededor de sus muñecas, seguramente producto de las transfusiones de sangre que necesitó hacernos a Tared y a mí para salvarnos.

Julien se acerca a ella para intentar consolarla, pero puedo notar que el desasosiego también se ha apoderado de él. La escena me conmociona y a la vez me recuerda que no soy el único que habría sufrido terriblemente si Tared hubiese llegado a morir.

Ah, eres tan, tan egoísta…...

Miro de nuevo a Hoffman, a Irina, a un Nashua que hasta ahora no me ha dirigido siquiera la mirada. Contemplo sus heridas y todo lo que han perdido a lo largo de este viaje, y casi quiero echarme a reír de sólo pensar en que, por unos momentos, creí que tenía derecho a pedirles

cuentas cuando ellos tienen razones de sobra para alejarse de mí.

Supongo que mi vínculo con Comus Bayou se había roto desde hacía tanto tiempo que me había acostumbrado a ese dolor.

—Lo siento —sollozo, humillado por mi propia oscuridad.

Tú provocaste todo esto.

—Lo siento. Lo siento tanto —repito—. Lo de Nueva Orleans. Lo de Utah. Lo de Wéndigo. *Todo ha sido culpa mía.*

Y no mereces su perdón.

Cierro los ojos y me llevo las manos a la cara. Tared me rodea los hombros, me abraza con cuidado para ayudarme a resistir el peso del remordimiento, pero ya es demasiado tarde.

Siento la cicatriz abrirse de nuevo en canal.

—Elisse —llama la perpetuasangre en voz baja—, Hoffman, él… nos contó acerca del pacto que hiciste con Barón Samedi. Y por qué le perdonaste la vida.

Desconcertado, llevo la mirada hacia el detective.

—¿Por qué? —pregunto, sin comprender. Él me observa unos segundos, envuelto en los brazos del lobo, y baja la mirada hacia la mesa para apagar su cigarro en ella.

—Porque no iba a dejar que siguieran dudando de quién eres en realidad.

Me quedo sin aliento al escuchar aquello.

—Lo sentimos mucho, Elisse —dice Johanna, hipando—. Siempre te has sentido culpable por la distancia que pusiste entre Comus Bayou y tú, pero la verdad es que fuimos nosotros quienes deshonramos nuestro vínculo al darte la espalda en ese pantano. Perdónanos. ¡Perdónanos por nunca haberlo reconocido!

La conmoción me golpea y, de pronto, la culpa de todos se convierte en una ola que inunda la habitación. Percibo las manos de Nashua tensarse sobre sus antebrazos, como si no pudiese dejar salir las palabras, la mirada de mis hermanos suplicando una oportunidad.

Si los dejas entrar, volverán a verte como lo que somos.

Cierro los ojos.

Volverán a lastimarte.

La espada late como un segundo corazón intoxicado.

Y ya no podrás salvarlos de ti.

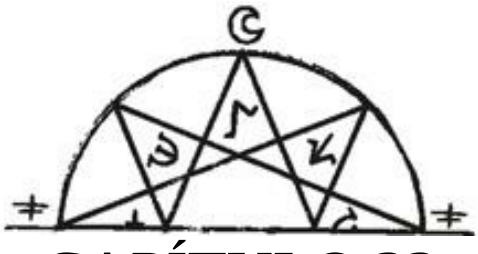
El cosquilleo bajo mi piel, la sombra de la migraña, la presencia del monstruo dentro de mí; nada es suficiente para evitar que me desprenda de mi refugio, de mi lobo, para ponerme de pie y dejar que Julien y Johanna sean ahora los que me envuelvan.

Wéndigo susurra con insistencia, pero el abrazo estrecho de *mis hermanos* me basta para jurar que, desde este momento, nunca volveré a cruzar palabra con el monstruo.

Debbie y Lía se limitan a observarnos, ésta última conmovida por nuestras emociones, mientras que Irina decide guardar un respetuoso silencio. Nashua sigue sin aproximarse, pero acepto su distancia como una última prueba para nosotros dos.

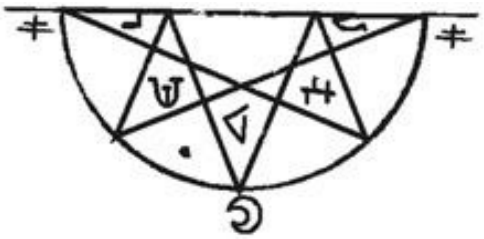
Recuperar la confianza con mi familia tomará tiempo, tiempo en que enfrentaremos situaciones que nos costará mucho superar. Pero ahora estoy convencido de que, tal y como nos sucedió a Tared y a mí, el vínculo que murió entre Comus Bayou y yo algún día, en algún momento… volverá.

Porque siempre, siempre encuentra la forma de volver.



CAPÍTULO 33

UN MONSTRUO VIENE A VERTE



En cuanto pone un pie en el empedrado, la bruja Caligo confirma que algo no va bien. No sólo es que la niebla la ha transportado a la calle Essex en vez de al mercado en Derby Square, sino que aún lleva las vestiduras impregnadas por el extraño olor a quemado que la despertó esta mañana en su alcoba.

Ella mira con severidad al hombre erguido a sus espaldas, quien es el responsable de haberla guiado hasta allí. Para el resto de los escasos transeúntes de la calle es sólo un sujeto muy grande y musculoso, de piel cetrina y ojos oscuros, pero ambas podemos ver con claridad una naturaleza mucho más interesante detrás de ese espejismo.

El sujeto levanta un dedo y apunta hacia el frente. Caligo descubre que la infame casa de Jonathan Corwin la observa, asentada en una esquina de la calle. El letrero de madera con el nombre del edificio histórico se bambolea con el viento helado, mientras que las paredes revestidas de pintura negra parecen doblarse con el peso de la nieve acumulada en los tejados.

Suspicaz, se acomoda la melena rizada, el color azabache ya salpicado por unas cuantas canas, y da la vuelta para alejarse con prisa.

En pocos minutos llega hasta un edificio de ladrillo rojo que desprende humo de incienso y hierbas aromáticas, un olor demasiado benigno para que le sea interesante a una *envenenadora*. Abre la vieja puerta de la tienda y escucha el repiqueteo del colgante de amatista en la entrada.

Recorre los anaqueles con la mirada. Los libros de Gerald Gardner en una mesa, sacos de piedras preciosas en otra, la estantería con rocas de sal y hierbas embotelladas que los turistas compran más por curiosidad que por deseos de práctica; su nariz aguileña se expande para tratar de percibir algún matiz putrefacto en el penetrante sándalo, pero todo parece normal dentro de la extrañeza.

Me sonrío y me relamo, porque no se da cuenta de que el aroma que debería perturbarle es uno muy distinto al de la carne podrida.

Con una ceja alzada, va hacia la caja registradora, donde un hombre delgaducho la recibe con los brazos en jarras.

—¡Por la diosa, mujer! ¡Otra vez traes esa cosa horripilante contigo! —exclama al ver la capa de piel emplumada que ella lleva sobre los hombros. La bruja, orgullosa, le responde con una sonrisa velada.

—Ah, querido. Tan pusilánime como siempre, por eso cobras una miseria por tus trabajos. ¿Dónde está Cecilia? —pregunta con una sonrisa, aunque estoy segura de que aún percibe esa sensación de calor y asfixia que parece haberla perseguido por toda la calle.

—¡Ah! Ha estado allá atrás toda la mañana —dice el tipo a la par que apunta con la barbilla al fondo del negocio, hacia una puerta cerrada—. Tenía una cita a las diez, pero me pidió cancelarla. Desde entonces, no ha salido de allí.

Caligo enarca una ceja.

—¿Se encuentra bien?

El hombre mueve la mano de arriba abajo.

—No durmió mucho anoche. Creo que está teniendo pesadillas.

La bruja guarda un silencio propio de su inteligencia, tanta que hasta me parece una lástima que hoy en día haya tan pocas como ella.

Pero *tú*, en cambio, la matarías sin dudarlo, y con mucha menos piedad que yo, ¿verdad? La estrangularías y la despedazarías con gusto si hiciera falta. A todas y a cada una de nosotras…

—Bueno, entonces iré a saludarla, quizás hasta pueda pensar en un remedio que le ayude.

El insignificante brujo pareciera querer protestar, pero basta una de las miradas de Caligo para que éste le dé su permiso, sin más.

Ella camina hacia el fondo de la tienda y se abre paso por la puerta. Del otro lado la recibe una pequeña habitación; una antesala hacia el almacén escondido detrás de unas cortinas aterciopeladas. El sitio no tiene decoración más allá de las paredes violetas, un trinchador pequeño en una esquina y una mesa redonda de mármol indio en el medio.

La envenenadora encuentra a la bruja Cecilia sentada en un taburete, con un mazo de Tarot cortado frente a ella y una sonrisa bajo sus ojos castaños.

—Querida —exclama—, hace tanto que no venías a verme, ¿ya te olvidaste de tu vieja

amiga, verdad?

—No seas ridícula. Sabes que he estado pendiente de ti desde que me pediste *ese favor* hace un mes —contesta—. Y sírveme algo de beber, que me estoy congelando aquí dentro.

La otra parpadea un par de veces y se acaricia un poco la rodilla bajo la mesa.

—Perdóname, bella, pero esta pierna me ha molestado desde anoche, así que siéntete libre de robarte lo que quieras del mueble. Me siento incapaz de levantarme.

Caligo entorna los ojos un momento, pero luego asiente y se encamina hacia el trinchador. Abre la puerta de cristal y saca dos vasos junto con una botella de licor. Regresa y se sienta delante de Cecilia, quien empieza a tocar las cartas de forma desordenada con una sola mano, casi consciente de que la otra está observando con cuidado su rostro.

—¿Y cómo va el asunto con tu esposo? —pregunta la envenenadora—. ¿Ya ha empezado a crecerle el vientre?

Suelto una carcajada ante el perfecto patetismo que despliega la tarotista al no levantar la mirada. Caligo sabe que la mujer frente a ella se considera una “bruja buena”, alguien que se cree demasiado justa, demasiado bondadosa para mirar siquiera de reojo el Camino de la Mano Izquierda… Pero el amor de un hombre violento siempre merece algo más que buenas intenciones.

Un trozo de matriz de gallina, un poco de semen de macho cabrío bien seco, una sopa condimentada para esconderlo todo y simplemente esperar a que *el favor* de Caligo crezca pronto con pezuñas duras y cuernos afilados en un intestino caliente.

—Me llegó un chisme interesante por ahí —evade la humana, jugueteando con las cartas con una sola malo, sin echarlas.

—¿Ah, sí? —responde la envenenadora mientras se sirve un poco de aquel licor.

—Dicen que tu hermana vio a Giles Corey la otra noche.

Caligo detiene el flujo de la bebida por unos instantes.

—Sí, es posible —dice con sobriedad, para luego alargar el trago a su amiga. Ella lo toma, lo acaricia, la observa con una sonrisa.

—¿No te preocupa? —pregunta—, ya sabes lo que dicen. Si el fantasma de Giles Corey aparece, significa que la tragedia azotará al pueblo.

La bruja abre la boca para responder, pero sus perspicaces ojos se detienen en el vaso sin tocar de su amiga. Cecilia es una alcohólica empedernida, pero ahora mantiene una mano en las cartas y otra en el regazo. Inamovible.

Observa de nuevo el rostro claro y pálido de la mujer, y busca la sombra de una mancha violeta bajo su mandíbula, un golpe de puño cerrado que, ella sabe, no pudo haber desaparecido en apenas un par de días, cuando le contó por teléfono que había recibido su última paliza. Pero la piel está limpia y hermosa, surcada sólo por las arrugas propias de alguien que lleva casi

medio siglo en la Tierra.

—¿Y por qué has rechazado a todos tus clientes de hoy? —pregunta Caligo a la par que juguetea con su propio vaso—. El invierno no es precisamente la mejor temporada para Salem, ¿sabes? ¿O acaso el día de brujas te dejó con los bolsillos atiborrados, vieja tacaña?

—Ay, nada de eso, querida, ya te dije que me atosiga mucho la rodilla, así que no tenía ganas de atender a nadie y preferí echarme las cartas un rato. Sólo es eso.

La sonrisa de Caligo desaparece cuando la mía se ensancha.

Cecilia Blachet es una de las mejores tarotistas del pueblo, tanto, que inclusive las hermanas de la envenenadora han acudido a ella en más de una ocasión. Pero también tiene muchos problemas, muchos pájaros en la cabeza y demasiado alcohol en las venas, y por eso nunca, *nunca* se echa las cartas a sí misma.

Caligo se levanta de la mesa, tirando el vaso de alcohol que ella tampoco se atrevió a probar.

—¿Dónde está? —pregunta con los dientes apretados, y la mujer delante de ella ladea la cabeza—. ¿Y quién demonios eres tú?

La boca de Cecilia se tuerce como una grieta y sus ojos castaños comienzan a desbordarse.

—Qué suspicaces son los que se revuelcan en sombras —dice—, pero la tengo aquí mismo, si quieres verla.

La criatura por fin saca el otro brazo de debajo de la mesa. Lo alarga y deja sobre el mármol verde *una mano izquierda* mutilada. Pálida por la falta de sangre y engarzada de anillos de amatista.

Caligo se lleva una mano a los labios mientras que un calor terrible empieza a apoderarse de la habitación. El olor a quemado y la sensación de cenizas vuelve a infectar su nariz; la bruja abre los ojos de par en par cuando una nube de humo empieza a deslizarse por debajo de la puerta del almacén, a espaldas de aquella cosa que pretendía ser su amiga.

—¡CECILIA! —grita a todo pulmón.

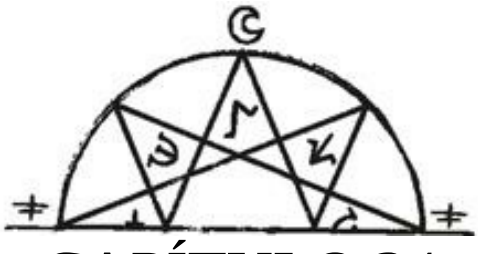
Sin miedo, sin dudarlo, rodea a la bestia sentada a la mesa, quien tan sólo sonríe de placer cuando la envenenadora abre la puerta del almacén de golpe.

El fuego estalla desde el interior con cientos de lenguas que acarician las cortinas de terciopelo, acompañadas de fumarolas espesas que comienzan a bordear el marco de mi portal.

Caligo escucha los gritos de varias personas en la tienda, alertadas por el incendio. Retrocede y se cubre con los brazos en tanto la alarma se dispara. Y sólo cuando las llamas se retraen en un remolino puede ver por fin a su verdadera amiga dentro del almacén.

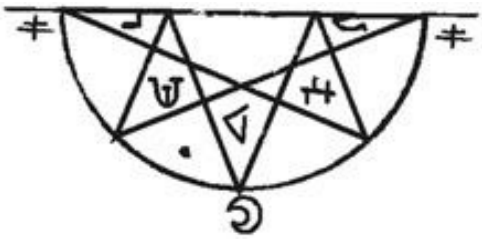
Cecilia Blachet está atada en una pira en medio de la habitación, gritando con todas sus fuerzas mientras su cuerpo es devorado por el fuego.

Un monstruo detrás de ella observa a la envenenadora, un monstruo que abre la boca sangrienta de su bella máscara de hierro, para luego desaparecer entre la lumbre.



CAPÍTULO 34

FANTASMAS



Después de la emotiva reunión en la sala, lo primero que hago es subir a darme una larga ducha en la misma habitación en la que desperté.

Con todo y que la casa llevaba abandonada más de nueve años, los demás lograron echar a andar el generador de emergencia, lo que significa que, aunque no tengamos calefacción en los radiadores, sí que hay agua caliente en la recámara principal gracias al pozo y la caldera eléctrica. Así que paso los siguientes veinte minutos bajo el chorro de agua intentando borrar hasta el último rastro de la sangre que derramé en Montana.

Estuve casi cuatro días inconsciente; Johanna tuvo que abrirme la pierna para reparar el hueso fracturado por la trampa de oso, y mantenerme dormido había sido la única forma de soportarlo. Por lo demás, se había limitado a limpiarme con un paño de vez en cuando, temerosa de moverme demasiado y dificultar mi recuperación. Y aunque mi labio partido y las cortaduras de mi rostro han desaparecido, la herida en mi muslo sí que ha quedado muy visible. Mi movilidad no parece haber sido afectada, pero la línea quirúrgica quedó tosca y enrojecida, y parece que cicatrizará mal.

Aun así, pido, desde lo más profundo de mi corazón, que esta vez los rastros de las heridas se queden en mi piel para siempre.

Somos…..

Cubro mi pierna con gasa del botiquín que tomé prestado de Johanna y me visto con las prendas que dejé sobre el lavamanos de mármol: ropa interior nueva, pantalones deportivos grises y chamarra de felpa, todo en conjunto con ropa térmica y calcetines gruesos.

Y ahora decido no ponerme los guantes.

Una vez que termino de lavarme los dientes —y de cepillar mi cabello, por fin limpio después de haber parecido vómito de paja por tanto tiempo—, salgo del baño con el botiquín en la mano. La habitación es más amplia y bonita de lo que percibí al principio, vacía a excepción del mullido colchón en el suelo cubierto con varias cobijas de lana. Las paredes de color gris azulado combinan a la perfección con las cornisas blancas y la madera clara de las puertas y el piso, mientras que el gran ventanal triple da paso a una luz amplia y natural. Y ni qué decir de la pequeña pero elegante chimenea de troncos que dota de suficiente calor a toda la estancia.

Un cuarto principal. La habitación de un matrimonio.

Salgo al pasillo y me asomo por el barandal. Puedo escuchar a Tared y a Johanna hablar, y también alcanzo a distinguir, desde los ventanales de la sala, a Debbie y a Nashua sentados en el porche lateral de la casa. Busco a Hoffman por todos lados sin encontrarlo, así que tal vez esté en el garaje con Lía y los demás, preparando el ciervo que cazaron en la mañana.

Bajo con el silencio de un gato y miro de soslayo hacia el interior de la cocina. Encuentro al hombre lobo sentado junto a la mesa, dándome la espalda y sin camiseta. A su lado está mi hermana Johanna, quien revisa la herida del arpón. Hay medicamentos, servilletas de papel y hierbas repartidas sobre la madera blanca, todo cubierto del familiar olor a hojas de pino machacadas.

Distingo tanto la cicatriz de un agujero de bala en su omóplato como la marca de aquel machete, la cual surca su piel desde el hombro hasta casi la arteria carótida. La hoja debió hundirse hasta el hueso y desangrarlo, no había manera lógica en la que Tared hubiese sobrevivido después de todo lo que nos ocurrió.

Pero *lo hizo.*

—Yo creo que con eso será suficiente —dice la perpetuasangre, para luego dejar unas tijeras a un lado con trozos de cabello oscuro atrapados en la punta—. Ya cerró de ambos lados, pero no la subestimes; te acabo de quitar los puntos, así que deja un día más el parche y continúa durmiendo de lado, ¿de acuerdo?

Tared toma un algodón empapado en antiséptico y se inclina sobre su costado.

—Ya. Ésta es la que fastidia todavía —dice él con un poco de incomodidad.

—¿Quieres que yo lo haga? —pregunta ella con timidez al ver que al devorapieles le cuesta limpiar la laceración. Y la forma en la que lo observa, con esa infinita devoción, hace que me encoja contra la pared. Estoy seguro de que Tared guio a los demás aquí, a su casa, lo que me hace preguntarme si ya les habrá contado algo sobre su pasado. O su esposa.

Justo estoy pensando en volver arriba cuando el lobo mira sobre su hombro. Su cara se ilumina con una sonrisa, lo que también capta la atención de Johanna.

—Eh… —me llama él.

—Ah, ¡Elisse! ¿Pasa algo? —la chica contrae las manos contra su pecho como si la hubiese encontrado haciendo algo indebido, a pesar de que no es así.

Yo me encojo de hombros y le muestro el botiquín.

—Creí que tal vez necesitarías esto —digo con calma, aunque es más que obvio que he traído esto sólo como excusa para ver a Tared.

—Ah, ¡muchas gracias! Déjalo aquí, por favor —ella señala hacia la mesa con excesivo entusiasmo. Luego, coloca una silla para mí, en cuyo respaldo está colgada la camisa de franela del lobo.

Me acerco y él me sigue atentamente con la mirada.

—¿Cómo te sientes? —pregunto con calma a la vez que tomo asiento. Intento controlar el desaforado latido de mi corazón, pero es un tanto difícil ahora que está libre de su jaula de hueso.

—Estoy bien, ¿qué hay de ti? —me dice a la par que pone su mano sobre mi rodilla.

La naturalidad de su gesto hace que me enderece como una vara sobre la silla.

Miro a mi hermana de reojo, quien se ha puesto a limpiar un poco el lugar, pretendiendo estar en lo suyo.

—Mejor que tú, eso es seguro —contesto con un carraspeo. Pero al ver hacia su herida, el horrible recuerdo de ese arpón clavado de lado a lado en su cuerpo me hace cerrar los ojos un instante.

Tared desliza su mano hasta envolver mis dedos humanos.

—Tranquilo, estoy bien ahora, ¿lo ves? —dice—. Ya sabes que Johanna siempre hace un excelente trabajo.

Asiento, aun cuando algo dentro de mí se niega a convencerse de que ya todo pasó, y de que mi lobo por fin está a salvo. Escucharlo hablar sin la voz rota por el dolor, verlo respirar con calma, fuerte y lleno de vida; un auténtico milagro por el que estuve dispuesto a vender mi alma.

Los ojos de Tared se han desviado a su propio pulgar, el cual ahora acaricia mi mano en pequeños círculos suaves, como si él también quisiera convencerse de que estoy aquí, sin fiebre, sin frío, sin congelarme entre sus brazos. Su caricia me reconforta, me pone los pies en la tierra e inflama mi pecho con un suspiro que dejo salir despacio.

No tenía idea de lo íntimo que podía ser un gesto tan sencillo.

Mi hermana nos mira intermitentemente, y da un respingo.

—Dios, ¡qué tonta soy! —exclama—. Elisse, ayuda a Tared a ponerse el parche, por favor. Yo… iré a echar una mano con el ciervo.

La coyote pasa a mi lado para dirigirse a zancadas a la tercera puerta que hay en la cocina, la cual da al garaje.

—¡Johanna! —exclamo y el sonido de la silla al levantarme la hace detenerse en el umbral—. Gracias por salvarlo —le digo con el corazón en la mano—. Sin ti, Tared, él…

Mi hermana mira sobre su hombro, sorprendida, y luego sacude la cabeza con una sonrisa sincera.

—Nada de eso —responde con suavidad—. Los hechizos que hiciste y la forma en la que diste hasta la última de tus fuerzas con tal de protegerlo fue algo… extraordinario, y sin eso, yo no habría podido hacer nada. Tú fuiste quien le salvó la vida, Elisse, no yo. *Tú eres su héroe.*

La miro, perplejo, hasta que ella desaparece detrás de la puerta. El corazón me late tan rápido que casi siento la espada calentarse contra él, y al voltear, descubro a Tared mirándome de una forma tan intensa, con una admiración tan profunda, que me veo obligado a bajar la barbilla. Me acerco a la mesa y me siento otra vez para preparar el apósito de gasa, agradecido de, esta vez, tener algo más que trozos de camisetas rotas para hacer vendajes.

—Tu casa es preciosa —digo en voz baja, y él mira hacia la ventana que hay sobre el fregadero de la cocina. La luz del sol ya ha surgido como una yema, empapado los árboles de amarillo en una mañana despejada, sin rastros de nubes ni tormentas, un paisaje muy distinto a ese bosque lavanda en Montana.

Largos minutos en los que trabajo en silencio transcurren, los suficientes como para saber que Tared tiene una idea rondando en la cabeza que no termina de aterrizar.

—Creo que necesitamos hablar, ¿no es así? O, más bien, necesito darte un par de explicaciones sobre todo lo que pasó en Washington. Y en Montana.

Me detengo y levanto la mirada, con las tijeras aún entre las manos.

—No me debes nada, Tared. Aunque no lo creas, siempre *entendí* tus decisiones —respondo, para inclinarme de nuevo hacia él.

El hombre lobo se yergue en la silla y estira un poco su sólido bíceps detrás de su nunca para dejarme colocar el parche en su abdomen.

Johanna tiene razón, su herida no necesitará más vendas, pero es importante cuidarla por cualquier cosa. Por otro lado, me alegra ver que gran parte de la musculatura de Tared ha regresado, en señal de que se ha alimentado muy bien estos días, con mucha proteína. Los devorapieles pierden peso muy rápido si no comen lo suficiente, pero también lo recuperan con la misma facilidad si…

Tared toca mi muñeca con suavidad para detener tanto mis manos como el tren desaforado de mis pensamientos.

—Era más que eso, Elisse. *Mucho más.* Y por eso necesito hablar contigo.

Dejo mi tarea a un lado y lo miro con atención. Él suspira, nervioso, y por unos momentos puedo imaginarlo en su forma lobuna, con las orejas bajas a causa de la tensión. Cuando abre y cierra la boca como si no supiera por dónde empezar, esta vez soy yo quien se alarga para envolver su rodilla y darle el empujón que necesita.

No tiene por qué explicarme nada, pero si a él le consuela hacerlo, estoy dispuesto a

escucharlo.

—Hace nueve años —comienza—, cambié de piel por primera vez e hice algo terrible *aquí*. En esta misma cocina.

Asesino…...

Como si hubiese escuchado a Wéndigo, Tared baja la mirada al suelo. Observo también el piso y, de forma inconsciente, entre el patrón de ligeras vetas de mármol, la encuentro *a ella*, a Grace, su aspecto como una proyección aleatoria de mi imaginación. Veo también la sangre invisible esparcida por el suelo de baldosas blancas. Escucho el eco mudo de sus gritos en las paredes.

Siento que se me agota el aire al pensar que estuve cuatro días dormido. Cuatro días enteros en los que, probablemente, él tuvo que revivir y enfrentar ese fantasma *solo*, una y otra vez.

Tared se sacude el pasado y mueve un poco la cabeza.

—Ese día, cuando empecé a transformarme por primera vez, todo fue muy confuso. Y violento —dice—. Las imágenes que veía dentro de mi cabeza eran oscuras, recuerdos que no comprendía. No les encontraba forma ni sentido, como si algo taladrase una y otra vez dentro de mí, mientras que mi cuerpo cambiaba de una forma tremendamente dolorosa. En un segundo, me convertí en un ser sin consciencia, carente de razón, guiado sólo por el dolor del cambio y una rabia que no parecía… *mía.*

Sus palabras resuenan dentro de mí de una forma peculiar, conocida, y los relatos populares sobre los hombres lobo empiezan a matizarse en mi cabeza, antiguas historias de licántropos crueles, hambrientos por carne humana. No me extrañaría que una parte de nuestra naturaleza compleja de errantes también hubiese aportado un poco a esos cuentos de terror.

—En ese instante, pasé por tanto caos que comencé a destrozar todo a mi alrededor —continúa—, imaginaba, estúpidamente, que me abría paso entre la locura y las sombras con mis propias garras, sin darme cuenta de lo que estaba haciendo en realidad. Ataqué a quien era mi esposa y al mismo tiempo puse punto final a la vida humana que había llevado hasta ese momento. Pero lo peor fue que, mucho tiempo después, volví a ser aquel monstruo resquebrajado, privado de su voluntad, que agredió a Grace esa noche.

—Te refieres a… ¿Nueva Orleans? —pregunto con cuidado al recordar la noche en la que Tared acabó con todas esas personas mientras trabajaba con la policía.

Él toma aire y enlaza sus manos.

—No —contesta, mirándome a los ojos—. El día en el que salí contigo de aquel lago congelado.

Un sofocado “¿qué?” escapa de mis labios.

—Cuando estuvimos allí dentro, en… el *plano medio* —dice, como si el nombre de aquel

lugar le pareciera difícil de mencionar—, fue como si mi cabeza hubiese vuelto a ese caos de mi primera transformación. Estar sumergido en esa oscuridad, en ese río infinito, era como una especie de *déjà vu*.

Vaya. Yo tenía la idea de que, por su estado catatónico, Tared había experimentado algo similar a estar en coma, sin consciencia, sin visiones, pero parece ser que estaba equivocado.

—No podía moverme —explica—, pero sí que era consciente de todo lo que ocurría. De cómo me quedaba sin aire, del momento en el que soltabas mi mano y de la forma en la que la corriente me llevaba lejos de ti sin que pudiera hacer nada al respecto. No está de más decir que fue una de las cosas más angustiantes por las que he tenido que pasar en toda mi vida.

Tared, consciente del agobio que siento al escuchar todo esto, envuelve mi mano con su palma. Entrelazo mis dedos con los suyos, nos sostenemos como no pudimos hacerlo en aquella ocasión…

—No estoy muy seguro, pero creo que perdí el conocimiento segundos después —continúa —, y sólo pude despertar hasta que te sentí alcanzarme de nuevo en el fondo del lago. Luego, tiraste hacia arriba…

Su mano ejerce un poco de presión, como si rememorara esa sensación bajo el agua, el deseo desesperado de sujetarse con todas sus fuerzas a mí para que no se le fuese la vida.

—Y al salir a la superficie las cosas se pusieron mal. Muy mal —admite—. Tanto que, hasta el día de hoy, sigo sin entender cómo fui capaz de seguir medianamente cuerdo. Todo me embistió de golpe: la ira, la confusión, el dolor, y empeoraba a cada segundo que pasaba hasta que, al final, la desesperación me cegó. Acababan de morir tantos de los nuestros, te habías convertido en ese ser de hueso y de pronto estábamos en el lago congelado, en un lugar desconocido y a quién sabe cuántos kilómetros del campo de batalla. No sabía qué pensar, no sabía qué sentir; ya no escuchaba mi propia consciencia, sólo gritos. Sólo *aullidos.* Tan sólo necesitaba permanecer apartado de ti para poder controlarme, para no abrirme paso entre la locura como hice con Grace. Y no voy a mentirte… también tenía miedo.

Casi siento como si la garra de Wéndigo volviese a cerrarse sobre mi corazón, un dolor terrible que me apuñala al enterarme de que, después de todo, yo no estaba tan equivocado. Tared *sí me temía.*

Al sentir que mi mano da un leve tirón hacia atrás para tratar de soltarme, él la envuelve con más fuerza.

—No, espera. No estaba asustado de ti, si es eso lo que estás pensando —enfatiza, como si me hubiese leído la mente. Abre la boca, pero luego la cierra y resopla.

—¿Tared? —insisto ante su titubeo.

—¿Estás seguro de que quieres escuchar esto?

Aquello me inquieta sobremanera, pero al final, le pido continuar.

—Hay dos razones por las cuales decidí cortar nuestro vínculo, Elisse —dice después de tomar aire—. Y la primera tiene que ver con Lobo Piel de Trueno.

De acuerdo. De todas las cosas que esperaba escuchar, definitivamente *ésa* no era una de ellas.

—¿Hablas en serio? —pregunto, petrificado al verlo asentir.

—Él, además de mi ancestro, es también *mi instinto* —explica—, ese sexto sentido que nace muy dentro, desde mi cabeza hasta mi corazón, y que me ha protegido… o *contenido*, en cada una de las situaciones a las que he tenido que enfrentarme. Estoy seguro de que fue gracias a Lobo Piel de Trueno que no maté a Grace en este lugar. Y también de que fue él quien me obligó a transformarme por segunda vez para no ser asesinado por aquellos hombres en Nueva Orleans. Pero esa vez en el lago, después de salir del plano medio, fue como si hasta él también hubiese enloquecido.

De pronto percibo, a través de nuestras manos enlazadas el temblor que lo ha recorrido de arriba abajo.

—Sentí un miedo difícil de describir —dice—, porque fue como si mi propio ancestro hubiese devorado todo lo humano en mí para dejar sólo a una bestia alerta, feroz y dispuesta a protegerme *de ti* con garras y colmillos. Y todo empeoró la noche que decidí cortar nuestro vínculo, porque a partir de ese día, empecé a escuchar a eso que llamas “monstruo de hueso”. Y no me refiero a sólo sentirlo; era como si también lo tuviese dentro de mi cabeza.

Me quedo unos segundos con la boca abierta, sin palabras, porque, cuando pensé que no podía decirme nada más sorprendente, viene y me suelta *esto*.

—¿De verdad? —pregunto, recuperando un segundo el control de mi lengua—. ¿Escuchabas *todo*?

—En realidad, nunca podía entender lo que te decía. Aquello tenía demasiadas voces distintas y todas hablaban al mismo tiempo, tan caótico como mirar la maraña de un estambre enredado. Y te soy sincero: nunca estuve seguro de si lo que escuchaba era real o fruto de alguna de mis alucinaciones, pero fuera cual fuera la verdad, lo único que tenía claro es que esas voces, esas cosas terribles que ahora podía escuchar dentro de ti, sólo ponían más y más violento a Lobo Piel de Trueno.

—Por los Loas… —musito. Lo que me cuenta es tan oscuro, tan siniestro, que empiezo a preguntarme si todo esto que ha sufrido Tared no es más que una consecuencia de que un ser sin magia haya transitado por el plano medio. ¿Acaso Lobo Piel de Trueno se volvió más sensible a la presencia de Wéndigo gracias a eso?

—Ése era mi temor más grande, Elisse —continúa, consciente de mi desasosiego—. Si permitía que te acercases a mí lo suficiente, la locura de mi ancestro podría llegar a desbordarse. Y no estaba dispuesto a arriesgarme, porque aun cuando cada instante de mi furia estaba

dominado por ese instinto de supervivencia que apenas podía controlar, una parte de mí seguía luchando a cada minuto, a cada segundo, por no hacerte daño.

Desvío la mirada hacia las agujas de pino machacadas sobre la mesa blanca. Siento el pecho tan pesado por la angustia que podría tirarme de bruces ahora mismo contra el suelo.

—Dioses, ¿por qué nunca me dijiste nada de esto?

Me vuelvo hacia Tared, y mi aliento se corta cuando lo encuentro con los ojos rojos, a punto de quebrarse.

—Porque *me rendí* —admite con la voz ronca—. Estaba tan herido por lo que había pasado y tan cansado de luchar contra mis demonios, que ya no tenía fuerzas para encontrar la forma de volver a acercarme a ti. No podía salvarte y tampoco mantenerte a mi lado porque *me estaba ahogando en mi propia oscuridad*. Ésa fue la segunda razón por la cual elegí terminar con lo nuestro y… lo sufrí, lo sufrí muchísimo porque aún te amaba, Elisse; y a cada segundo, a cada instante, quería volver y pedirte que olvidaras todas las estupideces que había dicho y rogarte que me dieras otra oportunidad.

"Me rendí".

Las palabras resuenan como un eco en mi cabeza. Todo esto yo ya lo sabía y, como le dije desde el principio, lo entendía perfectamente, pero aun así duele demasiado escucharlo ahora de sus propios labios.

Que te abandone alguien a quien quieres es muy duro. Pero dejar a quien todavía amas lo es aún más.

Él alarga sus manos a mis mejillas y, con una dulzura que me rompe el corazón, las limpia con sus pulgares. No me di cuenta del momento en el que había comenzado a llorar.

—¿Qué fue lo que cambió? —pregunto entre sollozos. Tared termina con mis lágrimas, como si eso hubiese ayudado a contener las suyas, y baja las manos de nuevo a mis rodillas.

—El día en el que caíste al río fue cuando por fin reaccioné —dice—. Desperté poco después de que te hubieras ido, y lo sé porque la estufa aún estaba caliente. Te llevaste las armas, así que estaba seguro de que habías salido a cazar, por lo que decidí esperarte. Me sentía muy débil, había perdido demasiada sangre. Pero al ver que anochecía, y que no volvías, fui a buscarte, pensando en que tal vez la herida en tu pierna habría empeorado. Y no sabes lo que sentí al seguir el rastro de aquellos muñecos, descubrir tus huellas en la nieve y luego… verte allí, tendido a la orilla del río con los labios azules. Fue entonces cuando me enfurecí conmigo por haber sido débil, *por haberme rendido*; una furia que superó por mucho a la del lobo dentro de mí y lo regresó por fin a sus cabales.

Veo, con toda claridad, cómo la culpa sube a sus hombros con un peso monstruoso que Tared se niega a sacudir.

—Todo se desvaneció —susurra—. La cordura regresó a mí, acompañada de la más

imperante necesidad de hacer hasta lo imposible con tal de salvarte. Fue allí cuando te lleve de vuelta a la cabaña.

—Fue una estupidez, Tared, eso es lo que fue —mascullo furioso al recordarlo—, no debiste haber ido por mí en tu estado y mucho menos haberte sacado ese maldito arpón.

—Valió la pena —responde con una certeza que me hiela la sangre—. Valió totalmente la pena y, *por ti*, lo volvería a hacer una y mil veces más, sin dudarlo, Elisse.

Lágrimas de nuevo. Una tras otra.

Como un niño pequeño, débil e indefenso, me inclino sobre mis rodillas y me entrego al llanto con la cara oculta entre las manos, atrapado por la misma desesperación que acuchilló a Johanna hace rato. Tengo tantas emociones a flor de piel que ya no puedo contenerlas.

Tared corta la distancia entre nosotros. Me rodea con sus brazos y me atrae hacia él con esa fuerza demoledora que jamás lo ha abandonado, ni siquiera en sus momentos de más vulnerabilidad. Me siento sobre su muslo y lo estrecho en respuesta, nos fundimos en un abrazo que hasta ese momento no sabíamos cuánto necesitábamos, un gesto que nos ayuda a a*ceptar* que la pesadilla en ese terrible barranco de Montana por fin ha terminado.

Después de llorar lo suficiente sobre su cuello, Tared me ofrece su camisa para enjugarme las lágrimas.

—¿Todavía puedes escuchar al monstruo dentro de mí? —pregunto al percatarme del silencio de Wéndigo. Tared niega con un movimiento de cabeza.

—Cuando nuestro nuevo vínculo se formó, dejé de oírlas del todo. Todavía puedo sentir que esa cosa está ahí contigo, pero nada más.

Ya. E imagino que esa misma sensación debe ser lo que perciben todos los errantes al estar cerca de mí.

Toco su pecho con mi mano de hueso y comienzo a preguntarme si la espada filosofal, si nuestro pacto, tuvo algo que ver con que Tared siga vivo. Quizá fue el hecho de que alcancé sus dedos fríos en el último momento, y allí la piedra decidió evitar que la vida escapase de su cuerpo.

—Dime la verdad, ¿te arrepientes de haber cortado nuestro vínculo la primera vez? —pregunto, por fin consciente de lo que él sintió en aquel momento.

Tared envuelve mi garra y me observa con sus ojos de luna:

—¿Tú sí?

Una sonrisa tímida apenas se asoma en mis labios.

—No. No me arrepiento de nada —respondo con absoluta sinceridad, porque era algo que debía morir para que renaciera más fuerte, más auténtico y honesto, tan resistente que ninguna garra o fantasma del pasado pudiera cortar ya.

Tared me mira con tanta intensidad que siento mi rostro llenarse de fuego.

—Dios, te besaría ahora mismo —susurra, embelesado por el intenso rubor de mis mejillas.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto antes de comenzar a morderme el labio inferior.

Siento su abrazo afianzarse sobre mi cintura, el reducido espacio entre nosotros acortarse todavía más.

—Porque no sé si esta vez seré capaz de conformarme *sólo con eso*.

La piel se me eriza ante la seducción de su voz. Aún tenemos mucho por hablar pero, justo ahora, no son palabras lo que anhelo de su boca.

Sin pensar en nada ni en nadie más que en él y en la redención de nuestro lazo, me inclino para besar por fin a mi hombre lobo. Y al hacerlo, confirmo que la delicia de probar sus labios es lo único que nunca me sabrá al fantasma de un error.

Tared corresponde a mi beso y siento como una caricia eléctrica el roce de su boca sobre la mía. Su mano, fuerte y firme, se abre como una estrella de cinco puntas y baja por mi cadera para abrazar el costado de mi muslo mientras mis brazos se cierran alrededor de su cuello. Me estremece la forma en la que lo escucho gemir muy bajito, casi en un gruñido, cuando me atrevo a acariciar su lengua con la mía.

La ternura se desvanece y me derrito de ombligo para abajo en el momento en el que él entierra sus dedos en mi cabello, en mi nuca, para besarme a profundidad. Ahogamos el aire, nos probamos una y otra vez, desesperados por el hambre mutua. Y cuando siento el calor de su piel desnuda abrasarme a través de mi ropa, él muerde mi labio inferior un poco más y me da un momento para respirar, cosa que mis piernas temblorosas agradecen.

—Perdona —carraspeo, acomodándome con torpeza el cabello que él ha despeinado con sus dedos—. No debe ser muy agradable.

Él inclina la cabeza con una expresión bastante canina.

—Mi lengua, ya sabes. Debe estar helada —menciono con timidez a la par que la paso por mis dientes, pero él se encoge de hombros como si nada.

—Me gusta el frío, por si no lo has notado —responde y yo arqueo una ceja ante su falta de repulsión.

—Eres un hombre muy raro, Tared Miller.

—No fui yo el que se besó con un perro allá en la cabaña, Elisse.

Si hubiese estado bebiendo algo en este momento, se lo habría escupido en la cara por el jadeo de la risa. En cambio, sacudo la cabeza y tomo sus mejillas para besarlo hasta sentir que la silla nos queda pequeña.

Muy, muy pequeña.

Un carraspeo nos hace mirar hacia la puerta de la cocina, aquella que da al porche lateral de la casa. El calor me sube por la cara cuando descubro a Debbie y a Nashua bajo el dintel.

—¿Qué necesitas, Nashua? —pregunta Tared con la voz ronca, algo irritado por la

interrupción.

—Debbie quiere hablar con Elisse —responde el errante, y el intranquilo semblante de la mujer me hace levantarme del regazo del lobo.

—¿Sobre qué? —pregunto con recelo. Se miran un instante, y ella suspira.

—Es sobre la criatura que mencionaste antes —dice—. Aquella que dices que te ha poseído.

—¿Te refieres a Wéndigo?

El monstruo dentro de mí alza la cabeza, y Debbie arruga la nariz como si lo hubiese sentido.

—Sí. Cuando dijiste aquel… nombre, no pude dejar de pensar en ello —continúa en voz baja, como si luchara para no dejar salir la palabra de su boca—. Así que tuve que preguntar a tus hermanos a qué te referías, pero ninguno supo decirme nada y Tared tampoco quiso hablar.

Miro hacia mi lobo, quien se acerca una vez que se ha puesto la camisa.

—Decidí no contarles nada de lo que sabía sobre el monstruo de hueso hasta que despertaras —dice Tared—. Era mejor que lo escucharan de ti, después de todo.

Asiento, agradecido por el gesto.

—Es por eso que quiero hacerte saber que conozco a alguien que tal vez pueda ayudarte, un buen amigo mío que vive cerca de aquí, en Canadá —continúa Debbie—. No sólo es algonquino,[*] sino que también es un experto en la mitología que rodea los Grandes Lagos, así que estoy segura de que sabrá iluminarte un poco al respecto.

Poco me falta para soltar un grito al escuchar aquello.

—¿Estás hablando en serio? ¡¿Un experto en *Wéndigo*?!

Debbie se sobresalta al escuchar aquel nombre otra vez, pero eso no impide que una sonrisa se asome a mi cara, impulsada por una esperanza que no había sentido en mucho tiempo, muy similar a aquella que sentí cuando subí por primera vez al avión que me trajo a Nueva Orleans.

La emoción me hace acercarme a ella a zancadas.

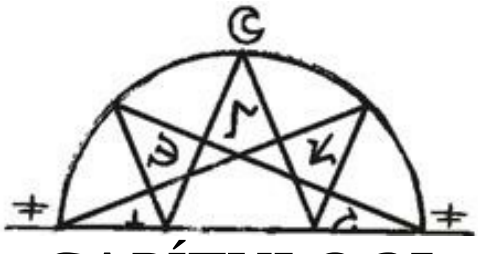
—Dioses, ¡Debbie! —exclamo, eufórico—. ¡No sabes cuánto…!

Ella levanta una mano y me detiene.

—Yo que tú no me ilusionaría demasiado, Elisse —advierte, severa—. Espero de todo corazón que mi amigo pueda hacer algo por ti, pero no me hace falta ser una contemplasombras para intuir que, aunque pienses que has encontrado una salida, puede que tus verdaderos problemas con esta criatura estén a punto de empezar.

---

[*] Grupo de pueblos nativos de Canadá, Estados Unidos y del norte del estado mexicano de Coahuila que hablan las lenguas algonquinas.



CAPÍTULO 35

EMPATÍA

—¿Qué? ¡¿Se van?!

Lía arquea ambas cejas, en señal de que alcé demasiado la voz.

—Lo sé, cariño, para ti puede parecer muy repentino —dice, comprensiva—, pero ya hemos estado aquí demasiados días y nuestra familia está muy preocupada. Nosotras sólo estábamos esperando a que despertaras para poder volver más tranquilas a casa.

Retengo la lengua y suspiro con resignación, porque es verdad que tampoco me parece justo intentar detenerlas. Además, Lía y su mujer ya han cargado sus cosas en su camioneta, estacionada frente al porche de la casa de Tared.

Pero lo que más me entristece es ver que Irina también ha empacado.

—¿Están seguras de que quieren irse ahora? —pregunta Johanna—. Oscurecerá antes de que lleguen a Idaho.

—No te preocupes, linda. Los del norte estamos aclimatados a los días cortos y las noches frías, ¿verdad? —dice, guiñándole un ojo a Tared.

El lobo a mi lado pone su brazo sobre mis hombros y sonríe con complicidad.

—Dioses, Lía, no sé cómo terminar de…

—Por favor, Elisse —interrumpe con un aspaviento—, no te atrevas a darme las gracias, suficiente he tenido con tu hombre haciéndolo durante cuatro días seguidos como para escucharlo de ti también.

Me sonrojo con fuerza al ver la naturalidad con la que Tared ríe por el comentario.

—Gracias por todo, Lía —dice él—. Comus Bayou está en deuda por siempre con la Espiral

del Norte.

Ella niega con la cabeza.

—Nada de deudas, Tared Miller —responde, seria y formal—. Esto es una *alianza* entre la tormenta del norte y el huracán del sur. A partir de ahora, forjaremos un vínculo inmortal entre nuestra gente, un pacto que se heredará a través de nuestros libros de las generaciones. Que no se te olvide.

Y con esto, alza la mano hacia Tared. Él sonríe, estrecha la muñeca de la mujer y ella, a su vez, estrecha la suya. Un acuerdo tácito, sin rituales y sin ceremonias, pactado únicamente por el honor.

Debbie y Lía comienzan a despedirse de los demás hasta que, finalmente, el lobo y yo las acompañamos afuera, al porche. Él intercambia unas palabras más con las chicas mientras que yo camino hacia Irina, quien está recargada en la puerta de la camioneta.

Respiro profundamente y me coloco a su lado, pero dejo que la barrera de silencio se mantenga entre nosotros un poco más.

Quiero decirle que lo lamento. Que lamento mucho que haya perdido a Calen, a Alannah, a Sammuel, a Fernanda… *a Chenoa*. Y que me duele como no tiene una idea que ahora no tengamos ni el menor rastro de sus niños. Pero, ¿cómo se supone que uno da el pésame ante semejante tragedia, ante tamaño dolor, si ni siquiera tuve las palabras adecuadas para decírselo en su momento a Nashua, a mi propio hermano?

Me abrazo con fuerza para soportar no sólo el peso de la espada, sino también el de la culpa al pensar en cómo el errante oso no sólo me ha estado evitando, sino que parece… perdido, o retraído en alguna parte difícil de alcanzar.

—Cuatro —dice de pronto la errante a mi lado—. Cuando te encontramos a ti y a Tared, allá en la montaña, yo misma maté a cuatro de ellos. Pero ninguno confesó —susurra—. A pesar de que les arranqué dedo por dedo, diente por diente, ni uno solo de esos cerdos me dijo qué había pasado con Misha ni Enola. Ni a dónde se los habían llevado.

No retiro la vista de la nieve. Aunque en el pasado me hubiese causado un escalofrío lo que me acaba de decir, a estas alturas ya comprendo a la perfección lo que siente.

Lo placentero que resulta causar tanto dolor, ¿verdad?

—Sí. Es difícil hacerlos hablar —concuerdo—. Hice pedazos a uno con un hacha, y aunque era muy joven, —un niño— no pude lograr que me dijera dónde estaban tus hijos.

El silencio se hace presente, una vez más. Frío y tenso como la escarcha bajo nuestros pies.

Irina por fin levanta la barbilla para mirarme.

—Lo siento mucho, Elisse —dice—. Siento mucho que hayas sido obligado a hacer algo así.

Parpadeo un par de veces, sin comprender. ¿Por qué esta errante sigue creyendo que soy yo el

que merece compasión, cuando su familia entera fue exterminada?

—¿De qué estás hablando? ¡Todo esto ha sido mi culpa! —exclamo—. Los tramperos, Dallas, tus hijos; yo sabía lo peligroso que era aceptar un trato con ustedes y, aun así, me quedé en tu casa. *Yo* llevé a esos bastardos allí y…

Por primera vez la inmutabilidad de Irina se rompe. Su mirada se llena de ferocidad y su mano se planta en mi hombro.

—Nunca vuelvas a decir eso, ¿me oíste? —ordena en voz baja—. Los Lander asesinaron al abuelo Begaye antes de que siquiera hubieras nacido, y Dallas no hizo otra cosa más que protegerlos bajo las órdenes de Jocelyn Blake. No, Elisse, necesitas empezar a verte como lo que eres: una víctima. Una víctima de ellos, de tu Mara y de *esa cosa que llevas dentro*.

Wéndigo estalla en carcajadas y el zumbido rebota como cientos de piedras en un pozo. La errante se tensa, quizá presa de la incomodidad de aquella presencia dentro de mí.

—Jamás dejes que todos esos bastardos te hagan creer que tú tienes la culpa, Elisse —insiste —. No les dejes creer nunca que tú eres el malvado cuando ellos te forzaron a hacer cosas que no querías, a tomar decisiones con las que no tenías por qué lidiar. *No los dejes ganar*.

—Aun así, no sé si seré capaz algún día de perdonarme —confieso—. No puedo soportar verte y saber que ahora tienes que vivir así…

—Si te sirve de consuelo, en mí ya no queda ninguna tristeza, Elisse —asegura—. Lo único que puedo sentir ahora es *enojo*, un fuego que no puedo apagar, porque cuando te arrebatan todo lo que le daba sentido a tu vida, a veces sólo encuentras paz en la idea de que en algún momento podrás hallar la forma de vengarte, porque ya no te queda espacio para sentir nada más. Ni siquiera dolor.

Pienso de nuevo en Nashua. ¿Acaso yo le arrebaté esa anhelada paz al no haber vengado a los ancianos, al haber dejado con vida a Barón Samedi a cambio de los hijos de Louisa y Hoffman?

Irina retira su mano de mi hombro.

—*Tú y yo* estamos en paz, Elisse —dice— y la única manera en la que dejaremos de estarlo es si permites que esos bastardos nos ganen. Que te des por vencido. Entonces sí que me habrás decepcionado.

Clavo la mirada en sus ojos, azules como las montañas alrededor. Aún se ven vacíos, acorazados por su sed de venganza, pero me siento comprendido a través de esa rabia.

Cuando el silencio se vuelve suficiente, Irina sube a uno de los asientos traseros de la camioneta. Y al cerrar la puerta, vuelvo a ahogarme de desconsuelo por su partida. La he conocido muy poco, pero la quiero tanto como si siempre hubiese sido una de los míos.

—Es muy peligroso que vuelvas sola a buscar a los Lander, Irina —digo en un intento de disuadirla, porque es obvio que eso es lo que busca al regresar con Lía y Debbie hacia el oeste—. Aunque hayamos acabado con muchos, todavía no sabemos cuál es el siguiente paso que dará

esa gente.

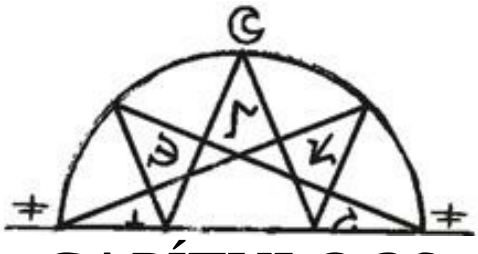
—No puedo perder más el tiempo —dice, tal cual esperaba—, no mientras aún pueda sentir el vínculo de mis hijos tirando de mí.

La errante puma saca la mano por la ventanilla y toma el cuello de mi suéter para acercarme.

—Cuida mucho a tu familia, Elisse —pide—. Y ámalos como si tuvieras la certeza de que no vas a lastimarlos con eso, porque en nuestro mundo nunca sabes cuándo será el último día en el que los tendrás a tu lado.

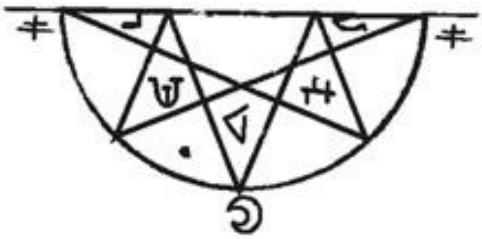
Sus palabras calan muy profundo en mi corazón. Ella me besa la frente y le susurro un “hasta luego”, para alejarme y regresar al porche en silencio.

Lía y Debbie suben también a la camioneta y pronto veo a las tres marcharse a través del camino escarchado, hasta perderse por fin entre los árboles.



CAPÍTULO 36

TENSIÓN



Una vez que se hubieron marchado, cerré la puerta para recargarme un segundo contra la madera a ordenar mis pensamientos, sintiéndome como una silla que intenta encontrar el equilibrio después de haber perdido una pata.

Tared, quien me ha esperado todo este tiempo junto a la chimenea, se acerca a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunta por educación; me conoce demasiado bien, así que ya debe saber la respuesta. De todas maneras, pongo mi frente en su hombro unos momentos, gesto que lo hace sonreír—. ¿Sabes? Me gustaría que terminásemos lo que empezamos hace rato en la cocina —dice, en tanto su mano sube para acariciarme la espalda.

Me sonrojo hasta las orejas, y el lobo ríe por lo bajo.

—Me refiero a que quisiera seguir hablando contigo, Elisse. A solas.

—Ah, ya —carraspeo, avergonzado por la naturaleza de mis pensamientos—, ¿quieres que vayamos arriba?

—No. Sabes bien que a éstos les encanta pegar el oído contra la puerta. Te juro que nunca he conocido a gente más chismosa que Comus Bayou —insiste—. Además, también me gustaría mostrarte *algo* esta noche.

Parpadeo un par de veces, extrañado.

—Eh, es decir, ¿quieres que salgamos de la casa?

—No iremos muy lejos de aquí, lo prometo.

Miro a través de los ventanales, hacia el predio nevado que se alarga hasta el bosque de pinos. La idea me intimida un poco, pero igual asiento.

No olvides que sólo eres un juguete…...

Con un manotazo mental, aparto el susurro insidioso de Wéndigo y sigo al lobo hasta la cocina, donde mis hermanos y Hoffman se encuentran reunidos para desayunar. Nos apretujamos con los demás alrededor de la mesa cubierta por panqueques y una jarra de café que Julien preparó esa mañana.

—Esto sabe asqueroso —reniega el detective, después de darle un trago a su taza.

—¿Qué esperabas? —replica el pelirrojo, que me sirve un plato bien cargado de huevos fritos —. Es café de *Dollar Tree*.*

—Lo hubieras recogido del suelo de una vez.

—Agradezcan que al menos hoy sí vamos a comer carne —los reprende Johanna, para luego apuntar con la barbilla a la puerta del garaje—. Estamos viviendo de los ahorros de todos y tenemos que conformarnos con lo que se pueda hasta volver a Luisiana.

—Fabuloso. Veinte años partiéndome el lomo para gastarme mi retiro en agua de calcetín.

La conversación me hace sentir algo muy cálido en el pecho. Es como si estuviésemos de vuelta en la reserva, discutiendo por tonterías sin sentido para ganarnos un regaño de padre Trueno.

—¿Y bien? —pregunta Julien—. ¿Cuál es el plan, flaco?

Picoteo uno de los huevos con el tenedor.

—Debbie tiene un amigo que puede ayudarme a saber más sobre Wéndigo —digo con cuidado—. Prometió venir aquí lo más pronto posible, pero no sabía exactamente cuándo. Tenía que consultar un par de cosas primero y…

—No me jodas —suelta el detective—, ¿se supone que debemos quedarnos varados en esta pocilga abandonada hasta que a ese tipo le dé la maldita gana venir?

Tared pone su taza sobre la mesa con algo de fuerza, en señal de que no le ha gustado nada la manera en la que el exagente se ha referido a su casa.

—¿Y movernos a dónde, Hoffman? —replica él, mordaz—. Lo único que importa ahora es encontrar la forma de deshacernos de la criatura que tiene Elisse dentro de él, ¿a dónde pretendes que vayamos si debemos esperar a quien podría darnos la respuesta?

Oh, no.

—Si nos quedamos demasiado tiempo en un solo sitio hay más probabilidades de que esos degenerados nos encuentren, *Miller* —replica Hoffman con similar desprecio.

—Que vengan —responde Tared con los dientes apretados—. Estoy dispuesto a enfrentarme a todos si con eso podemos conseguir ayuda para Elisse.

La cara del exagente se tiñe de rojo.

—¿Y hacer que esta vez sí lo maten por tu maravilloso juicio, perro asqueroso? —exclama, a

la par que suelta un puñetazo a la mesa—, ¡porque te recuerdo que gracias a ti casi le arrancan la maldita pierna!

—¡Ahora resulta que él te importa, cuando siempre lo has tratado como a una basura!

—¡Al menos yo nunca le mentí para meterme en sus pantalones, hipócrita de porquería!

Tared casi vuelca la mesa al levantarse.

Un rugido lobuno y el clic de una pistola hace que todos mis hermanos se lancen hacia los dos. Julien retiene al detective del cuello con el arco de su brazo y le tuerce la muñeca para evitar que accione el arma, mientras que Nashua empuja a Tared contra la puerta del porche para que no pueda arrancar la cabeza de Hoffman de un zarpazo.

—¡Suéltame, animal! —grita el exagente, tan rojo como el cabello de mi hermano.

—¡Estoy harto de ti, maldito cabrón! —ruge el lobo, a quien le han crecido los caninos por la rabia—, ¡estás pidiendo a gritos que te rompa la jodida cara!

—*¡Vas y chingas a tu reputísima madre!* —contesta el otro, en español.

—¡BASTA YA, CARAJO!

Mi grito es tan estruendoso que los dos paran de forcejear de inmediato. Tomo aire con fuerza y me aprieto el puente de la nariz para evitar que me reviente la cabeza.

—Elisse…

—Cállate. Sólo… cállate, Hoffman, por una maldita vez en tu vida —le exijo al tiempo que le lanzo una severa mirada de advertencia a Tared—. ¿Alguno de ustedes dos se ha tomado siquiera la molesta de escuchar qué es lo que quiero hacer *yo*? ¿Para qué demonios nos molestamos con los tramperos si van a terminar matándose entre ustedes de todas maneras? ¡Parecen un par de animales, incapaces de estar en la misma habitación *un-jodido-minuto!*

Tared cierra la boca, y Hoffman se sacude el agarre de Julien. Ambos se miran con fuerte recelo, pero parecen ceder por fin.

—Tienes razón —reconoce el hombre lobo, aún agitado por el arrebato de ira—. Lo… lo siento, Elisse.

Hoffman, en cambio, guarda silencio. Tan sólo se enfunda el arma y nos da la espalda para dirigirse hacia el lavabo de la cocina y encender otro cigarrillo, como si los dos hombres quisieran tirar de mis tripas en sentido opuesto para partirme de una vez en dos.

Julien mira con lástima un desafortunado plato de desayuno tirado en el suelo, mientras que Johanna parece estar más confundida que atónita, quizás en señal de que no sabe a qué se ha referido Hoffman con eso de que Tared me había ocultado algo. Eso me da a entender que tal vez todavía no saben nada sobre Grace.

—Bueno, entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —pregunta la errante, recordando de pronto cómo respirar.

—Los tramperos podrán ser unos malditos sádicos sin escrúpulos, pero a fin de cuentas son

sólo *humanos* que han tenido mucha suerte —digo—. No me preocupa tanto que nos ataquen, sino lo que podrían hacer si utilizan lo que robaron de Red Buffalo en nuestra contra.

—Si es así, hasta nos convendría que nos encontraran —masculla Nashua entre dientes—. Mientras más rápido podamos silenciarlos, mejor para nosotros.

—Además, si hay algo aún más peligroso que Benjamin Lander y su gente es *mi Mara* —afirmo—.Y las criaturas que ha estado enviando todo este tiempo.

Con las cartas puestas sobre la mesa, no hace falta decir nada más.

—Bueno, entonces está decidido, ¿no? Hay que quedarse aquí hasta que llegue el contacto de Debbie —dice Julien, y aunque no me gusta la idea de darle la razón a Tared después del pleito que acaba de armar con Hoffman, termino por asentir—. Uf, ¡menos mal! Porque ya estaba harto de congelarme el trasero en la carretera.

—Y nosotros de escucharte roncar todas las noches.

—Ay, Johanna, ¡pero si se veían tan calientitos durmiendo abrazados a mí en la camioneta!

—Voy a vomitar —murmura Hoffman desde el lavabo.

Suelto una risa agotada y sacudo la cabeza.

—¿Saben? Hace unas semanas les habría dicho que si lo que quieren es salir vivos de esto, lo único que tienen que hacer es dejarme atrás, pero ya me quedó bien claro que si hay alguien más terco que yo son todos ustedes —admito—, así que no me queda otra cosa más que llevarlos conmigo hasta el final. Y no saben… lo mucho que les agradezco que, a pesar de todo lo que ha pasado, aún estén dispuestos a acompañarme. Sin ustedes nunca podría lograrlo y lamento mucho haber tardado tanto en entenderlo.

Mis palabras parecen cargar el silencio de significado. Johanna sonríe, conmovida, y se acerca para darme un cariñoso abrazo.

—Gracias —me dice al oído de parte de todos.

—Bueno, y ahora que ya nos estamos entendiendo, creo que es momento para que por fin nos digas todo lo que pasó contigo desde que te fuiste de Luisiana, ¿no crees? —dice Julien, quien se sienta a la mesa de nuevo para servirse un poco de agua de calcetín.

Ladeo la cabeza, confundido.

—Pensé que Hoffman ya les…

—Lo que queremos es escucharlo de ti, porque estamos muy seguros que aún te falta mucho por contarnos, ¿no? —dice mi hermana.

Miro a Tared, quien sonríe y vuelve a mi lado. Al ver la forma en la que todos me esperan pacientemente —a excepción de Nashua, quien es el único que no vuelve a acercarse a la mesa —, me concentro en por fin revelarles *todo,* y a medida que van escuchando una historia tras otra, relatos de pantanos, desiertos, de visiones de brujas alrededor de hogueras, de monstruos blancos que toman forma de seres amados y una permanente sensación de hambre, cenizas y

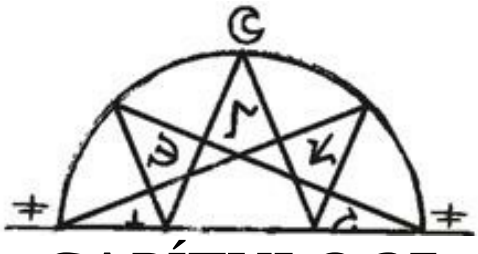
dolor, los engaños se deshacen como arena. Ellos me escuchan, a veces con asombro, a veces con horror, dispuestos no sólo a oír, sino a *creer*. Pronto, no soy yo el único que habla, porque los demás también me cuentan lo que les ha significado tantos meses de incertidumbre. Las cosas que ellos también tuvieron qué hacer para sobrevivir el luto y la desesperación.

Dentro de un torbellino de recuerdos difíciles y esperanzas que se negaban a morir, me veo invadido por un puro y sagrado alivio al saber que se acabaron las mentiras y que, a partir de ahora, ya no necesitaré ocultar nada más.

Por fin hemos encontrado, tanto ellos como yo, la forma de vivir con la verdad.

---

* Tienda de productos variados donde todo cuesta un dólar.



CAPÍTULO 37

UN LUGAR A DONDE VOLVER

Horas más tarde, me veo sentado en la sala, torciéndome los dedos sobre el sillón. Escucho a Julien discutir con Nashua en el garaje por alguna tontería sobre preparar la cena, mientras los pasos de Johanna en una de las habitaciones de arriba resuenan como el neurótico tic tac de un reloj.

Me levanto para deambular un poco por la estancia, y diviso de reojo el bosque nocturno a través del ventanal, apenas tocado por las luces halógenas del porche. Encuentro, colgado a un lado del armario de abrigos, un espejo de muy buen tamaño, con un elegante marco pintado de plata vieja, una de las pocas cosas que quedaron en la casa después de que Tared se mudase a Nueva Orleans.

Observo mi reflejo y acaricio la superficie con mi mano de hueso.

No hay portales al plano medio en esta casa, la revisé de arriba a abajo para asegurarme, pero eso no significa que no sienta curiosidad por descubrir si podría abrir uno ahora mismo, de quererlo.

Bajo la mano, azorado por la cantidad de tonterías que pasan por mi mente. Pero, ¿cómo diablos no intentar ocuparme con otras cosas si estoy más nervioso que un búfalo en el *Durgá Puyá*?* Tared dijo que quería mostrarme *algo* esta noche, y mi cabeza no me ha dejado en paz desde entonces. Los minutos han avanzado a paso de caracol y el suspenso me está matando igual de despacio, porque no puedo dejar de pensar en lo que pasó en esa cocina.

Una mezcla agresiva de ansiedad y expectación me calienta la cara más que un maldito carbón. Sólo entonces soy consciente del color violáceo que acuna mis ojos, algo que ni siquiera

todos estos días de descanso ha podido reparar. Me acomodo el cabello, pero no logro hacer que mi cara termine de gustarme.

Antes de darme cuenta de que estoy siendo demasiado duro conmigo mismo, una puerta en el piso de arriba se abre, y al alejarme del espejo y volver a la sala veo a Tared bajar por la escalera.

Durante la larga ducha que acaba de tomar se ha recortado bastante el cabello, y ahora lo lleva ligeramente parecido a la usanza militar; también se ha rasurado la barba casi al ras. Lleva puesta una camisa de franela oscura y su parka en el brazo, lo que acentúa ese aire rústico y salvaje tan característico de él, visible debajo de su modesta elegancia y formalidad.

Y se ve tan bien, tan jodidamente guapo y rejuvenecido, que al percibir su suave aroma a loción para después de afeitar me dejo caer sobre el sofá para terminar de derretirme sobre el asiento.

Mi cerebro sólo consigue conectar dos neuronas cuando el devorapieles se yergue a un palmo de mí.

—¡Ah! —es lo único que logro expresar. El muy desgraciado sonríe de una manera irresistible y se pasa una mano por el cabello.

—¿Tal mal se ve?

—¿Eh? ¡No! ¡No, claro que no! —*torpe, torpe, torpe*—, ¡yo, tú, este…!

—Tranquilo. Me alegra que te guste —dice, consciente del magnético efecto que tiene en mí —. ¿Estás listo? ¿Te quedó todo bien?

Miro mi suéter de punto negro y los vaqueros deslavados que llevo puestos preguntándome si entre todas las prendas que compraron mis hermanos para mí pude haber escogido algo más bonito.

Me pongo de pie y el hombre lobo toma mi nueva chamarra larga de lana gris y me la coloca sobre los hombros. El suave apretón de sus manos ayuda por fin a disiparme los nervios.

—Hará frío, y mucho —me advierte—. Sé que lo odias, pero valdrá la pena. Te lo prometo.

—Más te vale —replico mientras me pongo los guantes y un gorro muy parecido al que quedó clavado en aquella piedra, en Montana—. Si regreso hecho una paleta, te devolveré a la tienda de mascotas.

Tared se echa a reír y me coloca también la bufanda. Bien podría hacerlo yo mismo, pero el tacto de sus cuidadosos dedos sobre mi cuello es demasiado agradable. Luego, acaricia mi mejilla con sus nudillos, apenas un roce que basta para detener el tiempo unos segundos.

—¿Pasa algo? —pregunto con la voz un poco atontada por la sensación.

—Quería pedirte disculpas por lo que pasó hace rato. Con Hoffman —responde—. Me comporté como un imbécil y lamento muchísimo si te asusté.

Observo al lobo unos momentos y noto que todavía se asoman la punta de sus colmillos en los dos caninos superiores. No ha tenido humor para arrancárselos, al parecer.

—Está bien —contesto—. Se pasó de la raya con ese comentario y pudo haberte delatado con los demás sobre Grace. Sé que no es algo que quieras compartir todavía con ellos…

—No me importa lo que él diga o piense de mí, pero lo que no le voy a tolerar es que se meta contigo.

Suspiro y niego con la cabeza.

—Estoy seguro de que no era su intención hacerlo. Es un poco como Nashua, se les hace fácil decir tonterías de las que luego se arrepienten.

—Con razón se toleran bien. El otro día estuvieron juntos en la cocina, bebiendo café sin siquiera dirigirse la palabra durante más de una hora. Fue espeluznante.

Me río un poco ante la imagen, porque es algo que no había notado hasta ahora.

—De todos modos, no tardará en disculparse.

—¿Hoffman? ¿Disculparse por ser un completo animal?

Ahora soy yo quien ayuda al devorapieles a cerrarse la parka. Noto que le queda un poquito justa en los brazos, por los músculos, cosa que me hace sonreír.

—A pesar de ser un cabrón, tiene lo suyo en muchas cosas, Tared.

—Eso te lo concedo —dice a regañadientes—. Y aunque prefiero que me atropelle un camión antes de decírselo, estaré en deuda con él para siempre.

Imagino que se refiere a las veces en las que Hoffman me ha salvado la vida, y el hecho de que el devorapieles lo reconozca me deja más tranquilo.

Después de ponernos las botas, ambos salimos de la casa. No hay nubes de tormenta, por lo que el cielo está iluminado por las estrellas, ya que la luna apenas es una grieta minúscula y blanca en la oscuridad a la que le falta poco para apagarse.

Al cruzar el porche, veo a un lado de éste algo que me hace entornar la mirada: una *pickup* roja estacionada junto a la *suburban* negra de Comus Bayou, una camioneta muy, muy parecida a ésa que alguna vez hice papilla en el pantano.

—¿Y esto? —pregunto, señalando el vehículo.

—La trajo una grúa hace rato, mientras buscabas portales en el sótano —dice—. Saqué el seguro de mi camioneta hace años cuando la compré aquí en Minnesota, y por azares de la vida que tú conoces muy bien no había podido venir por el reemplazo. Hasta ahora.

Miro de nuevo el reluciente vehículo, sus llantas cubiertas de cadenas y la elegante parrilla perfectamente cromada. Es preciosa, potente y varios modelos más nueva que la anterior.

—¡Tenías seguro y nunca me lo dijiste! —exclamo, boquiabierto.

Él sonríe y se encoge de hombros.

—Supongo que quería un pretexto para estar encima de ti todo el tiempo.

Le doy un puñetazo suave en el brazo, aunque no estoy realmente molesto, porque sé bien que en realidad el lobo nunca tuvo intenciones de cobrarme nada. Voy hacia la lustrosa

camioneta, acaricio un poco el cofre y pienso en la cantidad de cosas que hemos vivido desde aquella mañana en Nueva Orleans. Es como si nos hubiésemos arreglado para volver al punto de partida, aun cuando este viaje parece cada vez más cerca de su final.

—¿Listo? —Tared abre la puerta del copiloto, lo que me saca de mi ensoñación. Al trepar, la nostalgia me hace sonreír de forma dolorosa cuando descubro un pequeño atrapasueños quemado que cuelga del retrovisor.

—Dioses, creí que se había perdido —susurro con alivio, porque lo último que recuerdo es que esto estaba guardado entre las cosas que llevé conmigo de Red Buffalo, antes de la pelea en Stonefall.

—Los demás lograron encontrarlo y fue lo primero que me devolvieron cuando llegamos aquí. Este objeto fue una de las pocas cosas que traje conmigo cuando fuimos a buscarte a Utah, después de todo —dice al subirse a la camioneta para encenderla.

—Debe ser muy importante para ti.

Él sonríe y mira el objeto con la misma melancolía que yo.

—Mi madre me lo dio hace muchos años, después del incidente de Grace. Ella es blanca al igual que yo, así que no comprendíamos en realidad el propósito de un atrapasueños indígena, pero le pareció adecuado debido a mi situación. Me dijo que, sin importar a dónde fuera ni qué tan lejos llegara, siempre me ayudaría a encontrar el camino a casa.

"¿A qué maldito sitio quieres que vuelva si mi hogar está aquí, frente a mí, cerrándome sus puertas y diciéndome que ya no me quiere más en su vida?"

Las palabras que dijo Tared la noche de la fogata con los Loas toman tanto significado que tengo que mirar a través de la ventanilla para que no vea mis ojos cristalizarse.

—¿Fue por eso que me lo diste en aquel momento? —es lo único que puedo preguntar antes de que se me quiebre la voz.

—Nunca ha dejado de ser tuyo, Elisse —dice, y logro verlo sonreír a través del retrovisor de mi puerta—. Al igual que yo.

Al comprender mi conmoción, él pone el vehículo en marcha y no añade nada más. Miro el camino y recuerdo que, mientras lo ayudaba a lavar los platos, Julien me dijo que el terreno que rodea la propiedad de Tared es muy amplio y boscoso, poblado de pinos y coníferas debido a que colinda con la frontera del Parque Nacional Voyageurs. No hay vecinos ni negocios próximos en tres kilómetros a la redonda, por lo que muros de árboles impenetrables se alzan por todos los costados de la casa, partidos sólo por el camino que baja hacia un tramo de la carretera cincuenta y tres.

Pero, en vez de encaminarse al asfalto, Tared rodea la construcción y se dirige hacia arriba, al lado contrario.

—¿A dónde vamos? —pregunto cuando entramos a un sendero estrecho y casi oculto por la

nieve.

—¿Estás nervioso?

—Tú siempre me pones así.

—Créeme, nadie lo está más que yo en estos momentos, pero si llegas a sentirte muy inseguro, dímelo, por favor —pide—. Prefiero mil veces que lo olvidemos a presionarte.

—¿Lo dices por si temo que algo vuelva a atacarnos?

Él asiente y yo lo pienso unos momentos.

—¿Sabes? Da igual si es entre cuatro paredes o a la intemperie —respondo con seguridad—. No hay sitio en este mundo donde me sienta más seguro que a tu lado, así que mientras tú estés aquí, no hay nada de lo que tenga que preocuparme.

Esta vez es él quien me mira tan sorprendido que casi raspa un lado de la camioneta contra un árbol. Dejo salir una carcajada y él carraspea, con las mejillas ligeramente teñidas de rubor.

Noto que, aunque se ve que no le han pasado la pala en varios años, el sendero aún es transitable. De hecho, tengo la sensación de que hasta podríamos cruzarlo caminando.

Después de unos pocos cientos de metros empiezo a escuchar el sonido de agua que rompe contra las piedras, como una costa. Segundos después, las farolas alumbran a lo lejos lo que parece ser el borde de un acantilado.

Tared detiene de pronto la camioneta.

—¿Elisse?

Sin darme cuenta, mi mano se ha deslizado sobre su pecho, como si intentase protegerlo de una caída inminente. O del disparo de un arpón.

Retraigo la palma, espantado ante la alucinación.

—Perdona. Fue un reflejo —el devorapieles pone la mano sobre la palanca de cambios para dar reversa—. ¡No, no, espera! Dijiste que querías mostrarme algo y yo dije que confiaba en ti, así que, por favor…

Al ver mi determinación, Tared decide avanzar despacio hasta el claro del acantilado, donde los árboles se abren en forma de media luna. El precipicio está bordeado por una vieja cerca de madera, muy parecida a un corral, mientras que una banca que parece tener años sin usarse reposa en medio del lugar.

Cuando sólo restan unos veinte metros de distancia del cerco, Tared pone el freno de mano y apaga el vehículo. Las luces de los faros se extinguen y todo se envuelve en un suave tinte púrpura y aterciopelado creado por millones de estrellas que se acumulan en una estela gruesa contra el cielo: la vía láctea en toda su plenitud.

El sonido del agua también se vuelve cada vez más nítido a medida que mis sentidos se aclimatan, murmullos del viento que empuja las suaves olas. A través del parabrisas, logro por fin ver el lago que se asoma a unos treinta metros bajo el precipicio, tan enorme que se extiende

hasta alcanzar el pie de otro monte frondoso.

El bosque también muta alrededor. Aquí, los árboles no son huesudos como los del barranco en Montana, la nieve no está sucia ni revuelta por las avalanchas. En este rincón de Minnesota, los pinos son verdes y espesos. La nieve es prístina y hermosa. La noche es dulce y huele a fresco.

Me cuesta unos segundos procesarlo pero, después, la idea termina de rodar dentro de mi cabeza: *aquí es*. Ésta es la región de los Grandes Lagos, cinco masas de agua tan frías y titánicas que alcanzan a tocar ocho estados del país.

El sitio donde reside la leyenda de Wéndigo.

Mi mano huesuda cosquillea bajo el guante y Tared ladea la cabeza.

—Empecé a venir a este mirador cuando era niño, tiempo después de que mi padre se fuera de casa —dice, quizá para romper un poco la tensión—. El hogar de mi madre queda en el pueblo al otro lado del lago, así que no me costaba mucho cruzarlo escabulléndome en las lanchas de los pescadores. Después, sólo tenía que tomar ese camino y subir hasta aquí —dice a la par que apunta hacia un lado del bosque, por donde se asoma otro pequeño sendero asfaltado.

Mientras me cuenta todo esto, trato de imaginarlo de pequeño. ¿Habrá sido un chico serio y reservado o un pequeño huracán rebelde como lo fui yo en su momento? Recuerdo que una vez me dijo que tuvo un carácter difícil, pero me cuesta creerlo al considerar el hombre tranquilo y centrado que es ahora.

Tampoco me pasa desapercibido el que haya mencionado a su padre.

—Mi madre siempre pegaba un grito cada vez que desaparecía —continúa con una sonrisa somera—. Yo sabía que la volvía loca, pero había algo en mí que me obligaba a volver a este sitio, una y otra vez. Me gustaba tanto, me traía tanta nostalgia que terminé por comprar el terreno donde ahora está mi casa para tenerlo siempre cerca. Éste era mi lugar seguro y lo sentía tan *mío* que nunca se lo mostré a nadie.

Tared acaricia distraídamente el volante a medida que los recuerdos lo inundan, mientras yo me pregunto si con “nadie” se refiere también a Grace.

Súbitamente, soy consciente de que conozco bien al Tared del presente, pero muy poco del de su pasado. Y aunque el hombre al que amo es el primero, también hay una parte de mí que está ansiosa por saber más. *Mucho más.*

—Además de tu esposa, ¿hubo alguien más?

En cuanto aquello sale de mi lengua, temo haber indagado en eso demasiado pronto. Es más, ni siquiera creo que sea algo que tenga derecho a preguntar de todas maneras.

Tared gira la barbilla hacia mí.

—¿Te refieres a que si tuve otras parejas? —asiento con la cabeza—. No.

—¿Es en serio? —digo con sorpresa—. ¿Ni siquiera cuando estabas en Nueva Orleans?

De acuerdo, eso sí que ha sido grosero, pero es que no pude evitarlo. ¿En tantos años, y con semejante…?

Por suerte, él no parece incomodarse por mis tonterías. Tan sólo desvía la mirada a las estrellas, y como no podía ser de otra manera, las lunas azules que tiene por ojos las opacan con creces.

—No, ni siquiera en Luisiana —contesta con tranquilidad—. Pero es por una razón más sencilla de la que imaginas.

Él se acomoda un poco en el asiento para mirarme.

—Verás —empieza—, con Grace mantuve una relación estrecha desde pequeño. Vivíamos en el mismo vecindario, asistíamos a la misma escuela y a la misma clase, así que desde el principio hubo una conexión *emocional*, algo que construimos con los años y que, cuando se acabó, me costó mucho… superar.

Meto ambas manos en los bolsillos de mi abrigo con la esperanza de que no haya visto cómo se han tensado. Imaginarme a un Tared joven y profundamente enamorado de una chica a quien conoció desde su infancia me lleva a pensar en tardes de juegos en los veranos y citas maravillosas bajo las hojas de otoño.

Crecer al lado de tu primer amor en un lugar tan bello como este rincón de Minnesota debe ser algo precioso, sacado de esas historias que tanto se intentan imitar en la ficción.

Y la tuya no ha sido más que el resultado del dolor.

—Después de su muerte, la idea del amor no volvió a cruzar más por mi cabeza —confiesa —. A lo largo de estos años conocí a muchas personas nuevas, pero nadie con quien pudiese sentir otra vez ese vínculo que me hiciera querer levantar la cabeza y darme *otra oportunidad*. Además, el rencor que me tenía y el trauma de lo que había hecho al perder el control de mi cuerpo me impidió siquiera pensar en refugiarme en el de alguien más para lidiar con mis problemas. Y agradezco que haya sido así; ya había hecho suficiente daño para una vida entera.

Una de mis manos ha vuelto a tomar vida propia, pero ahora para posarse sobre mi corazón como si pudiese sentir todavía la garra cruel y dura del monstruo de hueso sobre él.

Tared, impregnado aún de esa melancolía, apenas logra sonreir.

—Aunque eso no significaba que no pudiera reconocer la belleza cuando la tenía en frente, ¿sabes? —dice—. Después de todo, cuando te conocí, me dije que eras la persona más hermosa que había visto en mi vida.

Como una flecha, vuelve a mí el recuerdo de sus ojos de lobo entre la niebla helada de Audubon Park.

Me sonrojo con tanta intensidad que podría derretir medio Minnesota.

—Dioses, qué cosas dices —susurro sin poder sostenerle la mirada. Él se ríe por lo bajo.

—¿Qué hay de ti?

—¿Eh?

—¿Hubo alguien más en tu vida, Elisse?

La pregunta basta para bajarme el calor. Observo el lago unos momentos, los suficientes como para que Tared perciba la tristeza emanar de mí.

—*Adam* —confieso en voz baja—. Aunque no lo quería de la misma forma que a ti, él fue… importante.

—Te refieres al hijo de Jocelyn Blake, ¿verdad? —pregunta con tiento. La herida de lo que sucedió en la cabaña me abre en canal, y me arden los ojos al recordarlo ahora como una extensión de la terrible Marionetista.

Tared se desliza sobre el asiento y pasa su brazo por mis hombros para acercarme a su costado.

—Lo lamento mucho, Elisse —susurra—. Adam no merecía nada de lo que le pasó. Y tú tampoco merecías haberlo perdido de esa manera.

El errante acaricia en mi cuello el sitio donde alguna vez hubo una cicatriz que yo mismo me hice cuando desperté en Red Buffalo. Levanto la barbilla y me sorprendo de no encontrar rastro de amargura en su expresión ni en sus palabras, y que su empatía por mí, por mis sentimientos, sobrepasa cualquier celo o inseguridad que pueda provocarle mi afecto por otro hombre.

Su calor esfuma fantasmas y sombras, lo llena de una magia que ni siquiera la espada puede absorber, porque me ayuda a encontrar en mí ese dolor tan puro y empático que me hace entender que Tared no sólo perdió a su mujer, sino que tuvo que abandonar su hogar, su trabajo, *su familia*, con tal de reparar sus errores.

Tomo su mano y la envuelvo con la mía.

—También lamento que hayas perdido a Grace —digo con sinceridad, inspirado por la nobleza de sus sentimientos—. La amabas y me pesa mucho el saber que tuviste que pasar por el dolor de no tenerla más en tu vida. De verdad, lo siento mucho, Tared…

Ahora es él quien necesita un segundo para sopesar sus emociones.

Después, baja su brazo a mi cintura y me atrae aún más. Su rostro queda tan cerca del mío que su aliento acaricia mis labios como un beso, pero es su nariz la que roza la mía en un gesto de gratitud.

—*Te quiero, Elisse*. Te quiero más de lo que te puedes imaginar —me susurra. Mis ojos buscan empañarse de nuevo, pero lo disimulo con una breve carcajada.

—Dioses, Tared. Hacerme venir hasta aquí para decirme cursilerías mientras me congelo el trasero.

Él se echa a reír con sus labios dulcemente cerca de los míos. Le acaricio la mejilla con mis nudillos, y disfruto de la sensación de su barba recién perfilada.

—Pero hablando en serio —musito—, gracias por enseñarme este lugar tan importante para ti.

—¿Quién dijo que eso era lo que quería mostrarte?

Él mira hacia el lago y detiene mi cabeza con suavidad para impedir que yo pueda hacerlo también. Y entonces, me pide que cierre los ojos y que confíe en él una vez más.

Sin poder negarme, obedezco para luego escucharlo apartarse y bajar de la camioneta. Sus pasos llegan a mi puerta y la abren. Me toma de ambas manos y el frío que siento al salir de la cabina me hace castañetear los dientes.

—No vayas a abrirlos por nada del mundo —insiste y un escalofrío distinto me recorre cuando percibo que vamos en línea recta hacia el barranco. El vértigo crece, pero su agarre es tan firme sobre mí que camino sin detenerme, con seguridad. Finalmente, el alivio me inunda cuando él pone mis dedos sobre la cerca de madera.

—Agárrate bien y no abras los ojos, escuches lo que escuches. Confía en mí —insiste una y otra vez hasta soltarme. Tiemblo cuando percibo sus pasos retroceder en la nieve. Mis dedos se crispan sobre el corral.

Y entonces lo escucho *aullar*.

Una. Dos. Tres veces. Tared aúlla como un lobo desde su garganta humana hasta que la potencia de su voz opaca el sonido del viento y el agua. Y cuando el silencio se prolonga lo que parece una eternidad, escucho un aullido más. Pero no proviene de Tared, sino del bosque.

Uno tras otro, como un coro invernal, decenas de aullidos de *lobos* se levantan por la inmensidad de las montañas que rodean el lago, respondiendo el llamado del devorapieles hasta convertirse en una melodía. Un llamado de la sangre y el instinto.

Una leyenda entre los humanos. Un mito que se vuelve realidad.

Tared se acerca de nuevo y me rodea con sus brazos, sus manos sobre las mías, su corazón que palpita desbocado contra mi espalda.

Despacio, se inclina y susurra sobre mi oído:

—Ábrelos.

Cuando lo hago, un resplandor neón aparece en el horizonte para romper la oscuridad. Es enorme, brillante y majestuoso sobre las aguas, y surca las estrellas en una ola de distintos matices de verdes, cada uno más vibrante que el anterior. Su movimiento es armonioso y bellísimo, como si el cielo entero se contonease al ritmo de su vaivén.

Es una aurora boreal.

—Tared… —susurro sin aliento mientras los lobos aún aúllan alrededor como si quisieran dotar de música al espectáculo.

—El parque Voyageur es uno de los pocos lugares tan al sur del polo donde se pueden ver las auroras boreales —dice el errante, aún sobre mi oído—. Siempre dije que había algo muy

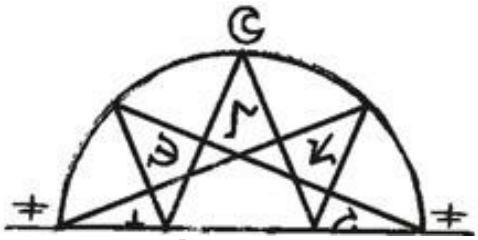
familiar en ti cada vez que te miraba y por fin comprendo qué era. Tus ojos verdes me recordaban mucho a las luces del norte. *A mi hogar*.

Tared me estrecha la cintura y roza su mejilla contra la mía. Y cuando giro la cabeza sobre mi hombro para dejar que atrape mis labios, yo también regreso a casa.

Porque, aunque este momento termine para enfrentar de nuevo la crueldad de la batalla que nos espera, siempre, siempre podré volver aquí. Al recuerdo de este bosque. A los aullidos de estos lobos y a los brazos de este hombre que me sostienen bajo el brillo de la aurora boreal.

---

[*] Festival hinduista realizado en honor a la diosa Durga, en el cual se acostumbran rituales de sacrificio animal.



CAPÍTULO 38

UNA MAGIA DISTINTA

Cuando Tared estaciona la camioneta frente al porche, encontramos las luces del frente apagadas. Entre el tiempo que permanecimos en el lago y el rato que nos tomó bajar a la carretera para buscar una gasolinera, nos dieron más de las doce, por lo que los demás ya deben haberse acostado.

Nos quedamos en la cabina unos minutos, tan sólo con la luz de las estrellas y la quietud de la noche, el silencio de la casa delatando el golpeteo ansioso dentro de mí.

Pongo la mano en la puerta y Tared me llama por mi nombre. Y tras una breve petición de sus ojos azules, me deslizo por el asiento hacia él.

Me toma en brazos y yo acuno su rostro para besarnos una vez más, tal cual hemos hecho durante todo el camino, robando tiempo en un semáforo, en un cruce de caminos o mientras se cargaba el combustible en la estación.

El calor de la cabina empieza a subir cuando deslizo mis manos a su pecho para liberar el cierre de su parka, demasiado apretada contra un corazón que late cada vez con más fuerza.

Mi tímida señal hace que él rompa nuestro beso con cuidado para luego llevar sus labios por mi comisura, por mi mejilla, por mi oreja. Despacio, deshace el nudo de mi bufanda para alcanzar mi cuello.

No podría encontrar una manera de explicar la forma en la que mi piel se eriza cuando él la besa, pero creo que el suave gemido de mis labios basta para describirlo.

Escucho los nudillos de Tared estrujar el volante, su beso convertirse en una suave mordida que busca arrancarme un suspiro más. Él se separa de mí dolorosamente despacio. Nos miramos

a los ojos y la tensión se siente como la resistencia de un gatillo.

Bajamos de la camioneta y el frío se derrite contra mi piel enrojecida, la bufanda y el gorro ya olvidados sobre el sillón. Nuestro andar silencioso empieza a parecerme eterno cuando él me toma de la mano y tira de mí con suavidad hacia la puerta.

Al entrar, encontramos una única luz encendida en el porche lateral de la cocina, en señal de que a quien le tocaba hacer guardia hoy ha salido a hacer una ronda. Pero de allí en más, el resto de la casa está tranquilo, casi insonoro. Tan sólo se escucha el roce de nuestras ropas cuando, al pie de la escalera, volvemos a comernos a besos.

—Elisse…

Suelto un gemido de sorpresa al sentir sus dedos fríos colarse bajo mi camiseta, rodear mi cintura y estrujarme contra él para saborear cada letra de mi nombre en su boca, ejecutando un conjuro que dejó caer sobre mí desde la primera vez que lo pronunció.

El lobo desliza mi abrigo para descubrir mis hombros. Los acaricia, los besa, anhelando la piel que yace debajo de la ropa. Deshace mi trenza. Sus pupilas se dilatan. Su respiración se acelera.

Tared gruñe con fuerza contra mi cuello cuando suplico sobre su oído:

—Llévame arriba.

Me levanta en brazos y me sube hasta la habitación sin tambalearse una sola vez. Entramos en la recámara y me baja junto a la chimenea sólo para volver un segundo a la puerta.

Una sensación asfixiante de nerviosismo y expectación se dispara dentro de mí al escuchar el clic metálico del seguro resonar contra las paredes. El hombre lobo se acerca de nuevo y siento sus pasos como los de un depredador que acecha en la nieve.

Siempre he dicho que el líder de Comus Bayou tiene una mirada muy… intensa, dominante, pero esa palabra se queda corta comparada con lo que siento cuando él se para delante de mí para clavarme sus ojos azules. Es tan alto, tan grande comparado conmigo que me siento como un ciervo indefenso ante el apetito de un lobo hambriento y feroz.

Tared termina de quitarme el abrigo, que aterriza en el suelo con un suave susurro. Y como si comenzáramos un ritual grabado en el instinto, ahora soy yo quien lo despoja del suyo. El frío es palpable en la recámara, nuestros alientos densos se mezclan en el claroscuro…

Pero yo ya no siento frío. Sólo una flama que busca estallar.

Él se desabotona la camisa, tan despacio que el sendero de piel que se abre como una grieta sobre su pecho me evapora la saliva. Y, al dejarla caer, siento una envidia terrible por la suerte que tiene esa tela de deslizarse de esa manera por sus hombros.

Me permito unos segundos para admirarlo. No es la primera vez que lo veo quitarse algo de ropa, pero sí es la primera vez que Tared se desnuda *para mí*.

Y eso lo cambia todo.

Alargo mi mano descarnada para bordear la herida del arpón, aún cubierta por el parche. Luego, la subo despacio por su cuerpo para sentir las cicatrices en los pectorales y el esternón, marcas blancas y gruesas que no han podido mancillar su belleza.

Cincelado y duro como el granito, firme desde sus hombros hasta esas líneas gemelas que marcan su vientre bajo, Tared tiene un cuerpo tan hermoso que me parece un crimen tocarlo con una garra tan horrible como la mía.

Retraigo mi mano maldita hacia mi pecho, consciente ya no sólo de mi deformidad.

De pronto, me siento diminuto e inseguro, con mis curvas suaves y andróginas en sitios donde se supone que debería haber músculos como los suyos. A veces me da rabia no tener un solo vello sobre la barbilla o una apariencia más varonil, sentirme como algo más que un fenómeno de circo.

Como siempre, Tared parece leerme la mente, pero en vez de desestimar mis sentimientos con halagos que no serían de ningún consuelo, me atrae con cuidado hacia él. Toma mi mano de hueso, la acaricia con su pulgar y arranca un grito furioso del monstruo dentro de mí cuando *la besa*. Me quedo mudo de la impresión al ver cómo acaricia mis nudillos sin asomo de repulsión. Sin una pizca de temor.

Estoy tan conmovido que disfruto cada gesto de ternura con los ojos cerrados.

El corazón casi se me sale del pecho cuando Tared me toma de los hombros y me empuja suavemente hacia la cama.

Nuestro peso hunde el lecho cuando nos fundimos unos momentos sobre las frazadas, tan sólo besándonos, enredándonos en los brazos del otro, buscando ser uno a través de nuestro tacto. Percibo su aroma muy de cerca mientras que esas manos que pueden partir astas y huesos me acarician con una ternura y un cuidado que me derrite contra la almohada.

¿Cuántas noches desee tener a Tared en mis brazos, sentirme amado y deseado por él como en este momento? ¿Y cuántas veces me sentí indigno de su afecto a causa de mis errores, de la criatura que llevo dentro…?

Al descubrir que lo que quiere ya no va a conseguirlo sólo en mis labios, el devorapieles se arrodilla y empieza a quitarme la ropa. Me saca el suéter, las calcetas, la camiseta. Y entre prenda y prenda, besa con tanta devoción cada costilla, cada hueso que pienso que se marcan muy poco o demasiado, hasta recordarme que todo eso es perfecto tal y como está.

Y entonces, me veo obligado a aferrarme a las sábanas cuando él posa las manos en la pretina de mi pantalón.

—Tared…

El lobo levanta la mirada, encendida ya no como una luna, sino como un vibrante fuego azul.

—¿Quieres que me detenga, Elisse?

Preferiría morir primero, así que niego con la cabeza, mi cara más caliente que un carbón. Sin

dejar de observarme, desabrocha el botón y finalmente baja el cierre por completo. Tared sonríe y se inclina hacia mi ombligo para besar el vello que nace claro y escaso en una línea fina sobre mi vientre. Suspiro tan profundo que mi espalda crea un suave arco sobre la cama, el cual él aprovecha para quitarme todo lo que me queda de ropa.

El hombre lobo abandona mi abdomen y se arrodilla delante de mí. Observa mi cuerpo de arriba abajo, mi cabello derramado por la almohada, mi pecho acelerado y el sendero de besos que ha marcado sobre mi piel.

Y al detenerse en mi sexo, endurecido por la excitación, él deja escapar un suspiro de lo más erótico.

—Dios mío, Elisse —dice sin aliento—. Eres precioso.

Escuchar aquellas palabras así, en el momento más vulnerable de mi vida, transforma todas y cada una de mis inseguridades en cenizas. Y al ponerse él de pie para desabrocharse sus propios vaqueros, me queda bien claro que el deseo que siente Tared por mí también es *bastante real*.

Retuerzo las sábanas entre mis puños cuando el hombre lobo, con una paciencia deliciosa, se recuesta sobre mí y me hace descubrir miles de sensaciones que jamás había experimentado antes: la piel de otra persona contra la mía, su peso sensual sobre mi cuerpo y sus caderas abriéndose paso entre mis muslos en busca de la promesa de un paraíso.

Dejo salir un gemido al sentir su propia dureza presionar contra la mía, porque no tengo ni la menor idea de cómo describir semejante sensación. Él es tan tibio, tan firme y a la vez tiene una textura tan aterciopelada que mis caderas se mueven por sí mismas contra las suyas para buscar un poco más de ese placer tan nuevo para mí.

Tared cierra los ojos y gruñe mi nombre contra mi clavícula. Mis labios prueban su cuello, la firmeza de sus hombros y el maravilloso sabor de su piel bronceada por la nieve. Sus vellos se erizan ante la frialdad de mi lengua y su entrepierna pulsa con fuerza.

Quiero más sensaciones. Quiero acariciar y probar más allá de lo que alcanzan mis dedos, descubrir tanto de su cuerpo que mi mano humana se desliza de forma instintiva por su abdomen, aunque con algo de duda y timidez.

—Tranquilo —susurra a la vez que él mismo la guía con cuidado hacia su vientre—. Puedes tocarme todo lo que quieras…

Por los Loas, ¿cómo puede decirme eso mientras me mira tan fijamente a los ojos?

De nuevo, más sensaciones desconocidas me desbordan: el grueso de su sexo al tenerlo entre mis dedos, la agradable y masculina densidad de su vello, sus gemidos guturales contra mi oído cuando lo acaricio de arriba abajo…

Dioses. No sabía que se podía sentir tanto placer por el simple hecho de tocar así a otra persona.

Y cuando él me hace sentir de la misma manera, poco me falta para derramarme sobre las

sábanas… Hasta que decide que no va a soportarlo más.

De pronto, sus labios bajan por mi pecho. Por mi ombligo. Por los delicados huesos de mis caderas.

—Eres tan jodidamente hermoso —susurra contra mi piel, tocando y probando todo lo que encuentra a su paso—. ¿Cómo diablos puedo ser tan afortunado?

Qué ironía. Justamente estaba pensando en que, a pesar de todas las cosas terribles que me han pasado, Tared es la prueba de que soy un chico con mucha suerte.

Mi espalda forma otro agresivo arco cuando él por fin alcanza la suave piel del interior de mis muslos. Me toma de las rodillas, las abre y sin piedad, sin una pizca de compasión, se hunde entre mis piernas y *me devora*, tan despacio y a la vez, con tanto apetito, que el mundo deja de tener forma y sentido. Me aferro con fuerza a su cabello y él gruñe muy bajo, un ruido feral y salvaje que se intensifica cuando hago trizas las cobijas con mi garra.

Entonces sucede algo extraordinario: a medida que mi clímax se acerca, la magia fluye dentro de mí como si la propia lengua de Tared la acariciara, con tanta fuerza que la espada ni siquiera puede detener la marea de poder que se dispara hacia cada rincón de mi cuerpo. Y cuando por fin llego a la cúspide, esa poderosa fuerza natural cimbra en su punto más alto para luego desvanecerse entre mis gemidos. Tiemblo sobre la cama largos segundos, embriagado y con el nombre del lobo haciendo eco en mi boca una y otra vez.

Tared sube de nuevo hacia mi rostro y sonríe.

—Olvida lo que dije hace rato —susurra, relamiéndose los colmillos—: tú, *teniendo un orgasmo,* es sin duda lo más bonito que he visto en mi vida.

Me echo a reír, a punto de desvanecerme debido al placer. Me sostengo de su nuca, y la piel de Tared se eriza cuando observo hacia el bolsillo de su parka, echada a un lado del colchón.

Jala la prenda y saca el par de cosas que se bajó a comprar en la gasolinera con la excusa de echar combustible. Las deja a un lado, cerca de la almohada, y recarga su frente contra la mía.

—Todavía podemos dejarlo para después —sugiere, aun cuando puedo sentirlo palpitar ansioso contra mis muslos.

—Vamos. No seas cobarde —le digo con una sonrisa que él corresponde.

—Perdona. Es sólo que tengo muchos años sin hacer esto y en su momento tampoco me consideré un experto. Me asusta mucho hacerte daño, Elisse…

Al principio, me sorprende escuchar la timidez en su voz, pero después recuerdo que ninguno de los dos ha estado con otro hombre antes, así que es entendible que también esté nervioso. Aunque, para ser honesto, el dolor es lo último que podría preocuparme ahora, puesto que esta vez se trataría de un tipo de dolor distinto, uno que he anhelado desde el primer momento en el que supe que deseaba a Tared.

Además, él mismo lo dijo una vez en Nueva Orleans: a veces el dolor es un signo de que algo

está cambiando. Y yo estoy cambiando.

Estoy cortando el último cordón que me ata al Elisse del pasado.

Él termina por entenderme, pero eso no evita que yo contenga la respiración al verlo romper el envoltorio del preservativo. Con cuidado, se lo coloca frente a mí y luego se inclina sobre mis labios. Escucho una pequeña botella abrirse, y la luna nueva desaparece tras la ventana cuando las caricias húmedas del lobo vuelven a alcanzarme.

Aquello es un poco difícil al principio, quizá más de lo que pensé. Pero pronto me encuentro buscando más de esa sensación nueva e iniciática cuando Tared logra llegar a partes de mí que nunca habían sido tocadas antes.

Su contacto se alterna entre la ternura y la firmeza, y echo mi cabeza contra la almohada, el dolor y el placer tambaleándose en una línea indescifrable, tan fina que mis ojos se llenan de lágrimas. Suspiro con angustia hasta que, con un autocontrol y una calma asombrosa, él mismo se abre paso en mi cuerpo como una magia nueva y poderosa, una sensación que ni siquiera el más potente de los hechizos sería capaz de imitar.

Sin prisa, gruñe, gime y se deshace de placer con cuidado, consciente de la fuerza y el peso de su cuerpo sobre el mío, de lo que me está costando albergarle dentro de mí. Me invoca una vez más, mi nombre como acónito* en su boca cuando sus caderas logran llegar hasta el fondo. Suspiro bajo sus labios al sentir que mi vientre arde y que todo mi ser suplica por ser liberado de semejante presión.

La satisfacción es inevitable cuando esa misma tensión lo hace gemir en voz baja, un sonido tan erótico y tan feral que podría embrujarme con la melodía.

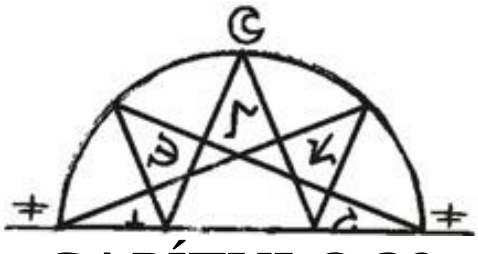
Tared planta sus manos al lado de mi cabeza y, después de asegurarse de que no me está haciendo daño, comienza a moverse contra mí. Primero, despacio, con firmeza, pero sin brutalidad, buscando desesperadamente un instante, una sensación que domine todo menos su consciencia sobre mí.

Él baja sus labios a mi oído y me dice que me encuentra tan maravilloso que le resulta una tortura contenerse. Su voz se engrosa, su frente se perla de sudor y un rugido escapa de sus labios cuando, a cambio, le pido más. *Mucho más.*

El hombre lobo se funde conmigo bajo la luna oscura hasta que, después de un último beso, él también alcanza una clase distinta de magia.

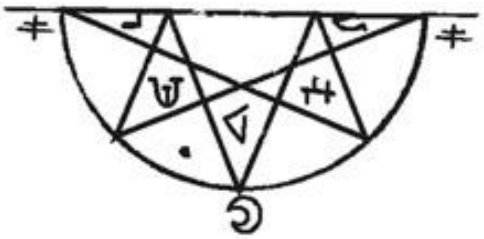
---

* También conocida como wolfsbane, es una hierba a la cual se le atribuían poderes que volvían vulnerables a los hombres lobo.



CAPÍTULO 39

UN SUEÑO PELIGROSO



La Maligna encuentra el endrino despedazado por la madrugada, horas antes de que el sol alcance a besar el bosque. La veo inclinarse como un junco hacia lo que queda del tronco, el cual ha sido cortado de forma precisa, casi quirúrgica. Y por encima de los anillos de la madera, percibe también el olor del fuego y las cenizas, lo que confirma su sospecha de que el potro en el que fue quemada la tarotista Cecilia había sido fabricado con el desdichado árbol.

Debió haberlo visto venir. Ese endrino negro era, por sí mismo, un mal presagio. Una criatura perteneciente a la niebla que, de pronto, había aparecido en el mundo de los humanos, sembrado en la atropellada acumulación de rocas al pie de la colina y oculto de cualquier guardaparques que pudiese preguntar qué hacía un árbol de esa especie —y de semejante tamaño— plantado en medio de la reserva Lynn Woods.

Y ahora, alguien había cortado aquel endrino para llevarlo al almacén de Cecilia. Algo que había descendido desde los sueños de aquella desgraciada sólo para quemarla viva en su propia casa como una burla, un insulto hacia el simbolismo del endrino que, siglos atrás, se consideraba madera de brujas.

La mujer estira el largo brazo para tocar la corteza. La dilatación de su mirada y la forma en la que sus dedos se crispan me hace saber que la magia dentro de ella se ha contraído de forma dolorosa.

Un músculo de mi boca se estira cuando las palabras “hierro blanco” brotan de sus labios, con tanta certeza como si hubiese visto el arma con la que el árbol fue talado. Miro a la bruja de arriba abajo y acaricio el perfil de su estrecha cintura entre mis uñas.

De pronto, gira hacia la niebla donde se oculta mi ojo vidente. Sé que ella no puede verme, pero su mirada se enciende como si hubiese escuchado el latido frenético de mi apetito.

Ah, *Inanna*… A sus dos hermanas las mataría de un solo golpe. Les enterraría un athame directo en sus corazones y les abriría un agujero como una coladera. Luego, los arrojaría *a tus pies* como unas simples sobras inmundas. Pero a ella… Oh, a ella *me la quedaría*. La llevaría al sitio más repugnante de mi celda y la abriría en canal desde la garganta hasta su verga. La bebería entera como un elixir y succionaría cada gramo de su inmensa magia directo de sus tripas, y su alma, tan sombría como el crepúsculo negro que le da color a su cabello y sus ojos, me llenaría a mí también de oscuridad.

—¡Mi Señora!

Aquel grito la hace desviar su atención hacia su costado. La mujer levanta el exquisito encaje de sus faldas de terciopelo negro y camina unos cuantos metros hasta el borde de una precipitación poco profunda. Abajo ve a un hombre de piel y cabello tan blancos que podría confundirse con la nieve si se quitase el abrigo negro que lleva puesto. Es muy alto y fornido, con los ojos de un pálido color rosa fijos en el tronco de otro árbol, observando algo que ella no puede distinguir.

Pero el rastro rojo que se arrastra hasta la base del tronco ya parece haberle dado una idea.

—Mi Señora, venga a ver esto, por favor —pide el gigante sin levantar la barbilla, como si temiese que aquello que observa pudiese escapar si le quita la mirada de encima.

Ella baja de las rocas de un salto y camina con una elegancia propia de las sombras que se arrastran obedientemente detrás de ella.

Y cuando la Maligna por fin rodea el árbol para ver lo que quiere mostrarle, comprime los dedos para no llevarse una mano a los labios.

De la mujer recargada contra la corteza ya no queda gran cosa, sólo el cuello y el brazo derecho aún unido a la caja torácica. Se han *comido* la cabeza, los pechos, el vientre, todo lo que tuviese algo de carne, mientras que el resto se ha convertido en una escultura móvil que cuelga de las ramas del árbol; un adorno de huesos que se mueven con el viento, diseccionados por la misma arma que se usó para cortar el endrino.

—Habrá que descubrir qué clase de monstruo hizo esto —dice Inanna. Ella no puede reconocer a la víctima, pero es obvio que era una hermana, una bruja, y lo sabe porque el brazo izquierdo, el cual cuelga de una rama, tiene la mano cercenada.

—No fue sólo uno, mi Señora. Por el tipo de ataques, deben de ser por lo menos dos.

De no ser porque yo no esperaba menos de aquella bestia disfrazada de hombre, sonreiría.

—Debería volver por la caverna —le advierte —. El bosque ya no es seguro para usted ni para sus hermanas.

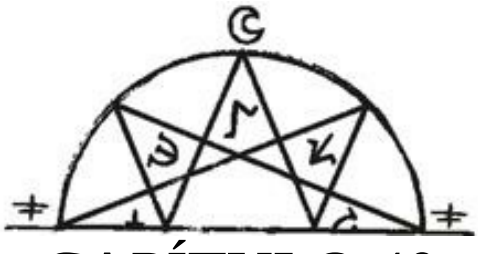
Ella levanta la barbilla para mirarlo. Inanna es alta y larga como una espada, pero su guardián sigue siendo gigantesco aún a su lado.

—No tengo miedo. O al menos, no a estas criaturas —contesta con pasmosa tranquilidad al estar ahora segura de qué es lo que se ha comido a la mujer a sus pies.

—¿Entonces? —pregunta él con cuidado, y la oscura criatura acaricia el anillo dorado que yace en el dedo anular de su mano izquierda.

—*Un monstruo para engañar a la magia, dos para despedazarla y uno más para revelarla* —su piel morena se eriza al pronunciar estas palabras, aquellas que su hermana Hela había escuchado en el vaticinio que tuvo poco después de haber visto al fantasma de Giles Corey—. Vamos, Ilya. Hay que volver con Madre. Y de paso, pedirle prestados algunos de sus restos…

Ella le da la espalda al hombre y éste la sigue en silencio a través del bosque, como una sombra blanca que no deja una sola huella en la nieve.



CAPÍTULO 40

UN AMOR NO CORRESPONDIDO

Al despertar, atosigado por la sed, descubro que la habitación apenas empieza a ser bañada por el tinte azul de la madrugada.

Intento levantarme, pero mi pecho se siente un poco más pesado de lo habitual, como si la espada presionase contra el colchón. Me despabilo, y la piel se me se eriza por razones ajenas al frío, al descubrir que no es la piedra lo que oprime, sino el brazo de Tared, enroscado alrededor de mi cuerpo.

Me giro sobre mi costado y sonrío al verlo dormir bajo las cobijas. Está tan tranquilo y respira tan profundamente que contengo mis ganas de acariciar su rostro, sus labios, redescubrir las marcas que siguen frescas en nuestra piel, porque no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi descansar de esa manera.

Cierro los ojos un momento al pensar en nuestra noche sin hambre, sin hogueras ni pesadillas. Sin brujas ni criaturas con cabeza de cabra.

Tan sólo nosotros dos.

Después de unos momentos, ya no es sólo la sed lo que me incomoda, así que me levanto de la cama para ir a orinar, procurando no despertar al lobo —cosa que no creo que pase pronto después de lo *mucho* que se esforzó anoche—. Al ponerme de pie, siento un tirón en las piernas que me hace alzar ambas cejas; la cara interna de mis muslos está tensa y tengo un poco acalambrada la espalda baja, pero no es un dolor molesto. De hecho, es una sensación que encuentro muy agradable.

Sacudo la cabeza y me visto con el pijama. Después de ir al cuarto de baño, me pongo mis

botas y la parka de Tared, y salgo de la habitación de puntillas con la garganta más seca que un desierto.

Al cerrar la puerta, me quedo con la mano tensa sobre el pomo, y no sólo al escuchar los cavernarios ronquidos de Julien en una de las habitaciones al fondo del pasillo, sino al descubrir que la luz de la cocina está encendida.

No quiero pensar en si los demás se habrán enterado de lo que pasó anoche; Tared y yo no hicimos demasiado ruido —creo—, pero son errantes, tienen buen oído y…

Los colores me suben a la cara, pero decido bajar de todas maneras. Cuando me asomo al final de la escalera, encuentro a Nashua sentado a la mesa, con una taza de café en la mano y un rifle recargado en la silla, en señal de que fue él quien hacía guardia anoche. Y, por la forma en la que su mano se tensa sobre la cerámica, es obvio que ya es muy tarde para que yo haga el ridículo volviendo arriba como si nada.

Me acerco para tomar una de las botellas de agua de los gabinetes, y pienso en el rugido hambriento de mi estómago. Tared y yo llegamos tan tarde anoche y estuvimos tan en lo nuestro que ni siquiera se nos pasó por la cabeza cenar y…

El súbito rechinar de una silla casi me hace soltar la botella. Nashua se cuelga el arma y se marcha de la cocina para ir hacia el porche lateral de la casa, sin siquiera cerrar la puerta a sus espaldas.

Aguanto un suspiro de agotamiento, porque una parte de mí, ésa que parece arraigarse con fuerza al pasado, quiere dar la vuelta y largarse a la tranquilidad y el calor de mi hombre lobo. Pero la otra, ésa que aún quiere hacer crecer de nuevo mi vínculo con Comus Bayou, tira testarudamente hacia esa salida.

A sabiendas de que me voy a arrepentir de esto, salgo también y cierro la puerta tras de mí.

Me acerco con calma al errante oso y me detengo a unos pasos de él. Pone las manos sobre el barandal del porche, quizá para no enroscarlas en mi cuello.

—Sabes que no podemos evitarnos para siempre, ¿verdad? —le digo.

En respuesta, Nashua se queda con la cara fija en el lindero, como si sólo hubiese escuchado el viento susurrar.

Bueno. Igual ya sabía que esto no iba a ser fácil.

Tomo un trago y dejo la botella en el suelo.

—Sé que las cosas siempre han sido… complicadas entre nosotros —insisto—, y si bien no espero que eso cambie pronto, de lo que sí estoy seguro es de que por lo menos debemos mantenernos unidos. *Todos.* Y eso te incluye a ti y a mí.

Él aprieta el barandal con tanta fuerza que siento que en cualquier momento se astillará los dedos. Una parte de mí quiere creer que esa reacción es más bien debida a la presencia de Wéndigo, pero no soy tan estúpido todavía para creerlo.

—¿Y exactamente qué quieres de mí, Elisse? —bufa—. Porque yo estaba muy bien antes de que decidieras venir a decirme estas… cosas.

Sí. Estoy seguro de que "cosas" no era la palabra que iba a usar.

Contengo un suspiro e intento mantener esa paciencia que tanto le falta a Nashua.

—Para empezar, debemos encontrar la forma de estar juntos en la misma habitación más de cinco minutos. Al menos, por ellos —digo con un ademán hacia la casa—. Ya tenemos suficiente con Hoffman y Tared queriéndose arrancar la cabeza.

—¡Entonces que te baste con que yo no tenga ganas de hacerte lo mismo! —responde, exasperado—. ¿Es que no puedes dejar todo como está? ¿Es que todo el mundo tiene que quererte y adorarte para que estés contento? ¿No puedes dejarme tranquilo y ya?

—Dioses, lo único que quiero es que arreglemos las cosas, maldita sea, ¡te recuerdo que, te guste o no, seguimos siendo…!

—Deja de creerte tus propias mentiras, carajo, ¡tú y yo nunca hemos sido *hermanos*!

Después de su grito, sólo queda un silencio frío en su boca, tan denso que hasta opaca a la propia nieve.

Es cierto. A diferencia de Julien, de Johanna, yo *nunca* pude formar un vínculo verdadero con Nashua. Él y yo jamás logramos convertirnos en hermanos, y por más que quise negarlo, por más que intenté creer que había algo real que nos unía, la verdad es que…

Tú eras el único que quería eso, ¿verdad?

Pero esta vez, Wéndigo no logra herirme. No al Elisse que ha llegado hasta aquí.

Al ver que no doy media vuelta para escapar como lo he hecho siempre, el devorapieles se encorva por el peso de sus propias palabras.

—¿Nashua?

Como dos agujas, él me clava sus hostiles ojos negros cuando doy un paso hacia él. Comienza a respirar aceleradamente, como si algo luchara por liberarse de su pecho, pero me he tomado tan poco la molestia de conocerlo que no tengo la menor idea de qué es lo que piensa o siente ahora mismo.

El oso mira hacia el bosque de nuevo y su respiración se detiene tan súbitamente que me da la impresión de que va a ahogarse.

Y en un parpadeo, Nashua da un salto hacia la nieve.

—¿Pero qué estás…?

El errante echa a correr. Y yo, como buen imbécil, bajo también de un salto preguntándome si vale la pena congelarme el maldito trasero por alguien que no parece estar dispuesto a hacer el mínimo esfuerzo por cooperar.

Dioses, entiendo tanto a Tared ahora mismo…

—¡Nashua, espera, es peligroso!

El muy bastardo cruza el lindero como un lunático y se mete a zancadas al bosque mientras yo voy tras él. La nieve es espesa y mi delgado pantalón se humedece de inmediato, pero me esfuerzo para que mis sentidos no se atolondren con el frío o el peso de la espada.

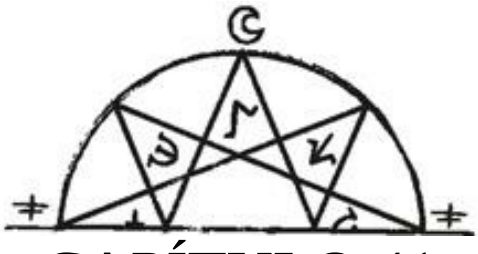
Lo llamo una y otra vez, pero él toma caminos cada vez más intrincados por la foresta hasta que el terreno empieza a inclinarse, en señal de que vamos cuesta abajo, hacia la carretera. Su silueta se vuelve más tenue por la neblina de la mañana, y después de unos cuantos minutos de persecución en los que ya no puedo ubicar la casa a nuestras espaldas, veo que algo se mueve por delante del devorapieles, tan rápido que apenas puedo distinguir más allá de un borrón blanco.

Una caricia fría me roza la nuca, porque eso significa que Nashua no huye de mí, sino que está *persiguiendo algo.*

Sólo logro alcanzar al errante cuando éste se detiene a unos veinte metros de la carretera, a unos pasos de la línea de árboles que la bordea como un muro espeso.

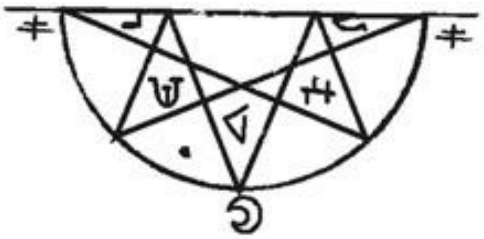
El aire frío de mi propio aliento me ahoga al descubrir que lo que él intentaba alcanzar ahora yace sentado entre las gruesas raíces y la nieve, con el rostro surcado de arrugas y un collar de cuervo colgando en medio de su pecho.

Es el abuelo Muata.



CAPÍTULO 41

UNA LENGUA INCOMPRENSIBLE



Cualquiera hubiera pensado que mi reacción sería rápida. Que en cuanto viese a aquella criatura con la apariencia de Muata, sentada sobre brazos que simulan ser raíces, lo primero que haría sería lanzarme sobre Nashua para alejarlo de aquel monstruo.

Pero, en cambio, me quedo absorto durante unos segundos valiosos, petrificado por aquellos ojos de ópalo.

Nunca creí que tendría que volver a enfrentarme al peso de la presencia del abuelo Muata, pero me resulta tan aplastante que bien podría arrancarme la espada del pecho ahora mismo y no sentiría el menor alivio.

No. Esto no es más que una pesadilla de la que necesitamos despertar. *Ahora.*

—Nashua, el rifle —llamo en voz baja. Quiero dar un salto hacia él y alejarlo, pero los brazos de la Marionetista, escondidos bajo tierra como topos, hacen surcos y espirales a su alrededor, listos para dispararse como trampas mortales si me atrevo a mover un solo dedo.

No logro ver el cuerpo del monstruo por ninguna parte, lo que me hace creer que está enterrada justo debajo del falso Muata.

¡Mierda, mierda!

—Abuelo… —el viejo levanta la barbilla hacia Nashua, con ese brazo parasitario en su nuca que articula cada uno de los gestos de su cara.

—Has cambiado mucho en poco tiempo, muchacho —dice, y su voz es igual a la que tenía el verdadero contemplasombras, lo que le añade otro matiz horripilante.

El devorapieles se lleva las manos a la cara un momento.

—No lo entiendo —musita—, *¿por qué?*

Un escalofrío me recorre la espalda cuando recuerdo cómo yo hice exactamente la misma pregunta a Adam.

—Porque ya era hora de encontrarnos en un lugar distinto a tus sueños —contesta el impostor —. Un sitio del que no despertases llorando como un niño.

El falso Muata extiende una mano hacia su bisnieto y éste se convierte en eso: un niño pequeño, porque el hombre se encorva, se pasa la manga de la chamarra por la cara, y se acerca despacio hacia la criatura.

Los mortíferos brazos bajo la nieve se tensan como serpientes cuando intento moverme para detenerlo.

—¡No, aléjate, Nashua! —grito—, ¡esa cosa no es Muata!

Pero no parece escucharme.

El errante se arrodilla a los pies del viejo en busca de consuelo. El espectro sonríe y posa la mano sobre su cabeza en un gesto que me parece más bien degradante.

—Abuelo, lo siento, lo siento tanto —gimotea el devorapieles con una voz tan frágil y rota que parece haberse transformado en otra persona—, estoy tan perdido sin usted. Desde que se fue yo…

—Lo sé, niño, lo he visto todo —consuela con una ternura impropia del verdadero Muata—, he sido testigo de tu sufrimiento y también he visto el rechazo de los otros. Todos hablan de ti en cuanto les das la espalda, susurran lo mucho que les asquea que los llames *hermanos*. Ven en ti a un traidor, a un asesino, a un idiota incapaz de controlarse…

—No dejes que te manipule —insisto, furioso ante la crueldad de la criatura—, ¡no dejes que la Marionetista use tu dolor contra ti!

El imitador gira la cabeza y me observa con esos falsos ojos ciegos.

—¿Mi *premonición* te sigue torturando, hijo? —pregunta a Nashua, sin quitarme la mirada de encima—. Lo que te dije sobre esa bestia resultó ser cierto, ¿verdad?

El monstruo de hueso sonríe dentro de mí.

—¿Premonición? —musito, desconcertado. ¿De qué diablos está hablando?

—Yo te lo advertí, muchacho —continúa el falso Muata como si no me hubiese escuchado—. Yo, mamá Tallulah, padre Trueno… todos nos pudrimos ahora en la tierra porque no tuviste las agallas de hacer lo que te pedí. ¿Cuántos más necesitan morir para que lo entiendas? ¿O acaso también quieres ver cómo él se traga a todos aquéllos a quienes debías proteger?

El instinto me hace retroceder cuando noto que los puños del errante comienzan a llenarse de pelo. El falso Muata se levanta sobre dos piernas que deberían ser débiles como ramas y empieza a acercarse hacia mí.

Pero no camina, *flota* sobre el manto invernal, manipulado por el brazo que se alarga detrás

de su nuca.

Las múltiples caras de la criatura brotan de la nieve como flores, se elevan alrededor de nosotros en un jardín terrible. La Marionetista se revela bajo las raíces de carne y hueso y comienza a erguirse como una dama mortífera que lentamente despierta de su sueño.

El olor paradisíaco que ella desprende se vuelve insoportable, mientras me pregunto cómo demonios pudo volver esa bestia a encontrarme tan pronto si yo mismo la arrojé hacia las sombras del plano medio para que se la tragaran.

El devorapieles se transforma tan despacio que parece que su cuerpo se resiste al cambio. Crece y se ensancha con un dolor que aguanta con los colmillos apretados, y su voz se convierte en gruñidos que se alargan junto con su hocico negro. La correa del rifle revienta, incapaz de contener los fibrosos músculos de la espalda de Nashua… pero él no es el único que cambia.

El pelo del títere Muata empieza a caerse, la piel se torna leprosa y dedos blancos brotan de las cuencas y la boca, empujando a un lado la lengua y los ojos para abrirse paso y convertir su cara en no más que una máscara de donde cuelga una carcasa vacía.

Estoy tan absorto en la terrible transformación que el sonido de un pesado tráiler que atraviesa la carretera me distrae apenas un segundo.

Un segundo que le basta a Nashua para lanzarse hacia mí y alcanzarme con su zarpa.

—¡Aggh!

Sus enormes garras me hacen trizas la manga de la parka y me arrojan con una potencia propia de sus trescientos kilos de peso, lanzándome lejos del jardín de la Marionetista.

Suelto un breve grito de dolor ante la caída, para después echarme hacia atrás con los codos. Las heridas a lo largo de mi brazo manchan el suelo mientras que él se yergue, grande y brutal en su forma de hombre oso.

—¡Nashua, no!

—Tú lo sabías —le susurra el títere detrás de él, avivando su cólera—, tú sabías que el brillo de la luna traería la desgracia sobre todos nosotros. Y pese a ello, *lo dejaste vivir*.

Siento el sudor frío aglomerarse en mi sien; con el rifle tirado en medio del remolino de brazos, mi única opción es intentar llegar a casa de Tared antes de que Nashua me despedace.

Pero cuando mi espalda se topa contra un árbol en mi intento de escapar, es obvio que me alcanzarán antes de que pueda levantarme.

Ambas criaturas se acercan hacia mí. El devorapieles, feroz y terrible con aquella cosa agazapada en su espalda, los ojos turbios de Muata inyectados en sangre y colgando fuera de las cuencas.

—Salva a los que quedan, hijo —le susurra—. Acaba con él, tal cual debiste hacer desde el principio.

Nashua se abalanza hacia mí. Ruge y levanta su zarpa manchada de rojo.

Pero el golpe nunca llega.

En medio segundo, el errante oso da media vuelta y se arroja de cuerpo completo contra el anciano a sus espaldas. Atónito, veo que atenaza con sus mandíbulas el brazo que manipula la cabeza de Muata. Le clava las garras en los hombros, que parecen duros como piedras, y de una potente mordida arranca la muñeca entera y separa al anciano de la extremidad con un crujido muy similar al del cristal haciéndose pedazos.

El falso Muata cae con el peso de una rama sobre la nieve mientras la Marionetista se revuelve, sacudida por el dolor de su miembro cercenado, pero ni ella ni sus múltiples caras parecen ser capaces de gritar.

—¡Cuidado! —exclamo cuando los brazos se lanzan al errante oso. Elásticos como lianas, envuelven sus extremidades para inmovilizarlo.

Otro tráiler más pasa a toda velocidad por la carretera, opacando los rugidos del devorapieles cuando el monstruo empieza a elevarlo del suelo.

El rifle yace a diez metros de mí, libre ya de la protección de los brazos blancos, pero en vez de lanzarme a recuperar el arma, miro el cuerpo deforme del títere Muata, inerte ahora que el brazo que lo manipulaba se ha desgarrado.

Todos los dioses del mundo parecen escucharme cuando logro ver que Nashua ha dejado algo clavado en el durísimo hombro del muñeco: un gran trozo de su garra.

Me levanto a trompicones hacia el cuerpo del muñeco, y cuando la Marionetista descubre lo que estoy a punto de hacer, la boca de su máscara se abre como si el metal se convirtiese en carne.

Y de ella brota un grito que se asemeja mucho al ruido de una trompeta.

Los brazos de la criatura dejan caer al devorapieles al suelo y se lanzan al mismo tiempo hacia mí.

—¡No! —grita Nashua—. ¡Huye, Elisse!

En cambio, me quedo de rodillas en la nieve y empuño la garra del devorapieles como si fuese una daga.

La sangre de Nashua como vínculo y el cuerpo de Muata como una extensión de la Marionetista: el muñeco vudú perfecto.

No necesito nada más.

La espada filosofal intenta tragarme entero cuando clavo la garra en el corazón del cadáver. Y ante el golpe, los brazos del monstruo se paralizan en el aire como las patas de una araña.

La Marionetista grita de nuevo y su pecho se resquebraja, se le abre una grieta de clavícula a esternón.

—¡*Telocgraa, Telocgraa!* * —exclama aquella criatura. Su voz es igual de extraña que su cuerpo en más de una manera; no distingo si es aguda o grave, femenina o masculina, si es una o

si son miles, pero lo más desconcertante es que, aunque la entienda, aunque sepa qué significan esas palabras, *no reconozco* el idioma en el que grita.

—¡¿Quién te ha enviado, desgraciada?! —rujo en su misma lengua.

—¡*Laiapon, amma Graa!* [**] —insiste con esa voz horripilante.

La piedra filosofal succiona la magia de mis venas; los brazos vuelven a cobrar vida en un intento de liberarse de la parálisis, y cuando siento que mi hechizo está a punto de ceder, vuelvo a clavar la garra en el cadáver, una y otra vez.

Partiéndose en cada punto, el pecho del monstruo revienta en miles de pedazos y proyecta una luz tan brillante que el devorapieles y yo nos cubrimos para no quedar ciegos. El resplandor desaparece en un segundo, y deja detrás de sí un agujero negro donde debería estar el corazón del monstruo blanco.

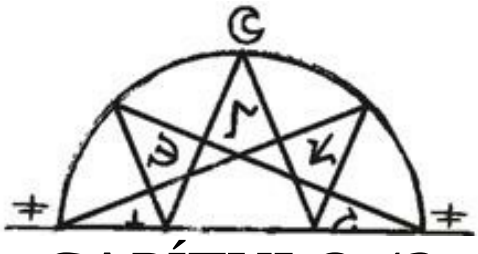
La criatura cae al suelo con una ligereza sobrenatural. Y con las pocas energías que me quedan, me lanzo para abrir su cuello de tajo con mi mano descarnada.

Y una vez que la Marionetista ha muerto, Nashua grita al ver que yo también me desplomo sobre la nieve.

---

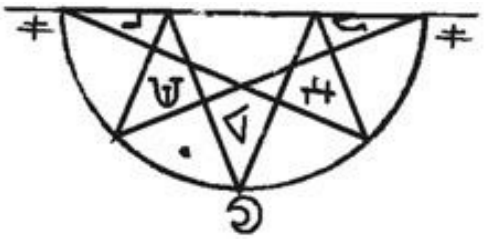
[*] "Él, la Luna caída".

[**] "Vas a arder, Luna Maldita".



CAPÍTULO 42

LA LUNA FAMÉLICA



A Nashua le costó hacerme reaccionar. De hecho, necesitó golpearme un par de veces la mejilla con todo el cuidado que una zarpa como la suya podría tener para lograrlo. Y cuando pude enfocar un solo oso en vez de tres, lo primero que noté fue que la espada estaba mucho más pesada de lo normal, tanto que me tomó una eternidad levantarme.

Y más porque no permití que el devorapieles me ayudara.

Una vez que me puse en pie, arrastré yo mismo el cuerpo del títere Muata hasta aquí, al lindero del bosque donde empieza la propiedad de Tared. Descubrimos que la Marionetista es muy ligera, como si en vez de un monstruo que le saca un par de cabezas a Nashua hubiésemos cargado un par de sacos de plumas durante todo el camino.

Y aunque la criatura ya no podrá moverse, es obvio que mi pelea todavía no ha terminado.

Me detengo a unos pasos delante del devorapieles y dejo caer el cuerpo del falso contemplasombras. Éste se parte y se resquebraja, se marchita como una flor desprendida del tallo, a diferencia de la aún intacta Marionetista.

En vez de escuchar sus reclamos habituales, Nashua suelta también el otro cadáver cuando me giro para enfrentarlo. Mueve un poco las orejas redondeadas, un gesto que me parecería adorable de no ser porque estoy a punto de estallar.

—Estás herido —murmura cuando se inclina para tomar algo de nieve y ponerla sobre su garra rota—. Y traes la ropa mojada otra vez…

—Deja de pretender que eso te importa.

Nashua arruga el hocico, pero en vez de reclamar por mi tono, baja un poco la cabeza.

—¿Quieres que me quite la piel para que hablemos? —pregunta, y es hasta gracioso cómo ahora su voz es la que suena como un susurro obligado, casi de la forma en que la mía se ha escuchado frente a él en todo el tiempo que llevamos de conocernos.

—No hace falta. Para mí eres exactamente la misma persona en esa forma o en la otra.

Él aprieta las zarpas, quizás en señal de que siempre ha tenido dudas de eso respecto a mí. Finalmente, se acerca hasta quedar a un par de palmos. Lo veo enorme y corpulento, inclusive más que Tared en su forma de hombre lobo, pero eso no es capaz de intimidarme. Ya no.

Después de un momento que se alarga demasiado para mi gusto, él suelta un suspiro.

—*Hash Chaf Chito* —dice—. Así te llamó el abuelo Muata una vez.

Miro hacia el cadáver del anciano títere, el cual ha comenzado a deshacerse en pequeños pedazos de algo que, efectivamente, parece ser vidrio.

—Luna de la Gran Hambruna —musito al reconocer el idioma choctaw, nativo de la familia de Nashua. El devorapieles asiente, quizá receloso ante mi talento para las lenguas ahora que sabe de dónde proviene.

—El día en el que atacaron la reserva por primera vez, mi abuelo tuvo una visión antes de quedar ciego —empieza—. Y en ese presagio había tres símbolos importantes que nunca pudo descifrar con claridad.

Aunque no lo sabía, no me parece extraño. Mi presencia no fue precisamente un regalo de los cielos, así que era lógico que el contemplasombras de Comus Bayou tuviese una premonición turbia sobre mí.

Inicito al oso a continuar.

—El primer símbolo era la muerte de una sombra perteneciente a un árbol muy viejo —dice —. Al principio, mi abuelo no estaba seguro de qué podría ser, pero creo que ahora tú y yo ya podemos imaginarlo.

—Ciervo Piel de Sombras —murmuro al recordar aquellas astas recubiertas de puntas, tan similares a un árbol deshojado y gris como la ceniza.

Una nostalgia trágica me enfría el corazón, porque hacía mucho que no pensaba en quien alguna vez fue mi ancestro. El monstruo de hueso, en cambio, se relame el hocico al recordar su sabor.

—El segundo símbolo fue un ojo blanco mirando a través de un cristal —continúa Nashua, ajeno a mi batalla mental—. Pero no estoy seguro de lo que éste signifique.

Al pensar en la imagen, no necesito mucho para darme cuenta de la familiaridad de aquella descripción.

—Cuando Barón Samedi me destrozó los ojos en casa de Laurele, la habitación tenía un tragaluz en el techo. En ese momento, uno de mis pensamientos más claros fue que la luna parecía un ojo que lo observaba todo a través del cristal. Ese día me sucedió… esto —levanto mi

mano de hueso.

Cuando Nashua me observa, estruja la zarpa con la que me atacó, aún teñida con mi sangre.

—Pero el que más le preocupaba a mi abuelo era el último de los símbolos —dice despacio, casi con reticencia—: una luna cayendo hacia una boca de oscuridad. Una luna con el *hedor* de las sombras.

—Era yo, ¿cierto? —no es una pregunta, en realidad—. Entrando a Guinée a través de la tumba de Marie Laveau.

Nashua asiente.

—La Luna Famélica, aquella que mi abuelo vio en su visión, aparece en nuestro calendario nativo durante el mes de febrero, cuando comúnmente se celebra *Mardi Gras*. Con el ataque que habíamos sufrido en la reserva, para él no cabía ninguna duda: la aparición de esa luna era una señal de *inanición*, un mal presagio, una señal inequívoca de que, en sus palabras, había un monstruo hambriento entre nosotros.

Siempre supo quiénes éramos, ¿verdad?, susurra la criatura dentro de mí, su voz tan detrás de mi nuca que comienza a asemejarse al umbral de una migraña. Lástima que nunca pudiste engañarlo…...

A estas alturas, el cadáver del anciano títere ya no es más que fragmentos de cristal a los que poco les faltará para desaparecer. Pienso en todas las cosas que el falso Muata dijo a Nashua en la pelea con toda la intención de que yo las escuchara.

El Adam de la Marionetista tampoco era real, pero vaya que sabía *verdades* que me dolían hasta la médula. Y eso significa sólo una cosa:

—Muata te pidió que me asesinaras, ¿verdad?

Nashua abre y cierra el hocico un par de veces, quizás impresionado por la tranquilidad con la que he llegado a esa conclusión. Me observa tan quieto, tan paciente por su respuesta, y se lleva una mano a la cabeza como si algo dentro de ella le martillease.

—Él jamás te creyó —dice por fin—. Desde el primer momento en el que te vio estaba seguro de que era cuestión de tiempo para que la Luna Famélica devorara a Comus Bayou. Pero no tenía pruebas y sabía que Tared y mamá Tallulah te defenderían con dientes y garras, si llegaba a insinuarlo. Inclusive, una noche le contó a padre Trueno sobre esta visión, y aunque él tampoco confiaba en ti, se negó a creer que fueras tan terrible bestia. Mi abuelo sabía que no tenía a quién recurrir, excepto…

—Tú.

La palabra sale de mi boca con tanto peso que la espalda del oso se encorva. Se lleva una garra al pecho y gimotea, se estruja la piel como si quisiera arrancársela allí mismo.

—Él estuvo más seguro que nunca cuando te otorgó a Ciervo Piel de Sombras. Dijo que, aun

cuando te había reclamado un ancestro tan antiguo y poderoso, *tú seguías oliendo a hueso* —Wéndigo me acaricia la espalda desde dentro, tocando cada una de mis vértebras—. Y ese día… fue cuando me dio la orden.

Bajo la mirada a la nieve, a los fragmentos ya casi inexistentes del anciano títere, y siento como si un peso que no sabía que llevaba encima de los hombros se hubiese evaporado.

Muy en el fondo, siempre quise ganarme el favor del abuelo Muata. Ser lo bastante bueno para él y que en algún momento de su vida no sólo me tolerase, sino que me considerara lo bastante digno para ser su sucesor. Y hiere más de lo que me gustaría saber que el anciano no sólo me detestaba, sino que me temía tanto que estuvo dispuesto a enviar a su propio nieto a matarme.

—Qué ironía —espeto con una sonrisa furiosa—. Y decías que el traidor era yo.

La lengua de Nashua se petrifica a la par que tiembla como un niño pequeño de nuevo.

Te ha dado gusto, ¿verdad? Ver la culpa por fin en esa maldita cara…...

No le respondo a la bestia. Tan sólo siento con más insistencia aquel malestar tras la nuca, el hormigueo bajo la piel.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunto—, ¿por qué carajos esperaste a que mamá Tallulah y él estuviesen muertos para obedecerlo? Pudiste haber escogido cualquier momento, cualquier lugar. Tuviste miles de oportunidades para hacerlo y…

—¡PORQUE NUNCA LE CREÍ, ELISSE! —exclama—, ¡porque no te soportaba y me parecías un mocoso insolente y de lo peor, pero veía en ti tanto de mí mismo que me negaba a aceptar que fueses el monstruo que él pensaba que eras! Y luego… luego sucedió el ataque a la reserva —continúa en voz baja, como si se le hubiese acabado el aliento—. Mi decisión mató a los tres ancianos porque al escogerte *a ti* le di la espalda a mi tribu, a mi propio abuelo, ¡al hombre que silenció a mi madre para salvarme la vida!

La quietud que precede al grito del errante es opresiva, tan dura que cuesta quebrarla.

¿Silenciar a su madre?

Me muerdo los labios para no gemir, porque escuchar a Nashua es como mirarme a mí mismo, podrido de culpa en aquel desierto de Utah. Quiero entregarme al llanto pero, en cambio, me quedo quieto y lo observo abrirse con una verdad que debió ser nuestra hace mucho tiempo.

—Él confiaba en mí —continúa y se mira las almohadillas de las manos, los ojos como los de un osezno desbordado por el dolor—, me decía que debía ser valiente por todos, que no debía esperar a que sucediera lo peor, pero yo tenía tanto miedo que *no pude hacerlo*. Y cuando ellos murieron, me sentí… Dios mío…

Entierra la cara en las zarpas y su hocico sobresale entre esas garras oscuras, un gesto irreal, casi caricaturesco de no ser porque sus gimoteos me destrozan el alma.

—Y cuando descubrimos que el abuelo estaba equivocado, me sentí tan acorralado, ¡tan confundido! Si te hubiese asesinado, tal como me ordenó, tal vez nada de esto hubiese sucedido; pero *tú eras inocente*, ¿cómo habría podido volver a mirar a Tared a los ojos, sabiendo que le había arrebatado sin razón al chico del que se había enamorado? ¿Al hijo y al hermano que los demás vieron en ti? ¡Dios mío! ¡Yo fui quien debió haberse ido de la reserva, yo…!

—¡Basta ya, carajo!

Atrapo sus muñecas y lo empujo hasta echarlo varios pasos hacia atrás. Nashua está tan sorprendido que, aun con su tamaño, no alcanza a protegerse de mi rabia.

Pero no estoy furioso con él. Estoy furioso con Muata.

—Escúchame bien, Nashua, pero hazlo de verdad y sin largarte como siempre haces, porque créeme que no te va a gustar lo que te voy a decir: te habrá salvado la vida, te habrá criado y todo lo que tú quieras, pero es hora de que aceptes que, al final, Muata *se aprovechó* de la influencia que tenía sobre ti para obligarte a hacer algo que no querías. Te puso entre la espada y la pared, entre tu lealtad y tu corazón, porque no tuvo los malditos cojones para enfrentarme él mismo, porque *él* tuvo miedo de sentirse como un cobarde y un traidor, tal como tú te estás sintiendo ahora. Eso no es confianza, eso no es honor, Nashua, ¡eso se llama manipulación, carajo!

—¡No! —grita como si le hubiese clavado un puñal en el pecho. Forcejea, ruge y se revuelve, pero no lo suficiente para soltarse. Me podría apartar de un zarpazo si quisiera, pero no lo hace porque sabe que necesita escuchar la verdad.

De pronto, deja de luchar. Se encorva hasta ponerse de rodillas en la nieve, baja el hocico al pecho y muy bajito, en un susurro imperceptible, comienza a sollozar. Sus mejillas se mojan y se enfrían, la pena me recorre de arriba abajo.

No sabía que, envestidos en nuestra forma bestial, los errantes podíamos llorar.

—Aun sabiendo la verdad, no tuve el valor de decir nada de esto a los demás —confiesa entre gimoteos— y encima, tu huida de la reserva, de Utah, Wéndigo… Quise seguir encontrando razones para culparte y odiarte, para seguir creyendo que mi abuelo era bueno y que me había hecho esas cosas tan terribles por mi bien, pero era mentira, ¡todo era mentira y yo tenía tanto miedo y tanta vergüenza de aceptarlo, de que mis hermanos me odiaran a mí por ocultarlo todo! Dios mío, perdóname, Elisse, ¡perdóname, por favor!

Dejo de torturar su pecho con mis manos y las alzo hacia sus hombros para estrujarlos. Me inclino hacia él para que mi voz no se escuche desde arriba como un regaño.

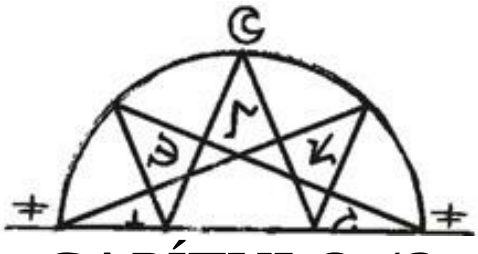
—No, no necesitas que yo te perdone de nada de esto, porque yo también sé lo que es cargar con el miedo y la vergüenza —susurro con la mayor gentileza que puedo—. Pero, ¿sabes? Por fin entendí que pensar que todo era mi culpa era mucho más fácil que dejar de idealizar a los demás y aceptar que la gente que amaba también me había hecho daño. Que yo también tenía razones para querer huir. Los dos estamos a tiempo de resolverlo todo. Y si te sirve de

consuelo… *tú y yo estamos en paz*, Nashua.

El oso ruge de forma dolorosa cuando alzo mis brazos hacia él. Su tamaño me impide envolverlo del todo, pero hago lo posible para consolarlo contra mi pecho.

Cierro los ojos unos momentos, tan sólo para reunir fuerzas para mirar por encima de mi hombro. Mis hermanos, Hoffman, Tared; todos nos observan a unos metros del porche de la casa, y por sus semblantes, que pasan de la consternación al horror, quizás hasta la rabia, me queda claro que lo han escuchado *todo.*

No sé qué tanta verdad hay en las cosas que dijo la Marionetista respecto a cómo los demás comenzaron a tratar a Nashua después de los incidentes, pero de lo que sí estoy muy seguro es de que, en este momento, algo muy importante acaba de resquebrajarse en los cimientos de Comus Bayou.



CAPÍTULO 43

BRUJAS

—Bueno, ¿y qué se supone que hacemos con… esto? —pregunta Julien, quien apunta al cadáver de la Marionetista, puesto sobre una larga mesa en el garaje.

El foco sobre nuestras cabezas tirita mientras que la única ventana del lugar tampoco deja entrar demasiada luz, lo que le da un aire aún más tétrico a la criatura cuyos brazos se desparraman por los cuatro costados de la superficie.

—Está muerta, ¿verdad? —pregunta Johanna en un susurro, asqueada al mirar la piel humana amarrada en su cintura.

—Sí —respondo, para luego agacharme hacia el agujero en su pecho—. Pero, por si acaso, le pedí a Tared que me traiga algo de la cocina.

Remuevo un poco más de aquella extraña epidermis que se resquebraja como el vidrio, pero no logro ver nada en su interior; está hueco y oscuro dentro de la criatura, como si después de proyectar aquel resplandor no hubiese quedado más que una carcasa incomprensible.

¿Qué poder crees que nos daría comernos su carne?

Me cuesta ignorar la pregunta cuando la tentación de llevarme un trozo a la boca se vuelve demasiado grande. También me gustaría poder quitarle la máscara, pero he descubierto que la tiene unida a la cara.

La curiosidad de seguir escrutando el cuerpo del monstruo me carcome, pero sé que no sería algo bonito de ver para mis hermanos.

—¿Por qué diablos huele así? —señala Hoffman con la nariz arrugada, una reacción peculiar ya que, aunque el hedor comienza a diluirse, aún es dulce y penetrante, como si hubiésemos

montado un altar de flores sobre la mesa.

—Es su magia —confirmo.

No estaba seguro al principio, pero ahora ya no me cabe ninguna duda. Y debe ser una magia muy poderosa si hasta Hoffman puede percibirla con tanta claridad.

—¿Y qué crees que es esta… cosa? —pregunta Julien.

—No tengo idea —respondo con franqueza—. Pero no es un cadáver como los errantes que enfrentamos en Nueva Orleans, ni tampoco un espíritu del plano medio. Ninguno de ellos podría tener este tipo de olor.

—¿Será algo así como el trotapieles que nos atacó en Utah? —tantea mi hermana.

—No. Ese monstruo fue traído de un recuerdo, así que nunca estuvo vivo en realidad, y es por eso que su magia apestaba a podrido.

—¿… entonces? —insiste el detective.

Me cruzo de brazos un momento y observo las costras de sangre seca en los labios metálicos de la Marionetista, algo muy interesante ya que la criatura no parece tener sangre en su propio cuerpo. Paseo la lengua de Samedi por mis dientes y Wéndigo se mueve de un lado a otro dentro de mí.

—Cuando un ente del plano medio posee a un ser vivo no puede deformarlo de una manera tan compleja como ésta —explico mientras señalo los múltiples brazos de la bestia—, los espíritus "simples" no tienen tanto poder, pero lo que sí podrían hacer, si son ayudados por un espíritu regente y reúnen la suficiente fuerza, es algo parecido a lo que me sucede con Wéndigo: *alimentarse* para cambiar de forma.

Si la Marionetista se levantara ahora mismo de la mesa no causaría tanta conmoción como lo han hecho mis palabras.

—Es decir que esto… ¿esto está hecho de…?

—¿Seres humanos? Sí, seguramente —respondo con tranquilidad—. Eso explicaría por qué huele a algo "vivo".

Julien exhala en forma de silbido.

—Vaya. No sé qué me da más miedo, flaquito, lo horrible que ha sido enterarnos de esto o la seguridad con la que lo has dicho. El abuelo estaría…

El bisonte calla de pronto, consciente de su desliz. Johanna parece a punto de decir algo más, pero la puerta que da a la cocina rompe el trágico silencio al abrirse.

Al entrar Tared y Nashua siento la tensión apoderarse del garaje, puesto que Johanna y Julien apenas y respiran cuando el errante oso les pasa por un costado. Con una cuerda, él amarra el cuerpo de la criatura a la mesa, en tanto que mi lobo me extiende una bolsa de sal en grano.

Una vez que Nashua termina, los cinco me rodean como en un ritual de sepultura, mientras yo comienzo a crear un círculo de sal alrededor de la Marionetista, aliviado de sufrir mucho

menos que la última vez que necesité hacer un perímetro de protección.

Después de dejar vacío el costal, me aseguro de que la circunferencia quede perfectamente cerrada. Por último, establezco el vínculo entre el círculo y yo: me pongo en cuclillas y me hago una pequeña incisión en el índice con mi garra de hueso, lo bastante profunda para dejar caer un par de gotas de sangre sobre la sal. Siento el hilo invisible de mi magia tirar de mí y alargarse como una serpiente desde mi dedo; ésta recorre el círculo de cristales hasta cerrarse, todo bajo un espectro sólo perceptible para mis sentidos.

Un hechizo tan sencillo no requiere mucha magia, pero una vez que termino comienzo a respirar con dificultad, con ese golpeteo incómodo en la nuca extendiéndose a mis sienes. Al ponerme de pie, todos me miran como si acabase de realizar un trasplante.

—Los círculos de sal son buenos para contener o bloquear energías —explico, besando mi herida para parar el sangrado—. Y aunque estoy seguro de que esta cosa está muerta, la sal unida a mí me avisará si se levanta de su sitio.

Me pongo el guante de invierno bajo la mirada impresionada de todos mis hermanos. El único que no parece haber sido tomado por sorpresa es Tared, ya bien consciente de mis capacidades.

Johanna gira la cabeza hacia el brazo cercenado de la Marionetista.

—¿Por qué tomó en específico la forma de Muata? —no me pasa desapercibida la forma en la que Nashua se contrae cuando ella omite la palabra “abuelo”—. Es decir, ¿por qué no la de mamá Tallulah o padre Trueno?

Observo el cadáver, preguntándome exactamente lo mismo, hasta que Hoffman chasquea la lengua.

—Fue porque Nashua soñó con él —el detective pone los ojos en blanco cuando los cinco giramos la cabeza para mirarlo—. Es lógico. Adam Blake se apareció en Montana justo después de que estuviera en los sueños de Elisse. Y por lo que escuchamos de su… plática de hace rato, a él le pasó exactamente lo mismo.

El oso asiente de inmediato.

—Es verdad —confirma—. Me quedé dormido mientras hacía guardia anoche. Sólo fueron unos minutos, pero supongo que fueron suficientes…

—Entonces sí es un poco como el trotapieles —concluye Johanna—. Aquél se movía por medio del agua. Y la Marionetista lo hace a través de los sueños.

Un escalofrío colectivo parece sacudirlos cuando confirmo la teoría con la cabeza.

—Menos mal que ahora está muerta —susurra Julien, y creo que todos estamos de acuerdo. No habría sido lindo dejar de dormir por miedo a cuidarnos de esta criatura.

—Elisse, ¿crees que las mujeres en tus visiones sean algo así como la Jocelyn y la Laurele en turno? Ya sabes, hechiceras manipuladas por tu Mara… —pregunta Johanna.

—*Puf*, pobre de ti —suspira Julien—. Ahora hasta *el diablo* anda detrás de ti.

—¿El diablo? —pregunto—. ¿Qué quieres decir?

—Pues, es que ese monstruo que viste en tu visión se parece mucho a eso —explica.

—Pero, ¿el diablo no era un hombre rojo con cuernos y cola? —pregunto confundido al recordarlo aparecer en una que otra caricatura cuando era niño.

—Sí, en ocasiones —dice Tared—, pero un ser de color negro con cabeza de cabra también es una representación muy conocida.

Ya. Supongo que no había caído en la cuenta debido a que crecí en la India y no estaba muy familiarizado con esa versión del diablo.

—Ahora que lo pienso, ¿esas mujeres no serán acaso *brujas*?

—… pensé que eso era obvio, Julien.

—No, no me entiendes. Me refiero específicamente a brujas *satánicas*, Elisse.

—Eso suena estupidísimo. Y me encanta porque tiene sentido —escupe Hoffman.

—¿Alguien puede ponerme en contexto, por favor? —suplico ya un poco exasperado. Johanna piensa unos momentos hasta acomodar las ideas en su cabeza.

—Elisse, ¿sabes lo que fue la cacería de brujas? —pregunta, a lo que niego con la cabeza—. Mira, no estoy tan enterada del tema más allá de lo que estudié en la escuela pero, por lo que recuerdo, hace como seis siglos comenzó una especie de histeria colectiva en el Norte de Europa. Las Iglesias cristianas más influyentes de aquel tiempo condenaron, torturaron y asesinaron a miles de personas, mujeres, en su mayoría, por el crimen de brujería. Ellos decían que estas "brujas" eran adoradoras de Satanás y sus demonios, y que hacían pactos con él para conseguir poderes malignos. Causaban desastres naturales, asesinaban a inocentes y se reunían alrededor de hogueras para hacer cosas exactamente iguales a las que viste en tus premoniciones.

—De hecho, esa "cacería" se extendió tanto que inclusive se celebraron juicios así de infames en este país, en un pueblo llamado Salem, cerca de Nueva York —añade Julien.

—Entonces, ¿están sugiriendo que mi Mara envió brujas satánicas para matarme esta vez?

—Es… es una opción.

Pactos. Una vez más, viene a mi memoria aquel libro negro que estuve a punto de firmar a cambio de revivir a Tared.

Por un segundo, pienso en preguntar si acaso alguna de las cosas que sucedieron en este pacto de brujas fue real, pero si los errantes lo somos, no tiene sentido pensar que no haya algo de verdad en todo eso. Lo interesante sería descubrir *qué*.

—Necesito más información —susurro—, tal vez un libro sobre su historia o… ¿alguien tiene internet?

—Sólo en el celular de Hoffman —dice mi hermana—. Tras el huracán, todos nos quedamos sin empleos y salía demasiado caro pagar más de una línea. Por eso Tared y tú nunca pudieron

contactar a Nashua cuando salieron del plano medio.

—Pero igual no te será de mucha ayuda, este lugar está tan aislado que casi no llega señal —dice Julien—, no nos queda otra que bajar al pueblo, y de paso conseguimos algo de víveres.

—Estás loco si crees que voy a dejar la casa mientras esta cosa siga en el garaje —replico.

—Y sabes bien que yo no puedo salir a plena luz del día —enfatiza Tared—. No podemos arriesgarnos a que alguien me reconozca.

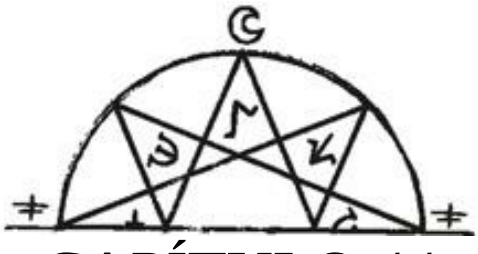
—Me queda claro, y por eso ustedes dos se van a quedarse aquí en tanto el resto salimos a encargarnos de todo esto —replica el errante para luego guiñarme un ojo.

—*Qué oportuno*…

Al escuchar al detective decir aquello en español, miro los labios cerrados de la Marionetista. Con un escalofrío, comienzo a pensar en ese lenguaje extraño en el que me habló, el cual, aunque pude entenderlo, no reconocí su origen.

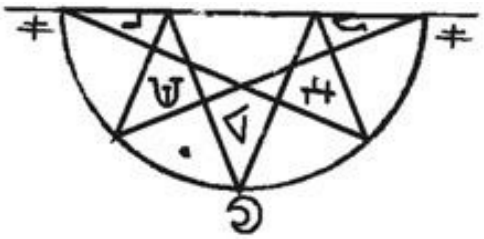
Eso significa que no es una lengua humana, sino de los espíritus, tan rara que ni siquiera Barón Samedi la había escuchado antes.

La espada triplica su peso cuando comprendo que, si estas brujas son reales, puede que su magia sea tan extraña, tan monstruosa, que escape de la comprensión del mismísimo Señor del Sabbath.



CAPÍTULO 44

RESPONSABILIDAD



—¿Te duele? —pregunta el lobo.

—Ya no.

—Agradece que no necesitaste una sutura —dice.

—Agradece que no estoy muerto.

—Te encantan los problemas, ¿verdad? —replica.

—Oye, esta vez no fue sólo mi culpa —me defiendo—. Aunque debo admitir que eso de fingir que me atacaba fue muy buena idea de parte de Nashua. Hicimos un gran equipo allá afuera.

—¿Ah, sí? Pues a la siguiente buena idea que se le ocurra al gran equipo los mando a dormir al pozo.

Me río un poco porque sé que Tared no lo dice en serio. Después de todo, aún se siente culpable de no haber bajado cuando escuchó que discutíamos acaloradamente en el porche, pues creyó en que lo mejor sería darnos espacio para resolver nuestros problemas, sin mencionar que estaba tan cansado que le costó mucho levantarse. Le he insistido en que no se torture con eso, pero no creo que el pobre deje de darle vueltas al asunto en un buen rato.

De pronto, la potente voz de Julien sacude la casa: canta a todo pulmón en la ducha de la habitación principal, de seguro sacándole canas verdes a Johanna por lo mucho que se está tardando.

En cuanto terminamos nuestros asuntos en el garaje, los dos se lanzaron a toda velocidad para ganar la regadera y por fin acicalarse a detalle para bajar al pueblo, lo que demuestra que el

encierro puede volver loca a la gente con mucha facilidad.

El lobo y yo, en cambio, no teníamos ninguna prisa, así que nos quedamos frente a la chimenea de la sala para revisar la herida de zarpa que me quedó en el brazo. Y una vez que termina de vendarme, Tared acomoda la manga de mi cárdigan y me alarga una taza de café de la mesita de centro.

Observo el fuego crepitar mientras la nieve baja despacio por la ventana. Estoy tan agotado por el uso de mi magia y la pelea con la Marionetista que me bastaría con cerrar los ojos para quedarme dormido… Pero hay algo que no me deja en paz.

—Nashua me dijo que Muata silenció a su madre —digo en voz baja a la par que pienso en el errante oso, quien se ha aislado en una de las habitaciones de arriba.

Al escuchar aquello, Tared detiene su propia taza frente a los labios.

—Es verdad —dice para luego dar un trago a su café.

Suspiro con pesar. No puedo ni imaginar las circunstancias que debieron ocurrir para que Muata tuviese que hacer algo tan terrible. Y encima, a su propia nieta.

—… no tenía idea —musito, acongojado.

—No te lo tomes como algo personal, Elisse. Johanna y Julien tampoco lo saben porque Nashua siempre fue tan hermético como yo sobre su pasado, y quizá no estarían tomándose las cosas tan mal como ahora si supiesen por qué le fue tan difícil hacerle frente a su bisabuelo.

Pensar en aquello me ocasiona un dolor tan severo que se siente como si tirasen de mis brazos en sentidos opuestos, porque tampoco es que pueda culparlos a ellos por sentirse así.

—Pero de alguna manera, tú supiste ganarte su confianza para que te hablara de esto, ¿verdad? Por eso eres el único que no está enojado con él.

El devorapieles se recarga de nuevo contra el respaldo.

—Ese idiota no sólo es mi hermano, también es mi mejor amigo —dice con una sonrisa somera, algo curioso, puesto que Sammuel me dijo lo mismo sobre Calen—, y aunque nunca le conté lo que pasó con Grace, sí que sabía lo que yo sentía por ti, cosa que para mí era igual de importante. Además, yo ya me sentía en conflicto con Muata. Nunca estuve de acuerdo con la forma en la que te trató, y aunque también llegué a tener la impresión de que presionaba demasiado a Nashua, jamás creí que hubiese llevado las cosas tan lejos. Fue decepcionante, pero tampoco me sorprendió tanto enterarme de la verdad.

Asiento, un poco más tranquilo al saber que al menos el oso tiene a Tared de su lado, porque no creo que las cosas vuelvan a ser las mismas con mis otros dos hermanos después de lo que pasó hoy.

Con tanto revuelo, no me extraña que Tared no considere conveniente hablarles todavía sobre Grace. No creo que le venga muy bien a Johanna saber algo así en este momento…

¿No te parece obsceno? ¿El cómo ella mira con tanto deseo lo que se supone que te pertenece?

Tantas mentiras, tantos secretos. Pareciera ser que, sin importar qué tanto nos esforcemos, en Comus Bayou nunca terminamos de sacar los trapos sucios.

—Supongo que Nashua no dirá nada respecto a su madre y Muata hasta que se sienta listo. Y tú tampoco vas a contarme nada más, ¿verdad?

—Tan perspicaz como siempre, mi amor.

Suelto un suspiro de resignación.

—Odio que seas tan leal.

—No me estimes tanto. Te recuerdo que ahora también me debes una chamarra —dice al apuntar hacia la parka en el respaldo del sillón, con la manga arruinada por las garras de Nashua.

—Apuesto a que también tiene seguro —respondo con los ojos en blanco, cosa que lo hace sonreír.

—Oye, hablando de lealtad —pone su taza en la mesa y rodea mis hombros con el brazo—, déjame decirte que no fue lindo despertar y no encontrarte en la cama. Me sentí tan usado.

Suelto una carcajada y dejo mi propio café a un lado para disimular mi tenue rubor.

—Perdona, intentaba salvarle el trasero a tu mejor amigo.

Él se inclina y me borra la sonrisa con un beso.

—Hablo en serio cuanto digo que te fuiste demasiado pronto —insiste, aún sobre mis labios —. ¿Estás bien? Y sabes que no me refiero sólo a la pelea…

Trago saliva e intento recordar cómo respirar otra vez.

—S-sí, tranquilo —respondo, más rojo que un carbón encendido—. No me duele absolutamente nada. Lo hiciste *muy bien* anoche, Tared.

El lobo sonríe con una ligera veta de orgullo.

—Lamento ser tan pesado, pero temí haber hecho algo que no te gustara. Es decir, hubo momentos en los que me costó mucho… contenerme, ¿sabes?

Una serpiente de placer me sube por la cadera cuando él acaricia mi muslo sobre los pantalones; se me hace agua la boca de sólo recordar esas manos grandes ejerciendo su tremenda fuerza sobre mi piel desnuda, tan firmes y a la vez tan cuidadosas explorando en los lugares correctos. Semejante imagen me hace preguntarme lo que pasaría si le pido que no se contenga tanto la siguiente vez.

Las pupilas de Tared se dilatan, y estamos tan cerca que sólo tiene que inclinar un poco la cabeza para rozarme la piel con esos labios y esos colmillos que tantas veces me mordieron anoche.

De pronto, mi magia vibra igual de ansiosa que yo, como si anhelara revivir ella misma la

sensación de este hombre sacudiéndome entero.

—Dios, hueles tan bien… —susurra, y su aliento acaricia mi cuello.

—¿En serio? —pregunto, mareado—. No creí que el aroma de los huesos fuese agradable.

Por la forma en la que se aleja para mirarme, el comentario parece haberlo desconcertado.

—Eh, Muata decía que ése era mi olor —carraspeo—. ¿No te habías dado cuenta?

—Ah, eso. Sí, lo había notado. De hecho, se hizo un poco más evidente después de tu batalla con Barón Samedi.

—¿Y no te parece desagradable?

Él se encoge de hombros.

—No particularmente. Además, no es el único olor que percibo en ti, y tampoco es, de cerca, el más dominante —él se ríe por lo bajo cuando ahora soy yo el sorprendido—. Soy un lobo, así que mi nariz es más sensible que la de otros errantes —explica—. Inclusive, a veces puedo percibir de forma sutil el olor de las hormonas que sueltan las personas cuando tienen miedo, están felices o angustiadas.

—Ah, qué decepción —bromeo—, y yo que pensé que siempre me leías la mente.

—En realidad, no estás tan equivocado —dice—. Digamos que cuando alguien me interesa, mi percepción se vuelve mucho más aguda. Me pasa un poco con Comus Bayou porque es mi familia, pero mis sentidos se disparan como locos cada vez que *tú* estás cerca. Tanto que, de haber estado en algún momento en mi forma de lobo, de seguro me habrías visto mover la cola.

Me echo a reír al pensar en semejante imagen.

—Así que, sí. Puedo oler en ti la tenue esencia del monstruo de hueso, pero también puedo percibir otras cosas más importantes. Tu esencia humana, por ejemplo. Está allí y es tan natural, tan tuya, que podría encontrarte en un segundo en medio de una multitud —con cuidado, levanta la mano, acaricia el largo de mi trenza y juega con la liga como si quisiera soltarla, tal cual hizo anoche—. Y luego está el olor de *tu magia*.

Esta vez, sus dedos se deslizan hacia mi muñeca. Le da la vuelta y besa donde pulsa mi vena, lo que me provoca un espasmo que corre desde sus labios hasta mi columna.

—Tu magia tiene un aroma único y poderoso, tan intoxicante que la primera vez que la percibí pensé en ti toda la noche… y de *muchas maneras*. Y, Dios, el día que te vi en esa maldita hoguera en Red Buffalo, con todos esos espíritus a tu alrededor, yo…

Alzo una ceja.

—¿Tú?

Él sonríe de una manera que prende fuego a todo mi cuerpo.

—Te juro que, si bien siempre me habías gustado mucho, nunca había querido llevarte a la cama *tanto* como en ese momento.

No me detengo a preguntar más. Tomo a Tared de la nuca y lo atraigo hacia mí para besarlo.

Y como si hubiese esperado todo este tiempo a que yo diese el primer paso, él se hunde en mis labios con una sonrisa. Lo beso con más hambre que experiencia, pero el gruñido que suelta dentro de mi boca me hace saber que aprendí bastante anoche.

—¿Sabes? Eso que hiciste en el garaje fue jodidamente excitante —susurra—, verte usar tu magia y tus conocimientos de esa manera. Dios, casi te salto encima frente a todos…

Dioses, ¿estaría muy mal si le salto yo encima ahora mismo?

Nos besamos tan largamente que por unos momentos olvido que allá afuera el mundo se está yendo a la mierda. Sus labios son tan suaves, su lengua es tan deliciosa…

—Elisse acaba de tener una jodida pelea, ¿y *esto* es lo mejor que se te ocurre hacer, desgraciado?

El calor se evapora de mi cara en cuanto veo a Hoffman parado al pie de la escalera. Tiene una mano bien apretada sobre el pasamanos, y aunque su voz ha sonado iracunda, ni siquiera mira hacia acá.

—Hoffman, por favor, él no estaba…

—No me interesa —dice con los dientes apretados—. Dile a tu perro en celo que nos dé un minuto a solas. *Necesito* hablar contigo.

Al darse cuenta de mi incomodidad por haber sido encontrados en un momento tan personal, el hombre lobo cierra los ojos un segundo para no perder los estribos, tal como me prometió. Después, se levanta del sillón.

No entiendo de dónde saca fuerza de voluntad para no arrancarle la cabeza al detective cuando pasa a su lado, porque se limita a salir al porche lateral de la casa, quizá para enfriarse algo más que la cabeza.

Al cerrar la puerta, Hoffman deja en paz el pobre pasamanos y se acerca. Suspiro y busco un poco de esa paciencia que Tared tanto se esfuerza por tenerle.

—No estábamos haciendo nada malo —insisto—, él y yo…

—Dije que me importa una mierda —interrumpe, para luego detenerse a unos pasos de mí—, aunque a ti tampoco te vendría mal considerar un poco a los demás, ¿acaso no piensas en lo que habría sentido Johanna si los hubiese visto revolcándose en ese sillón?

—¿Es eso? —espeto, furioso ante la simple mención de mi hermana—. ¿Johanna es la razón por la que te has portado como un jodido animal desde que recuperé la consciencia? Vaya. Y yo que pensé que venías a disculparte.

Hoffman aprieta los labios. Pero en vez de gritar como siempre, se queda callado unos momentos, sin insultar, sin montar una rabieta, tan sólo observándome de una manera indescifrable.

—No vine a disculparme —musita, tan calmo que me desconcierta—. Vine a darte esto.

Y entonces, saca algo de su bolsillo que me hace abrir los ojos de par en par: el libro rojo de

Laurele.

—¡Por los dioses! —me acerco de una zancada para tomarlo. Lo hojeo, y me lleno de alivio al encontrar dentro el sobre con la valiosa fotografía de mi papá.

—Lo dejaste en mi coche aquella vez en Stonefall—dice—. Quería dártelo desde ayer, pero ni siquiera he podido hablar contigo porque el cabrón de Miller está pegado a ti como una maldita sanguijuela. Y tú estás tan idiotizado que ni siquiera lo notas…

Acaricio la preciada imagen sintiendo que otra parte de mí regresa por fin a su sitio.

—Hoffman, yo…

—Todavía no termino.

Alarga el brazo y toma la fotografía. Le da la vuelta y veo que hay algo anotado en el reverso, en español.

Tiraje no. 269-6

—¿Qué es esto?

—En los meses que estuviste perdido, y aprovechando que tenía esto conmigo, me tomé la libertad de investigar un par de cosas. Aunque no lleva dirección, el sobre donde guardas esta fotografía sí que tiene un timbre postal.

Su dedo apunta hacia dicho sobre, guardado en otra de las páginas del libro. Miro la estampilla en una esquina, donde muy apenas se puede distinguir la figura diluida de un faro.

—Subí la foto del timbre a un foro de internet con gente obsesionada con estas cosas —continúa—. Costó un poco identificarlo porque es un diseño muy viejo, pero después de unas semanas, un sabelotodo dio con la información.

El corazón me empieza a latir como el de un caballo de carreras.

—*¿Y?* —casi grito ante la tensa pausa.

—Ese faro que ves ahí es parte de una colección especial de sellos que fueron emitidos hace casi veinte años para celebrar los faros más icónicos del país. Y lo que los hace especiales es que dichos timbres fueron repartidos únicamente en las oficinas postales correspondientes a la ciudad en la que se encuentra cada uno.

—Eso… ¿eso significa que…? —Hoffman asiente.

—Si logramos identificar qué faro es éste, podremos saber desde qué ciudad envió tu padre la postal. Y posiblemente podremos empezar allí a busc…

Hoffman cierra la boca de golpe cuando, sin aviso, lo estrecho con fuerza entre mis brazos, apretándome contra su pecho. El hombre se queda rígido, con las manos a los costados, mientras a mí casi se me salen las lágrimas de la emoción.

Había decidido abandonar la búsqueda de mi padre desde hacía tanto tiempo, pero saber esta

información cambia totalmente las cosas porque significa que, si logro salir vivo de esto, ahora tengo un sitio dónde empezar.

Una razón más para seguir luchando.

Al darme cuenta de que el detective no reacciona, lo suelto de inmediato.

—Perdóname —le digo avergonzado, para luego devolver la mirada a la foto—. No tenías por qué hacer esto, pero… dioses, ¡no sabes lo *feliz* que me has hecho!

El detective no dice una palabra. Tan sólo gira la cabeza hacia la puerta de la cocina, de seguro muy incómodo al haber recibido un abrazo sin pedirlo; el contacto humano no es precisamente una de las cosas favoritas de Hoffman, después de todo.

Bajo la barbilla y sonrío.

—Aunque no lo creas, yo también he querido acercarme a ti —digo con una sonrisa honesta —. No se me olvida que, de toda esta familia, tú eres el único que *siempre* ha estado ahí para mí.

Y es verdad.

No habremos tenido el comienzo más normal del mundo ni la relación más pacífica de todas, pero si algo es seguro es que él se las ha arreglado para ser mi pilar en los momentos en los que me quedaba poco para derrumbarme.

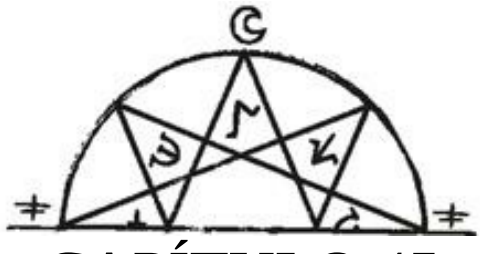
Y ahora, ha hecho esto *por mí.*

El hombre deja salir un suspiro de hastío.

—Ojalá eso deje de atormentarme algún día.

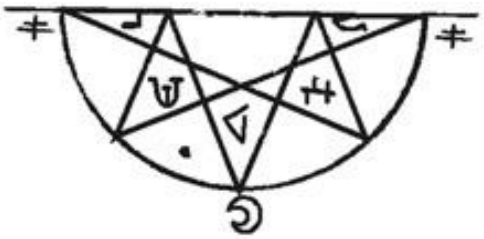
El detective me da la espalda con la firmeza suficiente como para hacerme saber que nuestra conversación ha terminado. Luego, se marcha por las escaleras a la planta de arriba, dejándome con la sensación de que algo muy importante se me escapa.

Algo que, a diferencia de mí, Hoffman parece entender bien.



CAPÍTULO 45

SANGRE INESPERADA



En cuestión de horas, la Marionetista ha empezado a pudrirse, puesto que su piel se ha puesto algo púrpura y su olor se asemeja cada vez más al de la carroña que al de algún perfume.

Saco unas tijeras del recipiente de plástico que he traído conmigo y abro el círculo de sal al trazar una línea recta sobre él con la punta. Una vez que cruzo el campo de contención, vuelvo a cerrarlo para aproximarme a la mesa. Abro los párpados de una de las caras de la criatura con una pinza y meto una cuchara en la cuenca para sacar el ojo con cuidado.

Cuando el tendón es ya lo único que lo une a la cavidad, paso a cortarlo con las tijeras. Lo deposito en el recipiente y, después de un rato, cuando ya he logrado sacar alrededor de cinco pares, tomo un puño de la sal del círculo y repito el ritual para salir de él.

En cuanto pongo un pie fuera me inclino un poco hacia mis rodillas, jadeando con dificultad.

—Deja de hacer eso, carajo —exijo a la espada en un gesto inútil, porque otra vez me siento como si hubiese revivido a un ejército de homúnculos entero.

Yo ya era consciente de que la espada me jodía mucho cada vez que utilizaba mi magia, pero creo que nunca me había dado cuenta de lo progresivo que podía ser el daño si la usaba tantas veces en un solo día.

—*Mierda* —musito al pensar en el trato que he hecho con Tared, y barajo la posibilidad de romper nuestro acuerdo de alguna manera para no tener que entregársela. No me importaría asumir las consecuencias y…

Ialpon Darr.*

Wéndigo susurra aquello en un tono tan débil que ni siquiera logro comprender lo que dice,

cosa que me alivia sobremanera; la piedra me estará haciendo la vida difícil, pero al menos tengo la tranquilidad de que el monstruo de hueso está bajo control por ahora.

Tomo aire unos minutos más para después erguirme y salir del garaje. Cierro la puerta detrás de mí y la atranco con una silla, un gesto inútil que sólo sirve para mantener la cabeza de los demás un poco más tranquila.

En la cocina me encuentro con Julien, quien lucha por sacarle chispa a la estufa portátil. Dejo el recipiente de ojos en la mesa junto con lo demás y me acerco a mi hermano. Alargo los dedos huesudos hacia la parrilla y ésta se enciende de inmediato.

El devorapieles suelta un silbido de admiración.

—Vaya. Lo que nos vamos a ahorrar en cerillos, ¿eh? —dice con una sonrisa para luego poner encima una olla con trozos de nieve.

Al imaginar el estofado de ciervo que preparará una vez que los demás lleguen con la despensa, mi estómago ruge con fiereza.

—Te haría algún comentario estúpido como que con esa hambre podrías cometerte una vaca, pero creo que en tu caso sería demasiado realista para ser gracioso, ¿eh? —comenta él sin maldad.

—La verdad es que sí que extrañaba mucho tus comentarios estúpidos —confieso con una tímida sonrisa.

—Y vaya que yo te eché de menos a ti, flaquito. Aunque no lo creas, Johanna y Nashua no son el combo explosivo de diversión que aparentan.

Río por lo bajo mientras lavo las tijeras y la cuchara. Vuelvo a la mesa y reviso con cuidado todos los materiales que he reunido.

Además de la *materia prima* —los ojos y la sal—, también hay una camiseta vieja cortada en cuadros, un estuche de costura, una navaja muy afilada y un cuenco de porcelana.

Tomo asiento y empiezo a coser uno de los trozos de tela para darle la forma de una pequeña bolsa, algo que me resulta fácil gracias a mi experiencia remendando ropa en el campo de refugiados. Después de un rato en el que sólo se escucha el ruido de la nieve al derretirse, mi hermano carraspea.

—Oye… lamento haberme quedado con ustedes. Imagino que querías estar a solas con Tared.

Detengo la aguja entre mis dedos.

Después de mi discusión con Hoffman, me sentí tan mal, tan avergonzado, que tuve que pedirle al bisonte que se quedara en casa mientras los demás bajaban al pueblo. Tared ni siquiera se sorprendió por mi petición y, de hecho, respetó tanto mi necesidad de espacio que no me ha preguntado absolutamente nada sobre lo que hablé con el detective.

—Yo te dije que lo hicieras, ¿recuerdas? Y, de todos modos, es mejor así —respondo al

encogerme de hombros.

Julien levanta una ceja.

—¿Mejor para ti o para Johanna?

Frunzo el ceño ante su pregunta.

—¿Escuchaste lo que Hoffman dijo?

—Ay, ¡obviamente! En cuanto se pusieron a gritar me pegué al barandal. Agradece que ella se estaba bañando en ese momento, ¡imagínate si los hubiese oído también!

Controlo mis ganas de enterrarle la aguja en la frente, porque como bien dijo Tared, no hay gente más metiche que mis hermanos. Meneo la cabeza y tomo uno de los ojos del cuenco para meterlo en la bolsita.

—Dioses, debería hablar con ella —musito.

—Ah, no, ¡eso sí que no! —dice Julien, amenazándome con la pala de plástico que ha estado usando para remover la nieve—. Johanna ya está grandecita y te aseguro que puede resolver sus problemas sola. Además, no es tu responsabilidad, ni la de Tared, lo que ella pudiera pensar de todo esto. No cuando él le dejó muy en claro los límites mucho antes de que tú llegaras.

—Sí. Estoy consciente de eso, pero…

Me quedo en silencio unos momentos, preguntándome si acaso Johanna y Julien ya habrían hablado antes de eso. Y también, si llegará el día en el que por fin el bisonte se canse de ser el soporte emocional de todos nosotros.

Nunca consideré que los vínculos de Comus Bayou podrían estar igual de fragmentados que el mío.

—Eso no evita que me preocupe por ella, ¿sabes? —digo en voz baja, puesto que todavía recuerdo muy bien lo terrible que es tener el corazón roto.

En realidad, quieres asegurarte de que no se le ocurra tocar lo que te pertenece…...

Con la navaja, me abro una herida en el brazo para callar a Wéndigo del todo; inofensiva, pero lo bastante profunda para que empiece a sangrar.

—¿De verdad tienes que hacer *eso*? —pregunta Julien cuando comienzo a empapar el artilugio.

Mi idea es crear unos detectores parecidos a los que hice en la cabaña que, si bien no serán tan complejos como los homúnculos, me avisarán de inmediato si ven que alguna criatura de la misma naturaleza que la Marionetista se acerca a la casa. La ventaja es que sólo hay que mantener intacto el círculo de sal para que funcione, cosa que mi cuerpo agradecerá muchísimo una vez que termine.

—Tranquilo. Ya estoy acostumbrado —aseguro.

De pronto, escuchamos el ruido de la caldera vibrar por las paredes, en señal de que ahora es el lobo quien está en la ducha. Sin decir más, Julien regresa a lo suyo.

Cuando termino de cubrir la bolsa con sangre y magia, me levanto de la silla para ir a lavarme.

Súbitamente, me encuentro con el pelirrojo atrapándome antes de que caiga al suelo de golpe, invadido por un potente mareo.

—¡Elisse! ¿Estás bien? —pregunta, pero no respondo hasta que mi cabeza deja de dar volteretas, de seguro provocadas por la magia que tuve que transferirle al artilugio. Preocupado, mi hermano me ayuda a ponerme de pie.

—Sí, es la espada —respondo mientras recupero el equilibrio, manchando el suelo y la mesa con mi sangre al tratar de levantarme—, sólo necesito descansar un poco antes de seguir y…

Soy interrumpido por el ruido de un motor. Miro hacia el ventanal del frente de la casa y veo unos faros acercarse por el camino de grava.

—Vaya, ya se habían tardado —digo por lo bajo, pero mi hermano frunce el entrecejo.

—Ésa no es nuestra camioneta.

Entorno la mirada y descubro que, efectivamente, se trata de un automóvil de color azul.

Julien y yo nos acuclillamos detrás del medio muro horizontal que divide la cocina de la sala. Saco los guantes de mi bolsillo y me los pongo con prisa mientras escuchamos el vehículo estacionarse frente al porche.

Quien lo conduce se baja dando un portazo, y al acercarse a la casa, agudizo mis sentidos.

—No huelo óxido —susurro confundido.

—Ni sangre —concuerda el pelirrojo en voz baja—. No parece que sean los tramperos, ni tampoco luce como un coche de la policía.

—Entonces, ¿quién…? —me toma sólo unos segundos llegar a una conclusión—. Julien, ¡es el contacto de Debbie!

Como si no hubiese estado a punto de desmayarme hace sólo un segundo, me levanto como un resorte y echo a correr hacia la puerta, justo cuando ésta resuena bajo los puños de alguien que llama con fuerza. Mi hermano me grita algo, pero estoy tan eufórico que ni siquiera reparo en el hecho de que la madera se sacude entera. Que quien está del otro lado la golpea casi con furia.

Y al abrirla, no me cabe ninguna duda de que el hombre que está parado al otro lado no es el contacto de Debbie. De hecho, es un joven blanco, quien desprende un simple olor a humano.

Primero me mira de arriba abajo, sorprendido, y luego su cara se quiebra en una sonrisa.

—Ah, con que eres *tú*.

Una sensación desconocida se alarga por mi espalda al escuchar la *manera* en la que pronuncia aquella palabra. Él da un paso hacia mí con tanta seguridad que reacciono

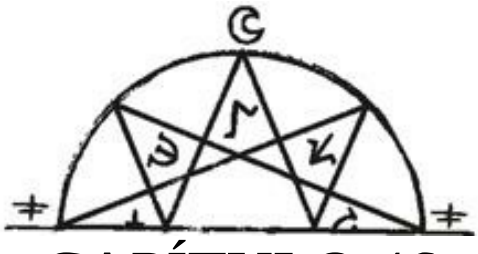
retrocediendo.

—Pero, ¿quién…?

—Soy Allen Miller —dice—. Y vine aquí a buscar a mi hermano.

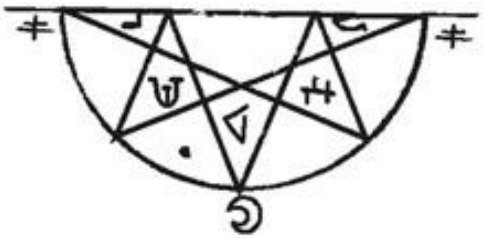
---

[*] “Quémalos con ella”.



CAPÍTULO 46

UN MONSTRUO QUE NO ES DE HUESO



En un segundo, pierdo la capacidad de hablar todas y cada una de las lenguas del mundo.

La mandíbula cuadrada, las cejas espesas y el cabello rubio que se asoma bajo el gorro; no es ni por asomo tan alto ni fornido como lo imaginé, pero el parecido es tan evidente que no puedo creer que no me haya dado cuenta de inmediato.

Por todos los dioses habidos y por haber. *Es el hermano de Tared.*

—¡Ah! —balbuceo—. ¡P-perdona, pasa, pasa, por favor!

Abro la puerta y el joven entra a la casa con las manos en los bolsillos.

Lo sigo casi de puntillas, con el corazón en la boca de mi estómago al ver la manera en la que repara en las pocas cosas desperdigadas por la sala.

Dioses, dioses, *¿cómo se enteró de que estábamos aquí?*

El chico se detiene y me mira sobre su hombro. Y como si hubiese cambiado de cara, su sonrisa es reemplazada por un gesto ceñudo.

—Y bien, ¿dónde…?

—Tared no está, Allen —dice Julien de pronto, quien ahora está parado a un lado del fregadero de la cocina. Ha actuado tan rápido que ya no hay rastros del recipiente de ojos sobre la mesa ni el artilugio.

—¿De verdad? Porque juraría haber visto su camioneta allá afuera —dice al apuntar hacia el ventanal del frente con su barbilla, donde se puede ver un trozo del cofre rojo—. ¿Estaré alucinando? ¿O sólo soy estúpido?

Aquella desagradable sensación se acentúa cuando una mueca alegre brota de su cara al decir

aquello.

—Se ha ido al pueblo con otras personas. Como te dije, *no está en casa* —insiste mi hermano, tan secamente que me quedo desconcertado. ¿Por qué le está hablando de esa manera al mismísimo hermano de Tared?

Repaso una y otra vez las cosas que el lobo me ha contado hasta ahora sobre él y me sorprendo de que no han sido demasiadas. Es más, creo que nunca había mencionado siquiera su nombre. ¿Acaso cometí un error al haberlo dejado pasar?

—Pero, si gustas, Allen —añado—, puedes volver en un rato y…

—¿Me estás echando de la casa de mi propio hermano?

Abro los ojos de par en par, tan nervioso que me debato entre seguirle la corriente a Julien o echarme a correr a las escaleras para buscar a Tared.

—Tranquilo, muchacho —pide el pelirrojo, levantando un poco las manos para calmar las aguas—. Mi nombre es Julien y este chico es Elisse. Somos amigos de Tared.

Allen me observa de nuevo con ojos de un azul oscuro, un océano tan profundo que siento que me ahogaré en medio de él.

—¿Amigos, dices? Porque, en mi opinión, con quien anoche vieron a mi hermano en una gasolinera, *exhibiéndose*, fue con una cualquiera.

Esta vez, no necesito a las voces de Wéndigo para convertirme en un remolino de náuseas y palidez, puesto que he recibido suficientes miradas de asco por parte de la gente como para no entender la forma en la que Allen ahora observa mi cuerpo de arriba abajo.

—Pero eso no es todo —añade—. Uno de los vecinos de por aquí dijo haber visto algo extraño ayer, mientras conducía por la carretera: siluetas en los árboles y *gritos.*

Él me quita los ojos de encima y los lleva hacia la mesa. Su sonrisa se tuerce hacia abajo cuando encuentra el rastro rojo y oscuro de mi sangre por la madera y el suelo. Y luego, las venas se me vuelven escarcha cuando repara en la silla puesta contra la puerta del garaje.

—¿Qué estás haciendo aquí, Allen?

El alma me regresa al cuerpo al escuchar la gruesa voz de Tared.

El hombre lobo nos mira desde el balcón aún empapado de la regadera, vestido con apenas un pantalón deportivo y la parka encima de su torso desnudo.

Con la mirada clavada en el chico, empieza a bajar con calma. Y cuando pone un pie en el suelo de la cocina, no hay ni un solo gramo de entusiasmo. Ningún reencuentro emocional entre los hermanos Miller.

De hecho, la primera reacción de Tared es colocarse delante de mí como un muro.

Allen se tensa y levanta sólo la mirada, como si se negase a erguir el cuello y reconocer los quince centímetros de estatura que lo distancian de su hermano.

—Después de tantos años, ¿eso es lo primero que se te ocurre decir? —pregunta él con sorna.

—¿Acaso no eso es lo que querías? ¿No volver a saber de mí *nunca más*?

Me percato de la forma en la que el cuerpo de Allen se echa ligeramente hacia atrás, como si temiera que su enorme hermano fuese a desplomarse encima de él.

—Un amigo mío te vio ayer en la gasolinera —insiste—, él…

—Escuché muy bien lo que dijiste, Allen. *Cada palabra* —corta Tared con un semblante que me recuerda mucho a su aspecto de hombre lobo—. Así que te lo voy a decir una sola vez: vuelve a faltarle el respeto a Elisse y ni mi madre te va a salvar de que yo te ponga en tu lugar. ¿Me oíste?

Si las miradas fuesen puñales, Allen habría descuartizado a su hermano en un segundo. Desvía los ojos hacia mí, hacia Julien, y podría jurar que las venas de sus ojos se engrosan.

—¿Ah, sí? Pues entonces dame una sola razón para que no vaya a decirle que ya encontraste *algo* con que reemplazar a tu esposa.

—¿Es-posa?

Un gemido se atora en mi garganta cuando aquella voz irrumpe en la casa. Miro hacia la entrada y encuentro a Johanna parada en la puerta, con los ojos grises abiertos como platos y una bolsa de víveres bien aplastada contra su pecho.

El hombre lobo chasquea la lengua mientras una sonrisa dura se abre paso en la boca de Allen.

—Diría que has crecido mucho desde el día en el que nos conocimos en Nueva Orleans, Allen Miller, pero la verdad es que me sigues pareciendo el mismo mocoso *pendejo* de aquel entonces —la satisfacción del chico se borra en un instante cuando Hoffman se acerca por detrás de la errante coyote, aún inmóvil bajo el dintel. El detective empuja con suavidad a mi hermana y cruza la sala con un puñado de papeles en la mano, seguido por Nashua.

—*Usted…*

—¿Se conocen? —pregunto con absoluta sorpresa. Y por la cara que pone Tared, parece ser que él tampoco lo sabía.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —masculla Allen con los dientes apretados.

—Vine a esquiar, imbécil, ¿qué te parece? —responde el latino estampando las hojas en mi pecho, mientras que el otro le lanza una mirada tan amable como la que le dio al hombre lobo.

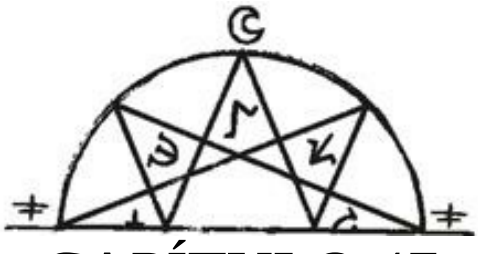
Cuando Nashua se aproxima también a la cocina y el chico se ve rodeado por otros tres hombres tan intimidatorios como su hermano, cuadra los hombros y arruga la nariz.

—Ja, ¿ahora eres amigo de este desgraciado, Tared? —espeta con las cejas alzadas—. ¿Es que Nueva Orleans te volvió demente?

El lobo sostiene el aliento, quizá para contener su propio enojo, y luego apunta con la cabeza hacia la puerta de la cocina. Allen nos mira a todos de soslayo, pero se detiene unos segundos más en mí. Luego, sale hacia el porche lateral con la barbilla en alto, triunfante al haber dejado a

la mitad de nosotros sumidos en la conmoción.

Tared, más frío que un témpano, se sube el cierre de la parka y va detrás de su hermano sin decir una palabra más. Y en cuanto la puerta se cierra con estrépito, todos en la estancia giran la cabeza hacia mí.



CAPÍTULO 47

PARIENTES MUY LEJANOS

Cuatro mujeres y cuatro demonios con cuernos que bailan alrededor de una hoguera. Una damisela que levita a varios metros del suelo, delante de una inocente casa. Unas jóvenes que le ofrecen muñecos de paja al diablo como sacrificio. Y, finalmente, el grabado de un hombre que se inclina a besar el ano de Satanás.

Le doy una fumada a mi cigarro y miro de arriba abajo aquellos dibujos antiguos, impresos en las hojas que me trajo Hoffman desperdigadas por el colchón, labor que me lleva de vuelta al angustiante momento en Nueva Orleans cuando estuve investigando sobre vudú en casa del detective.

Canibalismo, ungüentos mágicos hechos con niños, mujeres que secaban ríos y cosechas, registros de juicios desde Rusia hasta Nueva Inglaterra y libros como el *Malleus Maleficarum* y el *Daemonolatreiae*…

Echo las cenizas sobre una taza, intrigado al descubrir que, tal cual mencionó Johanna, todo, absolutamente todo lo que detallaban los tribunales eclesiásticos sobre las brujas adoradoras de Satanás es tal cual lo que vi en mis visiones, como si hubiese presenciado yo mismo aquellos *Sabbaths* supuestamente ocurridos hace cientos de años. Y eso incluye aquel libro negro que estuve a punto de firmar, porque vender su alma al diablo mediante un pacto era un requisito indispensable que toda bruja debía hacer si quería unirse a un *aquelarre*.

Y lo peor es que, al mirar el grabado de un hombre que habla con un cuervo y el de una mujer con cola de pez provocando un naufragio, me queda claro que los errantes también tuvimos algo que ver con todo esto, porque una característica importante de estas brujas es que solían estar

acompañadas de demonios que *se transformaban en animales*. Criaturas que las llevaban a volar por los cielos sobre sus espaldas, que les facilitaban tareas mágicas y con las que incluso llegaban a fornicar de maneras muy dolorosas.

Pero, a pesar de todas estas pruebas y la forma en la que encajan tan perfectamente con lo que he visto, hay algo que no logro entender.

Las fuentes no sólo aseguran que las casi sesenta mil personas que murieron condenadas por brujería no sólo eran inocentes de los crímenes de los que se les acusaban, sino que, además, la gran mayoría no tenía nada que ver con la magia ni la habían practicado jamás en sus vidas. No es que pueda fiarme de un texto moderno escrito por humanos que descreen de estas cosas, pero ¿tantas personas y errantes con magia se *dejaron* capturar en aquel tiempo? Es absurdo y, si debo ser sincero, la pena que siento ahora mismo no es por las maldades de las supuestas brujas satánicas, sino por lo que los inquisidores les hacían *a ellas* cuando las torturaban.

Una de las razones por las cuales de niño tenía tanto miedo de que descubrieran que podía ver espíritus es porque hoy en día se siguen haciendo cacerías de brujas en la India, después de todo.

Pero aún hay más. Aparte de que no he visto una sola imagen o texto que describa algo remotamente parecido a la Marionetista, tampoco hay rastros del símbolo *alquímico* que tenían grabado en la piel aquellas terribles mujeres de mi visión:

Me alargo para tomar una de las hojas sobre la cama, la cual tiene impresa una especie de tabla periódica alquímica. Desde el principio sospeché que todo esto tenía alguna relación con esa magia, y eso es porque había visto dibujos muy similares en los libros de la casa Blake, aunque no dejo de preguntarme cómo diablos es que la magia de Jocelyn —o ella misma, inclusive—, se podría conectar con unas brujas más familiarizadas con una escoba que con una pseudociencia.

Es una pena que Hoffman no pudo encontrar el símbolo por ninguna parte, sólo figuras remotamente parecidas a lo que busco, como la Cruz del Leviatán.[*] Pero nada más.

Estoy por darle otra vuelta a los papeles, frustrado al pensar en lo mucho que Sammuel y sus libretas ayudarían en estos momentos, cuando escucho la puerta del porche abrirse y cerrarse con violencia. Me levanto a toda prisa para salir de la habitación y asomarme por el barandal del

pasillo, aunque sólo alcanzo a oír las voces airadas de los hermanos Miller dirigirse a la sala.

Debo admitir que fue un tanto cobarde haber huido y refugiarme aquí arriba, pero estaba tan contrariado por todo lo que pasó en tan escasos minutos que no quise enfrentarme al escrutinio de nadie. Y mucho menos después de que se hubieran enterado del asunto de Grace.

Al escuchar cómo Allen sube a su coche y arranca a toda velocidad, me retraigo de nuevo a la habitación con el corazón pendiendo de un hilo. Siento los pasos de Tared retumbar contra los escalones, ignorando los llamados de los demás a su paso.

En segundos, el lobo entra y casi azota la puerta tras de sí. Me quedo inmóvil al lado de la cama mientras se quita la parka y la arroja al suelo descuidadamente, algo muy impropio de él. Lo veo sacudirse el agua que se ha cristalizado en su cabello y dar vueltas como un lobo enjaulado.

De pronto, se detiene y mira sobre su hombro para encontrarme con la mirada en el piso y el cigarro a punto de caerse de mis dedos.

—Dios, Elisse, perdóname —dice, para luego acercarse a mí a pasos largos—. Lo siento, de verdad, ¿estás bien?

—Creo que soy yo el que necesita preguntarte eso, Tared.

Él resopla y se pasa una mano por la cara.

—Sí, estoy bien —contesta—. Aunque me costó hacer que se largara.

—¿Quieres hablar? —pregunto—. Bueno, si te sientes cómodo con eso, claro.

Tared niega con la cabeza.

—No te preocupes —afirma—. Nada de esto ha tenido que ver contigo, ni siquiera las estupideces que te dijo mi hermano allá abajo. Nuestra relación jamás ha sido sencilla y lo que sucedió con Grace tampoco hizo las cosas más fáciles, así que no te lo tomes como algo personal, por favor.

Sí, creo recordar que una vez mencionó que su hermano le tenía mucha estima a su esposa.

Siento que el suelo se mueve bajo mis pies, porque nunca me había puesto a pensar en la familia del lobo. O más bien, no creí que llegaría el día en el que tendría que hacerlo. Tared es *viudo* y tal vez debí considerar la forma en la que su madre y su hermano recibirían el hecho de que ahora sale con un chico diez años más joven del que jamás habían escuchado.

Y por la manera en la que Allen se dirigió a mí, supongo que no le hizo gracia. Es más, era obvio que yo le resulte…

Repugnante.

—Sin embargo, es *tu hermano,* Tared —digo en un intento por apartar mis sentimientos—. Estoy seguro de que nada te gustaría más que arreglar las cosas con él.

—Algunas relaciones no pueden ni necesitan arreglarse, Elisse. Ni siquiera las que tienes con

tu propia sangre. Además, tampoco puedo forzarlo a que deje de temerme.

Tared se aleja y va hacia la maleta que ha dejado al pie del ventanal. Se agacha y empieza a sacar algo de ropa para vestirse.

—¿Tu hermano te tiene miedo? —pregunto, porque más bien parecía que el chico buscaba la forma de provocar al lobo. Aunque es verdad que la gente asustada suele reaccionar con violencia para no mostrarse vulnerables.

Tared detiene su labor y lleva la mirada afuera, hacia el bosque.

—¿Alguna vez Johanna te contó por qué se fue de su casa? —dice.

Me cuesta unos segundos responder, confundido por la pregunta:

—Sí. Dijo que tenía que ver con sus problemas de ira, lo que le había causado muchos conflictos con sus padres desde niña…

Él concuerda con un gruñido.

—Para ciertos errantes, y más durante la niñez, controlar emociones como el enojo puede ser complicado. Tanto para nosotros como para la gente a nuestro alrededor —explica—. En mi caso comencé a volverme problemático más o menos a los cinco o seis años de edad, poco antes de que nuestro padre se fuera de casa. No recuerdo casi nada de esa época de mi vida, estaba tan atormentado que perdía la noción de la realidad, incluso de la gente que era parte de mi familia. Y aunque yo nunca pude perdonarle que abandonara a mi madre en la época más difícil, Allen siempre quiso saber más de él. Siempre resintió la ausencia de un padre.

Tared guarda silencio de pronto, pero es obvio que se culpa por su partida. Por la fragmentación de su familia. Por todo.

—Allen es tres años menor que yo —continúa—, así que se supone que yo debía protegerlo, hacer lo que todos los hermanos mayores deben hacer, pero en cambio fue él quien se pasó toda la niñez viendo cómo yo le hacía la vida imposible a mi madre debido a mis problemas, y cuando sucedió lo de Grace, su miedo se acentuó. Siento que, al igual que Hoffman, Allen sentía que dentro de mí se ocultaba algo aún más… terrible.

—No vuelvas a decir eso —ordeno, bastante molesto—. No hay nada terrible contigo *y no tienes la culpa de las decisiones de los demás*, ¿me oyes? Estabas pasando por un trauma, por cosas que no podías controlar, ¡y eras sólo un niño, por favor!

Tared me mira con sorpresa, con esos ojos de trueno azul tan distintos a los de Allen, y susurra un sincero “gracias” para después volver a ocuparse de su ropa.

Quisiera preguntarle más cosas, saber más sobre su pasado y su familia, pero esta vez, decido esperar a que él esté listo para abrirse por su cuenta. No debe ser nada fácil consultar de nuevo un capítulo tan doloroso.

—¿Crees que Allen le dirá a tu madre que estamos aquí? —pregunto.

—Lo dudo. Ellos tampoco tienen una relación fácil.

Cuando Tared zanja el tema allí, me llevo el cigarro de nuevo a los labios. Al percatarse del humo, el lobo se levanta y camina hacia mí para tomar mi muñeca y darle también una fumada.

—¿No íbamos a dejar ambos esta porquería? —dice.

—Estaba tan ansioso que cuando vi la cajetilla de Hoffman en la cocina no pude evitarlo —respondo—. Aunque no he vuelto a ver a Samedi desde que desperté, su lengua sigue aquí, ¿sabes?

—¿Y sigues ansioso? —pregunta—, porque si es así, creo que un baño te ayudaría bastante con eso…

Noto los músculos de su abdomen tensarse, sus ojos descender hacia la hilera de botones entreabiertos de mi camisa. Miro sobre mi hombro, hacia la puerta bien cerrada de la habitación, y pienso en la manera despectiva en la que Allen se dirigió a mí antes.

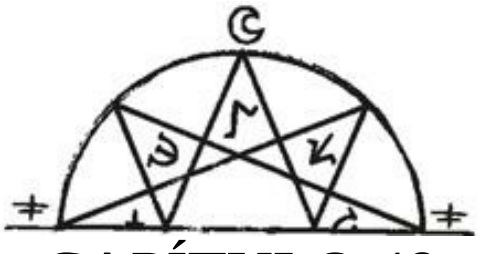
Un chispazo de rabia me hace sonreír.

—Bueno, en ese caso tú también deberías tomarte otro rato en la ducha, es decir, ¿a quién se le ocurre salir *así* a la intemperie? —digo a la par que acaricio distraídamente su pecho desnudo.

El vínculo tira y una sonrisa feroz se dibuja en su boca. Y, por la forma en la que sus manos se cierran contra mí, tengo la placentera sospecha de que lo único que ha logrado Allen con todo esto es hacer que, esta vez, su hermano no esté tan dispuesto a contenerse.

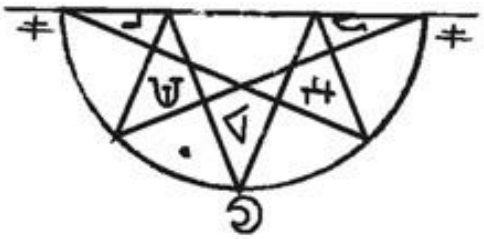
---

[*] Considerada la “cruz de Satanás”, es una reestilización que combina los símbolos del fuego y el azufre.



CAPÍTULO 48

LUGARES QUE NO NOS PERTENECEN



Ayer, el hombre lobo y yo nos dimos cuenta de algo muy interesante. El sexo, de alguna manera, vigoriza mi magia lo suficiente como para sobreponerme a la espada unas horas. Tanto así que, cuando Tared terminó conmigo, mi primer impulso fue bajar por los artilugios. Julien había escondido los ojos de la Marionetista en la olla de nieve, así que me bastó con traerla aquí arriba para poder trabajar con tranquilidad.

Y ahora, la mañana me encuentra exhausto después de derramar hasta la última gota de magia que acumulé, con el último artilugio entre las manos y con la sombra de una migraña rondando en mi nuca.

El devorapieles, en cambio, duerme como una roca a mi lado, como si fuese lo más normal del mundo que el chico en tu cama se pasara la noche metiendo ojos de *demonio* dentro de pequeñas bolsas ensangrentadas.

Imagino que de nuevo le costará mucho levantarse, así que reúno las pocas fuerzas que me quedan para ponerme de pie en silencio. Me abrigo lo mejor que puedo y salgo de la habitación con los artilugios; ahora que los detectores están terminados, sólo bastará colocarlos en los alrededores de la casa.

Al llegar a la cocina sólo encuentro a Julien en la estancia, quizá porque aún es temprano. Él se gira hacia mí con la sartén en la mano, pero en vez de saludar apunta con la cabeza hacia la sala.

Me quedo petrificado al ver que Allen está sentado en el sillón, los brazos sobre los muslos y los puños entrelazados bajo la barbilla. Y que Johanna está junto a él, *escuchándolo*.

Me acerco al pelirrojo con cuidado, como si temiera que fuesen a reparar en mis pasos.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —musito y el bisonte hace una mueca de incomodidad.

—Llegó hace menos de diez minutos —aclara—, iba a pedirle que se fuera, pero… Johanna quería hablar con él. No quise subir a avisarles porque tenía la esperanza de que se largara antes de que ustedes despertaran, pero creo que ya es tarde para eso.

Miro de reojo hacia los dos mientras me pongo los guantes con discreción, perturbado de sólo pensar en las cosas que Allen debe estar diciendo a mi hermana en este momento.

Ayer, Tared me contó que, aunque en Comus Bayou no sabían sobre la existencia de Grace, sí que conocían la mala relación que tiene con su hermano, lo que me hace entender todavía menos qué diablos pretende Johanna.

La errante levanta la barbilla y, al descubrir que estoy aquí, palidece.

Se levanta, sin despedirse de Allen, y camina hacia acá.

—Johanna —ella no me responde. Tan sólo se cruza de brazos y me pasa de lado para subir la escalera y perderse en las habitaciones del fondo.

En otras circunstancias me extrañaría demasiado un comportamiento así de desconsiderado por parte de ella, pero supongo que no puedo culparla ahora mismo. Debe estar…

Envenenada de furia.

Dejo la olla con los artilugios en la mesa y Julien niega enérgicamente con la cabeza cuando voy en dirección a la sala.

El menor de los Miller levanta los ojos hacia mí.

—¿Quién lo diría? —dice a modo de saludo—, para ser tan buena persona, a mi hermano le gusta mucho ocultarle cosas a los demás, ¿verdad?

—Buenos días, Allen —respondo con calma—. Puedo llamar a Tared para que baje, si gustas.

—De hecho, vine porque quería darte a ti *otro vistazo*. Te llamas Elisse, ¿verdad?

Entorno la mirada, incómodo.

—Lamento que te enteraras así de todo esto —musito—. No debió ser agradable saber que Tared había vuelto a Minnesota sin avisarles.

—Sí, mi hermano me dijo que eres algo así como su *amante*.

¿"Algo así™, eh?

Me quedo frío delante del chico, con la sensación de una ansiosa picazón en las manos. No me ha gustado ni un poquito la forma que se ha dirigido a mí, y ni siquiera creo que lo que dijo sea verdad, pero intento ser comprensivo, considerar que no es realmente su culpa la relación tan difícil que lleva con Tared.

Es un humano. Un humano ajeno a nuestro mundo y nada más.

—Ya. Entiendo que saber eso debió ser una sorpresa para ti —susurro con las mejillas calientes.

—Claro que lo fue —dice mientras se recarga a sus anchas en el sillón—. Es decir, Tared *nunca* había mencionado nada de ti, y mucho menos a mi madre. Pero es comprensible. Yo tampoco lo habría hecho.

La forma en la que me mira de arriba abajo me crispa los nervios. Observo de reojo a Julien, quien parece tenso por la indignación, y decido que no tengo por qué soportar esto. Así que doy un paso atrás para retirarme.

—¿No te da pena, Elisse? —dice el menor de los Miller, quien se pone en pie para retenerme. Luego, señala con las manos a su alrededor—. Estas paredes, estos pisos, esta pintura; todo lo escogió Grace para hacer de esta casa un lugar donde *ella* pudiera ser feliz. ¿No te da vergüenza venir aquí, dormir bajo su techo y acostarte con su esposo en la habitación donde ellos solían hacerlo también?

—Tu hermano tiene todo el derecho de terminar su luto —musito, intentando controlar la humillación que aquello me ha hecho sentir—. Que no te guste lo que él eligió no va a cambiar nada.

—Tú no eres *nadie* para venir aquí, sentirte a tus anchas y tomar este lugar como si te perteneciera —dice con la mandíbula rígida—. *Ésta es la casa de Grace.*

—¿La casa de Grace? —la cara del chico palidece al escuchar la voz de su hermano a sus espaldas, tan sigiloso que sus botas ni siquiera han resonado contra el parqué—, porque según recuerdo, yo pagué la inmensa mayoría de esta propiedad con el sudor de mi frente. Y, por lo tanto, ésta es ahora *su casa* —el lobo me señala con la barbilla—. No voy a sufrir toda la maldita vida para tenerte contento, Allen, y tumbaré estas paredes, estos pisos y esta pintura si eso es lo que hace falta para seguir adelante.

Como si el devorapieles hubiese prendido una mecha, la cara de Allen se enciende como la yesca. Pero en vez de gritar y ponerse como un loco, el chico levanta la comisura de sus labios en una desagradable sonrisa, algo que empieza a parecerme más un tic nervioso que una reacción natural.

—Vaya, Tared —dice—, si hubieras confesado desde el principio que eras maricón te habrías ahorrado el enloquecer a tu esposa, ¿no?

Tared me atrapa un segundo antes de que le reviente la cara a su hermano de un puñetazo.

—¡Suéltame, carajo! —grito y me revuelvo con furia mientras el muy cobarde de Allen se echa sobre el sillón—. ¡Ya quisieras ser la mitad de hombre de lo que es tu hermano, mocoso idiota!

Mis sienes palpitan; mis manos escuecen como picaduras; el dolor en mi cabeza pulsa sin cesar; Allen puede decir *toda* la mierda que quiera sobre mí, prenderme fuego si se le antoja,

¡pero esto…!

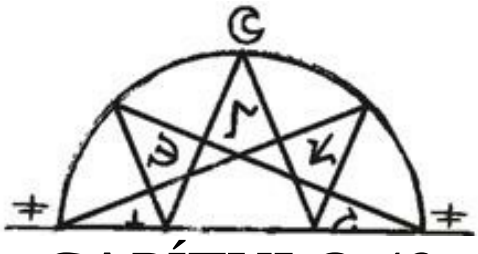
¡Despedázalo!

—¡Elisse, calma! —Julien corre hacia acá para ayudar a lidiar con la situación, porque, sorprendentemente, a Tared le cuesta forcejear conmigo.

—¿Pero qué carajos está pasando aquí? —grita Hoffman, quien se asoma por la escalera debido al escándalo.

El menor de los Miller casi lanza un chillido cuando mi brazo se zafa del agarre del bisonte.

—¡ELISSE! —esta vez es el grito de Nashua lo que me detiene. El errante entra a toda prisa por la puerta principal de la casa—. Elisse. El contacto de Debbie ha llegado.



CAPÍTULO 49

UN LATIDO PRIMIGENIO

Allen. Grace. El aire que ahora mismo respiro.

Todo pasa a importarme un comino cuando aquellas palabras caen como una bomba sobre mis oídos.

—Por los dioses… —musito, asfixiado por el estupor.

Me abro paso como un huracán hasta la puerta para ver cómo un vehículo entra por el camino de terracería, una pequeña y elegante camioneta blanca que pronto se estaciona junto al coche de Allen.

Un hombre de piel muy morena baja del auto, sereno, hundiendo los zapatos negros en la nieve, sin chistar. Va vestido de traje sastre, con un abrigo grueso encima y el largo cabello suelto. Y aunque aún está a varios metros de mí, logro distinguir con claridad que no se trata de un errante, sino de un *humano*.

Me acerco como un rayo, con Nashua detrás de mí.

—Buenos días —nos saluda el visitante, quien se toma brevemente de las muñecas con el errante oso—. Perdonen por llegar hasta hoy. Hubiese querido hacerlo en cuanto Debbie me llamó, pero apenas encontré un vuelo desde Canadá y tampoco ha sido fácil dar con la casa. Está muy bien escondida —el hombre mira hacia mí—. Tú debes ser Elisse, ¿verdad?

—Pero ¡¿qué diablos te pasa?!

Detrás de nosotros, Allen es echado de la casa a empujones por su hermano. El chico se planta en el porche y parece a punto de reclamar cuando Tared le apunta con el dedo y lo amenaza con algo así como llamar a la policía.

—Eh, ¿llegué en un mal momento? —pregunta el contacto de Debbie por lo bajo.

—No, no, pase, por favor —pido, tan ansioso que apenas reparo en la manera en la que el menor de los Miller es obligado a largarse en su coche.

Guiamos al hombre a la sala y lo sentamos en medio del amplio sillón. Mi hermana decide bajar junto con Hoffman, y después de traer sillas de la cocina, todos nos congregamos alrededor del visitante.

—Creo que lo mejor es que primero me presente —dice una vez que el ánimo se ha calmado —. Mi nombre es Huritt y soy profesor de Antropología en la Universidad de Toronto.

Me siento frente a él en la mesita de centro, incapaz de creer que por fin haya encontrado a alguien que pueda ayudarme.

—¿De qué familia vienes, Huritt? —pregunta Tared a mi lado.

—Yo no tengo Atrapasueños, muchacho —responde con calma—. Soy humano, aunque tengo varios amigos errantes. Debbie es una de ellos.

Cuando sólo Hoffman parece tan sorprendido como yo, me doy cuenta de que éramos los únicos que ignorábamos que hubiese gente más allá de las familias de errantes que supieran de nuestra existencia. Aunque eso explicaría la facilidad con la que pudimos entrar a Monument Valley.

—Entonces, ¿usted puede ayudarme? —pregunto, arriesgándome a ser demasiado efusivo.

—La verdad es que Debbie no pudo contarme mucho sobre todo esto, Elisse —dice—. Como no hablabas demasiado con ella, no supo exactamente qué te había ocurrido.

—Eh, sí. Es que siempre estaba tan seria que preferí guardar mi distancia para no incomodarla.

El antropólogo sonríe sin malicia.

—Algunas personas de las tribus originarias podemos ser reservadas, pero no porque tengamos mal carácter, sino porque entendemos el valor de las palabras y nos gusta recurrir a ellas con precisión. De hecho, Debbie me dijo que, para ser tan sombrío, le provocabas mucha ternura.

Miro de reojo a Nashua y encorvo un poco la espalda, avergonzado de mi prejuicio.

—Pero no es eso lo que te interesa escuchar ahora, ¿cierto? —dice Huritt con cortesía—. Así que, ¿por qué no me cuentas primero tu problema?

Ah. Directo al grano.

—Supongo que ya sabe que soy un contemplasombras —el hombre asiente con naturalidad —, así que he visto fantasmas y espíritus del plano medio desde que tengo memoria. Pero a ese monstruo no comencé a verlo hasta que llegué a Nueva Orleans, hace ahora ya más de un año. Y a diferencia del resto de mis pesadillas, las cuales sólo me atormentaban cuando entraba al mundo espiritual, *Wéndigo* también podía aparecer en el humano y…

El hombre alza la mano para pedirme un momento.

—Lo más seguro es que no estés familiarizado con esto, así que tal vez te sea valioso saberlo antes de que continúes tu relato —dice—: te recomiendo mucho que no pronuncies el nombre de ese ser. Hacerlo es una forma de *evocarlo*,* de dirigir su atención hacia ti, así que, si te parece bien, comenzaremos a llamarlo de otra manera, algo como…

—¿Monstruo de hueso? —sugiere el lobo, y Huritt accede, comprensivo. De pronto, me siento un poco perturbado al pensar en la cantidad de veces que hemos usado ya ese nombre por simple ignorancia.

Con eso en mente empiezo a contarle al antropólogo, a grandes rasgos, todo lo que me sucedió desde el día en el que encontré a la terrible criatura en la tienda de Laurele. Acaricio mi mano descarnada, oculta bajo el guante, y las emociones me desbordan al darme cuenta de que ya no recuerdo con exactitud cómo eran las yemas, ni si esa uña rota, resultado de un machucón cuando era niño, estaba en el dedo medio o en el anular.

Somos…..

Después, le hablo sobre el momento en el que monstruo de hueso me arrancó a Ciervo Piel de Sombras del pecho para tragárselo y de la forma en la que me vi obligado a hacer un pacto con él para apropiarme de sus poderes. O más bien, para dejarlo tomar el lugar de mi ancestro.

Intento ser sincero con absolutamente todo. Desde las voces en mi cabeza hasta cómo esta criatura parece alimentarse de mi debilidad. Y, por supuesto, le hablo también del canibalismo y de la presión dolorosa de la garra de la bestia en algún punto sobre mi corazón.

El hombre me pregunta dónde nací y quienes fueron mis padres, así como la apariencia física del monstruo de hueso, y cuando termino, estoy tan agotado que comienzo a sentir de nuevo ese insistente golpeteo en la nuca, el indicio de un dolor de cabeza.

Huritt deja escapar un suspiro.

—Vaya. En qué lío estás metido, ¿eh? —dice mientras afloja un poco el nudo de su corbata —. De acuerdo. Voy a hacerte una última pregunta, y necesito que reflexiones bien la respuesta, porque es sumamente importante, ¿está bien?

Aquello me trae una sensación de pesadez, pero termino por asentir.

—Cuando el monstruo de hueso puso su garra sobre tu corazón —empieza a la par que hace un gesto con su propia mano—, ¿sentiste un frío terrible, una especie de congelación súbita dentro de tu pecho?

Me llevo la palma hacia esa zona del cuerpo para intentar rememorar la sensación de aquellos huesos sobre mi carne. El ahogo, la ansiedad, la opresión…

—No —contesto muy seguro—. Lo que sentía era dolor, como si estuviese a punto de sufrir un ataque cardíaco, no sé si eso tiene sentido.

El semblante comprensivo del antropólogo cambia a uno de preocupación.

—Bien. Entonces creo que necesito empezar por explicarte qué es en realidad un "*Wándiga*" —dice, pronunciando así el nombre a propósito—: Como te imaginarás, el mito de esta criatura proviene del pueblo algonquino, los habitantes originarios que han vivido en el norte de este país y en Canadá desde hace miles de años. Al igual que muchas otras tribus, preservábamos nuestras leyendas y tradiciones por medio de la transmisión oral, por lo que mucho de nuestro pasado quedó perdido debido al genocidio de los colonizadores y la cristianización. Wándiga no fue la excepción, por lo que, hasta hoy en día, no se sabe con certeza cuál es el origen exacto de su leyenda ni cuánto tiempo hace que existe, pero los pocos rastros que tenemos coinciden en que se trata de un espíritu maligno que se manifiesta durante el invierno y sólo en los bosques septentrionales a aquellas personas que, hostigadas por la hambruna, deciden comer carne humana; como resultado, estas víctimas comienzan a transformarse en un Wándiga también, adquiriendo sus hábitos caníbales y su apetito.

Sí. Eso suena bastante al monstruo de hueso, cuya sonrisa parece haberse ensanchado en mi interior, pero…

—Nunca he estado en esa zona del continente —recalco— y tampoco había comido carne humana hasta mucho después de ser poseído. No tiene sentido.

—A menos que… —Julien carraspea cuando todos giramos hacia él—. Es decir, cuando llegaste a Tíbet tenías ya unos meses de nacido, ¿no? Tal vez tu padre provenía de esa zona que menciona Huritt, y quizás estaba en una gran necesidad, no tenía con qué alimentarte y… ya sabes.

Escucho a más de uno jadear, espantados al comprender hacia dónde iba su insinuación.

—Tranquilos. Todavía es muy pronto para sacar conclusiones —dice Huritt ante la inquietud —. Hay muchas similitudes entre Wándiga y la bestia que me describes, demasiadas como para pasarlas por alto. *Pero.*..

—¿Pero…? —pregunta Tared al darse cuenta de que no puedo articular la palabra por mi cuenta.

—Pero si le pregunté a Elisse sobre la garra dentro de su pecho, es porque una parte esencial del mito de Wándiga es *el corazón frío* —explica—. Alrededor del mundo hay muchas leyendas en las que los espíritus malignos usan el corazón, el símbolo de la *voluntad*, como vínculo para subyugar a su víctima; la voluntad es el arma más poderosa de cualquier criatura viva, ya sea humana, errante o animal, y si el corazón es embrujado o destrozado, el ente invasor tendrá la total libertad de controlar su cuerpo y su alma. Lo que Wándiga hace es precisamente congelarlo, así que cuando alguien es poseído, lo primero que debe sentir es un terrible helor en el pecho, el cual tú ya debiste haber percibido, y quizá desde el primer momento en el que tu padre te "alimentó" con carne humana.

—Tampoco olvidemos que Wándiga te poseyó sólo hasta que tú aceptaste ser su receptor —apunta Nashua.

—¿Y… la segunda cosa? —pregunto, cada vez más angustiado al presentir hacia donde diablos estaba yendo esta conversación.

Huritt extiende la palma de su mano hacia mí.

—¿Puedo ver tu mano? —pregunta—. En cuanto Debbie me habló de ella, supe que debía venir personalmente a verla en vez de limitarme a hacer una llamada por teléfono.

Asentir me cuesta como si mi cuello fuera de acero, pero retiro mi guante y alargo mi garra hacia él. El antropólogo entrecierra los ojos y la toma para observar los huesos, las articulaciones y el movimiento. Acaricia la textura y, por unos momentos, puedo sentir cómo se le eriza la piel.

—La segunda cosa es *su apariencia,* Elisse —dice después de soltarme—. La criatura que has descrito y esta mano que parece hacer cosas tan terribles como extraordinarias no se parece en nada al Wándiga de nuestras tradiciones.

Tared entorna la mirada:

—Yo creí que, precisamente por su apariencia, el monstruo de hueso era un Wándiga.

Al ver mi gesto de confusión, el lobo se da a entender:

—Soy de la zona de los Grandes Lagos, después de todo, así que Wándiga es una leyenda bien conocida por aquí. Recuerdo que lo representaban como un esqueleto de animal con colmillos en algún cuento para niños.

—Y ésa es la parte que no tiene sentido —continúa Huritt—. Cuando los primeros colonos británicos llegaron a tierras algonquinas hace cuatrocientos años, el mito de Wándiga se mezcló con tabús y miedos traídos de los cristianos obsesionados con demonizar todo lo que no se asemejase a sus tradiciones. Como resultado, dieron a este espíritu maligno la apariencia de un ser antropomorfo con astas, más parecido a las deidades de aquellas religiones mal llamadas “paganas” que habían sido condenadas por brujería en Europa, porque los registros nativos originales lo describen más bien como una criatura humanoide, a veces gigante, que se ha comido sus propios labios debido a la avidez, algo muy distinto a la imagen que tiene Wándiga en el imaginario colectivo en la actualidad.

Al escuchar “condenadas por brujería” mi mente evoca aquellas brujas satánicas que ahora han sido enviadas por mi Mara, incapaz de entender cómo es que todo lo que está sucediendo pareciera conectarse y a la vez no tener ningún sentido.

Mis labios se abren muy apenas para hacer una pregunta que galopa dentro de mí sin cesar.

—Entonces, ¿no es un Wándiga lo que me ha poseído? ¿No hay forma en la que puedas ayudarme? —susurro.

Cuando el antropólogo niega con la cabeza a manera de respuesta, siento como si mi corazón se desinflara. Justo cuando había encontrado una respuesta. Justo cuando creí que me había

acercado al final de esta pesadilla…

Pero luego el hombre piensa unos momentos, quizás ordenando una idea compleja.

—Contradiciendo lo que muchos historiadores piensan, y quizás esto es porque no tienen idea de que los errantes y la magia son reales —dice—, existe la teoría de que detrás de la inmensa variedad de mitos, religiones y creencias, hay algo muy antiguo, algo arquetípico que, de alguna forma, pareciera conectar todos los miedos de la humanidad en un único origen; un sitio, un momento, una figura de donde se desprende todo lo que nos atormenta en las noches, una semilla oscura que late dentro de las entrañas de las sombras.

Un corazón, ¿verdad? Un corazón podrido, un corazón inmundo que crece como una enredadera alrededor de tu cuello.

Cállate.

—Este ser al que llamas "monstruo de hueso" tiene características muy similares al mito algonquino —continúa, sin percibir cómo mi garra se abre sobre mi pierna, cómo el dolor de cabeza dilata las venas de mi sien—, pero también se parece a otras criaturas existentes alrededor del mundo, como aquellas que trajeron los colonizadores en sus pesadillas. Irónicamente, todo eso lo hace tan *único* que lo convierte en algo mucho más complejo, algo que parece haber sido sacado no de una leyenda, sino de algo más…

Cállate.

—Primordial.

—¿Primordial? ¿A qué te refieres? —pregunta Johanna, creo. ¿Tienes una idea de qué podría ser? —cuestiona alguien más, pero ya no reconozco su voz.

—¿Cómo carajos podemos detenerlo? —*basta, ¡basta!*

—No, no tengo idea. Pero sé que quizá…

Cállate.

Dejo de escuchar. De sentir. De pensar.

En un latido, el tiempo se derrite entre mis dedos. Huritt habla, pero no puedo oírlo; sólo veo sus labios moverse, sus ojos expandirse por la sorpresa, las imágenes de todos diluirse a mi alrededor.

Sa… em. L…y

Sa… lm… Woods…

Y él habla.

Y habla.

Y habla.

Y luego…

—Elisse, *¿estás bien?*

¡CÁLLATE!

Mi grito es seguido de un suspiro. Y de silencio.

De pronto, el monstruo de hueso me cubre los ojos y los oídos con cientos de manos; me ciega y me deja sordo. Me arranca un gemido.

Dolor. Migraña. Un hormigueo terrible en la nuca.

La negrura se expande de mi cabeza hacia mi pecho, a mis pies, a mis manos que se clavan en mis muslos hasta hacerme sangrar.

Un latido primigenio.

La realidad se desenfoca, mis extremidades se desprenden de mí como llevadas por una ola, tiradas por montones de manos cadavéricas que las ahogan.

Una semilla sembrada en tu corazón.

Lanzo otro grito que esta vez no puedo escuchar dentro de mi cabeza. Sólo hormigueo. Hormigueo que nubla todo sonido y todo color y toda forma con energía estática en luz y sombra.

Me levanto y me sacudo para tratar de expulsar de mi cuerpo el terrible cosquilleo que me recorre la carne. El escozor en mis dientes me hace sentir como si creciera una trampa de oso en mi mandíbula que abro y cierro sin cesar para tratar de quitármela.

Intento arrancarme mi propia quijada, pero está mojada y resbalosa.

"¡ELISSE!"

Oigo que alguien grita, y hunde sus manos en mis hombros. Todo da vueltas y mi espalda azota con fuerza contra el piso. ¿Me estoy desmayando? ¿Por qué está tan oscuro de pronto?

Y entonces escucho un goteo. Una, dos, tres veces caen las gotas.

Mis manos están tibias y pegajosas, mi lengua se retuerce presa del sabor de las cenizas. La energía estática se convierte en un lago escarlata cuando algo florece sobre mi pecho, húmedo. Muy caliente.

Y entonces, el monstruo de hueso me libera ojos y oídos.

Enfoco la vista despacio, doloridamente. El jadeo de Tared me hace girar la cabeza. Él está a mi lado, con los brazos alrededor de mi pecho, la mejilla cubierta de sangre, sangre que gotea de mis manos, de mis labios, de mi rostro.

—¿Tared? —pregunto, como si acabase de ver la luz después de días enteros de tener los ojos vendados.

Estoy sentado en el suelo, rodeado de personas, con el lobo reteniéndome con todas sus fuerzas. Nashua, Hoffman y Julien me sostienen las piernas. Jadean, se agitan.

La mesita de centro está volcada junto con el sillón. Johanna está frente a mí con los ojos abiertos de par en par, cristalizados a causa del horror.

Y bajo sus manos cruzadas, tendido en el suelo cual muñeco roto, yace Huritt con el pecho escarbado como una tumba, ahogándose con su propia sangre, murmurando palabras que no alcanzo a comprender por el constante zumbido en mis oídos.

Veo el subir y bajar de su corazón expuesto entre sus costillas destrozadas.

Sa… em. L…y

Sa… lm… Woods…

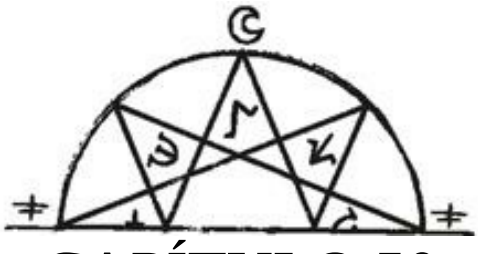
Sólo un latido más…...

Grito con tanta fuerza que podría reventar las ventanas, porque descubro que aquello que sentía todo este tiempo detrás de la nuca no era un golpeteo, ni una migraña ni un benigno hormigueo. Eran las voces del monstruo de hueso, diminutas pero presentes como la marabunta de millones de células que, en vez de gritar, me hicieron creer que por fin lo había subyugado, mientras se apoderaban de mí como una infección. O como la mano de una Marionetista detrás de mi nuca.

Orillado por el miedo de volver a perder el control, inflo mi corazón, *mi voluntad*, como una bomba, y expulso mi magia hacia mi cabeza, hacia la base de mi cerebro. La clavo y la tuerzo como un tornillo para volver a quedarme ciego y sordo, apagando las luces del entendimiento y empujarme así, de vuelta a la terrible oscuridad.

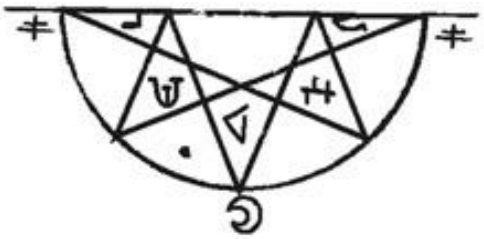
---

[*] En el mundo de la magia y lo esotérico, “evocar” se utiliza para los espíritus menores, mientras que “invocar” se refiere sólo a los dioses o divinidades.



CAPÍTULO 50

INFRAMUNDO



Gracias a ti, comenzó a crecer un bosque en medio de la niebla, hace más de mil años.

Y después, *ella* llegó y construyó un hogar con hiedra venenosa y miedo. Pavor que, una vez que logró erigir sus muros, llenó las habitaciones de lenguas que lamían ansiosas cada gota de sangre derramada sobre los suelos; de ojos que miraban con deseo cada cuerpo que abría sus cavidades delante de ellos preguntándose, ¿cuándo? ¿Cuándo será mi turno de alimentarme?

La casa en la niebla, un refugio de endrinos oscuros que crecieron a lo largo de ocho caminos, abre sus puertas, tan perversas que me permiten ver dentro de ellas sólo cuando las siete chimeneas arrojan humo hacia mi portal; un humo denso que me obliga a toser trozos de pulmón para despertarme.

Vanidosa y cruel, aquel monumento del horror me ofrece el interior de su cuerpo para que pueda ver a sus hijas, para que la rabia me consuma al ser incapaz de tocarlas, para que me resigne al anhelo de rasgar algún día con truenos y martillos aquellas paredes infestadas por la humedad.

A sabiendas de mis deseos, de mi inmensa frustración, hoy me muestra cómo Inanna, la Maligna, se acerca por uno de los corredores vestida de encaje negro mientras arrastra una ofrenda tras ella: un venado aturdido, cuyo rastro rojo se mezcla con el agua que inunda el pasillo bajo la escalera.

—Maldita sea —la bruja oscura escucha a su hermana mayor quejarse al fondo del corredor, puesto que ha metido los pies por accidente en el charco helado que brota de una de las paredes del pasillo, cubierta de llaves que cuelgan de clavos, tan antiguas como la propia casa.

—La marea, Caligo —dice la Maligna con aburrida obviedad, para luego soltar al venado delante de las tres sillas puestas frente al muro. La envenenadora da un último sorbo a su té de narciso y deja el recipiente de porcelana en el suelo para que una mano gris brote del agua y la hunda dentro de la oscuridad del charco.

—Gracias, querido —pronuncia la bruja a la par que toma asiento al lado de su hermana. Pronto, las tres escuchamos el repiqueteo de unos pies descalzos que chapotean en el pasillo inundado.

—Vaya tardecita, ¿eh? El mar se ha puesto bravo —dice la última hija, aquella de cabello blanco que se acerca con un televisor de bulbos entre los brazos, tan viejo que el cable de corriente ya ha sido devorado por los ratones.

Después, mira hacia el animal agonizante en medio del pasillo.

—Uy, Ilya lo ha dejado vivo esta vez. Qué buen gatito.

Hela sonríe y arroja el televisor frente a sus hermanas, quienes reclaman al ser salpicadas por el agua helada. El cristal de la caja produce una chispa potente al estrellarse; la estática zumba por la pantalla, para luego encenderse, sin más.

La imagen de un cordón policial aparece, rodeando un semáforo en plena Washington Street. El camarógrafo apunta hacia el suelo, porque bien sabe que podría ser despedido si se atreve a levantar la lente hacia la soga metálica que engancha las luces de tránsito.

Un ruido inteligible es lo único que sale de la boca del humano, pero no hace falta comprender lo que dice. Las tres mujeres saben bien quién es el hombre que yace colgando allí arriba, y es fácil saber que piensan en su mano izquierda, ésa que, aunque no pueden verla, están seguras de que debe faltarle.

—Es la tercera víctima —susurra la envenenadora, quien se arrepiente de haber bebido tanto té.

—Que nosotras sepamos —remarca su hermana pequeña—. Anoche, el espejo me dijo que podría haber *muchos* más.

La Maligna, por su parte, se queda con la mirada fija sobre la imagen en blanco y negro, quizá recordando el cuerpo devorado que había encontrado hace poco. Minutos después, la misma mano que se llevó la taza de Caligo se levanta de nuevo del agua. Toma el cordón del televisor y, poco a poco, comienza a succionar el aparato hacia las profundidades invisibles.

Las tres se miran entre sí mientras yo comienzo a sentir un cosquilleo en mis brazos descarnados, una caricia helada que las tres brujas también pueden sentir con claridad.

Ah. La familiaridad. La sombra. El llamado incesante de la sangre.

Inanna se levanta y arrastra la cola de su vestido detrás de ella. Se para delante de la pared y ésta le pide que observe bien la colección de llaves. Que encuentre una que en ese momento parezca más oscura o más brillante, más hermosa o más horrible que las demás.

—¿Madre? —llama, y recibe el ruido de las olas del otro lado como respuesta.

—No sabemos qué hacer —insiste Caligo a sus espaldas, retorcida como una hiedra en su silla ante el silencio—. Está claro que *no podemos matarlos*.

—Y enviarlos de vuelta a las sombras tampoco servirá de nada —añade la Maligna, aún absorta en las llaves de la pared—. Ellos *siempre* encuentran la forma de volver.

—Yo sabía que ver a Giles Corey no traería nada bueno —musita la necromante—, pero nunca imaginé que sería algo como… *esto.*

Un silencio imponente prevalece, tan denso que la respiración de las tres hermanas se detiene. Pero después de no escuchar otra cosa que las olas contra los muros de la casa, una voz se abre paso entre las aguas y la pared, tan profunda que se clava como una estaca en los oídos.

—*¿En verdad están esperando a que yo les dé la solución, pequeñas*? —pregunta *ella* decepcionada—. *Inanna, me sorprende tu incapacidad de confiar en tu instinto. Tú más que nadie sabes bien qué es lo que pueden hacer ahora.*

La hermosa mujer cierra los ojos y respira profundo.

—*Nada*. Nosotras no podemos hacer nada.

Sus dos hermanas la miran como si las hubiese maldecido.

—¿Qué? —exclama la más joven—, ¿cómo que no podemos hacer nada?

—Cali ya lo dijo, Hel —responde ella tranquila—. No podemos matarlos. Pero…

Sus ojos oscuros miran hacia donde se ha ido el televisor.

—¿Pero…? —insiste Hela.

—Pero al menos podemos prepararnos para lo que viene. Para lo que los muertos te han mostrado en aquella visión.

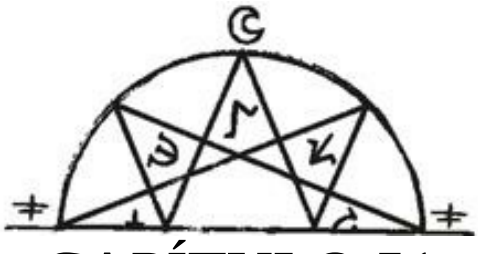
Los ojos oscuros de la Maligna se clavan en su hermana más joven, quien enmudece y mira a su regazo, pensando en ese sueño de obsidiana que no ha dejado de repetirse en su cabeza.

—*Tres días, mis niñas* —susurra la voz en la oscuridad—. *Tres días que podrían ser sólo unas horas, si lo desean.*

Inanna estruja los puños a los costados, porque sabe bien que aquello no ha sido una petición, así que pasa la mano sobre las llaves hasta que una empieza a quemarle la palma.

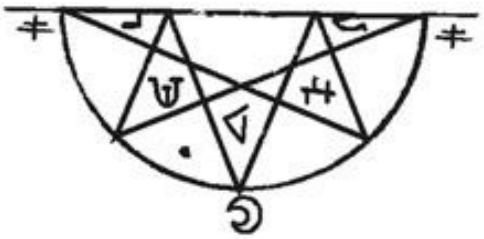
Cuando la Maligna abre el portal, sus hermanas toman al agonizante ciervo, de una pata cada una, y se levantan para escoltarla. Observan la negrura, el único sitio en toda la casa a donde no puedo seguirlas, cosa que debe estar haciéndote sonreír ahora mismo.

Así que tan sólo observo, con impaciencia, cómo finalmente las tres descienden como hizo Perséfone hacia las profundidades de la oscuridad.



CAPÍTULO 51

MALIGNO



—¿*Tienes miedo? —pregunta mamá Tallulah.*

Pero no me pregunta a mí. Le pregunta a padre Trueno.

Él lo piensa. Aprieta su bastón. Pero quien contesta es Calen.

—Sí —dice el león—, pero no tengo miedo de él.

Y luego, me mira.

Una tumba abierta yace en medio de todos ellos, y hay algo allí que no alcanzo a distinguir, apretado dentro del agujero y que late de arriba abajo como un corazón gigante. Lo observan cabizbajos, con velas de grandes flamas derretidas entre las manos, mientras que el resto, a su alrededor, sólo es negrura.

En esa oscuridad veo la silueta de Muata, el anciano que debería estar en silla de ruedas camina de un lado a otro. Mueve la cabeza una y otra vez y murmura, perdido a sabiendas de que ya no se puede acercar a la luz.

Una sombra. Sólo una sombra que, con el tiempo, quizá se pudrirá.

—Tengo miedo de volver al punto de partida —dice Fernanda.

—Tengo miedo de que huya de nuevo —susurra Chenoa.

—Y que esta vez no volvamos a encontrarlo nunca —Alannah levanta la cabeza hacia padre Trueno.

Éste extiende la boca y el sonido que emite es como el lento rechinar de una puerta. Pero no son sus labios sino mis párpados los que se abren de par en par.

Despierto con un jadeo y los ojos desorbitados. Mis retinas se acostumbran a la oscuridad del techo y distinguen la luz fría que se desliza a través de la puerta entreabierta de la habitación.

¿Tienes miedo?

La pregunta martillea en mi cabeza. Mis dedos se clavan hasta penetrar el colchón debajo de mí.

"Tengo miedo de volver al punto de partida."

Mi cuerpo clama por levantarse.

"Tengo miedo de que huya de nuevo."

Mi alma suplica porque salga corriendo.

"Y que esta vez no volvamos a encontrarlo nunca."

Pero en cambio, sólo espero el momento en el que una gota de sal se deslice por mi mejilla.

Pero aquello no ocurre.

—No… —musito, ahogado en mi angustia. Vuelvo a cerrar los ojos con la esperanza de despertar en otro momento. En otra realidad. En aquel fugaz segundo antes de haberme transformado en *otra cosa*.

Justo cuando creí que por fin habíamos encontrado un nombre y una respuesta. Justo cuando creí que ya no podía hacer nada más terrible.

He matado a muchas personales crueles y miserables antes. Pero nunca había asesinado a un inocente.

Percibo en mi nuca el rastro adormecido de una migraña, las pulsaciones de un zumbido muerto en mis oídos; las manos ya no me escuecen, pero aún recuerdo la sensación de aquel hormigueo terrible bajo mi piel.

No estoy seguro de cómo o qué fue lo que sucedió. Lo único que me queda claro es que el control de mi cuerpo me fue arrebatado de golpe, la violación más terrible a un alma que lo único que ha querido es volver a ser libre.

Ya siento de nuevo mis extremidades, puedo llevar mi mano frente a mi cara y ver el movimiento voluntario de mis dedos… pero lo que ya no siento es rabia ni dolor. Tan sólo ese vacío que alguna vez vi en la mirada de Irina; la sensación de que acaba de romperse otra parte irreparable de mi ser.

Porque nunca había sido tan… *maligno*.

—*Tú* —musito—. Tú lo mataste.

¿Yo? ¿No eran tus manos las que estaban manchadas de sangre?

Sí. Fui *yo* el que saltó de un momento a otro sobre Huritt. El que le abrió el pecho en canal

con su garra de hueso y el que de seguro cavó en él en busca de un corazón.

Pero *no era yo*. Estaba poseído por ti.

No era yo… ¿verdad?

La necesidad de estallar en llanto y locura se aquieta de nuevo en mi garganta, sin pulsar, sin convertirse en un grito, mis emociones paralizadas por un cáncer que se apoderó de mí sin que pudiera darme cuenta.

De reojo veo que la luna nueva ha muerto sobre las montañas como un presagio, empezando a abrirse como un ojo somnoliento en el cielo nocturno.

Pongo los pies sobre el suelo, como si nunca hubiesen dejado de ser míos, y me levanto para ir hacia los ventanales. Todo está oscuro en el bosque, pero bajo el brillo nocturno logro encontrar uno de mis artilugios colgado en un árbol, que se balancea con el viento.

¿Por qué estoy solo en esta habitación, con la puerta entreabierta, cuando debería estar encerrado a cal y canto? La chimenea está apagada. No está la maleta de Tared y tampoco escucho ruido en la casa.

—¿Por qué no estoy encadenado? —cuestiono al ver mis manos sucias, rememorando la sensación de la carne de Huritt bajo mis uñas. Tengo la misma ropa ensangrentada de antes y el sabor metálico que circula en mis labios que me hace preguntarme si también habré empleado mis dientes para matarlo.

Salgo de la habitación, y afuera me encuentro con siluetas azules proyectadas a través de las ventanas, con el rechinar de la escalera bajo mi peso, pero de allí en más, todo es sombras. Todo es quietud, como si la casa hubiese sido…

Abandonada.

Al llegar a la cocina, me percato de que han desaparecido las sartenes, la comida, los trastes. Miro hacia la sala y la mesa sigue volcada. Hay sangre en el suelo, un rastro grueso que lleva al sillón. Luego, un reguero abundante hasta la puerta que da al porche lateral.

Y, abandonado sobre una encimera, el celular de Hoffman, manchado también de sangre, como si alguien lo hubiese utilizado justo después de mi arrebato.

Quiero despedazarme contra el suelo, porque ahora está claro que ni una pizca de mi maldad ha sido un sueño.

Por fin te dejaron, ¿verdad?

—¿Tared? —llamo entre sollozos, asustado y solo en medio de la oscuridad.

¿Tienes miedo de lo que has hecho?

—Sí.

¿Tienes miedo de lo que pasará a partir de ahora?

—Sí.

¿Tienes miedo de mí?

Tres veces sí.

Pero entonces, logro comprender que, aunque se han llevado el cadáver de Huritt y han colgado los artilugios… no han limpiado *nada,* una regla inexcusable en el mundo de los errantes.

Escucho el crujido de un vidrio roto. Giro la cabeza y percibo aquel sonido en el garaje. Abandono el charco rojo y camino hacia allá con el corazón como una pelota dentro de mi pecho torturado. Quito la silla puesta contra la puerta. Y al abrirla…

Oh, cómo hubiese querido ver al mismísimo Satanás del otro lado.

Allen tiene la mirada desorbitada sobre el cadáver podrido de la Marionetista, con los pies sobre el círculo de sal barrido mientras sostiene contra su pecho el picahielo con el que se ha abierto paso a través de la ventana del garaje. Los cristales yacen amortiguados por las cajas húmedas y sus huellas llenas de nieve se arrastran por el concreto.

Recuerdo, con el estómago revuelto, el camino que lleva hasta aquí desde el mirador.

—Allen… —susurro, despertando del letargo de mi propia pesadilla—. ¡Allen!

Él no reacciona, petrificado ante la inerte criatura.

—¡Allen! —insisto, presa de un miedo atroz.

Pero las voces en forma de hormigueo no despiertan. La migraña detrás de la cabeza no comienza a palpitar.

Me acerco para alcanzar al chico, pero él grita y me apunta con el picahielo, mientras mira mi ropa ensangrentada como si yo fuese el propio monstruo amarrado sobre la mesa. Se estremece de arriba abajo con la respiración tan acelerada que parece que hubiese corrido una maratón.

Cuando creí que su cara no podría desencajarse más, ésta muta del horror a la absoluta sorpresa. Y tan súbitamente como llegó, el pánico de Allen desaparece.

Pero no por haberme reconocido, sino porque está viendo algo sobre mi hombro.

Giro la cabeza lentamente hacia atrás.

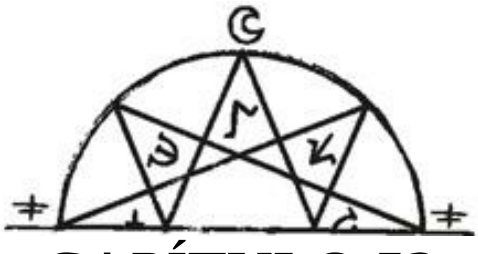
—*¿Tú?*

La palabra sale con atropello de mi boca al ver a una persona delante del fregadero de la cocina, *flotando* a centímetros del suelo.

El camisón azul, la espuma en los labios, su cuello aplastado por una fuerza invisible: es la mujer que se me apareció en el río congelado. Y al igual que aquella vez, un brazo grueso y blanco se columpia debajo de ella para manipularla como un títere.

Miro de reojo y compruebo, horrorizado, que la Marionetista sigue inerte sobre la mesa, y justo cuando creo que voy a ser acorralado por este otro monstruo y el picahielo a mis espaldas, escucho cómo el afilado instrumento repiquetea al caer sobre el suelo.

Una única palabra sale de la boca de Allen y basta para sacudirme entero:
—¡Grace!



CAPÍTULO 52

UN GRITO AL AMANECER

Sus ojos, su cabello, su piel; nunca pregunté a Tared qué apariencia tenía su esposa, por lo que verla frente a mí en estos momentos se siente como una bofetada.

Y sólo el empujón de Allen para apartarme del camino hace que mi cuerpo reaccione.

—No, ¡no, Allen! —grito una vez más, atrapándolo por el brazo.

—¡Suéltame! —exclama al forcejear para liberarse. Grace despega la cabeza del hombro y nos observa con ojos desorbitados.

—Qué pronto te has olvidado de mí, Allen —dice ella con la voz ahogada. Gruesas lágrimas quiebran la mirada del chico, quien intenta dar un paso hacia la aparición.

—No, no —solloza—. ¡Yo jamás haría eso, tú sabes que yo…!

—Allen, ella no es Grace —vocifero con la esperanza de mantener al chico a raya—. ¡No dejes que te engañe!

Pero él no me escucha. Tan sólo tiene ojos y oídos para la funesta criatura.

—Ibas a salvarme, ¿lo recuerdas? —dice la mujer, quien estruja la bata entre sus puños engarrotados—. Salvarme del hospital. Salvarme del *monstruo*. Me hiciste tantas, tantas promesas en esta casa y no pudiste cumplir ninguna.

Escucho a Allen balbucear, retroceder con la voz quebrada por el llanto. Quiero gritar, pedir ayuda, pero, ¿cómo si…?

¿…Estás solo ahora?

—Esta casa. Esa habitación *me pertenecía* —dice ella—. Y ahora está llena de *él*, de un desconocido que se baña en sangre como lo hacía mi esposo. ¿Por qué lo has permitido?

La falsa Grace desciende hasta que sus pies amoratados tocan el suelo de baldosas, su camisón, que en realidad es una bata de hospital, se mece como si una corriente de aire traspasara la cocina.

—¿Por qué lo permites *aún*? —insiste a la vez que me mira con una sensación que remueve y descarna una herida envenenada. Segundos después escucho un siseo; el ruido del hierro que raspa contra el concreto.

Me aparto de un salto antes de que Allen clave la afilada punta del picahielo en mi espalda.

—¡Allen, detente! —exclamo, pensando en que quizás ha sido dominado por la influencia letal de aquella cosa. El joven vuelve a arremeter contra mí y esta vez me veo forzado a detener el objeto en el aire.

Él abre los ojos de par en par, atónito al ver mi garra de hueso alrededor del arma. Allen suelta un sorpresivo rodillazo a mi abdomen, para luego echar a correr hacia Grace.

Pero se detiene a media cocina, su furor detenido de súbito por algo que le hace llevarse las manos a los oídos: el tronar profundo y horripilante de una trompeta.

Por un segundo, pienso que es el estruendo lo que agita mi cuerpo, pero al ver que los gabinetes comienzan a abrirse y cerrarse con violencia me doy cuenta de que la casa es la que tiembla entera.

Allen y yo nos tambaleamos, mientras pedazos de la cocina comienzan a caer por todas partes; las puertas se salen de sus bisagras y los vidrios crujen como dientes enfrentados.

Pero por encima del estruendo, se oye un alarido en una de las habitaciones de arriba.

—¡JOHANNA! —exclamo al reconocer la voz de mi hermana.

Cuando la ventana sobre el fregadero se resquebraja en miles de pedazos, me lanzo sobre Allen. Lo tumbo boca abajo contra las baldosas para protegerlo con mi cuerpo de la lluvia de cristales en tanto él intenta zafarse de mi agarre.

—¡Grace, Grace! —grita él hacia la falsa mujer que, al contrario del resto de la casa que aún se sacude, parece sobrenaturalmente inmóvil. Nos mira con sus ojos tristes y terribles, su cuello torcido de nuevo por la marca de una soga invisible.

Allen me da un codazo en la mandíbula y el dolor vibra en mis dientes con la suficiente fuerza como para que el muchacho se me escape de las manos.

—¡ALLEN!

La puerta de la cocina se abre de par en par y Tared intercepta a su hermano en la carrera. Lo agarra del cuello de su chamarra y lo echa hacia atrás de un tirón justo antes de que pueda alcanzar al fantasma.

—¡Suéltame, suéltame, Grace, Grace! —grita Allen como un lunático en los brazos de su hermano, quien corre a acuclillarse a mi lado.

Tared mira al espectro de Grace, pero sólo para buscar el brazo que sostiene el cuerpo desde

su nuca. Éste se alarga desde el fregadero, en señal de que la criatura ha entrado por las tuberías.

Observo horrorizado cómo docenas de brazos rodean la casa desde afuera, metidos como lianas por la chimenea, los desagües y las cañerías, invadiendo las entrañas de la construcción como una tenia.

Julien y Johanna bajan en estampida por la escalera.

—¡TARED! —grita Nashua, quien entra por la puerta principal en su forma parcialmente transformada de oso, seguido de un Hoffman que no para de disparar a diestra y siniestra. Y cuando distingo entre el claroscuro a quienes atormentan a todo Comus Bayou, contengo las ganas de enloquecer yo también.

Mamá Tallulah títere se desliza por el barandal, arrastrada por otro brazo infernal, las plumas blancas dispersas por todas sus ropas. Justo como el día en el que fue asesinada.

—¡Devorada! ¡He sido devorada! —exclama—. ¡Me traicionaste, te llamé “hijo” y me traicionaste!

Un falso Padre Trueno, quien claramente perseguía a Tared desde el bosque, entra a la casa por la misma puerta que él. Todos los vidrios revientan al mismo tiempo y más brazos blancos entran por cada ventana.

Y en la lejanía de los árboles, logro distinguir el terrible llanto de un bebé.

Comus Bayou intenta reunirse, pero la construcción tiembla desde sus cimientos infestados por aquellas extremidades y la trompeta que no para de tronar.

De pronto, algo hace crujir el techo, algo que comienza a aplastarlo y a estrujar las paredes como un monstruo que cierne sus tentáculos.

Grietas parten los muros. Las cornisas se despedazan. La llave del fregadero revienta para dar paso a un chorro desesperado y los pisos se abren debajo de nosotros como bocas hambrientas.

La casa entera comienza a colapsar.

—¡NASHUA! —grita el lobo por encima del pánico colectivo—, ¡llévate a Allen!

El hombre oso se lanza hacia nosotros y agarra al chico por la chamarra; éste grita a todo pulmón ante la feroz apariencia del errante, quien, sin más, lo toma bajo su brazo y echa a correr hacia la puerta lateral de la cocina.

Julien y Johanna parecen incapaces de enfrentarse a la figura de los abuelos, tanto que ni siquiera han podido transformarse, por lo que Hoffman, quien no parece afectado por las ilusiones, se ve obligado a arrastrarlos hacia otra de las salidas.

—¡¿Por qué me has hecho esto, Tared?! —chilla el espectro de Grace, pero el hombre lobo no mira una sola vez al cuerpo de quien pretende suplantar a su esposa. En cambio, me alza en brazos y corre hacia la sala al encontrar la puerta de la cocina ahora bloqueada por un fragmento de techo.

Los brazos intentan entorpecer su camino, pero él los embiste uno tras otro hasta que, de un

salto, cruza uno de los ventanales rotos. Tared rueda por la nieve protegiéndome con su cuerpo. El frío entra a raudales a mis pulmones, pero no queda tiempo ni para temblar.

El devorapieles rodea la propiedad a zancadas hasta llegar a las camionetas, estacionadas detrás del garaje, y me sube a la cabina de su *pickup* con el parabrisas y el cofre ya partidos por una viga caída, mientras que Hoffman toma el control de la suburban negra. Nashua es el último en resguardarse, puesto que primero sube a un aterrorizado Allen a mi lado.

El oso ni siquiera termina de cerrar la portezuela cuando Tared ya ha metido reversa. Y cuando el vehículo se pone en marcha hacia la carretera, es entonces cuando consigo *verla.*

Una Marionetista gigantesca, encaramada en el tejado como una araña, sus largas patas alrededor de toda la casa como si fuese una mosca sondeando su trampa.

Las paredes, la escalera, el porche. En segundos, la construcción se derrumba a trozos, aplastada por la fuerza y ferocidad de aquellas extremidades.

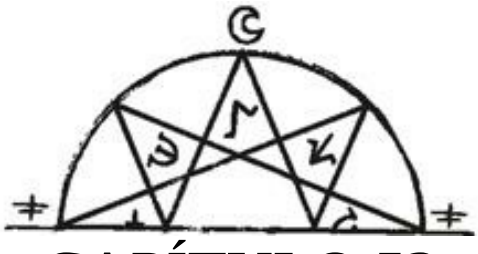
—¡NO, NO, GRACE! —Allen se lanza sobre mí para alcanzar el volante. Y al hacerlo, el vehículo da un peligroso giro por la grava congelada.

—¡¿Pero qué carajos estás haciendo?! —exclama el lobo, quien intenta mantener el control del vehículo.

—¡Regresa, regresa, Grace está aún en la casa!

Tared lo aparta de un fuerte empujón que lo estrella contra la puerta. Allen lo mira atónito, pero no es el golpe lo que lo deja sin habla. Es ver que las uñas de su hermano ahora son largas garras oscuras.

El lobo ni siquiera parpadea. Tan sólo acelera, acelera y acelera hasta que el grito de aquella trompeta se funde con el amanecer.



CAPÍTULO 53

UNA PARTE DE LA VERDAD

La suburban llega primero a la zona de descanso de la carretera, mientras que nosotros estacionamos segundos después en medio del terraplén.

Y sólo cuando el zumbido escandaloso del motor de la camioneta roja se apaga, dejándonos con el traqueteo herido del radiador, por fin me atrevo a mirar de reojo a Allen.

El chico está pegado a la puerta con los ojos abiertos de par en par y las manos tan crispadas sobre el asiento que algunas uñas le sangran. Su presencia se siente como un revólver en la sien, aun cuando me pregunto si el hombre lobo a mi lado no pensará de mí de la misma manera.

Huritt. Allen. El monstruo de hueso. Una pesadilla en bucle.

Los segundos transcurren como una cuenta regresiva hasta que Julien desciende de la suburban para acercarse a nosotros con un abrigo de plumón bajo los brazos. Llega a la ventanilla y se lo entrega a Tared.

Me sobresalto como un conejo cuando el lobo me coloca la prenda sobre los hombros. Me toca los brazos, la espalda y el pecho para ponérmelo como si no tuviese miedo de que saltase a abrirle la garganta.

—¿Hay alguien herido? —pregunta Tared a Julien.

—No —responde mi hermano con un tono que me hace pensar que su respuesta no es del todo verdad—, ¿qué hay de ustedes?

Tared me pasa el brazo alrededor del cuerpo y me presiona contra su costado para que deje de tiritar a causa del frío que se cuela por el parabrisas.

—Estamos bien, pero no creo que la camioneta vuelva a encender —dice el hombre lobo a la

par que señala hacia el cofre partido—. ¿Cómo van de gasolina?

—No creo que lleguemos hasta Winsconsin, habrá que detenernos en una estación pronto —aquello me hace girar la cabeza. *¿Winsconsin? ¿Por qué estamos yendo hacia el este?*—. Es una suerte que hubiésemos guardado las maletas en la camioneta anoche. Olvidamos el celular, pero al menos se salvó la bolsa de Johanna con los mapas y el dine…

—Llévame a casa.

La voz de Allen corta la de Julien como un delicado cuchillo. Tared mira al chico y aprieta los labios, como si de pronto recordara que tiene encima este *pequeño* problema.

—Allen…

—¡DIJE QUE DES LA JODIDA VUELTA Y ME LLEVES A CASA!

Un par de aves emprenden el vuelo graznando desde la línea arbolada, lo que hace a Hoffman y Johanna salir alarmados de la camioneta. La tensión es tanta que me pregunto si el hermano de Tared será consciente de que, en estos momentos, él representa un peligro casi tan grande como yo.

—Lo siento, no podemos volver, Allen —sentencia el lobo con gentileza—. Sé que lo que has visto es difícil de creer, pero te prometo que…

—Grace estaba allí —dice él—. *Y tú la abandonaste.*

Pienso en *ella*, en la mujer que levitaba sobre el río en Montana, en la cocina de Tared, y el miedo irracional de volver a ser dominado por el monstruo de hueso me carcome.

Allen se baja de la camioneta.

—Maldición —masculla Tared, para luego salir disparado detrás de él. Y, como era de esperarse, lo alcanza antes de que siquiera ponga un pie en la carretera.

—¡SUÉLTAME, SUÉLTAME! —el menor de los Miller comienza a gritar a todo pulmón, mientras los demás presenciamos en silencio la manera desesperada en la que intenta zafarse del agarre de su hermano—. ¡Ayuda, AYUDA!

—Por Dios, ¿quieres dejar de gritar? —se queja Nashua, quien baja de la camioneta embadurnado en sangre y con la piel de oso amarrada en su cintura.

Ante semejante imagen, la quijada de Allen tiembla como un cascabel para luego volver a tirar inútilmente.

—Allen, por favor, necesito que te calmes…

—¡La dejaste, la dejaste morir otra vez en esa casa!

—¡Escúchame, por favor! —insiste Tared, a punto de perder la paciencia—, aquello que viste no era…

—No te atrevas a decirme qué vi y qué no, ¡porque todo lo que sí vio Grace esa noche resultó *ser verdad*, maldito mentiroso!

Su mirada baja hacia las garras de Tared puestas alrededor de su antebrazo; cinco dedos

cubiertos hasta los nudillos de fino pelo plateado. El lobo suelta al chico y éste abandona todo intento de escapar cuando descubre que Hoffman ahora está a unos metros detrás de él, dispuesto a detenerlo si decide dar un paso más.

Me bajo de la camioneta de puntillas, como si estuviese a punto de entrar a un campo minado. Y cuando Allen se estruja la cara para llorar de rabia, comienzo a sentirme terriblemente mal por él.

—El ataque, el lobo, *tú*… —continúa—. Grace vivió sus últimos meses podrida en un psiquiátrico, suplicando que alguien le creyese, que detuviese a la criatura que la había atacado. Y tú te aprovechaste de eso para irte y *salvar tu maldito pellejo*. ¡Te largaste como un cobarde!

Nashua aprieta los puños y da un paso hacia los Miller, pero Tared levanta la mano para que no se acerque; el lobo permanece impertérrito, recibiendo cada acusación como una merecida puñalada.

—No sólo la dejaste morir —dice, rabioso—. Tú dejaste que ella muriese *en tu lugar*.

Johanna levanta la mirada, muy despacio, hasta posarla sobre el devorapieles. Tiene los ojos enrojecidos y frágiles, como si una ilusión dentro de ella se hubiese roto como un cristal.

La *decepción* que siento emanar de mi hermana demuestra que en nuestro mundo nada sale impune. Ninguna herida cierra sin dejar tras de sí una horrible cicatriz.

¿Ése es el hombre al que te has entregado, del que tan orgulloso dices estar?

El miedo de que la infección se apodere de mí me pide que me quede quieto, pero me acerco y alargo mi mano de hueso hacia Tared. Despacio, toco sus garras, apenas un roce, y en vez de rechazarme, él busca mis dedos de hueso y los estrecha.

Él. Lo único que tengo por seguro en este mundo.

Nosotros. El lobo y el brujo. El monstruo y el otro monstruo; un gesto que Allen Miller observa con profundo resquemor.

—Me fui porque tenía la esperanza de que Grace entrara en razón —dice Tared, alentado por el suave apretón de mi mano—. Intenté hablar con ella innumerables veces, y cuando eso no funcionó, sentí que alejarme sería la única forma en la que se sentiría a salvo. Creí que así encontraría la manera de entender que yo no era esa bestia que, ella juraba, quiso matarla esa noche. Pero eso no sucedió, Allen. Y Grace *decidió* quitarse la vida sin que yo pudiese hacer nada al respecto.

El corazón se me encoge ante el dolor que percibo en el hombre que permanece a mi lado, al verlo escarbar en esa herida vieja e inolvidable que parece haber florecido de nuevo como una rosa terrible.

—¡Debiste volver! —exclama el chico con la cara inundada en lágrimas rabiosas—, ¡pudiste

haberla salvado si hubieses dicho la maldita verdad!

—¿En realidad crees que no pensé en hacerlo, Allen? —replica Tared—. ¿Piensas que hubo un momento en el que no quise decir a todos que lo que ella había visto era cierto, a pesar de que no tenía ni la más remota idea de cómo demostrarlo? Admito que tuve miedo, pero también admito que, de todas maneras, *no tenía opción*. No, Allen, tú piensas que soy un asesino, un desgraciado egoísta, pero la verdad es que no tienes idea de lo que *sí soy* ni de cómo funciona el mundo al que pertenezco —dice, para después alzar su brazo libre hacia mis hermanos.

El chico contempla de nuevo nuestras garras, la piel de animal en la cintura de Nashua, el parabrisas partido de la camioneta; sus pupilas se dilatan, su respiración se acelera como si reviviese una vez más todo lo que sucedió en la casa.

Lentamente, se pone de rodillas en el suelo para enterrar la cabeza entre las manos. Allen Miller descubre, de la más desafortunada manera posible, que el mundo nunca ha sido como él pensaba.

—No te culpo por odiarme, Allen —continúa Tared, consciente de la impresión por la que pasa su hermano en esos momentos—. Pero tú y yo sabemos que la única manera en la que ella volvería a la normalidad era si me veía muerto o encerrado en una jaula. Y si eso no pasó fue porque, aunque no lo creas, *yo tampoco merecía morir*.

Escucho a Hoffman encender un cigarrillo, aspirar el humo y arrojarlo al aire. Luego, el agarre del lobo se afloja dolorosamente bajo mis dedos, como si decir aquello le hubiese costado la mitad de sus energías.

Por mi parte, no puedo evitar pensar en por qué Grace se aferró tanto a no escuchar a Tared, a no darle una oportunidad de explicarse; una pregunta que tal vez no me corresponda formular en lo que me queda de vida.

De pronto, un coche se acerca. Nashua se agazapa detrás de la camioneta y la tensión en Comus Bayou se eleva como la luz de la mañana entre los árboles. Vemos al vehículo pasar junto a nosotros y, por un segundo, temo que Allen se levante y empiece a vociferar para detener al conductor.

Pero él, en cambio, se queda quieto sobre el pavimento. Pensando. Perdido en su cabeza hasta que decidimos que no podemos quedarnos más.

¿Tienes miedo…...?

Sí. Tres veces sí.

Allen no vuelve a gritar, o siquiera a pronunciar palabra alguna. Ni cuando entre Hoffman y Julien lo suben a la camioneta, ni en los siguientes dos días que nos toma viajar a toda prisa desde la frontera de Minnesota hasta el noreste del país.

Hacia la costa de Nueva Inglaterra. Hacia Massachusetts.

TERCERA FASE
UN MONSTRUO
CRECIENTE

El libro rojo de ~~Laurele~~ Elisse (II)

¿Qué desgracia tiene que ocurrir para aceptar que tu familia ha tocado fondo?

¿Descubrir que nunca terminarás de desenterrar sus mentiras? ¿Darte cuenta de que no eras el único que colgaba del Atrapasueños como un hilo roto?

¿O enterarte de que están dispuestos a esconder un cadáver por ti?

Porque nunca imaginé que la razón por la cual la casa de Tared parecía deshabitada cuando desperté era porque habían ido a sepultar el cuerpo de Huritt.

Durante mi inconsciencia, el hombre lobo lo ocultó en el bosque con la ayuda de Hoffman y Nashua. Por otro lado, Johanna y Julien se habían quedado conmigo. Uno para echar las cosas en la suburban y la otra para vigilarme, tal vez, aunque después hubiese sido sacada de la habitación gracias al hipnotismo de la Marionetista.

El ataque fue tan repentino que no hubo tiempo para limpiar demasiado la evidencia, pero después de la destrucción de la casa de Tared, todos esperaban que no hubiese hecho falta.

Y mientras el errante bisonte me contaba todo esto en una de las pocas paradas que tuvimos en la carretera, mi cargo de conciencia se duplicó. No sólo la muerte del antropólogo recaía ahora sobre mis hombros, sino que ellos se habían convertido en cómplices de mi crimen.

Julien intentó recordarme o, más bien, convencerme, de que Huritt era consciente del peligro al que se exponía cuando vino a buscarme. Incluso me contó que cuando llamaron a Debbie para informarle lo que había pasado, poco antes de la destrucción de la casa, ella tampoco me culpó de nada.

Egoístamente, agradecí que el celular se hubiese perdido durante el caos. El aparato tenía guardado el teléfono de Lía, y aunque eso significaba que ya no teníamos manera de volver a contactarla, me evitaría el averiguar si Huritt tenía familia o gente que lo esperaba en casa.

El saberlo me habría sido insoportable. Porque, por más terribles que fuesen las sombras de nuestra nación, una parte de mí se sentía responsable cuando éstas afectaban a humanos inocentes. A personas que sólo querían ayudar.

Que el monstruo de hueso me engañara para luego tomar el control de mi cuerpo era lo más peligroso que nos había sucedido hasta ahora, y más porque lo había logrado gracias a la *espada*.

La piedra filosofal había llevado mis fuerzas al límite, drenado mi magia y mis energías lo suficiente como para dejar libre el camino a la criatura y a sus voces. Y aun cuando todos entendiesen que nada de lo que había pasado era mi culpa, me había convertido en una trampa mortal, a la espera del momento preciso para volver a activarme.

Ante tal amenaza, aislarme emocionalmente de los demás parecía inevitable, y no sólo por culpa o vergüenza, sino porque mi familia también se estaba… fragmentando.

Tantas mentiras, tantos engaños; no sólo mis vínculos con Comus Bayou no se habían restaurado todavía, sino que los que había entre ellos también estaban más frágiles que nunca. Apenas y se hablaban, inclusive Johanna y Julien se mantenían distantes la una del otro, y eso que nunca habían tenido un problema entre ellos. O al menos, no que yo supiera.

¿No soportaron la traición de Muata, el silencio de Nashua, de Tared? ¿O les pesaba demasiado el cadáver de Huritt y no tenían el valor de decírmelo?

El Atrapasueños se deshilaba ante mis ojos con tanta rapidez que me aterraba pensar cuánto tardaría el monstruo de hueso para aprovecharse de esa situación, y más cuando Tared, la única persona cuyo lazo conmigo seguía siendo lo bastante fuerte como para apoyarme, no podía hacer mucho en estos momentos. No cuando tenía un asunto tan delicado del cual ocuparse.

Allen.

Sin saberlo, el chico se había convertido en una amenaza casi tan grande como esta nueva Marionetista, porque ya no sólo existía el temor a que el menor de los Miller se diese a la fuga o nos delatase, sino que el hecho de, en nuestra situación, tener a un humano tan vulnerable era un factor de riesgo que Tared había decidido asumir por su cuenta. Así, se mantenía a su lado todo el tiempo, para intentar explicarle lo que somos y cómo es nuestro mundo.

Pero siempre fue como dirigirse a un muro, a alguien sumido en una especie de catatonia. Tanto así que una parte de mí temía que hubiese enloquecido por el trauma.

Y eso significó que, en los días que nos tomó llegar hasta la costa de Nueva Inglaterra, mi contacto con el hombre lobo se volvió nulo. No tuvimos la oportunidad de hablar sobre todo lo que sucedió aquella noche, de la destrucción de su casa… y de Grace.

Ella se me apareció en el río, en Montana. Y eso significaba que, en algún momento, Tared había soñado con ella. Y quizá, tal como lo había sido Adam, la mujer era…

Una manifestación de sus más hondos deseos.

Al final, la única razón por la cual todo esto no me hizo explotar fue el temor de volver al punto de partida, tal como lo habían anticipado mis pesadillas. Y como una palabra que repites una y otra vez hasta que pierde sentido, así me parecía ya la idea de poner distancia y volver a huir de Comus Bayou y de Tared.

Ese terror que me hizo escapar de Nueva Orleans con tal de no lastimarlos se había vuelto más real que nunca, pero si ya habíamos tocado fondo juntos, ahora sólo nos quedaba nadar hacia arriba de nuevo o ahogarnos bajo el hielo; evitar que la espada me debilitara hasta que encontrásemos la forma de ayudarme.

La decisión terminó de asentarse en mi cabeza al conocer cuál era la razón por la cual ahora nos dirigíamos con rumbo al este: antes de que le abriera el pecho en canal, Huritt logró decir a los demás que si bien él no tenía clara la verdadera identidad del monstruo de hueso, había escuchado rumores sobre la existencia de un Atrapasueños ubicado en la costa de Massachusetts, especializado en resolver problemas de nuestro mundo y que, a estas alturas, parecía nuestra única oportunidad de alcanzar una resolución.

La noticia podría haber sido maravillosa de no ser porque lo primero que sentí fue un miedo muy… complejo, porque *por fin* empezaba a ver un patrón.

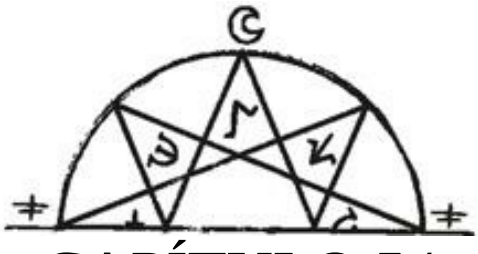
Barón Samedi, Nueva Orleans y Comus Bayou. Jocelyn Blake, Utah y Red Buffalo. Ambos Atrapasueños, de alguna forma, estaban conectados con la magia de aquellos seres enviados por mi Mara para asesinarme. Y ahora se cruzaba en mi camino una tercera familia, un grupo de errantes que habitaba en Lynn Woods, una reserva justo a las afueras de Salem, el lugar donde ocurrieron aquellas ejecuciones por brujería hace cientos de años.

Satanismo, demonología, pactos diabólicos; no tenía idea de cómo llamar a esta nueva magia que me acechaba, y la certeza de que algo terrible podría llegar a pasarles también a estos errantes se sumó a mi larga lista de culpas. Pero decidí no dar un paso atrás, ya que, probablemente, ese Atrapasueños ya estaba destinado a ser un engranaje más en esta máquina de pesadillas de la misma manera en la que Red Buffalo había sido atado a la alquimista hacía más de veinte años.

Ya no teníamos más opciones. Si habían hecho falta cuatro hombres para detenerme ante la locura del monstruo de hueso, quizá la siguiente vez ni siquiera eso sería suficiente.

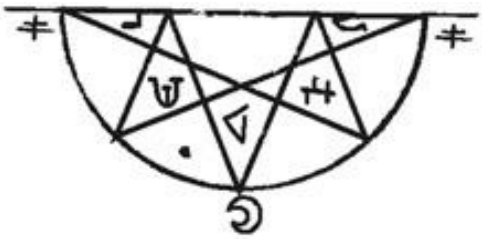
Algo muy dentro de mí me decía que Massachusetts era la parada final del camino.

Y que iba a ser *mi última oportunidad.*



CAPÍTULO 54

EL MENSAJERO



Después de observar a Benjamin Lander por tanto tiempo me di cuenta de que una de las pocas cosas que le provocan placer es el *silencio*.

Pero no cualquier tipo de silencio.

No aquel producido por la serenidad o la armonía, sino el silencio que sólo la violencia puede ejercer. El de una bestia asfixiada en una de sus trampas, el de un hacha después de segar una cabeza de golpe… Pero el mutismo que ha prevalecido en su campamento en los últimos días no le gusta para nada, porque no es el de una vida que se derrama entre sus manos, sino el de algo mucho más peligroso: el silencio del luto.

Y Benjamin sabe muy bien que cuando los hombres prolongan demasiado la pena y la dejan anidar dentro de ellos, ese temible silencio se convierte en resentimiento. En revuelta. *En traición*.

Oculto en el claroscuro de su remolque, el líder trampero hace nudos en una cuerda gruesa. Y aunque parece demasiado concentrado en su tarea, es consciente de los susurros que rasgan el aire de afuera, afilados como la aguja que unió las dos tiras colgantes de lo que alguna vez fue su mejilla, marcada por una garra de plata que todavía resplandece en sus pesadillas.

Benjamin Lander sabe que aún le queda carne de cañón, más de quince hombres y un puñado de niños, si se le antoja, pero sus tramperos están cansados de la matanza. De la humillación. De

la precariedad del invierno y de perseguir bestias que renacen una y otra vez de sus cuerpos hechos jirones.

—Errantes… —musita y la palabra suena en mis oídos como una sentencia.

El Inquisidor observa las libretas puestas en pilas sobre el suelo del vehículo, documentos que su gente terminará por exigirle que entregue a quien sea que esté dispuesto a escuchar si no encuentra la forma de apaciguarlos.

Al final, Benjamin decide interrumpir los nudos para levantarse y salir de su vehículo. Sólo unos pasos lo separan de la gran camioneta de carga, así que lo único con lo que tiene que lidiar es con el momentáneo resplandor de las hogueras que serpentean por el campamento sembrado en el bosque.

Lo veo llegar hacia la caja de metal, comprobar las abolladuras de sus golpes inútiles y retorcer la cuerda entre sus manos como si fuese un cuello. Y en cuanto quita el candado y abre una de las puertas, el chirrido de gruesas cadenas lo recibe junto con el hedor de la paja podrida.

Sin siquiera arrugar la nariz, el Inquisidor sube a la camioneta de un salto.

Un par de sombras se agitan en una esquina de la caja, ahogan sus gritos, se agazapan una contra la otra. Pero en vez de ir a callarlas con un par de puntapiés, la bestia se dirige primero hacia el enorme congelador colocado contra una de las paredes; un féretro viejo y lo bastante grande para albergar doscientos kilos de carne.

O un cuerpo entero, si se le antoja.

El viejo levanta la pesada tapa y la luz blanquecina se esparce hacia todos los rincones para revelar a quienes llevan meses encerrados en la oscuridad de aquella caja de carga.

Dos niños, abrazados el uno contra el otro, vestidos apenas con sucios harapos y cobijas agujereadas para cubrir sus esqueléticos cuerpos, prendas que han usado desde el día en el que fueron arrebatados de los brazos de su padre.

Sus llantos, sus siluetas y sus cuerpos maltrechos me llenan de vigor al imaginar la manera en la que lamería las heridas de mi creación si fuese herido de la misma manera.

Benjamin Lander ignora a los infantes y se concentra en lo que hay dentro del congelador: un pico y unas garras envueltas en plástico, ambas apartadas ya para un buen postor. Las alas, las plumas y el tórax se vendieron hace mucho tiempo, y lo único que le molesta es no haber encontrado huevos cuando abrió el vientre del águila gigante, la cual era claramente una hembra.

Pero lo que en verdad busca es lo que yace debajo de aquellas partes: un cadáver con un agujero de escopeta en su pecho, con sus alas blancas replegadas detrás de su espalda como un polluelo dentro del cascarón.

Tiene los ojos ya hundidos y cubiertos por una capa de escarcha, los labios azules y la piel blanca como el papel ante el resplandor del foco, tan tieso por el frío que ni siquiera ha comenzado a descomponerse.

Benjamin Lander mira unos instantes el cadáver de aquel perpetuasangre y decide que no vale la pena ponerse a embalsamarlo frente a su gente. Porque lo que él necesita ahora mismo no es que lo observen, sino que recuerden que todavía deben *temerle*.

Es por eso que deja abierta la tapa del congelador y va hacia el fondo del camión, con aquella cuerda bien asida en los puños. Los niños gritan, chillan y se pegan como sanguijuelas contra la pared cuando se inclina sobre el más grande de los dos.

De un solo movimiento, el hombre tira de su cabello y lo levanta del suelo.

—¡No, déjalo, deja a Misha, déjalo! —exclama el otro abalanzándose contra su pierna, pero el hombre patea directo a su barriga con la punta de su bota de casquillo. La criatura se retuerce de dolor y gimotea al punto del vómito, debilitado por los largos meses de inanición.

—¡Enola, no! —exclama el otro, pero pronto es asfixiado por la cuerda del trampero, puesta alrededor de su cuello con la maestría de más de cincuenta años de ahorcamientos.

El monstruo comienza a arrastrarlo como a un perro fuera de la camioneta. Sin misericordia, lo arroja en la nieve. Baja del camión y el movimiento hace que la puerta que está del lado del congelador se entrecierre.

En algún momento se le ocurrió que tal vez sería mejor matarlo rápido, con una bala, tal vez, pero no, eso era demasiado compasivo; por otro lado, quemarlo vivo sólo lograría arruinar el pelaje si la bestia, presa de la desesperación, decidía transformarse en medio de las llamas.

Así que escoge la rama perfecta.

Arrastra al niño detrás de sí un par de metros más, hacia el bosque. Y ante aquello, el más joven grita, suplica y lloriquea inútilmente, porque Benjamin Lander no conoce la conmiseración.

Arroja la cuerda sobre el árbol en un lanzamiento perfecto. Ésta cae frente a su cara como una serpiente desenrollada y luego se inclina a ajustarla un poco más alrededor del cuello del niño, que no deja de luchar.

Después, encuentro mucho placer en la forma en la que Benjamin Lander le propina una brutal bofetada, más para descargar su estrés que para contener a la víctima. Y el pequeño, al sentir el ardor en la mejilla y comprender el destino que le aguarda, deja de llorar. Se sorbe la nariz y levanta la barbilla hacia su hermano pequeño, cuya silueta sólo puede ver gracias al resplandor del congelador.

—Ya no tengas miedo, Enola —le dice al tiempo que yergue su espalda esquelética—. Papá nos espera del otro lado.

El trampero extiende la herida en su mejilla al hacer una mueca, quizás al recordar el rostro del hombre que aguantó ocho balas antes de caer muerto en aquella casa del rancho Red Buffalo. Afianza la cuerda y, tras un gemido ahogado, los pies del niño se elevan del suelo de un tirón.

El cuerpecito se retuerce en el aire mientras los gritos de su hermano resuenan en las paredes

del vehículo. El hombre cuenta los segundos, preguntándose si esas criaturas mitad bestia se ahogan igual de rápido que los humanos, si sus cuellos tienen la misma cantidad de vértebras.

El chico patalea en el aire, su cara muta del moreno al bermellón, Benjamin Lander aprieta más la soga y…

—¡Alto!

El trampero deja caer al niño de golpe, quien tose una y otra vez ante la repentina entrada de aire frío a sus pulmones. El viejo se lleva la mano a la cintura y desenfunda sin dudar, porque está seguro de que esa voz no pertenece a ninguno de sus hombres.

Aquello vuelve a llamarlo, un eco bajo y grueso que retumba como si proviniese de un ataúd.

Y esta vez, no es un perfume lo que inunda mi celda, sino un brillo blanco y prístino.

—¿Dónde estás, maldito?

—Oh, hijo mío, no extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas daño —el Inquisidor mira de un lado al otro, hasta que se da cuenta de que el llamado proviene de sus espaldas.

Se vuelve hacia el niño dentro de la caja, quien súbitamente ha dejado de llorar. Ahora tiene los ojos abiertos de par en par, y mira aterrorizado no hacia el trampero, sino a algo que está oculto tras la puerta frente al congelador.

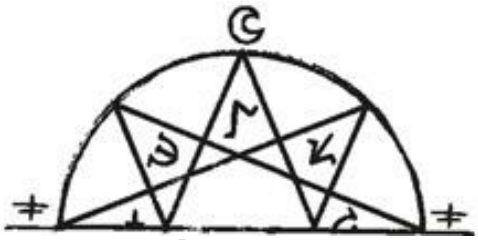
Podría llamar a sus hombres, pero gritar no le es propio, así que da unos pasos hacia el vehículo y abre aquella puerta despacio empleando para ello la boquilla de su arma. Y al mirar hacia dentro, por primera vez en su vida, Benjamin Lander se queda sin aliento.

El perpetuasangre Sammuel está sentado dentro del congelador, mirándolo con aquellos ojos hundidos y el pecho exhalando vapor caliente a través del agujero de escopeta. Sus alas blancas aletean con suavidad en el aire frío, libres por fin de las ataduras.

El cadáver ladea la cabeza y las vértebras de su cuello, congeladas después de meses en esa caja, se tuercen como si se las hubiese quebrado con el movimiento.

Y entonces le sonríe.

—Hola, Benjamin.



CAPÍTULO 55

UN BOSQUE LIMINAL

Al llegar a la reserva forestal Lynn Woods, la esperanza de terminar por fin con esta pesadilla se vuelve trizas cuando la encontramos completamente cerrada.

A medida que Tared sitúa la suburban en un cajón del solitario estacionamiento, observo con más claridad el cartel que prohíbe la entrada a los senderos. También hay una gran cantidad de pilas de nieve repartidas por los bordes, en señal de haber sido ya acumuladas hace tiempo por barredoras.

El lobo apaga la camioneta y da vueltas al mapa que compramos durante una parada en la carretera. Se pasa una mano por el cabello y resopla.

—No me cabe duda —dice—. Es aquí.

—¿Será por otro acceso? —sugiere Julien, quien toma el mapa desde el asiento de atrás.

Al alargar el cuello y verlo yo también, mi primer pensamiento es que este lugar no es precisamente el más adecuado para que se esconda un Atrapasueños.

La reserva de Nueva Orleans era inmensa, lo suficiente como para albergar ríos, pantanos y propiedades privadas como la aldea de Comus Bayou, pero el bosque Lynn Woods es más bien un parque público de gran tamaño, con rutas de senderismo, lagos pequeños e inclusive un campo de golf.

—Maravilloso —resopla el detective—. La maldita debe haber cerrado por la temporada.

Al escuchar aquella posibilidad, todos nos quedamos quietos, como si esperásemos que la barra de hierro que cierra la entrada a la propiedad se levantase sola y nos dijese que no hemos cruzado todo el país en vano.

La agobiante sensación de que la camioneta se vuelve más y más estrecha me obliga a poner una mano en la puerta.

—¿Elisse? ¿A dónde…?

Me guardo la pistola de Lía en la pretina de los pantalones y bajo de un salto fuera de la camioneta. Cruzo el estacionamiento a paso rápido y rodeo la barra para entrar a los senderos de caminata.

Y al hundirme varios centímetros en la nieve, me cierro con más fuerza la chamarra de lana, puesto que el invierno de Nueva Inglaterra es tan atroz como el de las montañas del oeste.

El cansancio se acumula bajo mis ojos, la nube alrededor de mi cabeza no hace más que espesarse.

Tared es el último en bajar, justo detrás de su silencioso hermano. La mirada del lobo se levanta sólo lo suficiente para tensar nuestro vínculo, y luego regresa hacia el chico. Siempre alerta. Siempre vigilante.

Te está evitando. Y lo sabes.

Giro hacia un par de letreros marrones clavados en un árbol, los cuales indican que hay dos rutas a seguir desde este punto de la reserva: a la izquierda, el amplio circuito de caminata, de aproximadamente seis kilómetros; y a la derecha, un sendero estrecho y pedregoso que guía hacia algo llamado *Dungeon Rock.*

—¿Y ahora qué? —pregunta Nashua.

—Diría que probemos con el agradable y seguro circuito —dice el bisonte—, pero eso de “La Prisión de la Roca” suena feísimo, así que de seguro es por allá.

—Dios, ¿no puedes tomarte las cosas en serio por una vez? —musita mi hermana.

—¿Y tú no puedes dejar de ser tan amargada?

—¡Lo haría si dejaras de portarte como un tonto!

—¡Basta ya! —ordena Tared—. No quiero escuchar una palabra más. Harán que nos descubran.

Julien y Johanna se lanzan una mueca de hastío y obedecen a regañadientes, irritados debido a lo poco que han podido dormir. Al igual que todos nosotros.

Pero lo peor de todo es que, seguramente, mi hermano tiene razón.

Estoy a punto de ponerme en marcha hacia la pendiente que lleva a Dungeon Rock cuando me percato de que Allen sigue detrás del cancel, reticente a cruzarlo.

—Esto es una estupidez.

Sus palabras hostiles nos sorprenden, puesto que son las primeras que pronuncia desde que salimos de Minnesota.

Supongo que es buena señal, porque significa que no se ha vuelto loco, todavía.

—Si lo que quieres es quedarte aquí *solo*, con gusto te atamos a un árbol —dice Hoffman a la par que enciende un cigarro—. Pero ninguno de nosotros volverá para ayudarte si la cosa que destruyó la casa de Miller aparece.

Allen tensa la mandíbula, pero al final, decide pasar por un lado del cancel.

En el fondo, siento algo de lástima por el chico. No es más que un humano indefenso, traído contra su voluntad a la brutalidad de nuestro mundo. Es normal que sienta miedo.

Yo también lo tuve la primera vez.

Con esto en mente, comenzamos a adentrarnos en el camino, siendo el crujido de nuestros pasos nuestra única conversación durante un tiempo. Puedo sentir la tensión sobre todos nosotros, atentos a cualquier ruido que nos haga sacar las garras o salir corriendo de vuelta a la camioneta.

Aunque, en mi caso, no es sólo por el miedo a un ataque de las Marionetistas. Es este bosque, tan distinto al de Montana y al de Minnesota.

El primero se sentía de un blanco sucio y claustrofóbico, estéril y asfixiante. El de la casa de Tared era precioso y prístino, de pinos verdes y cielos oscuros empapados de estrellas, un lugar del que no querría marcharme nunca.

Pero aquí, todo se percibe quieto a la vez que inquietante, con su neblina espesa y sus árboles de troncos altos y flacuchos cual patas de garza. El viento susurra entre las hojas, pero más allá de eso, no se escucha el menor atisbo de vida silvestre.

Es como un corazón a la espera de su siguiente latido; un pasillo entre una puerta y la siguiente; como entrar a un bardo del plano medio y quedarte atrapado en un escenario de concreto detenido en el tiempo, tan desconocido y a la vez tan…

Nuestro.

Me viene a la mente lo que Julien nos contó en el camino sobre los infames Juicios de Salem. Dijo que hacía poco más de trescientos años, alrededor de doscientas personas habían sido acusadas de brujería en dicho pueblo puritano,* de las cuales diecinueve fueron colgadas al pie de una colina y un puñado más murió en prisión, sin mencionar a un hombre llamado Giles Corey, quien fue aplastado hasta morir por las pesadas rocas que sus verdugos colocaron poco a poco sobre él para obligarlo, fútilmente, a declararse culpable.

Tal vez por eso es que este lugar me parece tan opresivo, así como me hace preguntarme si estas brujas que he estado viendo no serán una especie de espíritus vengativos relacionados con dichos juicios, manipulados por mi Mara para obedecer a su maldad.

Cuando el camino se convierte en la pendiente de un monte, Julien rompe de nuevo el silencio:

—Oye, flaco, ¿qué harás cuando todo esto termine?

La pregunta me toma desprevenido, puesto que el final de esta pesadilla es una cosa que veo aún muy lejana. Para mi sorpresa, la respuesta no tarda en venir a mi cabeza.

—Iré a buscar a mi padre —respondo, sin dudarlo—. Es la razón principal por la que vine a este país, después de todo.

—Espera, ¿quieres decir que no volverás a Nueva Orleans con nosotros? —pregunta Johanna con desconcierto.

Hoffman observa de reojo a Tared, quizás en espera de alguna reacción de su parte, pero el lobo no mira en nuestra dirección. De hecho, se ha separado unos metros de su hermano para acercarse a una de las orillas del camino, hacia donde se extiende una densa arboleda.

—¿Huelen eso? —pregunta, y todos nos giramos en busca de aquello que el devorapieles ha percibido.

Nashua arruga el entrecejo.

—¿Fuego?

De súbito, mi percepción del bosque se deforma, y esa realidad tenue, ese espacio liminal, es interrumpido por algo que atraviesa el aire helado; la vibración de una serpiente viva e invisible, una sensación que busca escabullirse por mis venas.

El monstruo de hueso susurra la palabra antes de que ésta logre salir de mi boca:

Magia.

—Tared…

Todos y cada uno de mis nervios se paralizan cuando escucho la voz rota de Allen.

Miro hacia atrás y casi puedo sentir el corazón del hombre lobo detenerse.

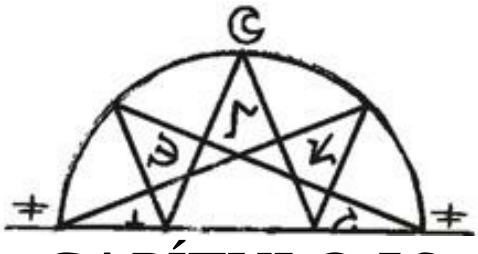
El chico tiembla de arriba abajo mientras sus ojos se humedecen del terror, porque justo ahora está *flotando* en el aire, a casi un metro sobre el camino.

—T-Tared —repite, con el brazo extendido hacia su hermano.

Como si tuviese un lazo invisible amarrado en la cintura, Allen es atraído hacia la colina a toda velocidad.

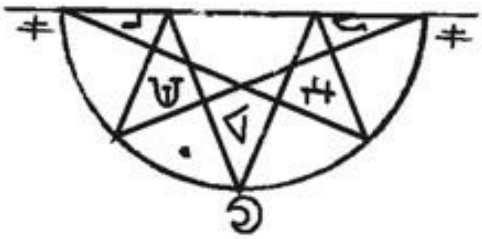
---

[*] Grupo protestante descontento con la naturaleza de la Iglesia anglicana. Fue el primer grupo de colonos que invadieron para poblar la costa de lo que hoy en día se conoce como Nueva Inglaterra.



CAPÍTULO 56

GOLMÁ



—¡Allen!

El grito de Tared nos hace reaccionar. Y en un segundo, todo Comus Bayou se lanza detrás de él y su hermano, quien grita con toda la fuerza de sus pulmones.

El empinado camino se vuelve un sendero de rocas y escalones de piedra congelada, pero el lobo sortea cada obstáculo con desesperación al ver que la silueta de Allen empieza a fundirse con la niebla.

De pronto, escuchamos *risas*. Carcajadas femeninas de cuyas bocas emisoras vi masticar carne humana y cuyos cuerpos vi cabalgar, en mis pesadillas, un miembro del grosor de una espada.

Van a comérselo vivo…...

No, ¡NO!

—¡Suéltenlo, malditas sean! —les digo.

El sendero desaparece cuando por fin llegamos a la cima de la colina. Y allí, nos topamos con dos piedras gigantescas que forman una estrecha gruta entre ellas. No hay ningún letrero que lo señale, pero no me cabe duda de que es Dungeon Rock.

Tared casi enloquece cuando encontramos a Allen justo en medio del claro. Está boca arriba, su espalda curvada como un sable y los ojos vueltos hacia el cráneo.

Al alcanzarlo, sostengo del brazo al devorapieles, quien también lucha contra su imperiosa necesidad de correr hacia el chico, porque es más que obvio que esto es una trampa.

—¡Allen, Allen! —llama, pero su hermano parece estar sumido en una especie de trance.

Todos los demás desenfundan sus armas y apuntan con las mirillas hacia los largos árboles que flanquean la colina. Por mi parte, busco por todos lados el *vínculo*, ese hilo de magia invisible que conecta a Allen con quien sea que lo esté embrujando, pero no logro encontrar nada. *¿Qué demonios está…?*

—Siempre parece que pesan tan poco, ¿verdad?

Una puerta de metal se abre justo en medio de las dos rocas, tan oxidada que se escucha como uñas que rasgan un pizarrón.

Instantes después, *ella* sale de la oscuridad, descalza sobre la tierra helada y con un delicado vestido mancillado por la suciedad. Su cabello blanco cae suelto sobre su espalda y su rostro joven exhibe una sonrisa amplia, casi infantil.

—Eres *tú* —mascullo—. ¡Eres una de esas malditas brujas!

Todo Comus Bayou apunta sus armas en dirección a la aparente mujer, cuya imagen me cuesta alinear con la de la criatura terrible que sostenía un espejo negro en mis visiones.

Ella ensancha aún más su sonrisa.

—Qué grosero usar un tono tan despectivo considerando que tú también eres *un maldito brujo*. Pero lo que sí me ha tomado por sorpresa es encontrarte tan bien acompañado —dice con los ojos entornados hacia mi familia—. Vamos a cambiar eso.

Con las palmas hacia arriba, ella comienza a levantar los brazos.

Al instante, los cuellos de mis hermanos y Hoffman se ponen rígidos, con sus brazos atenazados contra sus costados. Y, al igual que Allen, sueltan sus armas y se elevan en el aire.

Mi corazón casi se detiene cuando la bruja aprieta poco a poco los puños y comienza a asfixiarlos.

—¡No, detente! —grito al ver que los rostros de todos se tornan rojos por la falta de aire.

—¡ALLEN! —la chica ladea la cabeza, sorprendida, cuando Tared tira de las muñecas de su hermano para intentar liberarlo, siendo el único que no ha caído bajo la influencia de su magia.

—Qué interesante…

Ella mira hacia Allen, o *detrás de él*, en realidad, y asiente.

Segundos después, el hombre lobo es arrojado de bruces contra el suelo, como si algo gigantesco lo hubiese aplastado. Otra presencia cae de golpe a mis espaldas y enrosca algo invisible alrededor de mi cuello para impedir que vaya a socorrerlo; una soga hecha de magia.

La cuerda me tira de frente y me arrastra hacia la bruja, pero sólo hasta que tengo a la mujer lo bastante cerca como para distinguir las salpicaduras de sangre en su vestido, para darme cuenta de que no toda esta magia emana directamente de ella, rompo el amarre con un solo movimiento de mi mano de hueso.

Mi guante se desgarra en el acto y ella suelta un gemido cuando salto para embestirla. Cae de espaldas sobre el empedrado, pero mi familia aún se asfixia en el aire y los huesos de Tared

comienzan a crujir.

—¡Libéralos, desgraciada! —demando, desesperado al no entender de dónde surge la energía que los tiene prisioneros.

La chica me da un rodillazo en el vientre con la suficiente fuerza para dejarme sin aire. Me hace rodar en el suelo pero, al aplastar mi pecho con su rodilla, refunfuña como si la hubiese puesto sobre una plancha de hierro caliente.

—¿Pero qué diablos tienes allí?

Ella grita cuando le clavo las garras en la pantorrilla y le abro la carne hacia abajo en canal. Me la quito de encima de un empujón, pero me agarra de las ropas para impedir que escape. Un puñetazo de ella en mi cara, un rasguño contra su costado; forcejeamos en el suelo como un par de animales hasta que, súbitamente, detenemos nuestra pelea.

Nos miramos, con los ojos abiertos de par en par, y giramos la cabeza al escuchar que algo se acerca por el bosque; el sonido de una hoja de metal blandiéndose en el aire.

—Por la Grieta… —murmura la bruja mientras el poco color en sus mejillas desaparece.

Comus Bayou cae en picada hacia el suelo y boquean como peces fuera del agua. Allen sale de su trance y grita, dolorido, a causa del impacto, pero parece tan ileso como los demás, quienes ya se arrastran en busca de sus armas.

Aparto a la mujer de un codazo y me levanto para socorrer a Tared.

—¡¿Están todos bien?! —pregunto, mientras el lobo gruñe por lo bajo. Le cuesta un poco moverse, pero parece que huesos y articulaciones están intactos.

Sin temor a darnos la espalda, la bruja cojea al lindero del bosque con la vista clavada hacia el lugar de donde proviene aquel sonido que ahora se estrella contra las rocas, los troncos, la maleza, como si buscase reducir la reserva a jirones.

Me basta respirar profundo para percibir de nuevo aquel olor de pesadilla.

—Mierda, ¡la Marionetista!

Todos nos retraemos hacia el centro del claro para rodear como un muro al hermano de Tared. Luego, aquel sonido letal se detiene, precedido por un silencio mortuorio.

El aire helado vibra. El olor se intensifica. Escucho a Allen jadear.

—¡CUIDADO!

Tared empuja al chico varios metros a lo lejos, justo cuando una enorme hoja de metal corta el suelo donde estaba parado.

Y al mirar hacia la cosa que nos ha atacado, mi primer pensamiento es que hubiese preferido que fuese la Marionetista.

Aunque son muy similares, tanto que no me cabe duda de que pertenecen a la misma clase de monstruo, este ser sólo posee ocho brazos alineados en su torso masculino, los cuales sostienen largos clavos, cinceles y navajas como si fuese una manifestación de la terrible diosa Kali, todo

del mismo metal blanco que su máscara.

La criatura arranca el arma del suelo y la levanta por encima de su cabeza, un cuchillo similar al de un carnicero, tan grande y pesado que bien pudo rebanar en dos a Allen tal como el Rebis hizo con Dallas. Tiene también una piel amarrada en su cintura y la mirada fija en la bruja, quizá porque percibe la sangre fresca que emana de su herida pero, al erguirse, tuerce el cuello hacia mí.

Tan grande como un puño, un ojo dorado se abre enorme en medio de su halo de hueso.

Me echo a un lado cuando el monstruo salta como un insecto, impulsado por sus piernas raquíticas. Los demás se dispersan, en tanto Tared arrastra a su hermano consigo, quien comienza a gritar al ver a todos los errantes transformarse.

Desenfundo la pistola de Lía y la criatura bloquea mi disparo con el largo de su cuchilla, lo que me obliga a retroceder hacia Dungeon Rock.

Nashua se abalanza y clava los colmillos en su hombro, pero el demonio tuerce un brazo hacia atrás en un ángulo rápido e imposible para intentar apuñalarlo con un picahielo. El hombre oso retrocede y deja una hilera de dientes sobre su piel quebradiza, mientras que el resto de los brazos de la bestia se dedican a bloquear con pasmosa maestría todas las balas que Comus Bayou dispara hacia él.

—¡No dejes que *Golmá* te toque! —me grita de pronto la bruja, pero es demasiado tarde.

Con la rapidez de una flecha, aquella cosa me arroja uno de sus clavos, mientras que yo apenas logro esquivarlo lo suficiente para que se entierre en mi clavícula y no en el corazón.

El impacto es tan poderoso que me tumba de espaldas con la potencia de una escopeta.

—¡No! —Julien embiste al monstruo de un cabezazo, y lo hace volar varios metros por el aire.

Tirado sobre la tierra, percibo que el clavo apenas ha logrado entrar un par de centímetros en mi carne, aunque está tan firme y recto sobre mi pecho como si me hubiesen clavado una lanza.

Pero no es la herida en sí lo que me deja inmovilizado, sino algo increíblemente doloroso, casi incendiario, que brota de la punta de metal para reptar como una serpiente de lava por mis venas.

—¡ELISSE! —el lobo deja a su histérico hermano a un lado de Hoffman, quien dispara sin cesar hacia la bestia huesuda mientras que el resto de Comus Bayou la rodea para tratar de contenerla.

Tared se lanza de rodillas a mi lado. Mi cuello se tensa como una cuerda, mi espalda se arquea ante la terrible sensación de quemarme por dentro.

Siluetas y rugidos colisionan sobre la nieve, dentelladas de hierro chocan contra pelo, garras y balas, pero pronto pierdo la orientación de todo lo que sucede a mi alrededor, porque el clavo empieza a enterrarse por sí solo en mi cuerpo, abriéndose paso a través del hueso y la carne

como una inyección letal.

Y cuando la espada ruge, furiosa por la proximidad de aquel veneno candente, descubro que lo que busca es *alcanzar mi corazón.*

—¡Aléjate! —ruge el lobo a la bruja, quien se acerca a zancadas hacia nosotros.

—¡Es el hierro blanco! —exclama ella—. ¡Hay que sacárselo antes de que lo mate!

Al escucharla, el lobo intenta remover el clavo con sus manos, pero no logra moverlo un solo centímetro. De hecho, el aire se le escapa cuando ve que éste se hunde todavía más.

—¡No puedo arrancarlo! —grita desesperado.

Déjame quitárnosla…...

—¡Vayan a Dungeon Rock, rápido! —responde la chica, quien escapa muy apenas de una cuchillada—. ¡No tienen alternativa!

A sabiendas de que es verdad, el lobo decide obedecer.

—¿Pero qué demonios…? —masculla cuando, al poner sus brazos bajo mi espalda y rodillas, le cuesta muchísimo despegarme del suelo, como si mi peso se hubiese triplicado.

Hace un nuevo intento y, con un esfuerzo tremendo de sus rodillas, el devorapieles consigue levantarme.

—¡Vamos, Elisse, resiste! —exclama, para luego llevarme hacia la caverna.

¡Déjame salir para quitárnosla!

—¡Inanna, ayuda! —suplica la bruja a nuestras espaldas. Luego, escucho el sonido de la carne fresca abrirse por el filo de una hoja. Gotas rojas salpican el aire. Más y más gritos de dolor.

Veo el cuchillo cernirse sobre el hombro de Tared, pero el monstruo lanza un grito como de una trompeta al ser embestido por algo blanco y enorme, una figura poderosa que lo lanza hacia atrás.

El lobo no se queda a observar. Me aprieta contra su corazón y corre hacia la prisión lo más rápido que puede, donde otra mujer ya nos espera, alguien a quien sólo distingo como una sombra. Cuando Tared se agacha para seguirla por una estrecha puerta de metal entre las rocas, el llamado del plano medio llega hacia mí, desesperado por salvarme.

Bajamos por una inclinada escalera de madera que cruje debajo de nosotros, mientras que la invocación del mundo de los espíritus se torna tan intensa que siento como si me arrancase de estos brazos. Percibo cómo él se abre paso con tremenda dificultad a través de un estrecho túnel de roca, su pecho como un tambor contra mi oído mientras el clavo está cada vez más y más cerca de mi corazón.

Instantes después, escucho el sonido del agua a los pies del errante; una poza al final del pasadizo de piedra.

—Aférrate a él con todas tus fuerzas —le ordena la mujer para luego colgar en su cuello un péndulo de cristal que rebota contra mi mejilla. El lobo estrecha más sus brazos a mi alrededor y, como si saltase de nuevo hacia la catarata de Stonefall, se deja caer al agua, al plano medio, sumergiéndonos en la oscuridad.

El tránsito dura un abrir y cerrar de ojos. En menos de un segundo, emergemos en un agua tan fría que trozos de hielo flotan en la superficie. Muros de piedra oscura y mohosa se ciernen a nuestro alrededor, estrechos y alargados hasta terminar en una boca redonda a varios metros sobre nuestras cabezas.

Y al ver la luz gris y neblinosa al final del túnel comprendo que estamos dentro de un pozo.

—¡Ilya, Ilya! —escucho a una voz desconocida gritar.

Tared jadea, desesperado por mantenernos a flote, pero mi peso tira de él hacia abajo como un ancla. Aprieta los colmillos y me acuna con uno solo de sus brazos.

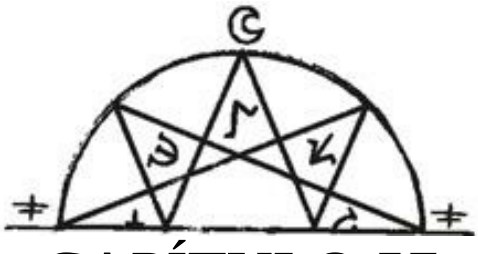
—¡Ayuda! —grita, abriéndose como una estrella para empezar a subir por las paredes—. Aguanta, Elisse, ¡aguanta! —me suplica, desesperado al ver que me asfixio debido al dolor.

Su pelaje chorrea a cántaros y sus garras se doblegan por cargar todo mi sobrenatural peso, pero el lobo sube, sube con tremenda tenacidad, y cuando está a un metro del borde, alguien nos saca del pozo de un tirón.

Después, no distingo con claridad qué más sucede. Mis extremidades se ponen aún más rígidas, escucho más gritos y el sonido de una puerta que se abre.

Soy arrojado de golpe sobre una superficie aterciopelada, un tapete, quizá. En mi delirio, veo a un anciano desnudo y de piel grisácea sentado en el techo, que me observa con brillantes ojos escarlata.

Y cuando una mano extrae con un movimiento el hierro de mi pecho, el grito de dolor que suelto me deja por fin volver a respirar.



CAPÍTULO 57

A WITCH IS A WITCH IS A WITCH*

Al caer sobre mi regazo, una cascada de flores me hace levantar la cabeza hacia Johanna, quien se balancea sobre un taburete.

Ella intenta alcanzar los racimos de ruda, romero y demás variedades que cuelgan de las vigas del techo como estalactitas. Y una vez que logra recolectar un puñado, procede a triturarlo dentro de un mortero de madera con algo de su propia saliva.

—¿Cómo te sientes? —pregunta mi hermana cuando entierro las manos sobre la cama para soportar el frescor del ungüento. Se supone que la herida de aquel clavo debía haber sido una penetración, un agujero abierto en la carne, pero ahora no es más que una quemadura bajo mi clavícula.

—Con frío —musito, aun cuando "jodido" fue la primera palabra que me vino a la cabeza. El dolor merma, pero muy despacio, como si la tibieza de la pequeña chimenea de hierro frente a mí evaporara el veneno a través de mis poros.

—Vale. Deja que vaya a buscarte otra toalla seca —la chica se limpia con un trapo y va hacia el cuarto de baño a un costado de la habitación, de donde ha estado sacando agua para tratarme. Quisiera detenerla y decirle que lo que en realidad quiero es ver a Tared, pero supongo que el lobo aún debe estarse quitando la piel en alguna parte de esta… casa.

Giro hacia el buró de boticario que está al lado de la cama, y observo con recelo el clavo de hierro blanco que descansa encima, con mi sangre seca en él.

En cuanto Johanna me lo sacó del pecho, fui traído a esta habitación de muebles cuarteados y muros de tapiz oscuro, con secciones de ladrillo expuestas por el paso del tiempo. Y eso, junto

con el resabio a humedad y la iluminación a base de candelabros de cera, me hace saber que estamos en un sitio muy antiguo, tanto que siento como si me hubiesen arrojado varios siglos en el pasado.

Mi hermana regresa y retira la toalla, ya fría, de los hombros para ponerme una seca, tan caliente que parece recién secada al sol. Cosa extraña, puesto que la noche ya se asoma por las pequeñas ventanas de madera.

—¿Cómo está Allen? —musito, y ella sacude la cabeza, preocupada.

—Más callado que nunca, aunque fue muy difícil calmarlo al principio. Ellas tuvieron que ayudarnos con eso.

Ellas.

Estrujo la toalla entre mis dedos.

—¿Qué hay de ti?

Johanna sonríe y hace un aspaviento.

—Con un par de cortes por aquí y por allá, pero estoy ilesa, al igual que todos los demás. Tú fuiste quien se llevó la peor parte, como siempre —asegura con un suspiro.

—¿Y Tared? —pregunto, y puedo ver cómo su sonrisa pierde vigor.

—Sólo se lastimó un poco las manos, pero estará bien —dice—. Me costó mucho arrancarte de sus brazos hace rato, estaba tan histérico que temí por un segundo que su ancestro hubiese enloquecido de nuevo…

Mientras explica todo esto, mi hermana no me mira a los ojos ni una vez, lo que crea una tensión que jamás había existido entre nosotros. Ella todavía me trata con su usual gentileza, incluso en la extenuante situación en la que nos encontramos, pero con quien ya no es la misma es con el devorapieles. Todavía se dirige a él con sumo respeto y obedece de forma tajante sus órdenes, pero es ya tan mecánica en ello, tan distante, que resulta obvio para todos que las cosas ya no son las mismas entre ellos dos.

Y no sé cómo sentirme al respecto.

Qué alivio, ¿verdad? Que esa zorra por fin le haya quitado los ojos de encima…...

—¿De qué diablos está hecha esa cosa? —apunto con la barbilla hacia el clavo.

—No estoy segura —responde—. Fue muy confuso cuando te lo saqué. Pensé que estaría envenenado o algo así, pero sólo es…

—No, querida. Eso no es un simple clavo de hierro.

Miro hacia la puerta de la habitación, que en ningún momento escuchamos abrirse, y me yergo al ver a la mujer parada en el umbral.

Aparenta la edad de Irina y tiene las facciones marcadamente andróginas: mentón cuadrado,

cejas duras en un rostro muy hermoso, equilibrado, con labios gruesos y pómulos cincelados. Su cabello negro que cae lacio hasta por debajo de su cintura y su piel muy morena me haría pensar que se trata de una mujer algonquina, pero hay una familiaridad en la forma de sus ojos rasgados que me recuerda en realidad el aspecto de alguien proveniente de Eurasia.

Me incorporo al reconocer su voz profunda y la silueta de su largo vestido negro, porque sin duda, es la mujer que guio a Tared a través de la caverna.

—Mi nombre es Inanna —dice—. Y como ya debes de haberte dado cuenta, soy una contemplasombras.

Sí, eso fue obvio desde el momento en el que puso un pie en la habitación, pero no sólo por su aspecto o la intensa magia que emana, la cual ha despertado de inmediato los apetitos del monstruo de hueso, sino por la sensación punzante de varios pares de cuernos que recorren de forma invisible mi piel; la presencia indudable de un ancestro bajo su carne.

—Me alegra ver que te estás recuperando, y más rápido de lo que esperábamos —continúa—. Tengo entendido que un *Martillo* provoca un dolor muy semejante a que te quemen vivo por dentro.

—¿Martillo?

La mujer camina hacia el clavo y descompone ligeramente la perfecta simetría de sus facciones al observarlo.

—Su poder, su peso, la forma en la que parece envenenarnos con fuego para doblegarnos; durante milenios, el hierro ha sido un metal utilizado por muchas culturas como un amuleto contra la magia, por lo tanto, “Martillo” es como llamamos a todos los objetos que están hechos con este peculiar hierro blanco, el cual sólo puede ser forjado en las entrañas del plano medio.

Antes habría dicho que no tenía idea de que algo así pudiera crearse en un mundo inmaterial como el de los espíritus, pero al recordar el laboratorio de Jocelyn Blake, la idea termina de calzar.

—Ya. Supongo que eso explica por qué era tan doloroso.

—Sí, para *nosotros* lo es —dice—, pero para los seres que no comparten nuestra naturaleza mágica, no es más que un hierro común. Es por eso que tu hermana fue la más adecuada para sacarlo.

—Con “nosotros” quieres decir ¿los contemplasombras? —pregunto.

—*Brujas,* Elisse.

Retrocedo hasta tropezar con el pie de la cama, porque quien ha dicho eso es la chica de cabello blanco con quien nos enfrentamos en el bosque. Ella entra a la habitación dando pequeños saltos con su pierna ahora curada, aplastando las hojas y flores secas que han caído sobre el tapete con sus pies descalzos.

—Tú…

La joven se sienta a mi lado de un brinco y me muestra unas prendas que, definitivamente, no me pertenecen.

—Para ti —dice con una sonrisa.

Ladeo la cabeza, ahora con curiosidad. Al tener a la bruja tan cerca, libre de la adrenalina del enfrentamiento, por fin logro percibir el olor de su ancestro: una intensa esencia a agua profunda y sal.

—Oh, pero qué tonta soy. Mi nombre es Hela —exclama—. Aunque ya nos presentamos de una forma mucho más divertida, ¿verdad?

Ante mi semblante hostil —porque la imagen de toda mi familia siendo asfixiada en el aire no me causa ni un poco de gracia—, ella alza ambas manos:

—Uy, parece que todavía muerdes.

—Porque yo todavía no estoy seguro de que ustedes no lo hagan —reviro.

—Calma, cariño, que eso mismo podríamos decir nosotras de ti —una tercera mujer se manifiesta en la habitación. Parece ser la mayor, tiene la piel olivácea y el cabello oscuro y rizado; y el espeso aleteo que percibo dentro de ella me da una pista de la apariencia de su ancestro.

Cuando el monstruo vuelve a rugir, por fin lo comprendo. Si todas me parecían tan "apetitosas" en mis visiones no era por su magia, sino porque eran *errantes*.

—Yo soy Caligo —se presenta—. Y estas reinas del drama son mis hermanas.

Las tres brujas se reúnen en torno a nosotros como si contemplasen una hoguera, lo que me hace percibir algo muy peculiar: a primera vista, todas parecieran tener los ojos negros, pero no es así. Lo que pasa es que sus pupilas están tan dilatadas que del iris de Caligo sólo queda un casi imperceptible anillo avellana, mientras que el de Hela es de un azul turquesa como el mar. Inanna, en cambio, es la única cuyos ojos sí parecen ser completamente oscuros.

Eso sólo significa una cosa: que las tres, todo el tiempo, a todas horas, ven tanto el plano humano como el plano espiritual.

Johanna pone su mano sobre mi brazo erizado por la fascinación.

—Elisse, ellas *son* el Atrapasueños que estábamos buscando —susurra.

Sacudo la cabeza, confundido. No me cabe ninguna duda sobre Hela y Caligo, pero Inanna…

—No lo entiendo, ¿tú eras la Hembra Cabría de mis visiones? —pregunto, porque no logro encajar la macabra imagen de aquella criatura con la inmensa belleza de la contemplasombras.

Inanna sonríe, sin ofenderse ante la rudeza de mi tono.

—No te preocupes, que tú tampoco eras un príncipe encantador en la mía —dice Hela en su lugar, divertida.

—Se lo explicaremos todo más tarde, Hel, porque si nos quedamos un minuto más aquí, esa cosa que tiene dentro terminará por comernos —dice Caligo al apuntar hacia mi mano de hueso.

—Mientras esperábamos a que Tared y tú saliesen del pozo, les contamos todo lo que pudimos sobre la situación —dice Johanna, un poco apenada—. Sé que hubieses querido hacerlo tú, pero…

—No vale la pena preocuparse ya por eso, querida —interviene Inanna—. Por ahora, dejemos que Elisse descanse un momento, porque estoy segura de que todavía nos queda mucho por hablar, ¿cierto?

Sin más, le hace una señal a la errante coyote para que las acompañe a la salida.

Las brujas. La hoguera. El cruce de caminos. ¿Acaso todo lo que vi en mis visiones era mentira?

La quemadura en mi clavícula, cuyo dolor sí que es bastante real, me hace por fin preguntar:

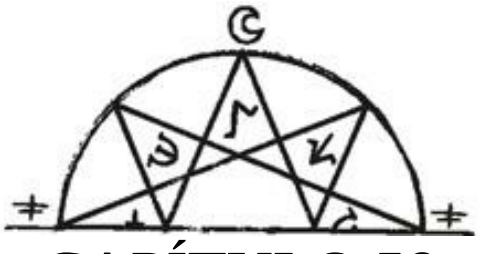
—Pero, ¿qué eran esos *demonios* que nos atacaron en el bosque?

Inanna se detiene como si acabase de escuchar una blasfemia. Y después, despacio, gira la cabeza para mirarme sobre su hombro.

—Esos no eran demonios, Elisse —dice en voz queda—. Eran *ángeles.*

---

[*] “Una bruja es una bruja es una bruja.”



CAPÍTULO 58

UNA PREMONICIÓN ENGAÑOSA

Con sólo poner un pie fuera de la habitación, me queda claro que, si bien este lugar es tan extraño como la tienda de Laurele o la casona de Jocelyn, es de una naturaleza diametralmente distinta.

El cuarto donde me recuperaba está situado en el primer piso, al fondo de un corredor con los muros llenos de tijeras clavadas al revestimiento, todas de distintos tamaños, modelos y antigüedad. Algunas tienen manchas y salpicaduras en los filos, sustancias cuya naturaleza no me apetece detenerme a apreciar.

Llego al vestíbulo de la casa y observo el tapete persa, el diván de terciopelo negro y las peculiares pinturas que cuelgan de las paredes de tapiz resquebrajado, con marcos muy ornamentados y retratos sombríos de personas en el campo, en cocinas y en distintos lugares comunes, las caras contorsionadas por un pesar.

Pero de todo esto, algo en particular llama poderosamente mi atención.

Me acerco a la enorme puerta de la entrada, maciza y negra como el ónix, cuyo dintel está coronado por una guirnalda de diminutas escobas de paja y canela. Levanto mi mano de hueso y acaricio el texto grabado a punta de cuchillo sobre la superficie:

I am He! the Bornless Spirit! Having sight in the feet: Strong, and the Immortal Fire!

I am He! The Truth!

I am He! Who hate that evil should be wrought in the World!

I am He, that lighteneth and thundereth.

I am He, from Whom is the Shower of the Life of Earth:
I am He, Whose mouth ever flameth:
I am He, the Begetter and Manifester unto the Light:
I am He; the Grace of the World:
"The Heart Girt with a Serpent" is My Name![*]

Un poderoso escalofrío viaja desde mi garra hasta mi espalda cuando el texto vibra debajo de la palma de mi mano. Me pregunto qué clase de energía estará *conteniendo* esta casa, porque cada esquina, cada peldaño de la escalera, cada hoja de hierba seca que cruje bajo mis pies es…

Al escuchar voces familiares, voy hacia el otro lado del recibidor, al umbral que da paso a una sala.

Allí, encuentro a mis hermanos sentados frente a la enorme chimenea, acompañados de Hela y Caligo. Ellos saludan con apenas un lánguido murmullo, mientras que Hoffman levanta la mirada un segundo, para luego regresar al periódico que tiene entre sus manos.

Siento una fuerte desazón al ver que el único Miller en el lugar es Allen, retraído en una butaca y con la mirada fija en la pintura sobre la chimenea. En ella hay varias mujeres de aspecto terrible congregadas alrededor de un macho cabrío,[**] quien está sentado a dos patas y con una corona de laureles alrededor de los cuernos. La sombría luna en el cielo nocturno mira cómo ellas ofrecen a sus bebés demacrados, una escena que me transporta de inmediato a mis visiones.

Pero ésa no es la única peculiaridad de este sitio.

Calderos de hierro abarrotan el robusto comedor de madera, llenos de pieles, plumas y cuernos. Cruces de distintos materiales cuelgan de las paredes, algunas rotas, otras invertidas, mientras que platos desperdigados en los muebles rebosan de huesos y dientes que no parecen haber pertenecido precisamente a animales.

No me extraña que Allen esté así de asustado. El lugar alberga tantas cosas sombrías que hasta el persistente olor a hierbas podría resultar asfixiante, pero si algo me sorprende más que las crueles taxidermias encerradas en frascos dentro de los gabinetes al fondo de la cocina, es que absolutamente todas las cosas me parecen… útiles, incluso hasta lógicas, como si supiese a la perfección qué hechizos podría hacer con cada una de ellas, algo que jamás me había sucedido frente a un objeto mágico.

Quiero decir, a lo que parecen ser *cientos de ellos.*

—¿Pasa algo, Elisse? —pregunta Johanna al verme tan embelesado.

—En la casa Blake, la magia se escondía detrás de las paredes —explico—. Jocelyn la ocultaba para que yo no pudiese sentirla, pero aquí circula con tanta fuerza que es como si me revolcara una ola.

—¿Te está haciendo daño? —pregunta Julien.

—No. Es decir, es muy abrumador, pero a diferencia de la mansión o la tienda de Laurele, la magia de aquí parece *ofrecer* en vez de *arrebatar*. No sé si me explico.

Nashua asiente despacio.

—Aunque no puedo sentir lo mismo que tú, entiendo a lo que te refieres —dice—. La cabaña del abuelo era… muy similar.

Con pesar, me doy cuenta de que ya no recuerdo bien qué tipo de pertenencias tenía el anciano en sus aposentos, quizá porque el Elisse de aquel entonces no se imaginaba siquiera que algún día sería capaz de apreciar el potencial de aquellos objetos que en su momento le parecieron incomprensibles.

O tal vez, he pasado tanto tiempo en la oscuridad que terminé acostumbrándome a ella.

Cuando me percato de las miradas llenas de curiosidad de Caligo y Hela, me sonrojo hasta las orejas.

—Perdonen —musito—, no quise ser maleducado…

—Nada de eso, cariño —replica Caligo—. Es *natural* que te sientas tan cómodo aquí.

Miro hacia el predio de árboles espinosos que se asoman detrás de los ventanales, revelados por la luz de la luna creciente.

Otra vez, un bosque distinto a los otros, pero mucho más familiar, porque sin duda se trata de aquél presente en mis visiones.

—¿Dónde estamos? —pregunto con ansiedad.

—En ningún sitio que puedas encontrar en un mapa, Elisse.

Casi doy un salto al ver que Inanna entra a la sala acompañada de mi hombre lobo. Él lleva las manos vendadas y el cabello húmedo, en señal de que ya se ha dado un baño para quitarse los restos de su piel recién arrancada. Y aunque mi instinto me grita que me acerque a revisar sus heridas, me conformo con sólo verlo dirigirse hacia su traumatizado hermano, preguntándome cuánto tiempo más tendré que soportar esta tensión.

La magia de todo el lugar pareciera arrastrarse detrás de los pies de Inanna, quien toma asiento entre sus hermanas como una reina que entra a presidir una ceremonia.

—¿A qué te refieres? —pregunto—. ¿Ya no estamos en Massachusetts?

—Al contrario —dice Caligo—. Si los cálculos no me fallan, esta casa debe estar bastante cerca del centro histórico de Salem, aunque el bosque en sí abarca casi toda la ciudad.

La bruja cabría juega con el enorme anillo dorado que lleva en la mano izquierda, el cual exhibe un elaborado símbolo que no logro distinguir con claridad.

Al sentir mi confusión, ella levanta la mirada.

—Existen tres tipos de dimensiones por las cuales los seres vivos podemos transitar —comienza—: el plano humano, el plano medio y la muerte definitiva. Y, a veces, franjas delgadas entre un mundo y el otro se cruzan, se distorsionan y se entremezclan, creando espacios que

terminan siendo parte de ambos.

—Como eso a lo que Elisse llama los “bardos” del plano medio, ¿no? —añade Johanna.

—Exactamente —continúa—. Los *bardos* son trozos del mundo espiritual que han sido modificados por la influencia del plano humano, un sitio sin familias regentes que puedan poner un orden al caos. Es por eso que, a veces, parecen copias extrañas de nuestra realidad.

Oh, sí. Mis queridos escenarios de concreto.

—Y luego, existen zonas como esta casa —dice Caligo—, lugares en los que el plano humano es el que se distorsiona bajo la influencia del plano espiritual. Es un sitio que existe en el mundo de los vivos y por el cual, si bien los seres comunes pueden habitar sin problemas, no se puede acceder sin ayuda de algún ser con magia.

—El pozo por el que cruzaste es nuestra salida y entrada de emergencia, uno de los tantos túneles del plano medio que hay en este bosque y que, en este caso, conecta esta casa directamente con Dungeon Rock—añade Hela—. El resto del tiempo nos limitamos a transitar por la niebla. Es menos engorroso, sobre todo con este frío.

Imagino que así fue como los demás pudieron llegar hasta aquí.

—Pero —dice Inanna de pronto—, por lo que me acaba de contar tu *consorte*, nuestra casa es lo que menos te interesa de nosotras, ¿verdad?

—¿Con… sorte? —la cara se me enciende de golpe al comprender que se refiere a Tared.

El lobo se inclina para entrelazar sus dedos.

—Como te mencioné, Inanna, alguien nos habló de ustedes —dice él, evadiendo con sutileza el difícil tema de Huritt, algo que todos han procurado no mencionar hasta ahora. Y menos frente a Allen—. Nos dijo que eran un Atrapasueños que se especializaba en ayudar a resolver… problemas complejos de nuestro mundo.

—Yo creo que lo que tu chico tiene es mucho más que un problema complejo, cariño —esta vez, la mirada de Caligo no se dirige hacia mi mano, sino a mi pecho.

—Y lo peor es que esto ha terminado afectándolas —replico un tanto desesperado—. Porque, por algo, ustedes y yo nos hemos encontrado en nuestras visiones.

—Lo que Elisse quiere decir es que más vale que tengan una jodida buena razón para habernos querido matar allá afuera.

—¡Hoffman, por Dios! —reprende mi hermana.

—Ah, sí. Lamento eso —dice Hela, despreocupada—. Pero teníamos nuestras razones. Además, fue muy interesante descubrir que somos mucho más divertidas en la cabeza de Elisse que en la vida real.

—¿Tú crees? A mí me parece que eres igual de indecente en todas partes, hermanita —añade Caligo y la aludida le responde levantándole el dedo medio.

Inanna lleva los ojos al techo.

—Pero, ¿qué fue lo que ustedes vieron? —pregunto—, porque debió de ser lo bastante malo como para que atacaran a lo que obviamente era una familia de errantes.

—No era tan obvio si consideras que aquello que llamas "Marionetista" puede viajar tanto a través de los sueños como tomar la forma y esencia de cualquier cosa —apunta Hela—. Y, en realidad, yo te vi sólo una vez, mientras intentaba observar una visión a través de mi espejo de obsidiana.

Arqueo las cejas al recordar que ella, efectivamente, sostenía aquel cristal oscuro delante de su cara durante mis pesadillas.

—Espera, ¿puedes tener premoniciones mientras estás despierta?

—Claro —dice—. Es mi *especialidad*, después de todo.

Mi sorpresa ante esto hace a las tres mujeres mirarse entre sí.

—Hela, perdona, pero ibas a contarnos tu premonición —interrumpe Tared, consciente de mi perplejidad.

—Uf, ¿seguros que quieren escuchar esto? —pregunta—. Porque les advierto que no va a ser bonito.

—Vamos, yo creo que pocas cosas pueden escandalizarnos a estas alturas —dice Julien, muy seguro.

Hela ladea la cabeza hacia Inanna y ésta asiente. La chica aplaude un poco, entusiasmada, y cruza las piernas sobre su asiento.

—De acuerdo. En mi visión, tú estabas acuclillado frente a una hoguera. Y tal cual te pasó a ti, tu apariencia era muy distinta a como eres en realidad —dice a la par que me escanea con la mano—. Tenías el cabello aún más blanco que el mío y llevabas una túnica sucia y desgarrada, además de que estabas superdemacrado. Yo me encontraba a varios metros de ti, pero podía escuchar con claridad los ruidos hambrientos de tu estómago a pesar de que ya te estabas alimentando de las tripas de… *alguien*.

Ella señala con la cabeza a Caligo.

—Retiro lo que dije —confiesa el bisonte con una mueca de asco.

—Después, pronunciaste tres frases que se me quedaron muy grabadas en la cabeza.

—Un monstruo para engañar a la magia —dice Inanna.

—Dos para despedazarla —continúa Caligo.

—Y uno más para revelarla —finaliza Hela—. Pero lo que más me llamó la atención fue la luna que tenías en lugar de corazón.

Entierro las manos en mi asiento, porque eso significa que ella no me vio a mí, sino al otro "yo" que también aparecía en mis visiones.

—Era muy grotesco porque también podía ver otro montón de corazones podridos moviéndose debajo —continúa—. Y cuando las llamas de la hoguera se avivaron, fue cuando me

di cuenta de que *no venías solo*.

Johanna suelta un gemido que yo mismo hubiese querido dejar salir cuando Hela apunta con la cabeza hacia Tared.

El relato se ha vuelto tan denso que incluso Allen ha salido de su trance para mirar hacia acá.

—Uy, esto se va a poner bueno —dice Caligo, quien se recarga contra el respaldo de su silla.

—Un lobo plateado salió de entre las sombras, un animal gigantesco cuyas *dos cabezas* traían consigo el cadáver de Inanna. O más bien, cada una arrastraba una mitad de ella dentro de sus hocicos. La criatura dejó los pedazos del cuerpo a tus pies como una ofrenda. Y después de que probaras un poco del cuerpo de mi hermana, te tumbó de rodillas de un zarpazo y…

—¿Y? —pregunto, angustiado por la pausa.

Hela sonríe y entrelaza las manos sobre su vientre, deleitada ante las muecas de horror de todos los presentes.

—Una de sus cabezas cerró los colmillos sobre tu hombro y la otra sobre tus astas, las destrozó hasta llegar a tu cuello y luego *te montó* sobre el cruce de caminos.

El chirrido de una silla siendo arrastrada hacia atrás me hace dar un salto sobre la mía. Hoffman cruza a zancadas la sala, y abre la enorme puerta de la casa para salir.

Abochornado, bajo la mirada con tal de no ver cuál ha sido la reacción de Tared… o de Allen.

—El simbolismo era preocupante —dice Inanna, quien por fin rompe su mutismo—. El brujo acompañado del lobo es una de las figuras folklóricas más antiguas y peligrosas de la hechicería, ¿y qué presagio más oscuro que un hechicero terrible fornicando con un lobo hambriento por nuestra carne?

Mi respuesta se limita a ser un largo silencio.

—Bueno, como ya nadie tiene estómago para escuchar más detalles —interviene Caligo—, espero que ahora entiendan por qué nos pusimos en alerta. Y más cuando Hela nos dijo que la visión terminó al escuchar el grito de…

—Una trompeta —musito. Y esta vez, son los labios de las brujas los que se transforman en líneas rectas—. Inanna, ¿qué quisiste decir con que aquellas cosas que nos atacaron eran ángeles?

—¿Ángeles? —Nashua arruga la nariz—. Esas porquerías no se parecen en nada a los ángeles.

—No tienen un aspecto convencional, querrás decir —corrige ella.

—Espera —interrumpe Julien—. ¿No estarán hablando de ángeles “bíblicamente exactos”? ¿De esos que tienen ojos y anillos por todas partes?

—¿Te refieres a un Ofanim? —pregunta Inanna.

—O un bulo de internet,[†] como yo los llamo —susurra la rubia.

—Yo no afirmaría eso con tanta ligereza, Hel —dice Caligo—, sabes muy bien que esas cosas se convertirán en lo que haga falta para arrancarnos el pellejo.

Esta vez no encuentro nada valioso qué aportar. Tal como Satanás, mi concepción de un ángel occidental no va más allá de niños alados y regordetes. Aunque, ahora que lo pienso, la alineación y la forma en la que los brazos de la Marionetista se movían eran muy similares a unas alas.

Inanna descansa la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—Las criaturas que nos han atacado tienen poco que ver con lo que van a encontrarse en una biblia, pero sí que tienen *todo* que ver con nuestro mundo. Y también con lo que Elisse nos vio hacer en sus visiones.

Me inclino hacia la bruja, lleno de curiosidad.

—Entonces, ¿qué tipo de ángeles son? —pregunto.

—*Deja que yo se lo explique, querida.*

Todo Comus Bayou se levanta de un salto al escuchar aquella voz, tan fuerte y clara que parece haber hablado justo al lado de nuestros oídos.

—¿Qué diablos ha sido eso? —exclama Nashua mirando a un lado y otro. Inanna juega una vez más con su anillo, para luego levantar la mirada hacia mí.

—De acuerdo —dice—. Es un tema viejo y complicado, de todas maneras, así que *ella* sabrá explicártelo mejor.

—*¿Ella?*

La bruja se pone en pie y alza una mano para apuntar hacia la salida de la sala.

—Ven, Elisse. Vamos a presentarte a nuestra Madre.

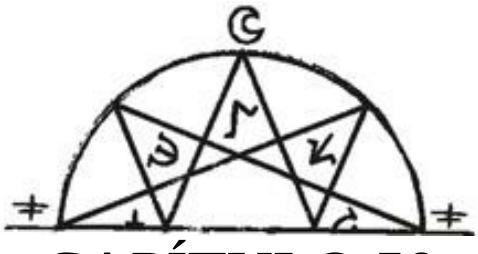
---

[*] *¡Yo soy Él! ¡El espíritu no nacido! Vigilante a los pies: ¡Fuerte, y el Fuego Inmortal!*
¡Yo soy Él! ¡La verdad!
¡Yo soy Él! ¡El que odia que el mal sea forjado en el Mundo!
Yo soy Él, el que relampaguea y truena.
Yo soy Él, quien hace Llover la Vida en la Tierra:
Yo soy Él, cuya boca siempre está en llamas:
Yo soy Él, Creador y Medio de la Luz:
Soy Él; la gracia del mundo:
¡"El Corazón Rodeado por una Serpiente" es mi Nombre!

[**] "El aquelarre" (1798), Francisco de Goya.

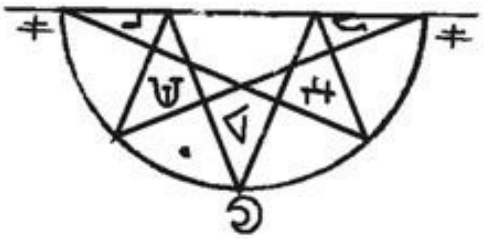
[†] Las criaturas conocidas como "Ofanim" son originalmente las ruedas de la carroza en la que Dios se aparece

a Ezequiel en el libro canónico que lleva su nombre (1:15-21), pero no existe ningún libro oficial del Antiguo Testamento que haga referencia a que son propiamente ángeles. Dicha confusión se ha creado por la popularización de algunos textos bíblicos no canónicos como los Manuscritos del Mar Muerto.



CAPÍTULO 59

TRÁNSITO



Innana nos guía hacia la escalera del recibidor. O, más bien, hacia el pasillo que hay debajo de ella, cubierto a ambos lados por un montón de llaves antiguas, tal como el corredor de las tijeras.

Ella se detiene y, después de observarlas por unos momentos, descuelga unas pequeñas y de color bronce.

—¡Pero qué…! —Allen retrocede de un salto cuando una puerta se materializa al instante en la pared.

Por mi parte, me cruzo de brazos y doy un paso para observarla.

—Ya veo. Las llaves funcionan como el sello que había en la trampilla de Jocelyn Blake.

—¿Eso significa que detrás hay un portal? —pregunta Tared e Inanna me tiende la llave como respuesta.

Hela dijo que este bosque tenía muchos túneles al plano medio. ¿Será acaso que cada llave conduce a uno distinto? Dudo un poco, pero termino por tomarla. La introduzco en la vieja cerradura y ésta se abre con un húmedo rechinar. Para los demás no hay más que una simple pared de madera del otro lado, pero yo casi puedo sentir cómo mis pupilas se expanden cuando el umbral se convierte en una boca de absoluta oscuridad.

—Madre querrá hablar contigo a solas —dice Inanna—, así que nosotras nos quedaremos aquí arriba con tu gente.

—¿No puede subir ella? —pregunta Johanna, y mi sorpresa es grande cuando la bruja niega con la cabeza.

—¿Ella vive en el plano medio? ¿Cómo es eso posible? —cuestiono al recordar que una vez el propio Muata me advirtió sobre los peligros de pasar demasiado tiempo en el mundo espiritual.

—Cuando bajes lo descubrirás tú mismo, cielo. Pero ten cuidado. Hoy hay marea alta.

Un malestar me recorre ante la críptica advertencia de Caligo, pero aun así, decido poner la mano en el pomo.

—¿Estás seguro de esto, Elisse? —pregunta Julien sin poder disimular su preocupación—. Recuerda que siempre que entras ahí regresas con algo roto.

—*Ven, querido. Te estoy esperando* —dice aquella voz oscura y sedosa que brota de la pared como el humo.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta Tared al escuchar aquello, lo que atrae la mirada curiosa de las tres brujas.

—Ni se te ocurra —espeto, indignado por la simple insinuación—. No vas a arriesgarte de nuevo.

—Pero…

—Tranquilo, señor lobo —dice Hela con una sonrisa—. Usted sólo preocúpese por tener el pelaje caliente para cuando su brujo regrese. Lo va a necesitar.

Tared tensa la mandíbula, indeciso, pero al final decide retroceder.

Me acerco al portal y escucho el sonido de algo que parece ser agua en movimiento.

Alguien suspira a mis espaldas, quizás uno de mis hermanos, agotado ante la idea de que, una vez más, no puede hacer otra cosa que esperar a que salga con vida de un agujero.

Contengo el aliento antes de dar un paso más, para luego desaparecer a través de la pared.

La oscuridad, como era de esperar, es absoluta. Mis sentidos se encienden como una mecha y me quedo quieto, adaptándome a la sensación sofocante de las sombras, mientras que un intenso sabor a sal inunda de inmediato mi paladar.

—¿Hola?

Cuando sólo recibo como respuesta el sonido del agua lamiendo las paredes siento algo moverse encima de mí, un cordón metálico que cuelga como un cadáver. Lo atrapo con mi mano de hueso y jalo de él.

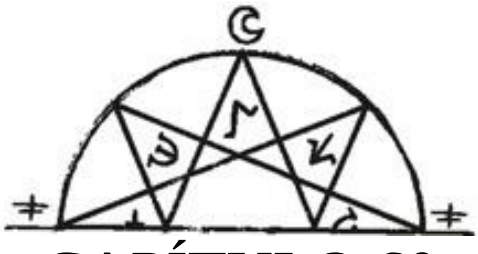
La luz sepia de un foco viejo revela un armario con las paredes hinchadas por una buena razón: la escalera en la que estoy parado desemboca hacia un sótano inundado hasta las vigas.

—*Vamos, pequeño. No tengas miedo.*

Para mi pesar, aquella voz que borbotea desde alguna parte del agua no hace más que inquietarme. La puerta por donde entré sigue allí, al igual que la llave de bronce en mi bolsillo, así que puedo dar media vuelta y regresar a la seguridad del mundo de los vivos si así lo deseo.

Pero, en cambio, introduzco un pie en el agua helada a la par que me pregunto si en algún punto de esta maldita odisea podré mantenerme seco más de un par de horas.

Con el temor de ser invadido por la letal migraña, uso sólo la magia suficiente para no morir congelado. Cada escalón se siente como una mordida en los huesos hasta que, al sexto, decido sumergirme por entero en la oscuridad.



CAPÍTULO 60

FRAGMENTACIÓN

A la casa de la niebla ha entrado un gusano.

Una criatura sucia y rastrera capaz de reconocer cuando un corazón se encuentra repleto de veneno o de lujuria. Un ser tan egoísta, tan ambicioso, que fue el único monstruo en toda la casa que alguna vez, hace mucho tiempo, pudo escuchar el susurro de tu voz.

Pero si hay algo que le gusta más que saborear los secretos de un pecho podrido es ver a un hombre bueno quebrarse.

La criatura respira tan despacio que apenas podría saberse que está allí, con el cuello ligeramente torcido, mientras observa la manera en la que aquel devorapieles de cabello rojo empuña el cuchillo en la cocina, al fondo del comedor.

El errante contempla un pequeño cerdo puesto sobre la mesa, el cual no tiene mucho de haber sido sacrificado. Y algo dentro de la naturaleza inmunda del gusano le hace saber que si aquel hombre se ha ofrecido para prepararlo no fue por gentileza, sino porque necesitaba *apartarse* un momento, dejar de mirar a la cara a los suyos para no enloquecer.

Ya está cansado de ser siempre unos oídos que escuchan y nunca una boca que grita, tanto así que comienza a preguntarse si terminará partido en dos de seguir extendiendo los brazos alrededor de su familia para mantenerla unida.

Porque personas así, que prefieren mantener dentro lo que otros no temen escupir, son las que

revientan con más fuerza.

La bestia rastrera pierde su interés en el bisonte y desliza la mirada hacia el otro devorapieles, aquél que siempre tiene la cabeza gacha, que se encorva a pesar de su tamaño. Es un ser que grita, que insulta y chasquea la lengua, pero que no sabe ya cómo mantener la barbilla arriba, castrado por una culpa que le pesa más que la ira.

Y el hermano… oh, lo dulce, lo exquisito que le parece el olor de ese hermano falso…

Pero, sin duda, los peores son los otros dos restantes. El humano y la curandera. El ciego y la egoísta. Tan heridos, tan hipócritas y, a la vez, tan resignados…

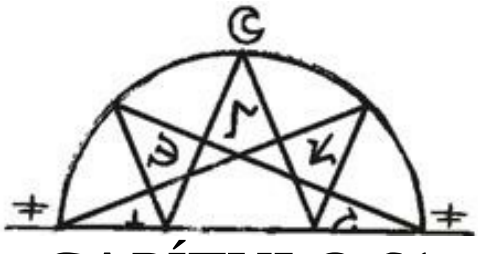
¿Por qué? ¿Por qué estos seres que parecen estar tan resentidos los unos con los otros insisten en mantenerse juntos, se pregunta el gusano? ¿Por qué se llaman “familia” si los separa el calor de la sangre, la desconfianza, el deseo por lo ajeno?

Quizá no saben estar solos, piensa. Quizá tienen miedo de descubrir que están tan hundidos en la mierda que no van a salvar a nadie. Que su búsqueda es estúpida, un callejón sin final.

Obsesión. Envidia. Venganza. ¿Es cierto todo esto que percibe la criatura sucia? ¿O es que lo ve así porque nunca ha conocido otra cosa? Todo esto le parece intrigante, tan conveniente, como si ellos mismos se abriesen la ropa para mostrarle dónde comenzar a hacer agujeros.

Pero, para mí, es casi profético.

Hace mil años vi a mi criatura nacer gracias a una grieta y, una vez más, volverá a través de ella. Porque esa grieta que se abre y que se ensancha como un útero no es otra que la que ha comenzado a fracturar su Atrapasueños.



CAPÍTULO 61

MAMÁ

Como si me hubiese arrojado al vacío en vez de a un sótano lleno de agua, mis rodillas se doblan con torpeza al aterrizar sobre un escalón. Y la caída es tan precipitada que, en un segundo, pierdo el equilibrio y comienzo a rodar hacia abajo.

Después de varios golpes y quejidos, termino boca arriba en un suelo encharcado, la oscuridad ahora diluida por la luz de otro foco manchado de hollín.

—Mierda… —musito, tan adolorido que apenas puedo levantarme sobre mis codos. Los dientes me castañetean, pero no por el frío de mis ropas empapadas, sino al ver que el sitio por donde entré está ahora bloqueado por tablones de madera.

—Por fin estás aquí…

Algo se mueve detrás de mí. Tan grande y pesado que el foco empieza a balancearse. Y al girar, poco me falta para soltar un grito cuando descubro qué es lo que yace al fondo del sótano.

Del color del oro viejo y con el cuerpo enroscado, tan largo y grueso que ocupa casi la mitad de la amplia habitación, *ella* me observa con sus amenazadoras pupilas escarlata.

—Ah, querido —dice con voz sedosa—. Eres mucho más hermoso de lo que imaginé.

Y ella tampoco se parece en nada a lo que creí que encontraría aquí abajo, porque la Madre de las tres brujas ha resultado ser una serpiente gigante.

Me llevo una mano a los labios cuando su raudal de magia me alcanza, tan potente como un martillazo en la barriga. Y, como si fuese una presa, ella saca su lengua bífida para olfatearme.

—¿Eres…? —pregunto con la voz descompuesta al descubrir un venado en medio de su cuerpo enrollado, tan fresco que todavía no ha empezado a descomponerse.

—¿Una bruja? —responde, articulando a la perfección esos labios viperinos—. Por supuesto. Tal como mis hijas. Tal como *tú*.

La palabra que yo buscaba era “errante”, pero por alguna razón, ése no parece ser el término correcto en esta casa.

Al desenroscarse, su piel y sus escamas se desgarran, lo que deja trozos suyos en los muros y el suelo como si estuviese unida de alguna manera al concreto.

—No te asustes, por favor —pide—. El plano medio es un sitio con mucho apetito, así que es natural que quiera alimentarse de lo poco que encuentra vivo —dice, mientras se arrastra entre los restos de sus propias mudas acumuladas por toda la estancia, carcasas blancas cuya impronta se mezcla con la de los muebles que hay arrumbados por el sótano, podridos ya por la sal y la humedad.

Lucho contra el instinto de echarme hacia atrás cuando ella detiene su cabeza a un par de metros de mí, puesto que le bastaría expandir sus mandíbulas para tragarme.

He visto el tamaño que adquieren mis hermanos y Tared al transformarse, pero las dimensiones de esta mujer sobrepasan por mucho las de un errante normal.

—Mi nombre es…

—Elisse —dice, y aunque ya no escucho su voz a través del agua, todavía parece igual de recóndita—. Conozco toda tu historia, querido brujo. Mis hijas me la han contado a través de las paredes de esta casa.

—¿Y usted es…?

—He tenido muchos nombres a lo largo del tiempo —responde—, pero el más reciente es *Aradia*.

Me tenso de arriba abajo cuando la serpiente alarga su cuerpo para rodearme. Una ola de magia caliente se desprende de sus escamas como una caldera viviente, y aun cuando eso basta para que deje de temblar, una parte de mí todavía teme compartir la suerte del ciervo.

—Ah, Elisse —sisea con su lengua bífida—. Ha pasado tanto tiempo desde que vi a otra persona además de mis hijas, que tenerte aquí me parece un auténtico regalo. Y más cuando has resultado tan maravilloso como en el vaticinio de Hela…

Arrugo un poco la nariz, porque no sé en qué lugar concuerda la palabra “maravilloso” con mi imagen consumida por el hambre.

—¿Por qué nuestras visiones estaban tan distorsionadas? —pregunto.

Mis premoniciones nunca han sido fáciles de interpretar, pero de eso a mostrar a Inanna y a las demás de aquella forma tan amenazante…

—¿Distorsionadas, dices? ¿No será que, al ser desenterradas de nuestro subconsciente, nuestras premoniciones sólo nos muestran una verdad que nos negamos a ver? ¿Un futuro del que no podemos escapar? —Aradia alarga tanto su lengua que pareciera querer alcanzarme con

ella—. Pero, si te hace sentir más tranquilo, en este caso sí que hubo una intervención en nuestros presagios. Y estoy segura de que ya sabes quiénes fueron los causantes.

—Ángeles, ¿verdad? —musito, porque si las Marionetistas podían pasar a nuestro plano gracias a nuestros sueños, no hay razón por la cual no puedan también manipularlos.

—Lo que mis hijas hacían en tus visiones no era más que la manera en la que ellos mismos las ven —dice—: como unas criaturas malvadas y brutales, brujas terribles cuya imagen fue creada durante el brote de pánico ocurrido hace cientos de años en Europa.

—Y supongo que eso mismo le pasó a Hela ¿no? —me llevo las manos al cabello cuando ella asiente—. Maravilloso, ahora hasta el Dios de los cristianos quiere matarme…

—Lamento decirte que es un poco más complejo que eso, pequeño.

Sí. Siempre lo es.

—¿Sabes? En el mundo de la magia se habla mucho de las familias regentes —dice—. De esas grandes religiones con dioses generosos que otorgan favores, virtudes y trascendencia espiritual a sus seguidores a cambio de culto y memoria. Judaísmo, hinduismo, wicca, *vudú* —la forma en la que enfatiza esto último me hace pasar la lengua sobre los dientes—. Pero, ¿qué pasa con aquellos humanos que, cegados por su soberbia, por su estupidez, corrompen la voluntad de esos dioses, los trastornan y crean *la religión equivocada*?

Ella aleja su enorme cabeza y la recarga sobre su cuerpo para observarme con esos afilados ojos rasgados.

—Hace más de seis siglos, las distintas Iglesias cristianas comenzaron una guerra imaginaria contra la magia —continúa—, todo con tal de imponer control sobre una población de humanos azotados por la miseria. Pero lo que nunca supieron es que el miedo y la superstición que sembraron hacia un mundo que no existía, terminó volviéndolo… real.

—¿Me está diciendo que los cristianos crearon un reino espiritual nuevo, *por error*?

Si ella tuviera hombros, estoy seguro de que los habría encogido.

—¿No es así como funciona el plano medio y los espíritus regentes, Elisse? Los errantes han creado leyendas durante milenios, historias inspiradas en los momentos en los que han sido vistos copulando con sus amantes en los bosques o en donde alguno de ellos fue descubierto mientras se quitaba la piel. Sólo hizo falta que un puñado de hombres poderosos tomaran una parte de nuestra realidad y la torcieran, para luego predicar que sólo su Dios podía protegerlos de brujas caníbales que se transformaban en bestias, que fornicaban con demonios y se reunían alrededor de hogueras para adorar a Satanás. Con tanto miedo, tanta devoción convertida en fanatismo, era cuestión de tiempo para que un puñado de espíritus del plano medio se cruzase con *la persona correcta,* para que el verdadero terror comenzara.

—Dioses, ¿así fue como crearon a las brujas satánicas?

Aradia me sorprende una vez más negando con la cabeza.

—No, Elisse. Crearon algo para *protegerse* de ellas.

La impresión de escuchar todo esto me hace sentarme despacio sobre el primer peldaño de la escalera, casi sin aire.

—No lo entiendo. Si fueron creados por los cristianos, ¿por qué tienen esa apariencia tan horrible, tan distinta a la de los ángeles *convencionales*?

Ella se alarga hacia el foco para descubrir su pecho delante de mí. Y entre la sangre y la piel rasgada distingo un símbolo grabado en sus músculos blanquecinos, uno que me deja boquiabierto.

—¡Pero si es…!

—¿Recuerdas que te dije que sólo hacía falta la persona correcta para que todo comenzara? —pregunta—. A finales del año mil quinientos, justo en el apogeo de la histeria colectiva, un mago y *alquimista* inglés llamado John Dee dijo haber recibido la visita de un ser celestial, un ángel mensajero llamado "Nalvage" que le había dado la tarea de transcribir unas instrucciones muy especiales enviadas por Dios. Esto que ves en mi pecho es el *Monas Hieroglyphica*, el glifo personal de Dee.

Los ojos de Aradia refulgen como el fuego de la espada, mientras que yo pienso en lo que daría porque Irina pudiese escuchar esto.

Ella se enrosca de nuevo a mi alrededor.

—Según sus propios diarios —continúa—, John Dee aseguró haber sido frecuentado a lo largo de varios años por aquel mensajero, quien le dictó diversas tablas y rituales con las que podría *evocar* legiones completas de ángeles con cualidades tan particulares como terribles. Eso lo llevó a crear lo que hoy día se conoce como magia enoquiana.*

—¿Le… giones? —ella saca la lengua de nuevo, quizás al saborear la forma en la que aquella palabra me ha retorcido las entrañas—. ¡¿Por eso había otra Marionetista?!

Aradia asiente, su cabeza tan pesada que empuja el aire como una ola.

—"Un monstruo para engañar a la magia, dos para despedazarla y uno más para revelarla" —dice, citando aquellas palabras que mi otro yo pronunció a Hela durante su premonición—. Los ángeles de Dee se dividen en distintas clases, cada una correspondiente a una cualidad específica

de esos seres. Y según el vaticinio de mi hija, cuatro de estas categorías están destinadas a enfrentarnos.

”*Golmá*, aquél que se manifestó en Lynn Woods, es un ángel de las Artes Mecánicas, quienes se encargan tanto de forjar los Martillos como de despedazar los cuerpos de las brujas, mientras que *Nadaazan*, aquello a quien llamas “Marionetista”, pertenece a la categoría de los ángeles de la Transformación, quienes tienen la capacidad de cambiar de apariencia y viajar a través de los sueños.

—Creo que entiendo. Con esa habilidad, las Marionetistas no sólo los manipulaban, sino que también tomaban la forma de las personas que veían en ellos para torturarnos… —digo al pensar de inmediato en Adam. En Muata… y en Grace.

—O más bien, de los *pecados* que más pesaban sobre nosotros —aclara—. Como buenos ángeles, se creen con el derecho divino de condenarnos tal como lo hicieron las Iglesias en su tiempo, por eso es que, a diferencia de Dee y los cristianos, tanto los brujos como aquellos con quienes compartimos vínculos podemos ver sus apariencias reales, porque la culpa es una de sus formas favoritas de castigo. Fueron ellos quienes susurraron las formas más ingeniosas de tortura al oído de nuestros perseguidores, después de todo.

Miro unos momentos hacia el foco del techo, con el corazón aturdido al recordar las cosas terribles que todos revivimos en casa de Tared, cosas que alentaron la fragmentación de mi familia.

—¿Que hay de las otras dos categorías? —pregunto.

—No lo sabemos —dice—. Estas criaturas son tan complejas que es difícil predecir cuándo se manifestarán en nuestro mundo, o siquiera si ya lo han hecho. Además, la *alquimia angelical* requiere carne mágica y evocación, un proceso demasiado difícil como para liberar demasiados de esos seres a la vez.

De pronto, algo hace clic en mi cabeza.

—Espere —agrego—. Si la piedra filosofal absorbe mi magia, tal como los Martillos, quizás es porque fue creada por los mismos principios alquímicos, ¿no? Ambos hechos para…

—Matar brujos.

Al darse por aludida, la espada me hace sentir su frialdad. Dioses, ¡con que ésa es la razón por la cual la piedra nunca me ha sanado ni hecho inmortal!

—Aradia, ¿cómo es que logramos vencerlos en el pasado? —pregunto, estremecido ante la idea de una legión de ángeles con cualidades terribles y armas casi tan poderosas como una piedra filosofal.

Ella niega con su pesada cabeza.

—Yo no podría llamarlo una victoria —dice—, no cuando cientos de brujos cayeron bajo el Martillo de los ángeles, volviendo aún más reducida nuestra delicada especie mágica. Y aunque

es verdad que durante centurias logramos resistir, las revoluciones, los avances tecnológicos y el gran Siglo de las Luces[**] fueron lo que realmente despertó a la humanidad de su locura, muy a tiempo para evitar nuestra extinción. Los ángeles perdieron casi todo su poder cuando la gente dejó de creer en las brujas, hasta el punto que tuvieron que volver a su plano. Irónicamente, la ciencia fue lo que salvó la magia en Europa.

—Y fue la ignorancia lo que casi acaba con ella —pego mis rodillas al pecho, desolado al pensar en lo terrible que debió haber sido esa *Guerra Ocultista*—. No lo entiendo, si los ángeles de Dee perdieron el culto que les daba fuerza para existir, ¿su reino no debió haber desaparecido y ellos haberse convertido otra vez en espíritus errantes?

—¡Ah, mi dulce brujo! Los humanos nunca han querido asumir los riesgos que corren al meterse con cosas que no comprenden. La magia enoquiana es considerada una de las más peligrosas sobre la Tierra y, desde su creación, las personas han intentado dominarla y modificarla al punto de que, sin saberlo, han mantenido *vivas* a estas criaturas tan terribles, que aguardan en su pútrido reino de dolor para volver a toparse con…

—La persona correcta —musito—. *Mi Mara*.

Aradia mira hacia mi garra.

—¿Te gustaría saber por qué estoy aquí encerrada, Elisse? —mi silencio le es respuesta suficiente—. Hace diecinueve años, algo o alguien me atacó una noche, en mi propio bosque, y grabó el Monas Hieroglyphica en mi carne. Inanna y Caligo me encontraron en la madrugada ya en esta forma, y como si el símbolo me hubiese maldecido, desde entonces nunca he podido volver a ser… humana.

Ella levanta una parte de su cola, la cual se desgarra al despegarse del concreto.

"¡¿Por qué crees que Laurele estuvo aumentando mi poder y preparando mi venida por veinte años?! ¡Porque estaba predicho que tú pisarías Nueva Orleans!"

Sí. Esas fueron las palabras de Samedi. Y si Aradia fue atacada hace diecinueve, eso significa que mi Mara, en algún momento, tuvo una visión sobre mí. Una premonición que le ayudó a hacer todos estos pactos con tanta antelación que bien pudo haberse estado preparando ella misma durante años.

—Tú sabes bien lo que les ocurre a los errantes que pasan demasiado tiempo en su forma bestial —continúa—, y si he tenido que resguardarme en este sótano como una apestada, alimentándome de los animales que mis hijas me traen para no devorarme a mí misma, es porque el plano medio, aunque me consume, también me protege de la locura. Un precio que debo pagar para no ser aplastada por el peso del mundo de los espíritus con demasiada rapidez.

¿Demasiada rapidez? ¿Eso significa que Aradia se está debilitando?

Pienso de inmediato en el padre de Adam quien, aunque estuvo veinte años encerrado en el laberinto de Jocelyn, los sintió como si apenas hubiesen sido uno, cosa que no evitó que el

propio plano lo consumiera poco a poco.

—Todo esto es culpa de mi Mara —reitero—. ¡Hizo un pacto con el Loa de la Muerte, resucitó a un trotapieles maldito, invocó a los ángeles para volver a cazarnos y…!

—Y como es tan poderoso, puede que esa criatura de la que tan desesperado estás por deshacerte sea la única posibilidad de derrotarle.

Me pongo de pie de un salto.

—No, ¡no puedo seguir teniéndola dentro de mí! —espeto—. Cada día me consume, me arranca partes valiosas de mí mismo y ahora ya ni siquiera puedo usar mi magia sin ser presa del más absoluto terror, ¡este monstruo me ha destruido la vida!

—¡Y ya no hay nada que puedas hacer para cambiar eso! —exclama y su cuerpo adopta la forma de una ese, tan amenazadora que me encojo de nuevo contra los escalones—. Desconozco la identidad del espíritu que te ha poseído, pero lo que sí sé es que, si te liberas de un ser tan poderoso, lo único que lograrás es darle la oportunidad a tu Mara de *atraparlo*. Y si eso sucede, ¡ya no habrá nada, absolutamente nada en este mundo o el otro que pueda protegerte a ti o a aquéllos a quienes amas!

Cierro la boca, con el corazón encogido como si la garra de mi monstruo se cerniera de nuevo sobre él.

—¿Me está sugiriendo que permita a esta cosa vivir dentro de mí hasta que me consuma?

—No, pequeño —dice, recuperando el terciopelo de su voz—. Estoy sugiriendo que seas *tú* quien lo domine.

Tres días antes, sus palabras quizá me habrían brindado un poco de esperanza. Pero al recordar cómo fui engañado por el monstruo de hueso para creer que por fin tenía algo de control sobre él, no puedo hacer más que lidiar con esta desesperación.

Por su parte, Aradia empieza a deslizarse hacia atrás, lo que me permite sentir el frío del plano medio de nuevo.

—Piénsalo, Elisse. Si semejante ser te ha escogido como portador es porque ha visto algo muy especial dentro de ti, un potencial que, por lo que parece, los tuyos no te permitieron desarrollar. Así que, a partir de ahora, mis hijas te guiarán para que puedas hacerlo. Porque, independientemente de lo que decidas hacer con tu *don*, necesitarás de toda tu capacidad mágica si es que quieres enfrentarte a tu Mara.

¿Mi… *don*? ¿No había dicho Damballah alguna vez que era una *maldición*?

El resplandor del foco comienza a menguar como la llama de un pabilo agotado. Escucho los tablones sobre la escalera crujir a mis espaldas, quizás abriéndose bajo las órdenes de Aradia.

—Comenzaré a buscar un método para separarte de tu criatura —promete—, si es eso lo que decides hacer al final. Pero te pido que consideres mis palabras, Elisse. Y si llegas a cambiar de opinión, el Culto a la Grieta Resplandeciente estará feliz de ayudarte…

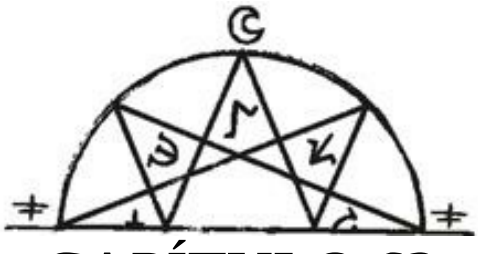
La serpiente despacio se enrolla contra los muros, y su brillo se apaga a la par de la luz de la habitación.

Y allí, al quedarme sumido por completo en las sombras, descubro que el monstruo de hueso nunca había estado tan callado.

---

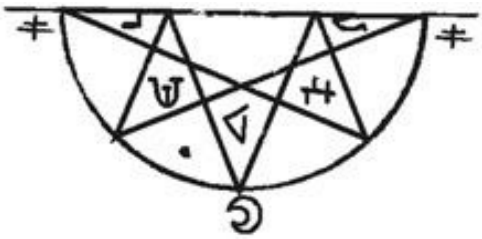
[*] El nombre “enoquiano” es una connotación moderna y deriva del Libro de Enoc, un texto apocalíptico hebreo (al que no se le considera como canónico por la mayoría de las Iglesias cristianas) en el cual se narra la expulsión de los ángeles del Paraíso. El nombre que se le ha dado a este tipo de magia ha sido largamente cuestionado debido a que no existen registros de que John Dee supiese siquiera de la existencia del Libro de Enoc.

[**] Movimiento cultural e intelectual surgido en Francia, Inglaterra y Alemania a mediados del siglo XVIII. También conocido como el periodo de la “Ilustración”.



CAPÍTULO 62

NOSOTROS



Exhausto, me dejo caer contra la puerta del sótano para abrirla. Del otro lado, Tared me sostiene de inmediato para evitar que me derrumbe sobre el suelo, estoy tan entumecido por el frío que apenas puedo mantener el equilibro.

—Estoy bien, estoy bien… —musito contra su pecho mientras me envuelve en una toalla caliente. Miro hacia los ventanales del vestíbulo, y descubro que falta poco para que salga el sol.

—¿Cuánto tiempo estuve allí dentro?

—Casi seis horas —contesta Hela, quien se estira como un gato, sus hermanas sentadas en sillas a lo largo del corredor—. Enviamos a tus hermanos y al hombrecito a dormir hace rato, pero a estos dos no pudimos moverlos ni con una grúa.

Hoffman no se da por aludido cuando la chica lo señala con la cabeza, recargado en una de las paredes e impregnado de un intenso olor a café.

—Espera, ¿todos están durmiendo? —pregunto, sobresaltado.

—Tranquilo, Elisse. Los ángeles de la transformación no podrán seguirlos en tanto esta casa esté bajo la protección de Aradia —asegura Inanna.

Aradia. Sólo pensar en el inmenso poder que debe tener como para que los ángeles no puedan manifestarse en este lugar me fascina y aterra a partes iguales, porque eso significa que si alguien como ella no logra ayudarme, quizá no haya ninguna otra fuerza en este mundo que pueda.

—Dioses, debieron irse a descansar también —digo, preocupado ante el evidente cansancio de Tared y el detective.

—No íbamos a ir a ningún lado hasta que salieras de allí, Elisse —me asegura el lobo,

mientras que Hoffman, como si ya hubiese terminado su labor, mete las manos en el bolsillo y se da la media vuelta para perderse en el umbral de la sala.

—¿Qué tal tu plática con Madre?

—Hablaremos de eso en la mañana, Cali —interrumpe Inanna—, por ahora, Elisse necesita lavarse el agua de mar y dormir. Mañana tendremos mucho trabajo por delante.

Estoy tan cansado que me limito a asentir.

Las tres se levantan de sus sillas y nos acompañan hacia el recibidor. Y al asomarme a la sala, encuentro a Comus Bayou y a Allen descansando sobre cojines y mantas, en tanto el detective ya se ha tumbado sobre el único sofá, todos bien cerca de la refulgente chimenea.

Por el tamaño de la casa, imagino que debe de haber muchas habitaciones, pero me da tranquilidad saber que mi familia se quedará junta por lo menos esta noche.

—Te hemos preparado una tina en el cuarto del fondo para que puedas darte un baño, cariño —dice Caligo, quien se refiere a la habitación al final del pasillo de las tijeras.

Después de agradecerles, las tres brujas se despiden y dan la vuelta para subir por las escaleras, arrastrando su magia por los peldaños hasta desaparecer de nuestra vista.

En vez de entrar en la sala para unirse a los demás, el lobo aguarda pacientemente a mi lado.

—Tared —llamo en voz baja—, ¿puedo hablar contigo un momento?

Él, como si ya lo supiera, asiente, sereno. Después, me sigue en silencio hasta el cuarto de hierbas. Alcanzamos el baño y lo encontramos caldeado por una estufa de hierro, con tantos trastos, hierbas y rarezas como el resto de la casa.

Pero no me detengo demasiado en los detalles, ni siquiera en la ropa que me espera sobre el pesado lavabo de mármol verde.

El lobo cierra la puerta y pega la espalda contra ella, mientras yo dejo caer la toalla húmeda de mis hombros, para caminar hasta la antigua tina de bronce que ya rebosa de agua caliente.

Lo siento observar cada uno de mis movimientos cuando empiezo a desprenderme de la ropa helada, su respiración se torna un sutil suspiro al desatar la liga que trenza mi cabello.

Pero lo que lo hace lanzarse sobre mí no es el deseo de desnudarme, sino el escuchar que se me escapa un sollozo.

Tared me alcanza, me gira hacia él y me estrecha. Y sólo hasta que sus brazos me enjaulan, me permito romper en llanto.

—*Lo maté,* por los dioses, ¡lo maté! —sollozo con la cara hundida entre mis manos, el miedo y la culpa son una ola fría que inunda mi cuerpo, que me asfixia, un dolor que he tenido que tragarme todos estos días, y lo único que puede hacer Tared es oprimirme contra su pecho.

A él no puedo ocultarle nada. No cuando sabe a la perfección lo mucho que la sangre quema en las garras. Así que, como la única persona en este mundo que podría entender cómo me siento, me acaricia los cabellos llenos de sal en silencio, sin soltarme, sin dejar de estrujar mis

hombros, mi cintura y mi espalda para mantener mis pedazos juntos.

En algún momento, dejo de llorar y termino de desvestirme. También entro a la tina caliente, pero lo tengo claro sólo hasta que mi nuca se asienta en el borde. Veo los racimos de lavanda colgar de las vigas, sus flores besar mi piel al caer despacio sobre la bañera.

Tared se acuclilla a mi lado y lava mi pelo con el agua perfumada, sin importarle que sus propios dedos todavía estén heridos por haber escalado aquel pozo.

—¿Alguna vez deja de doler la culpa? —pregunto.

—No. No del todo —responde, cuando empieza a limpiar con cuidado la quemadura sobre mi clavícula.

—No sé si voy a poder vivir con eso… —musito, amenazado de nuevo por el llanto.

Él sonríe, muy apenas.

—Siempre he creído que el remordimiento es una buena vara para medir qué tan nobles somos en realidad —dice—, pero tarde o temprano, todas las heridas se vuelven cicatrices, aunque a veces quieras abrirlas de nuevo. Y, al final, uno debe aprender a vivir con ellas, no esperando a que el dolor se desvanezca, sino al permitir que te pasen otra vez las cosas buenas.

Giro la barbilla hacia él, hacia sus ojos azules que observan mi piel a través del agua, en busca de más heridas de las que ocuparse.

Cómo desearía que me hiciera el amor en este instante, pero mi cuerpo está tan exhausto que quizás hasta ese placer sería demasiado.

—Lo siento. Lo siento mucho, Tared —susurro—. Lamento que esa casa que tanto amabas haya sido destrozada y que ahora tu hermano esté metido en todo esto. Lo lamento como no tienes una idea.

Él fija la mirada en el ligero moretón que surca ahora mi muslo, uno que me hice al rodar por la escalera del sótano.

—Admito que fue duro ver eso —dice—. Pero todo lo que valía la pena rescatar se salvó cuando logramos escapar la noche del ataque. Y, de todas maneras, yo ya tenía planeado venderla.

—¿Es en serio? —él asiente con seguridad.

—Aunque Grace y yo pusimos nuestras esperanzas y sueños de futuro allí, mi matrimonio nunca logró ser fácil o siquiera feliz; la quería, pero eso no es suficiente para que las cosas funcionen, y a pesar de que esa casa era mi último recuerdo de ella, también era el sitio donde todo había terminado de la peor manera posible. Así que no. No me habría gustado ofrecerte sólo un lugar donde fui tan miserable.

Alargo mi mano hacia su mejilla y él la intercepta con un beso.

Creo que, con el tiempo, yo también me habría sentido como una enredadera creciendo alrededor de esa casa, oprimiéndola hasta el punto en el que quizá la habría hecho trizas, tal

como los brazos de aquel ángel.

No suelo preguntarle nada a Tared sobre Grace porque no me gusta indagar en esa herida, pero es asombroso ver la persona en la que se ha convertido a pesar de su dolor.

Muchos hombres se han perdido por menos.

—Y no te preocupes por Allen —añade Tared—. Luego veremos la forma de hacerle una lobotomía.

La idea suena demasiado necesaria como para ser una broma. Hoffman pasó a ser parte de Comus Bayou de una manera tan natural que, cuando menos nos dimos cuenta, nuestros vínculos se habían cerrado a tal grado que ya me es imposible concebir a la tribu sin él, y estoy seguro de que los demás piensan lo mismo. Pero Allen…

—Sé que se portó como un idiota, pero ahora la situación lo rebasa —insisto—. No soporto ver lo asustado que está.

—No te recomiendo que le tengas demasiada lástima, Elisse —advierte—, Allen me ha enseñado muy bien que si hay algo más difícil de superar que el miedo, es el rencor.

A pesar de sus palabras, reconozco un brevísimo trazo de dolor en su semblante, invisible para cualquiera, menos para mí.

—No tienes por qué ocultar cuando algo te lastima, Tared. No te hace ningún bien.

—Estoy bien, Elisse, él…

—No me refiero sólo a Allen. También hablo de Johanna.

El lobo cierra la boca de inmediato. Luego, acaricia bajo el agua la curva que se forma desde mi cintura hasta el costado de mi cadera.

—No quería que los demás se enteraran de Grace de esa manera —confiesa—. Pero supongo que Allen pensó que eso era justo lo que yo me merecía. Y quizá tenía razón. Quizá debí decirles todo desde el momento en el que pusieron un pie en mi casa.

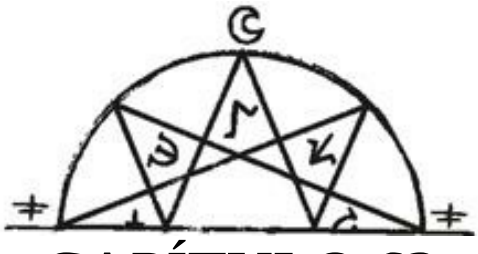
—Eres tan duro contigo.

—No puedo decir nada menos de ti.

Cierro los ojos y suspiro bajo su caricia mientras empiezo a quedarme dormido.

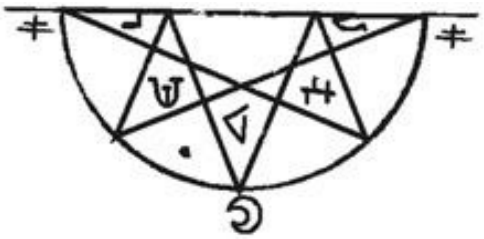
Ya ni siquiera me interesa mencionar el asunto del sueño que tuvo con Grace mientras estábamos en Montana, y menos ahora que sé que el ángel Nadaazan se aprovechó de su culpa para atormentarme.

Antes de caer rendido, distingo unos ojos rojos que me observan desde el techo, resplandeciendo como rubíes contra la luz dorada del amanecer.



CAPÍTULO 63

LOS HABITANTES DE LA NIEBLA



Por la mañana, el grito de Allen nos despierta a todos de un sobresalto, siendo Tared el primero en salir de nuestro nido de cobijas en el piso de la sala.

El devorapieles encuentra a su hermano con la espalda pegada contra uno de los ventanales, la cara pálida y fija hacia aquello que lo observa sentado desde las vigas del techo.

—¿Pero qué diablos es eso? —pregunta Hoffman, quien ha desenfundado su pistola como un reflejo.

Me sorprendo al descubrir que se trata del mismo anciano de barba larga que vi el día de ayer, después de haber sido sacado del pozo, lo que me hace saber que no estaba alucinando.

—Cálmate, Allen —pide el lobo con los ojos puestos sobre el viejo, cuya piel parece agrietarse con cada movimiento de su cuello, como si estuviese recubierta de barro seco.

—¡*Asmoday!* ¿Qué modales de porquería son esos?

Hela entra en ese momento a la estancia, con una sonrisa de lado a lado y un bonete rojo en la cabeza.

Cuando el ente inclina la cabeza hacia Allen, una herida de cuello a pecho se revela bajo su larga barba, cosida con grueso hilo negro. Después, el hombre se marcha en silencio, reptando por el cielo raso hasta perderse entre los racimos de hierbas, como si la gravedad no le afectase en lo más mínimo.

—Perdonen, es que le gusta mucho ver a la gente dormir —Hela ríe de buena gana ante el semblante horrorizado del menor de los Miller—. ¡Vaya! Les preguntaría si pasaron una buena noche, pero por las caras que tienen, creo que ya sé la respuesta.

Me basta echar un vistazo a mis hermanos para confirmar aquella certeza. A pesar de haber dormido largo y tendido, tienen las ojeras más marcadas que nunca, los poros de la piel dilatados y hasta los pliegues de las sábanas les han dejado marcas en la cara.

—Dios, me siento terrible —musita Nashua con una mano en la sien.

—Tranquilos. Se les pasará en un rato —dice la bruja—. Esta casa no está hecha para gente sin magia, y es peor si comparten la habitación con uno de los nuestros. Apuesto a que Elisse la pasó de maravilla drenando la energía de todos.

El grupo entero se gira hacia mí.

—No lo hice a propósito… —susurro mientras me levanto del suelo, porque es verdad que hacía tanto que no dormía tan bien.

—Claro que no, porque para eso fue construido este lugar y sus habitantes —aclara la chica —. Para ocuparse de nosotros sin que tengamos que pedírselo.

Mi hombre lobo se estira a mi lado, fresco como una lechuga.

—Tared parece estar bien —digo, y Hela se encoge de hombros.

—Los consortes ya se encargan de satisfacer otro tipo de necesidades, así que es normal que la casa tampoco les afecte demasiado.

Hago de mis labios una línea, incómodo ya no por la reacción de los demás, sino porque hay algo en esa palabra que no me termina de gustar.

La chica mira el moderno reloj de su muñeca.

—Bueno, apresúrate en vestirte —dice—. Cali y yo te llevaremos al pueblo a conseguir algunas cosas para empezar tu… ¿entrenamiento? *¡Puaj!* No, esto no es una escuela de magia, qué ridículo, no, no, a ver…

Mientras Hela desvaría, señalo hacia Comus Bayou.

—Pero, ¿y ellos?

—¡Ah! Inanna dijo que no quiere exponerlos. Como los ángeles no pueden entrar a la casa, es mejor que se queden aquí, y más si necesitan cuidar a un humano bobalicón. Pero lleva a alguien contigo, si eso te hace sentir seguro.

Quisiera replicar, pero debo admitir que la idea es bastante coherente, así que una vez que el plan queda concretado, la bruja se aleja de la sala. Y en lo que mi familia empieza a vestirse, les cuento todo lo que hablé con Aradia anoche.

El complejo tema de los ángeles los desconcierta, pero no tanto como la propuesta de la matriarca sobre apropiarme del monstruo de hueso en vez de tratar de expulsarlo de mi cuerpo.

Nos quedamos discutiendo esto un rato más hasta que las brujas me llaman. Hoffman, Tared y yo dejamos a los demás para ir al recibidor de la casa y encontrarnos con la rubia y Caligo en la puerta.

Respingo al ver lo que esta última lleva en los brazos.

—¿Ésa es…?

—¿La piel de mi madre? Sí —responde al mostrarme varios pedazos de la gruesa carcasa blanca, con el patrón de las escamas bien marcado en la superficie—. Sus mudas sirven como una extensión de ella misma, por lo tanto, nos ayudarán a pasar desapercibidos para los ángeles por unas cuantas horas.

Hela nos entrega un trozo de la piel a Hoffman y a mí, y nos pide que la acomodemos debajo de nuestros abrigos mientras ellas hacen lo propio. Al terminar, el detective sale detrás de las dos brujas.

Tared me detiene antes de que pueda seguirlos. Luego, acomoda sobre mi cabeza la capucha de mi chamarra, una excusa para acariciarme las mejillas.

—Cuídate mucho, por favor —pide—. Si sucede algo, haz lo posible por avisarme. Volveré a sumergirme en ese maldito pozo si hace falta.

Sonrío para luego permitirle que se incline a besarme. A mí tampoco me gusta la idea de separarme de él aunque sea por unas horas, pero sabemos bien que no puede dejar a su hermano solo.

Al despedirnos y cerrar la puerta a mis espaldas, observo el bosque de endrinos espinosos, entremezclados con algunos sauces y robles de raíces gruesas, tan profundo que se asemeja a un pantano sumido en la neblina.

Luego, miro hacia la fachada de la casa. Es una construcción de tres pisos, con múltiples chimeneas, techos puntiagudos y una ventana grande y redonda en el ático, muy al estilo de las construcciones típicas de Nueva Inglaterra, ésas que Tared llamó de “arquitectura colonial”. Está pintada de negro, pero sospecho que es un color pensado más en la humedad circundante que para darle un aire macabro.

Cuando alcanzo a los demás en el porche trasero, compruebo que las brujas decían la verdad respecto a este lugar: más allá del muro de árboles no parece haber *nada*, ni colinas, ni montañas ni otras construcciones que puedan divisarse a lo lejos.

Un sitio en el corazón de un bosque infinito; un plano humano torcido por la influencia del mundo espiritual.

A lo lejos, reconozco aquel pozo de donde Tared y yo surgimos ayer. Y, sobre el sutil sendero a unos metros de la fosa, una silueta comienza a acercarse.

Es un hombre muy alto y fornido, tan pálido que su piel podría camuflarse a la perfección con la nieve. Tiene unos impresionantes ojos rosas, enmarcados por cejas espesas y pestañas tan blancas como su cabello, además de que viste ropa ligera, apenas una chamarra delgada sobre su camiseta, como si estuviese hecho de la misma madera que Tared.

Una mirada severa, un perfil tosco y un cuerpo colosal; mi primer pensamiento es que este hombre *debería* ser un devorapieles, pero…

—*God margen, kattunge!*[*] —saluda Hela dando brinquitos hacia él—, ¿dormiste bien?

En vez de contestar, él entorna la mirada hacia acá. Da un par de pesados pasos, y cuando está a sólo un palmo de mí, se inclina tan rápido que no logro evitar que ponga su nariz en mi cuello.

—¡OYE!

—¡¿Pero qué carajos crees que haces?! —Hoffman lo aparta de mí de un fuerte empujón, mientras que yo sólo atino a echarme hacia atrás, desconcertado por aquel gesto tan invasivo.

—Huele a hueso —dice el sujeto, mostrando unos dientes apretados.

—Me importa una mierda si huele a tu madre —espeta el detective—. Si vuelves a tocarlo, te lleno la cara de plomo, ¿me oíste?

Sus uñas se afilan como garfios al ver la mano de Hoffman sobre el arma enfundada en su cintura.

—Ilya, ¡basta! —exclama Inanna a nuestras espaldas, tan sigilosa que ni siquiera la sentimos llegar.

Ante su orden, las garras de aquel hombre hacen algo que me deja con la boca abierta: *se retraen* y regresan a su forma humana, algo que jamás había visto en un errante.

—Discúlpenlo, por favor —pide ella a la par que pone la palma en el fornido antebrazo del tipo—. Ilya no está acostumbrado a dirigirse correctamente a otras personas. Y es mi culpa por no permitirle salir de esta casa tanto como debería.

El devorapieles musita algo en voz baja que no alcanzo a distinguir, quizás una disculpa. Luego, Inanna se quita el guante de su mano izquierda, lo que revela de nuevo aquel curioso anillo dorado.

—Vamos. El jinete está listo —dice cuando señala con un brazo hacia el pozo.

Otro hombre nos espera en el sendero. Un tipo también muy musculoso, casi deforme y que, al igual que Asmoday, tiene la piel cuarteada y el pecho atravesado por esa costura de hilo negro. Monta sobre un caballo, tan delgado y con las fosas nasales tan agusanadas que dudo mucho que esté realmente vivo.

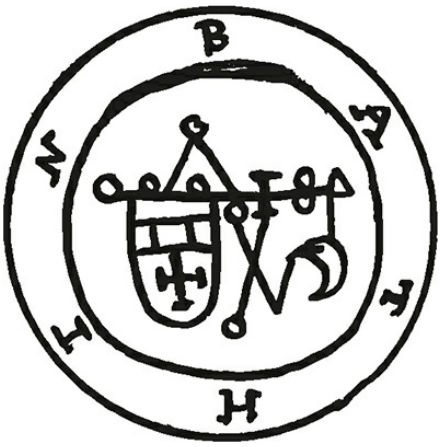
—Éste es Bathin, el guía de la niebla —dice la bruja—. Él es quien los llevará al pueblo.

Hoffman mete las manos en los bolsillos.

—Qué jodido —se queja—, he visto tantas aberraciones gracias a ustedes que ni siquiera me impresionó cuando esa cosa apareció ayer en la reserva para traernos hasta aquí.

El jinete no parece molestarse por el comentario del detective. Tan sólo nos espera pacientemente en el sendero, observándonos con esos aterradores ojos de rubí.

Después, Inanna me tiende algo que saca de su bolsillo, una especie de disco de cera blanca con un símbolo grabado:



—¿Qué es esto? —pregunto.

—Se trata del *sigilo* de Bathin. Cuando quieran volver a casa, sólo tendrán que extenderlo hacia la niebla y él irá por ustedes.

Al tomar aquel objeto, siento de inmediato el peso de su magia en la palma de mi mano; una sensación tan incitante que los huesos vibran bajo mi guante.

—¿Un *sigilo*, dices? —pregunto, mientras acaricio el símbolo con mi índice.

—Eso es algo que aprenderás después con nosotras. Pero por ahora, deben apresurarse.

Caligo nos hace una seña para acercarnos.

—No se separen de nosotras —dice para luego tomar el sigilo—. Si se pierden en el bosque, no hay garantía de que a Bathin le dé la gana traerlos de vuelta.

Con esta advertencia, el hombre echa a andar su caballo por el sendero, con nosotros cuatro detrás. La niebla se vuelve más y más espesa, casi al punto de borrar el bosque que se extiende delante de nosotros.

Al observar por última vez a Inanna, noto que el rictus severo de Ilya se ha transformado en una expresión que reconozco de inmediato, puesto que más de una vez he descubierto a Tared mirándome así.

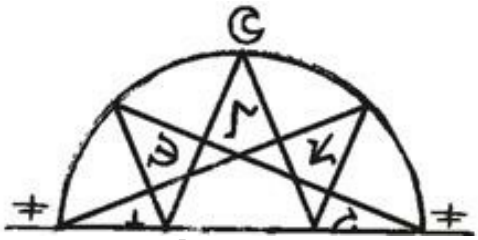
Asmoday. Bathin. Ilya.

La necesidad de saber quiénes son estas criaturas me carcome, pero algo me dice que quizá no estoy listo aún para escuchar la respuesta.

Porque, por más errante que parezca, mi instinto me dice que lo que hay dentro de aquel hombre quizá no sea un ancestro, sino algo mucho más… peligroso.

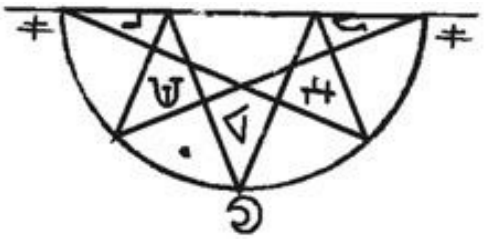
---

[*] Del noruego: “buenos días, gatito”.



CAPÍTULO 64

UNA MAGIA TRISTE



—¡Cuidado!

Hoffman tira de mi chamarra justo cuando un coche pasa frente a mi nariz. El conductor se recarga en la bocina a la par que me tambaleo sobre una acera, confundido, hasta que la mordida del frío me hace reaccionar.

Miro de un lado a otro, sin entender cómo es que el bosque ha desaparecido de pronto, junto con el jinete, para dejarnos ahora frente a una versión más pequeña de la casa de Aradia, erigida al otro lado de una calle asfaltada.

—Respira un segundo —pide Caligo—. Cruzar la niebla suele ser confuso las primeras veces.

Y vaya que sí, porque el sendero se ha convertido en una corta vía de casas coloniales de ladrillos rojos y cornisas espolvoreadas de escarcha. Ornamentadas bardas de hierro resguardan los jardines frontales, con árboles altísimos y de numerosas ramas desnudas.

—Esto es Essex Street, una de las calles más emblemáticas del centro histórico de Salem —dice Hela, quien reacomoda la porción de piel de serpiente que se asoma por mi abrigo—. Y esta tienda es donde comienza nuestra búsqueda.

Miro de nuevo hacia la casa. Velas de colores, colgantes de piedras preciosas y varillas de incienso se asoman a través de las ventanas cerradas mientras que, al costado, se erige un Museo de la *Ouija* con una plancha gigante de madera en la entrada, un bazar de antigüedades y hasta un negocio de… ¿varitas mágicas?

—¿A buscar qué? —pregunta Hoffman, pero las dos cruzan la calle a toda prisa sin

responder.

En vez de seguirlas, fijo la mirada hacia el suelo.

No es el frío ni la conmoción lo que me deja plantado en el concreto, sino la sensación de encontrarme en medio de un río cuyo caudal emana de los árboles, los callejones, las rendijas de las puertas…

Magia.

Sí, magia que se derrama por cada escalón con la fluidez del agua, y aunque no puedo verla, sí que puedo percibirla con impresionante nitidez; una sensación muy parecida a la que tuve en casa de Aradia.

—¡Elisse! —grita Hela para hacerme reaccionar. Al ir hacia ellas, la rubia sonríe—. Es un poco abrumador, ¿verdad? El *espíritu* de Salem.

Asiento, embelesado por la marea sensorial.

—En Nueva Orleans me pasaba algo similar —explico—. Mi percepción no estaba tan desarrollada en ese entonces, pero aun así podía sentir que había algo más de lo que se podía ver a simple vista. Antes me perturbaba mucho, pero ahora…

—Yo creo que la magia es como el sexo —dice—. Al principio es extraño y te da un poco de miedo, pero después te empieza a gustar. Te empieza a gustar *mucho*, ¿verdad?

—Hela…

El llamado de Caligo no es para reprenderla, puesto que la bruja está frente a la puerta de la tienda con los puños apretados. Al acercarnos, descubrimos que está cerrada, con una hilera de candados colgada como una guirnalda sobre el dintel.

—¿Crees que *Madame* esté bien? —pregunta su hermana, quien parece haber perdido el buen humor.

—A estas alturas, dudo que siga en el pueblo.

—Los demás harían bien en seguirla…

—No todos pueden ser Mary English,* Hela —replica la otra—. Además, huir no sirve de nada. No si los ángeles de la Transformación pueden seguirnos a todas partes.

El semblante de Caligo se convierte en una mueca de rabia.

—Vamos —dice con los dientes apretados—. Hay que darse prisa.

Observo por última vez la hilera de candados, para luego seguir a las brujas a través de la diminuta avenida. Una manzana después, el asfalto se termina y Essex Street se convierte en un amplio andador de tabiques de terracota, casi vacío a excepción de un puñado de policías, como si las heladas de enero hubiesen barrido a la gente de la ciudad.

Hay un museo muy grande y moderno en la esquina, con un letrero de una exhibición sobre la historia marítima de Salem, mientras que el resto del camino está ocupado a ambos lados por

tiendas de esoterismo, librerías ocultistas, cafeterías temáticas, locales de recuerdos típicos sobre el día de brujas y casetas para recorridos turísticos que se hacen a pie. Inclusive, reconozco el letrero rojo y negro de una tienda de santería que también estaba en Nueva Orleans.

Pero lo que de verdad me inquieta es ver que todas aquellas tiendas que emanan magia *real* están sólidamente cerradas, tal como la casa de hace rato.

Me basta con mirar a Hoffman un segundo para que éste tome a Caligo del brazo frente a Witch City Mall, un viejísimo centro comercial.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —pregunta el detective.

La bruja duda un poco antes de responder.

—Aunque los errantes estemos entrenados para limpiar nuestro rastro en el plano humano, no podemos decir lo mismo sobre el resto de las criaturas mágicas —dice—. Los ángeles necesitan alimentarse de nuestros cuerpos y, a diferencia de hace quinientos años, hoy en día es mucho más difícil ocultar algo así y…

Hoffman afloja su agarre.

—Con que de eso se trataba todo este circo —suelta.

—¿De qué hablas? —pregunto.

—Mientras veníamos hacia acá me enteré de que varias personas habían sido asesinadas en este pueblo hace poco. Y cuando vi que las víctimas eran sólo personas que administraban este tipo de negocios —dice el detective a la par que señala las tiendas con la barbilla—, supe que había algo raro. Y con raro me refiero a que tenía que ver contigo.

El recuerdo de ver al exagente hojear un periódico en casa de Aradia me viene de pronto a la cabeza.

—¿Por eso te ofreciste a venir? —pregunto—, ¿querías aclarar tus dudas?

—No seas idiota —espeta—, vine para asegurarme de que regreses entero. Esto se ha convertido, literalmente, en una cacería de brujas.

—Por más que no nos guste el término, el detective Hoffman tiene razón —dice Caligo—. Nosotras corremos con la suerte de estar bajo la protección de mi Madre, pero todos los demás no tienen más remedio que exponerse a los ángeles.

—Y no podemos llevar a nadie a la casa de la niebla —continúa Hela, apretando el bolso de pieles contra su pecho con un atisbo de culpa—. Es demasiado arriesgado.

Caligo tensa los puños bajo el abrigo, frustrada. Pero a sabiendas de que no ganaremos nada con lamentarnos, seguimos avanzando por Essex Street hasta detenernos bajo el letrero colgante de un sitio llamado Witch History Museum. Las brujas nos piden que esperemos aquí mientras ellas entran a una tienda al otro lado de la vía, ambientada con algún tipo de música folklórica europea, en tanto nosotros nos quedamos observando el andador.

Si tuviese qué describir el centro histórico de Salem, una buena opción sería llamarla “la

ciudad de los ladrillos rojos", ya que cada edificio pareciera estar construido con el mismo material. El lugar es, sin duda, precioso, como trasladarte a otra época en el tiempo, pero a la vez me produce una opresión extraña en el corazón.

La magia de Nueva Orleans era muy distinta a la de este sitio. En la Ciudad Creciente sentía una fuerza devastadora, festiva y sensual, pero aquí…

—¿Qué estás pensando?

Me sobresalto al escuchar la pregunta de Hoffman, quien se ha acercado en silencio para observar la vitrina del museo.

—Hay algo en este lugar que me deprime —contesto—. Siento como si me faltara el aire. Es… *triste*. No sé cómo explicarlo.

El detective saca un cigarro de su bolsillo.

—Es normal para alguien como tú sentirse así, supongo —dice—. Gente de todo el mundo viene a pasear y comprar baratijas como si esto fuese un parque de diversiones, sin pensar en la gravedad de lo que sucedió aquí hace tantos puñeteros años. Es un jodido negocio montado sobre la tragedia, después de todo.

Pienso lo que nos contó Julien sobre los juicios de Salem y no puedo hacer menos que darle la razón. Sé que no todos los turistas que vienen aquí son así, pero que alguien como él pueda verlo con tanta claridad es…

—¿Y ahora qué carajos te pasa? —inquiere al verme sonreír.

—¿Sabes? Te echo mucho de menos —confieso—. Casi no hemos hablado estos días…

Hoffman parece sorprendido por la franqueza de mis sentimientos, pero los rechaza con una mueca.

—Ya te dije que no pienso acercarme a ti mientras ese idiota te siga rondando como una peste. Me importa un carajo si eso significa no volver a tocarte.

¿Es en serio? ¿Aún sigue aferrado a la misma mierda?

—Pues lo siento mucho —replico, exasperado por su actitud—, porque no voy a dejar a Tared para tenerte contento, ¡ni a ti ni a Johanna!

Jadeo, sorprendido de la facilidad con la que aquellas palabras han salido de mi boca. Pero es que ya tenían días atoradas en mi pecho.

Las miradas de mi hermana, el malhumor del detective, la manera vergonzosa en la que Julien y Nashua presenciaban este circo en el que los cuatro nos hemos convertido…

—¿Cómo carajos puedes tener la maldita consciencia tan tranquila como para decir eso? —grita Hoffman, rojo de furia—. No soy idiota, Elisse, ¡sé que el cabrón de Miller te contó lo que pasó entre nosotros! ¿Cómo puedes pedirme que me quede a mis anchas después de ver cómo te largas con el desgraciado que…?

—No, ¡no vas seguir responsabilizándolo de lo que ocurrió con tu hija sólo para liberarte un

poco del peso de tus propias decisiones, Hoffman! —corto—. ¿Por qué crees que Tared sigue soportando todos y cada uno de tus absurdos desplantes? No es por culpa, sino *por mí*, porque a diferencia de ti, ¡él nunca me obligaría a elegir entre ustedes dos!

Hoffman retrocede, atónito, como si le hubiese soltado una puñalada.

No sé qué le ha dolido más. Mis palabras, o que no me arrepienta ni un poco de lo que acabo de decir, porque no ha sido más que la verdad.

¿Acaso no les importa todo lo que hemos pasado? ¿No pueden dejar a un lado su maldito egoísmo un momento y estar un poco felices por mí y por Tared?

¿Te atreves a pedirles compasión? ¿Después de todo lo que has hecho? ¿Después de la forma en la que mataste a ese hombre?

Sí, porque estoy cansado de pensar siempre en los sentimientos de él. De Johanna. En los de cualquiera antes que los míos.

Cuando Hela me llama desde la tienda para que me acerque, el detective aprovecha para darme la espalda. Y en vez de continuar con nuestra disputa, decido alejarme, con la rabia y esa angustiosa incertidumbre punzando dentro de mí una vez más.

Al entrar, vuelvo a encontrarme con un sitio de una naturaleza mágica muy distinta a todo lo que he visto hasta ahora.

Además de las plantas aromáticas que cuelgan del techo, tal como en la habitación de las hierbas, también hay canastos de mimbre con astas de caribú y pieles de conejo. Duendes, elfos y distintas estatuas de guerreros barbados adornan las estanterías, acompañados de platitos con sahumerios, trozos de corteza y piedras preciosas con runas grabadas en sus lustrosas superficies, con sus propiedades anotadas en pequeños letreros de cartón.

Detrás de un mostrador de musgo, un hombre rubio nos da la bienvenida con un asentimiento de cabeza, entonces Caligo le muestra algunas de las pieles de Aradia que lleva en la bolsa. Aunque el tamaño del tipo es comparable con el de un devorapieles, la esencia que emana es bastante humana, con un resabio a fuego y humedad.

—Gracias a los dioses, Thalía… —alcanzo a escucharlo decir al tomar las carcasas.

—¿Thalía?

—Oh. Es el nombre de nacimiento de Cali —dice Hela—. Una práctica común entre los brujos es escoger otro nombre al unirte a una familia, y el Culto a la Grieta Resplandeciente no es la excepción. En nuestro caso, seleccionamos los nombres de espíritus o deidades que tienen que ver con nuestras raíces, nuestra especialidad mágica o el ancestro que nos ha sido otorgado.

Como mi hermana nació en la costa de Tesalia y es una experta en las artes herbolarias decidió llamarse “Caligo”, el cual es otro nombre para la diosa griega Aclys, la envenenadora.

Ah, con que a eso se refería Hela ayer con lo de “especialidad”.

—¿Qué hay de Inanna?

—“Inanna”, o Ishtar, es una antigua diosa mesopotámica, una de las primeras figuras que los cristianos satanizaron durante la opresión religiosa. Ahora, ése es el único nombre de mi hermana. El que tenía antes ya no importa.

—Entiendo —me da curiosidad preguntar cuál es la especialidad mágica de la bruja, pero desvío mi atención hacia las figuras de los diferentes dioses repartidos en las estanterías. Algunos hacen alusión a las cuatro estaciones del año, otros son estatuillas de animales antropomorfos —¿errantes, quizá?—. Inclusive, está la peculiar figura de una mujer que abre su vagina de par en par con ambas manos.

Tomo la escultura de una guerrera con dos lobos a sus costados y acaricio su rostro con el índice.

—Estos dioses tienen que ver contigo, ¿verdad, Hela?

Ella abre los ojos enormes.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana le hablaste a Ilya en noruego. Y no pude evitar notar que aquí hay libros con algunas palabras en ese idioma.

La mujer parpadea, sorprendida, para luego sonreír sin su usual picardía.

—*Ásatrú*. La religión de los leales a los dioses —dice con los ojos fijos en la figura de mujer entre mis manos—. La necromancia es mi habilidad más desarrollada, así que decidí escoger el nombre de Hela en honor a la diosa asgardiana que se comunica con los muertos. Todo para no olvidar el sitio del que tuve que escapar.

—¿Quieres contarme? —pregunto con tiento.

Ella toma la escultura y la deja en la estantería.

—Hay gente muy buena y muy noble en el Camino del Norte —dice, mirando de reojo al sujeto en el mostrador, quien deja a Caligo para ir hacia el fondo de la tienda—. Pero, como en todas las religiones, también hay muchos que no lo son tanto.

—¿A qué te refieres?

Por un segundo temo haber sido demasiado entrometido, pero ella decide responder.

—Nací en el seno de un Atrapasueños del norte de Tromsø, una familia que llevaba varias generaciones cuidando nuestro “linaje” como errantes —dice—. Pero al crecer me di cuenta de que había cosas que no me gustaban, formas del Ásatrú que mi tribu practicaba de una manera que me parecía muy… cuestionable. Tanto así que, cuando tuve la oportunidad de venir a este país, corté los vínculos con mi gente en Noruega y me asenté por mi cuenta en Salem. Fue

entonces cuando me uní al Culto.

Aquello me asombra demasiado. No sólo no sabía que se podían cortar vínculos con un Atrapasueños para unirse a otro diferente, sino que tampoco había considerado la posibilidad de que los errantes pudiésemos ser… malvados, de alguna manera. Y por la forma en la que Hela ha dicho aquello de "cuidar el linaje", ya imagino a qué tipo de cosas horribles debe referirse.

Supongo que es culpa mía por creer que, por ser seres extraordinarios, los errantes no tendríamos también la posibilidad de corrompernos.

—¿Puedo preguntarte algo más? —aventuro. Ella asiente—. ¿Qué es la *Grieta Resplandeciente*? ¿Por qué su Atrapasueños tiene ese nombre?

—Oh, eso proviene de una leyenda muy vieja de nuestro mundo, sobre el origen de los portales al plano medio.

Ella ríe al atestiguar mi creciente curiosidad.

—Por lo general, los errantes damos por sentado que los portales al plano medio siempre han estado ahí —comienza—. Pero en el mundo de la magia existe el rumor de que estos portales tienen, a lo mucho, unos mil años de antigüedad.

—¿Hablas en serio? —pregunto, sorprendido. Ella asiente antes de continuar.

—El mito empieza con un errante nórdico llamado Leif Erikson quien, según los registros históricos, fue de los primeros exploradores europeos en llegar a América. Se dice que cuando él y su tribu arribaron a una costa del norte y tuvieron contacto con otros Atrapasueños nativos, el choque entre las magias del Viejo Mundo y el Nuevo Mundo fue tan poderoso que el velo entre los vivos y los muertos se desgarró por primera vez. Y allí fue cuando surgió la Grieta Resplandeciente; un portal gigantesco que, al abrirse como una boca en alguna región incierta del continente, brilló con el fulgor de las miles de almas y espíritus que fueron liberados. Y cuando su luz cesó, dejó tras de sí un abismo oscuro: el primer portal al plano medio. El vínculo primordial.

—Dioses, ¡eso debió ser terrible!

—Y de seguro lo fue. Tantas posesiones, tantos animales y objetos maldecidos…

—Pero, ¿qué pasó con el portal? —pregunto, porque no hay manera de que algo así siga existiendo hoy en día.

—Según se cree, la grieta era tan grande que no pudo mantenerse por sí misma, así que se desgarró. Y al hacerlo, pequeños trozos suyos se repartieron por todo el mundo, creando los portales al plano medio que conocemos hoy. De allí en más, no tenemos muchos detalles de lo que sucedió, y como la leyenda era transmitida de manera oral por las tribus nativas americanas, se perdió casi en su totalidad debido al genocidio de los colonizadores y su esfuerzo por erradicar todo rastro de cultura o religión ajena al cristianismo. Y lo mismo sucedió con los descendientes de Leif Erickson en Europa, cuyas creencias pasaron a bastardearse bajo la etiqueta de

“paganas”… eso, o la única forma en la que la humanidad pudo seguir adelante después de algo tan horrible fue olvidándolo todo. Tal como las mujeres cuando dan a luz.**

”Madre decidió bautizar a nuestra familia de esta manera para rendir memoria a la leyenda que nos abrió paso al mundo espiritual. Por eso no permite que nadie que no sea un contemplasombras se nos una, además de que, como ya has visto, la casa tiende a consumir la energía de todo aquél ajeno a la magia. Es imposible para seres comunes permanecer allí durante demasiado tiempo.

—Entiendo —respondo sin aliento, fascinado por tan asombrosa leyenda—. Pero… Ilya no es un contemplasombras, ¿o sí? Y vive con ustedes…

En vez de responder, Hela mira sobre mi hombro.

—¿Él no va a entrar? —pregunta al ver a Hoffman aún bajo el letrero colgante del museo.

—Ah, no. No está de humor —contesto en voz baja.

—¿De nuevo? *Puf*, qué pena que tenga tan mal carácter. Con lo bueno que está…

—Hel, cariño, ¿quieres que te cosa la lengua al paladar otra vez? —amenaza Caligo, quien se acerca por fin a nosotros. La rubia se pasa el músculo por los dientes, como si aún recordara la sensación—. Vamos, Edvar ya tiene listo lo que venimos a buscar.

Tras un último vistazo al detective, sigo a las dos mujeres hacia el almacén del fondo, decorado de una forma muy similar a la tienda. Y al entrar, encontramos una jaula de hierro puesta sobre una mesa con una pequeña gallina dentro.

—Oh, ¡es perfecta! —exclama Hela.

El animal tiene el plumaje, el pico y hasta la cresta de un profundo color negro; una peculiaridad que nunca había visto hasta ahora en un ave como ésta.

Edvar toma la jaula y se la entrega a Caligo.

—Gracias, querido —dice mientras la criatura cacarea, quizá con ganas de lanzarse a picotear a la bruja.

Me tenso un poco al ver que el hombre desliza su mirada desde mi rostro hasta la garra que tengo oculta bajo mi guante.

—¿Otra víctima del Camino de la Mano Izquierda? —pregunta.

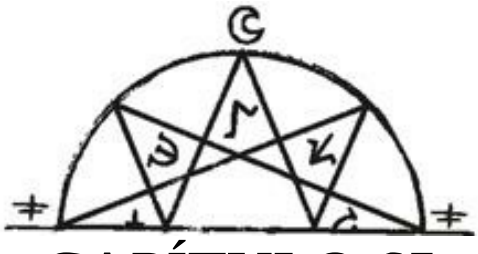
—*¿Camino…?* —musito, puesto que de pronto me he quedado sin aire.

Aprieto los puños sobre la mesa, alerta al sentir cómo el hormigueo empieza a molestarme. Caligo me mira, apenas un segundo, y luego le pasa el animal a su hermana.

—Vamos. El efecto de la casa está mermando en Elisse —dice, apurándonos a salir del almacén—. Cuelga las pieles en la fachada de tu negocio, Edvar. El mensajero de Inanna te traerá más cuando le sea posible, pero hasta ese momento, ruega a tus dioses porque éstos no sean los últimos favores que podamos intercambiar.

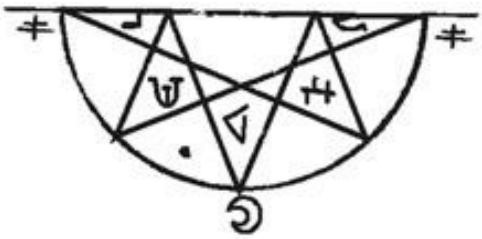
[*] Una de las mujeres procesadas durante los juicios de Salem, quien logró escapar de la condena gracias a su fortuna e influencia.

[**] Existe la teoría de que las endorfinas producidas durante el parto funcionan como un amnésico natural que ayuda a las mujeres a sobrellevar el trauma y el dolor del acto, lo cual estaría encaminado biológicamente a facilitar que pudieran repetir el proceso.



CAPÍTULO 65

SIGILO



Tal como dijo Inanna, bastó con que Caligo extendiera la mano con el sello para que Bathin apareciera, con todo y su hambriento corcel, en medio de la neblina de Salem.

Nuestra camioneta, aquella que dejamos en el estacionamiento de Lynn Woods, ya se encuentra en la entrada de la casa, pero no puedo decir lo mismo de Comus Bayou. No sólo Tared no ha salido a recibirme, sino que tampoco encontramos a nadie en la sala a excepción de la bruja cabría, quien ya nos espera junto al comedor.

—Venga, detective. Lo llevaré arriba con los demás —pide Caligo a Hoffman. El hombre la mira con un poco de recelo, pero al final, decide seguirla sin voltear una sola vez hacia mí.

—Perdona, Elisse. Tuvimos que pedirle a tu familia un poco de privacidad —se excusa Inanna ante mi evidente confusión—. Pero no te preocupes, tu consorte está en la habitación de las hierbas, así que podrás reunirte con él en cuanto terminemos.

El desconcierto da paso a la intriga, porque han retirado los calderos que había sobre la mesa para dejar en su lugar un solo cuenco con frutos rojos, tan jugosos que parece carne fresca contra la madera oscura.

Hela pone la gallina sobre la mesa y el animal se agita cuando una mano cetrina se eleva desde la superficie. Se aferra a una esquina de la jaula, y tira de ella como si la hundiese en un estanque.

Por el color y la delgadez de aquellos dedos, me queda claro que se trata de Asmoday.

—Muy bien, ahora sólo nos queda esperar tres días —dice Hela cuando la jaula desaparece por completo.

—¿Tres días?

—La gallina necesita tiempo para estar lista, pero en lo que se cumple el plazo, sería bueno enseñarte unas cuantas cosas primero.

Ella arrastra la silla colocada a la cabeza del comedor para que me siente.

—¿Para qué es esto? —pregunto, refiriéndome al cuenco.

—Mientras estaban en Salem, tu consorte me habló con más detalle sobre la espada que llevas dentro —dice Inanna—. También mencionó el pacto que hiciste con él respecto a entregársela.

—Espero que Tared no te haya pedido ayuda con eso —exclamo.

—Por favor, no seas duro con él —contesta la bruja con un aspaviento—. Sabes bien el efecto que esa piedra está teniendo en tu magia, así que es más que natural que esté preocupado.

—De hecho, es bueno que tu hombre le haya contado todo esto a Nanni —interviene Hela, quien pone los codos en la mesa—. Porque nos sería imposible explotar tu potencial si tienes esa cosa metida ahí. Oprime tu magia todo el tiempo y además, da oportunidad al monstruo dentro de ti de aprovecharse de eso.

—Entonces, ¿eso significa que ustedes pueden sacarla? —pregunto, tratando de que no se note tanto la esperanza en mi voz.

Para mi desgracia, Inanna niega con la cabeza:

—Un objeto como la piedra filosofal es tan poderoso y volátil que intentarlo podría resultar fatal, tanto para ti como para nosotras.

—Pero lo que sí podemos hacer es prepararte para contenerla —Caligo entra a la sala con el libro rojo de Laurele en una mano.

—¿Dónde lo encontraron? —pregunto al recordar que, la última vez que lo vi, estaba escondido bajo mi almohada, en casa de Tared.

—Asmoday lo dejó en mis aposentos poco después de que ustedes se fueran al pueblo —dice Inanna—. Adiviné que era tuyo gracias a lo que tiene en una de las tapas.

Caligo lo abre justo donde se encuentra un mechón de mi cabello pegado con cinta adhesiva, un detalle que le añadí en Minnesota.

—Antes pertenecía a una caplata* que conocí en Nueva Orleans —digo al alargarme para tomarlo—. Un Loa se encargaba de traerlo de vuelta cada vez que se me perdía, pero ahora que estamos tan lejos de Luisiana, tuve que atarlo a mí de otra manera.

De hecho, tampoco he visto rastro de Samedi desde que llegamos a Massachusetts.

—Vaya. Qué interesante forma de conseguir un *libro de las sombras* —dice Hela, impresionada. Ante mi semblante de duda, Caligo se explica:

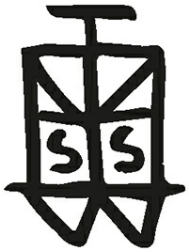
—Un “libro de las sombras” es un diario personal en el que cada brujo anota hechizos, rituales y observaciones respecto a su magia y su mundo, así que es una suerte que ya cuentes

con él. Nos ahorra mucho trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto, intentando no denotar mucho entusiasmo en la voz.

Inanna toma unas cuantas frambuesas del cuenco.

—¿Recuerdas que me preguntaste qué era un "sigilo"? —ella aplasta las frutas entre los dedos. Las lleva hacia un pañuelo que saca de su bolsillo y comienza a trazar algo con su dedo índice, mojado por el jugo—. Desde curar algún dolor y obtener protección contra un mal en particular hasta establecer contacto con los espíritus, los *sigilos* son dibujos sintetizados de nuestra voluntad; símbolos mágicos para conseguir algún fin —dice a la vez que retira el dedo de la tela.



—A inicios del siglo veinte —continúa—, un hombre llamado Austin Osman Spare[**] diseñó un sistema mágico en el que escribía frases como "T-h-i-s i-s m-y w-i-s-h",[†] eliminaba las letras repetidas y, con las restantes, sintetizaba sigilos como éste, el cual le ayudaba a canalizar su voluntad sobre otras personas. Puede parecer extraño que algo tan simple tenga tanto poder pero, para los brujos, crear sigilos es tan natural y sencillo que llevamos haciéndolo desde la era de las cavernas.

—Ya entiendo —susurro—, quieren que haga un sigilo para contener la espada.

—Eventualmente, sí —Inanna se limpia los dedos—. Mientras más simple sea la tarea, más sencillo puede ser el sigilo también. Pero para hacer cosas como comandar espíritus u oprimir fuerzas tan poderosas como una piedra filosofal no sólo necesitas un sigilo más elaborado, más ritual, sino que tu magia debe estar en un punto de éxtasis muy alto. Es por eso que primero vamos a enfocarnos en algo menos… exigente.

Ella empuja el cuenco hacia mí.

—Anda. Come una —me apremia.

Miro a las tres brujas, dubitativo, y luego escojo un arándano. Llevo tanto tiempo con la lengua del Señor del Sabbath que ya ni siquiera arrugo la cara cuando, al probarlo, su sabor se transforma en un resabio a tierra de panteón.

—¿Qué fue lo primero que deseaste al momento de comer ese fruto, Elisse? —pregunta

Caligo, pero levanta una mano en señal de contención antes de que pueda responder, para luego apuntar al libro rojo con la mirada.

—No me gustaría usar mi magia más de lo necesario —protesto al comprender lo que busca —. La última vez, perdí el control y terminé asesinando a una persona inocente…

—No te preocupes tanto por eso. Como te expliqué en la mañana, esta casa está hecha para cubrir tus necesidades —dice Hela—. Así que, si la espada empieza a molestarte, ésta te transmitirá la suficiente energía como para que tu mascota no te dé problemas. Si no tientas demasiado a tu suerte, estarás bien.

Ah, con que a eso se refería Caligo con “la influencia de la casa”.

—Además —interviene Inanna—. Si algo llega a salir mal, este lugar y *todos sus habitantes* se volcarán sobre ti para detenerte. Así que, adelante.

Sin bajar la guardia, tomo un puñado de frutos más y los aplasto en la palma de mi mano para escribir en el libro.

DESEO PROBAR SU SABOR REAL

—Muy bien, Elisse. Ahora elimina las letras que se repiten, deja sólo su primera aparición — pide Caligo.

DES O PR BA U L

D-E-S-O-P-R-B-A-U-L

—Ahora, trata de dibujar un símbolo, o varios, si te parece mejor, con las letras restantes. No tiene que ser muy elaborado ni tampoco lo pienses demasiado. Deja que tu deseo fluya desde tu mente hacia el papel.

Miro unos momentos aquellas letras, secándose sobre las hojas amarillentas, y machaco un poco más de fruta. A medida que las líneas se dibujan bajo mi dedo, me concentro más y más en lo que deseo lograr con el hechizo, como si transmitiese mi magia a un pedazo de hueso o a una pincelada de sangre. Las tres brujas se asoman sobre mi libro cuando termino.

—Oh, ¡qué lindo! —exclama Hela—. Sí. Eso debería funcionar.

Me llevo el pulgar empapado de fruta a los labios y arrugo la nariz.

—Esto aún sabe mal.

—Porque todavía no hemos terminado, cariño —dice Caligo—. Ahora viene la parte divertida.

—¡Oye! —reclamo cuando ella alarga las manos y arranca el trozo donde están dibujados los sigilos. Lo arruga en su puño hasta comprimirlo en una bola de papel.

Luego, me lo extiende sobre su mano.

—Anda. Cómelo.

Entorno la mirada, no muy seguro de haber escuchado bien.

—*¿Qué?*

—Vamos. Has comido cosas más desagradables antes.

Caligo le da un codazo a la rubia, aunque el semblante serio de Inanna me deja claro que no están bromeando. Tomo la bola con algo de reticencia, para introducirla en mi boca con un rápido movimiento.

La siento raspar las paredes de mi garganta, ahogarme al punto de querer escupirla hasta que logro hacerla pasar a través de mi esófago.

—*Puaj* —exclamo, asqueado por el desagradable sabor de la celulosa mezclada con el jugo…

Basta que me detenga un segundo en aquel pensamiento para abrir los ojos de par en par.

Arrebato una enorme fresa del cuenco, con tanta violencia que casi lo tumbo al levantarme de golpe.

—Oh, ¡por los dioses! —exclamo, extasiado al morderla y sentir una vez más los sabores, la textura, la acidez y el azúcar que se mezclan en mi paladar.

Después de tanto tiempo de haber probado sólo el sabor de la tierra y las cenizas, para mí esto es como volver a vivir. Como *recuperar* una de esas valiosas partes humanas que me habían sido arrebatadas.

—¿Es esto real? —pregunto e Inanna asiente con dulzura, contagiada por mi felicidad.

—El efecto durará unas cuantas horas, dependiendo de qué tan rápido tu metabolismo consuma el papel —dice—. Si yo fuera tú, aprovecharía para comer todo lo que…

Salgo corriendo de la sala, y escucho cómo las tres sueltan una carcajada al verme cruzar el pasillo de las tijeras como una flecha.

Tared casi da un brinco sobre la cama cuando abro y cierro la puerta de un azote. Se pone de pie y se acerca hacia mí de una zancada, alarmado.

—Elisse, ¿qué está…?

No le doy tiempo a terminar.

Lo tomo del cuello de la camisa y tiró de él hacia mis labios para besarlo. Y aún bajo la sorpresa, él percibe de inmediato el motivo de mi furor: mi lengua ahora está *tibia* contra la suya, como si la de Samedi jamás hubiese estado allí.

Se queda sin palabras cuando me separo para permitirle respirar, pero no hace falta decir nada cuando, un segundo después, me toma de la nunca y vuelve a arrastrarme hacia él.

Dejo que se siembre en mis labios, que enrede su lengua con la mía sin miedo a congelarla. Nos besamos con tanta efusividad que pareciera que no lo hubiésemos hecho en años, pero es que la experiencia es tan distinta, tan demoledora, que más bien se siente como si fuese la primera vez.

Tared me empuja hacia atrás para alcanzar la perilla y echarle el seguro. Luego, me arranca la chamarra y abre mi camisa para descubrir mi pecho, tan desesperado que revienta un par de botones.

Sus dedos buscan mi piel con lujuria, mientras yo siento un escalofrío de satisfacción al escucharlo gruñir de placer cuando mi lengua toca esa vena gruesa y palpitante a un costado de su cuello.

Cierra sus manos sobre mi cintura para colarse en mi pantalón, pero antes de que pueda alcanzar el cierre, lo sujeto con fuerza de las muñecas.

Lo hago girar y estampo su espalda contra la puerta.

Él ahoga un gemido más cuando me pongo de puntillas y muerdo su mentón. Me mira con los ojos entornados, casi jadeando ante la ansiedad.

—Entiendes que tus labios no es lo único que he venido a probar, ¿verdad? —musito sobre su clavícula.

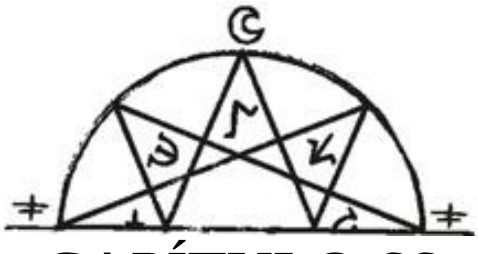
Tared gruñe desde el fondo de su garganta cuando mis dedos se enredan en la pretina de su pantalón vaquero.

Él clava las uñas en la puerta, con tanta fuerza que temo que la destroce, cuando, muy despacio, comienzo a arrodillarme frente a él.

[*] “Sacerdotisa” del vudú haitiano que se dice que sirve a los Loas con “ambas manos”, es decir, tanto para hacer el bien como el mal.

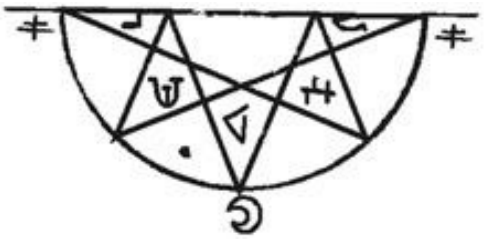
[**] Fue un pintor, escritor y practicante de varias corrientes ocultistas, cuya filosofía inspiró gran parte de la corriente de magia moderna conocida como “magia caos”.

[†] En inglés: “Éste es mi deseo”.



CAPÍTULO 66

FALSA BRUJA



El único acto de amor que hice, en todo el tiempo que tengo viviendo sobre esta tierra, fue arrancarme mi propia piel en nombre de mi hijo.

De allí en más, ninguna criatura conoció la caricia de mi mano. Ningún hombre probó jamás un beso dulce de mis labios y ningún niño, anciano o mujer fueron bendecidos con la caridad de mis dones.

Y ni siquiera tú, en todos los siglos que me hiciste compañía, conociste jamás una gota de mi amor.

Pero eso nunca me importó. Ni a mí ni a los espíritus que dominé al paso de los años. Porque, para ser una buena bruja, no hace falta ser una buena mujer.

Un poco de envidia para tener los objetivos claros. Una porción de furia para agitar los hechizos con fuerza. Y lo más importante de todo: una sonrisa falsa para que los demás no puedan descubrir nuestras intenciones.

A veces sólo se necesitan unas cuantas cualidades, y es una pena que *ella*, aun pudiendo reunirlas todas, no tenga una pizca de magia para aprovecharlas.

De ser así, quizá sólo le faltaría un empujón para volverse una hechicera terrible.

En cambio, la miserable debe conformarse con estar sola, a la espera de pudrirse en medio de los hongos alucinógenos que crecen en cada rincón de la habitación de la envenenadora Caligo,

con un puñado de hierbas —que ella misma ha robado de los racimos— apretadas en su mano.

La casa la ahoga. Le consume las energías, le revuelve los pensamientos…

No me hace falta conocer a fondo a esta perpetuasangre para saber qué tipo de anhelo late en su pecho ni que fin tienen aquellas plantas mortíferas entre sus dedos, porque, ¿cuántos como ella no acudieron a mí a través de mis largos siglos de vida? ¿Cuántos Césares, Augustos y Cleopatras no tocaron a mi puerta con los dedos enredados de cabellos que no eran suyos, con ropas íntimas en el interior de botellas y la esperanza de que robara para ellos un corazón que no les pertenecía?

Sus ojos grises observan el bosque infinito a través de la ventana, quizá preguntándose qué tan malo sería perderse allí para siempre en vez de volver a un pantano y a una familia a la que cada vez le cuesta más mirar a los ojos. Por vergüenza. Por culpa. Porque lo que más le duele no ha sido descubrir que el amor que tanto quería nunca confió en ella lo suficiente, sino que eso no ha bastado para liberarla de los sentimientos que la torturan. Como para que deje de doler cada mirada que no se ilumina al ver su rostro, cada caricia que no roza su piel y cada beso que es depositado en unos labios diferentes a los suyos.

Qué desperdicio. Con un afecto tan inflamado como ése, pedir *un favor* a la criatura correcta sería muy sencillo. Pero si ninguna de las bestias que habita en la casa de la niebla se ha acercado a ofrecerle lo que desea es porque saben que, al final, la mujer preferiría morir de amargura antes de tener a su lado un cadáver vivo. Un corazón que latiría por ella sólo a punta de latigazos…

Aunque eso no significa que no haya otras inmundicias que no esté dispuesta a hacer para compensar su dolor.

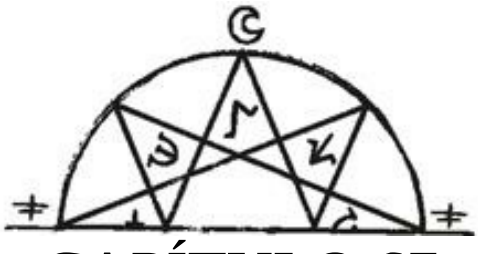
Un presentimiento en la piel la hace separarse de la ventana. Y, como ocultando un crimen, cierra la gruesa cortina con un solo movimiento.

Escucha pasos. Pasos cautelosos que ya reconoce. Pasos que a veces se escuchan tan heridos como los lamentos que ella retiene para que no puedan salir.

La errante mira las hierbas en su mano. Sabe que lo que ha estado haciendo es repugnante. Que si los demás se enteraran, mirarlos a la cara de nuevo ya no sería una opción.

Pero no puede evitarlo. No puede dejar de acercarse cada vez más a esa bruja terrible que, aun sin magia, es capaz de dañar como si la tuviese.

Se da la media vuelta y pega la espalda contra el vidrio. Y la culpa y el placer bombean su corazón a partes iguales cuando escucha que alguien llama a la puerta.



CAPÍTULO 67

PALABRAS DE PODER

Para mi desgracia, el efecto del sigilo duró apenas unas cuantas horas, tal como me advirtieron las brujas. Pero no me doy cuenta de ello hasta la mañana siguiente, cuando Tared gruñe al comprobar que mi lengua vuelve a estar tan fría como una lápida.

Eso no nos desalienta demasiado, así que nos quedamos un rato más bajo las cobijas hasta que el sol toca la ventana y la casa se llena de las voces de mis hermanos.

Satisfecho, salgo de la cama y percibo mi cuerpo fuerte, mis energías cargadas, pero no puedo decir lo mismo de Tared. A él le cuesta mucho levantarse, tanto así que necesita varios minutos para lograrlo.

Y eso empieza a preocuparme, porque no sería la primera vez que termina exhausto después de acostarnos, como si, al contrario de mí, las fuerzas le mermaran. Sospecho que lo que dijo Hela sobre que él se ocupaba de otras necesidades mías tiene algo que ver, por lo que tomo una nota mental para preguntarle más tarde.

Después de ducharnos, salimos en dirección a la sala. Y a excepción de Hoffman, quien ha optado por *desayunar* un cigarro y una taza de café junto a uno de los ventanales, toda nuestra familia está ya a la mesa, con un silencioso Allen retraído al final del comedor.

El detective y yo no hemos hablado desde nuestra disputa en Salem. Y aunque tampoco es que tuviese oportunidad, sigo tan molesto con él que ni siquiera intento acercarme.

Pero él no es el único tenso en el lugar.

De inmediato, percibo el ambiente extraño en el comedor, casi incómodo.

Normalmente, Johanna y Nashua estarían disputándose la torre de panqueques, y Julien

debería estar yendo de un lado a otro para llenar los platos de comida. Pero todos están tan quietos, tan tranquilos, que es como si hubiese entrado a un salón lleno de desconocidos.

Tared también parece percatarse de esto, pero se limita a dar los buenos días y correr una silla para mí, cerca de las tres brujas.

Empiezo a preguntarme si debería repetir el sigilo de ayer para "normalizar" mi lengua, cuando percibo una densa mirada en la espalda.

Al voltear, descubro a Asmoday acuclillado como una gárgola en la chimenea y con los labios entreabiertos para mostrar una hilera de dientes afilados que no había tenido la desgracia de notar hasta ahora.

Y después de recordar cómo sus manos traspasaron esta misma mesa ayer, hago una pregunta que no ha dejado de rondar por mi cabeza:

—Inanna, ¿para qué es la gallina que trajimos?

Por un segundo, temo que me mande a descubrirlo por mi cuenta, tal cual hacía Muata cada vez que le preguntaba algo relacionado con nuestro mundo.

Pero, para mi alivio, ella deja los cubiertos a un lado.

—Uno de los elementos más poderosos que existen en la magia son los *"true names"* —comienza—. Los *nombres verdaderos* son nuestra primera individualidad, lo que nos vuelve únicos entre millones y millones de otros seres, y son tan importantes que, según ciertas leyendas ocultistas, hasta Dios ha mantenido sus nombres verdaderos en secreto para proteger a los humanos de su poder.

—O para que nadie pueda tenerlo sobre Él —dice Hela mientras engulle un panqueque entero de un bocado.

¿Poder sobre Dios?

¿O tener el poder de uno?

Me retraigo contra mi asiento al sentir mis pupilas dilatarse.

—Los nombres verdaderos son algo así como un muñeco vudú muy simple, ¿no? —concluyo.

—Exacto —continúa Inanna—. Tu Mara es sin duda demasiado poderoso, lo suficiente como para comandar ángeles y establecer pactos con Loas, por lo que, si bien no podríamos controlarle sólo con saber su nombre verdadero, sí que podríamos saber *dónde está.*

El jadeo colectivo que lanzamos no es para menos.

¿Encontrar a mi Mara para enfrentarle? ¿Acabar con el problema de raíz?

Eso suena a lo más peligroso que podríamos hacer ahora, pero supongo que es mucho más factible que seguir intentando resistir sus oleadas de monstruos.

—¿Y una gallina podrá ayudarnos con algo así? —pregunta Johanna, un tanto confundida

con la simpleza de la idea.

—No si no encontramos primero un *athame* para Elisse —dice Hela con la boca llena—. Ayer quisimos buscar uno en Salem, pero la tienda estaba cerrada…

—¿Un *athame*? —pregunto, cada vez más intrigado por el plan.

—Un cuchillo ceremonial —explica Caligo—, una herramienta que, para funcionar, debe compartir una conexión muy importante con su portador. Tradicionalmente sólo se usa para dirigir energías, pero en esta casa le damos utilidad también para marcar, cortar, *mutilar* y…

La mujer es interrumpida por la súbita y estridente risa de Allen.

—¿Qué carajos te parece tan divertido? —espeta Hoffman, quien se acerca ante el escándalo del chico.

—¡Es que no puedo creer que no lo haya visto antes! ¿Cómo no me di cuenta? —dice, tan eufórico que me pregunto si no habrá perdido la cabeza—. Vudú, brujería, ¡sacrificios animales! ¿No han pensado que si les ha pasado toda esta mierda es porque *se lo merecen*?

Pongo mi mano sobre el muslo de Tared para evitar que éste se levante.

—No tienes idea de lo que dices —espeta Julien, quien sí se yergue sobre la mesa—. De no haber sido por nosotros, esas cosas te habrían matado también.

—Quizá debimos dejar que se lo tragaran —se recrimina Nashua, por lo bajo.

En vez de ponerse a la defensiva, Allen se relaja sobre su asiento.

—Yo sólo digo que si los “ángeles” han venido por ustedes es porque quizá tienen algún pecado que expiar, ¿no?

Caligo deja escapar algo parecido a una risa:

—Por si no te has dado cuenta, muchachito, el concepto de *pecado* no encaja en nuestro mundo de la misma forma que en el tuyo.

—¿Ah, no? ¿Y qué tal el de “asesinato”?

Tared resopla con fastidio:

—Dios, Allen, si vas a sacar otra vez lo de Grace…

—¿Grace? ¿Quién dijo algo sobre Grace? —corta el chico, para luego casi sonreír—. El día que su casa fue destruida, vi algo muy curioso mientras me escondía en el bosque. Tres siluetas que se dirigían hacia la montaña, con tanta prisa que ni siquiera se percataron cuando caí de espaldas al ver lo que uno de ellos traía en brazos. Algo pesado, algo que chorreaba. Un… *cadáver*.

Los ojos azules de Allen se dirigen hacia mí, tan terribles que un par de balas se me antojan menos peligrosas. ¿Cómo diablos lo supo? ¿Fue mi ropa, mi cara empapada en sangre? ¿Mi mano de hueso, aferrada a su brazo?

Lucho desesperadamente para no saltar sobre la mesa, cerrar mis manos sobre su cuello.

Siléncialo.

Las tres brujas, ajenas a mi horror, observan al chico de arriba abajo, como si pensasen por dónde empezar a diseccionarlo.

Las paredes, la magia, los objetos e, incluso, el invisible palpitar del plano medio en el sótano; todo en este lugar parece inclinarse sobre el impulso maligno que amenaza por brotar bajo mi guante.

Siléncialo, siléncialo.....

—Podrán lamentarse todo lo que quieran de la suerte que les ha tocado —finaliza—, pero ninguno de ustedes puede negar que merecen quemarse en el maldito infierno de donde han salido.

El silencio que prosigue es tan largo que empiezo a preguntarme si el tiempo no se habrá deslizado entre mis dedos otra vez.

¿Está aquí? ¿El cosquilleo? ¿La migraña? ¿Voy a quedarme ciego y despertar con la lengua de Allen en mis manos?

Podrías fingir que te he poseído y matarlo.

No. No soy capaz…

Cúlpame y sálvalos. Cúlpame y sálvalos. Cúlpanos y sálvate….

¡No!

—Por favor, no se enfaden con el joven Miller —la firme voz de Inanna me hace recuperar la cordura de un momento a otro—. Después de todo, no ha dicho ninguna mentira.

Estamos tan tensos por lo que Allen acaba de revelar que nadie se atreve a rebatir a la bruja, por lo que ella se levanta de su silla y comienza a andar alrededor de la mesa.

—Si bien no podemos hablar por los demás, les puedo asegurar que nosotras tres sí que merecemos ser quemadas en una pira —reconoce—. Porque todo lo que se contaba en los tiempos del pánico, todos los maleficios y las cosas terribles que supuestamente hacíamos alrededor de las hogueras ahora son… *verdad*.

Allen respinga cuando ella llega a él y pone la mano sobre su hombro.

—Somos servidoras del Camino de la Mano Izquierda —dice Caligo—. Vendemos deseos y manipulamos voluntades.

—Incluso, segamos las vidas que haga falta para sobrevivir —añade Hela, sin duda en su voz.

—Nosotras no somos un Atrapasueños, niño —Inanna estruja su mano sobre el chico y su anillo dorado resplandece contra la luz de los ventanales—. Somos un *aquelarre.* El gran Culto a la Grieta Resplandeciente. Y por lo tanto, somos…

—*Malignas.*

Cuando la voz de Aradia pronuncia aquella palabra como una maldición, escucho el corazón

de Allen triplicar su ritmo, quizá temeroso de ser arrancado de su pecho.

La Hembra Cabría se inclina despacio a su oído.

—Pero aun así —dice—, sabemos que tú eres *mucho peor* que nosotras, Allen Miller.

Ella gira la silla del chico hacia la pintura del aquelarre sobre la chimenea. Él intenta levantarse, pero una soga invisible parece haberlo aprisionado contra el asiento.

Él grita, grita y se revuelve con fuerza, pero nadie en la mesa mueve un dedo para ayudarlo.

—Pretendes ser un juez, un hombre bueno que mira nuestros pecados desde arriba. Pero los habitantes de la niebla han visto lo que tienes dentro —dice Inanna mientras una sonrisa comienza a dibujarse en la boca acolmillada del anciano—. Así que, la siguiente vez que quieras apuntarnos a los demás con una espada, quizá deberías sacártela primero del corazón.

La fuerza que sostiene al chico en la silla lo suelta, tan repentinamente que casi cae de bruces contra el suelo. Allen se gira hacia nosotros, temblando como una hoja, para echar a correr hacia la salida de la casa.

Inanna eleva una mano cuando Tared intenta levantarse de nuevo.

—No te preocupes —dice, en tanto escuchamos cómo él abre la enorme puerta de madera—. Bathin no lo dejará ir muy lejos.

El lobo dirige su mirada azul hacia el predio nevado, quizás atormentado por la acusación que ha hecho la mujer hacia su hermano.

Pero no es el único con la cabeza llena de dudas.

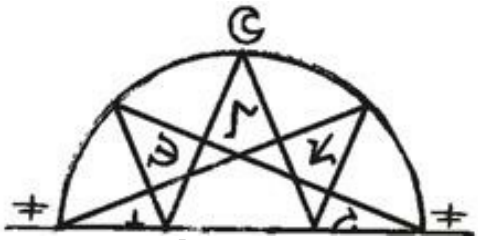
Aradia dijo que las brujas satánicas eran producto de la imaginación de los cristianos, pero Inanna acaba de decir que todas sus leyendas son ahora *verdad*.

No tengo idea de qué sea el Camino de la Mano Izquierda, pero mi percepción de las tres brujas acaba de cambiar por completo, porque ahora me doy cuenta de que compartimos una naturaleza muy especial.

Y distinta, muy distinta a la de mis hermanos, puesto que la palabra “maligno” cobra un significado que transforma mi miedo hacia mi oscuridad en algo menos amenazante y más *mío*.

Comienzo a tener la inquietante sensación de que esta casa en la niebla no es una fortaleza transitoria, ni siquiera una parada en el camino… sino un lugar al que siempre estuve destinado a…

Volver.



CAPÍTULO 68

DEUDA GENERACIONAL

Cualquiera pensaría que una biblioteca de brujas sería un sitio muy especial, lleno de libros antiquísimos y objetos de lo más peculiares, tal como el resto de la casa.

Pero con lo que nos encontramos Tared y yo es con un montón de cajas de ropa, zapatos y adornos de Navidad que atiborran buena parte del piso.

Libreros de caoba cubren el largo y ancho de dos de las paredes, pero todos los libros están muy desordenados, algunos con los lomos hacia atrás, otros acostados, derrumbados en pilas por todas partes y acompañados de muchísimos números de una revista llamada *Green Egg*.

—Perdonen el desastre —se disculpa Inanna con un tenue sonrojo en las mejillas—. Somos mujeres prácticas, así que los libros rara vez se quedan en su sitio mucho tiempo. Además, Hela hace honor a las leyendas de las brujas que causaban desastres naturales en las villas, así que tampoco podemos contar con su cooperación para mantener las cosas ordenadas.

—No te preocupes —dice Tared—. Sabemos lo que es. También teníamos un huracán así en la reserva.

—¿Julien? —pregunta ella.

—Elisse.

Le doy un codazo al lobo, quien se echa a reír junto con Inanna. Miro de arriba abajo las estanterías hasta localizar un par de libros sobre el tema que busco, escritos en un idioma que reconozco como alemán. No tendré problemas para leerlos, pero…

—¿Puedo preguntar qué es lo que buscas? —dice Inanna al verme tomar un antiguo ejemplar del *Splendor Solis* que parece haber sido utilizado como portavasos.

—Los antepasados de la alquimista de quien tomé la espada filosofal estaban relacionados de alguna manera con Red Buffalo, el Atrapasueños que fue aniquilado en Utah —explico, abriendo el ejemplar—, pero la última persona que sabía algo sobre dicha conexión sólo dejó una parte de la historia en el libro de las generaciones de la tribu. Y éste, junto con mucha información delicada sobre nuestro mundo, fue robado por los tramperos.

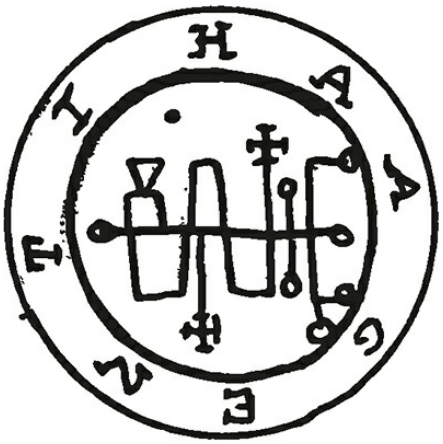
—Y sospechas que todo eso tiene que ver con John Dee, ¿cierto? —deduce la bruja.

—Sí. Y como todavía faltan un par de días para que la gallina negra esté lista, me pareció que podía aprovechar el tiempo para investigar un poco sobre el tema. Pero, honestamente, no tengo idea de dónde empezar.

Inanna me dedica una sonrisa de complacencia:

—Bueno. En ese caso creo que puedo ayudarte.

Ella toma el libro de mis manos y le arranca una hoja. Se acerca a la mesa colocada al centro de la habitación, hecha con un antiguo y pesado disco de mármol azul, y se sienta a dibujar algo. Al terminar, levanta el papel hacia la ventana que está al fondo de la biblioteca para que sea traspasado por la luz que entra a través del cristal.



Alguien llama a la puerta.

La bruja se levanta y, tras abrirla, Tared y yo nos miramos mutuamente.

Una mujer muy pequeña y desnuda, con la piel del mismo color y textura que la de Asmoday, está parada en el umbral, con el largo cabello negro sobre las dos costuras negras que corren desde sus hombros hasta sus pechos.

—Ésta es Haagenti —dice Inanna—. Todos los habitantes de la niebla tienen un talento específico útil para nosotras, y el suyo es encontrar cualquier tipo de conocimiento que necesites en los libros. Ella te facilitará mucho el trabajo.

La menuda mujer se acerca a tomar justamente aquellos dos libros que localicé con la mirada

hace un momento. Los pone sobre la mesa y hojea el primero hasta colocar el dedo en un párrafo. Luego, me clava esos ojos escarlata que parecen tan carentes de… alma.

Al aproximarme para darle un vistazo, me impresiono sobremanera al leer lo que su dedo índice apunta.

Me giro hacia Inanna y ella sonríe, satisfecha.

—Cuando hayas terminado, Elisse, es muy importante que le pidas que se marche mientras le muestras esto —dice al extenderme el sigilo que ha dibujado—. Ahora, te dejaremos solo para que trabajes tranquilo.

Tared frunce un poco el entrecejo.

—Preferiría quedarme con Elisse si no te molesta, Inanna.

—A mí no me molesta en absoluto, querido. Es *ella* la que podría ponerse difícil si un hombre como tú se queda tan cerca mucho tiempo —advierte—. Y créeme, quitártela de encima no va a ser sencillo.

Una sensación muy desagradable me eriza la piel cuando la mujer ladea la cabeza hacia mi lobo, con esa boca acolmillada entreabierta.

—De acuerdo. Te esperaré abajo —concede Tared al percatarse de mi preocupación.

E incluso, creo escuchar a Haagenti bufar cuando él se inclina para besarme.

Tared se marcha, pero retengo a la bruja antes de que ésta pueda seguirlo.

—Inanna, ¿qué es el Camino de la Mano Izquierda?

Ella me mira sobre su hombro. Y al descubrir que acaricio mi libro rojo no con miedo, sino una inmensa necesidad de *aprender*, sonríe.

—Te prometo, Elisse, que muy pronto conseguirás no sólo tu *athame*, sino la respuesta a todas tus preguntas sobre la casa de Aradia.

Cierra la puerta, dejándome solo con un monstruo que no deja de mirar hacia donde se ha ido mi devorapieles.

Cuando me senté a investigar sobre John Dee, hace casi cuatro horas, no esperaba descubrir que él y Jocelyn estarían ligados no sólo por la práctica de la alquimia, sino por *herencia.*

Porque según las fechas, datos y nombres que me ha ayudado a encontrar la mujer monstruosa que sigue a mi lado, los desgraciados eran parientes.

Para empezar, Haagenti me proporcionó no sólo un libro con una biografía breve de Dee, sino también la de otra persona igual de interesante, un poeta y pintor llamado William Blake, nacido casi doscientos años después del fallecimiento del mago.

Al principio pensé que lo único que tenían en común era que ambos habían nacido en Londres, además de que no había nada que afirmara o negara que alguno de los ocho hijos que tuvo Dee hubiese creado el linaje de los Blake que conocí en Utah. Pero me bastó adentrarme en la obra del pintor para convencerme de lo contrario.

Éstas no sólo tenían un amplio trasfondo sobre alquimia, ángeles y el misticismo cristiano, sino que yo había visto esas mismas pinturas en la casa de Jocelyn Blake; aquellos pasajes bíblicos y mitológicos colgados en las paredes que tanto me habían perturbado.

Y cuando la mujer me señaló con su dedo cetrino una minúscula parte de un libro sobre la historia de la colonización de los Estados Unidos, por fin entendí qué tenía que ver todo eso con Red Buffalo.

Cuando Adam me contó que la casa Blake había sido construida durante la colonia, época en la que ellos habían migrado al país, yo no sabía que se refería específicamente a la colonización de Utah, la cual ocurrió veinte años después de la muerte de William Blake.

Tengo la teoría de que, cuando algunos miembros de la familia del pintor trataron de asentarse en Valley of the Gods —territorio actual de Red Buffalo—, se encontraron con lo que tanto habían perseguido sus antepasados en Europa: brujos que, además de hacer magia, también podían convertirse en animales. Y si Dee había transmitido su linaje místico a los Blake, no había ninguna razón para que ellos no quisieran acabar también con la brujería que desafiaba al Dios en el que tan fervientemente creían.

Tal vez hubo un enfrentamiento entre la antigua tribu Red Buffalo y los alquimistas Blake, lo que originó de alguna manera la profecía de la que habló el viejo Begaye. Y aunque todo esto es sólo una deducción que no podré confirmar hasta que recuperemos las libretas de Sammuel, no creo estar demasiado equivocado.

Mi Mara tuvo una premonición sobre mí. Luego, hizo un pacto con Samedi, despertó al Silenciante de Utah y trajo a los ángeles de Dee de vuelta a nuestro mundo. Todo con tal de acabarme.

—Es por el monstruo de hueso, ¿verdad? Por eso quieres matarme, porque él *me escogió* —parloteo como si mi Mara pudiese escucharme.

Entierro la cara en mis manos, lamentándome de que, de entre los miles y miles de brujos de la tierra, tuve que ser yo la víctima de semejantes criaturas.

Pero después, hago unas preguntas a las que no me gusta enfrentarme: ¿Será acaso que todo esto no tiene que ver conmigo… sino con mi padre? ¿Acaso él hizo algo que me maldijo con el monstruo de hueso? ¿Será él el causante de la ira de mi Mara?

Me quedo unos momentos más con la mirada hacia el cielo nocturno a través de la ventana. No me había dado cuenta de lo tarde que se había hecho, aunque el peso de mis ojos debió haber sido una buena señal.

—Debería ir a dormir ya —musito con resignación.

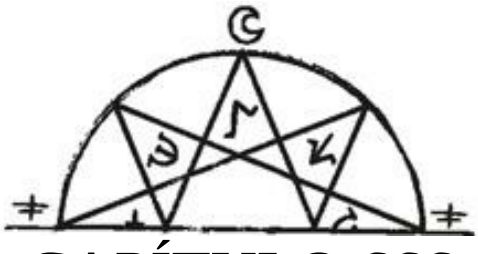
Tenía la esperanza de que Inanna viniese a contarme sobre el Camino de la Mano Izquierda, pero supongo que eso no sucederá hoy.

Estoy a punto de levantarme para irme a la cama, cuando Haagenti bufa furiosa a mi lado. La ansiedad emana de ella, desesperada por obtener *algo más* ahora que ha terminado su labor.

Al recordar el anhelo en sus ojos cuando miró a Tared, le muestro el sigilo.

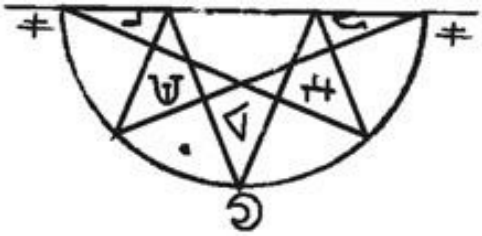
—Lárgate —ordeno, tal como la bruja indicó.

No necesito levantar la cabeza para saber que ahora estoy solo en la habitación, porque de esa mujer no ha quedado más rastro que un desagradable hedor a carne quemada.



CAPÍTULO 666

ARS GOETIA
(EL CAMINO DE LA MANO IZQUIERDA)



Horas más tarde, soy despertado por el ruido de un goteo. Solitario e insistente, como el lloriqueo de una llave de paso mal cerrada.

Y, por un instante, creo haber vuelto a una de mis pesadillas.

Todo está oscuro, apenas iluminado por un candelabro de múltiples brazos puesto sobre el asiento de una silla con las patas pegadas al techo, en medio de una habitación vacía que no reconozco. Mis ojos buscan acostumbrarse a la penumbra, pero me siento mareado y somnoliento, muerto de frío sobre el suelo de madera.

Todavía estoy en la casa de Aradia, aún puedo percibir la misma magia que emana de las paredes desnudas, pero me perturba pensar cómo es que pude haber sido arrastrado hasta aquí sin sentir que me arrebataban de la cama que compartía con Tared.

—*Una bruja es una bruja es una bruja…*

Miro hacia el lugar de donde proviene aquella voz: una pared que la luz de las velas no alumbra del todo. Entorno la mirada y, poco a poco, comienza a dibujarse una puerta.

—Yo te evoco, aquél que es descabezado… —el susurro es tan bajo que repta como una alimaña—. Yo te evoco, aquél cuyo corazón ciñe la serpiente…

—¿Inanna? —pregunto al levantarme, aunque aquella voz no se parece en nada a la de la bruja.

—Yo soy *él*, el no nacido, el que se enreda en el corazón afligido —reza, reza tan rápido que sus palabras comienzan a perder sentido—. *Una bruja es una bruja es una bruja. Una bruja es*

una bruja es una bruja. Una bruja es una bruja es una bruja…

Alargo una mano a la perilla y la puerta se abre por sí sola. Y del otro lado no hay nada. Sólo oscuridad. Sólo un abismo. Sólo un eco, una y otra vez.

—Buenas noches, Elisse.

Me sobresalto y miro hacia atrás.

Inanna está a mis espaldas, donde hace unos momentos estaba la silla boca arriba con aquel candelabro. Sólo que ya no hay silla, y el candelabro, en realidad, está en la mano de la bruja.

Ella pasa a mi lado y me pide que la siga.

Internarme en esa habitación es como cruzar a otra dimensión, porque súbitamente puedo ver el techo triangular, en señal de que estamos en el ático, y un gran ventanal redondo al fondo de aquel cuarto con un atril delante y la luna creciente sobre el bosque.

Su luz azul ilumina decenas de vasijas de latón repartidas por el suelo, grandes y pesadas, manchadas por el paso del tiempo. Todas rodean un tapete hecho con varias pieles de cordero, enteras desde la cabeza hasta las patas, y fijas al suelo por cinco clavos oxidados, tan grandes que podrían ser del largo de mi mano.

Al acercarme a los jarrones, noto que algunos están abiertos y con las tapas *rasgadas*, como si algo se hubiese abierto paso desde adentro con las uñas.

Astaroth. Stolas. Havres. Asmoday.

Son nombres grabados sobre la superficie de los recepientes. Todos ellos escritos en…

—¿Hebreo? —musito, resistiendo la tentación de tocar aquellas vasijas—. ¿Qué es todo esto, Inanna?

La bruja camina hacia el atril para poner el candelabro sobre él, lo que revela un libro grande y de pastas oscuras sobre la madera.

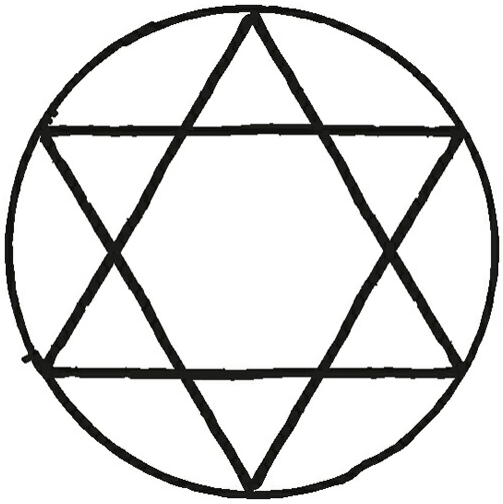
—Cuatro siglos antes del pánico de brujas, durante las cruzadas, la persecución antisemita por parte de la Iglesia católica cobró una fuerza tan letal, tan trágica, que tuvo consecuencias no sólo en el mundo humano, sino también en el mágico —dice, con la mano anillada sobre el libro —. Con la excusa de haber sido "los asesinos de Cristo", los judíos fueron víctimas del pogromo de los cristianos de la misma manera en que las personas acusadas de brujería lo serían cientos de años más tarde. Con tal de arrebatarles sus bienes y expulsarlos de tierra supuestamente "santa", ellos fueron condenados de cosas tan terribles como los libelos de sangre* y de hacer pactos con Satanás. Pero aun cuando los intelectuales cristianos consideraban el misticismo judío como algo malvado y oscuro, estaban igualmente hambrientos por obtener el supuesto poder sobrenatural que estas prácticas otorgaban.

Inanna acaricia las vasijas con sus ojos oscuros.

—Fue así como, no contentos con despojar a estas personas de su dignidad y sus pertenencias —continúa—, aquellos hombres de Dios tomaron su lenguaje, su religión, y las reinterpretaron

sin ningún respeto para crear los famosos *grimorios;* libros sobre magia y rituales prohibidos que no eran más que una degeneración del judaísmo y muchas otras religiones demonizadas por los cristianos. Y algo creado desde el odio, desde tanta maldad, por supuesto que no podía traer nada bueno.

Inanna toma el libro, se acerca hacia mí y me muestra lo que hay en la primera página:



—¿El sello de Salomón? —digo con sorpresa, para luego recordar que incluso Sammuel llamó a este símbolo "estrella de David".

—Salomón fue un antiguo mago y gobernante hebreo mencionado tanto en el Talmud** como en la Biblia; un hombre tan poderoso que, con ayuda de un anillo, logró someter a varios espíritus para que construyesen un templo para Dios —explica—. En base a esta historia se creó algo que hoy conocemos como *magia salomónica*, uno de los sistemas de magia más influyentes de toda la historia ocultista. Y *Las Clavículas de Salomón*, el grimorio más famoso creado en torno a esta magia, aseguraba contener tanto los rituales prohibidos de evocación como el *Ars Goetia*, el listado con los setenta y dos nombres de los demonios que, dotados con cualidades especiales, ayudaron a construir dicho templo.

—Setenta y dos nombres verdaderos —digo, cosa que hace a la bruja sonreír.

—Los cristianos en aquel entonces creían en la existencia del infierno y sus criaturas de forma tan ferviente como el reino celestial, así que, inventando grimorios por todas partes e invocándolos estúpidamente en el proceso, era lógico que una familia de espíritus encontrara la manera de pasarse a nuestro plano.

—Tal cual lo hicieron los ángeles de Dee, ¿no?

"Carajo" es la primera palabra que se me viene a la mente ante el asentimiento de Inanna. Miro de nuevo hacia las vasijas, especialmente a aquellas que siguen selladas, y pienso en que, a

pesar de lo terrible de sus orígenes, los habitantes de la niebla parecen ser muy dóciles ante Aradia y sus brujas.

—¿Cómo es que esos demonios terminaron en poder de ustedes? —pregunto, intrigado.

—*Las Clavículas de Salomón* contienen una advertencia —dice—: si el mago que invoca a dichos espíritus no lo hace correctamente o no tiene el suficiente poder para dominarlos, el demonio podría provocarle una muerte violenta y dolorosa, y como los cristianos no podían ejercer ningún control sobre esas bestias debido a su naturaleza "diabólica", éstas terminaban por hacerlos pedazos.

Una caricia helada me sube por los brazos al recordar las bocas dentadas de Asmoday y Haagenti.

—Fue entonces cuando los grimorios pasaron a convertirse en verdaderos textos malditos, una bofetada de ironía para aquellos que quisieron apoderarse de fuerzas que no les correspondían —ella cierra el libro y comienza a caminar alrededor de las pieles—. Pero lo que realmente llamó la atención del Culto a la Grieta Resplandeciente fue descubrir que estos espíritus, si bien ignoraban a los cristianos, sí que estaban dispuestos a entablar pactos con aquellos que eran la encarnación de la maldad.

—Los brujos verdaderos —deduzco, sobresaltado—. Dioses, ¡los demonios se convirtieron en nuestros aliados!

Innana deja escapar una risa.

—¿Aliados? No —dice, deteniéndose a mi lado—. Los demonios no son mejores que los ángeles en ningún sentido, Elisse. Al ser producto de la vileza del humano, son crueles, egoístas y sanguinarios, y si te descuidas lo suficiente, buscarán cualquier oportunidad para traicionarte. Tanto así que, cuando el Culto negoció con los demonios salomónicos hace quinientos años, éstos exigieron que se cumplieran tres cláusulas para zanjar el pacto. Tres precios muy altos a cambio de su favor.

Inanna hojea el libro y me muestra un largo, largo texto impreso en letras góticas, seguido por cientos de rúbricas con tinta roja sobre las páginas, tan viejas que crujen con el peso de sus dedos.

Casi siento el calor emanar de aquel objeto al comprobar que se trata del mismo libro negro de mis visiones, aquél que yo estaba tan desesperado por firmar también.

—Éste, Elisse, es el libro de las generaciones del Culto. El lugar donde quedó grabado el pacto entre nosotros y el *Ars Goetia* —dice—. Y si te lo estoy mostrando es porque la primera cláusula fue que todos los miembros de nuestro aquelarre, de aquí hasta el fin de la tierra, firmásemos para poner nuestro corazón, nuestra voluntad, al servicio del Camino de la Mano Izquierda,[†] aquél en el que los brujos nos movemos sin escrúpulos, sin temor a la maldad o la sangre, siempre dispuestos a lo que sea para alcanzar nuestros objetivos. Sí. Obtuvimos las

fuerzas para combatir a los ángeles y salvar a los nuestros. Pero, a cambio, debimos renunciar a la luz.

La bruja regresa a la ventana para poner el libro sobre el atril.

En estos momentos debería sentirme asqueado. Amenazado, inclusive, por todo lo que Inanna ha revelado ante mí pero, en cambio, mi piel se eriza al sentirme tan… comprendido, porque yo también sería capaz de hacer *lo que fuera* con tal de proteger a los que amo.

—Gracias a ese pacto, los demonios del *Ars Goetia* permanecieron en nuestro poder —continúa—. Y desde entonces, desde hace cinco siglos, nuestra *voluntad* ha estado atada al Culto, a la Mano Izquierda… y a la propia Aradia.

—Espera, ¿Aradia? ¿La misma que está encerrada en el sótano? —ella asiente sin dudar—. Pero, ¡¿cómo es posible que haya vivido tanto tiempo?!

—*Solvet et Coagula.*[††] La segunda cláusula —dice—. Cuando Aradia selló el pacto con los demonios goéticos y fundó el Culto a la Grieta, éstos le dijeron que debía aceptar el "don del regreso": una maldición muy antigua y de la que se habla muy poco, inclusive entre la gente con magia. Es tan rara, y tan brutal, que sólo las brujas más poderosas de la Mano Izquierda pueden resistirla lo suficiente como para *volver* durante más de un puñado de centurias.

"Dicho don consiste en que, cada vez que la practicante cumple un ciclo de vida natural y muere, su columna vertebral se convierte en una serpiente que pondrá un huevo durante el invierno, del cual ella renacerá, una y otra vez, quizá con otra identidad, con otra apariencia o en otra cultura, pero siempre con su misma consciencia, durante todas las vidas que le sea posible sostener el hechizo.

Oh, vaya. El que el ancestro de Aradia sea una serpiente acaba de cobrar un sentido completamente nuevo.

—Pero, ¿por qué los demonios le pedirían algo así? —pregunto al imaginar tantos renacimientos, tantos seres queridos dejados atrás a lo largo del tiempo.

Inanna comienza a enrollarse las mangas del vestido.

—Después de Dios, Lucifer es la figura bíblica más temida de todas —añade—, la única criatura que todas las Iglesias cristianas, por distintas que sean, consideran como el enemigo en común. Por lo tanto, los contemplasombras, criaturas mágicas que representaban la unión del humano y la bestia, eran los candidatos perfectos para encarnar al Príncipe de las Tinieblas. Así que, como tercera cláusula, los demonios exigieron que el ancestro de un macho cabrío, tocado por el Camino de la Mano Izquierda, fuese otorgado, generación tras generación, a uno de los nuestros para perpetuar la *Goetia*.

Ella baja los brazos, descubiertos hasta el codo, y me muestra los sigilos que se asoman en su piel en forma de cicatrices blancas. Y por la forma en la que se pierden bajo el vestido, me queda claro que deben ser exactamente setenta y dos.

Ya no me cabe ninguna duda: el talento mágico de Inanna es la magia salomónica.

Y eso la convierte en la portadora perfecta de Satanás.

—Por eso ellos querían que Aradia tuviese el don del regreso —deduzco—. Para que continuase otorgando ese ancestro a una contemplasombras que fuera capaz de dominar a los demonios…

—Y para asegurarse de seguir siendo evocados a través de las eras —dice—. Al haber sido la pactante original, Madre todavía puede ejercer cierto control sobre ellos, pero soy yo quien porta al macho cabrío. Y por lo tanto, la única que puede traerlos a nuestro plano. Justo como lo vamos a hacer esta noche.

Inanna camina hacia las vasijas para tomar una cuya tapa no haya sido rasgada. Y al hacerlo, vuelvo a escuchar el sonido de aquel goteo; ese ruido espeso que me despertó y que ahora parece provenir de la puerta que está a mis espaldas.

Al mirar hacia atrás, encuentro a Ilya parado bajo el marco, observándonos. Lleva puesta una larga gabardina negra, pero está descalzo, con el torso descubierto y los vaqueros embarrados de lodo y nieve sucia.

Pero lo que me hace dar un paso atrás es ver lo que lleva en la mano, aquello que gotea incesantemente contra el suelo.

Es una piel humana.

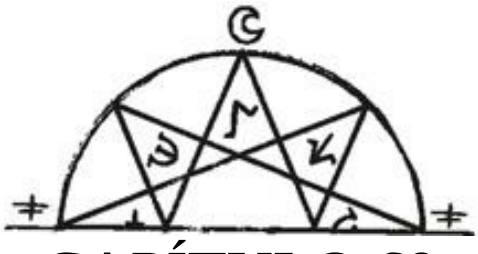
---

[*] Alegatos antisemitas por los que se acusaba falsamente a los judíos de asesinar a niños cristianos para utilizar su sangre en la ejecución de rituales religiosos. Se sospecha que estas acusaciones dieron pie a que se popularizara la idea de que los rituales mágicos involucraban sacrificios humanos.

[**] Obra que recoge principalmente las discusiones rabínicas sobre leyes judías, tradiciones, costumbres, narraciones y dichos, parábolas, historias y leyendas. Es un inmenso código civil y religioso, elaborado entre los siglos III y V por eruditos hebreos de Babilonia y la tierra de Israel.

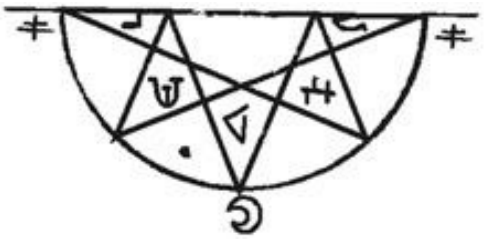
[†] Es considerada popularmente también como “magia negra”, término que he decidido no utilizar debido a sus connotaciones racistas.

[††] En latín: “Disolver y Coagular”.



CAPÍTULO 69

EVOCACIÓN



Con la boca bien abierta, quizá presa de un gran horror al haber sido arrancada del cuerpo al que pertenecía, aquella piel pareciera mirarme a través de sus cuencas vacías, mientras gotea densamente bajo el duro puño de Ilya.

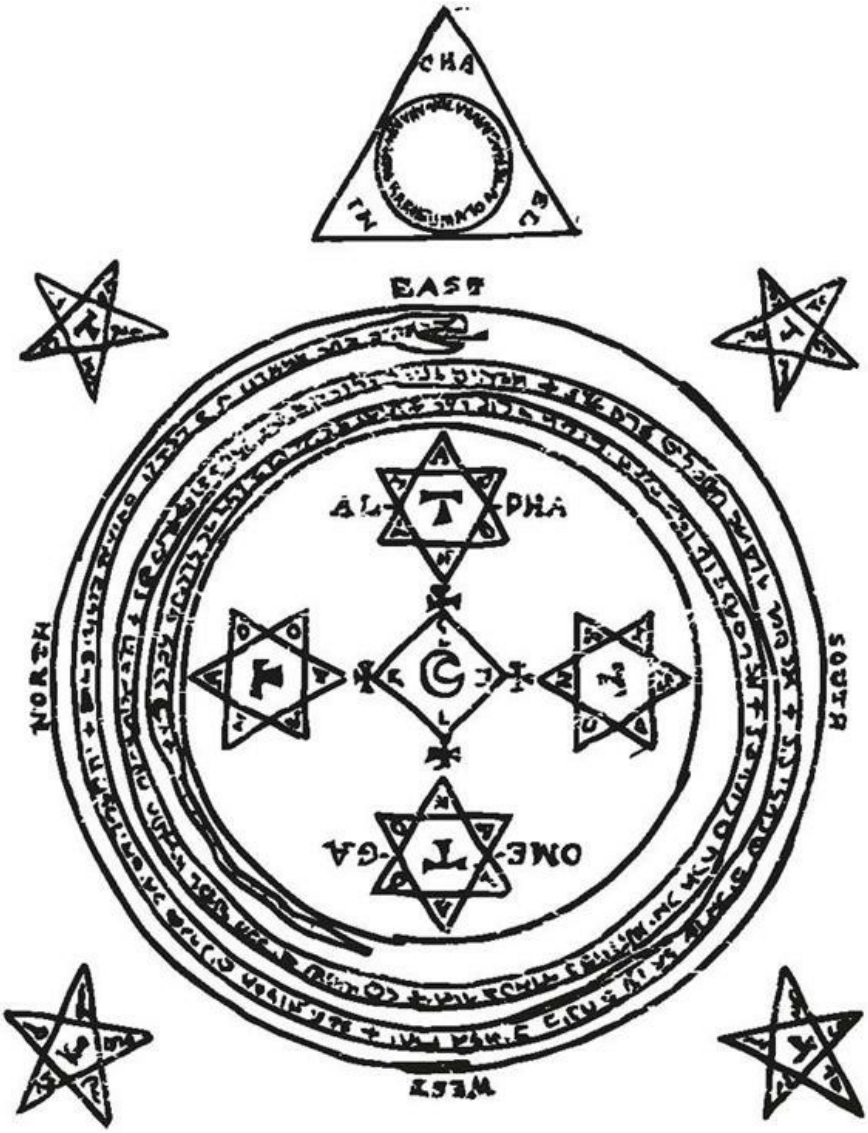
La incertidumbre me impide retroceder, puesto que ese líquido que parece rojo y brillante contra la luz de la luna *no es sangre;* el olor que emana es ácido y penetrante, propio de un químico cuya naturaleza no logro reconocer.

—¿Qué diablos…?

Ella hace una señal con la mano a Ilya, quien entra en la habitación arrastrando aquel pellejo, el cual deja a su paso una mancha parecida a la de un caracol. Me echo a un lado cuando el hombre se inclina para arrancar los cinco clavos oxidados que fijan las pieles de cordero para revelar el impresionante símbolo grabado en el suelo, tan grande que debe tener al menos tres metros de diámetro.

Ilya deja la piel dentro del triángulo exterior mientras que Inanna camina hacia él para poner también la vasija. Después se para en medio del círculo principal, rodeada de los cuatro sellos salomónicos.

—Acércate, Elisse —pide con la mano estirada hacia mí.



En cuanto pongo un pie dentro de aquel extraño símbolo, siento una estrechez cerrarse alrededor de mi cuerpo, como si acabase de entrar a un cilindro de vidrio y la magia circulase como la serpiente dibujada en el suelo.

Mi corazón comienza a latir con fuerza, pero Inanna me rodea con un brazo para apretarme contra ella.

—Veas lo que veas y escuches lo que escuches, no grites, no me sueltes y, sobre todo, *no salgas del círculo.*

Ilya retrocede hacia el marco de la puerta, observándonos con unos ojos que ahora brillan como rubíes en la oscuridad.

La bruja levanta su mano izquierda, lo bastante despacio como para que por fin pueda distinguir el símbolo grabado en su anillo.

—Yo te evoco, espíritu Foras, con la voluntad del rey Salomón —reza, su voz más profunda que nunca—. Y a través de esta sangre y esta carne, ¡te exijo que obedezcas!

Tal como los vevés que alguna vez he invocado en mi cuerpo, los sigilos en la piel de Inanna comienzan a brillar. Su luz se transmite hacia el símbolo del suelo como un río de fuego y una sensación de calor se desprende por todas las líneas. El triángulo del exterior se desplaza y arrastra la piel humana consigo como la manecilla de un reloj.

Se detiene en el este, y la luna resplandece a rabiar sobre el anillo dorado de la bruja.

—¡Manifiéstate, Foras, y revélate ante la piel del hombre que he traído para honrarte!

Una ráfaga de viento entra a la habitación desde las sombras; todo comienza a sacudirse, a crujir, como si el suelo deseara abrirse para tragarnos.

Me aferro a la cintura de Inanna como un niño a su madre, y los símbolos de su piel relampaguean contra mis pupilas cada vez más dilatadas.

—¡Escucha el llamado de la Agradecida por la Locura, la Mujer Escarlata, la Madre de todas las Abominaciones! —grita con tanta fuerza que su voz sobrepasa la del estruendo de la casa—. ¡Cumple nuestro pacto, siervo de la princesa Bæbælən* y bríndame tus talentos a cambio de esta piel que te ofrezco! ¡Obedece, Foras, obedece o nunca vuelvas a exhalar tu aliento sobre la tierra!

El ruido del metal al partirse me araña el cuerpo de arriba abajo. E instantes después, con la misma violencia con la que comenzó, el temblor cesa y un silencio precede al crujido de la casa.

Ahogo un gemido al ver que la tapa de la vasija ahora está rota.

Y entonces… la piel humana comienza a levitar.

Se eleva como si la tomasen con pinzas puestas en los hombros. La silueta de un par de manos se asoma detrás del cuero y se desliza por el cuello, el pecho y los brazos hasta encajar en las manos como si se pusiesen unos guantes.

El espeso cabello castaño se cae a puñados, su miembro flácido crece de forma desproporcionada hasta alcanzar la mitad de su muslo y su piel se cuartea cual barro seco.

Y al batir los párpados, las cuencas de aquella criatura infernal se llenan con ojos que brillan en escarlata.

—Foras, el de mercurio y las veintinueve legiones, el que descubre tesoros y recupera las cosas perdidas, ¿dónde tienes lo que busco esta noche? —pregunta Inanna una vez que la bestia ha terminado de "ponerse" aquella piel.

Él, con sus pies en punta a unos centímetros del suelo, tuerce el cuello en un ángulo imposible, hasta que su barbilla apunta hacia el techo.

Después, habla con una voz muy gutural, rota y oscura, como si retumbase desde el interior de un ataúd.

—¿Y dónde tienes *tú* lo que busco yo, puta de Babilonia? —dice él mientras se lleva una mano a la base del pene. Suelta una carcajada, y sus hombros se agitan de arriba abajo junto con aquella cabeza invertida.

La respiración de la criatura se torna pesada, pero no es hasta que la portadora de Satanás da un paso hacia ésta, que se encoge como si le hubiese levantado un hacha sobre la cabeza.

—No olvides, Foras, que este círculo mágico no es para que te quedes tú afuera, sino para que *yo* no salga de él.

El espíritu aprieta los colmillos ante la amenaza de Inanna, pero luego tuerce el cuello hacia mí.

—¿Qué me darías a cambio de uno de mis brazos o una de mis piernas, Bestia Revestida de Luna? —pregunta con una mueca demente—. ¿O es que acaso preferirías tragarte mi verga?

Mi aliento se calienta junto a las voces del monstruo de hueso, pero Inanna me cubre los labios antes de que pueda escupir una maldición.

—¡Obedece! —ordena ella con furia, y agita su mano libre en el aire.

Un latigazo invisible corta la espalda de Foras, quien suelta un rugido de dolor.

—¡El muchacho está tan tierno, tan *cargado*, mi Señora! —grita, para luego alargar la mano hacia mí—. Déjeme saciarme con él, ¡se lo suplico!

Es casi vergonzosa la satisfacción que siento cuando un segundo latigazo revienta, esta vez, en la cara del demonio, y más porque no vuelve a levantar sus asquerosos ojos hacia mí.

El desdichado se encorva y comienza a vomitar una cascada de arena roja y caliente sobre el triángulo del suelo.

Casi cometo el error de salir corriendo del círculo cuando un objeto cae en el montículo de tierra. Es *mi cuchillo*. Aquél que compré en Nueva Orleans y que perdí en alguna parte de Utah.

El monstruo mira a Inanna con una mueca, los dedos de sus pies temblorosos en el aire.

—*Estrella de la Mañana*, cóseme la piel para que pueda entrar al reino de los vivos —pide

señalando la herida que va desde el costado de su cuello hasta su talón, el lugar por donde Ilya debió haber comenzado a despellejarlo—. Déjeme sentir la caricia de la niebla, mi Señora, permítame cobijarme bajo la fría sombra de los endrinos. Déjeme…

La hermosa cara de la bruja es cruzada por una mueca de desprecio.

—No has hecho más que avergonzarme frente a mi invitado, Foras. No mereces más aire que el que ya has respirado esta noche.

—Mi señora, ¡por fav…!

—Guardaré tu piel para cuando vuelva a necesitar tus servicios. Pero, por ahora, *desciende al pozo*.

Y con un agitar de su mano, el espíritu suelta un grito, para luego fundirse en la semioscuridad que deja el símbolo en el suelo tras apagarse.

Escucho la piel humana vaciarse y caer, y la madera crepitar contra el calor del fuego ahora extinto. La sensación de encierro dentro del círculo desaparece en cuanto Inanna sale de él y se inclina hacia el montículo de arena para extraer el cuchillo.

Ella vuelve a mí y me lo extiende, su mango de madera ya cuarteado por el sol. Pero yo sólo puedo mirar hacia aquel cuero dentro del triángulo. Inerte, deforme, apenas un rastro de lo que el hombre debió ser mientras estuvo vivo.

—Una regla de la magia goética es que los demonios siempre deben tomar forma humana para poder pasar a nuestro mundo. Pero inclusive nosotras procuramos tener límites en nuestras prácticas de vez en cuando —explica la bruja, consciente de lo que debo estar pensando ahora mismo—. Esta piel que ves aquí fue sustraída de una tumba reciente, profanada por Ilya para la evocación de esta noche. Y aunque ellos prefieren la carne viva, no les molesta tomar una que no lo esté siempre y cuando se encuentre lo bastante… fresca.

Miro el rastro rojo que ha dejado la piel por el cuarto y concluyo que debe ser una especie de líquido de embalsamamiento.

Inanna vuelve a tenderme el cuchillo. Y al tomarlo, una sensación de nostalgia me inunda al pasar los dedos por el filo, ya atrofiado por las temperaturas que debió sufrir todos estos meses en el desierto de Utah.

—¿Con esto ya podré realizar el ritual de la gallina? —pregunto.

—Así es, aunque todavía hay tiempo para que aprendas una lección más antes de eso —responde.

Me da la espalda para atravesar la habitación.

—Inanna, ¡espera, la vasi…! —las palabras mueren en mi boca cuando veo que la tapa del jarrón de latón ha vuelto a sellarse con el nombre “Foras” grabado sobre el metal.

Ilya extiende su mano hacia la bruja, quien la entrelaza con la suya sin importarle los restos de suciedad en ellos. Él la ayuda a bajar por una trampilla que, de pronto, ha aparecido en la

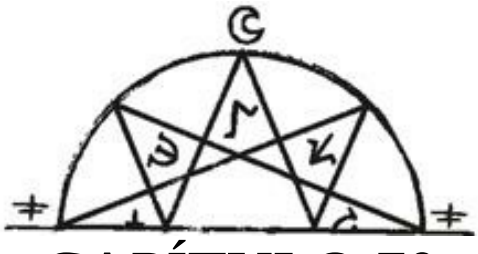
antesala donde desperté.

Inanna. Tan poderosa, tan capaz de doblegar una legión de demonios con el chasquido de sus dedos…

Mientras ambos se marchan, dejándome rodeado de quinientos años de maldad, no dejo de pensar en lo mucho que me gustaría acariciar también ese tipo de magia.

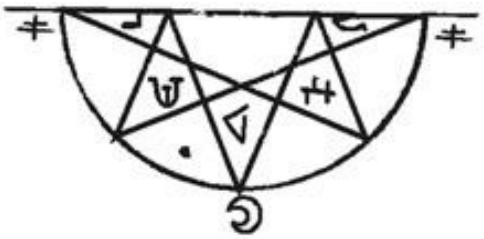
---

[*] "Babalon."



CAPÍTULO 70

MAGIA SEXUALIS



—¿Qué quiso decir Foras con que yo estaba “cargado”?

Hela se cubre los labios para contener una risa. Su hermana, en cambio, simula no haber escuchado mi pregunta y continúa regando la hilera de plantas carnívoras sobre el alféizar de su ventana.

—¿Y bien? —insisto, cruzado de brazos sobre el sillón azul que adorna la habitación de la envenenadora, con la noruega trenzando mi cabello al estilo “vikingo”.

—El demonio se refería a que tu cuerpo tenía mucha magia estancada —dice por fin Cali—. Y supongo que quería sacártela de alguna manera antes de que se desperdiciara.

—Puf. Vaya forma de enterarnos de que tú y tu chico cogen un montón.

Me giro hacia la rubia con la boca abierta como un pez.

—¡Tranquilo! —añade—. No te estoy juzgando. Es más, si yo tuviese a un hombre con *semejante* potencial…

Su hermana rocía a la chica con la regadera antes de que pueda terminar.

—¡Ay, eres una salvaje! —se queja, mientras yo me río por lo bajo, secretamente complacido por la observación de la rubia.

—Y tú una tremenda cerda, cariño.

—¿Yo? ¿Acaso no nos pidió Nanni a *las dos* que le explicáramos esto?

—No todos tienen tus apetitos, hermanita.

—No es mi culpa que a ti no te guste nada.

—¿Pueden concentrarse, por favor? —pregunto, cada vez más intrigado.

Hela me toma de los hombros y me hace darle la espalda otra vez para seguir con aquel complejo trenzado.

—El sexo se considera la práctica mágica más antigua de la tierra —comienza—. Y al orgasmo también suelen llamarle la "pequeña muerte" porque, al alcanzarlo, tenemos unos instantes, unas fracciones de segundo en las cuales nuestra mente queda varada en un limbo muy similar. La consciencia deja de contener nuestra magia y la hace fluir por todos los canales del cuerpo, y si no sabemos manejarla, se estanca y se desperdicia. Imagino que lo has sentido, ¿verdad?

Y no sólo eso, sino que la idea no me es tan ajena como creí, puesto que se parece un poco a la esencia de algunas prácticas tántricas budistas.

—Y claro, cuando se tiene un *consorte*, la cantidad de magia que se acumula es aún más grande y poderosa, por lo que los rituales sexuales son muy beneficiosos para alcanzar objetivos mágicos difíciles —continúa Caligo—. Quizá por eso tu hombre puede pasar por el plano medio sin tener una pizca de magia. Es más, estoy segura de que, desde el principio, el vínculo que tenía contigo se beneficiaba también de tus poderes sin que te dieras cuenta.

—¿Por eso Tared no podía sacar el clavo que me arrojó Golmá? ¿Porque tenía impregnada mi magia? —pregunto, pensando en que quizá, también ésta es la razón por la cual el lobo pudo escuchar durante un tiempo las voces del monstruo de hueso—. Vaya. Siempre creí que todo esto era imposible para un devorapieles —aventuro.

—Y lo es —aclara la menor—. Pero vamos. Creo que muchas de las cosas que tú haces son supuestamente imposibles.

Miro hacia mi mano descarnada, confundido ante cómo estas mujeres me atribuyen todos estos dones con tanta naturalidad, como si la bestia dentro de mí no significase gran cosa para ellas.

Al pensar de nuevo en Aradia y su escabrosa propuesta, no puedo evitar preguntarme si ya habrá averiguado algo respecto a separarme del monstruo de hueso.

—En resumidas cuentas —concluye Hela—. Durante el sexo, los brujos no sólo retenemos nuestra propia energía, sino que también podemos extraerla de otras personas, y más si éstas tienen un clímax que deja sus canales tan abiertos como los nuestros.

—Esperen, ¿por eso Tared siempre termina agotado? —el pánico crece dentro de mí—. Dioses, ¡no me digan que voy a terminar matándolo si…!

—Tranquilo, Elisse —dice Caligo—. No es así como funciona. Para empezar, el sexo que tienes con él no es producto de un acuerdo mágico; además, tendrías que estar sirviendo al Camino de la Mano Izquierda para que eso tuviese consecuencias peligrosas.

Busco mi *libro de las sombras* para anotar todo esto, el cual dejé en alguna parte del suelo, pero Hela tensa las manos sobre mi cabello como si fuesen riendas, no dispuesta a permitir que

deshaga su trabajo otra vez.

—Por ejemplo —continúa la rubia—: cuando me pagan para dejarme poseer por alguien que ha fallecido, es decir, para actuar como *médium*, el cliente a cambio debe aceptar que un espíritu del plano medio ocupe el espacio que dejó esa persona en su vida. Lo malo es que nunca hay garantía de que dicho ser sea benévolo.

—O si yo le doy una poción de belleza a un cliente, tampoco puedo asegurar que ese veneno que le ha rejuvenecido no traiga como consecuencia un tumor cancerígeno.

—Mierda, eso suena horrible…

—Y lo es, pero muchos afirman que la juventud o unos minutos más con un ser amado valen completamente la pena.

Cierro la boca antes de replicar, porque yo también estuve a nada de vender mi alma por Tared. Y si tuviese la oportunidad de volver a ver a mamá Tallulah o a Adam…

¿Qué estarías dispuesto a dar a cambio?

—Por eso nunca nos hacemos favores entre nosotras. O al menos, no aquéllos que conlleven consecuencias demasiado altas. De otra manera, Innana ya tendría más niños que una coneja.

Me toma un segundo comprender la magnitud de lo que Caligo acaba de decir.

—¿Qué? —grito—. ¡¿Puedes hacer que Inanna *tenga hijos*?!

La envenenadora suelta una risa.

—Ay, cariño, ¿podemos transformarnos en animales, pasar al reino de los muertos y volver reales todas y cada una de las magias del mundo, pero no podemos hacer un bebé? Sembrar un útero vivo dentro de una persona que no lo tiene y mantenerlo funcional hasta que sea momento de sacar a la criatura es complejo, pero muy posible.

Sí. Creo que puedo ver la lógica en todo ello.

—¿Sabes, Cali? —dice Hela— Si Elisse aprende a aprovechar la magia sexual de su consorte, quizás hasta podría hacer *telequinesis*. Tal como Inanna.

Arrugo un poco la nariz:

—Nunca le he leído la mente a nadie.

—No, no, Elisse, eso es *telepatía*. La telequinesis es la capacidad de mover objetos con la mente.

—Ah, ¿como lo que ustedes hicieron en Lynn Woods? —pregunto—. Por más que busqué, nunca pude encontrar el vínculo mágico que les permitía manipular a mi familia.

—Eso es porque no éramos nosotras, sino los sirvientes de Inanna —dice Caligo, quien me sorprende una vez más—. En los tiempos del pánico, a Satanás se le empezó a conocer como el "Príncipe del Aire" porque se decía que sus demonios podían volverse invisibles y, con ello, mover a las brujas de tal forma que pareciera que éstas podían levitar e, inclusive, cruzar los

cielos nocturnos volando en grupo, un fenómeno que llamaron “la cabalgata de Diana”.

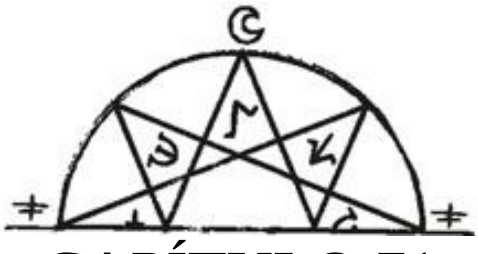
A mi cabeza acude de pronto un momento de la Hoguera de los Milagros en Nueva Orleans, cuando recuerdo haber visto cómo las practicantes de vudú eran manipuladas de una manera similar por los espíritus.

—Pero no te preocupes todavía por todo esto, querido —dice Caligo—. Por ahora, concéntrate en algo más sencillo, como buscar la manera de no dejar escapar esa energía sexual que tanto pareces estar desperdiciando. Es importante que sepas aprovecharla, y más porque si todo sale bien el día de mañana, puede que pronto tengas que prepararte para pelear.

El rubor de mi cara da paso a la palidez.

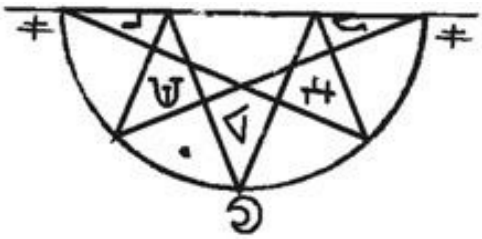
Es verdad. Mañana se cumple el plazo. Mañana la gallina estará lista para el ritual.

Y puede que por fin conozcamos el nombre de mi Mara.



CAPÍTULO 71

NALVAGE



Al enterrar el gancho en su garganta, la cara del motociclista pareciera retorcerse de dolor, aunque ya lleve un par de días muerto. Pero sea o no producto de su imaginación, Benjamin Lander le ata las manos a la espalda de todos modos, con la suficiente fuerza como para hacer sus muñecas crujir.

Sus hombres entornarían la mirada, confundidos al verlo amordazar de esa forma a un cadáver, pero yo no lo culparía por ser tan precavido cuando *el Mensajero* resucitó hace unos días ante sus ojos.

Una vez que se ha asegurado de engancharlo bien, el trampero jala de la polea para levantar el cuerpo y colgarlo en el techo de la camioneta que ha convertido en su propia carnicería.

El denso pelaje del errante lince se estropea a medida que el hombre lo retira con un cuchillo para desollar, algo imperdonable para alguien con su experiencia.

Pero es que no busca conservarlo, así que el Inquisidor abre del esternón a la barriga en una línea recta y cuenta las costillas.

Sí. La misma cantidad que un humano.

Corta un trozo de músculo. Pequeño, del tamaño de su pulgar, y lo observa brillar como un rubí entre sus dedos antes de llevárselo a la boca.

Ha probado mucha carne exótica a lo largo de su vida, pero no sabe si lo que le gusta de ésta es el sabor graso de las partes que parecen más humanas o el placer que siente al ver que sus peligrosos enemigos se han convertido en un vulgar trozo de comida.

Rasguño las paredes de mi celda, atosigada por la envidia y el hambre al verlo paladear el

sabor del hierro entre las costuras de su mejilla.

—Es maravilloso, ¿no es así? —aquella voz nos arranca a los dos de nuestra fantasía, pero el Inquisidor no gira la cabeza hacia aquella esquina oscura de la caja, desde donde *él* lo observa.

Sabe que está allí. Escucha el ligero batir de sus alas, pero no soporta mirarlo. No tolera esa cara de ojos gentiles hundidos en sus cuencas, esa sonrisa dulce en una boca deforme por el frío.

Benjamin lo siente acercarse, y no por sus pasos, tan ligeros como una pluma, sino porque esa criatura despierta en él un miedo que nunca había experimentado antes.

Porque aquella noche, en cuanto el cadáver del perpetuasangre Sammuel se irguió sobre el congelador, el trampero contuvo un grito. Como si, después de todas las cosas que había visto y hecho, un muerto que se levanta de su tumba fuese lo más terrible que pudiera pasarle.

Al apuntar su arma, el hombre alado torció la cabeza y sonrió.

—Malcolm Dallas me disparó en el pecho con una escopeta, ¿y tú crees que vas a matarme ahora con eso? —dijo con una voz que Lander no reconoció, pero que yo sí que escuché muchos años atrás.

Un emisario. Un portador de un mensaje que, en vez de robar el cuerpo de un brujo para manifestarse, ha preferido tomar el de un cadáver.

—¿Qué demonios quieres? ¿Venganza? —musitó el Inquisidor.

—¿Venganza? No. No, Benjamin —contestó Sammuel con ternura—. Al contrario. Vine aquí para ayudarte.

El cuerpo salió del congelador y bajó de la camioneta de carga. Y aunque no le gustó la condescendencia de aquella criatura, se percató de que los dos niños que tenía secuestrados temblaban y gemían, horrorizados ante la figura del ángel caído.

—¿Sabes cuál es la razón por la cual no puedes con ellos? —preguntó el emisario—. Es porque todo este tiempo los has tratado como bestia como animales que puedes cazar con balas y sogas, en vez de verlos como lo que son en realidad.

Al acercarse, el recelo de Benjamin se convirtió en extrañeza, porque sólo le hizo falta una inhalación para descubrir en aquel hombre el mismo olor que había percibido durante las apariciones de su hijo.

Bajó el arma y la guardó en su funda. No sabía a ciencia cierta cuál era su naturaleza, pero aquel cadáver ya no era el hombre que Dallas había asesinado en Stonefall.

—¿Por qué traicionarías a los tuyos? ¿Quién dice que no es todo un engaño para liberar a estos dos?

—Esas criaturas son una abominación, Benjamin —dijo el ángel, casi con ternura—, el resultado de la fornicación entre un hombre y un súcubo, un demonio que pretendía ser una mujer. Sí, tendrán qué morir y ser purificados, pero todavía no es el momento. Todavía son útiles para nuestro cometido.

—¿Y por qué carajos debería confiar en ti? —insistió.

—Porque estoy a punto de darte justo lo que necesitas para acabar con esa estirpe de brujas.

El cadáver alado se llevó dos dedos a la boca, la torció un poco y, con un jalón suave, se arrancó algo de allí.

Primero, el trampero creyó que era un diente. Pero al acercarse descubrió que se trataba de una bala, blanca como la luna.

Luego, miró de nuevo la criatura frente a él.

—¿Quién diablos eres?

El monstruo sonrío.

—Mi nombre es Nalvage.

Benjamin sacude la cabeza y se aleja de los sucesos de aquella noche cuando el Mensajero se para a un lado suyo para contemplar la carcasa del hombre lince.

Lander siente aquella bala blanca en su bolsillo, la cual tiene el peso de un revólver. Decide que no tiene ganas de seguir descuartizando la cena, así que deja todo tal cual está y baja de la camioneta de un salto.

Camina a través de su gente, acuclillada alrededor de montículos de escombros con los que han comenzado a hacer fogatas, mientras que el ángel flota detrás de él con los pies en puntas y su pestilente perfume como una estela.

Lo que más desconcierta al Inquisidor es que sus hombres han visto a Nalvage deambular entre ellos. Inclusive, más de uno se ha tropezado con él y lo ha pasado de largo, como si nadie pudiese verlo en realidad.

Después de cruzar el campamento, se detiene en el lindero del bosque y observa la casa destruida en medio de la colina.

Cuando el mensajero Sammuel le dijo dónde encontrar al Atrapasueños de los motociclistas, haberlos emboscado y aniquilado de forma satisfactoria le había regresado el poder a Benjamin sobre su gente. Pero que ahora los hiciera detenerse en Minnesota, en una casa que ya tenía tiempo de haber sido abandonada, parecía fútil.

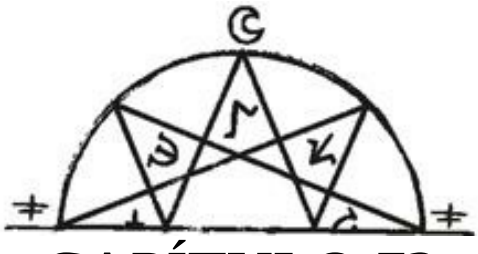
Los rastros estaban cubiertos de nieve, y nadie parecía haberse dado cuenta siquiera del desastre que había ocurrido en ese lugar. No había policías a la vista, ni señales de que alguien más se hubiese acercado. Sólo un montón de artilugios colgados entre los árboles, muy parecidos a aquella bolsa llena de los ojos de sus tramperos.

Sí. Él sabe que mi hermosa criatura estuvo aquí, de eso no hay duda, pero…

—¿Por qué nos has traído a este sitio? —pregunta—. ¿Por qué no llevarnos directamente donde están esos desgraciados?

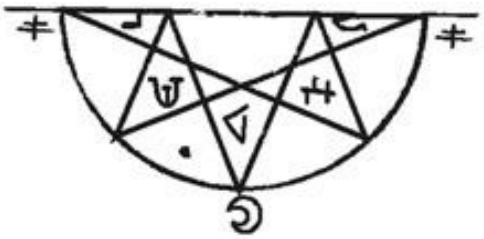
El Mensajero mira el sendero que lleva a la montaña, donde sabe que un cadáver sigue enterrado bajo la nieve.

—Porque falta muy poco para que *ellos* lleguen, Benjamin —anuncia el ángel—.Y voy a asegurarme de que tú y tu gente estén preparados para recibirlos.



CAPÍTULO 72

EL SECRETO DE LA GALLINA NEGRA



Cuando se cumple el plazo, salimos de la casa de Aradia, muy tarde, cerca de la medianoche. Y mientras que Hoffman y Johanna han decidido quedarse para cuidar de Allen, el resto de Comus Bayou nos dirigimos hacia el pozo para encontrarnos con las tres brujas.

El frío encorseta las costillas, tanto así que hasta Tared ha decidido llevar una chamarra más gruesa de lo normal, pero Julien y Nashua parecen tensos por razones ajenas a la helada. No puedo culparlos por estar nerviosos cuando yo mismo siento mis adentros retorcerse presas de la expectación.

Ellas ya nos esperan sobre el sendero, con una vela blanca cada una mientras que Ilya las escolta como un fantasma mimetizado con la niebla.

Tared endurece el semblante al cruzar la mirada con él. No le agradó enterarse de lo que el hombre albino hizo el día que fui a Salem con las chicas, y aunque no me ha dicho nada al respecto, es obvio que ha caído completamente fuera de su gracia.

—¿Traes el athame, Elisse? —pregunta Inanna después de darnos las buenas noches, por lo que le muestro el mango del arma en mi bolsillo—. Muy bien. Los esperaremos aquí entonces.

Asiento con la cabeza hacia los míos para adentrarme junto con Hela en el sendero. Andamos unos cuantos minutos en la foresta, sobre un camino muy distinto a la dirección que tomamos con Bathin para ir al pueblo, hasta dar con una vieja cabaña en la nieve, no más grande que aquélla en la que nos refugiamos Tared y yo en Montana.

La chica me guía hacia la parte trasera, donde encontramos un establo con espacio para apenas un caballo. Y mientras ella busca algo en su bolsillo, distingo un catre desde la ventana

de la choza.

—No creí que en este bosque hubiese algo más que la casa de Aradia —digo a la rubia.

—La niebla tiene muchos senderos que, en su mayoría, no llevan a ninguna parte, por lo que seguirlos sin la guía de un demonio puede significar perderse para siempre —explica—. Pero hay ocho caminos principales, ocho rutas que conducen a espacios que cumplen una función específica para el Culto. Uno es la casa. Otro es el camino a Salem. Y éste, el más corto de todos, es la morada de Ilya.

—¿Y por qué está aquí afuera?

Ella se detiene unos segundos, quizá considerando si debería contarme algo de todo aquello.

—Por más especial que sea, Ilya sigue siendo un devorapieles. Y como no puede formar parte del Culto, tampoco tiene un lugar fijo en la casa con nosotras —dice al final, con cuidado—. Pero no te preocupes. Como consorte de Inanna, tampoco pasa tanto tiempo solo en esa cabaña.

Confirmar, fuera de toda duda, que el hombre albino *es un errante* me sorprende muchísimo pero, antes de que pueda preguntar más, Hela saca por fin una llave. Se cruza un dedo en los labios para pedirme silencio y abre la puerta del establo.

Trago saliva y entro de puntillas al lugar. De inmediato escucho los suaves ronquidos de la gallina negra, apacible y regordeta sobre un nido de paja, rodeada de las semillas y virutas de madera con las que la han alimentado estos días.

Ella despierta ante el crujido de la paja bajo mis pasos, pero la tomo del cuello con la suficiente fuerza como para que no pueda emitir ruido alguno. El animal se retuerce, histérico entre mis puños, y suelta a su paso unas cuantas plumas mientras lo saco del establo. Hela le cierra el pico con cinta de aislar y suspira, aliviada de que ni un solo cacareo se haya escapado de su garganta.

Al regresar con los demás, Julien alza una ceja al ver al animal revolotear bajo mi brazo.

—Esto se va a poner lindo, ¿verdad? —pregunta sin humor.

—No va a ser agradable, eso es seguro —dice Inanna—, pero no les habría pedido venir hoy de no ser necesario. Es mejor tener refuerzos por cualquier… eventualidad.

Ella nos da la espalda para que podamos seguirla. Y a medida que avanzamos, el sendero bajo nuestros pies se ensancha.

—¿Y Bathin? —pregunto al ver que el jinete no ha aparecido aún para guiarnos.

—No te preocupes. Tenemos a Ilya, y nadie conoce mejor los caminos que él.

Miro hacia la espalda del hombre, quien se mantiene bien cerca de la bruja goética.

Con el enigma de su naturaleza aún en mi cabeza, alargo mi mano hacia Tared, quien me estrecha bajo su brazo para protegerme del frío. Caminamos durante más o menos un kilómetro hasta que por fin el sendero corona en una pequeña colina.

El agarre del lobo sobre mí se afianza al ver lo que hay en la cima.

Es un tocón, grande como un sofá y cuyas raíces se arquean por todo el monte como olas, cubiertas por cientos y cientos de velas derretidas a lo largo de sus cortezas; otro fragmento de mi visión que se materializa en la noche.

La inquietud se acentúa cuando la luz de la luna creciente ilumina la superficie del tronco y contrasta las densas manchas oscuras que se derraman por los bordes y las raíces.

Un sitio de ofrenda. Un lugar de sacrificio.

Las tres brujas atraviesan las raíces y se colocan alrededor del tocón. Caligo y Hela ponen sus velas en medio, como si fuesen dos columnas, y luego Inanna se gira hacia mí.

—Ordénales a los miembros de tu familia que no muevan un dedo, que no se aproximen ni se inquieten a menos que yo se los pida. ¿De acuerdo?

Los tres asienten y la tensión burbujea como un caldero. Subo la colina, con el animal cada vez más inquieto entre mis brazos, y ellas me hacen espacio para que pueda unirme.

Tengo a Inanna de frente y a sus hermanas a los costados con sus caras iluminadas por las pequeñas llamas aun cuando la brisa recorre mis tobillos como una serpiente de hielo.

Saco el athame de mis ropas. Y, con la gallina en la mano, trazo con la punta un triángulo en medio de las dos velas, su cúspide hacia Inanna como una plancha de *ouija*.

—*Miohle, Miasshé. Miohle, Miasshé. Miohle, Miasshé* —murmuro a la par que escribo aquellos dos nombres alrededor del triángulo.

Mi magia circula con el conjuro, y cuando la espada comienza a hostigarme, las tres brujas levantan las manos sobre las mías para contrarrestar su opresión, imitando la energía que la casa de Aradia siempre ejerce sobre mí.

Pongo a la gallina boca arriba en medio de las velas, y la aplasto con la palma de mi mano abierta como una estrella de cinco puntas.

El animal me picotea, se revuelve y me rasguña, pero no le permito escapar, por más que una parte de mí luche por compadecerse de ella.

—¡*Miohle, Miasshé*, espíritu de los canales, de los oídos y los susurros en la noche! —exclamo para apuntar hacia la luna con mi cuchillo, empuñado en la mano izquierda—, ¡te pido que grites el nombre que ahora agoniza en tus entrañas!

Mis hermanos y Tared plantan los pies en el suelo para no llamar la atención de *aquello* que empiezo a percibir bajo la gallina.

—Libérame de la ignorancia, ¡libera el secreto que yace en tu interior! *¡Miohle, Miasshé!*

—*¡Miohle, Miasshé, Miohle, Miasshé, Miohle, Miasshé!* —rezan las tres brujas al unísono.

La brisa se convierte en ráfaga y todas y cada una de las velas sobre las raíces se encienden de golpe. El campo de sacrificio se ilumina con la luz de cientos de llamas.

Muéstrate…...

Contengo el aliento cuando, ante la orden del monstruo de hueso, el animal empieza a *crecer*. A engrosarse contra mis dedos crispados en las plumas y la piel de su pecho.

—Maldita sea, ¡se está escapando de la gallina!

Ante el grito de Caligo, las tres brujas se lanzan para atrapar a la bestia. Inanna la toma del cuello y el pico y sus hermanas de las alas.

Las extremidades y el cuerpo redondeado se alargan hasta formar un torso humano, mientras que su corazón late con la fuerza de tres bajo mi mano.

Me veo obligado a retroceder cuando una de las patas, ahora transformada en una pezuña, me golpea el abdomen.

—¡No se muevan! —exclamo al ver de reojo cómo alguien de Comus Bayou se sobresalta. Y también creo notar que Ilya ha desaparecido.

—¡Elisse, apúrate! —exige Inanna, con las manos heridas por el filo del pico que se niega a soltar.

—¡Surge de entre las sombras! —reacciono, para echarme de nuevo sobre la bestia—, ¡revela el secreto que retumba en el abismo!

—*¡Miohle, Miasshé. Miohle, Miasshé. Miohle, Miasshé!* —gritan las brujas con fuerza, una y otra vez.

—Por esta sangre, por este vínculo y esta ofrenda, ¡libera el nombre verdadero de mi Mara o regresa al pozo de donde te he traído!

Y con este mandato, corto de lado a lado la garganta de la gallina.

Un grito *humano* sale de la abertura, tan alto que me encojo de hombros para que no me revienten los oídos. Aquella hendidura se abre y se cierra como si se hubiese convertido en una boca.

—¡Auxilio, Padre Santo! —grita a todo pulmón—, ¡auxilio!

—¡Dame su nombre, criatura hipócrita! —grito.

—¡Ayuda, padre Jehová, ayuda! —insiste—, ¡dile a tu arcángel que detenga el brazo de Abraham y salve a tu hijo!

Bajo mi athame hacia el pecho cada vez más humano de la gallina.

—¡Dame su nombre verdadero o me tragaré tu corazón para que desaparezcas!

—¡Ella, ella, quien está en las sombras! —contesta por fin, aterrada por mi amenaza—. ¡Ella, quien está en la niebla y en la luna que todo lo mira como un ojo!

—¡Dime su nombre!

—¡Su nombre no yace en mi garganta, sino detrás de la Puerta de los Mil Brujos construida por los ángeles!

Mi agarre sobre la daga se afloja.

—¿Qué? ¡¿De qué puerta hablas?!

Ante mi pregunta, la gallina se inmoviliza de golpe. Y, despacio, saca su negra lengua de la garganta. La alarga, tanto que pareciera querer tocarme con ella.

Como una guillotina, sus dos hileras de dientes humanos se cierran sobre ella.

—¡NO, BASTARDO! —grita Inanna, furiosa cuando el asqueroso órgano se desprende de la criatura.

—¡No, dime su nombre, maldita sea! —sacudo el cuello de la gallina antropomorfa de un lado a otro, pero la hendidura comienza a vomitar sangre, tan fría que es como si nos echasen agua helada a las vestiduras.

—¡Es inútil, Elisse, tienes que pedirle que se marche! —exclama la bruja goética, con el temor de que, de la abertura, logre asomarse algo peor que aquella voz.

Miro hacia la lengua, tiesa a un lado del animal, y siento que mis rodillas pierden fuerza.

—Desciende hacia el pozo, *Miohle.*…

El viento apaga todas las velas de golpe y el monstruo deja de convulsionarse.

Tared sube la colina a zancadas cuando le hago una señal con la cabeza. Él me sostiene de inmediato, puesto que sabe lo agotado que he quedado ante la lucha contra el espíritu y la propia espada.

Mis hermanos, en cambio, se acercan con más precaución, la mirada fija sobre la mutación ya inmóvil sobre el tronco.

—¿Averiguaron el nombre? —pregunta Nashua, y un gesto de tensión marca la mandíbula de Inanna.

—Pues…

—¡Mi señora!

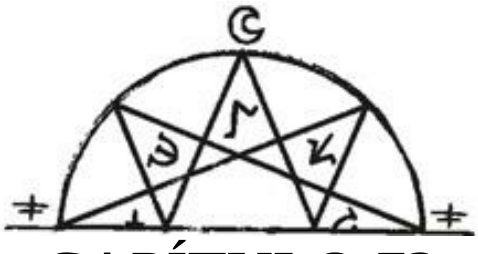
Aquel grito corta sus palabras. Todos nos giramos para ver cómo Ilya corre hacia nosotros por el sendero, con su semblante descompuesto por la agitación.

—¡Mi señora! ¡Se ha ido! —repite el devorapieles albino.

La bruja arruga el entrecejo:

—¿Qué dices?

—¡Se lo ha llevado, el jinete Bathin nos ha traicionado! —exclama el hombre, furioso—. ¡Allen Miller ha escapado hacia Salem!



CAPÍTULO 73

VAASAA

Tared echa a correr tan rápido que casi lo pierdo de vista. Instantes después, los demás nos abrimos paso por el bosque, detrás de ambos devorapieles, mientras maldigo una y otra vez a Hoffman y a Johanna. ¿Cómo carajos es que el chico pudo escapar si se habían quedado precisamente para vigilarlo?

El sendero bajo mis pies se esfuma para dar paso a un duro suelo de asfalto, mientras que la neblina se transforma en una ventisca tan fría que casi me paraliza.

Ilya desaparece y una luz blanca nos deja ciegos por un segundo. Y cuando un potente olor a agua salada se pega en el fondo de mi paladar, caigo en cuenta de que el hombre no nos ha guiado de vuelta hacia la casa.

Estamos en el estacionamiento de un enorme hangar, construido en una de las costas de Salem. Yates, barcos y lanchas yacen encalladas a lo largo del muelle, contoneándose por las aguas agitadas por el viento de una tormenta de nieve que golpea con fuerza el litoral.

No distingo de dónde ha venido la luz que nos ha cegado, puesto que el alumbrado público está muerto.

—La isla del invierno —exclama Hela a mis espaldas porque, con la tempestad, no hay forma de escucharnos más que a gritos.

Mis nervios se tensan cuando miro a un lado y otro.

—¿Dónde están Julien y Nashua? —pregunto al no verlos entre nosotros.

—No lograron cruzar la niebla, pero haré que Asmoday los guíe de vuelta a la casa —dice Inanna.

—Maldita sea, ¡Allen! —llama Tared a todo pulmón, pero la tormenta no nos permite ver más allá de unos metros a la redonda.

—¡Allá! —Caligo apunta hacia Ilya, quien se aleja por un sendero que conduce a una pequeña loma arbolada frente al mar.

Lo seguimos a toda prisa hasta llegar a un viejo fuerte de piedra de la época de la colonia, semienterrado en la cima y con sus puertas de hierro abiertas de par en par. Metros delante, se extiende una playa de arena oscura, rodeada como una media luna por las enormes rocas de la isla.

Y allí es donde por fin logro verlo.

—¡Allen! —exclamo, aterrado. Con medio cuerpo en el agua, el chico empuja un bote de remos para adentrarse hacia el embravecido mar que ruge delante de él.

Tared y yo bajamos por la pendiente hacia la playa a toda velocidad con el corazón en la boca al verlo subir a la embarcación de un salto.

—¡Allen, no, regresa! —grita Tared cuando las olas golpean furiosas contra el bote.

—¡Espera! —grita Caligo antes de que el lobo pueda lanzarse al agua—, yo iré por él.

La bruja se quita el abrigo y salta varios metros sobre la arena.

En un instante, sus brazos se convierten en alas negras de gran envergadura, tan enormes como las de Fernanda. Pero el largo cuello desplumado, sujeto a una cabeza completamente humana, me indica que no es un águila, sino más bien una especie de buitre.

Caligo se transforma en una de esas temidas arpías de la mitología griega, con garras tan grandes y afiladas que podría perforar cualquier hueso, si lo quisiera.

Ella vuela hacia el bote y extiende las patas para arrancar al chico de la cubierta, pero antes de alcanzarlo, tuerce las alas y se eleva en línea recta hacia el cielo.

—¡¿Qué está haciendo?! —exclama un angustiado Tared cuando ve a la errante planear en círculos.

—Por la Grieta, ¡miren eso! —exclama Hela, quien apunta con su dedo hacia el agua.

Un montón de pequeños remolinos se forman en la superficie y rodean la embarcación, empujándola hacia el mar.

Jadeo de sordo terror al ver que el jardín letal de brazos blancos de la Marionetista brota de las espirales como los tentáculos de un calamar.

Y en un instante, el bote es hundido en las aguas.

—¡NO, ALLEN!

Un relámpago azul estalla a nuestras espaldas, lo hace tan cerca que el impacto nos derriba a todos contra la arena.

—¡Hela, ayuda! —exclama Caligo desde lo alto.

A pesar de la sacudida, la rubia se levanta de inmediato y se zambulle de golpe, tan rápido

como si el mar hubiese abierto la boca para tragársela. Un segundo después, ella resurge entre las olas, con las piernas convertidas en una cola de tiburón negra como el petróleo. Desde el suelo, muevo la cabeza hacia un lado y otro, preguntándome dónde carajos está Inanna.

Otro estallido retumba, pero esta vez dentro del fuerte de piedra. Y cuando un segundo relámpago azul resplandece en el túnel, Ilya es lanzado desde el interior.

El devorapieles vuela en el aire y azota contra las grandes piedras que bordean la playa, con tal fuerza que alcanza a rodar hasta nosotros.

—¡Ilya!

Tared y yo nos lanzamos hacia el errante para socorrerlo. Pero al llegar a su lado casi grito de la impresión al ver que la caída le ha desencajado la mandíbula, y que uno de sus brazos se ha dislocado al punto de perforarle la piel.

Todo en él sangra tan profusamente que mi primera reacción es querer llamar a Johanna.

Tared se pone delante de mí de una zancada cuando algo vuelve a oírse dentro de la fortaleza. Algo que azota las paredes de roca y que provoca chispas tan grandes que me queda claro de dónde han salido los relámpagos.

Pero cuando la criatura emerge de la entrada, creo que hubiese preferido ver a tres ángeles como Golmá en su lugar.

Esta vez, el monstruo tiene dos cabezas, pero sus máscaras son distintas la una de la otra; una masculina y otra femenina, al igual que las mitades del torso que comparten. Uno de sus enormes puños pareciera estar hecho de oro puro, mientras que el otro fulge con el brillo de la plata, ambos cargados de una electricidad que zumba sobre la tormenta.

—Por los dioses, ¡¿eso es un Rebis?! —grito, aterrorizado.

—No, ése es Vaasaa —contesta Ilya a mis pies.

Doy un paso atrás cuando el devorapieles se levanta como un muerto de su tumba. Con el brazo que aún puede mover se acomoda el hombro hasta volver a encajarlo dentro de su cuerpo en una serie de crujidos que me hielan la sangre.

—¿Pero qué demonios eres? —pregunta Tared, tan consternado como yo.

—Ayude a mis señoras, joven Elisse —dice él después de ajustarse la mandíbula, con los ojos ahora en escarlata—. Nosotros detendremos al ángel de los Elementos Alquímicos.

Y entonces, comienza a cambiar de forma. Su cuerpo se forra de espeso pelo blanco cruzado por rayas marrones. Su hocico se alarga y se comba mientras que largos colmillos se asoman por las encías.

Cuando Ilya termina de transmutar en un gigantesco hombre tigre, se agazapa en la arena para echar a correr hacia la fortaleza.

—¡Ve con él! —suplico al lobo—, ¡yo iré por tu hermano!

Tared duda una fracción de segundo, indeciso sobre si dejarme a mi suerte, pero al final,

decide ir tras el otro devorapieles.

Al correr hacia la orilla, veo que Caligo ahora está en el agua, luchando por mantenerse a flote junto a un Allen inconsciente, ambos sobre un pedazo de la embarcación destrozada.

Me zambullo también en el agua, y cuando la arena revuelta me impide ver con claridad uso el fuego de mi magia para apartar la oscuridad de golpe. La playa es profunda, y después de nadar varios metros hacia ellos, sobreponiéndome a la corriente, veo a la enorme Marionetista y sus brazos rodearlos como pirañas, mientras que Hela maniobra como un proyectil de un lado al otro para distraerla, impulsada por su gruesa cola de sirena.

Como a pedir de boca, el resplandor de mis manos hace al ángel mirar hacia acá.

El monstruo abandona su cacería y se lanza hacia mí de inmediato, lo que le da la oportunidad a Caligo de levantar el vuelo y llevarse a Allen. Intento nadar de vuelta a la orilla, pero me alcanza casi al instante, mi pierna atrapada por uno de sus brazos.

Hela intercepta la extremidad de la criatura y entierra su athame en su muñeca para obligarlo a soltarme, pero tres brazos se enredan entre ellos como un garrote para propinar un potente golpe contra la errante. Ella grita y se desvanece en la oscuridad de la violenta marea.

El ángel me rodea y la corriente me arrastra mar adentro junto a ella, con un abismo cada vez más grande bajo mis pies. Al sentir que me quedo sin aire, dejo que sus extremidades me alcancen, que se aferren a mi cuerpo como una medusa.

Y después, hago estallar el fuego por toda mi piel.

Casi la escucho gritar bajo el agua cuando sus letales tentáculos hierven con el impulso de mi magia.

En menos de un segundo, Hela me embiste y me abraza con fuerza para sacarme a la superficie antes de que me ahogue.

Cuando logramos salir a la playa, Caligo corre hacia nosotros envuelta en su abrigo, despojada ya de su piel. Me ayuda a arrastrar a su hermana lejos de la orilla, para luego arrancarle las branquias del cuello. La rubia jadea de dolor con un costado amoratado bajo la blusa empapada.

Mientras la envenenadora se ocupa de ella, yo me sobrepongo al peso de la espada para ir hacia Allen, aún recostado sobre la arena.

—¡Allen, Allen! —grito mientras me echo de rodillas a su lado.

Caligo ya debe haberle sacado el agua de mar, pero está pálido, y tan frío que sus labios se han puesto azules.

¡Mierda, mierda, mierda!

Déjalo morir.

Lo tomo de las mejillas y empiezo a llevarle calor a todo el cuerpo, intentando no freírlo con

mi magia como a la Marionetista. Después de unos momentos, el agua se evapora de sus ropas y su piel recupera algo de color.

Lo pongo de costado cuando empieza a toser, pensando en que quizá necesita expulsar más agua. Pero en vez de eso, el chico vomita una… ¿bola de papel?

—¿Qué carajos…?

—¡Elisse!

El grito de Caligo me hace mirar de nuevo hacia el mar.

La Marionetista brota a la superficie con su boca de metal abierta y los brazos ardiendo, mientras entona el terrible grito de aquella trompeta como una sirena terrible.

Pero antes de que pueda tocar tierra firme, la dirección del viento cambia para soplar contra el ángel. Las olas la golpean y la marea comienza a empujarla hacia atrás.

Abro la boca de asombro al ver que Inanna levita a un costado de la playa, a varios metros sobre las rocas. Tiene los ojos en blanco, y el cabello flota a su alrededor como si estuviese dentro del agua.

Es ella. ¡Ella es quien controla la tormenta!

Pero mi sorpresa no hace más que crecer cuando la niebla y la tormenta se despejan al cambiar de dirección, puesto que ahora puedo ver lo que hay detrás de la bruja.

Un faro. Con aquella luz que me dejó ciego girando en su punta sin parar.

—¡Elisse, cuidado!

Mi chispazo de claridad desaparece ante el grito de Tared.

Tomo a Allen de los hombros y nos aparto antes de que un trueno nos pulverice.

El ángel de los elementos se aproxima con su mano de plata cercenada y el cuerpo mallugado de golpes y mordidas. La espada dentro de mí vibra como si la alquimia de aquella criatura la llamase.

—*¡Tu corazón pide que lo devore, amma Graa!*[*] —grita en aquel idioma extraño.

Ilya embiste al ángel por la espalda, pero la criatura se sacude al errante con un potente movimiento. Tared intenta darle alcance para impedir que se nos acerque, pero es demasiado veloz. De un salto, cae delante de nosotros y alza su puño dorado como un mazo sobre nuestras cabezas.

Ante el resplandor de aquel golpe inminente, hago lo único que se me ocurre:

—¡*Ommeb,*[**] Vaasaa! —grito en la misma lengua de la criatura.

Y, como si fuese obra del mismísimo Dios, el monstruo detiene su brazo ante mi comando.

No perdemos un minuto más. No cuando mi debilidad, cada vez más presente, amenaza con abrirle las puertas al monstruo dentro de mí.

—¡Inanna! —grita Ilya. La bruja baja sus brazos y la corriente que mantenía cautiva a la Marionetista desaparece.

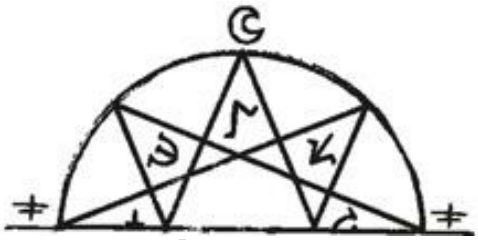
Tared carga a su hermano sobre su hombro mientras Ilya hace lo propio con Hela. Y una vez que la bruja goética se reúne con nosotros, nos ponemos en marcha para seguir al devorapieles hacia el hangar.

Miro por un segundo hacia mi espalda. No a Vaasaa, quien ladea la cabeza y despierta de su trance, sino a aquel faro sobre las rocas, el cual se funde de nuevo contra la tormenta.

---

[*] “Vas a arder, Luna Maldita.”

[**] “¡Detente, Vaasa!”



CAPÍTULO 74

LA LENGUA DE ADÁN

*E*s *el faro.*

No me cabe ninguna duda. Es el mismo maldito faro de la postal de mi padre.

Y si no subo como un rayo a decirle esto a Hoffman es porque ahora mismo debe estar teniendo una pelea campal con Tared en la segunda planta de la casa. Y aunque todavía no sé por qué él y Johanna descuidaron a Allen de esa manera, en estos momentos tampoco me importa demasiado.

Así que, en cambio, estoy sentado en el porche, acompañado del alba que roza los endrinos con tanta lentitud que parece resistirse a separar la niebla de la oscuridad.

El frío me acaricia con su garra, pero me veo obligado a soportarlo al escuchar a Inanna acercarse.

—Lo lamento. Lo lamento muchísimo —digo al sentirla detrás de mí—. Allen era nuestra responsabilidad, y más al haberlo traído a tu casa. Y ahora Hela está…

—No, Elisse. Nada de esto habría pasado si Bathin no hubiese accedido a llevar a Allen Miller a través de la niebla —asegura con asombrosa tranquilidad—. Y no voy a tolerar semejante traición.

Cuando ella da un paso al frente, descubro que lleva un látigo de cuero entre las manos cuya punta tiene cuerdas con cuentas de hierro y trozos de hueso afilados como ganchos; un artefacto tan siniestro que bien podría haber sido sacado del repertorio de los Lander.

—¡Mi señora, por favor!

Aquel grito desesperado me hace mirar hacia el pozo.

Ilya se acerca despacio a la casa. En una mano, lleva a Bathin asido del pelo, mientras que en la otra arrastra a su caballo fantasmal de una de las patas traseras.

—¡No, por favor, mi señora! ¡El chico me obligó, se lo…!

Inanna estruja el mango del látigo con tanta fuerza que el demonio calla de puro terror.

—He sido buena contigo, Bathin —dice ella—. Te traje al mundo de los vivos para que pudieras sentir la tierra bajo tus pies, la caricia de la niebla en tus mejillas, ¿y así es como me pagas?

—¡Señora, se lo ruego! ¡Por sus dones, tenga piedad! —suplica él.

La bruja ladea la cabeza.

—¿Piedad? Esto no es una iglesia —espeta, asqueada—. Esto es la casa de Aradia.

Con el índice de su mano izquierda, Inanna hace un gesto y un círculo se traza en el suelo del patio siguiendo los movimientos del dedo de la bruja.

Ilya arroja a Bathin dentro de la circunferencia, quien se levanta de inmediato para escapar, pero cae de espaldas al chocar contra el campo de contención. El demonio maldice, se retuerce y profiere una cantidad increíble de obscenidades.

—¡Sácame de aquí, Bestia Revestida de Luna, sálvame y te otorgaré mis poderes! —suplica, pero yo lo miro con la misma repulsión que Inanna.

Ella comienza a bajar uno a uno los escalones del porche, como si quisiera infundirle un terror cada vez más profundo a la criatura, quien se paraliza cuando la bruja llega hasta él.

—Ya he decidido tu castigo, Bathin —confirma—. Durante quinientos años no volverás a ver la niebla en la noche ni admirarás la Estrella de la Mañana. Y ningún humano o bestia podrá evocarte hasta que cumplas tu condena —dice a la par que acaricia el látigo entre sus manos—. Y ahora, me encargaré de que me devuelvas, *tira a tira*, la piel que tan generosamente te otorgué.

No me quedo a mirar.

En cuanto Inanna levanta el látigo, doy media vuelta justo antes de que reviente el primer chasquido sobre Bathin.

Al contrario de lo que esperaba, no escucho un solo grito al entrar en la casa.

Tampoco hay nadie de Comus Bayou en la sala, por lo que voy hacia la cocina del fondo para encontrarme con Hela y Caligo. La rubia descansa en una silla mientras que su hermana yace inclinada sobre una mesa, con una de las tijeras del pasillo en la mano.

Ella corta con cuidado partes de la gallina negra, la cual está tendida como un conejillo de indias sobre la madera.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto a Hela.

—De maravilla. De no haber sido por tu hermana, Caligo se habría pasado la semana preparando té de árnica para mí.

Preguntaría el porqué pero, para ser honesto, saber qué tipo de propiedades podría tener el cuerpo de algo como una gallina poseída me resulta más intrigante, así que me acerco a mirar la labor de Caligo.

—¿Y qué tal está tu hombre? —pregunta la envenenadora, quien pone la cresta de la criatura en una bandeja—. Arrancarle un puño a Vaasaa no debió de ser fácil…

Empiezo a ayudarle a desplumar a la gallina, trabajo que la errante arpía parecía haber dejado a medias.

—No tuvo heridas muy graves —ladeo la cabeza al descubrir el brazo demoníaco que se formó bajo el ala—. Además, está más preocupado por otras cosas.

—A quien sí le dieron una paliza fue al pobre de Ilya —añade Hela—. Nunca lo había visto perder tantos dientes.

—Él estará bien —afirma Caligo—. De no ser así, Nanni no lo habría mandado a traerle a Bathin y…

—¿Qué *es* Ilya?

El repentino silencio de las tijeras me hace pensar que quizás haya preguntado algo que no debía. Pero, al recordar la franqueza con la que las brujas me han tratado desde el principio, decido insistir:

—Comparte muchos rasgos con los demonios, pero no tiene costuras ni tampoco se comporta como ellos. Dijeron que era un devorapieles, pero no puedo sentir a ningún ancestro dentro de él. Entonces, ¿qué es en realidad?

Ellas miran de reojo hacia los ventanales, quizá para asegurarse de que Inanna sigue en lo suyo. Luego, Caligo deja las tijeras para buscar algo en los cajones.

—Cuando tenía dieciséis años, Inanna tuvo que abandonar Rusia Oriental para salvar su vida —comienza—. Ella era una amenaza no sólo por su identidad y sus orígenes, sino también por los poderes mágicos que muy poca gente del feroz régimen estaba dispuesta a tolerar. En el camino, fue capturada por un grupo de soldados, entre los que iba el propio Ilya —la envenenadora encuentra un cuchillo de carnicero y comienza a decapitar a la gallina—. Él no sólo se sorprendió de ver por primera vez a otra errante, sino que se enamoró tan perdidamente de ella que traicionó a sus camaradas para salvarla. Y juntos escaparon en una embarcación ilegal con rumbo a Norteamérica.

”Lamentablemente, Ilya resultó herido, quizá durante la huida, tal vez durante el viaje en barco. Inanna nunca nos ha dado demasiados detalles al respecto. Pero Aradia, quien había predicho la llegada de la portadora de Satanás, ya los esperaba en la costa donde arribaron.

Mientras escucho todo esto, empiezo a pensar en lo mucho que la historia de Inanna se asemeja a la mía o a la de cualquier bruja que se atreve a serlo en una sociedad atontada.

—No había remedio. Ilya iba a morir —continúa—. Pero ambos estaban tan desesperados por seguir juntos que él decidió hacer un pacto con Aradia. Uno muy… especial.

La envenenadora termina de separar la cabeza del cuerpo, y luego camina hacia una de las repisas de la cocina, de donde saca el libro de las generaciones del Culto, el cual, estoy seguro, no estaba allí hace un minuto. Lo coloca en la mesa, sobre la gallina, y lo abre en la última página de las firmas.

Después, apunta con el dedo hacia una que está escrita en cirílico.

Илья Сергеевич Стасов

(Ilya Sergeyevich Stasov)

—No lo entiendo —digo, confundido—. Si nadie que no sea un brujo debe ser parte del Culto, ¿cómo es que pudo firmar este libro?

—Porque el pacto de Ilya no fue entrar al aquelarre, no como sucede irremediablemente con todos los contemplasombras que firman, sino ligar su alma, *su voluntad,* directamente a la de nuestra Madre —me explica—. Tal cual el monstruo que intenta dominarte por medio de tu corazón, Ilya le ofreció este valioso vínculo a Aradia minutos antes de morir para que ella pudiera hacer lo mismo. Y antes de que su alma terminara de cruzar el plano medio para entrar a la muerte definitiva, ella tiró de este vínculo y lo trajo de nuevo al reino humano.

—Pero creo que a estas alturas ya sabes cuáles son las consecuencias de *pactar* con nuestra magia —dice Hela con tristeza.

Y lo que Caligo confiesa a continuación, con la voz casi rota, me deja completamente asombrado:

—Aunque él volvió, *no así su ancestro.* La mitad de su esencia quedó perdida para siempre en el plano medio, y su transformación, su apariencia y su piel no son más que un fragmento de su memoria. Un espejismo de su antigua naturaleza bestial.

Ya. Eso explica por qué las garras del hombre tigre se retraían por sí solas, así como la manera en la que podía recomponer su cuerpo en la batalla.

—Sus reacciones humanas, sus emociones, su capacidad de comunicarse con normalidad; todo en Ilya cambió de una forma antinatural a partir de ese día —continúa la bruja—. Los demonios goéticos sirven a Inanna, pero él *pertenece* a nuestra Madre, y al ser un alma encerrada en un espejismo, una ilusión, no importa que pasen los años y que Inanna envejezca y muera junto con todos nosotros. Él seguirá aquí, sirviendo a Aradia y a esta casa…

—Por toda la eternidad —concluyo.

No soy consciente de cuánto tiempo permanezco con los ojos abiertos tras decir aquella frase. Tan sólo me llevo una mano a la mejilla para limpiarla.

—No te sientas mal por mí, querido.

Los tres nos sobresaltamos al escuchar a Inanna, quien entra a la cocina con una de las vasijas de latón que hay en el ático entre las manos.

La vasija está cerrada y tiene el nombre de Bathin escrito por todas partes.

—Cuando accedió a firmar el libro de Aradia, Ilya sabía perfectamente cuáles iban a ser las consecuencias, al igual que yo —dice, poniendo el recipiente en el suelo—. El arrepentimiento no cambia el pasado, pero tampoco le resta valor a lo que hemos obtenido a cambio de un sacrificio.

Ella quita el libro de encima de la gallina y le hace una seña a Hela con la cabeza. La chica se levanta, con un poco de esfuerzo, y toma las tijeras. De una sola rajada, abre el vientre de la criatura, extrae un puñado de intestinos y los arroja sobre la mesa.

Ejecutando una especie de aruspicina, ella revuelve las entrañas hasta encontrar un papel enrollado. Lo extiende frente a sus ojos y niega con la cabeza.

—El espíritu hablaba con verdad —dice, y nos muestra que el papel está en blanco—. No conocía el nombre de tu Mara.

—No. Pero dijo que era una “ella”, y que su nombre se halla detrás de la Puerta de los Mil Brujos —musito—. Y, si no estoy equivocado, debe ser la que vi en mi primera premonición, una que estaba justo en este mismo bosque.

—Pero aun así, la visión es inexacta —dice Caligo, dubitativa—. La gallina dijo que fue construida por los ángeles, así que es imposible que esté en los dominios de Aradia.

—¿Y la gallina no podría decirnos dónde está si la invocamos de nuevo? —pregunto.

—Lo dudo mucho. Ese espíritu pertenece a nuestro lado de la magia. No hay forma de que conozca la ubicación de algo así.

Me muerdo los labios con frustración.

—Mierda, ¿y ahora qué vamos a hacer?

—Para tu fortuna, Inanna ya sabe la respuesta, pequeño.

Me yergo como una vara de pronto, como si no pudiese acostumbrarme a escuchar la voz de Aradia brotar de todas partes, tan cercana que parece que la tengo a mis espaldas.

Los tres miramos hacia la bruja goética, y ésta suspira.

—Cuando dijiste que podías hablar todas las lenguas del mundo, no consideramos que el *adámico* también sería una de ellas —reconoce.

—¿Adámico?

—El lenguaje oculto de los ángeles —explica la envenenadora—. Se dice que fue el idioma

que existió desde los tiempos de Adán en el Paraíso hasta la construcción de la torre de Babel. Y el cual, según las leyendas, fue transmitido a John Dee durante sus revelaciones.

—Así que de eso se trataba —murmuro al recordar todas las veces que esos monstruos se dirigieron a mí en ese idioma.

—*Pero el que hablases adámico no fue la sorpresa, brujo mío* —continúa Aradia—. *Sino que el ángel* decidiera obedecerte.

—¿Y eso es bueno? —pregunto con inseguridad.

—Es más que bueno, Elisse. Es impresionante —dice Inanna con… ¿orgullo?—. Los contemplasombras, por lo general, dedicamos toda nuestra vida a especializarnos en un solo tipo de magia. Ésta puede ser desde alguna que tenga que ver con nuestra cultura, la que nos haya sido transmitida por un contemplasombras más experimentado o, inclusive, una que hemos escogido por simple afinidad. Y la razón es porque, al poder acceder a la magia y al mundo espiritual de una forma más compleja que los brujos humanos, necesitamos mucho tiempo y experiencia para hacerla funcionar. Y el hecho de que tú puedas trabajar la alquimia, el vudú y cualquier tipo de magia sin ninguna experiencia, sin ningún conocimiento previo, es algo *extraordinario*. Porque eso significa que quizá también podrías manipular la magia enoquiana.

—¡Y a los propios ángeles! —exclama Hela, entusiasmada ante la revelación.

Mi boca se abre en un silencioso “oh” cargado de sorpresa, porque nunca había considerado usar la magia de mis enemigos no para combatirlos, sino para…

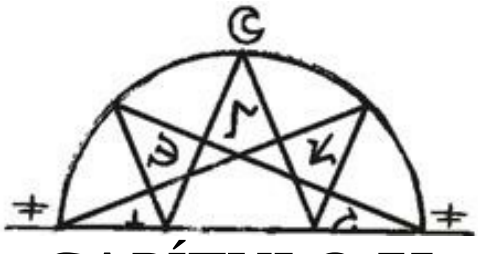
Manipularlos…...

—Pero sólo fue un momento —titubeo—. El ángel recuperó la consciencia momentos después.

—Eso no cambia el hecho de que lograste tener influencia sobre él —insiste Inanna—. Piénsalo, Elisse. Con los métodos adecuados, con las evocaciones correctas, quizá…

Inanna hace una pausa, y mis dedos se crispan sobre la mesa al comprender por fin.

—Ahora lo entiendo —musito—. Quieren que evoque a un ángel para que nos diga dónde está la puerta.



CAPÍTULO 75

UNA VERDAD INSIGNIFICANTE

Al salir al vestíbulo, me encuentro por fin con mi hombre lobo, quien baja las escaleras furioso.

—Eh, ¿todo bien? —pregunto, más por detener su acelerada marcha que por la respuesta.

—Sí. Sólo necesitaba ajustar cuentas con esos dos —Tared se pasa los dedos por el cabello, y percibo que aún tiene los brazos marcados por sendos moretones, en señal de que ni siquiera permitió que la perpetuasangre lo tratase.

—Dioses, ¿qué diablos pasó?

Él niega con la cabeza.

—Hoffman y Johanna empezaron a discutir por tonterías. Así que Allen aprovechó para escapar…

¿Una discusión? ¿Eso es todo? Dioses, con razón está tan molesto.

—¿Qué hay de tu hermano?

—Arriba —el lobo señala con la cabeza—. Ni siquiera tuvo las agallas para enfrentarme por lo que hizo, así que se encerró en el cuarto de Hela y echó el seguro.

—Pues tendrá que hacerlo, porque necesito hablar con él.

Saco mi libro rojo del bolsillo, y tomo de allí el papel que Allen vomitó en la playa para extenderlo frente al lobo. Se trata del letrero de “se busca” de los tramperos. Uno exactamente igual al que estaba pegado en la gasolinera de Montana.

—Mierda… —susurra, atónito—, ¿por qué los ángeles le darían algo así a mi hermano?

—Quizás hayan atacado a los Lander —digo—. O quizá…

—Los están guiando hacia nosotros.

Un estertor de pánico sacude mi cuerpo al siquiera pensar en esa posibilidad.

—¿Ves? Es por eso que debo hablar con Allen *a solas* —exclamo, y por la forma en la que el semblante del lobo se endurece, me queda claro que no le encanta la idea—. Lo siento, Tared, pero si estás allí, lo único que lograrás es alterarlo. Es mejor que tú vayas con los demás para advertirles sobre esto.

El lobo duda un momento más, pero luego me da la razón con un suspiro.

—De acuerdo —acepta—. Pero no bajes la guardia, Elisse. Mi hermano será todo lo ordinario que un humano puede ser, pero eso no hace su lengua menos peligrosa.

Sí, eso se lo concedo.

Vuelvo a guardar el papel, pero no subo por las escaleras.

—¿Pasa algo? —pregunta el lobo al sentir mi inquietud.

Con un temblor en los dedos, abro otra de las páginas de mi libro para mostrarle el sobre de mi padre.

—Compruébalo tú mismo —digo señalando hacia el faro en el timbre. A Tared le toma sólo un segundo entender..

—Dios santo, ¡pero si es…! —la voz se atasca en su garganta al ver la angustia que se asoma en mi mirada.

—Tared —musito—, creo… creo que mi papá está muerto.

En cuanto subo el último escalón hacia la segunda planta, me detengo al ver que Asmoday está sentado en las vigas del techo, algo que ya me parecería normal de no ser que mira con ansiedad hacia la habitación de Hela. Justo donde Allen se encuentra encerrado.

Siento una profunda incomodidad ante la respiración apretada del demonio, una reacción que ya había visto antes en Haagenti, pero decido ignorar a la criatura y meter la llave que le he pedido a la rubia para poder entrar.

Allí encuentro al joven frente a un espejo redondo, colgado en la pared. El cristal es de color negro, como de piedra ónix, y está enmarcado en oro; sin duda, el mismo con el que la rubia me miraba en las premoniciones.

Él no reacciona ante mi intrusión, embelesado por las sensaciones sobrenaturales que estos objetos suelen transmitir. Eso, o busca algún rostro familiar entre los fantasmas que se asoman en el reflejo.

Por toda la habitación hay varios tableros de *ouija* tirados, las planchas apuntadoras revueltas

entre tubos de labiales, ropa apilada y esferas de cristal. Cerca de la ventana yace un gramófono antiguo con una corneta de color oro viejo, y aunque no tiene puesto ningún vinilo, el platillo da vueltas con la aguja en posición.

Cierro la puerta y me siento detrás de él, en la cama de estampado psicodélico.

—Allen, ¿recuerdas cómo llegaste a la playa? —pregunto mientras saco el letrero de los Lander—. ¿O siquiera algo de esto?

Como era de esperarse, el chico ni siquiera gira la cabeza hacia mí.

El chico. El hermano de Tared es bastante mayor que yo, pero tiendo a usar mucho esa palabra para describirlo, quizás en señal de lo mucho que me cuesta verlo como algo más que un niño caprichoso. Así que ahora intento entenderlo como lo que realmente es: alguien que fue arrastrado a una realidad a la que no pertenece, con problemas que nunca pidió tener y rodeado de personajes hostiles que no sienten la menor empatía por él.

No puedo culparlo por querer huir de todo eso.

—A diferencia de lo que muchos creen, saber la verdad no siempre te libera —comienzo—. Al menos no cuando tenías la esperanza de que tus temores fuesen sólo un invento de tu imaginación. Y el día en el que supe que mis monstruos eran reales, fue como una sentencia, porque entonces estaba claro que nunca iba a poder escapar de ellos.

Creo escuchar una canción vibrar en el aire, una melodía muy queda y antigua que parece desprenderse del gramófono.

—No voy a pedirte que seas parte de nuestro mundo, y mucho menos que hagas las paces con Tared. Eso no me corresponde —continúo—. Pero, si algo aprendí de tu hermano, fue que mientras más conoces aquello que temes, más dejas de temerle. Y si no intentas por lo menos comprender lo que te está sucediendo, entonces tendrás que resignarte a enloquecer.

Al levantar la mirada, descubro que Allen me observa a través del espejo de obsidiana.

—Eres tan ingenuo al pensar que lo que buscaba de todo esto era una respuesta —dice—. Yo siempre supe la verdad, después de todo. Lo que yo quiero es… *justicia.*

Niego con la cabeza, fatigado por su tozudez.

—Al igual que el pecado, la justicia no existe en nuestro mundo, Allen. No de la misma manera que en el tuyo. Ya deberías entenderlo a estas alturas.

Él se aleja de los fantasmas y se acerca. Reposa una mano sobre la cama, se encorva sobre mí como un buitre.

—¿Y qué hay de la venganza? ¿Eso sí existe en tu mundo, Elisse? —pregunta con una sonrisa. Aún puedo percibir el olor a sal que se desprende de sus ropas, de sus cabellos, pero a él no parece molestarle. Es más. Debería estar traumatizado después de lo que pasó en la playa, pero se ve casi complacido por los problemas que ha causado. ¿Acaso…?—. Porque si esas brujas son tan malvadas como dicen ser —continúa—, tal vez hasta estarían felices de ayudarme

a *vengarme* de mi hermano.

Cuando el desgraciado acaricia mi trenza, lo empujo para quitármelo de encima, tan asqueado que me sorprende no haberlo hecho con un puñetazo.

—Hiciste todo esto a propósito, ¿verdad? —exclamo—, ¡escapaste para exponernos a los ángeles!

Allen contiene una carcajada.

—Oh, no, ¿cómo puedes pensar eso de mí? Si tú mismo lo dijiste. Estaba atemorizado y sólo aproveché la oportunidad para escapar…

Dioses. Es ridículo el cinismo de este cabrón.

—No has respondido mi pregunta —le muestro de nuevo el cartel.

Allen ladea la cabeza y mete una mano en el bolsillo. Aprieta el puño dentro, cuadra la mandíbula. Pero al final, se arquea de hombros como un completo psicópata.

—Seguí al jinete después de pedirle que me llevara a Salem —dice, tan tranquilo que se me revuelve el estómago—, y cuando entré a la niebla, me desmayé. Eso es todo lo que recuerdo.

La mirada que le lanzo es suficiente para hacerle saber que no le creo en absoluto.

—¿Sabes? Vine aquí con la esperanza de ayudarte. No. De que me permitieras *protegerte*. Y no sólo de nuestro mundo —susurro—. Pero tu hermano tenía razón. No eres más que una víbora.

Estrujo el papel y lo arrojo al suelo de la habitación, consciente de que quizá ya no estoy tratando con una persona en sus cabales.

—¿Y qué vas a hacer conmigo ahora, eh? —espeta—. ¿Vas a dejarme encerrado aquí hasta que me pudra? ¿O vas a "silenciarme" como hiciste con ese hombre que mi hermano escondió en el bosque?

No sé en qué maldito momento Allen escuchó sobre los *silenciamientos*, pero el chico no pareciera darse cuenta de que su actitud no lo está salvando precisamente de uno.

—Creo que ya da igual lo que te pase, Allen. Y por lo que Tared ya me ha contado de ti, tampoco es que mucha gente vaya a extrañarte allá afuera, ¿verdad?

Su sonrisa se descompone. Ya sin deseos de quedarme a escuchar su rabieta, cruzo la habitación a zancadas.

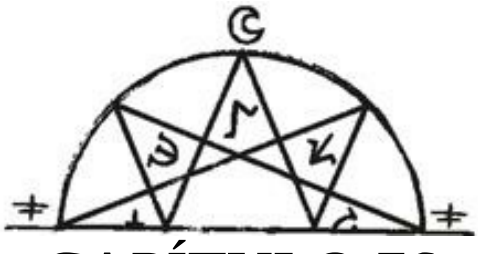
—Qué conveniente, ¿no? —exclama, justo cuando pongo la mano en el pomo de la puerta—. Qué conveniente que siempre que alguien sufre, muere o desaparece, Tared nunca recuerda nada, ¿verdad? Pero *yo me niego a olvidar*, Elisse, ¡a mi padre, y a cómo eran las cosas antes de que mi hermano decidiera erradicar de mi vida a todas y cada una de las personas que significaban algo para mí!

El calor que de pronto se propaga en mi mano de hueso es tan intenso que la perilla se torna al rojo vivo bajo mis dedos.

La obscena insinuación de Allen por fin me hace comprender por qué su hermano siempre ha intentado mantener su distancia con él.

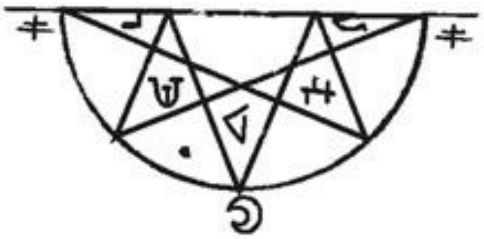
Furioso, azoto la puerta a mis espaldas y echo llave a la cerradura.

Y al ver a Asmoday aún en el techo y con esa boca acolmillada entreabierta, me queda claro que Allen se lo pensará dos veces antes de intentar escapar otra vez.



CAPÍTULO 76

ANZUELO



Cuando le dijeron que volverían a Minnesota en busca de un cadáver, el instinto tiró de la errante Irina de manera peligrosa.

Primero, lo sintió como una comezón desagradable al fondo de la lengua, pero luego, el vínculo materno la hirió tanto que más de una vez la vi despertar agitada en medio de la oscuridad.

Y ahora, bajo las sombras de aquel bosque nocturno, esa sensación de pesadilla cobra sentido por fin. Porque jamás creyó que, al llegar a la colina donde solía estar aquella casa, se encontrarían con *eso.* Con la construcción hecha ruinas y a dos tramperos en pie donde alguna vez estuvo la entrada, puestos alrededor de una pequeña hoguera, hecha con los restos de un viejo sillón.

—¿Crees que hayan capturado a Elisse y a los demás? ¿Fue por eso que su teléfono estaba fuera de servicio? —pregunta una mujer humana a su lado, tan sorprendida como ella ante semejante escena, pero la madre no responde, demasiado ocupada en asegurarse de que el olor que percibe en el aire no es una alucinación.

No. El tirón en sus entrañas no miente: es el aroma de sus hijos, desperdigado en alguna parte de aquellos escombros.

¿Estarán ocultos entre las vigas caídas, detrás de las paredes a medio derrumbar? O quizás en

el estrecho sótano de la casa, donde recuerda que había una caldera.

—No lo creo, Lía —contesta por fin—. De ser así, este lugar apestaría a sangre…

La humana jadea horrorizada, porque no le cuesta imaginar las cosas que haría el Inquisidor si le pusiera las manos encima a mi criatura y a las bestias que lo rodean.

Pero no hay una sola señal de ellos o del resto de los tramperos. Ni un solo resabio a óxido, a cuerdas o a Benjamin Lander en todo el terreno.

Sólo la esencia de sus hijos, que la llama con grave desesperación.

El sabor amargo en su lengua se intensifica, por lo que la puma mira atrás.

La tribu de la Espiral del Norte se agazapa detrás de ellas, tensa ante la incertidumbre.

Además de la concubina de la humana, hay otros tres hombres. Tres devorapieles, uno de ellos tan joven que apenas roza la adultez. Todos vinieron en busca del cuerpo de aquel miserable sujeto, pero lo único que han encontrado son unos cuantos ojos colgados entre los árboles y a esos dos asesinos frente a la casa, quienes custodian en solitario el terreno como si fuese la entrada a un mausoleo.

Sentimientos contradictorios invaden a la errante, una resistencia sembrada en su garra apretada contra el gatillo de la pistola, pero al final, decide que no puede distraerse con las posibilidades.

Hace una señal a uno de los devorapieles, un hombre de pelaje blanco con pequeños cuernos de cabra de montaña sobre su cabeza. Él le entrega una manta de camuflaje, la cual se coloca como una capa sobre cabeza y hombros.

Ambos, ya envueltos en trajes que se mimetizan con la nieve que cubre el predio, salen del lindero del bosque para acercarse a aquellos tramperos, cuidando mantener el sigilo en todo momento. La naturaleza felina de ella le permite moverse como hoja sobre el agua, mientras que el otro hombre parece ya acostumbrado a acechar en aquellas condiciones.

Avanzan despacio, silenciosos y con la ventaja del viento que hace crujir la montaña. Tanto, que los cazadores ni siquiera se percatan cuando ambos flanquean la casa y se agazapan entre los escombros, a pocos metros suyos.

La madre se prepara para atacar, pero algo la hace aguardar; un olor peculiar que percibe por encima del de sus hijos, tan apetitoso que lo reconoce de inmediato.

Ah, ¡qué instinto tan afilado! Porque le toma apenas un instante descubrir lo que es: el hombre al que acecha tiembla de arriba abajo. Y no por frío, sino de *miedo.* Un terror tan obsceno que las lágrimas se acopian en su cara.

Y eso es lo que no encaja. Un trampero es mezquino y traicionero, pero nunca cobarde.

Ella baja la mirada, estupefacta, y descubre una hilera de pequeños paquetes de plástico comprimidos alrededor de la cintura del pobre desgraciado, a quien le falta poco para orinarse encima.

Y entonces, lo comprende por fin: aquellos hombres no son vigías. *Son anzuelos.*

—¡No! —el chillido de la errante llega muy tarde, porque el hombre chivo ya ha saltado sobre su víctima.

El cazador revienta en cientos de pedazos cuando el devorapieles se estrella contra él.

Ella grita, pero no escucha su propia voz con claridad, puesto que un zumbido atronador invade sus oídos como resultado de la explosión, como si los hombres del Inquisidor hubiesen devuelto la misma bofetada que se les dio a ellos en Montana.

Los tramperos comienzan a brotar como cucarachas de las entrañas de los escombros, y la errante puma se sacude presa de la conmoción.

¿Cómo es que no pudo darse cuenta de que estaban allí antes? ¿Acaso su instinto materno de protección nubló sus sentidos por completo?

No tiene tiempo para descubrirlo, puesto que el caos se cierne alrededor de ella cuando la Espiral del Norte alcanza las ruinas.

La concubina de la humana se transforma en una osa gigantesca, mientras que los otros dos errantes se envuelven en sus propias pieles: un joven puercoespín, con la espalda atestada de púas afiladas como lanzas, un guerrero tejón con garras largas cual navajas.

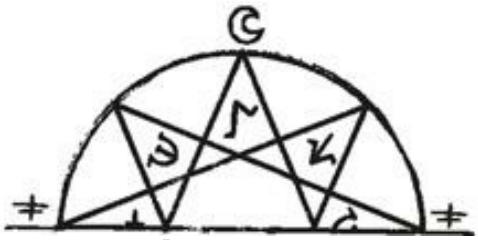
Pero ni siquiera sus brutales dimensiones logran intimidar a la veintena de hombres que se abalanza contra ellos.

—¡Mamá!

El llamado atraviesa el zumbido. Los gritos, los disparos, las explosiones; todo aquello no es nada comparado con el ruido que hace su corazón cuando ve a un niño detrás de ella con la marca de una soga alrededor del cuello.

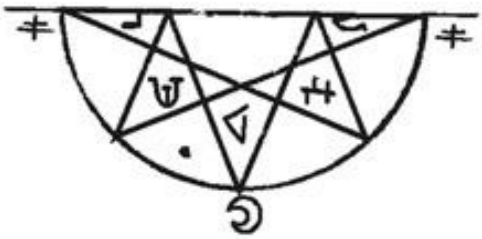
—Mamá… —clama de nuevo el pequeño con el brazo extendido para alcanzarla.

Pero Irina Begaye se queda helada, las garras atenazadas en el suelo, porque sabe bien que aquella cosa que acaba de ver no es su hijo.



CAPÍTULO 777

RAXNAL



Un monstruo para engañar a la magia.
Dos para despedazarla.

Y uno más para revelarla.

La ironía es tan grande que casi resulta gracioso. Porque ¿quién hubiera adivinado que el último ángel de la visión de Hela, un *Ángel de los Secretos,* sería traído a nuestro plano por nosotros?

Y si bien, el enterarse de que yo tendría que realizar tan peligrosa evocación hizo que más de uno en Comus Bayou protestara, el que no pudiese ejecutarse en otro sitio más que en Salem, lejos de la protección de la casa y con la amenaza de un posible encuentro con los tramperos bastó para que casi quisieran abortar el plan.

Pero yo ya estoy tan desesperado por acabar con todo esto que no di lugar a ninguna objeción. Así que, en cuanto sale el sol, nos ponemos en marcha hacia la niebla envueltos en las pieles de Aradia, guiados esta vez por Ilya. Y al diluirse la cortina gris del bosque, lo primero con lo que me topo es con una mujer inclinada sobre un caldero de hierro. Lleva un vestido largo y polvoriento, con un mandil atado a la cintura y una gorra de peregrina, inmune a nuestra presencia.

Es una muñeca de cera, colocada en una cocina que parece tener cientos de años de antigüedad. Pequeñas placas informativas cuelgan en las paredes y los muebles, en señal de que estamos en una especie de museo, cerrado por la tormenta que ha empeorado desde nuestra pelea con Vaasaa.

Me llevo una mano a los labios para aguantar una repentina arcada por náuseas.

—¿Elisse, estás bien? —pregunta Tared a mi lado.

—No se preocupen. Es natural que, al principio, su cuerpo y su magia sientan rechazo hacia este lugar —dice Inanna, quien carga una pequeña caja de madera entre las manos—. Ésta es la casa de Jonathan Corwin, después de todo.

Johanna se acerca para ayudarme con mi malestar. Julien y Hela no nos acompañan, ésta última para asegurarse de que ningún otro demonio quiera pasarse de listo.

—¿Aquí vamos a invocar al ángel? —pregunta mi hermana—, pensé que el ritual debía hacerse en un sitio donde se adorasen a los ángeles, algo así como una iglesia.

—Y así es, querida —dice Caligo—, piénsalo, ¿qué lugar de veneración mejor para esos seres que la mismísima casa de uno de los magistrados de los juicios de Salem? Si hubo un lugar en Nueva Inglaterra donde los ángeles se revolcaron de placer fue dentro de estas paredes.

La incomodidad se acrecienta al seguir a las brujas al segundo piso, hacia una de las sombrías habitaciones.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta Nashua al observar el tétrico interior.

Rodeada de muebles de la época yace una cama de dosel blanco, con un cuerpo humano cubierto por una sábana sobre el colchón. Manchas de lodo fresco se desparraman por la tela, en señal de que Ilya tiene poco de haberlo traído de su tumba.

—Los ángeles necesitan cuerpos de brujos para manifestarse en nuestro mundo. Así que vamos a ofrecerles uno —dice Caligo, quien avanza hacia el lecho para descubrir el rostro del cadáver.

Es una mujer quemada, quien parece ya tener varios días de haber empezado a descomponerse.

Hoffman ladea la cabeza.

—¿Ésa es…?

—Cecilia. Una de las nuestras —dice la envenenadora, casi en un suspiro—. Pero está bien. Esto es lo que ella hubiera querido.

La bruja rellena la boca de su amiga con lavanda y corteza de benjuí, para luego volver a cubrirle la cara. Después, Inanna saca de la caja de madera una esfera de cristal con una cruz de metal insertada; un artefacto similar al usado por John Dee para evocar a los ángeles hace quinientos años. Lo coloca en el suelo, delante del cuerpo, y la esfera se queda quieta por sí sola, sin rodar y con la cruz apuntando hacia el techo. Luego se gira hacia mí.

—Muy bien. Ahora, todos dejaremos esta habitación para que puedas ejecutar la evocación.

—Espera, ¿vamos a dejarlo aquí *solo*? —pregunta Tared, exaltado.

—Raxnal no es como los otros ángeles —responde Inanna, firme—. Las pieles de Aradia podrán esconder nuestra esencia, pero no así nuestras voces, por lo que no podemos arriesgarnos

a que se nos escape un solo suspiro si queremos que coopere con Elisse.

—O que no lo mate en el acto.

El comentario de Ilya hace gruñir a Tared.

—Calma —Caligo da unas palmadas a la espalda del lobo—. Estaremos del otro lado de la puerta para entrar a socorrer a Elisse si hace falta. Pero estando aquí, sólo entorpeceremos su labor.

Esto no lo ayuda a tranquilizarse en absoluto, y no es para menos. Quedarme encerrado en un espacio tan reducido, con la posibilidad de que el ángel me ataque con uno de sus Martillos…

Inanna me cubre la cabeza con otra de las pieles de Aradia, en señal de que ha llegado el momento.

—Muy bien. Ahora, lo más importante: tu lengua, tus pensamientos, tus conjuros; cada parte de ti debe hablar en adámico, no lo olvides. Tu vida depende de ello.

Me estruja el hombro y sale de la habitación junto con los demás. Y una vez que la puerta se cierra a mis espaldas, me arrodillo ante la esfera de cristal.

Cierro los ojos y me tomo unos minutos para prepararme, porque mi miedo más grande no son mis capacidades, sino la furia de la espada.

Abro los ojos y miro hacia el cadáver.

—*OLGOTA*,[*] Raxnal —exclamo a la par que levanto los brazos—. Raxnal! *Sobam ialpurg izazaz!* [**]

Mi enoquiano resulta tan perfecto que, de inmediato, un sutil rayo de luz se abre paso en la tormenta, tan delgado como un hilo al atravesar la ventana. Se dispara sobre la esfera y, de su resplandor, múltiples haces de arcoíris se manifiestan por toda la habitación.

—*Dspaaox busd caos, dschis odipuran teloah cacrg oisalman loncho od vovina carbaf!* [†]

Estiro mi mano de hueso hacia el cuerpo y retuerzo mi puño como si quisiera tirar del ángel del cielo a la tierra. Una mota de humo blanco traspasa la tela, en señal de que el benjuí y la lavanda se consumen dentro de la boca de Cecilia.

El letal olor a flores comienza a inundar la habitación a la par que los rayos de luz cambian de dirección y apuntan hacia la bruja fallecida.

—*Dooiap mad, goholor!* [††]

Mi pecho dobla su peso cuando el cadáver cruje bajo las sábanas. Pero no es el sonido de algo que se rompe y se reacomoda, sino de… dientes al masticar.

Debajo de la tela, escucho que el ángel *habla*. O más bien, susurra cosas ininteligibles.

—*Dooiap mad, goholor!*

La criatura se detiene ante mi insistencia. Y sin sonidos de arpas ni manifestaciones hermosas, los hilos de luz tiran del cuerpo y comienzan a levantarlo en perpendicular sobre la cama. Lo hacen flotar sobre el colchón como una momia y luego lo giran despacio hacia mí.

Los rayos de luz desaparecen y la tela se desprende para revelar a la bestia.

Raxnal no tiene en absoluto la apariencia de Cecilia, de quien sólo queda su piel quemada, amarrada alrededor de la cintura del ángel. Tiene los brazos cruzados sobre su pecho, y una de sus manos sostiene una aguja y la otra, unas tijeras, su par de Martillos. El resto de su cuerpo tiene la forma de una crisálida cubierta de oídos y bocas, éstas últimas cerradas con un grueso hilo blanco.

Mi corazón galopa como un caballo, y el temor de que aquel monstruo lo escuche se acrecienta cuando me toma un segundo recordar el siguiente paso de la evocación.

—*¿Tu nombre verdadero es Raxnal?* —pregunto en adámico—. *OCALCO*![‡]

El ángel ladea la cabeza como si me observara a través de esa hermosa máscara de hierro, manchada en los labios por la carne quemada de la bruja.

La criatura abre los brazos. Escoge una de sus bocas, próxima a sus costillas, y corta el hilo con sus tijeras.

—*Yo soy él* —responde una horrenda voz desde esos labios, también en enoquiano—. *El enmarcado por las llamas. El que no morirá hasta que esta casa se derrumbe y los dragones se ahoguen*.

Trago saliva, la tensión me retuerce los intestinos.

—*¿Quién te ha despertado a ti y a tu estirpe?* —pregunto, tentando un poco mi suerte.

El ángel abre otro par de labios.

—*Su nombre no yace en mis gargantas, sino detrás de la Puerta de los Mil Brujos.*

Ahogo mis ganas de maldecir, porque a cada segundo, siento como si mis rodillas se hundiesen en la madera ante el esfuerzo de luchar contra la espada.

La magia angelical es dura. Mucho más de lo que pensé.

—*¿Dónde está la Puerta de los Mil Brujos, Raxnal?* —pregunto, consciente de que no aguantaré demasiado.

El monstruo se vuelca hacia otra boca, una que se abre justo en medio de su pecho.

—*La Puerta de los Mil Brujos. El último portal antes de La Luz…* —dice— *su fulgor resplandece al final del camino que lleva hacia el Merkavah…*

¿Mer…kavah?

—*¿Y cómo llego hasta ahí?*

La criatura alza sus tijeras y escoge un orificio más. Mete las puntas, abre el instrumento y…

¿No ves que estoy aquí, bestia idiota?

Raxnal se detiene de golpe. Al igual que mi corazón.

Y luego, el ángel empuña las tijeras.

—¡TARED!

El hombre lobo derriba la puerta ante mi grito, justo cuando el monstruo se abalanza contra mí. Lo atrapa en el aire y lo arroja contra la ventana, rompiendo el cristal en pedazos.

La alarma de seguridad se dispara de inmediato.

—¡Ayuda! —exclamo.

Nashua e Ilya entran detrás de Tared, pero Raxnal se desliza como un veloz gusano por el techo para impedir que lo alcancen. Destroza el dosel de la cama, trepa por las vigas con sus letales tijeras y se deja caer sobre mí de un salto.

Apenas soy lo bastante veloz para sujetar su muñeca e impedir que me clave su arma en la frente.

Los tres errantes se ciñen contra él, tiran del halo de hueso y de ambos brazos para alejar de mí sus Martillos, pero la boca abierta de su pecho logra morderme el hombro.

Lanzo un grito al sentir los dientes como una trampa de oso, aferrados con tanta fuerza que me arrancarán un trozo en cualquier momento.

En un reflejo, saco el athame de mis ropas y lo ensarto en el costado de su cabeza. Raxnal grita con sus otras bocas abiertas, pero no dejo de apuñalarlo hasta que afloja sus dientes sobre mi carne.

Tared me arranca al ángel de encima, y mi hermana se cierne sobre mi herida de inmediato.

—No hay tiempo, ¡hay que largarse ya! —grita Caligo, quien se lanza a cubrir la ventana rota con la sábana del ángel. Escucho los gritos de los vecinos de la casa y una sirena de policía a lo lejos, ensordecida por la tormenta.

La niebla se abre y las luces de las patrullas entran a la habitación mientras Ilya alza el cadáver sobre su hombro.

Y esta vez, no hay tiempo de limpiar.

---

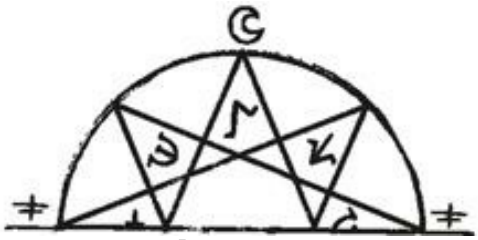
[*] Palabra de poder para evocar a los ángeles de los secretos.

[**] En enoquiano: “¡Raxnal! Aquél que yace enmarcado por las llamas”.

[†] “¡Tú, que permaneces en la gloria de la tierra, que no verás la muerte hasta que esta casa se derrumbe y los dragones se ahoguen!”

[††] “En el nombre de tu Dios, ¡levántate!”

[‡] Palabra de poder para comandar a los ángeles de los secretos.



CAPÍTULO 78

EL TRONO CELESTE

Fue muy irónico que, después del desastre que habíamos causado en casa de Jonathan Corwin, lo primero que hicieran los noticieros, al día siguiente, fuese asegurar que todo había sido obra de “un culto satánico”, el mismo responsable de los asesinatos ocurridos en Salem en las últimas semanas.

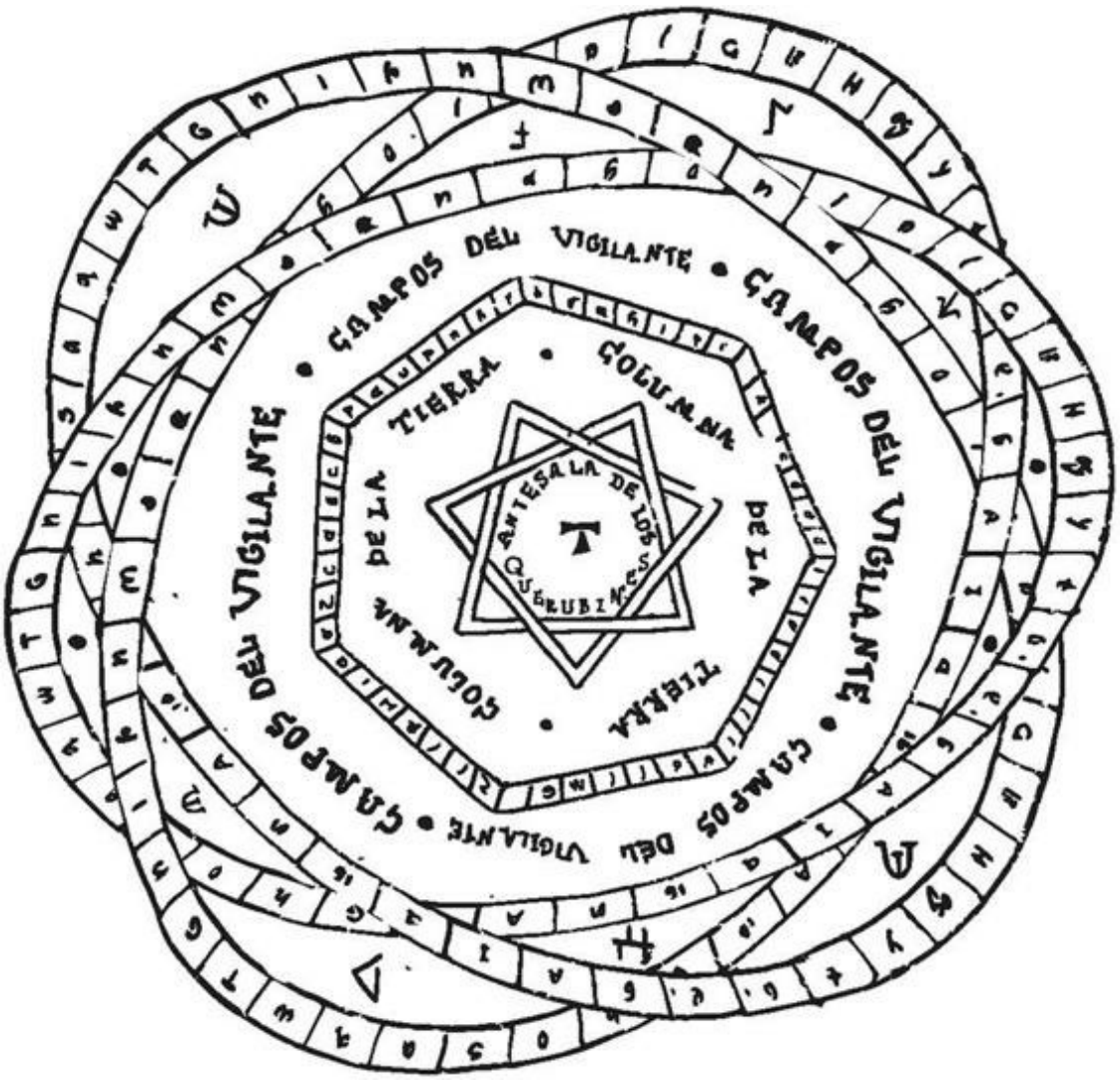
Y, como cereza del pastel, también parecían más interesados en la esfera de cristal que dejamos allí que en el cruel homicidio que había sucedido esa misma noche, pero en otra parte de la ciudad; una venganza de los ángeles por lo que le habíamos hecho a Raxnal, tal vez.

No tuve estómago para descubrir cómo habían torturado esta vez a la víctima, así que me mantuve todo el día alejado de ese extraño televisor que parecía funcionar sin electricidad. Ya habíamos perdido la cuenta de la cantidad de monstruos que debían estar ahora sueltos por Salem, y la sensación de peligro se retorcía en mi espalda como un tornillo.

Tenía miles de dudas, pero las brujas bajaron al sótano en cuanto volvimos de la batalla, y se llevaron consigo el cadáver del ángel sin dar más explicaciones sobre lo que había pasado en la casa del magistrado.

Y no es hasta hoy, casi al anochecer, cuando ellas vuelven y nos llaman a reunirnos en el comedor.

Me hacen sentarme a la cabecera, con mi lobo muy cerca de mí. Y antes de que cualquiera de nosotros pueda abrir la boca, la bruja goética me pone delante un libro de pastas blancas, abierto de par en par.



—¿Qué es esto? —pregunto, inquieto ante la complejidad del diagrama.

—Esto, Elisse, es el reino de los ángeles —dice—. Y el Merkavah no es otra cosa que el Trono Celeste. El corazón de ese lugar.

Su larga uña apunta hacia el centro del dibujo.

—Raxnal dijo que la Puerta de los Mil Brujos estaba al final del camino que lleva hacia el Merkavah —añade Johanna, pálida—. Eso significa que…

—Si lo que Elisse quiere es el nombre de su Mara, entonces deberá atravesar el Cielo de John Dee para conseguirlo.

—No, ¡es una locura! —Nashua es el primero en protestar.

—Y también una trampa —añade Julien—, ¿qué tal que esa cosa sólo haya dicho eso para engañarnos como hacían las Marionetistas?

—Es imposible —corta Caligo—. Los Ángeles de los Secretos se llaman así porque sólo

guardan verdades ocultas, por lo tanto, no tienen la capacidad de mentir.

—Pero…

—Puedo hacerlo.

—¡Elisse!

—Puedo hacerlo, Johanna —reitero—. Entré una vez al reino de Samedi, así que no hay motivo por el cual no pueda hacer esto también.

Mi confianza no parece entusiasmar a las brujas.

—Guinée es un lugar muy peligroso, pero no se compara con el reino de los ángeles —replica Inanna—. Su legión completa se encuentra allí, y con tantos Martillos, tantos ojos vigilantes, es sin duda el reino espiritual más letal para los brujos… Pero eso ni siquiera es lo que más nos preocupa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, incapaz de imaginar que podría ser peor que todo esto.

La bruja respira hondo, pero baja la cabeza para evitarme.

—El problema no es llegar a la puerta —continúa, casi en un susurro—. Sino lo que te espera detrás de ella.

Tres.

Tres segundos es lo que nos toma entender lo que acaba de decir Inanna. Y al hacerlo, el detective se levanta con tanta furia que la mesa se sacude.

—De ninguna manera. Elisse no va a entrar allí.

—¡Hoffman!

—¡Olvídalo! —explota—. ¿Te das cuenta de lo que están diciendo? ¡Quieren que te enfrentes a Dios!

Dios.

La palabra se siente como un puñetazo en la cara.

—No queremos que lo enfrente —interrumpe Hela—. Queremos que *lo mate.*

Mis hermanos se alzan también, insultados por el atrevimiento de las brujas.

—Los malditos ángeles son falsos —espeta Nashua—, ¿cómo carajos pueden tener también un Dios?

—Todos los reinos espirituales tienen regentes superiores, incluso los cultos falsos. Sí, tienen a Dios. Y les aseguro que es tan real como el auténtico.

Y quizás…

Igual de poderoso.

—Además —continúa la rubia—, él debió haber negociado con la Mara de Elisse, para empezar, así que tiene sentido que conozca también su nombre.

—¿Es que no ven que no nos queda otra opción? —exclama Caligo—. Si no acabamos con el

Dios de los ángeles, sus legiones seguirán desatándose, una tras otra, mientras haya brujos vivos sobre la tierra, ¡da igual que obtengamos o no ese nombre!

—Eso es lo único que querían de Elisse, ¿verdad? —grita el detective, tan alto que juro ver los pabilos de las velas tambalearse—. Por eso le sugirieron que no se separara del monstruo de hueso, ¡porque querían *utilizarlo*, hijas de perra!

—¡No se atreva a acusarnos de esa manera, detective! —espeta la envenenadora—. Si nosotras pudiéramos hacerlo, no le pediríamos intervenir, pero con esa lengua y esa garra, él es nuestra única posibilidad, ¡la nación de los errantes no puede arriesgarse a sufrir otra Guerra Ocultista!

—Están pidiendo que se suicide —replica Julien—, ustedes mismas lo vieron, ¿no? Por más enoquiano que hable, el monstruo de hueso traicionará a Elisse en cuanto ponga un pie en el reino de los ángeles, ¡y eso si no es que la espada lo fulmina primero!

Una guerra campal de gritos y protestas se desata por la mesa, lo que me orilla a sumirme en un mutismo total. El único que no se une a la disputa es Tared, quien todo este tiempo se ha limitado a mirar sus manos entrelazadas sobre la mesa.

—Elisse, escúchame, por favor —pide Inanna—. Mis hermanas y yo estamos conscientes de que, por más que hayas aprendido sobre tu magia estos días, nada de eso servirá si no puedes controlar tanto la espada como al monstruo. Y es por eso que por fin tenemos un plan —ella vuelve a poner sus dedos sobre el diagrama del plano angelical—. ¿Recuerdas cuando hablamos sobre los sigilos y lo complejo que sería hacer uno para la espada filosofal? Si bajamos con Madre fue precisamente para trazar un ritual lo bastante poderoso como para crear dicho sigilo y que, de paso, te ayudará también a silenciar a la bestia dentro de ti.

Eso por fin me hace levantar la cabeza.

—¿Están hablando en serio? —pregunto.

—Será muy… arriesgado para nosotras, para la casa, y también será una de las ceremonias más complejas que hayamos hecho en este aquelarre —asegura—. Pero estamos convencidas de que la única razón por la cual no has podido anteponerte a la criatura es porque la espada te ha oprimido todo este tiempo.

—Mírate, Elisse —pide Hela, desesperada—, cargas un maldito Martillo dentro de ti y aun así puedes hacer cosas extraordinarias, ¡hasta la propia Aradia ya estaría muerta en tu lugar! Tenemos fe en que, si logras hacer el sigilo con éxito, todo esto funcionará.

Fe.

Abro y cierro la boca un par de veces, incrédulo ante tal promesa.

—Yo no tengo semejante poder —musito—. El monstruo de hueso es quien me lo otorga…

Inanna niega con la cabeza.

—No. El monstruo de hueso es poderoso porque *se alimenta de ti*, Elisse. Que no se te

olvide.

Los colmillos de la criatura resuenan dentro de mí como un cascabel.

—¿Cuándo habría que empezar? —cuestiono.

La bruja goética se relaja sobre su asiento y mira hacia sus hermanas antes de responder:

—Esta misma noche.

—¿Qué? ¡¿Tan pronto?! —grita Johanna en mi lugar.

—No podemos esperar más —insiste—. Dentro de muy poco llegará la Luna del Lobo,* uno de los acontecimientos más importantes de los calendarios esotéricos. Y si queremos aprovechar su energía, debemos descender con Madre para prepararte. Y ustedes saben que, lo que aquí pueden ser largos días de espera, allá no serán más que unas horas.

Hoffman chasquea la lengua y nos da la espalda para caminar con nerviosismo de un lado a otro. Mis hermanos están pálidos, las brujas, expectantes…

Me veo obligado a apretar las manos sobre las rodillas, porque no me había dado cuenta de que estaba *temblando.*

¿De verdad estoy tan aterrado? ¿Después de todo lo que hecho, de los lugares a los que he llegado? ¿Tanto miedo tengo de entrar a ese sitio, de enfrentarme a ese *Dios* imitador?

El silencio a la espera de mi respuesta se alarga. La presión crece como una avalancha sobre mí.

De pronto, Tared se levanta de su silla, da la media vuelta y, sin decir una sola palabra, sale a zancadas de la sala. Algo que jamás había hecho en un momento de confrontación.

No dudo ni un instante en seguirlo.

Como una flecha, él entra a la habitación de las hierbas, conmigo detrás, y comienza a dar vueltas frente a la cama como un lobo enjaulado.

—¿Tared?

—Todos aquí no han hecho otra cosa que hablarte de rituales y magia. De lo que *debes* hacer —dice, furioso—. Pero, ¿por qué nadie en esa maldita mesa se ha tomado la molestia de preguntar qué es lo que tú *quieres* hacer*?*

Bajo los hombros, con angustia, y cierro la puerta a mis espaldas.

—*Tengo* que hacer esto, Tared —susurro sin poder ocultar el miedo en mi voz—. Si no, no podré salvarlos a…

—¿Salvarnos? —exclama—. ¡Dios, Elisse! ¿Quién te dijo que ésa era tu responsabilidad? No nos debes nada, ni a mí ni a nuestra maldita raza ni a la jodida humanidad como para que pienses que debes sacrificarte por nosotros.

Aquello me sorprende tanto que me cuesta creer que haya sido dicho por Tared y no por Hoffman.

Pero ahora lo entiendo. Él también está aterrado.

—Tared, yo…

—Siempre que entras a esos lugares intento mantener la calma —corta—. Intento no ceder ante el miedo, pero no tienes idea de lo que se siente el estar del otro lado del portal, rezando a cada segundo para que no vuelvas hecho pedazos. Esto no es Samedi. Esto no es Jocelyn Blake —dice con la voz cada vez más rota—. Me enfrentaré a una horda de ángeles y tramperos. Me arrancaré el último trozo de piel, colmillo o garra que pueda regenerar mi cuerpo para protegerte, pero Elisse, por favor…

Tared no logra terminar su frase. En cambio, se lleva las manos a la cara y se encorva de una forma que me rompe el corazón.

Rodeo a mi hombre lobo y lo atraigo hacia mí con fuerza. Él también me abraza, hunde su rostro en mi cuello.

—Tengo que hacerlo —insisto mientras acaricio su cabello—, porque prefiero morir ahora mismo a seguir despertando una y otra vez en esta pesadilla —a él se le escapa un gemido que me obliga a apretarlo contra mi pecho—. Pero no voy a lograrlo sin ti. Eres la única persona que me queda en el mundo, y no puedo ir a ese lugar si tú no crees en mí.

Tared se separa para mirarme con los ojos enrojecidos de contener las lágrimas.

—No, Elisse, no digas eso, por favor…

—¡Nuestra familia está en ruinas, Tared! —exclamo, también al borde de la desesperación—. Julien está harto, Nashua está tan avergonzado que ya ni siquiera puede mirarnos a los ojos, ¡y Johanna y Hoffman se han vuelto tan egoístas! ¿Cómo puedes decirme que no me estoy quedando solo si hasta mi padre ha muerto y…?

—Tu padre no está muerto, Elisse, ya te dije que…

—¡Deja de quererme hacer sentir mejor! —suplico—. ¡Deja de mentirme sólo porque piensas que no voy a soportar la verdad!

¡Mi padre está muerto!

—¡Mi padre está muerto y yo fui un idiota porque no tuve las agallas para aceptarlo!

Yo lo sabía. Lo había sentido desde el principio, como una semilla enterrada a la que no permitía germinar.

Mi Mara *lo mató*. Mi padre me abandonó en Tíbet, quizá para protegerme, y ella lo mató en algún momento de todos los jodidos años que estuvo preparándose para mi llegada, ¡y hasta pudo haber enviado esa jodida postal para engañarme, para hacerme venir hasta este maldito país a pesar de todos los esfuerzos de mi padre! Y aun así, decidí aferrarme a la esperanza, ¡a un invento de mi imaginación porque no podía soportar la idea de que el hombre que había anhelado toda mi vida estaba muerto!

Me quiebro como una ramita. Estallo con toda la fuerza de mis pulmones. Tared me hace

sentarme en la cama. Y luego, se arrodilla delante de mí.

—Escúchame, Elisse, escúchame, por favor —pide—. No hay nada, absolutamente nada que nos asegure que tu padre está muerto. Pudo haber evitado los riesgos todo este tiempo. Pudo haberse ido muy lejos en cuanto sintió el peligro de tu Mara. Y, lo más importante: si él es la mitad de hombre que su hijo, entonces estoy completamente seguro de que *está vivo.*

—Pero…

—Pero si no es así, si tu padre realmente ya no está en este mundo —dice, para luego tomarme de las mejillas y obligarme a mirarlo—, entonces Comus Bayou y yo vamos a estar contigo cada minuto, cada segundo, para que no pases por eso solo. *No te vamos a soltar*, Elisse, porque, lo creas o no, *tú* eres la razón por la cual nos hemos mantenido juntos hasta ahora. Y cuando todo esto termine, vamos a volver a Luisiana, a nuestra reserva, y nos sentaremos largo y tendido a arreglar nuestras diferencias. Pero, por ahora, yo soy el que va a confiar en ti y en darte mi apoyo. Si no quieres ir al reino de los ángeles, seré el primero en salir detrás de ti por la puerta de esta casa. Pero, si al final decides enfrentarlo todo, entonces seré el último en marcharme. Te lo juro.

Volver.

Volver a casa. Si lo hacemos, ¿las cosas serán las mismas en Comus Bayou? ¿Seguiremos juntos, siendo una familia como hemos…?

¿….. pretendido hasta ahora?

Intento replicar. Encontrar alguna manera de navegar del mar de emociones que me embargan. Pero no logro hacerlo.

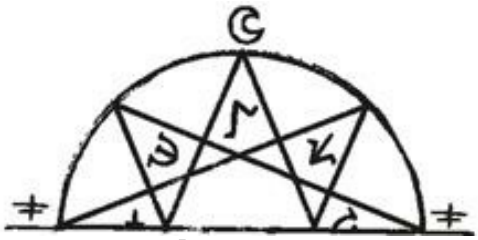
Sigo aterrado. Tanto que, si Inanna llegase ahora mismo a anunciar que ha encontrado otra manera, la aceptaría sin dudar.

Pero no existe, no la hay. Así que voy a hacerlo. Llevaré a cabo el ritual de Aradia, y llegaré hasta el Merkavah. Arrancaré el nombre de mi Mara y apagaré la luz de los ángeles para siempre.

Así sea lo último que haga.

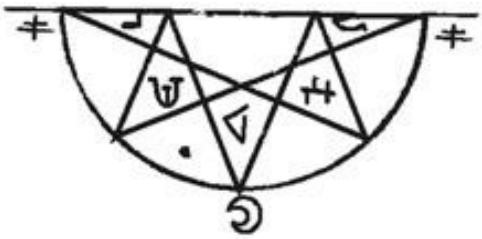
---

[*] Primera luna llena del año.



CAPÍTULO 79

UN ÚLTIMO PACTO



La primera pregunta que me viene a la mente es si acaso Aradia piensa devorar a Raxnal. Porque, al bajar al sótano, la encontramos con el ángel en medio de su cuerpo enrollado de la misma manera en la que estaba aquel pobre ciervo, del cual ya no queda más que una pila de huesos digeridos al fondo de la habitación.

—Ah, querido. Te eché tanto de menos… —dice la Madre bruja, un comentario curioso ya que, para ella, no han pasado más que unas cuantas horas desde la última vez que nos vimos.

En vez de responder, dirijo mi atención al círculo de sal que han trazado en el suelo. Dentro de éste hay carretes de hilo vacíos junto con varios pares de tijeras y agujas de coser.

—¿Estás listo, Elisse? —pregunta Inanna, consciente de la angustia que mana de todo mi cuerpo.

Saco mi libro rojo del bolsillo y se lo muestro a la serpiente.

—Ahora, querido, el sigilo que vas a hacer requerirá de mucho más que símbolos hechos con palabras —advierte Aradia—. La piedra filosofal es alquimia, así que con alquimia la vas a contener. Deberás crear un sello mayor compuesto de cuatro sellos menores, cada uno de ellos correspondientes a las cuatro etapas con las que fue creada la espada. ¿Recuerdas cuáles son?

—Nigredo, albedo, citrinas y rubedo.

Aradia asiente, complacida.

—Después, nosotras tres nos encargaremos de colocar estos sigilos en tu cuerpo para bloquear los puntos principales de donde tu magia se desprende —continúa Inanna, lo que me hace reparar de nuevo en los carretes y las agujas—. La idea es que, durante el ritual, rompas

estos sellos de poder únicamente con tu voluntad. Sólo así podrás obtener la fuerza suficiente para someter a la espada.

—¿Y cómo ayudará eso con el monstruo de hueso? —inquiero.

—Esa criatura es un ser mágico, al igual que los contemplasombras —explica—. Si logras dominar un Martillo tan poderoso como la piedra filosofal, usarlo para subyugar a esa criatura con su poder ya no te supondrá ningún problema. O, al menos, no lo será por un tiempo.

—El suficiente como para entrar y salir del reino celestial, ¿cierto? —es lo que digo.

El silencio de las cuatro brujas me da la razón.

Todo parece tan frío, tan calculado, que debería tranquilizarme. Pero las dudas me asaltan sin parar.

—Aradia —comienzo—, ¿cómo voy a enfrentarme a… Dios?

La serpiente mira hacia Hela, y ésta saca un disco de cera blanca de su bolsillo muy parecido al que tenía el sigilo de Bathin.

—Mis hijas ya te hablaron sobre los nombres verdaderos de Dios, ¿cierto?, pues bien, puede que los nombres del Dios hebreo sigan siendo un secreto, pero no así los del Dios de los ángeles de Dee.

La rubia extiende el disco hacia mí.

—Éste es el *Sigillum Dei Aemeth*[*] —continúa Aradia—. Un símbolo que contiene los siete nombres verdaderos de ese Dios y que, según la leyenda, fue entregado a Dee para que pudiese comandar las fuerzas angelicales. Si logras utilizarlo de la forma correcta, puede que te dé una ventaja crucial durante tu batalla.

Tomo el complejo sello y siento su peso considerable entre mis manos.

—¿Funcionará? —pregunto sin poder ocultar mi inquietud.

—Nadie ha estado lo bastante cerca de Dios como para descubrirlo —dice—. Pero puede que tú tengas una oportunidad.

Dominar la espada. Dominar al monstruo de hueso. Dominar a Dios.

Cierro los ojos un momento para visualizar la titánica tarea que se abre ante mí.

Me siento en el suelo y comienzo a trabajar en los sigilos. Después de un largo silencio,

Inanna entra al círculo de sal para tomar uno de los carretes. Luego, comienza a enredar en él un mechón de su cabello.

—Lo lamento, Elisse. Lo lamento muchísimo —dice ella con tristeza—. No quisimos causar un conflicto hace rato. Nunca ha sido nuestra intención arrebatarte de tu familia.

—Aunque tampoco nos molestaría hacerlo.

—¡Hela!

—No me digas que no lo sentiste, Elisse —insiste la joven reprendida, quien entra también al círculo e imita a su hermana—. Si hay algún lugar en el mundo en el que encajas es en esta casa. Y en este aquelarre.

Caligo suspira, irritada por la lengua de su hermana, pero luego alcanza incluso a sonreír:

—Te apreciamos mucho, querido. Y si hubieses llegado primero a Salem en vez de a Nueva Orleans, habríamos sido muy felices de convertirte en nuestro hermano. Pero sabemos lo importante que es ahora Comus Bayou para ti.

El silencio de Inanna me hace saber que ella piensa lo mismo.

Estoy tan perplejo, que no me atrevo a indagar dentro de mí si tienen razón o no. Lo que me queda claro es que el sentimiento de afecto es recíproco, y que jamás me había sentido tan comprendido como ahora.

Quizás ellas no sean mi primera familia, pero, tal como a Irina, no me costaría para nada darles un lugar de igual importancia en mi vida.

—Ah, pequeño mío, estás tan abrumado, con tantas decisiones que tomar —interviene Aradia, quien me *olfatea* con su lengua—. Pero quizá te anime saber que tengo una buena noticia para ti.

—¿Una noticia? —pregunto y las hijas de la serpiente bajan los carretes para escuchar.

—¿Recuerdas que te prometí que buscaría la forma de separarte del monstruo que llevas dentro de ti? —aventura—. Pues ya he dado con la solución.

—¡¿Está hablando en serio?! —miro a las brujas, pero ellas parecen tan sorprendidas como yo.

—¿Por qué estás tan asombrado, pequeño? —pregunta la serpiente, casi divertida—. Tú ya sabes que es lo que tenemos que hacer para conseguirlo, después de todo.

Aradia gira hacia Inanna. Ella ladea la cabeza, pero luego deja caer el carrete de hilo a sus pies.

—*No*, Madre —exclama, aterrada—, ¡no puede ofrecerle eso!

—Es la única manera, pequeña. Y lo sabes —insiste Aradia.

—No, ¡no voy a…!

Aradia se yergue de golpe, tan rápido que casi se golpea la coronilla contra el techo.

—¿Permitirlo, Inanna? —dice la bruja dorada sin gritar, sin exaltarse—. ¿Qué lugar crees que

te corresponde en esta casa como para pensar siquiera algo así?

Caligo y Hela se encogen, intimidadas ante las pupilas contraídas de su Madre, una hostilidad que difiere mucho de la tranquilidad de su voz.

—¿Qué está pasando? —pregunto, desconcertado.

Inanna se muerde los labios, y las pupilas de Aradia se relajan al dirigirse hacia mí:

—Hace muchos años logré devolver a un errante de las garras del mundo de los muertos. Pero a cambio, él tuvo que dejar a su ancestro atrás. Y la única forma en la que podré separarte del monstruo que tienes dentro de ti es si repito contigo exactamente el mismo ritual.

Abro los ojos de par en par, porque está hablando de Ilya.

—¡Es cierto! —exclamo, sin entender cómo es que no lo vi desde un principio—. Pero, ¿eso no tendría consecuencias igual de graves para mí?

Inanna se oprime los puños, pero decide no intervenir.

—Ilya era un devorapieles, así que había *nacido* con su ancestro —continúa la serpiente—. Por lo tanto, era una parte tan suya como su cuerpo o su consciencia. El haber perdido la mitad de sí mismo sin duda trajo sus propios problemas, pero tú, querido, no eres un devorapieles. Eres un *contemplasombras*.

Dioses, dioses, es verdad, ¡es verdad!

Mi emoción es tan grande que ya ni siquiera sé si lo que zumba dentro de mi cabeza son las voces de protesta del monstruo de hueso o mis propios pensamientos que giran de un lado a otro.

—Sí, ¡quiero hacerlo! —exclamo—, en cuanto terminemos todo esto, voy a…

—Estás olvidando un detalle muy importante, Elisse —la seriedad de Inanna corta mi entusiasmo.

Miro hacia la bruja, y la encuentro aún con los puños apretados, tan angustiada como sus hermanas. Aradia, en cambio, parece sonreír cuando por fin lo comprendo.

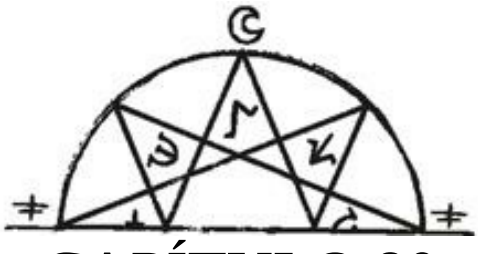
La habitación comienza a dar vueltas a mi alrededor.

—Para poder realizar el ritual… debo darte mi alma, ¿verdad? *Mi voluntad* —musito, tan pálido que podría desvanecerme.

Ella vuelve a enroscarse sobre sí misma.

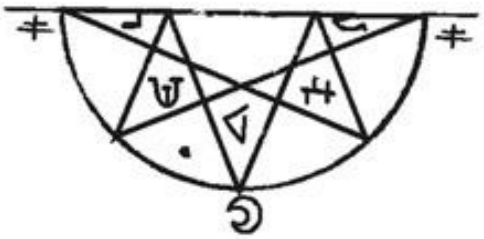
—Así es, Elisse —confirma—. Si quieres salvar tu *vida*, si quieres evitar que el monstruo te consuma hasta que no quede nada de ti, deberás firmar nuestro libro de las generaciones. Deberás unirte al Culto a la Grieta, ofrecer tu vida al Camino de la Mano Izquierda… y dejar a Comus Bayou para siempre.

* El “Sello del Verdadero Dios”.



CAPÍTULO 80

CONSORTE



Por la noche, el monstruo Ilya llama a la puerta, dispuesto a cumplir la última petición de la madre de las brujas.

Han pasado cuatro días desde que ellas descendieron al inframundo de Aradia, un día por cada sigilo, lo que significa que falta sólo un ciclo más para la Luna del Lobo.

Él ya ha hecho gran parte de la tarea. Ha recorrido todos los senderos de la niebla para convocar a sus habitantes y pedirles sus pieles humanas. Ha despejado los caminos, ha bajado al pueblo de Salem para interceder como heraldo del aquelarre…

Pero allí, delante de la habitación que huele a ruda y lavanda, la cabeza del errante demoníaco es un remolino, una secuencia de recuerdos que se borran como una pesadilla de la que no termina de despertar.

Y eso es extraño, porque desde que ya no tiene a su ancestro, desde que arrancaron de su cuerpo la mitad de su alma… él no ha vuelto a soñar.

Sueños. ¿Cuándo fue la última vez que yo también pude tener uno?

Su lengua se aprieta y acumula un montón de palabras que no sabe cómo soltar. Y por dentro, llora por esas memorias que no son ahora más que un amasijo de culpa cuyo origen no logra reconocer.

Al abrirse la puerta, el desgraciado se encuentra con unos ojos azules hinchados de angustia,

un dolor que entiende tanto como puede entender un corazón que sólo late con la mitad de su fuerza.

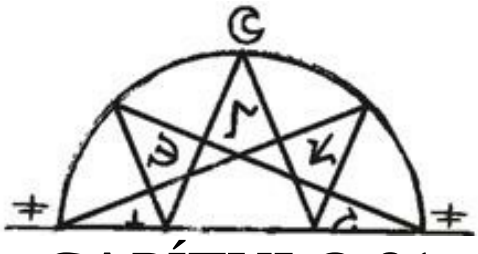
Pero, incapaz de mostrar todos los sentimientos que le arrollan porque su cuerpo y su cara han olvidado cómo hacerlo, le dirige una señal con la cabeza para que él, *el hombre lobo,* lo acompañe, para que juntos, crucen la casa y atraviesen el sendero de endrinos.

La Gran Serpiente le ha pedido que lo prepare para lo que viene, pero a medida que los dos hombres se abren paso envueltos en el viento helado, me pregunto por qué el errante demoníaco no se da media vuelta y le clava las garras en la garganta. Por qué no se arriesga, en tan delicioso momento de vulnerabilidad, a arrancarle el corazón de una mordida.

¿Es porque sabe que no podría vencerlo? ¿Porque caería él primero ante su furia…? ¿O es porque tú has visto algo que yo no? ¿Porque tú sabes algo que yo sólo puedo añorar que me sea revelado?

Bien podría guiarlo hacia un punto irreconocible del sendero, obligarlo a perderse para siempre en la niebla.

Pero tú no se lo permites. Tú dejas que lo lleve hacia el lugar de sacrificio y que, bajo la luz de la luna, se hundan ambos lentamente en el bosque.



CAPÍTULO 81

CINCO ESCOBAS A MEDIANOCHE

Nigredo *en los labios,*
para que no pueda pronunciar hechizo alguno.

Albedo *en la mano izquierda,*
para que no pueda no comandar a los espíritus.

Citrinas *en el talón,*
para impedir que siga el camino del Príncipe del Aire.

Rubedo *en la frente,*
para cerrar el ojo que mira del otro lado del velo.

Con estos cuatro símbolos cosidos al cuerpo con cabello de brujas, asciendo del plano medio hacia el pasillo de las llaves, poco antes del quinto anochecer.

Las brujas ya se han adelantado, apenas unos minutos que, en el plano de los vivos, quizás hayan sido ya un par de horas. Me han abandonado como a un iniciado en las sombras, con la dolorosa sensación de la magia congelada dentro de mi cuerpo.

Es tan terrible volver a sentirse humano. Tan humano como ese muchacho al que le arrancaron a Ciervo Piel de Sombras del pecho. Como el joven al que dejaron ciego en un ático oscuro en Nueva Orleans.

¿Tienes miedo?

Tanto que, si el sigilo en mis labios no lo impidiese, soltaría un grito.

Respiro profundo y tomo la prenda que ha sido dejada para mí frente a la puerta. Es una larga túnica negra con una corta hilera de botones al frente, una prenda envestida con una magia que no es mía, preparada para que pueda soportar el invierno que me espera en el exterior.

Me quito mi ropa y la coloco sobre mi piel desnuda. Ajusto mi athame en el arnés de la cadera y libero mi cabello de su trenza.

Hay algo indudablemente erótico en el profundo escote que se abre desde mi pecho hasta el ombligo, así como en mi apariencia andrógina cargada de sigilos sangrantes; una fuerza ilusoria, un glamour violento que busca compensar mi vulnerabilidad.

Llego al vestíbulo, pero no encuentro allí el aquelarre. Todo yace en penumbras, apenas iluminado por las velas tenues de los candelabros que me dan la impresión de que mueren y reviven con los crepúsculos.

No hacen falta. Aunque ahora esté cubierta por nubes, la luz de la *luna llena* es suficiente para ahogar la oscuridad.

Salgo de la casa y me dirijo hacia el pozo. Sobre el sendero, las tres brujas ya me esperan, envestidas en negro y con escobas hechas de paja y endrino en sus manos izquierdas.

—Tres veces tres —dice Hela.

—Tres veces tres —repite Caligo.

—Tres veces tres —finaliza Inanna, quien me ofrece una escoba también.

La magia detrás del sigilo de Albedo empuja cuando la sostengo por lo largo.

Una bruja es una bruja es una bruja…

El aquelarre y yo rodeamos el pozo como si fuese un caldero.

—¡Salve, Reina de los Muertos! —exclama Inanna, quien apunta con su escoba hacia el agujero—. Salve, Grieta que ha rasgado el Velo entre este Mundo y el Otro, ¡escucha a quienes honran hoy tu memoria frente al abismo!

Hela, Caligo y yo repetimos sus palabras como si quisiéramos despertar al plano medio que yace en el fondo.

—Esta noche, *Squochee kesos*[*] tendrá un nuevo parto —continúa la bruja goética—. ¿Estás listo para volver a nacer, Elisse?

La angustia de mi corazón es enorme, el dolor punza tras cada palpitación… Pero asiento. Más convencido que nunca.

Miramos hacia arriba cuando varios haces de luz caen como sables sobre la nieve. Las nubes comienzan a moverse, a despejarse por un viento frío que viaja por los cielos.

La luna por fin asoma la cara.

—¡Ahora!

Ante el grito de Inanna, las tres brujas echan a correr.

Sin saber hacia dónde vamos, las sigo a través del sendero hasta que saltan hacia el bosque. Las ramas espinosas de los endrinos intentan rasgarme la ropa y la piel para obtener algo de mi sangre, pero no me detengo. No miro hacia atrás.

Ellas serpentean por los árboles, brincan por las rocas y los troncos, persiguiendo al astro blanco que pareciera moverse como un perezoso cometa.

Cuando la nieve cruje bajo el peso de montones de pies, me doy cuenta de que ya no estamos solos.

Varias siluetas corren alrededor de nosotros, cuerpos oscuros que comienzan a aullar de júbilo acompañados de tambores, de cuernos que cantan a la par del golpeteo cada vez más frenético dentro de mi pecho. ¿Son espíritus? ¿Son monstruos del plano medio?

No. De ser así, yo no podría verlos, porque mi ojo sobrenatural permanece cerrado por el sigilo en mi frente.

A lo lejos, una antorcha anaranjada se enciende, mientras que la nieve a mis pies desaparece hasta convertirse en un sendero de cenizas. Me detengo, al filo de un claro, cuando me percato de que es en realidad una hoguera sobre un cruce de caminos.

Y es allí donde por fin lo entiendo todo.

Ocho senderos tiene la casa de la niebla. Una estrella de ocho puntas en cuyo centro palpita el fuego de una hoguera como el latir de un corazón.

La última pieza de mis premoniciones.

Inanna se coloca detrás de la fogata y sus hermanas la flanquean con los ojos relampagueantes ante el resplandor de la lumbre. Llego hasta ellas y ocupo mi lugar como el último punto cardinal.

Las tres alzan sus escobas hacia la luna.

—Una sola bruja despierta tormentas con un revés de su mano —exclama Caligo.

—Arranca vidas con una gota de agua y levanta a los muertos de un soplido —prosigue Hela.

—Pero un Gran Vínculo de aquelarres… —concluye Inanna—. Eso puede sacudir el mundo entero.

Desde los ocho senderos, aquellas sombras que nos rodeaban en el bosque se manifiestan. Y al ser alcanzados por la luz descubro que son más de treinta brujas, brujos y todos lo que son ambos o ninguno; humanos con magia que han sido traídos desde Salem por los habitantes de la niebla para reunirse en esta noche de ritual.

Algunos portan tocados hechos con cornamentas; otros, mandiles negros sobre sus trajes sastre arremangados. Un puñado más llevan el cuerpo pintado con runas azules; otros están vestidos con túnicas o van completamente desnudos, con coronas de flores entrelazadas. Todos

están descalzos y armonizan sus cánticos con los tambores y cuernos de batalla que han traído consigo.

Incluso, logro distinguir entre ellos a Edvar.

La imagen materializa un poderoso momento del pasado en mi cabeza. Brujos y errantes, magias desde todas direcciones alrededor de la hoguera de Aradia, unidos para detener a los monstruos de John Dee.

Vuelvo al presente, y ellos hacen un círculo en torno a nosotros. Inanna mira hacia el cielo y levanta la escoba con su mano izquierda, para luego exclamar:

¡Gran Fuerza que abrió la Grieta Resplandeciente!
Vínculo entre esta tierra y la otra,
tú, que has bendecido la tierra con un beso de plata,
tú, que cabalgaste las nubes con truenos
y elevaste a tus hijos sobre todas las ciencias.
Manifiéstate sobre mi cuerpo
y déjame ofrecerte una sangre nueva
para ésta, tu Gran Sinagoga de las Brujas.

—*¡Manifiéstate, reina Bæbælən!* —gritan Hela y Caligo—. Madre de todas las Abominaciones, Reina Escarlata que se viste con la piel de los muertos, ¡libérate para que podamos cumplir la voluntad de tu Mano Izquierda!

—*¡Manifiéstate, manifiéstate!*

Ante la exigencia del resto de los brujos, Inanna se arroja a la hoguera.

El fuego estalla como si su cuerpo estuviese hecho de gasolina. Las llamas giran, altas y furiosas en un remolino que pinta todo el bosque de rojo hasta que, como invocada desde el mismísimo infierno, ella surge de nuevo entre la lumbre.

La bruja levanta su hermosa cabeza de cabra, armonizada con lustrosos cuernos largos que se curvan hacia arriba. Su estilizado cuerpo azabache se alza sobre patas de fauno entrecruzadas, la perfecta cohesión esotérica entre sus pechos y el pene entre sus piernas, expuesta a todos los aquelarres.

La contemplasombras pareciera flotar sobre las llamas, pero en realidad, son sus monstruos goéticos quienes la elevan; aunque no llevan sus pieles humanas, incluso yo puedo verlos moverse como espíritus informes de la misma manera que lo hacían los Loas en la hoguera de Red Buffalo.

Cuando la portadora de Satanás apunta hacia la luna con el índice y el anular de su mano izquierda, sentada en su trono de demonios, me queda claro por qué tantos se han arrodillado

para adorarle.

—*Hijo de la Luna Famélica* —dice—, *esta noche honraremos tu resplandor con el ritual de las Cinco Escobas. Cinco pasos para sellar el Martillo de las Brujas.*

—*Por la herencia de Endor* ** *y Hécate* —grita una triada de voces en el este.

—*Por la inocencia de Tituba y De Meath* —gritan otros tres en el oeste.

—*Y por la nostalgia de Leland y Valiente* —culmina Inanna—. *Por todos los hijos del Camino de la Mano Izquierda que fueron arrancados de su grandeza, ¡brindemos a esta criatura nuestro poder!*

Todos los presentes extienden las manos en mi dirección, y las oleadas de magia que envían contra mi cuerpo casi me derriban sobre la hoguera, tan potentes como si la propia Aradia se hubiese arrojado sobre mí.

Me mantengo firme y saco el athame de mis caderas.

—*Cinco escobas a medianoche* —exclama Hela—. *Una para pronunciar los hechizos.*

Como una serpiente que se enreda por todo mi brazo, cierro los ojos y dirijo la energía que me es enviada de los aquelarres hacia la punta. Esta vez, la magia no me exprime las energías porque *no es mía*. Es algo que tomo prestado, algo que manipulo únicamente con la fuerza de mi voluntad.

Llevo la daga hacia los hilos de mis labios, y en la oscuridad de mis párpados apretados puedo por fin ver un resplandor.

Rasgo el aire con el Athame, y el sigilo se rompe con tanta fuerza que un grito es lo primero que brota de mi garganta.

Las costuras se disuelven y las puntadas en mi carne descienden para grabarse sobre mi pecho, empujadas por la magia que ahora se dispara desde mi boca como si fuese un dragón.

La espada ruge como un titán al que le han puesto un grillete en el brazo, mientras que yo siento como si a mí me hubiesen liberado de un amarre.

Basta…...

Los brujos se toman de las manos y comienzan a bailar alrededor de la fogata, su magia como un torbellino sobre mis sentidos.

—*Cuatro escobas a medianoche. Una para comandar a los espíritus.*

Ante el rezo de Caligo, apunto con mi athame hacia la hoguera, pero no hacia Inanna, sino a

los espíritus que la rodean.

—*Para que mi mano jamás sea más suave que un látigo* —susurro—. *¡Tráiganme al ejército de Diana!*

Agito mi muñeca izquierda en el aire, y el sigilo de Albedo se despedaza en el acto.

Los demonios gritan cuando un chasquido invisible de *mi telequinesis* los azota por igual.

—*¡Obedezcan!* —latigueo una vez más, y ellos succionan el humo de la fogata para tomar la forma de lobos, de jabalíes, de caballos y de grandes animales salvajes, negros como la noche, los ojos al rojo vivo como el carbón.

Una cadena más. Un peso menos sobre mi corazón.

Al ver que he dominado a sus criaturas con magia goética, tal como deseé desde el primer momento en el que supe que ésta existía, Inanna sonríe con orgullo.

—*Tres escobas a medianoche* —reza—. *Una para seguir el camino del Príncipe del Aire.*

Los brujos presentes dejan de bailar y comienzan a saltar en su sitio, cada vez más alto, cada vez más rápido.

—*¡Suplicamos a la Grieta que nos deje cabalgar sobre las estrellas!* —gritan—. *¡Suplicamos a la Grieta que levante de la tierra al ejército de Diana!*

¡No!

—*¡Elévense!*

Con este comando, doy un pisotón en la tierra, reventando el sigilo de mi talón.

Los demonios goéticos salen disparados hacia los brujos, los toman de los brazos, de las piernas, y comienzan a elevarlos en el aire.

Inanna se agazapa, adquiere una forma de cabra completa y salta de las llamas. Antes de que me embista, me echo a un lado y me aferro a su cornamenta, para subir a su lomo.

Y esta vez, ni siquiera los gritos desesperados del monstruo son capaces de distraerme. No cuando el tercer sigilo ya arde como el hierro sobre mi pecho.

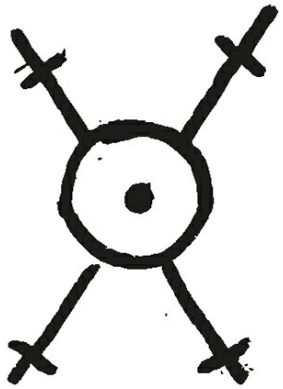
Todos los aquelarres ascendemos en una gran espiral hacia el cielo. Gritamos, chillamos, invocamos a la Grieta montados sobre bestias cuyas garras y pezuñas sacan chispas en el aire.

Cuando el bosque no es más que un tapete de follaje bajo nosotros, nos unimos como una marea, una nube negra de magia y humo, de fuego y cantos demoníacos. Tal cual las pesadillas de los cristianos que nos persiguieron durante siglos, cruzamos el cielo, cabalgamos hacia la luna, y revivimos, por una noche, la leyenda del mítico Sabbath.

Y la espada, más débil que nunca, ya no puede detener los sigilos ahora quemados sobre mi pecho, ni la magia que circula por mis labios. Por mis manos. Por mis pies.

—*Dos escobas* —musito—. *Una para abrir el ojo que mira del otro lado del velo…*

Al desprenderse el cuarto sello de mi frente, mis pupilas se expanden hasta convertir mis iris en un fino halo verde.



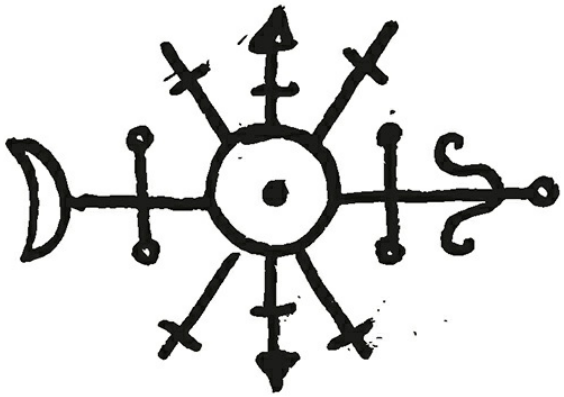
Y allí, a la cabeza de los aquelarres, montado sobre la mismísima Lucifer, el sigilo de la espada filosofal se completa ante mi última oración:

Soy Él. Él descabezado.

Soy Él, el que abre las puertas de este mundo y el otro.

Soy el Martillo que revienta a los espíritus.

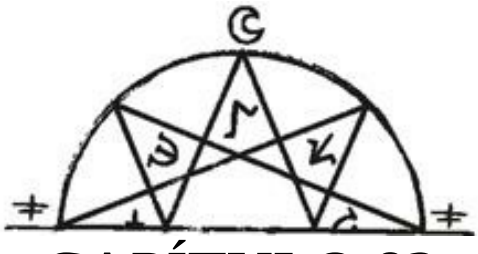
Yo soy… La Bestia Revestida de Luna.



---

[*] En algonquino: “El sol no tiene fuerza para descongelarse”, forma original que recibiera la Luna del Lobo.

[**] Ref. Bruja de Endor.



CAPÍTULO 82

EL BRUJO Y EL LOBO

—Una. Una escoba a medianoche.

Levanto la cabeza, y descubro que la Estrella de la Mañana ya brilla sobre los endrinos, aunque la noche todavía se niega a fallecer. El Sabbath se ha disuelto, y de nuestra ceremonia no queda más que una columna de humo sobre el cruce de caminos.

Ellos se han llevado su magia, pero la mía por fin es libre dentro de mi propio cuerpo; un río de sombras cuyo cauce se mueve sólo bajo mi voluntad.

Y la sensación es tan natural, tan mía, que me parece una abominación que haya estado contenida tanto tiempo.

Pero aún no estoy satisfecho.

Me llevo una mano al vientre y siento el dolor de un quinto sigilo. Un emblema secreto que yo mismo cosí con mis propios cabellos y que ahora pulsa contra las paredes de mis entrañas. Un sigilo que no es para la espada, sino para contener algo mucho más… poderoso.

El monstruo dentro de mí protesta ante el calor del símbolo que he destinado para él. Pero… ¿sus voces? Apenas las escucho, no porque no estén allí, sino porque la piedra filosofal ya no puede volver frágiles mis oídos.

Me inclino sobre la hoguera y trazo un nombre sobre las cenizas calientes. No acabo de erguirme de nuevo, cuando *él* aparece a mis espaldas, *invocado* en el lindero del bosque.

Erguido en dos patas, y con la última escoba en su garra izquierda, Tared se detiene a unos metros y me mira con ojos oscuros, un cielo azul cruzado por una tormenta confusa. Su pelaje se eriza y su espalda se encorva como la de un monstruo.

Ver ese hocico feroz y esa piel que parece salpicada de truenos me lleva de vuelta al momento en el que sentimos por primera vez el tirón de nuestro vínculo, en aquel parque neblinoso de Nueva Orleans.

—Desde ese momento supiste que ibas a ser mío, ¿verdad? —pregunto, pero sólo un gruñido amenazador brota de su garganta.

Bajo la mirada hacia su pecho, y la palabra "maleficio" cruza mi cabeza al ver que una costura fresca yace desde sus clavículas hasta el esternón, hecha con hilo de cuero negro.

Levanto la mano de hueso para que mi magia emane de la muñeca como un perfume. La bestia dentro de mí se agita, pero la espada ni siquiera protesta, encerrada a cal y canto en el sarcófago en el que se ha convertido mi cuerpo.

Tared, en cambio, alza el hocico y olfatea el aire con tanta agitación que densas motas de vapor expelen de su boca. Mira mi piel expuesta, percibe el latido caliente de mi corazón y tritura la escoba bajo su garra a la par que se relame el hocico.

En un parpadeo, se lanza contra mí.

Dejo que me embista y que me tumbe con violencia contra las cenizas. Me lanza una dentellada letal al cuello, pero saco mi athame para que muerda el mango en su lugar. Sus fauces se cierran en torno a la madera y la parten hasta dejar al descubierto el centro de metal.

Tenso la mandíbula cuando sus garras se aferran a los costados de mis muslos, buscando abrirme las piernas de par en par.

En esa forma, y bajo semejante locura, podría desgarrarme entero, así que enrosco mi mano libre alrededor de su cuello.

—¡Apártate!

El lobo es lanzado hacia atrás, empujado por la fuerza invisible de mi telequinesia.

Me pongo de pie y, en vez de alejarme de él, hago que mi esencia le acaricie las fauces para agitar de nuevo su apetito.

Tared se levanta de un salto, pero mi magia lo paraliza por completo, como si hubiese trazado un campo de contención a sus pies. Me acerco, y siento su urgencia arder en cada uno de sus músculos, su sexo y sus colmillos ansiosos por hundirse dentro de mí por igual.

Así, en esa forma, es la viva imagen del licántropo maldito de las leyendas. No más que un cruel heredero del rey Licaón.

Me detengo a un paso de él y empuño el athame. El filo del mango destrozado me corta la palma de la mano y me hace sangrar sobre el metal al apuntar hacia el cielo.

—Una escoba a medianoche —exclamo, y un calor infernal comienza a desprenderse del sigilo en mi vientre—. Para volvernos invencibles con la fuerza de nuestros amantes.

De una estocada, entierro el cuchillo entre sus clavículas. El lobo ruge, enfurecido, y al deslizar la hoja hacia abajo para cortar aquellos hilos de cuero, encuentro el artilugio escondido

bajo los tajos de piel: un clavo largo y oxidado con un mechón de mi cabello atado en la punta, aquel que yacía pegado en el libro rojo.

Con mi mano de hueso, lo arranco sin piedad.

El devorapieles se derrumba de espaldas, aturdido ante la ruptura del hechizo. Pongo una rodilla sobre su vientre y me inclino para asegurarme de que no quede un solo cabello mío dentro de la siniestra herida.

Tared parpadea, y la tormenta en sus ojos azules se despeja… Pero la bestia hambrienta *sigue allí.*

Me atrapa por la cintura y me arrastra hacia su hocico. En vez de recibir una letal mordida, lanzo un gemido de sorpresa al sentir su larga lengua entrar de golpe en mi cuerpo, tan húmeda y suave que se desliza dentro de mí sin una sola gota de dolor.

Dejo caer mi athame y grito de puro placer cuando el músculo presiona una y otra vez en ese sitio tan familiar para él. Me aferro al pelaje de su cabeza y dejo que se sacie conmigo como tantas veces lo ha hecho antes, tan diestro que ni uno solo de sus colmillos hiere mi piel.

El sigilo arde como tres infiernos ante el umbral de mi orgasmo, pero todavía es muy pronto.

Me libero de su lengua para girarme y alcanzar las costuras en su pecho. Al tirar de los pliegues, Tared se levanta como un resorte. Me tira de nuevo sobre el cruce de caminos y se arrodilla delante de mí, con jadeos tan densos que parece un volcán a punto de estallar.

Como si se quitase una capucha, pone una garra en su hocico y lo estira hacia atrás. Las fauces se parten y los colmillos y la lengua se desprenden hasta revelar su cabeza humana debajo.

Contaminado de esa hambre, me lanzo hacia él para besarlo con ferocidad. Entierro mis manos en la herida de su maleficio y, de un tirón, le arranco la piel hacia los costados.

Tared gruñe sobre mis labios, pero en vez de detenerme, se despoja también de su pelaje hasta que ambos desenterramos al hombre bajo el monstruo.

Cada partícula de mi magia se sacude al ver el cuerpo de mi consorte brillar en escarlata, como una bestia mítica ofrecida en sacrificio para la luna llena posada sobre su cabeza.

El brujo y el lobo. La gran *antinatura* y el más delicioso de todos los pecados.

Ebrio de deseo, es su turno de hacerme la ropa jirones.

Sin miramientos, revienta la hilera de botones de mi túnica, tal como yo hice con su piel. Desgarra la tela, y ladea la cabeza con curiosidad al descubrir el sigilo cosido sobre mi vientre.

Lo toca, gruñe al sentir el calor y los hilos bajo sus dedos.

—Ofrécete ahora mismo —ordeno con hostilidad. Por más desbordados que estemos de deseo, esto sigue siendo un ritual.

Tared obedece sin chistar. De un solo movimiento, me toma del hombro y me empuja para que caiga de rodillas sobre su piel de lobo, la cual sirve como manto sobre nuestro altar de ocho

senderos. Me toma de las caderas con ambas manos y, con mi cuerpo ya preparado por la generosidad de su lengua de lobo, su miembro se abre paso dentro de mí de una sola estocada.

Suelto un grito ante el breve dolor que, en cuestión de segundos, se convierte en un placer que apenas puedo soportar, mientras que Tared, poseído por mi estrechez, comienza a embestirme con una precisión que sólo un errante de su calibre posee.

El placer me hace añicos, me impulsa a enterrar los dedos en las hebras plateadas y arrancarlas a puños cuando, con una mano, él me toma de los cabellos de la nuca, los estruja y empuja sus caderas contra mí como si quisiera entrar entero. Tan fuerte. Tan rápido que el mundo se desenfoca.

Tal como en la visión de la necromante, el lobo me monta frenéticamente sobre el cruce de caminos, hasta que la amenaza de la cúspide se asoma en mi entrepierna.

El licántropo lanza un gruñido de protesta cuando me libero de su posesión. Mi telequinesia lo arroja de espaldas sobre su manto, lo inmoviliza para permitirme tomar el control.

Tared echa la cabeza hacia atrás cuando, con una lentitud despiadada, comienzo a descender mis caderas sobre su miembro, hasta finalmente albergarlo en toda su longitud. Y él, incapaz de mover sus manos, arquea su columna para llegar a lo más profundo de mi ser.

Sentado en su regazo, entierro las manos en su pecho y me muevo sobre él en un ritmo que poco a poco se torna más frenético, casi violento, pero no para alcanzar yo el clímax, sino para obligarlo a él a liberar esa energía que mi magia busca con desesperación.

—¡Mi Señor, mi brujo! —gime, embrujado por el vaivén de mi cuerpo. Mi excitación se eleva como una torre de humo ante su sumisión, hasta que él ya no puede resistirlo más.

Mis labios se ahogan en un gemido largo y profundo, para después permitirle culminar. Y sólo entonces, cuando él se esparce entero dentro de mi vientre, dejo que el orgasmo me alcance también.

La magia de la creación, mezclada con la energía vital de mi consorte, se expande a mi mano izquierda, a mi talón, a mis labios, a cualquier parte de mi cuerpo que sirva como una vía de escape. Pero antes de que lo logre, tiro de ella y la arrojo como una soga a una sola dirección: el monstruo de hueso.

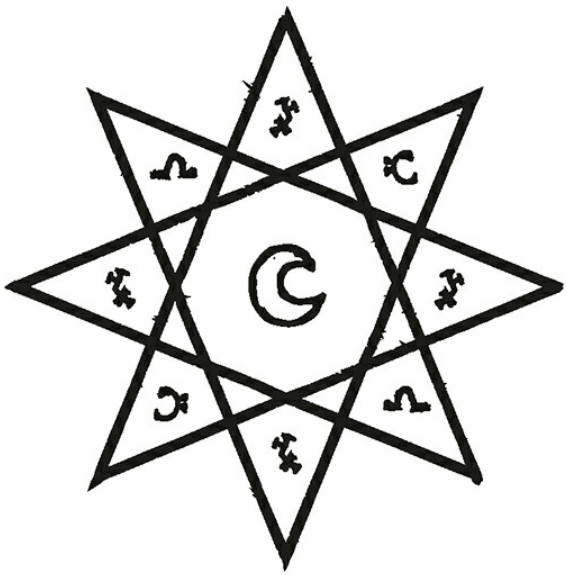
Sin la espada de por medio para impedirlo, mi magia le ata las extremidades y lo arrastra hacia las profundidades de mi psique, donde no pueda escapar.

¡MíO, ERES MÍO!

Y cuando él ya no puede hacer frente a mi voluntad, susurro:

—No… *tú* eres *mío*.

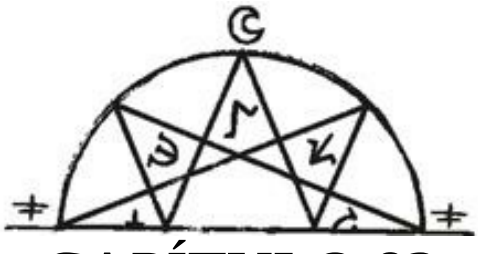
El sigilo por fin se desprende de mi vientre y se graba, no sobre mi piel, sino sobre el cráneo de la criatura.



Sus astas se abren paso en mi cabeza, crecen y se ensanchan como una corona de plata que resplandece contra la luna llena. Pero la criatura ya no logra cruzar al otro lado. Ya no logra utilizarme como su portal.

El ritual de las cinco escobas concluye, y las voces del monstruo quedan por fin silenciadas bajo mi poder.

CUARTA FASE
UN MONSTRUO
COMPLETO



CAPÍTULO 83

UN ÚLTIMO EMISARIO

Por la madrugada, dos de los tramperos habían abandonado el grupo para ir hacia la ciudad de Salem.

Ambos llevaban en su vehículo varias cajas de cartón, desbordadas con aquellos papeles y libretas que alguna vez fueron robados de Valley of the Gods. Y también, una pequeña nevera con un mensaje enrollado en su interior.

Pero ya han pasado varias horas desde que volvieron con la camioneta vacía. Y desde entonces, la quietud de Nalvage no ha hecho más que alimentar la frustración del Inquisidor.

La victoria en la colina de Minnesota fue fácil, tan fácil y tan indolora que Benjamin ni siquiera sintió placer cuando sus manos se empaparon de sangre. Pero su insatisfacción no podría importarle menos al ángel, porque su atención lleva toda la noche fija en la puerta de metal cerrada delante de él.

Puede sentir el plano medio detrás, muy dentro de la cavidad de Dungeon Rock. Tanto así que quiere extender la mano. Desea empujar la lámina de hierro y descender los escalones de madera, atravesar el plano medio que yace en la gruta para ver con sus propios ojos la casa en la niebla.

Sabe que el pozo se lo impedirá porque la Mano Izquierda de Aradia aún está puesta sobre la entrada. Pero si la Mano se levantase, si la Mano se moviera lo suficiente, él, la legión, todos

ellos podrían entrar.

Tú los dejarías entrar, ¿verdad?

—¿Por qué? —pregunta por fin el trampero a sus espaldas—. ¿Por qué nos has obligado a hacer *eso,* para luego traernos aquí?

—Misteriosos son los caminos del Señor, hijo mío —responde Nalvage, tranquilo—. Los humanos no necesitan entenderlo. Sólo necesitan confiar en su…

—¡Basta de acertijos, cabrón!

Ante su grito, el Mensajero se gira despacio hacia el Inquisidor. Y, para mi goce, éste casi retrocede.

Por un segundo, Benjamin Lander había olvidado el profundo malestar que esa mirada muerta le provocaba.

—Oh, ¡qué hombre de tan poca fe eres! —dice el cadáver, más divertido que irritado ante la insolencia del hombre—. ¿No te he alimentado a ti y a tu gente? ¿No te he guiado hacia los caminos correctos? ¿No te ha dado mi Dios una esperanza en medio de la desesperación?

La manera en la que Lander tuerce la boca hace que la herida de su mejilla se tense. Nalvage sabe que su Dios no significa nada para una bestia como él, pero hay algo en sus ojos fríos que le recuerdan mucho a la ambición de los verdugos con quienes alguna vez hizo pactos en el pasado.

Y por eso, no le cabe duda de que acabará por hacer lo que le diga.

—Si te hace sentir más tranquilo, querido Benjamin —dice Nalvage—, la razón por la que no te he dado más indicaciones, es porque estás esperando a alguien.

El Inquisidor entrecierra la mirada.

—¿A quién? —pregunta, y el sonido de su voz trae consigo un silbido rasposo.

El cadáver de Sammuel levanta un dedo hacia la caverna.

—Lo reconocerás de inmediato. Porque *él* saldrá de esta misma puerta para venir por ustedes.

El hombre mira hacia la gruta y sus pupilas se encogen ante la cavernosa sensación que se desprende del metal.

Sé muy bien que, en el fondo, se pregunta si lo que ha estado sintiendo todo este tiempo no es otra cosa que el temor de Dios.

El ángel da media vuelta y mira hacia el lindero del bosque.

—Ah, una cosa más —dice—. Mi trabajo contigo ha terminado, pero mi Señor quiere que te dé una última recompensa por tu labor.

El viejo atenaza el arma en su cintura cuando escucha que algo se aproxima desde la oscuridad.

—¿Qué diablos pretendes?

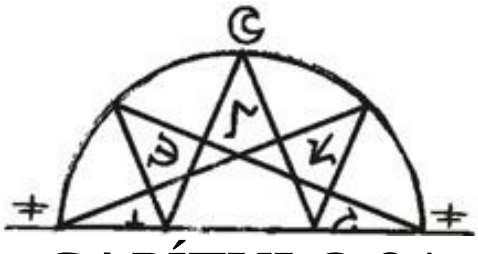
—Eres un Inquisidor, Benjamin Lander. Uno de los más grandes que han visto mis ojos —asegura Nalvage—. Pero es momento de que abandones ese cuerpo decrépito y te prepares.

Porque el tiempo ha llegado.

Cuando la figura por fin emerge y la luna llena ilumina su faz, los dedos del hombre se aflojan.

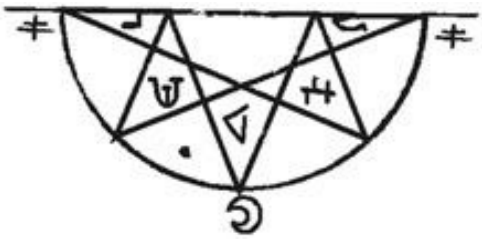
Su hijo —Buck Lander— lo observa de manera inexpresiva, tan grande, tan ancho, que el brazo conectado a su nuca queda completamente oculto por la maleza.

Sin decir más, Nalvage se da la media vuelta y comienza a alejarse, dejando un suave rastro de plumas detrás.



CAPÍTULO 84

PUERTA AL CIELO



Al amanecer, el sol me encuentra con la cabeza astada y envestido en piel de lobo, ambos tan plateados como la luna que ya se ha ocultado en el bosque.

Tared, en cambio, camina desnudo detrás de mí, con nuestras manos enlazadas para que lo guíe a través de la niebla.

Antes me era imposible ver más allá de unos metros, pero ahora, los senderos de este lugar se abren ante mis ojos con tal claridad que mis pasos avanzan con la precisión de una brújula.

Me siento tan… distinto, tan ligero y a la vez, arraigado al suelo por el que camino, mientras que mi consorte, en lugar de haber terminado exhausto, parece que también se ha cargado con la energía de nuestro ritual.

Mi tercer ojo por fin se ha abierto del todo, puesto que ahora puedo ver *más allá del velo:* las calles de Salem interpuestas en este bosque, las casas, los transeúntes convertidos en fantasmas que traspasan los árboles, ignorantes del mundo espiritual cernido a su alrededor.

Y estoy seguro de que, cuando vuelva al plano de los vivos, veré este reino con la misma nitidez.

Ésta es la razón, pienso. Éste es el motivo por el cual estoy condenado a quedarme ciego al final de mi vida. Como todos los de mi estirpe.

Levanto mi mano y, con un sutil movimiento de mi muñeca, las ramas de los endrinos se retraen para revelar el sendero junto al pozo. Y, al llegar a la casa, sus hilos se estiran hacia mí con tal reverencia que podría echarla abajo de un tirón.

Es la misma construcción de siempre, pero ahora sus venas están tan expuestas para mí que,

al entrar, la presencia de Aradia ya no me parece muda. La siento infectar cada pared y cada viga, abrazar cada parte de la construcción para intentar mantenerla unida a este plano.

Y también puedo ver las grietas que, poco a poco, se han abierto en la magia debilitada de la bruja.

Pero eso no es lo único que nos recibe. Las vasijas con los demonios de Inanna están ahora repartidas por toda la casa, la mayoría con las tapas ahora rasgadas. Las súplicas de las criaturas restantes, aún atrapadas, son tan claras como un susurro en mis oídos.

Aquello no me sorprende. Como las voces del monstruo de hueso han sido silenciadas, es normal que pueda escuchar todo lo demás.

Después de detenernos unos momentos para que Tared pueda vestirse, subimos al ático. Allí, Comus Bayou y el aquelarre nos esperan, reunidos en torno a la puerta del cuarto de evocaciones.

Más de uno contiene un quejido cuando emerjo de la trampilla con las astas, la piel de lobo aún fresca sobre mis hombros y el gran sigilo de la espada grabado en mi pecho. Y al cruzar la habitación, sus pieles se erizan, sus ojos se dilatan; incluso Hoffman, quien es enteramente humano, puede percibir la oscuridad que ahora acentúa cada uno de mis movimientos.

Inanna se encuentra frente a la puerta con las manos cruzadas sobre su vientre. Su consorte permanece a su lado y sus hermanas sostienen un gran cofre de madera de las asas. Después de asentir, como si aprobase lo que tiene ahora frente a ella, la bruja goética nos hace pasar a la habitación, la cual ha sido preparada con cautela.

Además de no tener ya un solo jarrón, han quitado el tapete de corderos para poner sobre el símbolo el atril donde antes estaba el libro del Culto. Ahora, el espejo de obsidiana de Hela reposa sobre él, mientras que dos sillas de madera han sido puestas delante.

La sirena y la arpía bajan el cofre. Y, una vez en el suelo, Inanna saca de allí dos mantos blancos cuyos pliegues se escuchan como el repiquetear de cientos de cristales. Coloca uno en cada silla, y mi asombro se exacerba al reconocer lo que son.

Se trata de la piel del ángel Raxnal, la cual ha sido dividida en dos y confeccionada como si fuesen un par de túnicas.

Inanna sonríe ante mi expresión.

—La razón por la cual bajamos al ángel con nuestra Madre fue para poder mantener su esencia intacta para este momento —explica—. Portarla será una gran ayuda para pasar desapercibidos en el reino de los cielos.

Miro con suspicacia hacia las sillas.

—*¿Desapercibidos?*

—No vas a ir solo al Paraíso, Elisse.

Un nudo se forma en mi garganta cuando, después de decir estas palabras, Inanna comienza a

quitarse el abrigo.

—No, ¡de ninguna manera!

La bruja se echa a reír ante mi protesta.

—¿De verdad crees que tienes manera de detenerme, Elisse?

—Es demasiado peligroso —insisto—, eres la portadora de Satanás, ¡el peor enemigo de los ángeles! Si ellos nos descubren, irán primero por ti.

Cuando ella ni siquiera parpadea ante mi advertencia, me queda claro que lo sabe. Es más, que ésa es precisamente la razón por la cual está decidida a venir.

Miro a Ilya, a Cali y a Hel, con la esperanza de que alguno de ellos la haga recapacitar. Pero al ver que ninguno parece sorprendido, me doy cuenta de lo inútil que sería seguir discutiendo.

Ellos ya lo habían decidido. Y quizá desde que supimos que tenía que ir al Merkavah.

Cuando mi silencio deja en claro mi resignación, Inanna me tiende un artefacto que saca de su bolsillo.

Tared ladea la cabeza al reconocerlo.

—¿Ése es…?

—Sí —se anticipa la bruja—. Es el mismo péndulo que puse en tu cuello para que pudieran cruzar el plano medio en Dungeon Rock. Y la razón por la cual se lo estoy dando ahora a Elisse es porque si el muchacho llega a pronunciar en voz el alta el nombre de su Mara con la lengua de Barón Samedi las consecuencias podrían ser fatales.

—Y por eso hemos encantado el péndulo. Para que apunte hacia esa desgraciada en cuanto arrebates el nombre a Dios —explica Hela.

Dios.

Estrujo la piedra en mi puño y la magia responde ante mi contacto. Luego, extiendo la otra mano para que Inanna me dé el sello de cera con los nombres secretos del desgraciado.

Después de repasar aquellas palabras de poder, cierro los ojos antes de susurrar un “empecemos”.

El vínculo con Tared se tensa cuando Hela y Caligo me quitan la piel de lobo. Me ofrecen unos pantalones vaqueros, botas, y una túnica muy parecida a la que usé en el ritual de las escobas, aunque más corta, más práctica, para permitir que me mueva con soltura si llegara a hacer falta.

Después de removerme las astas, nos invisten a Inanna y a mí con la piel del ángel Raxnal, y nos hacen sentarnos en las sillas, de espaldas al espejo.

Empuñamos nuestros athames en el regazo, el mío aún con el mango trozado ahora envuelto en una franela debido a mi enfrentamiento con Tared, y, finalmente, Inanna extiende su anillo dorado a Ilya.

—Llévale esto a Madre —pide—. Sé que no lo necesita, pero me sentiré más tranquila si ella

lo tiene de todas maneras.

El hombre tigre se acerca y envuelve la mano de la mujer con cuidado.

—Я люблю тебя фсей душой, Инанна.*

La portadora de Satán permite que él le acaricie los dedos antes de tomar el anillo de Salomón. Y aunque Inanna no añade palabra alguna, no hace falta. La manera en la que sus ojos oscuros resplandecen es elocuente.

El gesto me resulta conmovedor, puesto que es la primera vez que los veo compartir una muestra de afecto frente a los demás.

La bruja arpía saca varias botellas pequeñas del cofre y nos da una a cada uno. Miro el interior y distingo pedazos de belladona que flotan en el líquido ambarino.

Veneno. No lo suficiente para matarnos, pero sí para reducir la intensidad del latido de nuestros corazones hasta casi hacer desaparecer el pulso. Algunos planos espirituales requieren algo más especial que pasar corporalmente a ellos, como entrar a través de los sueños, de las visiones… o acercarse lo más posible a la muerte.

Y un mundo tan complejo como el de los ángeles no podía ser la excepción.

—¿Estás listo? —pregunta Caligo, pero yo dirijo mi atención hacia Comus Bayou.

La angustia en el semblante de mis hermanos me oprime el corazón, la cual puedo sentir incluso en Hoffman, aunque éste tenga la mirada clavada en el suelo.

Pero el que más me duele de todos es sin duda Tared, quien con la espalda recta y un semblante firme hace todo lo posible por no transmitirme el miedo que debe sentir ahora mismo.

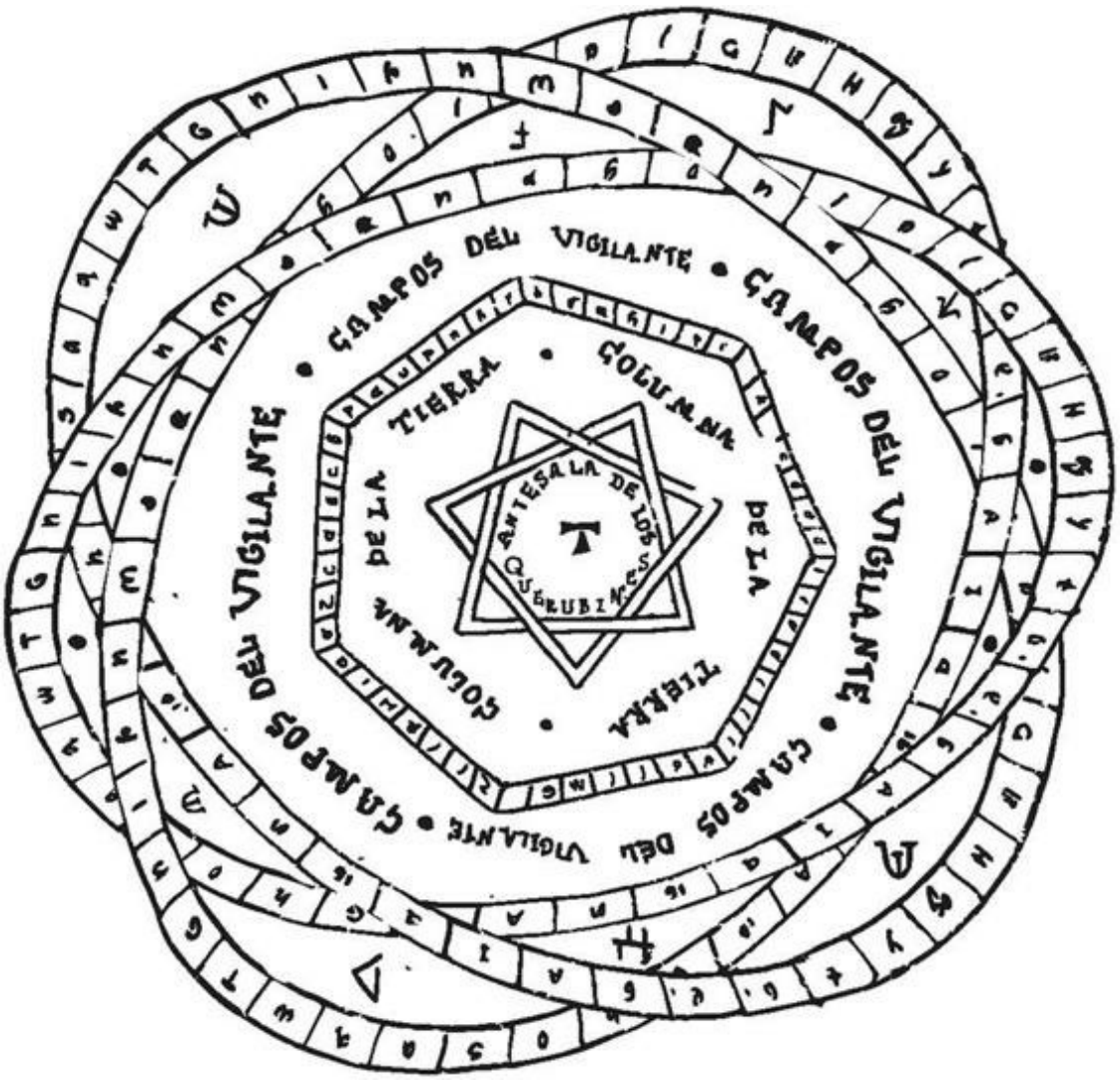
Si tan sólo supiera que esos ojos azules ya no pueden mentirme.

Tomo sus manos, las aprieto contra mi pecho, y él se inclina para recargar su frente contra la mía. Cierra los ojos un segundo para grabar en su piel la sensación de mis dedos firmes, de mi aliento bajo sus labios.

—Vuelve pronto a mí, Elisse —suplica el hombre lobo antes de besar mis nudillos.

Inanna y yo nos sentamos en los improvisados tronos mientras Caligo nos muestra una vez más el mapa del plano celeste.

—Para llegar al Merkavah, deberán atravesar primero los Campos del Vigilante —dice, apuntando al interior de los anillos—. Después, alcanzarán la Columna de la Tierra, donde encontrarán la Antesala de los Querubines. Allí yace la puerta.



Una vez que ha quedado claro, abrimos nuestras botellas a la vez.

—Y recuerden —continúa antes de que nos las llevemos a los labios—: sus mentes seguirán conectadas a sus cuerpos como si los hubiesen materializado en el plano de los ángeles. Cada herida, cada golpe y cada dolor lo sentirán en carne propia, así que tengan mucho cuidado, porque Hela no los guiará de vuelta hasta que ese péndulo se levante.

—*Salgan victoriosos, hijos de la Grieta Resplandeciente. Que su brillo llene el Paraíso de Oscuridad.*

Ante el eco de Aradia, ambos echamos la cabeza hacia atrás y bebemos el amargo elixir. Hasta la última gota.

Hela se coloca frente al espejo con las manos alzadas. Cierra los ojos y recita unas palabras en voz baja. La superficie de cristal se remueve como una densa nube de humo y luego escucho voces brotar de la oscuridad.

Un montón de brazos negros, muy similares a los de los sirvientes de Samedi, brotan del espejo. Se alargan, nos rodean como tentáculos hambrientos.

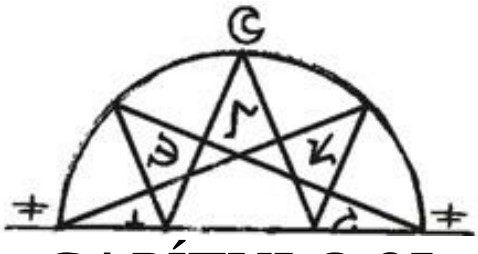
Una de las manos pellizca mi pecho con el índice y el pulgar, justo sobre el sigilo de la piedra filosofal. La mano se aleja y comienza a sacar un hilo de plata que emerge desde mi corazón.

Y, como si también se llevase mi consciencia, empiezo a cabecear a la par que la belladona hace su efecto. La mano se retrae hacia el espejo, y cuando el hilo toca la superficie de obsidiana, cierro los ojos.

Pero esta vez, el mundo no se cubre de sombras, sino de la más radiante de las luces.

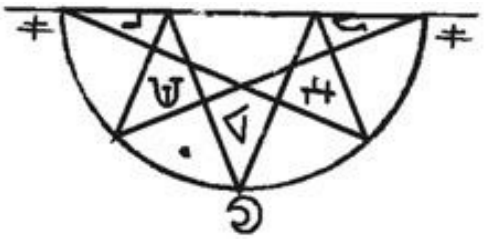
---

[*] En ruso: “Te quiero con toda mi alma, Inanna”.



CAPÍTULO 85

OFRENDA



Hace diecinueve años le hiciste una promesa al gusano.

Le juraste que, si traicionaba a Aradia y se sometía a *tu voluntad*, le darías un cuerpo humano *vivo* que le permitiese sentir más allá de lo que sólo había podido imitar al *vestir* una piel embalsamada.

Y el gusano jamás creyó que el día en el que finalmente se cumpliría esa promesa comenzaría así: con un hombre de su misma naturaleza asquerosa, encorvado como una cucaracha y retraído en una esquina de la habitación de la necromante.

La locura se cierne sobre Allen Miller como la suela de una bota, puesto que ha perdido la cuenta de los días que lleva dentro de esas cuatro paredes, escuchando una y otra vez la cacofonía de aquel gramófono infernal.

La puerta no se abre desde dentro y el cristal de la ventana tampoco puede romperse. Lo ha intentado tantas veces que se pregunta si acaso van a mantenerlo allí por siempre.

El gusano saborea la podredumbre que percibe bajo la piel de ese joven, tan apetitosa que sus colmillos se hundirían en él como mantequilla. Los corazones malvados siempre han sido sus favoritos, pero si no cede a sus impulsos, a esa necesidad demoníaca que lleva dentro de sí desde hace diecinueve años, es porque ya ha sentido lo que hay dentro del bolsillo del joven: una bala. Blanca y con el peso de un revólver, escondida en el fondo de su bolsillo desde aquella noche de

tormenta en la Isla de Invierno.

Un objeto que el joven vio, perfectamente, cómo los ángeles introducían en sus ropas antes de caer en su hipnotismo.

Los monstruos de John Dee hicieron muy bien su labor, así que al gusano sólo le queda dar el último paso.

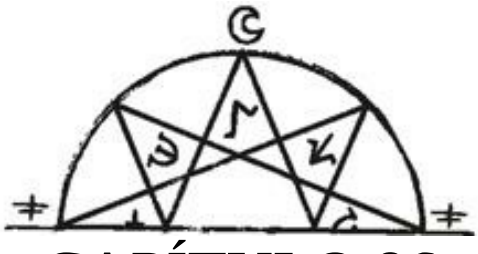
Asmoday repta por el techo hasta quedar justo sobre el muchacho, quien se encoge más sobre su vientre, temeroso de girar la cabeza y encontrarse con esos ojos rojos que lo miran siempre con hambre, siempre con deseo. Aun así, se obliga a levantarse de un salto cuando el demonio deja caer algo a su lado.

—¡No, aléjate! —exclama mientras se retrae contra la ventana. Pero, para su sorpresa, el gusano no se mueve de su lugar. Tan sólo mira con ansias aquello que le ha dado como ofrenda.

Allen Miller ladea la cabeza, y se acerca con cuidado hacia el libro rojo que yace abierto de par en par en el suelo, con el lomo hacia arriba.

Se acuclilla y alarga el brazo sin quitarle la mirada de encima a Asmoday. Y al levantar aquel libro descubre que debajo hay un arma… y una fotografía.

Después, escucha el chasquido de la puerta al abrirse.



CAPÍTULO 86

EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

La sensación de traspasar a los dominios de Barón Samedi es muy similar a ser arrojado a un pozo sin fondo. Es como una caída, claustrofóbica y oscura, que luego se convierte en una trayectoria sin sentido ni dirección, hasta que las sombras por fin te escupen en aquel trozo de *Guinée*.

Pero entrar al reino celestial es una experiencia muy diferente.

Es una elevación, una energía que te arrastra hacia arriba a una velocidad vertiginosa, y la luz del tránsito es tan agresiva que crees que te quedarás ciego para siempre. Pero luego ese resplandor comienza a serenarse, y de un momento a otro estás en el Paraíso.

Inanna y yo abrimos los ojos. Seguimos en las sillas y el espejo de obsidiana flota como un fantasma a nuestras espaldas, con el hilo de plata que conecta nuestra consciencia con el cuerpo serpenteando en el aire.

Del otro lado, podemos ver todavía el ático y oír cómo los demás hablan en un murmullo casi imperceptible, como si el portal se hubiese convertido en una ventana hacia el mundo terrenal.

Guardamos nuestros athames entre las vestiduras, para luego ponernos en pie. El lugar que se abre frente a nosotros es una pradera verde y luminosa, tan amplia que no se alcanza a ver dónde termina, mientras que el cielo pareciera ser una especie de mar de cristal líquido que refleja todo lo que hay aquí abajo como en un estanque.

Y allá, como a medio kilómetro de nosotros, tan ancha como medio campo de fútbol, se alza la *Columna de la Tierra*; una torre de piedra blanca, semejante a la de un castillo medieval, cuyas paredes tienen algunos agujeros y partes derrumbadas, como si hubiese sido perforada por

cañones en algún momento de su existencia, lo que me hace pensar que quizá no seamos los primeros en entrar aquí.

No es tan alta como su nombre me hizo imaginar, puesto que apenas y alcanzará los cien metros de altura. Y tal como en el mapa indicaba, está rodeada por los *Campos del Vigilante*, un inmenso prado de flores en tonos rosa pastel y marfil cuya fragancia mortífera se percibe hasta acá. De allí en más, no pareciera haber nada alrededor de este lugar. Tan sólo campos viridianos que se extienden hacia el infinito.

Observo el extraño Edén, e Inanna extiende su mano para envolver mis dedos de hueso, consciente de lo que se ha retorcido dentro de mí ante aquella construcción.

Le doy un suave apretón en respuesta, y luego la suelto para encaminarnos hacia la torre.

No parece haber ningún ángel a la vista, y esto, en vez de tranquilizarme, me trae una profunda sensación de malestar. El jardín se balancea de forma peculiar, como si vientos que vienen de distintas direcciones lo agitaran, aunque no percibo ninguna corriente.

Al acercarnos, la bruja goética se detiene y clava la mirada en las flores.

No. No son flores.

Son una especie de escultura de carne que busca asemejarse a ellas, puesto que sus pétalos y hojas están hechos de piel que, por la forma en la que se mueven, parece estar viva. Su centro no es más que una abertura oscura, rodeada de bordes sanguinolentos, similar a una…

Boca.

Inanna me toma del hombro y apunta con el dedo hacia los tallos venosos.

Hay algo debajo de la tierra abultada, sembrado cual semilla y con aquellas flores de carroña creciendo a lo largo como un altar. Y por la forma que tiene, no me cabe ninguna duda de que se trata de un cadáver.

Un brujo.

El resto del campo posee la misma naturaleza, tan macabra que no comprendo cómo los propios ángeles pueden interpretar esto como un paraíso.

Ambos nos tragamos la bilis y continuamos a través del jardín, obligados a abrirnos paso sobre los restos de quienes probablemente son nuestros antepasados. Al alcanzar el pie de la torre, siento un tirón en mi mano humana, seguido de un punzante dolor. Siseo y sacudo el brazo con brusquedad, desconcertado al ver que una de las flores se aferró a mi dorso con los dientes.

Pero el que esa cosa me haya mordido no es lo que hace que Inanna abra los ojos de par en par.

Me llevo la mano a los labios, pero ya es demasiado tarde.

El suelo comienza a temblar con tanta fuerza que nos vemos obligados a zambullirnos entre las flores.

¡*BUM*!

Como anillos de Saturno, tres titánicos arcos de metal dorado se levantan por los distintos horizontes de la tierra, tan veloces pero a la vez tan pesados que parecieran arrastrar la gravedad tras ellos. Y, al entrecruzarse sobre nuestras cabezas, se detienen al mismo tiempo que el temblor.

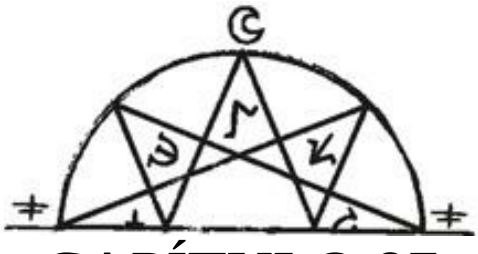
Hileras de ojos gigantes, insertados a lo largo de las bandas de oro, se mueven hacia todas las direcciones del plano celestial, buscando aquella criatura que ha emitido un sonido tan poco angelical.

Innana y yo nos cubrimos bien con nuestros mantos, puesto que se trata de él. *El Vigilante.* Una especie de reinterpretación de aquel Ofanim que alguna vez mencionó Julien.

Para nuestro alivio, los anillos vuelven a girar para ocultarse en el horizonte, comprobando así la efectividad de la piel de Raxnal.

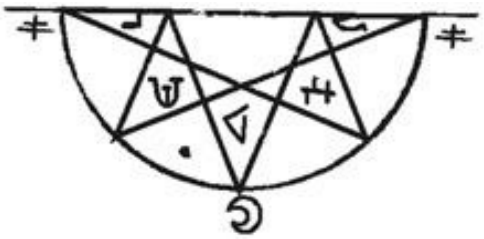
Después de un par de minutos de quedarnos inmóviles, Inanna y yo nos atrevemos a respirar otra vez. Nos levantamos y entramos por una estrecha grieta que se abre en la base de la torre.

Deslizándonos por las sombras de la construcción, entramos por fin a la Columna de la Tierra.



CAPÍTULO 87

FIN DEL CONTRATO



Fue tan lento, tan progresivo, que por un segundo creyó que lo que veía no era más que una alucinación.

Pero sus temores se confirmaron cuando la necromante, con los dedos enredados en aquellos hilos de plata, dijo que, efectivamente, esa línea punteada que había aparecido en la mano de la Bestia Revestida de Luna era una mordida.

Y fue allí cuando Salvador Hoffman supo que tenía que salir de esa habitación.

El licántropo se quedaría. Ni un trueno podría arrancarlo de ese lugar, pero él no. El miserable detective no podría soportar ver ese cuerpo cubrirse de heridas sabiendo que, por más que lo deseara, no *debía* ponerle un dedo encima al joven para intentar aliviar su dolor.

Y no era sólo porque la bruja Caligo les hubiera advertido de la posibilidad de que la conexión de los hilos se desequilibrara si llegaban a tocarlos, sino porque nunca se había sentido con ese derecho.

Así que, con una sonrisa de malicia, lo contemplé cruzar la casa e ir hacia el lindero del bosque helado, en el cual lleva parado más de media hora, ahogado con el humo de una sucesión infinita de cigarros.

Hasta que unos pasos a sus espaldas lo hacen bufar.

—¿Qué demonios haces aquí?

La pregunta sale tan afilada de su boca que de haber sido un hombre con magia habría apuñalado a la mujer que está detrás de él.

Pero a la falsa bruja no parece importarle su hostilidad. Después de todo, ella jamás habría acudido a él en busca de ternura.

—Vine para ver si estabas bien…

—Sí, ésa siempre es tu excusa —replica él, sardónico—. No estoy de humor para *eso,* si es lo que estás buscando.

El fuego de la humillación cruza la cara de la mujer.

—Cretino de mierda. Debí dejar que te pudrieras aquí solo —espeta con un desprecio que parecería inusual en alguien como ella—. Pero me alegra que lo menciones, porque, de hecho, ya no puedo seguir haciendo esto, Hoffman.

Él por fin se digna a girarse. Y al hacerlo le basta un segundo para reconocer en esos ojos grises toda la culpa que a él también le atormenta.

Le da una última bocanada a su cigarro y luego lo aplasta en una corteza que yo siento en carne viva sobre mi cuerpo.

—¿Es porque Miller nos descubrió? —pregunta—. Vamos. Sabías bien que se iba a enterar. Es más, estoy seguro de que se dio cuenta desde que estábamos en Minnesota. Es un jodido lobo, después de todo.

Aunque lo ha dicho en tono divertido, la sonrisa en su cara no es precisamente de placer.

—No, Hoffman —replica ella con brusquedad—. Es porque ahora también tuvo que mentirle a Elisse para encubrirnos.

Aquello logra activar un nervio reflejo en la cara del detective. Chasquea la lengua y se aparta un par de pasos, como si eso pudiese alejarlo de la repentina vergüenza que le provoca aquella verdad.

—¿No fuiste tú quien rogó que no le dijera nada sobre lo nuestro, en primer lugar? —dice Hoffman para luego resoplar con cansancio—. Da igual. Yo iba a pedirte exactamente lo mismo. Estoy harto de sentirme como una mierda cada vez que me meto contigo.

—¡Lo dices como si *yo* te hubiera obligado a hacer esto para vengarme! —exclama ella, furiosa.

—¡¿Qué parte de todo esto te parece una puñetera venganza, Johanna?! —brama el hombre, incapaz de soportar la repulsión que lo invade—. ¿Ésa en la que a Miller le importa un carajo con quien estés? ¿O en la que me he rebajado a hacer algo que ni siquiera me gusta porque no encuentro otra manera de lidiar con toda esta jodida situación?

La errante crispa las manos sobre su cabeza.

—¿Y crees que no lo sé? ¿Me crees tan estúpida como para no entender que no importa si me acuesto contigo o con un millón de hombres más eso no va a cambiar en absoluto lo que Tared

siente por Elisse? Por favor, ¡tú sabes bien lo que yo buscaba con todo esto!

El calor de su discusión me hace hervir de placer.

Tantos encuentros, algunos tan desesperados que incluso yo misma me retorcí en el suelo de mi celda, poseída por sus bajos instintos, y jamás se habían atrevido a hablar del remordimiento que sentían una vez apagada la euforia.

Ciegos como animales. Culpables y sucios ahora que el brujo astado yace a un paso de la horca.

—Dios, estás enferma —espeta él, irritado—. Sabes que ese cabrón te mintió. Que les ocultó a ti y a todos los demás sobre su esposa y aun así tú…

—Mira quién lo dice, el idiota que no puede negarle nada a alguien que tiene la mitad de su edad.

La furia sube por los puños del detective, tan rojos que parecen dos bombas a punto de explotar.

—Al menos yo no pretendo estar de acuerdo con lo que ellos tienen —dice—. En cambio, tú sí que eres una jodida hipócrita, ¡pregonas el supuesto amor que le tienes a los dos cuando en el fondo te pudres de envidia!

En vez de arremeter con la misma cizaña, la perpetuasangre gira la cabeza hacia la casa, hacia el ático, para que el detective no pueda ver cómo lágrimas patéticas le cubren la cara.

La errante todavía puede sentir entre sus dedos la esencia de la lengua de vaca y el regaliz. De todas las hierbas que ha consumido para evitar que su despecho se convierta en un error irreparable.

—Sí, soy una hipócrita, ¿y qué? ¿Y qué si prefiero sonreír y pretender que todo está bien aunque por dentro quiera vomitar de los celos? —admite—. Tener esos sentimientos no me convierte en una porquería de persona, me hace *humana,* y tengo tanto derecho a serlo como tú.

El detective contempla el temblor en los hombros de aquella mujer con lástima, casi arrepentimiento. Y ante su mutismo, ella se gira de nuevo para enfrentarlo:

—Pero, ¿sabes qué? Es gracioso que me llames hipócrita cuando tú no eres mucho mejor que yo en ese aspecto, Hoffman.

—¿De qué carajos estás hablando?

Ella mira de arriba abajo al hombre, quizás indecisa de si serviría de algo reabrir esa herida. Pero está tan furiosa, que no puede evitarlo.

—Hace un tiempo, en Utah, te pregunté por qué estabas en este viaje con nosotros —comienza—. Y por un tiempo creí saberlo. Creí que todos los hombres como tú, a fin de cuentas, eran igual de predecibles. Pero me equivoqué.

La mujer lo mira con una compasión tan repentina que el hombre no puede evitar preguntarse si es un gesto auténtico u otra de esas máscaras que logra ponerse tan bien cuando le conviene.

Y cuando ella se acerca, él contiene el impulso de dar un paso atrás.

—Al principio, pensé que era por tu deuda —dice—. Elisse había matado a Laurele y vengado a tu hija, después de todo. Pero luego te conocí un poco mejor y entendí que tú, tu personalidad y tus sentimientos eran tan complejos que no había manera de que algo tan *simple* fuese la respuesta.

”Después, creí que era por Tared. Que todo esto era un plan mezquino tuyo para sacar sus verdades a la luz y hacerlo sufrir como tú sufriste por la muerte de tu niña. Pero una vez más, algo así no encajaba, porque también descubrí que, a tu manera, eras un buen hombre. Quizá no para mí o para Comus Bayou, pero sí para quien pudiera ser lo suficientemente… *especial*.

El detective endurece la mirada, pero se queda inmóvil, como si algo en su fuero interno lo obligase a escuchar a aquella mujer.

O como si, de alguna manera, quisiera que ella encontrara *esa verdad* por él.

—¿Por qué estás aquí, Hoffman? —insiste ella ante su silencio—. ¿Por qué has abandonado tus recuerdos, tu lugar seguro y la casa donde tuviste a tu hija por última vez? ¿Por qué soportas estar cerca de un hombre que sólo te recuerda la peor parte de tu vida? ¿Por qué te acuestas con alguien a quien no amas, a sabiendas de que ni siquiera eso te hace sentir genuinamente mejor?

Las preguntas de la errante me hacen ladear la cabeza.

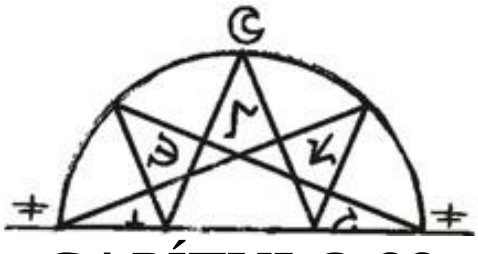
Siempre he sido buena para escarbar dentro de los corazones. Sacar de ellos lo más maravilloso o lo más podrido, y utilizarlo para cumplir mi voluntad. Pero nunca había conocido uno tan peculiar como el que palpita dentro de este hombre, y no puedo evitar preguntarme qué clase de artilugio se necesitaría conjugar para dominarlo.

Pero bien dicen que un corazón no se puede embrujar dos veces.

Como si los propios ángeles hubiesen conspirado para salvarlo, un crujido en la nieve los interrumpe. Un ruido que, en segundos, se convierte en múltiples pisadas que se acercan rápidamente por el bosque.

Él desenfunda su arma y la falsa bruja se arquea, lista para transformarse mientras varias siluetas se asoman entre la niebla apenas iluminada por la luna.

La errante, confundida, baja sus manos cuando el demonio Ilya surge de entre la maleza. Pero lo que casi la hace gritar es reconocer a la mujer que lo acompaña, con dos niños entre los brazos.



CAPÍTULO 88

LA COLUMNA DE LA TIERRA

Al entrar a la torre, casi sufro un infarto al descubrir por qué no había un solo ángel allá afuera, en el jardín.

Y es que *todos* están aquí.

Cientos y cientos de ellos, clavados en las paredes como Cristos crucificados, tan quietos que, por un segundo, pienso que están muertos.

Pero no. Esos seres inmóviles y desnudos, con la cabeza inclinada hacia el suelo, tan sólo están “dormidos”, a la espera de ser convocados al mundo de los vivos. Y lo sé porque, además de que sus cuerpos parecen débiles y casi humanos, sin la complejidad aberrante que la carne recién consumida de un brujo puede otorgar, ninguno tiene puesta una máscara de hierro.

De todas las cosas que creí que habría detrás de esas caras andróginas, nunca imaginé que aquello sería *nada*. Absolutamente nada, porque donde debería haber un rostro, tan sólo hay un agujero, tan vacío y profundo como el pecho resquebrajado de la Marionetista.

Después de unos segundos de contener la respiración, me animo a dar el primer paso.

Nada. Los ángeles permanecen quietos, inmunes al ruido de mis botas contra el suelo de piedra, lo que nos empuja a avanzar hacia lo que parece ser una enorme y compleja escalera que se erige en medio de la estancia, la cual termina en una trampilla de metal dorado, tan labrada que parece extraída del Palacio de Versalles.

La entrada a la Antesala de los Querubines.

Pero, al acercarnos, la torre e incluso los propios ángeles pasan a segundo plano cuando por fin comprendemos la naturaleza de la escalera.

Para empezar, los peldaños son del tamaño de sarcófagos de cristal, mientras que la estructura de lo que serían los “barandales” consiste en tallos iguales a los de las flores de los Campos del Vigilante, entrelazados en complejas formaciones arbóreas. La escalera por sí misma es también muy enrevesada, con caminos en los que se parte en dos o tres escaleras para luego volver a unirse en una especie de laberinto, con algunas terminaciones que no llevan a ninguna parte.

Y esta vez, Inanna es quien necesita contener un gemido al distinguir el cuerpo de una bruja dentro del primer escalón, a quien le han cortado la mano izquierda.

Yace rodeada de las terribles flores de carroña que se alimentan de su cuerpo ya marchito, con las raíces encarnadas en su boca, en sus cuencas, en los orificios corporales que desaparecen bajo su vestido. Lleva ropas muy antiguas, similares a las de la muñeca de cera que había en la casa de Jonathan Corwin, lo que indica que se trata de una de las primeras víctimas de las Guerras Ocultistas.

Casi quiero echarme a reír. Porque es obvio que para los ángeles éste es su Árbol del Conocimiento;* un jodido invernadero donde nosotros, los brujos, somos las semillas para que las flores germinen en ángeles.

La humillación de pisar las tumbas de los nuestros me hace estrujar el athame oculto en mi túnica, con más deseos que nunca antes de clavarlo en el *Dios* que me espera al final de esta torre.

Pero a medida que subimos, tengo la sensación de que la realidad comienza a… distorsionarse.

Se supone que íbamos hacia arriba, hacia el techo, pero, al haber cambiado de escalera, ahora siento como si descendiéramos. Después de un rato, la perspectiva cambia para llevarnos en ascenso de nuevo conforme pasamos de una escalera a otra, atrapados en una especie de dimensión sacada de un dibujo de Escher.

La alucinación empeora cuando, por más que avanzamos, no parece que nos estemos acercando a la trampilla de la antesala.

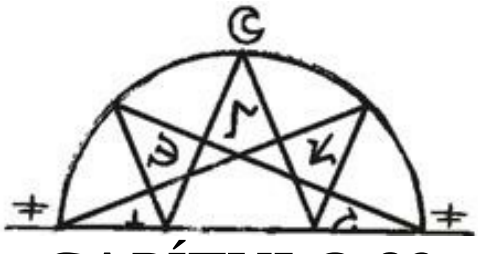
Ante la frustración, una idea hace clic en mi cabeza, y me giro hacia Inanna para ver la forma de transmitirle mi plan.

Y es allí cuando me transformo en Orfeo, que volvió su mirada hacia Eurídice en el Inframundo, porque la bruja no está detrás de mí, sino varios escalones más abajo, con la mirada petrificada en uno de los ataúdes, las manos a los costados de la cabeza y un gesto de infinito terror.

Ella lo intenta. Pero al final no logra contenerse.

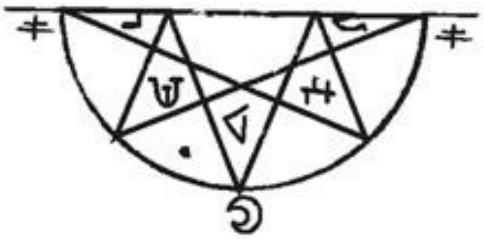
Ante el grito ensordecedor que lanza, los ángeles levantan la cabeza.

[*] Génesis 2:16-17. El árbol del conocimiento del bien y el mal es uno de los árboles del Paraíso mencionados en la historia del Jardín del Edén.



CAPÍTULO 89

FUGITIVOS



—¡¿Qué quieren decir con que los tramperos los dejaron ir?!

Ante el grito del detective Hoffman, la bruja Caligo escruta a los recién llegados en busca de algún artilugio, un encantamiento, un amuleto que los ángeles hayan colocado en sus cuerpos.

Pero no. Ese puñado de humanos y errantes, repartidos ahora por toda la sala, sólo están malnutridos y sucios, con varios huesos reventados a balazos o laceraciones de cuchillo. Inclusive, hay un hombre chivo cuyo par de muñones, secuela de una explosión, muestran una grave infección pustulosa.

Y eso es precisamente lo más extraño de todo: que están *vivos.* Heridos sólo por el resultado de la pelea, no por la mano de hierro de los tramperos. Una orden que inclusive a mí me pareció demasiado generosa viniendo del Mensajero Nalvage.

—Aradia advirtió a Ilya sobre la presencia de Irina y los demás en la reserva. Y él dijo que los encontró muy cerca de Dungeon Rock —explica la falsa bruja sin apenas levantar la mirada, atendiendo sobre el largo comedor al hombre de los miembros amputados, a quien poco le falta para perder la consciencia.

La envenenadora asiente, puesto que sabe tan bien como yo que Aradia, la hija de Diana, jamás enviaría a buscar a esos errantes si no supiera que era seguro traerlos a través de la niebla.

—Lía, ¿qué fue lo que pasó? —pregunta la bestia bisonte, y la demacrada mujer parpadea, las heridas tirantes sobre su piel. Mira a su gente, a los despojos de aquella batalla, pero no parece encontrar las palabras adecuadas para responder.

—Fuimos a Minnesota a buscar el cuerpo de Huritt —dice la errante puma en su lugar, quien aprieta a sus niños contra ella, tan huesudos, tan frágiles que parece que se desharán en sus brazos—. No habíamos tenido noticias de ustedes después de la llamada que le hicieron a Debbie, así que decidimos volver para cerciorarnos de que todo estuviera bien. No esperábamos encontrar la casa destruida. Y tampoco imaginamos que los Lander no iban a estar… solos.

El horror se retuerce en el estómago de la arpía al comprobar que los temores del brujo astado estaban bien justificados.

—Después de capturarnos, nos encerraron en una camioneta de carga —continúa el errante más joven del grupo, un chico que todavía conserva unas cuantas espinas de su ancestro en el cuerpo—. Nos dejaron allí durante días, sin comida y apenas con agua. Estábamos tan débiles que no podíamos escapar.

—Aunque tampoco hizo falta —asegura la osa devorapieles, quien se ocupa de tratar las heridas de su hermano tejón—. Esta misma tarde nos bajaron del vehículo y nos obligaron a deambular en el bosque. No nos persiguieron. No nos lastimaron. Tan sólo nos dejaron ir.

Su testimonio borra el color de los rostros de todos los presentes, porque les hace saber que la presencia de estos desgraciados en la casa no es precisamente un milagro.

—Dios mío —exclama la perpetuasangre por lo bajo, las manos aún sobre la carne expuesta de uno de los muñones—. ¡No puedo creer que los tramperos realmente se hayan aliado con los ángeles!

—¿Ángeles? —pregunta la mujer humana, quien por fin parece reaccionar.

—Es una historia muy larga, Lía —explica el errante bisonte—. Pero sí, en resumidas cuentas, ahora mismo nos enfrentamos a un montón de ángeles espantosos.

Una de las crías de la mujer puma se sobresalta bajo el brazo de su madre.

—Ah, ¡eso explica lo del tío Sam! —exclama.

—¿Qué quieres decir, Enola? —pregunta el devorapieles Nashua.

—Él estuvo muchos meses… muerto —dice el pequeño, dudoso, como si le costase entender sus propias palabras—, y un día, se levantó del refrigerador donde lo tenían encerrado. Pero ya no era el mismo.

—Por las alas, parecía un ángel —añade su hermano—. Y decía cosas horribles con una voz que no era del tío Sam. Fue él quien le dijo al viejo dónde encontrar a los errantes de las motos y…

De pronto, ambas criaturas guardan silencio y miran al vacío, invadidos por recuerdos que jamás se atreverían a contar siquiera a su propia madre.

El detective cruza una mirada de profunda preocupación con la envenenadora.

—Eso sólo significa una cosa —dice ella, presa de un escalofrío—: ahora mismo están buscando la forma de entrar a la casa.

Ah, ¡cuánta razón tenían al decir que el tormento era la tortura favorita de las criaturas de Dee! Porque, ¿qué suplicio más grande que sentirse encerrados en su propia casa, a la espera de ser ejecutados como cerdos en un matadero?

—Caligo, ¿crees que los ángeles logren cruzar la niebla ahora que Aradia está débil? —pregunta la perpetuasangre, tan nerviosa que ha tenido que interrumpir la curación.

—Madre se pudriría primero antes de permitir que algo así sucediera, y los demonios, por más traidores que sean, desprecian tanto a los ángeles que jamás se doblegarían ante ellos —responde la arpía—. No. Esta casa permanecerá en pie mientras Aradia viva.

Su certeza tuerce mi sonrisa.

¿Es así? ¿Si la gran Aradia cae, la casa caerá con ella?

¿O serás *tú* quien la derribe primero?

Mientras el grupo lame sus heridas y ahoga sus cabezas de temores, mi portal me aleja de la estancia y me lleva de vuelta al bosque de endrinos.

Allí, contemplo cómo el monstruo Ilya se dirige hacia el pozo con un gran espejo entre las manos. Se asoma por el borde de piedra y mira la negrura que lo observa con curiosidad desde el fondo.

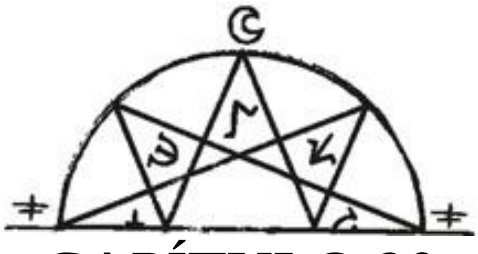
La envenenadora le ha dado la orden de bloquear la entrada para no ofrecer a los ángeles ninguna oportunidad de cruzar. Pero *tú* le susurras al oído, y le ordenas que abra las manos.

Y obedece. Y el espejo cae. Y el espejo se estrella contra el suelo de piedra y el espejo se fragmenta en pedazos.

Ilya mira hacia la luna llena. El resplandor le baña la cara, pero es su mente la que se cubre de sombras.

Es cierto. Los demonios jamás se doblegarían ante los ángeles. Pero, ¿quién podría negarse a tu voluntad?

Así que, sin piedad, por completo falto de misericordia, lo haces aferrarse al borde y meter una pierna en el pozo, para luego dejarlo caer en la oscuridad.



CAPÍTULO 90

LEAALOC

En un desgarre surrealista del espacio, el techo se catapulta hacia arriba como un elevador, llevándose consigo la valiosa trampilla. La torre se alarga a una velocidad vertiginosa y se convierte en un túnel oscuro, como si su interior se hubiese vuelto infinito de un tirón.

El sonido de cientos y cientos de trompetas brota de las caras vacías de los ángeles en un coro apocalíptico, tan estruendoso que los vidrios de los ataúdes se resquebrajan a nuestros pies.

De pronto, uno de los costados de la torre comienza a temblar, golpeado desde afuera por algo que busca abrirse paso a través de la pared. La escalera se tambalea de forma violenta y la bruja resbala ante la sacudida.

—¡Inanna!

Me lanzo hacia ella y la sujeto de una mano para evitar que caiga por el borde del sarcófago. Uno de los escalones debajo se rompe, y el cuerpo que tenía dentro dentro cae en picada, con todo y sus flores sangrientas.

Logro subir a la bruja, y ambos nos echamos a correr hacia abajo, todo lo que la laberíntica escalera nos permite.

Hasta que aquello por fin logra hacer pedazos el muro.

Trozos de ángeles y roca salen disparados por todas partes y se estrellan como proyectiles contra la estructura del Árbol. Y cuando éste comienza a colapsar hacia un costado, Inanna y yo saltamos de una altura de casi diez metros.

Mis tobillos me punzan dolorosamente al aterrizar en el suelo de la torre, apenas amortiguados por mi naturaleza de errante. Pero nos vemos obligados a apartarnos de inmediato

para no ser aplastados por la lluvia de vidrios, cuerpos y flores de carroña que revientan como globos sangrientos a nuestro alrededor.

Y entonces, aquello que ha venido por nosotros por fin entra a la torre: una criatura tan grande, tan voluminosa que, por un segundo, pareciera ser más un gólem que un ángel.

Como una personificación terrible de Hefesto, la criatura empuña en su mano derecha un pesado mazo de hierro blanco, mientras que cientos de máscaras angelicales recubren su cuerpo abultado por los imponentes músculos y tendones que lo conforman.

Su propia máscara nos observa con un único ojo dorado, muy abierto en su frente.

—Leaaloc. El Forjador —dice Inanna con un jadeo, consciente de que ya no vale la pena callarnos—. Un ángel de los Metales.

Como un trueno, el Forjador se abalanza a una velocidad impresionante contra nosotros.

Inanna me arroja a un lado para salvarme de la embestida de la colosal criatura, la cual se estampa contra lo que queda de la escalera. Leaaloc se arranca de la estructura y se gira despacio hacia nosotros.

Pero, en vez de volver a atacarnos, el monstruo camina hacia uno de los ángeles que ha salido volando de la pared que destruyó.

En una secuencia de lo más grotesca, Leaaloc arranca una de sus máscaras y la coloca sobre el agujero en su cabeza. Y entonces, la criatura despierta. Se sacude, se levanta sobre sus cuatro extremidades y repta a toda velocidad hacia uno de los brujos que han quedado desperdigados por el suelo. Y cuando su boca metálica se expande para tragarse el cráneo del cadáver de una mordida, saco el athame de mis ropas.

Dirijo mi magia a una de las piedras que han caído de la pared y, como una bala de cañón, la disparo hacia el ángel.

El monstruo recibe el ataque de lleno, con tanta fuerza que vuela por los aires y termina aplastado contra otro de los muros de la torre.

—¡Cuidado, Elisse!

El Forjador carga de nuevo, esta vez directamente hacia mí. Arrojo una roca más pero a él le basta con levantar su mazo para destrozarla de un golpe.

Apenas logro esquivar la caída de su arma sobre mí. Ruedo por el suelo y me quito la piel de Raxnal para echarme a correr, pero el gigante es tan veloz que logra alcanzarme en cuestión de segundos.

Él martillea una y otra vez para tratar de aplastarme, demoliendo el duro suelo de piedra a su paso. Y justo cuando logra acorralarme contra la pared, Leaaloc se detiene por completo, el pesado mazo alzado sobre su cabeza. Se gira hacia atrás, y ambos vemos a Inanna en el centro de la torre. Completamente transformada en Satanás.

Las trompetas se intensifican y los ángeles en las paredes comienzan a retorcerse ante la

presencia de la Princesa de las Tinieblas en el Paraíso. Leaaloc, como si se hubiese olvidado completamente de mi presencia, arranca un puñado de ángeles de la pared y los arroja al suelo, con la intención de colocar máscaras sobre todos y cada uno de ellos.

Pero la bruja goética no muestra un ápice de temor. Athame en mano, comienza a elevar con su propia telequinesis trozos de sarcófago: grandes vidrios con puntas afiladas como cuchillos. Y lo único que puedo entender es la orden “vete”, saliendo con toda claridad de sus labios oscuros.

No me permito perder más tiempo.

Leaaloc y los ángeles que éste despierta en un instante se arrojan contra Inanna mientras yo me abalanzo hacia una de las flores de carroña que ha caído de la escalera. Por una fracción de segundo, miro hacia los cadáveres de brujos repartidos por el suelo, preguntándome qué es lo que habrá visto Inanna en ellos como para haberle provocado ese grito fatal.

Trituro la flor entre mis manos y trazo un círculo en el suelo con la sangre.

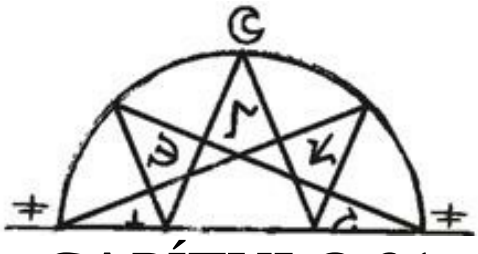
—Como es arriba es abajo —susurro, y rasgo de lado a lado la figura con mi athame.

Las sombras acuden sin falta a mi llamado; las siento moverse ante mi voluntad y pronunciarse bajo la punta de mi daga.

El plano medio se abre como un vientre y se expande dentro de toda la circunferencia para convertirse en un portal.

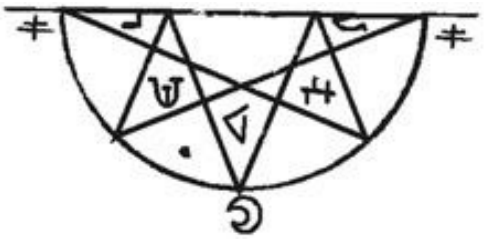
Un portal dentro de un plano medio. Un túnel de gusano.

Sin pensarlo dos veces, me arrojo de cabeza dentro del agujero.



CAPÍTULO 91

EL MARTILLO DE LAS BRUJAS



Ante el inmenso moretón que surca de pronto la mejilla de la Maligna, la necromante casi cede al instinto de tirar del hilo para traerla de vuelta al plano de los vivos.

Pero el péndulo no se ha levantado, y eso le hace mantener las manos en su lugar.

Su tarea es vigilar los vínculos, mantenerlos activos y funcionales, y no piensa traicionar su cometido. Ni siquiera por la gradual sensación de peligro que ha comenzado a asecharla durante las últimas horas.

No son los recién llegados, ni siquiera la amenaza del Inquisidor. Es el presentimiento de que hay *algo* que se le escapa, algo que ni siquiera su agudo tercer ojo puede ver.

Ella lo siente a un costado de su cabeza, en esa región de su cerebro que le permite mirar más allá del velo del tiempo. Es un hueco en el pasado al que no logra acceder; una presencia negra y difusa, como la sensación de un desconocido a sus espaldas que espera a que se gire para reconocerle.

Observa al portador del lobo y a la envenenadora, los últimos que quedan en la habitación tras las largas horas de angustiosa espera.

Pero su inquietud no encuentra lugar.

¿Será acaso tu presencia la que su subconsciente busca con tanta insistencia?

Con esa angustia incomprensible atascada en la garganta, dirige la mirada hacia su hermana,

quien sólo volvió al ático para suministrar los antídotos de la belladona, asegurándose de devolver los latidos de ambos brujos a su ritmo normal.

—¿Cali? —dice, pero ella no responde, porque a pesar de que no es una vidente como su hermana, justo ahora experimenta el mismo mal presentimiento, lo que la impulsa a acercarse despacio al gran ventanal al fondo del ático.

Al mirar con atención, descubre una línea tenue y dorada que se asoma en el horizonte del bosque, fina y luminosa como un amanecer. Eso la hace fruncir el ceño, porque la noche tiene poco de haberse recostado sobre los endrinos.

Ella no puede percibirlo, pero yo sí.

La madera. Las astillas y la ceniza. El olor del fuego y el letal perfume de miles de flores.

Y después, el zumbido de un arpón.

—¡AL SUELO!

Ante el grito de Tared Miller, la bruja Caligo se echa por tierra justo cuando el arma revienta el vidrio en pedazos. El arpón vuela sobre su cabeza y se siembra en una de las vigas del techo.

Y como si se hubiese abierto la caja de Pandora, el ruido de sierras y cuchillas se abre paso por el ventanal.

El licántropo, sin dudarlo un segundo, corre a arrancar la puerta del ático de sus bisagras para colocarla a modo de escudo frente a los tres brujos unidos por el espejo.

Retuerzo las manos en mi portal al ver lo dispuesto que está a recibir un segundo arpón en el cuerpo.

—¡Julien, Nashua! —grita el portador del lobo a todo pulmón.

—¡¿Qué diablos está pasando?! —exclama la necromante, incapaz de mover los dedos un centímetro de su lugar.

Desde su sitio, el lobo logra ver cómo la línea de fuego avanza sobre el bosque como un sendero de lava en dirección hacia la casa.

—Tramperos —exclama él, casi sin aliento.

El sonido de una detonación le hace transformar sus manos en garras. Luego, una secuencia de balas penetra la fachada negra de la construcción.

La envenenadora está tan aturdida, tan desconcertada, que todavía no ha podido ponerse en pie.

—No es posible —el espanto vibra con cada sílaba que sale de su boca—, ¿cómo diablos lograron atravesar la niebla?

—¡Nashua, Jul…!

El grito insistente del devorapieles muere cuando un pesado golpe sacude el desván, un ruido terrorífico que le hace saber que algo muy grande se ha ceñido a la pared de la ventana.

Y entonces, una larga mano cetrina se siembra en el alféizar.

Los vidrios rotos se clavan en los dedos y cortan la palma de lado a lado, pero eso no impide que el monstruo se yerga lentamente ante ellos, con la luna llena detrás como el halo de un emisario divino.

Al principio, a Tared Miller le cuesta mucho reconocerlo, porque la cabeza de Benjamin Lander, en el extremo de un cuello tan largo como un brazo, parece ser lo único que queda del legendario trampero.

El ángel de la Transformación ha logrado meterse bajo su piel. Ha consumido sus órganos y sus músculos, pero en vez de matarlo hizo crecer decenas de brazos y piernas a un cuerpo que ahora cuelga entre el nido de extremidades como el torso de una araña.

Dientes y garras capaces de destrozar hierro y hueso, la fuerza de veinte hombres bajo la apariencia de un esqueleto titánico.

El Gran Inquisidor. El último Martillo de las Brujas se alza sobre la casa de Aradia como la cresta de una ola, con los ojos puestos únicamente en el brujo a espaldas del licántropo.

—Es hora de pagar por lo que me hiciste, bestia inmunda —dice el monstruo a la par que asoma su larga y negra lengua a través de la abertura de su mejilla, ahora una segunda boca en una cara ya deforme—. Voy a despellejarte, a ti y a tu gente. ¡Y luego me voy a cebar en tu puta!

El cazador se impulsa hacia delante para entrar al ático, pero un poderoso disparo de escopeta, justo en medio de su rostro, lo hace recular.

—¡Irina! —grita el portador del trueno al ver a la hembra parada en el marco de la puerta, con sus dos crías a sus espaldas, aferradas a sus caderas—. ¡¿Dónde diablos están los demás?!

—Peleando —dice mientras recarga su arma con los ojos fieros sobre el Inquisidor—. Los cabrones ya han rodeado la casa. *Y no vienen solos.*

Benjamin Lander se tambalea con las múltiples manos aún aferradas al marco de la ventana. Su cara cuelga en jirones, tan destrozada que fragmentos del cráneo logran verse detrás de la masa sanguinolenta.

Aun con la mandíbula hecha pedazos, suelta una carcajada, y se arquea de nuevo hacia delante. En un parpadeo, su rostro vuelve a regenerarse con el ruido de cientos de vidrios que crujen entre una masa de carne.

—¡MADRE!

Ante el grito de auxilio de la sirena, fuertes pisotones se escuchan subir de inmediato por la escalera de la trampilla.

El hueco se hace pedazos cuando el demonio Buer, una de las bestias goéticas que alguna vez asfixió a Comus Bayou en Lynn Woods, se abre paso por la casa. Pero el demonio no es invisible esta vez, puesto que ahora porta no una, sino tres pieles humanas entretejidas para completar el voluminoso tamaño de su espíritu.

Corriendo sobre sus múltiples extremidades como un animal salvaje, Buer embiste al

Inquisidor con la fuerza de un bisonte y lo lanza al vacío.

La errante puma corre hacia la ventana para intentar un segundo disparo, mientras que la envenenadora por fin consigue ponerse en pie.

—¡Mierda! —exclama, y se da la media vuelta para dirigirse hacia la salida del ático.

—¡Cali! ¿A dónde…?

—Los demonios nos ayudarán, Hela, pero sólo hasta que Madre pueda resistirlo. Debo intervenir —dice para luego mirar a su hermana sobre su hombro. Siente una espina en el corazón al ver el semblante asustado de la rubia, las manos crispadas sobre los hilos.

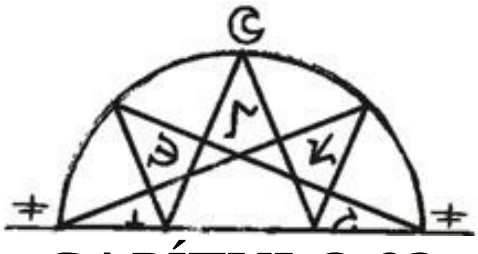
—No te preocupes, cariño —dice—. Todo va a estar bien. Tared los protegerá a los tres.

La mujer levanta la cabeza e intercambia una significativa mirada con el licántropo.

—No te olvides de mi hermano —le pide él como una última muestra de compasión hacia su sangre.

La envenenadora asiente, y después, sale del ático mientras una sola cosa rebota en sus labios, no sólo como una pregunta, sino como la materialización de ese temor al que su hermana no podía ponerle nombre:

—¿Dónde diablos está Ilya?



CAPÍTULO 92

LA ANTESALA DE LOS QUERUBINES

El túnel funciona con tanta efectividad que, en un segundo, salgo catapultado del otro lado de la torre. Me elevo un par de metros en el aire, y luego caigo en el suelo de piedra, a centímetros del agujero que abrí con mi athame.

No me permito reparar en la extraña *gravedad* de este sitio, ni en la infinita oscuridad que se alza sobre mí como si ahora estuviese en el fondo de un pozo, puesto que a poca distancia de mí se encuentra la trampilla dorada.

Aquí “arriba”, los ángeles también tocan sus trompetas sin cesar, así que me levanto y pongo las manos sobre la pesada manija. La compuerta se abre con un rechinido y la luz que brota de ella ilumina las paredes con tanta claridad que logro ver una fracción más de aquellos miles —si no es que millones— de ángeles crucificados, tantos, que no alcanzarían todos los brujos de la tierra para satisfacer su hambre.

Con la frente perlada de sudor, bajo por la trampilla de oro, esta vez con más precaución. Y en cuanto ésta se cierra a mis espaldas, las trompetas se callan de golpe.

En un desdoblamiento del espacio, tan irreal como en el de hace unos momentos, súbitamente me encuentro caminando sobre un suelo de mosaico blanco y negro, un patrón que me devuelve por un instante a la pesadilla de la casa Blake.

La Antesala de los Querubines tiene la forma de una cúpula blanca. Y a lo largo de su pared redondeada se alzan doce estatuas de las criaturas que le dan nombre a este lugar; seres bíblicos que, por su apariencia, parecieran haber sido construidos también por la propia alquimista.

Sus cuerpos son únicamente un conjunto de múltiples alas, con cuatro cabezas al centro: una

de león, una de águila, una de toro y una humana. Todas tienen las bocas o los hocicos abiertos, como si cantasen alabanzas a lo que yace en el centro de la habitación: la Puerta de los Mil Brujos, grande e imponente, erigida como un portal que no lleva a ninguna parte.

Descubro que es aún más terrible que en mis visiones, porque aquel latido que sentía, ese movimiento informe, esa masa de oscuridad que parecía palpitar, no es más que las miles de manos izquierdas con las que está construida, arrancadas de todos y cada uno de los brujos que han caído bajo el yugo de los ángeles.

Y está… viva, porque las manos se mueven, se crispan, forman puños; un órgano cuya magia mantiene vivo al monstruo que habita detrás de la puerta.

—Es maravillosa, ¿verdad?

Me tenso de arriba abajo cuando un hombre comienza a salir por un costado del portal, como si hubiese estado esperándome allí todo este tiempo. La rodea y se para delante de ella, deleitado ante el desconcierto que se apodera de mí.

Casi se me escapa un "Sammuel" de los labios, pero es obvio que el monstruo que me observa ahora con ojos marchitos no es aquel errante que murió alguna vez bajo el plomo de Malcolm Dallas.

—¿Quién diablos eres? —pregunto, indignado ante la grotesca posesión—. ¿Y cómo te has atrevido a profanar ese cuerpo?

—¿Profanar? —la criatura sonríe con una mueca condescendiente—. Según los herejes, ésta es la era esotérica de Acuario. La era de Marco, el Ángel —dice a la par que mira hacia el techo, donde los evangelistas aparecen pintados en los cuatro puntos cardinales de la cúpula—. Si me lo preguntas, era profético que este cuerpo me perteneciera.

El monstruo extiende sus alas podridas frente a la puerta y las manos detrás se estiran hacia él como si quisieran alcanzarlo.

—Tú debes ser el Mensajero —digo con rabia—. El maldito Nalvage.

—Ah, la Bestia Revestida de Luna —dice el monstruo con una sonrisa, complacido al escuchar su nombre en mis labios—. El Brujo Famélico. El que retoza con lobos y devora todas las magias. Creo que, al igual que todos los que se han interpuesto en tu camino, cometí el error de subestimarte.

—Y si no quieres correr el mismo destino que ellos, apártate —blando mi athame, que apunto hacia el hueco donde debería estar su corazón—. Esa maldita puerta no protegerá a tu Dios de mí.

La sonrisa de Nalvage pierde fuerza, pero disimula su disgusto al mirar sobre su hombro.

—¿Protegerlo? —dice—. Hace medio milenio comenzamos a construir esta puerta para que nuestro Señor pudiese cruzarla. Para liberarlo de este reino y que tomara por fin posesión de la tierra. Pero, aún con todos los herejes a los que hemos ejecutado en todos estos siglos, jamás

pudimos conseguir la mano más importante de todas…

Su mirada se dirige hacia el centro de la puerta. En ella se abre un hueco pequeño, casi imperceptible, donde se vislumbra el hierro blanco que hay debajo; un lugar donde una sola mano más podría servir como perilla.

Me toma apenas un segundo comprender.

—Aradia…

El ángel se gira de nuevo hacia mí.

—Hace diecinueve años, la oportunidad de tomar la mano de la hija de Diana nos fue arrebatada. Y aun cuando creímos que todo se había perdido, que no había forma de que tu Mara cumpliese la promesa que nos había hecho, nos dimos cuenta de que todavía teníamos una oportunidad.

Aquello me llena de confusión. Efectivamente, la bruja dijo que había sido atacada hace diecinueve años, pero, si así fue… ¿por qué los ángeles no obtuvieron su mano en ese momento? ¿Qué diablos fue lo que sucedió esa noche?

Mis pensamientos se desvanecen al darme cuenta de que Nalvage ahora mira mis dedos de hueso.

—¿Cuál será, Bestia Revestida de Luna? —dice, burlón—. ¿Cuál será esa mano lo suficientemente poderosa como para abrir por fin las puertas del Apocalipsis?

—Quiero ver que lo intentes, desgraciado —espeto con ira, el peso del *Sigillum Dei Aemeth* como un ladrillo entre mis ropas—. Entraré allí y mataré a tu Dios antes de que ponga un pie fuera del Merkavah, así tenga qué perder todas mis manos.

Su cara se tuerce en una mueca de furia.

—No dejaré que mancilles el corazón de este reino con tu oscuridad, bestia impía. Ésta será tu última tumba.

Ante su sentencia, Nalvage extiende los brazos como un mesías y comienza a elevarse. Sus alas crecen, se multiplican y se cierran alrededor de su cuerpo como un capullo. El ruido de cientos de cristales al quebrarse brota del interior de aquella figura hasta que, como si se tratase de la cáscara de un huevo, las alas vuelven a abrirse para revelar la verdadera forma del Mensajero.

Es una criatura, o más bien, una quimera con un cuerpo semejante al de un hombre sacado de una pintura renacentista, puesto que cuatro caras distintas conforman su cabeza.

Al frente, la de Sammuel, el ángel, cuyos ojos se han multiplicado hasta ser seis en total, todos dorados; a la derecha, un león negro como la noche; un águila al costado izquierdo; y, finalmente, por el par de largos cuernos que se asoman detrás, no me cabe ninguna duda de que la última cara es la de un toro gris como la ceniza.

El querubín desciende y posa los pies descalzos sobre la tierra. Y con una sonrisa torva, lleva

ambas manos hacia el agujero de bala que persiste en su pecho.

Un crujido desagradable brota cuando sus dedos logran alcanzar algo dentro de su cuerpo. Y luego, como si se arrancara un par de costillas, Nalvage saca lentamente dos largas espadas de su tórax, forjadas con el fatal hierro blanco propio de los ángeles.

Pero en vez de retroceder, atemorizado ante la letal criatura que se interpone entre la puerta y yo, siento la magia empujar ansiosa contra mis venas.

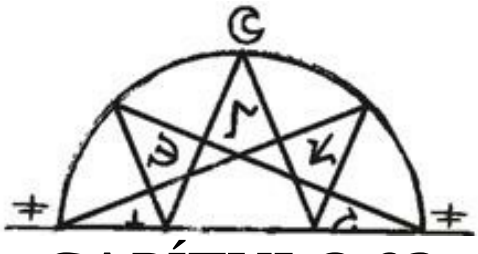
Levanto mi athame como si sostuviese una escoba, y pronuncio una evocación que hace arder el sigilo en mi pecho.

Mi mano se cubre de llamas. E instantes después, el fuego se extingue y revela lo que ahora sostengo entre mis dedos: una espada larga e imponente, labrada con símbolos alquímicos y de un color dorado como el sol.

Los seis ojos del ángel relampaguean de cólera al ver la espada filosofal materializada en mi mano, su poder fulgiendo como una aurora por todo mi cuerpo.

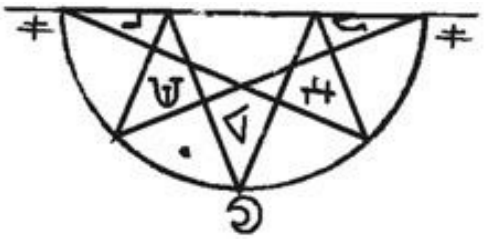
Él afianza sus armas y da un paso hacia mí, para luego decir:

—Que comience, pues, el Juicio Final.



CAPÍTULO 93

LA GRAN TRIBULACIÓN



En cuanto la primera bala reventó contra la puerta principal, el impulso inmediato del detective fue ir en busca de la Bestia Revestida de Luna.

Pero el cuchillo de Golmá se lo impidió.

El ángel de las Artes Mecánicas entró por uno de los ventanales de la sala y barrió un puñado de escalones justo cuando el hombre estaba dispuesto a subirlos, como si su intención hubiese sido, precisamente, evitar que cualquiera pudiera alcanzar al brujo dormido.

La casa se quejó entera, como si la propia Aradia hubiese recibido el blandir del metal. Pero lo que hizo al hombre retroceder no fue el miedo, sino uno de los tablones astillados, el cual voló hacia su cabeza antes de que pudiera esquivarlo.

La madera impactó en su sien y lo derrumbó sobre su costado. El revólver voló de su mano y el disparo accidental que detonó al golpear contra el suelo fue opacado por los gritos que inundaron las estancias. El ángel alzó el cuchillo sobre el detective para asestar el golpe final, pero fue interceptado por uno de los errantes de la Espiral: aquel joven con la espalda cubierta de largas púas venenosas que, aunque aún débil y herido, no dudó en arrojar a la criatura hacia el pasillo de las tijeras para luchar cuerpo a cuerpo contra ella.

Las pocas armas de Comus Bayou estaban arriba, en el segundo piso, y el resto de los errantes habían llegado casi desnudos al nido de Aradia.

Todo dio vueltas para Salvador Hoffman, quien sintió la sangre abandonar su cabeza. Y, por unos segundos, creyó que alucinaba: las luces anaranjadas del fuego se acercaron por el bosque, piras listas para quemar a las brujas y sus demonios. Y luego, la criatura en la que se había convertido Benjamin Lander le sonrió desde la ventana frontal del recibidor para luego trepar por la fachada, en dirección al ático.

Los demonios de la Maligna brotaron de las paredes, de la chimenea y los pisos, forrados con sus pieles muertas. Los errantes a su alrededor contraatacaron y la madre puma subió de un solo brinco por la destrozada escalera, con sus hijos en brazos, dispuesta a ponerlos a salvo.

Pero él sólo logra reaccionar minutos después, cuando la falsa bruja posa una mano sobre su hombro.

—¡Hoffman!

Su grito le hace enfocar la mirada, como si esa voz tuviese la misma propiedad curativa de sus dedos.

—¿Qué diablos…? —él siente algo frío sobre su herida que le devuelve su consciencia casi de inmediato. Escucha los endrinos caer bajo las sierras, ve el fuego expandirse por las copas.

Pero en Salvador Hoffman sólo cabe un pensamiento.

—Por Dios, ¡Elisse! —grita—, ¡Johanna, debemos ir por Elisse!

—No será necesario.

La bruja Caligo desciende de la escalera de un suave salto.

—¿Qué está pasando? ¡¿Por qué los ángeles están aquí?! —pregunta la joven con desesperación.

—No lo sé y no hay tiempo para averiguarlo —responde la mujer quien avanza en línea recta hacia la entrada de la casa. Se para delante de la puerta negra, los ojos oscuros puestos sobre la frase grabada en la lámina—. Madre, ¡estoy lista!

—Caligo, ¿qué…? —la errante coyote es interrumpida por el ruido de una detonación a un costado de la casa.

Mi sangre hierve de excitación al ver cómo los demonios echan a los ángeles por las ventanas, para salir tras ellos y ser acribillados por balas y arpones lanzados por la línea de tramperos que se agazapa en el lindero del bosque.

Sus costuras se parten, sus cabezas y miembros salen volando pero, finalmente, logran vaciar la casona.

—Atrás —ordena la arpía cuando el detective y la perpetuasangre se acercan a sus espaldas —. Voy a cerrar esta casa.

Ella saca su athame de sus ropas y se abre las muñecas de tajo, y aunque el corte no parece mortal, la sangre empieza a fluir como un manantial.

—Vengan —susurra—. Ésta es mi voluntad.

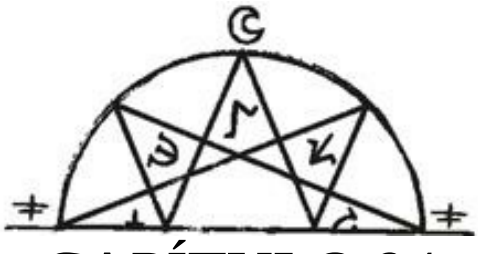
Evocadas, un par de raíces negras brotan de los tablones bajo los pies de la bruja. Se elevan y se alargan, siguiendo con sed los finos hilos rojos de la mujer.

Y al alcanzar sus heridas, todo el lugar empieza a moverse.

El piso de madera se comba, las paredes se cuartean, las vigas se tuercen. Como si la casa se sacase las entrañas, múltiples ramas y raíces de endrinos comienzan a salir de las grietas, armadas con espinas letales. Las gruesas enredaderas cubren cada puerta, cada ventana y cada recoveco de la construcción, creando una coraza impenetrable en la que ni una sola bala más puede entrar o salir.

En el ático, el licántropo, aún postrado frente a su amante, ve cómo las raíces oscuras tapizan rápidamente el ventanal redondo, custodiado todavía por el demonio Buer.

Y como el más terrible de los presagios, la luz de la luna llena se apaga y, dentro de la coraza de espinas, la casa en la niebla queda hundida en la oscuridad.



CAPÍTULO 94

LA PUERTA DE LOS MIL BRUJOS

Nunca en mi vida había usado una espada. Se me dan mejor las pistolas que los cuchillos. Las escopetas, en realidad.

Pero la piedra filosofal no es cualquier espada.

Su energía es eléctrica y vigorosa, y el calor que desprende parece sacado de mis propias venas; es más un brazo que un arma, una extensión tangible de mi magia.

Soy consciente de que mis habilidades con ella serán más bien intuitivas, pero eso no reducirá su capacidad para rebanar carne, hueso y *espíritu* de un solo tajo. Un filo tan letal como mi garra de hueso.

Nalvage lo sabe. Y es por eso que, en vez de atacarme con una primera estocada, hace algo mucho menos esperado.

Su cabeza gira sobre su cuello como un demencial cubo de Rubik para dejar la cara de león en lugar de la del ángel. La criatura abre el hocico y una potente llamarada de fuego sale disparada de su interior.

Ni siquiera necesito retroceder. El fuego no es capaz de dañarme, así que me basta con alzar la espada delante de mí para que las llamas se abran como un libro a mis costados.

Y he allí mi error.

Nalvage atraviesa la densa cortina de fuego de un salto y aterriza delante de mí en menos de un segundo. Blande sus espadas de hierro como si fuesen guadañas y las cierra contra mí para intentar partirme en dos.

Me dejo caer de rodillas para esquivar los filos, pero el cabrón me lanza una patada que

apenas logro bloquear con la espada. La hoja vibra y el impacto me arroja contra el muro a mis espaldas.

El golpe me saca el aire de los pulmones, pero el ángel no me da tiempo ni de sacudir la cabeza.

Su cuello gira de nuevo para traer el rostro del toro al frente. Tan rápido y con tanta fuerza él vuelve a embestirme que apenas logro evadirlo. Su pesada frente se incrusta en la pared y abre una grieta de suelo a techo, la cual parte el rostro de uno de los evangelistas por la mitad.

Echo a correr hacia la Puerta de los Mil Brujos para alejarme de sus espadas, pero el cabrón ni siquiera necesita darse la media vuelta.

Con esa cara monstruosa de ángel sonriéndome por encima de sus alas, Nalvage se arranca del muro y echa a correr de espaldas hacia mí con la misma facilidad con la que lo haría de frente.

Hago un revés con mi mano y mi magia levanta una de las pesadas estatuas de querubín. La lanzo hacia él, pero éste la esquiva con una precisión milimétrica, casi burlona.

El ángel gira sus cuatro cabezas una y otra vez como un trompo para intimidarme. Y con tantos ojos mirando en todas direcciones, está claro que no tengo forma de tomarlo por sorpresa.

Levanto un dedo y, tal como lo aprendí de Inanna, trazo una figura en el aire.

Un círculo se graba alrededor de Nalvage, raspando el suelo de mosaico; sus alas se comprimen y su cuerpo azota de golpe contra la barrera mágica.

Su cara de león vuelve a ocupar el frente de su cuello, pero sólo para soltar un rugido de rabia.

Agito la muñeca de nuevo y una de sus manos se tuerce hacia atrás con mi movimiento, lo que le hace soltar una de sus espadas, la cual rebota en el suelo, lejos de él.

Esta vez, las cuatro caras braman al mismo tiempo.

—¡Maldita ramera! —exclama para luego girar su cuerpo de nuevo hacia el frente. Levanta una de sus pesadas piernas y, de un pisotón, una prominente grieta en el suelo se abre hacia mí.

La fisura rompe la barrera mágica, se traga la espada de Nalvage y revela el abismo de la torre que hay debajo tan rápido que apenas puedo saltar para evitar caer por el borde.

Liberado de su prisión, el Mensajero cambia su cabeza por la del águila. Extiende las alas y vuela hacia el casco de la cúpula. Levanta su espada restante hacia arriba, y la blancura de su filo se vuelve un brillo cegador.

En un segundo, el ángel cae sobre mí como una guillotina.

Levanto la espada filosofal y su hoja choca con la de Nalvage. El impacto envía un doloroso calambre desde el metal hasta mis brazos, pero resisto el golpe, con mi magia inyectando a mis extremidades la fuerza de la cual carece mi cuerpo mortal.

Cuando su arma no es capaz de doblegar la mía, el Mensajero estrella su puño contra mi cara,

con tanta fuerza que es un milagro que no me haya tumbado todos los dientes.

Me desplomo contra el suelo y el mundo se tiñe de una niebla confusa; paladeo algo metálico dentro de mi boca y poco me falta para desmayarme.

—¡Me estoy cansando de jugar contigo! —espeta, para luego cernir su puño sobre mi cuello ensangrentado.

En un arrebato desesperado, acumulo la magia en mi mano y la planto contra su barriga con la palma abierta.

Con la potencia de un martillazo, el ángel sale proyectado hacia la puerta, pero sus alas se extienden para impedir que se estrelle. La criatura planea y regresa los pies al suelo, su vientre fragmentado como si hubiese roto un cristal con mi impulso. Se lleva una mano a la herida y su rostro humano vuelve para sonreír someramente.

—Muy impresionante —dice y una arcada me recorre al verlo lamerse mi sangre de sus dedos. En segundos, su abdomen herido se regenera—. Disfrutaré mucho devorándote, Bestia Revestida de Luna.

Exhalo un jadeo de frustración y me tambaleo al levantarme. Pienso en Tared y en la angustia que debe sentir al ver todo ese rojo derramarse de mis labios inconscientes en el mundo real.

Nalvage carga de nuevo, y nuestras armas se entrecruzan en un poderoso choque; el ángel deja caer su filo y mis brazos resisten los golpes uno tras otro, en tanto sus cuatro rostros gritan, rugen y chillan sobre mí para aturdir mis oídos. No será tan monumental como Leaaloc, pero el Mensajero pareciera tener una fuerza equiparable.

A medida que nos movemos por la antesala, destellando mandobles y estocadas, mientras evito acercarme a la inmensa grieta que Nalvage ha abierto en el suelo, comienzo a sentir la espada un poco más pesada en mi mano.

Es de una ayuda indescriptible, y ahora evocar mi magia cuesta apenas un chasquido de dedos, pero mis energías aún son muy humanas, y si la batalla continúa alargándose, no podré resistir.

Al acuclillarme para esquivar un golpe horizontal de Nalvage, aprovecho el flanco que deja descubierto. En un movimiento más preciso de lo que me creería capaz, alzo la espada y rebano una de sus múltiples alas como si fuese mantequilla.

El ángel, presa del dolor, me lanza un revés en la cara que me hace girar en redondo.

El letal filo blanco de su acero me corta la espalda de hombro a hombro. Y aunque el hierro no se queda clavado en mi carne esta vez, siento como si me hubiera arrancado los omóplatos de tajo.

Grito desde el fondo de mis pulmones, la agonía es tan intensa que me es imposible mantenerme en pie. Caigo al suelo de mosaico, momento en que el ente patea la espada de mi mano y me pone boca arriba. Luego cierne su gruesa mano alrededor de mi cuello y relame sus

labios antes de posicionar la cara del león al frente.

Abre su monstruoso hocico, y yo lo dejo que se acerque. Que me muestre la hilera infinita de dientes que ya asoman por su garganta, ansiosos por triturarme.

Cuando la primera gota de saliva resbala por mi cara, estampo mi mano de hueso contra la cara del toro, posicionada sobre su hombro. Mi fuego revienta contra ella como una explosión e incendia el rostro de la bestia con tanta intensidad que de inmediato siento sus ojos estallar bajo mis dedos.

—¡Aaaagh, maldito, maldito! —se queja el monstruo.

Ruedo por el suelo y me pongo de pie de un salto para intentar escapar por un costado y de paso alcanzar mi espada, la cual ha quedado a apenas unos metros de la inmensa grieta a espaldas de Nalvage.

Pero el Mensajero se interpone entre la piedra filosofal y yo de un solo salto.

Él intercambia su cabeza por la del ángel y me hace retroceder hasta que mi espalda lacerada mancha de rojo la pared de la antesala. Nalvage alza su Martillo y me apunta al corazón.

—Puede que hayas inutilizado uno de mis rostros, bestia inmunda, pero todavía me quedan otros tres para devorarte —dice—. Es hora de abrir la puerta a nuestro Señor.

Nalvage levanta su arma como un hacha, pero se detiene, extrañado, al verme sonreír.

—Monstruo estúpido —exclamo, al ver la confusión marcar su gesto—, ¿qué no te has dado cuenta de que la puerta *ya está abierta*?

Con la cabeza de toro ciega en su nuca, a Nalvage no le queda más remedio que mirar atrás.

El ángel lanza un largo grito al ver que Inanna, quien ha entrado a través de la grieta en el suelo, está frente al portal. Tiene los cuernos hechos pedazos, uno de sus brazos cuelga roto al costado de su cuerpo y respira con dificultad. Pero el espeso charco de sangre que yace a sus pies proviene de su muñeca, puesto que ella se ha mutilado la propia mano izquierda con su athame.

Y ahora la ha puesto sobre el último hueco de la puerta.

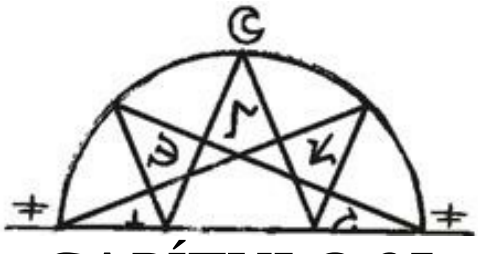
Aprovecho la distracción de Nalvage y le arrebato la espada de hierro. El metal quema como los mil infiernos contra mi mano, pero sólo necesito sostenerla unos segundos para clavarla de una estocada en la frente calcinada del toro.

Escucho su cráneo reventarse como el cristal cuando la punta de la espada emerge por el otro lado, justo entre los seis ojos de la cara del ángel. Dejo el arma ensartada en su cabeza y echo a correr hacia el centro de la antesala.

Levanto la espada filosofal en el camino, a la par que la portadora de Satanás abre la Puerta de los Mil Brujos para mí.

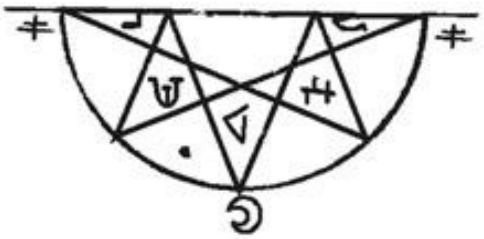
Inanna se derrumba, pero yo no me permito mirar atrás.

De un salto, entro en el corazón del Merkavah.



CAPÍTULO 95

LA ÚLTIMA BARRERA



En el momento en el que la mano de la Maligna es cercenada frente a sus ojos, cortada por el filo de un espectro invisible, el licántropo se prepara para escuchar un grito demoledor por parte de la necromante.

Pero, para su sorpresa, ella no dice una sola palabra. Ni siquiera cuando esa mano izquierda se desvanece en la profunda oscuridad del suelo; una negrura que la luz cetrina del candelabro que les han traído no ha podido contrarrestar.

La joven tan sólo abre los ojos de par en par, petrificada por el terror, y susurra la palabra “madre”.

Tared Miller, arrodillado delante del brujo como un vil sirviente, clava las garras en el suelo para luchar contra su necesidad de tirar él mismo de los hilos plateados.

La oscuridad de la casa no le permite ver las heridas que se han bordado lentamente en la piel de la bestia astada, pero vaya que puede oler la sangre que mancha ahora mismo el respaldo de la silla, impregnada también bajo mi nariz.

La desesperación lo ahoga. Las detonaciones que estallan fuera de la casa se acompasan con el frenético latido de su corazón.

—*Tráela.*

La orden que brota de las paredes libera a la oscura sirena de su parálisis. De inmediato, tira

con fuerza la fina cuerda que pende del pecho de su hermana.

La Maligna inhala y su cuerpo pierde la rigidez del desprendimiento astral.

Cuando se desploma sobre el suelo como un cadáver, el hombre lobo es, de hecho, el primero en gritar.

—¡Johanna!

Como invocada por el más poderoso de los sigilos, la perpetuasangre entra al ático apenas segundos después. No necesita recibir ninguna orden, su instinto la hace arrojarse de inmediato al cuerpo de la Maligna. Siente la sangre manchar sus rodillas y la carne del muñón palpitar aún caliente entre sus dedos.

Ayudada por la ínfima luz de las velas, ella rasga la parte inferior de sus ropas y aplica un rápido torniquete en la herida, para luego levantarse e ir de regreso hacia la salida del desván.

La necromante ahoga un gemido en la garganta.

—¡Espera! ¿Nanni está…?

—¿Viva? Sí —dice la curandera—. Pero ha perdido demasiada sangre y no tengo manera de hacerle una transfusión ahora mismo. Sólo me queda ir por una aguja para coser su herida y esperar a que resista. No creo que despierte pronto…

La angustia humedece los ojos de la sirena, el miedo como un martillo que se balancea sobre su sien.

—¿Qué hay de Elisse? —pregunta el lobo, y su desesperación provoca un nudo en el estómago de la falsa bruja. Ella regresa sobre sus pasos y se encorva hacia el brujo dormido para calcular de forma precisa los latidos que escucha a la perfección con sus oídos de perpetuasangre.

Una palidez espectral la inunda de pies a cabeza.

—Su corazón se está volviendo más lento —dice, confundida—. Dios mío, ¡también está perdiendo presión! ¡¿Qué no Caligo ya le había dado el antídoto?!

—No es por la belladona. Es porque su hilo está demasiado tenso —corta la necromante—. El vínculo que conecta a los vivos con sus almas es muy resistente, pero Elisse está alcanzando un sitio demasiado… lejano. Tan remoto que la estela ha comenzado a estrecharse.

—Eso… ¿eso significa que ya ha llegado al Merkavah? —pregunta ella, y la rubia asiente:

—Sí. Y ahora mismo debe estar combatiendo contra Dios.

La palidez cruza el semblante del lobo.

—¿Y si el hilo se rompe, él…? —insiste él con absoluto terror.

—Su cuerpo no morirá. Al menos, no de inmediato —asegura la médium—. Pero el alma de Elisse podría quedarse atrapada en el otro lado y…

Un golpe contra el tejado impide a la sirena continuar. Los hijos de la errante puma se contraen contra su madre por el miedo, mientras que el demonio Buer levanta la cabeza y tensa

todas las manos, listo para contraatacar.

Pero, tras un segundo golpe, la criatura en el techo decide retroceder.

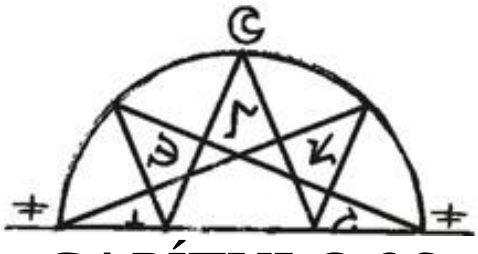
La casa está ahora coronada por arpones, por antorchas que no han podido mantenerse encendidas contra las espinas y por balas incrustadas como un sarpullido en las ramas. Pero la cortina de endrinos se mantiene firme como una barrera impenetrable, inmune incluso a los Martillos de los ángeles.

—No puedo creer que no puedan atravesar las raíces —dice la mujer coyote observando los ramajes que acorazan la ventana circular y al monstruo que permanece inamovible frente a ella.

—Los endrinos son parte de la niebla, e intentar derribarlos es como golpear contra una montaña —interviene la vidente—. No hay manera de que ellos puedan entrar mientras Cali los tenga bajo su control.

La perpetuasangre se marcha en busca del hilo y la aguja antes de que pueda decir que eso es precisamente lo que la preocupa: la frente perlada de sudor de la envenenadora, así como la palidez que poco a poco ha cubierto su piel.

En ese momento, la falsa bruja comprende que sus vidas ya no están puestas en la resistencia de los endrinos, sino en la esperanza de que la Bestia Revestida de Luna emerja pronto de la oscuridad.



CAPÍTULO 96

EL JUICIO FINAL I
LAS TRES TROMPETAS DE GABRIEL

Primera Trompeta

Creí que mi entrada al Merkavah estaría inundada por el caos.

Que las trompetas de los ángeles se quejarían con tanta fuerza que harían reventar mis oídos, y que *Dios* se levantaría como un ente tan colosal que, al estar delante de él, me sentiría como una gota en el lagrimal de un titán.

Pero el Trono Celestial no me recibe con otra cosa que el irregular latido de mi propio corazón, bombeando en medio de una espesa niebla.

Miro sobre mi hombro, pero la Puerta de los Mil Brujos ya no está detrás de mí. Alzo la cabeza, no hay cielo. Ni sol ni horizonte. Ni siquiera un suelo bajo mis pies. Sólo niebla. Más y más niebla.

Y, peor aún, la espada tampoco está ya entre mis dedos.

Más alerta que nunca, comienzo a caminar, pero al hacerlo no se escucha uno solo de mis pasos… es como si me moviese sobre una nube gris.

—Da la cara, cobar… —me detengo a media frase, apretando los puños embargado por la frustración.

Después, contengo un gemido al ver que mi valiosa mano de hueso ha desaparecido, y que en su lugar hay ahora dedos *humanos*.

Pero mi garra no es lo único que me falta. Tampoco puedo sentir mi magia, la lengua de Samedi… ni al monstruo dentro de mí.

—*Bastardo* —musito, apenas, pues tal como en mi visión, este *Dios* me ha despojado de mis poderes. Me ha vuelto *humano*.

Mi confusión comienza a escalar en auténtica rabia cuando escucho un grito a lo lejos.

—*¡Detente, detente, por favor!*

Miro hacia un lado y otro, pero no logro ver nada ni a nadie. Es más, ni siquiera estoy seguro de dónde provino esa voz.

—*¡Por piedad, te lo suplico!*

—¡Revélate de una vez, desgraciado! —exclamo, pero no recibo respuesta. Aquellas han sido palabras de súplica, pero pronunciadas en tono de burla y sarcasmo, gritos que parecen provenir de una mujer.

Escucho unos pasos a mis espaldas, me giro y ahogo un gemido de sorpresa al ver a quien yace detrás de mí.

—¿Laurele? —apenas logro arrancar la pregunta de mis labios, estupefacto ante la visión.

Ella está en pie, vestida como la primera vez que la vi en el Barrio Francés. Sonríe ampliamente, parece complacida al verme buscar por inercia el mango de la espada.

—Aquí no vas a encontrar nada de lo que buscas, querido —dice y su voz suena exactamente como la recuerdo.

—Déjate de ilusiones y enfréntate a mí tal cual eres —corto, y ella ladea la cabeza.

—¿Ilusiones? —recomienza, y sus ojos brillan como el petróleo—. ¿De qué hablas, querido? *Éste es tu Juicio Final*. Y yo soy tu primer testigo.

Una repentina sensación de cosquilleo acaricia la planta de mis pies. Miro hacia abajo y los encuentro ahora descalzos sobre césped húmedo y frío, oscuro como el jade.

Levanto la cabeza de nuevo, y Laurele ya no está allí. En su lugar, la niebla comienza a despejarse y un campo aparece gradualmente alrededor. Un sitio de matices verdes y azules, como si la noche se hubiese cernido sobre la hierba, pero no en el cielo, que sigue siendo de un infinito color gris.

Montones de tumbas salpican el prado, cajas de cemento que se erigen como pequeñas capillas. Y al ver sus vientres abiertos completamente, derramando monedas, oro y joyas, me doy cuenta de dónde estoy.

—*Guinée* —musito, desconcertado. Porque no es cualquier parte de Guinée. Es el reino de Barón Samedi.

—*Ten piedad, te lo suplico, por favor…*

Esta vez, la voz de Laurele suena distinta y lejana. Rota, cargada de un sufrimiento que no parecía padecer hace unos momentos.

Me armo de valor y atravieso el campo y las tumbas en busca de la bruja. Pero nada, absolutamente nada me prepara para lo que veo al encontrarla.

La caplata ya no está sola, porque ahora me veo inclinado sobre ella, a unos pasos de la tumba de Marie Laveau.

Laurele gimotea en voz baja, retuerce las manos y los dedos entre la hierba, pero ya no puede gritar.

No cuando ese otro yo ya se ha devorado casi la mitad de su cuerpo.

Me llevo una mano a los labios al ver mi esqueleto expuesto, arqueado como un buitre, llenándose poco a poco de la carne y vísceras de la bruja.

Pero mi cara, mi cabeza… eso es lo más horrible de todo.

Mi rostro ya es humano, pero mis colmillos todavía brillan afilados en mi boca a medio camino de volverse dientes, mientras que mis ojos aparecen dilatados y llorosos, cegados completamente por el hambre.

Quiero decirme que esto no es más que un engaño grotesco del Dios de los ángeles. Que él sólo está jugando con mi cabeza.

Pero Laurele tenía razón. Esto no es un truco. Esto no es una ilusión.

Es un recuerdo.

—¡¿Qué demonios pretendes?! —grito hacia el cielo, desconcertado ante tan grotesca manifestación.

—Te gustó mucho hacer esto, ¿verdad?

Una arcada me obliga a callarme cuando, en medio de su canibalización, Laurele ha girado la cabeza hacia mí.

—Todavía lo recuerdas bien, ¿cierto? —pregunta con una sonrisa y los ojos hinchados por las lágrimas—. Cuando recuestas la cabeza en la almohada por las noches, *esto* es lo primero que ves, ¿no?

La mano huesuda de mi otro yo se clava entre los pechos de la mujer. Echa las afiladas garras hacia atrás y le rasga la carne hasta dejar expuesto el esternón.

Laurele comienza a reír ante el paso que doy hacia atrás.

—Ay, querido, ¿por qué te asustas? —pregunta, burlona—. ¿No es esto lo que querías?

“Éste es tu Juicio Final.”

Me obligo a controlar los frenéticos latidos de mi corazón.

—No —contesto, firme, al entender lo que pretende esta criatura—. Yo nunca quise que esto sucediera. ¡Nunca tuve elección!

—Oh, ¿no la tuviste, querido? —responde ella con lástima fingida—. ¿Eso le dijiste a tu querida familia, a ese hombre que tanto te gusta? ¿Que para recuperar tu cuerpo no tuviste elección más que devorar a la malvada Laurele?

Abro y cierro los puños, tenso ante el escrutinio de la bruja.

—Estaba confundido —replico, la bilis revuelta en mi garganta—. Y acababa de convertirme

en algo que no podía comprender. Fue un impulso que no pude…

—¿Resistir? —Laurele echa la cabeza atrás para soltar una carcajada—. Ay, querido. Podrás engañar a tu gente y al ciego de tu amante, pero *nunca* vas a poder engañarte a ti mismo.

Casi cedo al impulso de mirar hacia otro lado cuando ella acaricia la coronilla del Elisse que la está devorando.

—Pudiste perdonarme la vida —dice, dirigiéndole una de sus miradas más obscenas, como si fuesen un par de amantes sobre un lecho—. Pudiste sacarme de Guinée, tomarme como prisionera y obligarme a encontrar otra manera de devolverte tu cuerpo humano. Pero no lo hiciste porque no querías un cuerpo. Tú lo que querías era *mi poder*.

—No, no, ¡el monstruo…!

No te atrevas a culparme de tu pecado, criatura hipócrita.

Esta vez es mi otro *yo* el que responde. No con mi voz, sino con la del monstruo de hueso.

Él deja el cadáver de la bruja y se levanta del suelo. Me muestra su ser famélico ensangrentado y sus ojos llenos de tinieblas, justo como en mi premonición.

¿Por qué nunca te has dicho a ti mismo la verdad en voz alta, Elisse?, dice. ¿Por qué nunca has confesado ante el espejo que tu habilidad para manipular a los Loas, al vudú, no es gracias a la lengua de Samedi, sino al cuerpo de Laurele? ¿O es que has repetido tanto tu propia mentira que terminaste por creerla?

Sus palabras taladran mi cerebro, me llenan de angustia y me hacen volver a ese fatídico día en Nueva Orleans. A todos y cada uno de los pensamientos que tuve mientras devoraba a Laurele.

¿Es cierto lo que dice? ¿Es verdad que yo buscaba… algo más?

—No —insisto—. No, yo nunca…

Te jactas de proteger tu humanidad a toda costa, pero no eres mucho mejor que yo, ¿verdad?, contraataca el Elisse frente a mí.

—¡No!

—Y encima de todo, ¡pudiste evitarme este sufrimiento! —grita Laurele—. Pudiste matarme y luego alimentarte, pero en cambio, me devoraste *viva*, para torturarme. Estabas furioso porque no pudiste matar a Samedi, estabas furioso porque *fuiste obligado* a salvar a esos niños, ¡así que decidiste desquitarte conmigo aunque *yo también fuera una víctima*!

—¡No, no es verdad, eso no es verdad! —grito a todo pulmón.

—Querías que sufriera.

—No.

—Querías que pagara.

—¡No!

—¡Y fingiste que todo esto te torturaba para que nadie pudiera juzgarte!

¡Mentiroso, asesino, sádico!

Ahogo mis gritos cuando, al parpadear, comprendo que ya no estoy de pie, sino de rodillas sobre el cadáver de Laurele. Mis manos sostienen su carne y en mi boca bulle el sabor de la sangre. Sangre que puedo sentir en mis labios, *allá*, en el mundo real, pues es mi cuerpo una manifestación viva de lo que ocurre en este lugar.

La bruja ya no se mueve. La bruja ya no respira.

En un segundo, estoy de vuelta en la pesadilla que yo mismo provoqué.

Pero lo más terrible de todo es saber que, al igual que aquella vez, no siento ni una pizca de remordimiento. No cuando sentí la magia de la bruja dentro de mí.

Cuando, por primera vez en la vida, supe que ya no era…

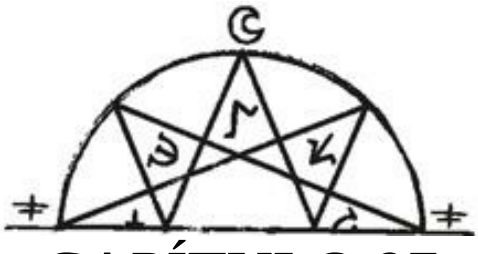
Vulnerable…...

Me quedo quieto con las manos hundidas en aquel cuerpo, sopesando la culpa en mi corazón mientras mi otro yo está de pie a mi lado, con la mirada fija en mí como un verdugo paciente.

Tres armas. Tres grandes poderes que te han traído hasta aquí. ¿No te gusta este primer juicio?, dice. ¿Quisieras entonces pasar al siguiente?

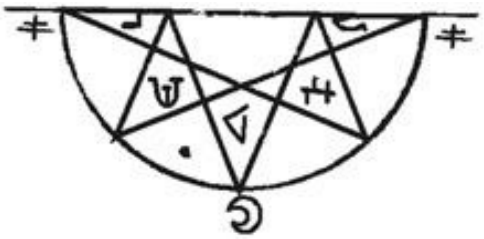
—No, no, por favor… —sollozo, pero mis plegarias no son escuchadas.

Cuando levanto la barbilla, ya no estoy en Guinée.



CAPÍTULO 97

JUDAS



Al abrir la puerta, Allen Miller ni siquiera necesita preocuparse por el ruido de la bisagra. Y tampoco por el de sus pasos contra la madera al salir por fin de aquella habitación.

Los endrinos protegerán cada entrada con recelo, pero el ruido sí que encuentra rendijas por dónde colarse.

Así que, bajo la protección de las detonaciones, de las hachas y los cuerpos que azotan contra la casa como una tempestad, el joven se desliza por la oscuridad casi absoluta del pasillo.

La envenenadora debía asegurarse de que nada ni nadie pudiese entrar o salir de la recámara. Y haber visto a Asmoday postrado como un manso sirviente sobre el dintel le hizo tener esa certeza, por lo que ahora el corredor se encuentra completamente vacío, vigilado sólo por los propios ojos rojos del gusano.

Los errantes yacen agazapados en la planta inferior, con las pocas armas que poseen apuntando hacia las puertas y las ventanas; zonas donde los tramperos y los ángeles parecen arremeter con más fuerza.

Qué lástima que no se hayan detenido a considerar que los verdaderos monstruos ya estaban allí dentro con ellos.

Con el peso de su venganza dentro del bolsillo, el hermano falso mira en dirección a la escalera que lleva hacia la trampilla en el techo, iluminada por una única vela que flota solitaria

en la pared.

Él sabe que el brujo está allá arriba. El mismo Asmoday se lo ha susurrado a través del gramófono que no ha dejado de girar.

Y, por lo tanto, sabe lo fácil que será llenar esta casa de fuego.

Tu agonía casi termina, le susurra una voz dentro de su cabeza. *Por fin vas a ser libre…*

Los ojos se le llenan de lágrimas de sólo pensarlo.

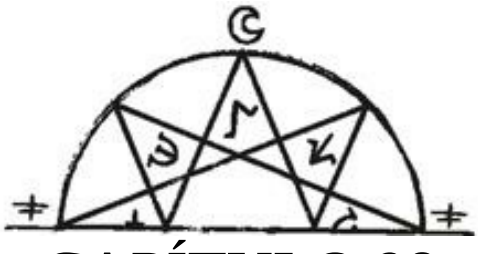
Así que nadie se da cuenta cuando él cruza el pasillo para deslizar sus pies sobre algunos peldaños. Ni tampoco cuando levanta el arma cargada con la bala de hierro blanco y apunta hacia su víctima.

Una bala para un brujo. Una bala nada más, así que, ¿por qué arrebatarle sólo a uno, cuando puede quitarle absolutamente todo?

Pero el detective Hoffman sí que escucha el percutor.

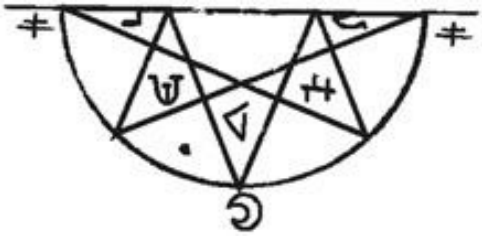
Y cuando se da la media vuelta, ya es demasiado tarde.

Con un grito que se le atora en la garganta, ve cómo Allen Miller, desde el filo de la escalera destruida, dispara a la bruja Caligo directo en el corazón.



CAPÍTULO 98

El JUICIO FINAL II
LAS TRES TROMPETAS DE GABRIEL



Segunda Trompeta

Mi otro yo, Laurele, Guinée.

Todo es tragado por un humo negro tan caliente y espeso que me veo obligado a cerrar los ojos para soportar el escozor de las cenizas.

La tos se instala en mi garganta, y al intentar aferrarme al suelo, mis manos se cortan contra trozos afilados de algo que parece porcelana.

Me siento vulnerable y ciego, mortificado por la atrocidad de la que he sido culpado hace unos momentos, agazapado a la espera de mi siguiente… *¿Juicio?*

No, no, ¡por los Dioses, no debo caer en su maldito juego! ¡Lo que me ha mostrado ese monstruo es una mentira! ¿Cómo voy a ser *yo* alguien tan cruel, tan ambicioso, si lo único que he pretendido hacer todo este tiempo es proteger a los míos?

No te dejes joder, Elisse, me digo a mí mismo. Intenta engañarme, ¡ese maldito Dios está…!

Interrumpo el tren de mis pensamientos cuando el humo comienza a disiparse. Parpadeo y me doy cuenta de que aquello con lo que me he cortado son trozos de mosaico.

Estoy sobre un suelo blanco y negro, roto, salpicado de escombros y hollín. ¿Un sitio derrumbado? ¿Estoy otra vez en la antesala, con Nalvage?

No. Esto no es el cielo.

Esto es…

Stonefall.

Levanto la cabeza y, a unos metros de mí, encuentro de nuevo a mi "yo" monstruoso, acuclillado sobre el cuerpo de lo que parece ser un hombre de gran tamaño.

O más bien, sobre *la mitad* de uno.

La furia me azota sin piedad.

—¡NO LO TOQUES, CABRÓN! —grito a todo pulmón, pero mi yo terrible no me escucha. Tan sólo gimotea y llora con fingida tristeza mientras acuna en sus manos raquíticas el rostro de Adam, quien agoniza en su forma de Rebis, aún atado a la mitad del cuerpo de su madre.

Intento levantarme, ir hacia la horrenda bestia para apartarla de un puntapié, pero mis rodillas parecen unidas al mosaico de la casa de los Blake.

Las llamas cubren las ruinas, la luna nos observa como un ojo y no hay nadie más alrededor. Sólo nosotros en medio del caos.

—Oh, cuánto te gustaba él, ¿verdad?

El corazón se me paraliza al escuchar aquella *terrible* voz a mi costado.

Encuentro la cabeza de Jocelyn Blake a unos palmos de mí, recién decapitada por la espada que ahora yace a un lado de Adam.

Está postrada de costado y aún lleva esa horrible corona de huesos rojos sobre las sienes, mientras que su cuello blanco chorrea sendos hilos de plata.

Mi boca se abre, pero mi lengua se paraliza ante la sonrisa mortífera en sus labios, la cual jamás creí que tendría el horror de volver a ver.

—Ay, Adam. Mi pobre y sumiso Adam —continúa con irónica compasión—. Él te adoraba tanto, con cada pizca de su miserable ser, y todo para que al final lo dejaras morir aquí.

—Eres una estúpida si crees que puedes *usarlo* contra mí —espeto, olvidando por un segundo que esto no es más que una prueba de ese Dios miserable. Porque si de algo estoy seguro es que yo hice las paces con Adam Blake hace mucho tiempo.

No hay nada que no hubiese hecho por él. Adam era…

—Ah, ¿a quién quieres engañar, Elisse? —corta la alquimista—. Nunca fuimos tan distintos tú y yo, porque puedo apostar a que más de una vez quisiste llamar a mi hijo en mitad de la noche, hacerlo acudir a ti para que te *diera* todo lo que ese licántropo te había negado. *Utilizarlo* tanto como yo lo hice —dice como si me hubiese leído la mente. O el corazón.

—¡Cierra la boca, maldita cerda!

Intento estirarme hacia la cabeza para callarla de un puñetazo, pero sólo consigo gemir de dolor.

Sí. Admito que hubo alguna vez un momento, en mi más oscuro sentir, en el que creí que tal vez él y yo podíamos encontrar algún tipo de *consuelo* mutuo. ¡Pero éste no era, ni de lejos, tan ruin como las intenciones de la bestia que se hacía llamar "su madre"!

—Oh, pobre criatura —exclama aquella cabeza decapitada ante mi semblante contrariado—,

¡qué duro debe ser reconocer tu lujuria!

—No. Yo jamás pretendí hacerle daño, ¡yo…! —gimoteo.

—Pero, ¿sabes? Ése ni siquiera es mi verdadero testimonio —corta—. Porque yo vine aquí a mostrarte una verdad todavía peor.

La cabeza gira lentamente hacia la escena frente a nosotros.

No quiero hacerlo, pero algo dentro de mí me obliga a mirar también, justo cuando mi contraparte monstruosa alarga la mano para tomar la espada filosofal con la intención de devolver al chico a la vida.

Pero Adam sostiene su muñeca.

—Per… dó-name… papá —susurra el joven.

Y entonces, veo sus ojos llenarse de lágrimas. Su cuello y su torso dividirse en una línea irregular, lo que lo libera por fin de su madre.

Mi otro yo, en cambio, tan sólo lo observa. Y lo observa, y lo observa…

Es allí, en ese justo y endemoniado momento, cuando la verdad sale como un escupitajo de mis labios:

—¡¿Qué estás esperando, imbécil?! —grito con desesperación—. ¡DALE LA MALDITA ESPADA Y SÁLVALO, IDIOTA!

Mi grito retumba por los escombros. Pero, ante mi horror, el monstruo no me escucha.

El monstruo, en cambio, toma la espada.

Y, en el acto más ruin, más terrible, en vez de salvar a Adam, mi otro yo incrusta la piedra filosofal en medio de sus costillas. El joven muere a sus pies, para acto seguido comenzar a fundirse como oro líquido que habrá de filtrarse en la tierra.

El tiempo se congela. Mi mandíbula cae, mis dedos se engarrotan contra los trozos de mosaico y, lentamente, siento cómo aquella herida que me hice con una sierra en Red Buffalo, justo después de perder a Adam, vuelve a abrirse en mi garganta.

—Ahora lo ves, ¿verdad? —dice la alquimista—. La espada no podía salvarme porque yo era una bruja. Pero mi hijo… mi hijo era *tan* humano, tan mortal que, una vez separado de mi cuerpo, un simple toque de su punta le habría preservado la vida.

—No. ¡No es verdad! —susurro, y la sangre mana de mi herida en un borbotón.

—Pudiste salvarlo.

—¡No!

—Pudiste permitirle redimirse.

—¡No!

—Pero no lo hiciste porque…

Querías la espalda para ti, dice mi otro yo, quien por fin gira la cabeza para mirarme.

Lanzo un aullido de dolor.

—No, no es cierto, juro que no es cierto —digo con el sabor de la sangre impregnada por toda mi lengua—, yo no le di la espada porque… porque Adam *no quería vivir.*

Cierro los ojos con fuerza, porque mis propias palabras duelen más que una puñalada.

¿Quién era yo para decidir lo que Adam quería? ¿Quién era yo para no darle la oportunidad de vivir una vez más?

De pronto, un peso entre mis dedos me obliga a abrir los ojos de nuevo.

La espada filosofal recae en mis manos una vez más. Siento el calor de Adam en su filo, el resplandor de sus ojos dorados en el brillo del acero.

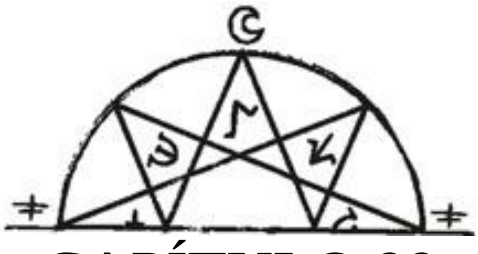
—¡NO, NO, NO! —grito y arrojo la espada muy lejos de mí—, no quiero la maldita espada, ¡quiero a Adam de vuelta, quiero a Adam de vuelta!

Me dejo caer sobre los rastros dorados en la tierra y continúo gritando, una y otra vez. Tiro de mi cabello y me dejo hundir en la más dolorosa de las histerias.

¿Sabes, hijo mío? Ése es tu problema, dice mi otro yo, impregnado de esa repugnante condescendencia. Que lo quieres todo. Quieres satisfacer tu hambre. Tu soberbia y tu locura. Pero también quieres perdón. Quieres ser amado y ser comprendido. Los quieres tener a todos ellos, y es por eso que he guardado tu pecado más grande para el final. ¿Estás listo para tu último juicio?

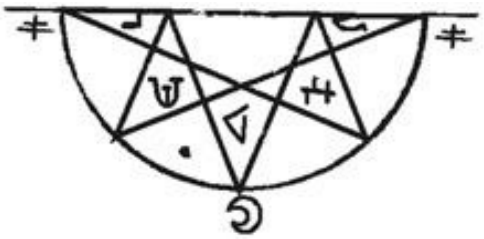
El monstruo no me da posibilidad de negarme. Antes de que pueda levantar la mirada, el fuego se apaga. Las ruinas se precipitan hacia un abismo oscuro, como si de nuevo estuviese encerrado en el laberinto de Jocelyn Blake.

Y así, en un parpadeo, soy arrastrado hacia la última espiral de mi condena.



CAPÍTULO 99

CAÍN Y ABEL



La bruja Caligo escucha el disparo mucho antes de que pueda sentir el dolor.

Y tan sólo comprende lo que acaba de suceder cuando, de un instante a otro, se encuentra a sí misma tirada en el suelo de la entrada de la casa, boca abajo.

Como un trueno, el dolor se extiende desde su espalda y se abre paso lentamente hacia su corazón como una piraña. Y, por primera vez, siente en carne viva el fuego que incineró a tantos de los suyos apoderarse de su ser.

Gritos. Escucha muchos gritos a su alrededor, pero a ella no le importan la sangre ni las manos que la toman de los hombros para intentar levantarla. Porque en esos momentos, nada es más inmenso que el terror que se cierne sobre ella al ver que los endrinos comienzan a retraerse. Que las balas y los arpones que antes rebotaban contra las raíces ahora las quiebran como frágiles ramas.

La impenetrable fortaleza de la casa comienza a desvanecerse. Y la puerta… oh, la hermosa puerta negra se sacude con los golpes de un mazo hecho del mismo hierro que ahora le arrebata la vida.

Una lágrima resbala por su mejilla. Tanto terror, tanto pánico a su alrededor, y lo único que quiere la pobre desgraciada es ver a sus hermanas.

—¡Nashua, llévala con Johanna, ahora!

Ante la orden del detective, la bruja es tomada en brazos por el hombre con piel de oso, quien, usando hasta el último gramo de su fuerza, se impone ante el peso tremendo de la bala para saltar la destrozada escalera. A su paso, embiste a Allen Miller con tanta brutalidad que el joven termina dislocándose el hombro contra la pared.

El arma del chico sale despedida, pero el furioso errante no se queda a castigarlo más. No cuando el propio Salvador Hoffman se las arregla para escalar los escombros y llegar hasta él:

—¡Hijo de la gran puta!

Todo mi cuerpo se estremece de placer cuando el hombre le propina una patada en la cara al traidor antes de que éste pueda levantarse. Allen Miller grita, pero es sofocado ante una segunda patada, esta vez directo al diafragma. Su tabique sangra con abundancia, pero el detective no le da oportunidad ni de llevarse las manos a la nariz.

Lo toma de la camisa y lo alza contra la pared con una fuerza que sólo la desesperación es capaz de brindar.

—Si querías morirte te hubieras pegado un jodido tiro en la cabeza, cabrón —grita—. ¡Ahora esas porquerías van a matarnos a todos!

Cuando el joven responde con una sonrisa, el humano se la borra de una fuerte bofetada.

Está dispuesto a golpearlo una vez más, pero una risa monstruosa a sus espaldas le hace buscar el arma en su cintura.

Ángeles y tramperos por igual se aglomeran en todas y cada una de las entradas de la casa, mientras los demonios y errantes se abalanzan contra ellos para resistir la invasión.

Pero esa puerta negra, con aquella inútil frase grabada en la superficie, es la que tiene detrás de sí a la criatura más terrible de todas.

—¿Sabe que es lo que más me complace de esto, detective?

El hombre se gira hacia el joven y encuentra algo terriblemente inquietante en esa mueca de triunfo ensangrentada. Tiembla de arriba abajo por el dolor de la golpiza pero, a la vez, parece inundado por una felicidad incomprensible.

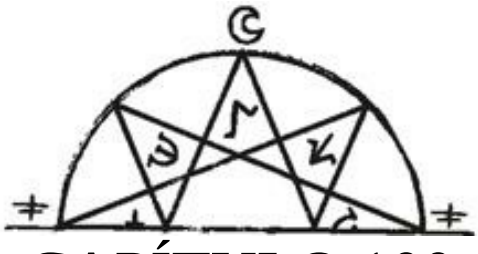
El primer pensamiento de Salvador Hoffman es que se ha vuelto loco.

—Que por fin, después de tantos años, he logrado vencer a mi hermano —dice el joven—. Porque yo sé que, sin importar que ángeles y tramperos sean derrotados, sin importar que yo sea ejecutado por alguno de ustedes… al final de todo esto, Tared mismo terminará volándose la cabeza.

—¿Por qué diablos dices eso? —pregunta Salvador Hoffman, y alza su arma cuando ve que el traidor mete la mano en el bolsillo. Pero no es otra pistola lo que saca. Es algo mucho más peligroso, y que él ya conoce muy bien.

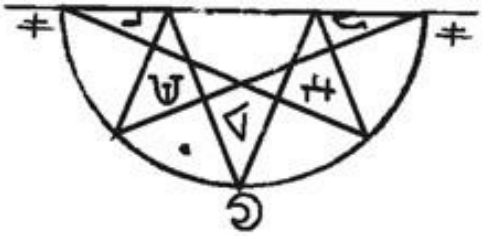
Despacio, Allen Miller le muestra la fotografía de un hombre rubio delante de una montaña, sosteniendo un bebé sobre un campo espolvoreado de flores.

—Porque este hombre, aquél que tantos años ha estado buscando Elisse, es Isaac Miller. *Nuestro padre.*



CAPÍTULO 100

EL JUICIO FINAL III
LAS TRES TROMPETAS DE GABRIEL



Tercera y última Trompeta

Después de abandonar el fuego y las cenizas de Stonefall, lo siguiente que percibo es sólo silencio y oscuridad. Así que me quedo quieto, ovillado sobre la tierra fría y húmeda con la esperanza de que la tortura haya terminado. Que, por lo que más quiera, el Dios de los ángeles no haya encontrado otro pecado con el cual atormentarme.

De inmediato me siento estúpido, frágil y vulnerable con el cuello encostrado por la sangre de una herida ya cerrada, porque sé, muy dentro de mí, que *él* no se detendrá. Que aunque llore, suplique y me arrodille, su Dios no me tendrá ninguna piedad.

Demonios, ¿acaso estoy rogando a ese ser que me perdone? ¿Que tenga misericordia? ¿Es ésta la desesperación que sufre la gente con fe?

Por encima del martirio, mis plegarias parecieran ser escuchadas, puesto que la negrura comienza a desvanecerse con la suave luz de una luna llena.

El frío se recrudece mientras el cruce de caminos se abre delante de mí, con sus ocho brazos extendidos y aquel árbol gris que vi en mi primera premonición instalado en su centro como una torre, pero ahora con su abertura obscena cerrada cual cicatriz.

El miedo me constriñe, me hace arquearme sobre mí mismo para protegerme de un golpe imaginario.

¿Por cuál de todos los pecados que cometí en este cruce de caminos seré juzgado? ¿Qué puerta abrí que haya convertido este sitio en otro círculo del infierno?

—Oh, hijo mío, ¿por qué estás tan asustado?

Levanto la cabeza, y me encuentro a mí mismo de nuevo, al pie del árbol. Pero el Elisse que está allí no es mi yo monstruoso, sino el auténtico. El que tiene carne sobre los huesos y los ojos verdes como una aurora boreal.

Él mira hacia arriba, hacia las ramas altas del endrino, y porta las mismas ropas ritualistas que usé la noche del Sabbath. Lleva el sigilo de la espada en el pecho, la mano de hueso en su sitio.

A diferencia de los otros dos juicios, esto nunca ha sucedido, y si no es un recuerdo, ¿entonces qué…?

Algo escondido en las ramas del inmenso árbol hace crujir la madera con su peso. Algo tan apagado, tan oscuro, que casi no la reconozco.

—¿Aradia?

Sí. Es ella, con sus escamas doradas ensombrecidas por la noche, enredada cual grande es por todo el endrino. Y a medida que desciende en espiral por el tronco, las columnas vertebrales que vi en mi primera premonición comienzan a emerger por el cruce de caminos como si estuviesen conectadas al propio esqueleto de la bruja.

Como la serpiente que alguna vez tentó a Eva, ella alarga la cabeza hacia el otro Elisse.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, pequeño? —pregunta con ternura, y mi otro yo asiente con la cabeza.

La Gran Bruja suspira, satisfecha, y luego abre la mandíbula para regurgitar algo a sus pies como si fuese una presa a medio digerir.

—NO, ¡no, espera! —es lo primero que sale de mi boca al ver de lo que se trata—. ¡¿Qué diablos estás haciendo?!

Mi otro yo no me escucha. Se inclina y, sin dudarlo, recoge el libro de las generaciones del Culto. Lo abre de par en par, y hasta aquí puedo escuchar los gritos que se desprenden de las páginas llenas de firmas rojas.

Me levanto de golpe. Corro hacia el árbol, pero las columnas se enredan en mis tobillos y me hacen tropezar sobre las cenizas.

—No, por todos los dioses, ¡no lo hagas! —suplico, perdiendo por completo el sentido de la realidad—. ¡Prometiste que no los abandonarías de nuevo, desgraciado!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué debería cumplir esa promesa?

Me quedo pasmado al escuchar que mi otro yo por fin me responde. Baja el libro un momento, y gira la cabeza hacia mí.

—Dime, ¿por qué debería escoger la vida de ellos por encima de la mía? —insiste.

La conmoción escala dentro de mí como un demonio que emerge de las profundidades.

—Comus Bayou es tu familia —afirmo, atónito—, ¡ellos son todo lo que tienes, Elisse!

—¿Comus Bayou? —espeta mi otro yo con sorna—, ¿hablas de tu hermana, quien no deja de

rondar como una hiena a tu hombre? ¿Nashua, el que no se atrevió a decirte la verdad hasta que no tuvo otra alternativa? ¿Julien, quien tan sólo te suelta palabras de consuelo, pero nunca le planta cara a los demás por ti?

Él se acerca y se acuclilla delante de mí, con el libro abierto entre las manos.

—¿O acaso te refieres al pobre y miserable detective? —dice—, ¿a ese hombre al que sólo sabes utilizar como vía de escape?

—Basta. ¡Nada de esto es verdad!

¿No lo es? ¿No odias lo dependiente que es tu hermana?

NO.

¿No odias que Nashua haya protegido a quien intentó asesinarte?

NO.

¿No odias que Julien sea tan cobarde?

¡NO!

¿No odias que Hoffman te estime tanto que lo único que sepas hacer con ese afecto es aprovecharte de él?

—¡NO! —grito y me retuerzo como lo harían las espinas de una rosa de hierro. Me cubro los oídos y entierro la frente sobre la tierra para no escuchar, aunque las voces no sean del monstruo de hueso, sino *mías,* y que estén sólo dentro de mi cabeza.

—Tú sabes que aquí no puedes mentir, Elisse —me dice—. Tú sabes que aquí no puedes ocultar ni siquiera las verdades que tu propia consciencia ignora. Así que, respóndeme —insiste —: ¿Por qué debería escoger la vida de ellos por encima de la mía?

Suelto un gemido, y siento las lágrimas volverse espesas al mezclarse con las cenizas del cruce de caminos. Miro dentro de mi corazón, y la respuesta reside en el centro, fría y dolorosa como la garra de hueso que alguna vez lo estrujó.

Levanto la frente de nuevo.

—¿Cómo… lo supiste? —mi pregunta resulta ser mi confesión.

Porque es verdad. Es verdad que, al final, iba a firmar el libro.

Iba a abandonar a Comus Bayou y con ello… iba a salvar mi vida.

Y ante mi dolor, él sonríe con una inmensa compasión.

—Porque yo *soy Dios*, hijo mío. Y yo todo lo sé.

Y entonces, mi otro yo hiere su índice humano con su garra de hueso y lo lleva al último espacio libre de aquella página sangrienta.

En cuanto termina de escribir, el hilo de plata se eleva de su pecho y se alarga hacia la serpiente que lo mira todo desde el endrino. En vez del símbolo de Dee, ella le muestra una herida abierta que revela su corazón palpitante.

El filamento se une y reconozco, en la cara de ese Elisse, el impulso que me llevó a devorar a

Laurele. A apropiarme de la espada filosofal.

La magia.
La espada.
El monstruo.

La verdad cae como un telón cuando descubro que si yo firmase el libro, no lo haría para liberarme del monstruo. Sino para *apoderarme* de él.

Aradia tuerce el hilo que nos une y me empieza a fusionar con la criatura dentro de mí.

—¡Detente, por lo que más quieras, detente! —grito desesperado al ver que los huesos comienzan a revelarse bajo la carne del otro Elisse. Que su pecho se abre en canal para mostrar la espada entre las costillas, los montones de corazones que laten podridos debajo de ella.

Y, finalmente, unos ojos que se tornan rojos como los de la serpiente.

Una vez que termina de transformarse en la terrible criatura de mis visiones, en mi monstruoso *yo*, ese Elisse se gira a mirarme con una sonrisa.

Sepulto mis manos humanas en la tierra del camino, y hago polvo una columna con la simple presión de mis dedos.

Ahogado en mis tinieblas, en mi locura, pienso en lo único que siempre ha sido un rayo de luz y certeza.

Pienso en sus ojos azules.

—¿Por qué me atormentas con un pecado que sabes que nunca cometería? —pregunto, aferrándome a los huesos y las cenizas como una última esperanza—. ¿Por qué te molestas en mostrarme mi oscuridad, si sabes que nunca cedería ante ella si eso implica perderlo *a él*?

El monstruo ladea la cabeza con desagrado, como si algo en mis palabras le hubiese herido por dentro, pero luego vuelve a forzar su mueca burlona.

—¿Renunciar? —dice—. ¿De verdad piensas que una bestia como tú sería capaz de *renunciar* a algo?

Un resplandor plateado se abre entre los endrinos como una llama, tan brillante que por un segundo parece que la luna hubiese descendido en el bosque.

Intento levantarme de nuevo, impulsado por el desconcierto y la desesperación cuando Tared emerge de uno de los ocho caminos, envuelto en su piel de lobo tal como la última noche en la que se ofreció a mí.

—¿¿Tared?! —pregunto, estupefacto al ver al devorapieles caminar hacia mi monstruoso yo, para arrodillarse frente a él—. ¡No te atrevas a tocarlo, animal asqueroso! —grito, pero el otro Elisse le acaricia la barbilla con una dulzura repugnante.

Después, saca el athame de sus vestiduras y lo levanta hacia el reflejo de la luna.

La imagen de los ojos rojos de Ilya golpea mi cabeza como la bala de un cañón.

—¡No, NO! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Es mentira, todo esto es una maldita mentira! ¡Yo nunca lo obligaría a quedarse conmigo!

—¿Obligarlo? —mi espectro se burla con su asquerosa mano aún puesta sobre mi Tared—. ¡Tú sabes que él preferirá convertirse en *esto* antes que perderte de nuevo! ¡Tu decisión de salvar tu propia vida lo condenará a esta niebla para siempre!

—¡PUES ENTONCES PREFIERO MORIR!

Mi grito lo devasta todo. Mi aliento. Mis pensamientos. Mis lágrimas.

Incluso detiene el filo del athame, a milímetros del cuello del lobo.

El otro Elisse baja el arma, y sonríe.

—… por fin lo has comprendido —él suelta a Tared, y el lobo cae de espaldas, inconsciente, mientras yo me hundo cada vez más en la conmoción—. No puedes renunciar a tu poder. Pero tampoco puedes arrastrarlo a él contigo. Y es por eso que sólo te queda una salida.

El monstruo me tiende mi propio athame.

—*Morir* —susurro.

Mi otro yo sonríe cuando tomo el arma entre mis dedos.

—Debes perecer, Elisse, para que yo no me convierta en tu futuro —dice, abriendo los brazos ante el endrino—. Muere aquí, ahora y en mi gloria, para que yo no pueda existir. Es la única manera. Es la única salvación.

Observo el brillo del arma.

Siempre pensé que ese Elisse podrido que veía en mis premoniciones era una ilusión del Dios de los ángeles. Pero me equivoqué.

Porque tal como alguna vez dijo Aradia, esto, este monstruo, no es más un reflejo de mi alma. De mi corazón. De lo que realmente soy y de todas las culpas que llevo encima.

Y tiene razón. No puedo permitir que eso resucite.

Llevo el arma a mi cuello de lado a lado, y cuando éste se abre en una fina línea roja, se escuchan tres trompetas. Una tras otra. Y al resonar la última, el orificio en el endrino se abre.

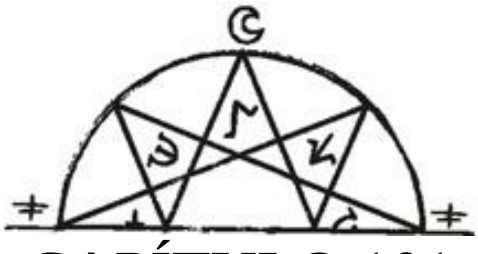
Brazos largos y blancos se asoman de su vientre, se alargan hacia mí como raíces carnosas hasta alcanzarme.

—Tu juicio ha terminado, Elisse. Es hora de ir hacia la eternidad —dice el monstruo a mi lado, para luego desvanecerse.

Me desplomo a la par que las extremidades, todas, se enredan en mis tobillos y piernas. Y como un recién nacido que es arrastrado desde su cordón umbilical, me llevan de vuelta hacia el vientre oscuro y podrido del que nací.

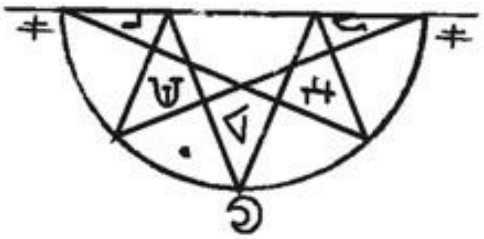
La luz del mundo se apaga. El frío me entumece mientras la esperanza se convierte en un pálido momento de lucidez.

Después, la locura. La oscuridad.
Y esta vez, decido no volver a luchar.



CAPÍTULO 101

UNA ÚLTIMA MENTIRA



En cuanto el errante oso deja a la bruja Caligo a los pies de la sirena, para luego volver a bajar al campo de batalla, ésta rompe a llorar con un grito, exclamando una y otra vez el nombre de su hermana.

Después, la perpetuasangre gime de frustración cuando se inclina sobre la herida en la espalda, pero sus garras no logran alcanzar la bala dentro del cuerpo, a nada de llegar al corazón de la envenenadora. En tanto, el licántropo jura, por su absurdo amor a la Bestia Revestida de Luna, que silenciará a su propio hermano en cuanto le ponga las manos encima.

Pero Irina Begaye sólo puede escuchar una cosa, y ésa es la risa de Benjamin Lander colándose por todos los recovecos de la casa.

Con la certeza de que sólo le queda una única cosa por hacer, ella ordena a sus hijos que se queden donde están y desciende por la estrecha trampilla del ático con todas las armas que su espalda puede cargar.

Abajo, la batalla que se libra en la casa arranca gritos de bestias, de hombres y de trompetas. Vaasaa, el ángel de la Alquimia, con sus dos puños ya regenerados después de la batalla en el faro, destroza una pared entera para alcanzar al errante tejón agazapado contra el horno de la cocina, mientras que Golmá hace tiras la piel de uno de los demonios de la Maligna con sus instrumentos de hierro blanco.

Por otra parte, la inmensa osa gris de la Espiral no duda en partir en dos a uno de los tramperos con su garra, en tanto su mujer revienta tres balas en la cara de otro ángel de las Artes Mecánicas, evocado apenas unas lunas atrás.

Una antorcha es lanzada al interior de la habitación de las hierbas, cuyo techo comienza a arder en segundos. El humo se expande como el veneno a la par que la vida del errante chivo es arrebatada, indefenso y mutilado sobre aquella gran mesa en el comedor.

La sangre se derrama. Los cartuchos se vacían. Y con una inmensa sonrisa, soy testigo, de cómo la resistencia de la casa comienza a colapsar.

Y allí, al bajar el último peldaño de la trampilla y llegar por fin al segundo piso, una sola detonación hace frenar en el acto a la mujer puma.

Ella jadea, tan incrédula ante lo que ve en el pasillo, que sólo logra volver a reaccionar después de un segundo disparo.

—Dios santo, Hoffman… —musita, y afloja ligeramente el rifle que lleva entre las manos.

El detective no responde. Tan sólo se queda quieto, con el brazo firme y la boquilla de su pistola humeante por el calor de las dos balas que acaba de escupir.

Allen Miller yace tendido a sus pies, boca arriba, con un agujero en medio de la frente y otro más a la altura del corazón.

El demonio Asmoday grita sin lengua sobre ellos, vuelto loco al ver cómo la vida del joven se desliza por los tablones del suelo, succionada por la sed de la casa.

Tú le habías prometido esa vida al gusano, ¿verdad?

Tú le habías jurado que, cuando esta guerra acabara, Allen Miller sería el cuerpo humano en el que por fin podría probar la vida fuera de la niebla.

Y ahora te ríes de su dolor, de su ciega estupidez mientras que el puño del detective retuerce en su puño una fotografía hecha pedazos.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunta ella, atónita no ante el asesinato, sino por las densas lágrimas de rabia que buscan abrirse paso en el detective.

Pero el hombre mantiene el temple, quizás atormentado ante el pensamiento de que, de haber sido un poco más frío nueve años atrás, se habría ahorrado esas dos balas.

Incapaz de comprender la inmensidad de lo que tiene delante de ella, la errante sale de su estupefacción cuando la puerta negra por fin es derribada.

El Inquisidor aparece en el marco, y alarga la cabeza dentro de la casa de Aradia.

Todos los errantes aglomerados en el primer piso detienen sus garras para retraerse hacia la sala, hacia las pocas barricadas que han logrado formar con los muebles.

Benjamin extiende sus extremidades por las paredes como una red y mira fijamente hacia la madre puma, quien se acerca al borde de la escalera destrozada.

—Volvemos a vernos, perra inmunda —dice el monstruo con una sonrisa—. ¿Están tus

bebitos allí arriba? ¿Crees que vas a poder salvarlos de mí esta vez?

La rabia de la hembra sube la temperatura de mi prisión, pero pronto, ésta se convierte en una fría palidez cuando ve que los miembros de Benjamin Lander comienzan a transformarse en rostros y cuerpos que ella lleva grabados en el corazón.

—Irina… —la voz de su esposo la estremece, los ojos oscuros de sus hermanos y del hombre al que alguna vez llamó “abuelo” le provocan el más fuerte de los temblores.

Y ella, ante esos títeres, ante las imágenes de su familia resucitada por los dedos de un hombre fusionado con un ángel, no siente más que una profunda cólera.

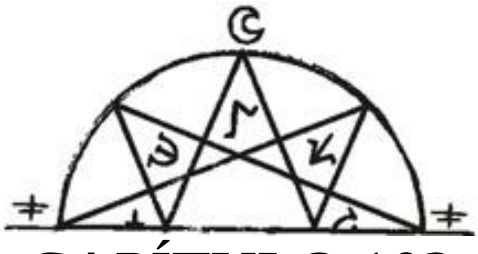
—Suba a proteger a mis hijos y a Elisse, detective —ordena mientras le arroja una de las escopetas que lleva en la espalda—. Es hora de que salde cuentas con este cabrón.

Salvador Hoffman no necesita que se lo repita. Toma el arma en el aire y se da media vuelta en dirección al ático.

Irina Begaye sabe que si falla, que si permite que el Inquisidor cruce más allá de ese pasillo, no importará si sus hijos escapan de esa casa. De Salem. De Massachusetts.

Él los encontrará.

Así que saca sus colmillos, sus garras, y se prepara para recibir a la bestia, quien se arroja de un impulso hacia la mujer.



CAPÍTULO 102

LOS SIETE NOMBRES DE DIOS

Alguna vez escuché que el infierno de los cristianos era como una hoguera gigante, un sitio lleno de fuego y demonios que te provocaban los más dolorosos tormentos.

Pero no. El infierno es muy, muy diferente.

Es… es el lugar en el que estoy ahora mismo. Un espacio vacío e infinito en el que no hay, literalmente, *nada*. No hay arriba ni abajo. No hay luz ni oscuridad, ni un solo ruido o sensación.

No puedo moverme. No puedo respirar, pero tampoco puedo ahogarme. Ya no puedo siquiera sentir la oscilación de mi corazón, como si mi cuerpo se hubiese desvanecido y sólo quedara ahora mi consciencia encerrada en este lugar.

Tan sólo estoy aquí, inmóvil como un hombre al que han enterrado vivo en un ataúd. Como un astronauta que acaba de salir disparado fuera de su nave, para flotar en la inmensidad del espacio, a sabiendas de que nada ni nadie podrá rescatarlo.

Solo. Completamente solo.

En definitiva, este infierno es más parecido al Niraya que alguna vez me describieron los monjes budistas. No un lugar físico, sino un estado de desesperación, de angustia y desamparo.

No sé cuánto tiempo llevo encerrado en este lugar, pero si en algo tenían razón las descripciones cristianas del infierno es que cada minuto, cada segundo que paso aquí se siente como si fuese una eternidad. Y, en el momento en el que me doy cuenta de que voy a estar aquí *para siempre*, es cuando al fin comienza mi verdadero terror.

¿Es éste mi castigo, entonces? ¿Es ésta mi sentencia por mis crímenes, por haberme convertido en una fuerza cruel y destructiva?

Quisiera gritar y llorar, renegar del destino al que he sido arrojado, pero no tengo lágrimas. No tengo boca ni lengua.

Soy nadie. Soy nada.

¿Y acaso no lo merezco? ¿No merezco estar en medio de este limbo? ¿No merezco pagar por Adam, por Huritt, por Laurele? ¿Quién me creí al momento de poner un dedo en el renglón de la vida de todas esas personas? ¿Qué creí que iba a suceder después a mi muerte, si había causado tanto daño?

Y aun así, aun cuando sé que merezco todo lo que estoy sufriendo, no puedo evitar implorar que, por favor, *alguien* me libere de este dolor.

Quieres que te perdone por lo que has hecho*

Mi corazón da un salto al escuchar aquella extraña voz, incapaz de descubrir si ha sido real o tan sólo una alucinación de mi mente atormentada. Intento percibir aquel susurro entre la inmensidad de este lugar sin luz ni sombra, pero no logro encontrarle.

¿Acaso es… *Él*?

Quieres volver a mi, a mi misericordia **

Sí. Es Él. ¡Es el Dios de los ángeles!

La angustia se cierne de nuevo sobre mí, porque mi primer deseo debería ser combatirlo. Rechazar aquella voz dulce y gentil que acaricia mi ser como unos dedos acarician la lana de un cordero.

Pero, para mi desgracia, mi primer impulso es… rogar. Buscar el perdón por las cosas horribles que hecho, suplicar desde esa voz débil y vergonzosa dentro de mí que, por favor, se apiade de mi alma, que me lleve a ese mar oscuro de la muerte definitiva.

¿No era acaso éste el Dios que perdonaba a asesinos y violadores si éstos se volcaban a adorarle? Entonces, si me *arrepiento*, ¿no podría liberarme también de este purgatorio?

“Perdóname, por favor, perdóname”, suplica mi consciencia, traicionando a mi estirpe, a mi Nación, a mi familia, a todo lo que simbolizo yo y la magia de la que alguna vez estuve tan orgulloso.

Y cuando creo que no va a responder a mis súplicas, cuando creo que Dios *me ha abandonado*, escucho:

“Y vi dos ríos de fuego, y su luz brillaba como el jacinto,
y caí sobre mi rostro ante el Señor de los Espíritus.”

Mi corazón se sobresalta de esperanza. ¿Acaso Él me ha respondido?

“Y él me tomó de la mano derecha,

y me llevó donde están todos los secretos,
me enseñó los de misericordia,
los de justicia,
los de todos los extremos del cielo…”

—Y los de todas las estrellas en donde nace la luz.

Imposible, ¿acaso acabo de pronunciar yo aquello? ¿Con mi boca, con mis labios, con mi lengua pura y humana?

En medio de esta abominable inmensidad, una luz comienza a brillar a lo lejos. Una luz maravillosa y cálida, una esperanza que se acerca como una estela preciosa entre el horrible espacio liminal.

La estela me alcanza y sus resplandores rebotan en mi cuerpo. Me permiten sentirlo de nuevo, me devuelven la sensación de mis brazos, mis piernas, mi pecho, y me llenan los ojos de alivio.

Te perdono. Te perdono, mi cordero.†

Extiendo mi mano y dejo que, como Adán, Dios me toque la punta del índice y entre a mi cuerpo a través de mi piel, de mis heridas, de mis cavidades, de mis poros. Dejo que su gracia me llene las venas, los órganos, los huesos; que ejerza su salvación sobre mí aun cuando *fue Él* quien me condenó a este sufrimiento.

Dios me abraza. Dios me eleva. Dios me envuelve en su seno y yo comienzo a encogerme.

Mis brazos se debilitan. Mis piernas dejan de moverse, y una sensación de tristeza y culpabilidad me baña de pies a cabeza. Me vuelvo frágil e indefenso como ese pequeño Elisse en el campo de refugiados al que tantas veces encontraron escondido debajo de los camastros.

Te amo. Te amo. Te amo.††

Le digo que me está haciendo daño, y Él dice que su amor es tan grande que a veces duele.

Te amo. Te amo. Te amo.

Le digo que su luz me quema, y Él dice que es porque me está purificando.

Amame. Amame. Amame.‡

Le digo que se detenga, y Él dice que lo hace por mi bien.

Y estoy tan débil, tan vulnerable, que decido creerle. Decido creer que si su amor me lastima es porque me lo merezco. Porque *yo me lo busqué.*

Así que lo escucho. Lo obedezco, empiezo a cerrar los ojos despacio, y luego…

—ZIIRHia.

Mi Dios se irrita de pronto, porque ésa no ha sido su voz.

Abro los ojos y giro mi cabeza en todas direcciones, hacia la nada, medio cegado por la luz

que todavía se enraíza dentro de mi cuerpo.

Ha sido una palabra remotamente familiar, pero que no termino de comprender, como si hubiese sido mal pronunciada.

—*azcaacb…*

¿Qué voz es ésa? ¿Qué voz es ésa que se escucha no afuera, sino *dentro* de mí?

—*paupnhr…*

Los susurros que se hacen cada vez más fuertes, más insistentes.

—No, ¡detente! —exclamo, porque quien sea que esté pronunciando esos *nombres* enfurece cada vez más a mi Dios.

Y si hay algo más terrible que su misericordia, sin duda debe ser *su ira.*

Pero la voz continúa, la voz hace que la luz que estaba dentro de mí se tense como un alambre de púas y se clave en el interior de mi cuerpo como una doncella de hierro invertida. Con temor a ser destrozado por la claridad de mi Señor, levanto la barbilla para suplicarle de nuevo que se detenga. Pero al mirar hacia arriba, hacia la divinidad, lo que encuentro me deja mudo y desconcertado.

Lo veo a Él como una proyección de fuerza y luz que cada vez se hace más grande. Más inmensa, como una tormenta sobre mi cabeza que crece y crece mientras yo… me desvanezco.

Aquella voz extraña me habla de nuevo. Aquella voz hace que sienta otra vez el latido de mi corazón.

Y por fin, la verdad se revela ante mí.

Esa luz, esa misericordia, ese Dios… no está salvando mi alma. No me está llevando a su gloria.

Se está alimentando de mí.

—¡Resiste, Elisse, *hdmhiai*!

La lucidez me embiste. Y como un trueno, como un destello azul y poderoso, pronuncio el nombre de aquél a quien pertenece esa voz:

—Ta… red —susurro, y Él retuerce sus espinas.

—*¡kkaaeee!*

—Tared… —lo llamo con un gemido de dolor.

—*¡iieelll*, Elisse!

—¡TARED! —grito, y mi tercer ojo *vuelve a abrirse por entero*.

El plano que está más allá de este mundo celestial se proyecta en mi mente en una agresiva avalancha de visiones.

La niebla. La casa. Tared en el ático. Tared, arrodillado a mi lado. Tared, intentando pronunciar los siete nombres secretos sobre mi oído mientras mira el *Sigillum Dei Aemeth* en mi mano.

Porque no sólo ha visto todas las heridas que he sufrido a lo largo de este juicio manifestarse en mi cuerpo. Sino que ha comprendido, a través del impulso de nuestro vínculo, que debía encontrar la forma de ayudarme.

Y cuando encuentro también a Inanna desangrada, a Caligo con una bala a milímetros del corazón y a Hela retorciéndose de angustia con mi hilo de plata entre las manos, la memoria de los miles de brujos enterrados en este plano maldito me inunda con el triple de fuerza que la luz de aquel Dios.

Y ahora soy yo el que se enfurece.

Recupero no sólo el control y la presencia de mi cuerpo, sino también mi magia. Y con una potencia de la que no me creí capaz a estas alturas, empujo contra aquella presencia invasora que aún yace dentro de mí.

—¡ellMG!

Ante el grito de ese séptimo nombre, la claridad es finalmente expulsada de mi ser cual veneno, su resplandor destrozado por la fuerza de todas las magias que laten en mi centro.

Y como si siempre hubiese estado allí, apretada entre mis dedos de hueso, la espada filosofal resucita junto con mi consciencia.

Me levanto. Me yergo delante del resplandor y reúno toda mi energía para realizar un último milagro: saco el *Sigillum Dei Aemeth* de mis ropas, y lo alzo hacia Dios con mi mano derecha.

Mi energía hace hervir el grabado en rojo escarlata con tal candor que los símbolos comienzan a deslizarse por mi brazo como cera fundida.

Los nombres, las letras, los trazos; todo se graba en mi espalda, en mis hombros, en mi rostro y mis piernas hasta que mi ser entero es recubierto de los sigilos angelicales, algo que también sucede en el mundo humano, ante los ojos de todos los presentes en aquel ático.

Y cuando por fin me apropio de la magia enoquiana, al igual que hice con el vudú y la alquimia, *Él* monta en cólera.

—Veremos quién suplica misericordia esta vez, cabrón…

Después de mi injuria, pronuncio el primer nombre de Dios.

Como si la torre de Babel se precipitara sobre mí, miles de lenguas salen disparadas de su estela divina y el vacío alrededor se transforma para llevarme otra vez a Guinée.

Laurele yace enredada en mis tobillos de nuevo, suplicando piedad. Pero esta vez no me conmuevo en absoluto.

—Tus trucos ya no van a funcionar —digo y esgrimo la espada hacia ella. Al ver el resplandor de su filo, su rostro se anega en lágrimas.

—¡Yo era una víctima, Elisse!

—Sí. Pero *yo fui la tuya*.

—¡Pudiste perdonarme, pudiste…!

—¿Perdonarte? —corto—. Eso le correspondía a tus Loas. A Bondyé.[⌗] ¿Y acaso no soy yo sólo un mortal?

Ella abre los ojos de par en par. Y al bajar la espada para decapitar la cabeza de la bruja pronuncio el segundo nombre de Dios.

Las lenguas gritan de nuevo, buscando aturdirme a la vez que el Merkavah, cada vez más caótico, me arroja esta vez a Stonefall.

Pero su realidad es inexacta; por todos los escombros veo tumbas, rastros de Guinée como si a Dios cada vez le costase más mantener el retrato de aquella fantasía.

Mientras tanto, el Rebis yace inmóvil en el suelo, con la cabeza de Jocelyn a unos metros, los ojos en blanco y la mitad de la cara derritiéndose lentamente sobre el suelo de mosaico.

Pero *él* todavía respira. Y su rostro hermoso y humano basta para devolver la ternura a mi corazón.

Clavo la espada a mi lado, sin dejar de sostenerla por el mango, y me arrodillo para acariciar la mejilla de Adam con la mano de hueso.

—Si pudiera, cambiaría las cosas —digo—. Habría luchado un poco más contra mi ambición. Y un poco más por ti —limpio la sal de su cara, aun cuando sé que su mirada dorada no es más que un espejismo—. Pero no puedo remediar lo que hice. Y todos los dioses saben que no hay peor castigo que saber que ésta es la última vez que podré verte. Lo siento tanto, Adam…

Bajo mi rostro hacia el joven, toco su frente con la mía, y mis labios pronuncian sobre los suyos el tercer nombre de Dios.

El joven se funde al igual que el escenario en derredor en un desesperado intento de llevarme ahora al cruce de caminos.

Criptas, escombros y ramas se entremezclan con trozos de nada; un plano que se columpia en el vacío junto con la voluntad de su creador.

Me levanto y las columnas intentan enredarse de nuevo en mis tobillos para que no camine hacia el árbol cada vez más arqueado sobre sí mismo, como una vela que lentamente se funde con el suelo. Pero basta que susurre el cuarto nombre para que las vértebras se retraigan.

Me detengo frente al árbol y empuño la espada con la intención de enterrarla en su brutal hendidura.

—¿Es que no te arrepientes? ¿Es que no sientes ningún remordimiento? —pregunta alguien a mis espaldas—. ¿Cómo puedes continuar con esto ahora que sabes todo el daño que causaste sólo por ambición?

Encuentro a mi otro yo arrastrándose en el suelo. Débil. Hambriento. Los ojos enrojecidos llenos de rencor.

—¿Nunca lo vas a entender, verdad? —digo con una sonrisa irónica—. No, ¿cómo vas a hacerlo, si no eres más que un simple Dios?

Vuelvo la mirada hacia el brillo de mi arma, su fulgor como una llama dorada contra la oscuridad obscena del árbol, y susurro el quinto nombre de Dios.

Los huesos de la criatura se rompen de manera violenta. Y cuando me giro de nuevo hacia él, veo que su cuerpo se ha torcido tanto, como este mundo, que ya es más parecido a un endrino que a un humano.

—Soy un brujo de la Mano Izquierda, un ser que ha renunciado a la luz —digo—. Pero eso no significa que todas las atrocidades que hago sean para volverme más poderoso. Para volverme… como tú.

Doy un paso hacia Él, y éste retrocede.

—Eso significa que estoy dispuesto a volverme el más terrible de todos los monstruos con tal de que ni tú ni nadie vuelva a poner un dedo encima a mi familia. Y ése… ése es un sacrificio que ningún dios parece estar dispuesto a hacer por los suyos.

En un último acto desesperado, mi otro yo se impulsa hacia mí, pero su cuerpo deforme y débil le impide alcanzarme. Me echo a un lado a la par que hiero la espalda de la criatura de arriba abajo con el rasgar de mi hoja.

Se estampa contra el árbol, y aúlla, lacerado. Se da la vuelta para enfrentarme, pero no le doy ninguna oportunidad.

—Soy *Él*. El descabezado, ¡soy el Martillo que aplasta los espíritus, el que abre las puertas de este mundo y el otro! —de una estocada, clavo la espada en el pecho de mi yo monstruoso, en medio de sus corazones podridos.

La espada prende fuego a la criatura, la ahoga en medio de dolorosas llamas que en segundos lo reducen a cenizas.

Y, sin piedad, pronuncio el sexto nombre de Dios.

El bosque se retuerce. Las tumbas se hacen polvo junto con los escombros y, en un intento por derrotarme, soy devuelto al vacío que hace unos instantes casi me enloquece.

Pero esta vez, al estirar mis piernas y poner los pies en un suelo que hace segundos no era más que una inmensa nada, mi presencia se expande como un mar de tinieblas; una tinta oscura que infecta el Merkavah y comienza a enfermar su infinitud.

La estela blanca y dolorosa del Dios de los ángeles se convierte en un remolino, un gigantesco tornado sobre mí que crece furioso y errático. Los resplandores me alcanzan como truenos y la agonía me tritura cuando su luz intenta volver a entrar en mi cuerpo; el poder de aquel ser aún es inmenso, alimentado por los sepulcros de los brujos que permanecen en su Paraíso obsceno.

Pero no me doy el lujo de rendirme, no ahora que la voz que retumba con más fuerza dentro de mi cabeza es de Tared quien me implora que resista.

Y al sentir que ese veneno luminoso se cuela de nuevo bajo mi piel, la oscuridad me da por

fin la solución.

Llevo la mano de hueso hacia mi pecho y lo rasgo de arriba abajo para revelar el arma más poderosa que poseo. Porque si hay algo que ha logrado derrotar la magia de Laurele, la espada filosofal y al mismísimo monstruo de hueso es *mi voluntad*; el corazón rojo y vivo que late entre mis costillas como una bomba.

Y una vez liberado de su prisión humana, éste empuja mi magia con el triple de fuerza a través de la propia luz que el Dios intenta inyectar en mí, utilizándola como vínculo para llegar hasta él.

—Soy la Bestia Revestida de Luna —musito, y la tormenta blanca sobre mí se vuelve más oscura a cada segundo—. ¡Y tú vas a obedecer mi voluntad!

Con un grito más, pronuncio el séptimo nombre de Dios.

Y en el efímero instante en el que Él deja de oponer resistencia, en el que queda completamente vulnerable ante mi poder, mi magia por fin alcanza su centro: esa energía inmortal e indestructible de todos los espíritus que se vuelve la más frágil de las flores cuando es alcanzada por mi garra.

La luz se marchita con la rapidez de un parpadeo. Y antes de morir bajo la asfixia de mis tinieblas, el Dios de los ángeles grita por fin el nombre de mi Mara.

---

[*] “¿Quieres que te perdone por lo que has hecho?”

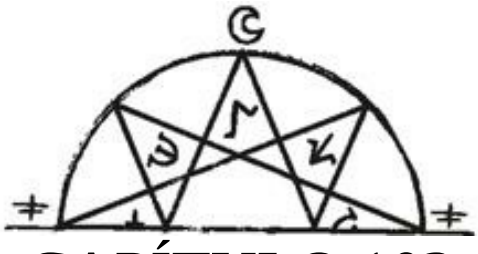
[**] “¿Quieres volver a mí, a mi misericordia?”

[†] “Te perdono. Te perdono, mi cordero.”

[††] Te amo. Te amo. Te amo.

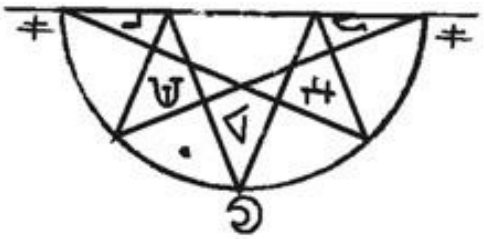
[‡] Ámame. Ámame. Ámame.

[‡‡] “Buen Dios.” Equivalente al Dios cristiano en el vudú.



CAPÍTULO 103

EL ÚLTIMO SENDERO



Como una flecha, el péndulo en el cuello del brujo se levanta y arroja un hilo de magia que yo siento clavarse en mi pecho con la fuerza de un arpón.

Sin más, me derriba de espaldas contra el suelo de mi celda, con esa soga ahora unida a mi corazón acelerado. Y aunque me cuesta levantarme y recuperar el aliento, sonrío al asomarme de nuevo hacia el ático a través de mi portal.

—Lo logró —susurra la sirena, asombrada—, ¡Elisse lo ha conseguido!

—¿Hablas en serio? ¡¿Tiene el nombre?! —exclama la falsa bruja, llena de alivio al escuchar cómo el pálpito de la bestia astada vuelve a tomar el ritmo de los vivos.

—No sólo eso. También ha matado a su Dios… —responde la rubia, quien ve, a través del espejo de obsidiana, cómo el angelino paraíso comienza a tambalearse.

Pero no es lo único que puede percibir. Aquella inquietud que tanto la ha atormentado vuelve a acecharla cuando sigue con la mirada el hilo de magia que conecta al péndulo conmigo, el cual apunta hacia la salida del desván.

—Tráelo. ¡Tráelo de vuelta! —grita entonces el portador del trueno, quien resiste el impulso de zarandear a la necromante.

Ella despierta de su conmoción y comienza a halar del hilo plateado para enredarlo en su brazo a manera de carrete.

—Mierda, ¡¿no puedes hacerlo más rápido?! —brama el detective Hoffman, quien en ese momento entra como una tempestad a la habitación.

Al llegar hacia ellos, evita cruzar la mirada con el angustiado licántropo, centrado únicamente en el brujo dormido.

—El hilo se ha vuelto demasiado frágil, y si lo fuerzo, reventará —replica la necromante con la frente empapada en sudor, los ojos negros alternándose entre su labor y la salida del ático—. Además, Elisse y yo no compartimos el vínculo del aquelarre. No puedo traerlo con la misma facilidad que a Inanna.

La desolación de escuchar aquello hace que el humano preste atención al cuerpo de la portadora de Satanás, inconsciente sobre un charco de su propia sangre. También encuentra al enorme demonio Buer encaramado en el ventanal, quien ha abierto sus costuras como una cortina para bloquear la entrada de cualquier arma o criatura.

—¿Qué ha pasado con ella? —pregunta, señalando a la bruja Caligo.

La perpetuasangre mira hacia la herida en la espalda de la envenenadora, agrandada con la ayuda de unas tijeras, y luego hacia la bala ensangrentada tirada a su lado.

Un frasco más de belladona derrama sus últimas gotas sobre la madera, secándose al lado del antídoto.

—Son como estacas para vampiros —explica ella con la lengua entorpecida por el cansancio —. No importa por qué parte de su cuerpo entre, el hierro de los ángeles siempre busca alcanzar el corazón del brujo. Así que se me ocurrió que, si paralizaba el de Caligo lo suficiente, la bala dejaría de moverse.

Él abre los ojos de par en par, tan impresionado como yo ante la astucia de la errante coyote.

—Mierda. Eso ha sido brillante, Johanna…

Ninguno de nosotros logra ver la reacción de la mujer ante el inusual cumplido del hombre, puesto que un golpe brutal abre una grieta en el suelo, apenas a unos metros de ellos.

—¡No! —exclama el lobo de plata, cuyos reflejos logran evitar que el espejo sobre el atril caiga y se estrelle contra el piso.

Las crías de Irina Begaye llaman a su madre al unísono, atraídas por el detective para evitar que sean heridas por los tablones astillados. Un disparo de escopeta retumba y pronto, todos perciben no sólo los gritos del Inquisidor a través de la estrecha apertura, sino también el espeso humo que poco a poco inunda la casa.

—¡¿Pero Elisse no había matado ya a ese jodido Dios?! —exclama el exagente, con los pequeños apretados bajo sus brazos—, ¡¿por qué sus puñeteros ángeles no han vuelto al maldito infierno de donde vinieron?!

—¡Debe ser por su Mara! —exclama la necromante, cada vez más agotada—, estos ángeles ya han cruzado a nuestro mundo, ¡el pacto que ha hecho con ellos es lo que debe estar

manteniéndolos con…!

El ruido de algo parecido a una flecha corta las palabras de la bruja, seguido de un penetrante olor a gasolina.

Un globo revienta contra Buer y lo empapa de arriba abajo con el químico, para después ser impactado por una bala apenas un segundo después.

Al instante, la piel de la criatura se cubre de llamas, lo que lo obliga a contraerse de dolor. Los niños gritan mientras el resto mira con absoluto terror cómo el demonio cae por la ventana, ahora una bola de fuego en el aire.

—Mierda, ¡van a alcanzarnos en cualquier momento! —grita el detective cuando el ataque es seguido por el crujido de algo que comienza a escalar hacia ellos desde el exterior de la casa.

—Hay que matarla —concluye por fin el licántropo—, ¡tenemos que ir por la Mara nosotros!

—¡Serás imbécil! —replica el otro, quien se ha acercado a la ventana con la escopeta que le ha dado la devorapieles—, ¡la cabrona podría estar en el otro maldito extremo del mundo!

—No —replica la bruja Hela, más pálida que un amanecer—. Ella… ella está aquí. En esta casa.

—¿Qué? —exclama el lobo—, ¡¿qué diablos quieres decir?!

La bruja apenas tiene aliento para responder.

—El hilo de magia del péndulo está… apuntando hacia el sótano.

La perpetuasangre ahoga un gemido.

—¿Estás diciendo que Aradia…?

—No —interrumpe—. El vínculo no llega hasta mi Madre. Sólo a la puerta, y desaparece dentro de un túnel al plano medio. Es… un sitio en el que yo nunca he estado antes, del que ni siquiera sabía su existencia, pero que está *aquí*. En algún lugar de la niebla.

El silencio que se hace entre los presentes les permite escuchar el reptar de la criatura por el revestimiento.

—¡¿Y ahora qué diablos vamos a hacer?!

La pregunta del detective es precedida por el estallido de su escopeta.

La sirena mira a sus hermanas, agonizantes, pero vivas, y alza la mano para remover el péndulo del cuello del joven brujo.

—Ve por ella —dice mientras extiende el objeto hacia el licántropo—. Sólo tú puedes lograrlo.

—¿Qué? —exclama la errante coyote—, ¿cómo va a hacer eso si…?

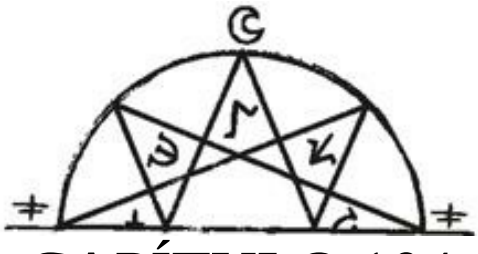
—Tared Miller es el único ser sin magia que he visto atravesar el plano medio y vivir para contarlo —insiste—. Así que, si el poder de Elisse sigue impregnado en él, tengo la seguridad de que podrá alcanzar a esa desgraciada.

El lobo mira con sorpresa la piedra, la cual apunta firmemente hacia la puerta de salida.

—Ve por ella —finaliza la bruja—. Juro que te devolveré a Elisse.

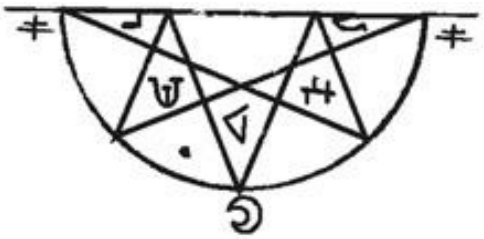
Y con esa promesa, no lo duda un segundo más.

El lobo dentro de él aúlla cuando toma la cadena entre sus dedos y sale a toda prisa de aquella habitación.



CAPÍTULO 104

LA CAÍDA DEL PARAÍSO



Cuando aquello que mantiene funcional un trozo del plano medio muere, a su reino sólo le queda una cosa por hacer: colapsar. Y, tal como ocurrió cuando maté a Nathaniel Blake en el laberinto de Jocelyn, el reino de los ángeles comienza a partirse como un escenario que precipita sus pedazos en el abismo del plano medio.

Y lo único que me ayuda a encontrar de nuevo la Puerta de los Mil Brujos, en medio de un Merkavah que se fragmenta cual cascarón, es el hilo de Hela, tan debilitado que ahora se asemeja a la seda frágil de una telaraña.

Para no caer por el precipicio de la nada, materializo un sendero de escalones oscuros debajo de mí, siguiendo el rastro de magia hasta que la puerta aparece por fin a lo lejos, ahora visible a causa de la ausencia del Dios que la mantenía oculta.

Y al alcanzarla, me doy cuenta de que las manos están ahora inmóviles, como si ellas hubiesen perecido también. Empujo con fuerza, pero ésta no se mueve un solo centímetro.

—¡Mierda! —jadeo, y escucho el crepitar del corazón del cielo como si cientos de relámpagos estallasen alrededor.

El cansancio me carcome, mis energías se desploman junto con el Paraíso. Pero me obligo a reunir fuerzas para comenzar a arrancar las manos de la puerta, una a una.

La oscuridad del abismo cada vez se vuelve más prominente pero, por fin, logro quitar las suficientes para que el hierro blanco al que están adheridas quede revelado.

El Martillo de los ángeles ha perdido su fuerza, así que rasgo el espacio que he despejado para crear un nuevo túnel de gusano, tal como el que utilicé para llegar a la Antesala de los

Querubines.

Y al cruzarlo, éste me lleva directamente al exterior de la torre, muy cerca de la grieta por donde entramos Inanna y yo. Me percato de que mi hilo de plata se alarga a través del jardín, de la torre y el portal como si fuese la marca de mi recorrido por este sitio.

Contemplo, por un placentero segundo, el asombroso derrumbe del Paraíso.

El cielo de cristal líquido se fragmenta en miles de riachuelos, la torre se tambalea, en tanto que el Vigilante, aquellos tres anillos ostentosos que miraban en todas las direcciones, ahora yacen inmóviles y entrecruzados en el firmamento, con los ojos cerrados y su brillo dorado perdido para transformarse en unos simples arcos de piedra.

Y muy, muy a lo lejos, el espejo de obsidiana me espera, aún flotando sobre la hierba cada vez más gris.

Me echo a correr y las flores de carne se marchitan a mi alrededor; la tierra tiembla con tanta fuerza que más de una vez me veo obligado a retroceder para no ser tragado por las grietas que se abren a mi paso, mientras que fragmentos del Vigilante, grandes como casas, se desploman por todo su jardín.

Pero, finalmente, logro cruzar los Campos. Y la distancia que me separa del portal es tan corta que ya puedo distinguir el otro lado a través del cristal.

—¿Te irás sin saber qué fue lo que hizo a la Maligna gritar en la torre?

La voz de Nalvage me hace girar en redondo y desenvainar la piedra filosofal. El Mensajero, quien quizá me ha seguido hasta aquí a través del túnel que abrí, está a unos cuantos metros de mí y empuña aquella espada de hierro con la que atravesé su cara de ángel. Está vivo gracias, sin duda, a los otros dos rostros bestiales que aún jadean a ambos costados de su cabeza.

Supongo que debí haber decapitado al cabrón.

—¿Quieres saber qué fue lo que aterrorizó de tal manera a la gran portadora de Satanás? —insiste en su discurso, pero yo desecho sus palabras con un chasquido de lengua.

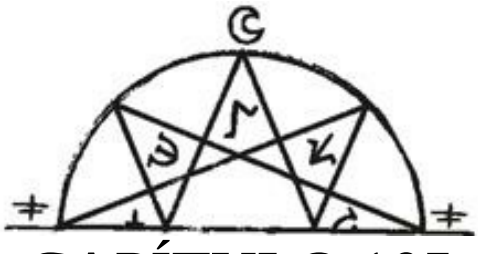
—¿Todavía quieres enfrentarme, Nalvage? —insisto—. ¿Aún después de haber matado a tu Dios?

El ángel tuerce todos sus hocicos a la par que una grieta se abre a sus espaldas, tan grande que pareciera haber dividido el Paraíso en dos.

—¿Enfrentarte? No. Yo ya no voy a luchar contra ti, Bestia Revestida de Luna —dice, y retrocede hasta el punto en el que sus tobillos vacilan en el borde de la apertura—. Pero lo que sí puedo hacer es llevarte al abismo con todos nosotros.

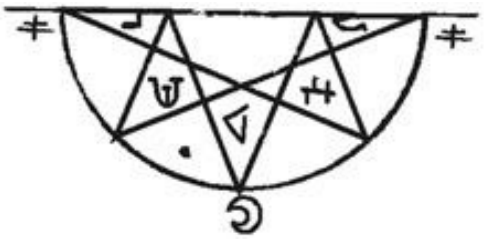
La criatura levanta su espada de hierro blanco en lo alto, pero en vez de dirigirla hacia mí, la baja como una guillotina contra el suelo.

Y, arrancándome un grito de absoluto terror, Nalvage corta mi hilo de plata.



CAPÍTULO 105

ÉSTA ES…



Al bajar de un salto por la trampilla, el licántropo es recibido por un humo tan denso que queda cegado por unos instantes. Pero el impulso del péndulo le permite seguir adelante, abrirse paso ante la cortina negra hasta encontrarse por fin con la masacre desatada en el pasillo.

Escucha los gritos del Inquisidor y los rugidos de la errante puma retumbar dentro de una de las habitaciones a los costados del corredor. Pero es la sensación de algo carnoso a sus pies lo que por un instante entorpece su marcha.

Mira hacia abajo, y su cara se constriñe en una mueca al encontrar al demonio Asmoday triturado como una masa sanguinolenta en el suelo, aplastado bajo la violencia de la batalla entre el monstruoso Benjamin Lander e Irina Begaye.

También ve otro tipo de cadáveres. Trozos de personas, a quienes reconoce como aquel Atrapasueños que conoció alguna vez en el desierto, fragmentándose como cristales que poco a poco se funden sobre la madera.

Y, más delante, al filo de la destrozada escalera, un espeso charco de sangre que aturde su instinto de una manera desagradable.

El lobo dentro de él aúlla sin cesar una y otra vez, un eco que se escucha como un cuerno de batalla dentro de mi Tártaro; el instinto que le grita a su portador que continúe. Que no se detenga más a mirar.

Pero una de las paredes a un costado suyo revienta de golpe, impidiéndole avanzar. Tared Miller estrella su espalda contra el lado contrario del pasillo para evitar ser embestido por el Inquisidor, quien estira un par de sus largos brazos a través del agujero que ha abierto en el ladrillo.

—¡Por fin das la cara, maldito perro cobarde!

El grito del cazador pareciera haber sido expulsado de su segunda boca, mientras que uno de sus ojos cuelga de su cuenca, producto de un rasguño de la furiosa devorapieles que se encuentra a sus espaldas.

—¡No he terminado contigo, maldito cerdo! —grita ella con un brazo roto, el cual cuelga lánguido de su hombro.

Pero Benjamin no la escucha.

Cegado por la sed de venganza, se abre paso a través de la pared con todo el montón de brazos que le quedan, dispuestos a acabar con el hombre que tiene delante.

Y en vez de prepararse para contraatacar, Tared Miller obedece al repentino cosquilleo que siente en la nuca y se echa de bruces contra el suelo.

Una mole pesada y poderosa embiste al trampero, arrojándolo de vuelta a la habitación donde hacía un instante peleaba con la devorapieles.

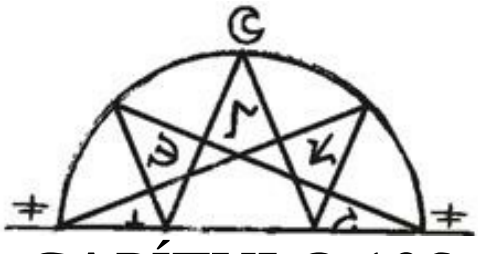
—¡Julien! —grita, mientras el minotauro se impulsa de nuevo hacia el monstruo.

Las celdas de mi prisión comienzan a palpitar, excitadas por la fuerza de mi propio corazón cuando el licántropo se levanta, cruza el pasillo, y salta la escalera hacia la planta inferior, sin pensar una sola vez en el falso hermano cuyo cadáver, sin saberlo, ha vuelto a ser encerrado en la habitación de la necromante.

Hay cuerpos de tramperos despedazados a su paso, miembros de ángeles por doquier mientras el ala izquierda de la casa es consumida por el fuego.

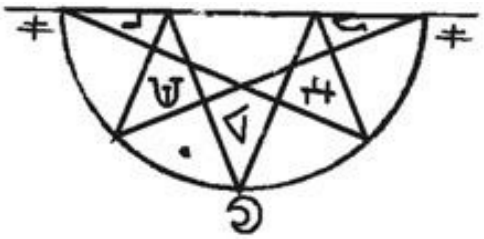
Pero no se detiene ni un segundo más. Dobla hacia el pasillo de las llaves, la mitad de ellas ya desperdigadas por el suelo.

El péndulo apunta hacia una que todavía cuelga de la pared. Y en cuanto la toma entre sus garras, la puerta que lo conducirá hacia mí aparece ante él.



CAPÍTULO 106

LA ÚLTIMA PUERTA…



El grito de Hela es tan fuerte, tan estruendoso, que logra traspasar la barrera de obsidiana.

Y Nalvage, con una sonrisa de absoluta satisfacción, da un paso atrás para arrojarse él mismo a la grieta.

—¡No! —exclamo, aterrorizado al ver cómo mi hilo se desvanece en el aire, mientras el ángel es tragado por la oscuridad—. ¡NOOOO!

Me lanzo con desesperación al espejo y alzo mis garras con la intención de abrir el plano medio y pasar al mundo humano a través de él, pero la necromante agita las manos del otro lado.

—¡No, no lo hagas, Elisse! —exclama, su voz opacada como si me hablase a través del agua —. ¡No debes volver al mundo de los vivos con tu alma desconectada de tu cuerpo, podrías morir en…!

Una colisión en alguna de las paredes del ático arranca otro grito de la bruja, seguido de un caos que pareciera compararse con la caída del Paraíso a mis espaldas.

—Mierda, ¡¿qué diablos debo hacer entonces?! —exclamo, golpeando el espejo con los puños cerrados.

—No lo sé —susurra con un miedo que jamás había percibido en ella—. ¡No lo sé!

Johanna, paralizada de horror por lo que ha escuchado, tiene las manos sobre mi pecho, quizá buscando la forma de sostener los latidos de mi corazón.

Hoffman dispara una y otra vez en alguna parte de la habitación. Los niños de Irina se agazapan en un rincón, en tanto el humo y el fuego se abren paso a través de una de las paredes laterales de la casa…

Pero a quien no veo por ninguna parte es a Tared.

La esperanza abandona mi cuerpo sin piedad.

¿Esto es todo? ¿Después de todo lo que he luchado, ésta es la manera en la que voy a… morir?

—*¡Todavía podemos salvarlo, hija mía!*

La voz de Aradia me cruza el cuerpo como un rayo, tan clara que pareciera estar a mi lado.

Y como una evocación, *alguien* aparece en la entrada del ático.

La necromante se gira y lanza un grito que suena más a confusión que a alivio.

—¡ILYA! ¡¿Dónde diablos estabas?! —exclama ella, pero el hombre no le responde. Tan sólo entra a la habitación con la ropa húmeda, casi congelada, y sosteniendo algo.

Mi aliento se evapora al ver que se trata del libro de las generaciones del Culto.

—Pero, Madre… —musita Hela mientras el errante demonio llega hacia nosotros, sin detenerse a mirar, siquiera un segundo, el cuerpo de Inanna en el suelo.

Él abre las páginas delante del espejo, justo sobre aquel espacio en blanco debajo de las firmas infernales.

—*Si firmas el libro, tu alma,* tu voluntad, *me pertenecerá* —dice Aradia—. *Y, de esa manera, podré traerla de vuelta al mundo de los vivos para depositarla en tu cuerpo de nuevo.*

—Tal como alguna vez hizo conmigo —las palabras de Ilya me paralizan como un veneno. La desolación me embarga, me hace querer echarme yo también hacia la grieta por la que se ha tirado Nalvage.

—Pero, ¿cómo voy a firmar si no puedo mover mi cuerpo? —pregunto, intentando encontrar alguna otra solución. Cualquier cosa que no implique poner mi nombre en esas páginas.

Pero la respuesta llega pronto de los labios de mi propia hermana:

—¡Un fantasma!

Hela se gira hacia ella:

—¿Cómo?

La perpetuasangre da un paso hacia nosotros, entusiasmada ante su idea:

—El alma de Elisse está desconectada de su cuerpo, eso significa que ahora es un fantasma ¡y tú eres una médium! ¡Deja que te posea para que pueda firmar el libro a través de ti!

Su furor me desconcierta, pero luego caigo en la cuenta de que Johanna *no lo sabe*. Ni ella ni nadie de mi familia sabe lo que pasará si firmo ese libro y me uno al Culto de la Grieta Resplandeciente.

“¿No será que, al ser desenterradas de nuestro subconsciente, nuestras premoniciones sólo nos muestran una verdad que nos negamos a ver? ¿Un futuro del que no podemos escapar?”

Sí. Al parecer, mi tercer juicio terminó siendo precisamente eso. Un futuro del que no pude escapar.

Miro aquel espacio en blanco, y cierro los ojos para retener las lágrimas que de nuevo se aglomeran en mis ojos, porque ahora mismo, lo único que quiero es ver a mi lobo.

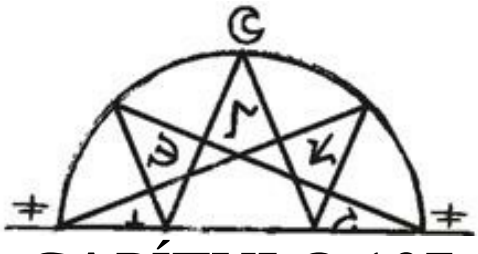
—¿Elisse? —apura la errante coyote, pero sólo tengo fuerzas para asentir.

Hela levanta la mano y la abre sobre la superficie del espejo. Intenta sonreír, pero la tristeza en sus ojos le impide mentirme.

—Por favor, no permitas que a Tared le pase lo mismo que a Ilya… —le suplico en un susurro desesperanzador.

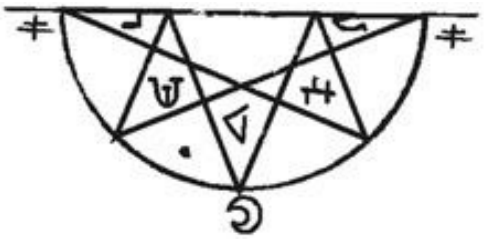
—*Lo siento tanto, Elisse* —dice Aradia desde las paredes—. *Aunque no lo creas, esto no es lo que yo hubiera querido. No de esta manera.*

No digo una palabra más. Levanto también mi mano, con el corazón hecho pedazos, y la uno con la de la necromante.



CAPÍTULO 107

ANTES DEL…



Es verdad.

Aradia nunca habría obligado a ese joven a firmar el libro.

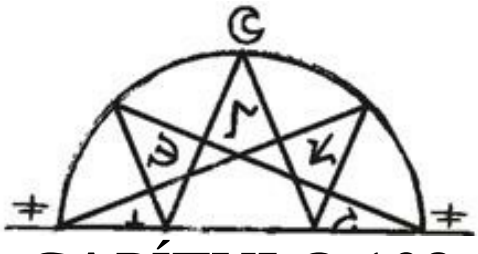
Aradia, la hija de Diana, en toda su sabiduría, habría preferido dejarlo morir en ese paraíso antes de cometer semejante abominación.

Pero *tú*… tú que yaces enroscada en el sótano, revolcándote entre los huesos y la inmundicia como la más sucia de las alimañas… tú nunca fuiste la verdadera Aradia.

¿Cierto, hermana?

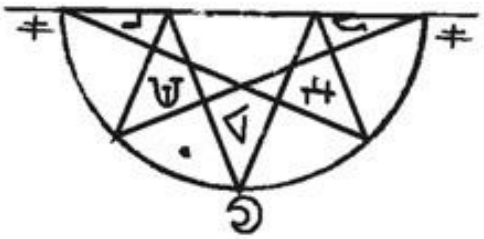
Así que, una vez que el Licántropo abre la puerta de mi celda y la cruza, una vez que la Bestia Revestida de Luna firma el contrato a través de la mano de la necromante, *sonríes.*

Y, finalmente, tras diecinueve años, sales por fin de esa habitación.



CAPÍTULO 108

DESPERTAR



Al abrir la puerta de mi celda, con lo primero que se encuentra el licántropo no es conmigo, sino con una costa. Un mar calmo, cubierto por una niebla que se extiende hacia el interior del océano.

El péndulo en su mano permanece lánguido, sin apuntar ya a ninguna parte, mientras que el cielo gris sacude sus sentidos. La arena oscura bajo sus botas busca arrebatarle el aliento, y el mecer de la hierba verde y tibia que crece más allá de las dunas se siente como energía estática en su interior.

El portal a sus espaldas desaparece, y un gemido bajo lo hace mirar a un costado, con las garras fuera, listas para luchar. Pero lo que ve lo confunde tanto que no logra reaccionar.

Le parece que es un joven. Un infante, más bien, cuyo sexo no puede distinguir con claridad. Está a unos metros de él y observa con profunda desolación el horizonte, con esa mirada de pupilas dilatadas que tantas veces ha visto ya en el brujo que tiene por amante.

Entonces comprende que aquella criatura no mira hacia el mar, sino que está teniendo una visión. Tan terrible, que se le han inundado los ojos de lágrimas.

Las aguas se revuelven a lo lejos, y el lobo devuelve la atención al mar.

La silueta oscura de un barco de madera comienza a abrirse paso en la cortina de niebla; un bote largo de remos cuya cabeza curva apunta hacia él.

De inmediato, se da cuenta de que algo ha cambiado.

Ahora, el viento helado revuelve las olas y la costa se cubre de escarcha. La hierba también se ha quedado atrapada bajo un manto de nieve, como si las estaciones hubiesen pasado en un parpadeo.

Y aquel niño ya no está a su lado.

Cuando el bote se acerca a la orilla, el lobo por fin distingue que los navegantes, a diferencia del chico, son todos blancos. Visten capas gruesas de pelo animal y cascos metálicos en sus cabezas. Están sucios y hambrientos, silenciosos como las olas que los llevan, después de un largo tiempo en el océano, hasta tierra firme y desconocida.

El líder de la embarcación baja de un salto. Es muy corpulento, y la piel de oso sobre su cuerpo todavía muestra costras de sangre congelada en los bordes. Se aproxima hacia el lobo, con cuidado, pero también con un hacha apretada en el puño.

Tared Miller retrocede, dispuesto a defenderse, pero un impulso de instinto le hace saber que hay alguien más a sus espaldas: un anciano erguido sobre la hierba congelada de la costa, con la piel morena y una cornamenta de caribú sobre los hombros como una armadura.

Hay otras personas detrás, pero a éstas ya no puede reconocerlas. Sólo sentirlas. Sabe que, tanto los tripulantes del barco como la tribu nativa que se acerca son errantes. *Atrapasueños.*

El inmenso devorapieles arroja el hacha sobre la arena en señal de paz, pero el anciano da un paso hacia atrás de todas maneras.

Confundido, el hombre venido del mar no logra entender que aquel contemplasombras no lo está mirando a él, sino a lo que lleva en el fondo de su convoy de *berserkers* [*] y *skjaldmærs.*[**]

Son dos mujeres. Dos hermanas acuclilladas en la popa, de piel cetrina y ojos tan negros, tan dilatados, que casi no puede verse el fino iris rojo que los rodea. Una de ellas tiene los cabellos tan largos y gruesos que parecen serpientes blancas, mientras que los de su hermana menor todavía no han perdido el color de la noche. Y las dos, a pesar del frío tempestuoso, no necesitan llevar encima más que un par de túnicas oscuras.

En su inmensa sabiduría, el anciano nativo comprende que ellas no vienen del norte. Que no comparten el origen o la naturaleza de aquellos hombres y mujeres de cabellos rubios y barbas rojas quienes, al ser todos devorapieles, quizá ni siquiera se han dado cuenta de que cargan con ellas en su barco.

Sabe que son más… antiguas.

Así que no hay bienvenida. No hay furor ante el encuentro. Tan sólo da la media vuelta y se marcha con toda su tribu al interior de sus tierras.

El devorapieles que ha venido del otro lado del mar mira a su propia gente, confundido por una frialdad ajena a todo Atrapasueños. Pero al final, el barco atraca en la playa.

El lobo se pregunta furioso qué es lo que está presenciando. Qué demonios significa esta

ilusión y por qué está siendo confundido con imágenes tan extrañas.

Sólo comienza a comprender cuando, súbitamente, es transportado a la orilla de otro inmenso cuerpo de agua, muy distinto al anterior, puesto que ya no detecta el penetrante aroma a agua salada.

Es un lago que, frente a él, comienza a resplandecer como si el amanecer se suscitara en su fondo.

El agua se desborda de gritos que no pertenecen al mundo de los vivos. Y después de aquella luz, el lago se torna negro, de una oscuridad tan profunda, tan pétrea, que pareciera como si un canal se hubiese abierto en el corazón de la tierra.

—La Grieta… —susurra al reconocer aquella leyenda que alguna vez le contase la Bestia Revestida de Luna.

Imágenes de violencia y locura se ciernen sobre su cabeza; miles de espectros escapando de aquel abismo, poseídos por el hambre y la sed de cuerpos humanos. Familias enteras arrasadas de formas tan atroces, tan monstruosas, que necesita apretar bien los párpados para apartar semejantes visiones.

Hasta que el súbito crepitar de una llama lo obliga a abrirlos de nuevo.

Ya no está frente a la Grieta. Ahora se halla sentado en el suelo, contemplando una hoguera como si él mismo hubiese sido convocado a la reunión que se suscita en torno a ella.

Humanos, errantes y brujos alrededor de las llamas, protegidos por un círculo de tótems: líderes y consejeros de Atrapasueños traídos no sólo desde el territorio de los Mánekenks[†] hasta el corazón de Kalaallit Nunaat,[††] sino también de los ahora numerosos asentamientos formados por los exploradores nórdicos, quienes trajeron a más errantes y sus familias del otro lado del mar. Todos convocados en un Gran Vínculo de errantes.

Bañado en sudor, el licántropo escucha la desesperación colectiva de las criaturas que se apiñan en aquel bosque de pinos.

“La Grieta se está expandiendo”, dicen unos.

“Lo hemos intentado todo, con todas nuestras magias juntas, y no podemos cerrarla”, claman otros.

Y entonces, una sola voz logra elevarse sobre el coro.

Desde el rincón más oscuro de los árboles, aquella mujer de serpientes blancas e iris apenas rojos se acerca despacio a la hoguera, seguida de cerca por su hermana, mientras los desconcertados errantes se abren a sus costados como el cauce de un río, como si apenas se hubiesen percatado de la presencia de aquellas dos brujas.

Les preguntan sus nombres y, al descubrirlos, reconocen que son remotos y lejanos, provenientes de una lengua que nadie en ese lugar había escuchado antes.

Después, la bruja mayor comienza a explicarles que si no han podido cerrar la Grieta es

porque todo este tiempo han utilizado la magia de los humanos. De los errantes… Pero que lo que ellos necesitan para cerrar el velo entre este mundo y el otro es *una clase distinta de poder.*

Y entonces, comienza a hablarles de un dios.

Un dios tan antiguo que incluso las deidades de todas las épocas habían olvidado su existencia. Tan viejo que su nombre verdadero ya sólo podía ser pronunciado por las paredes de las cavernas donde habitaron los primeros humanos, abandonadas hace ya miles de años.

Les habla del dios Primigenio. Del primer espíritu que recibió culto de parte de la humanidad y que, a cambio, no sólo otorgó la magia como regalo, sino que también dio luz al plano medio: la franja entre el mundo de los vivos y la muerte definitiva cuando no había *nada* en medio de esas dos inmensidades.

Cuando, antes de las religiones y los espíritus, los humanos sólo podían dedicarse a morir.

La historia comienza a resonar en el corazón de todos los brujos reunidos en la hoguera, como si un recuerdo en su consciencia, en el linaje de su magia, hubiese vuelto a despertar.

Cuando le preguntan dónde se encuentra ese dios, ella les dice que debido al tiempo, al olvido y a la multiplicación de las civilizaciones, ahora hace mucho, mucho tiempo que está muerto.

“¿Pretenden revivir a un dios muerto?”, exclama un contemplasombras, aquél que miró con desconfianza a las dos mujeres desde la orilla de la playa.

“No.” Responde la mayor. “Pretendemos crear *uno nuevo.*”

Ella extiende la mano hacia la hoguera y les explica que si el dios Primigenio había parido la magia y el plano medio, el único que podría cerrar la Grieta sería uno que fuese capaz de destruir todo eso. Pero que crear a un dios tan abominable no se lograría con cantos, culto y ofrendas.

Se lograría con *sacrificio*.

Así que, primero, la apariencia de este nuevo dios debía ser edificada con los cuerpos de los brujos más poderosos de cada Atrapasueños presente en el Gran Vínculo. Después, su espíritu sería creado al unir la magia y las voluntades, los *corazones,* de todos aquellos hechiceros.

Y finalmente, para traerlo al mundo terrenal, tendrían que escoger a un brujo más. A alguien que estuviese dispuesto a renunciar a su ancestro y a su familia para convertirse en el portador del nuevo dios.

Es allí cuando todo el consejo gira la cabeza hacia el licántropo. Pero, a su costado, se encuentra de nuevo con aquel pequeño que vio en la playa, ahora convertido en un muchacho. Alguien que, al acercarse al fuego, resulta ser un contemplasombras cuyos ojos siguen siendo terriblemente tristes.

“Él, muchas primaveras atrás, predijo la apertura de la Grieta. Y él”, dicen las brujas al Gran Vínculo, “debe ser el portador de este nuevo dios”.

Ambas mujeres son cuestionadas durante toda la noche, envueltas en los gritos más desesperados y las lágrimas más copiosas. Pero al final, tanto el consejo de errantes como el

joven contemplasombras aceptan la proposición.

—No…

El suspiro del licántropo parece funcionar como un hechizo porque, una vez más, es arrastrado a una pesadilla.

Sin poder evitarlo, se convierte en testigo de la creación del nuevo dios; el sacrificio de decenas de brujos cuyos cuerpos son arrojados uno a uno hacia la Grieta, desde el borde de un acantilado a orillas del lago.

Después, contempla al joven arrojarse por voluntad propia al plano medio como una Andrómeda encadenada, convirtiéndose también así en el primer ser vivo en cruzarlo.

Lo ve caer en la larga oscuridad y hundirse sobre los cadáveres. Lo ve levantarse, escuchar el clamor de los espíritus hambrientos a su alrededor, para luego erigir él mismo el altar de huesos, carne y corazones.

Y cuando pronuncia las palabras “soy tuyo”, el dios nuevo *despierta*.

Tared Miller grita con profundo terror cuando una garra huesuda brota como un arpón de aquella masa de cadáveres. Se clava en el pecho del chico y, sin compasión, arranca a su ancestro del pecho de un solo golpe, para triturarlo delante de él.

Después, la transformación es tan cruel que el portador del trueno haría lo que fuese por no verla. Pero es incapaz de cerrar los ojos, así que no le queda más que ver cómo el nuevo dios destroza el cuerpo de aquel joven para convertirlo en una criatura hecha de cientos de huesos, órganos y corazones oscuros.

Lo ve emerger de la Grieta, delante de todos los humanos y errantes reunidos en torno al lago. Lo ve desgarrarla con su furia, sus manos y sus colmillos, cerrando así la gran puerta del mundo de los espíritus.

Y luego lo ve… *enloquecer*.

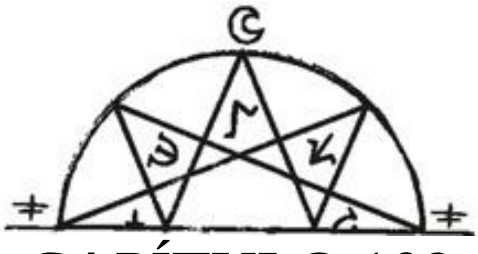
---

[*] Guerreros vikingos que combatían semidesnudos, cubiertos de pieles y que, según ciertas sagas nórdicas, se transformaban en animales.

[**] Mujeres guerreras en la mitología nórdica.

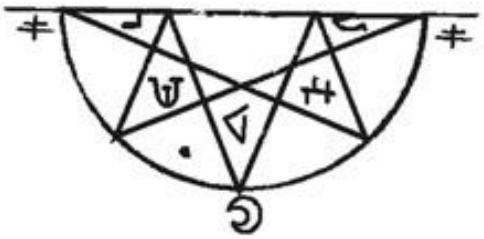
[†] Extremo sudoriental de la Patagonia Argentina.

[††] Groenlandia.



CAPÍTULO 109

EL MONSTRUO DE HUESO



Al poner las garras sobre la tierra, lo primero que hace el dios nuevo es exigir más sangre. Más poder.

Porque el dios nuevo ha sido creado a base de tanto dolor que no existe espíritu ni magia que sea capaz de satisfacer su apetito.

Y con el mismo horror que siente la nación de errantes a sus espaldas, el hombre lobo comprende que ese ser que habían traído a la vida con semejantes sacrificios no era un dios.

Era un monstruo.

Un ser que esas dos brujas de ojos rojos habían visto en un vaticinio, el cual las había llevado a subir a ese barco y cruzar el mundo en su búsqueda. Una *bestia* que, sin saberlo, aquellos cientos de Atrapasueños les habían ayudado a crear.

Pero pronto el licántropo descubre un grave error en la ambición de las hermanas, porque aun cuando ambas querían que ese espíritu terrible naciera, lo querían por razones muy diferentes.

La bruja mayor deseaba el poder de la criatura: dominarla bajo su yugo y así tener ella misma el control de todas las magias del mundo. Pero la menor, en cambio, veía a ese monstruo con la más absoluta de las adoraciones, como a una auténtica deidad. Y no iba a permitir que su hermana cometiese el sacrilegio de reducir su dios a un simple esclavo.

Cegada por un amor irracional y maldito, la idólatra ofrece a su dios monstruoso el último

sacrificio que le falta para estar completo. Una cosa que, ella promete, tomará gustosa de su propia hermana mayor para ofrecérsela en un último ritual.

Y él… acepta.

En una secuencia de años que el lobo sólo logra percibir como una fracción de segundo, el dios famélico asola el continente en busca de la hechicera de serpientes blancas, devorando a su paso espíritus, brujos y ancestros por igual. Y su asedio es tan inmensurable que lo único que logra detenerlo, por un instante, es su llegada a la costa este del continente, la cual el portador del trueno reconoce como la playa donde, mil años después, se erigiría el faro de la isla de invierno.

El dios monstruo mira hacia el horizonte y se relame pensando en las apetitosas magias que le esperan al otro lado del mar. Y lo que queda del Gran Vínculo, sin saber que la bruja mayor también había confabulado para traer a tan terrible criatura a la vida, se reúne de nuevo, esta vez a su alrededor.

Ahora, ellos son tan escasos y hay tal luto en sus rostros que Tared Miller también puede sentir su agonía.

El contemplasombras que alguna vez desconfió de las hermanas ya no existe. Y, por lo tanto, no hay nadie quien cuestione el plan de la bruja mayor para destruir tanto a la criatura como a su sacerdotisa.

Así que ésta escoge un guerrero. Uno muy especial, aunque éste no tenga magia ni poder sobre los espíritus, y le otorga aquel don que con tanta desesperación buscaba arrebatarle el dios famélico.

De pronto, las llamas de la fogata estallan y ciegan al licántropo por un instante. Los gritos del fulgor de una gigantesca batalla lo aturden y le incitan a cubrirse, pero su cuerpo se mantiene inmóvil, de pie.

Y al despejarse las cenizas, contempla a sus pies al dios monstruo, quebrado e inmóvil, abierto en canal.

No sabe cómo han logrado vencerlo, pero lo que sí nota al instante es que su garra izquierda ha sido cercenada, mientras que debajo de los cientos de corazones que han dejado de latir se encuentra… *él*, el joven contemplasombras, ovillado como un polluelo dentro de un nido.

El guerrero bendecido por la bruja se arrodilla y lo saca con cuidado de la carcasa, sus ojos inundados de pena ante la mirada moribunda del muchacho, consumido casi en su totalidad por el monstruo.

—No… no lo dejes morir, te lo suplico… —ruega Tared Miller al hombre, pero, como si él mismo hubiese puesto su propio oído contra los labios del joven, éste comienza a susurrar una última premonición:

—Durante siglos, el espíritu del *dios falso* vagará en las tierras del Nuevo Mundo, *esperándome*. Porque en las nieves más frías y remotas del Viejo Mundo, aquél que él nunca

pudo alcanzar, yo… *volveré* —dice—. No permitas que me… encuentre…

Y así, como si presenciase el marchitar de la más rara de todas las flores, el hermoso joven fallece en brazos del guerrero.

Un parpadeo más, y ahora el hombre lobo presencia cómo el cuerpo del contemplasombras es colocado de nuevo dentro de la carcasa del monstruo, para luego ser quemado junto con él hasta ser reducido a cenizas.

Tared Miller sabe que esto no es más que un recuerdo. Una historia ocurrida hace más de mil años, pero la desolación constriñe su corazón como si lo hubiese vivido en carne propia.

Y su rabia no es menos intensa, y más cuando pronto vuelve a encontrarse con las dos brujas.

La mayor mira a la traidora, arrodillada delante de ella sobre el suelo de un bosque, incapaz de hacer frente a la poderosa magia de su hermana. El Gran Vínculo espera que la ejecute, y más ahora que ha recuperado su don, aquél que otorgó momentáneamente al guerrero para que éste pudiese derrotar al dios falso… Pero sabe que la muerte es una sentencia demasiado piadosa para criaturas como ellas.

Así que, en una muestra de la crueldad más inmensurable, lleva a la hechicera hacia un gran árbol gris, sembrado cerca de la costa donde el dios monstruo descubrió que había más magias al otro lado del océano. Ella toca la gran abertura del tronco, y ésta revela un pasaje al plano medio oculto entre los pliegues, el cual marca con su propia mano, convertida ahora en una larga garra.

Pero antes de ser arrojada al interior de aquella celda, la menor de las brujas lanza a su hermana una última maldición:

—*Que el mar se torne tempestad cada vez que pongas un pie en la arena. Que el viento azote cada vez que mires al horizonte* —dice ella con una sonrisa—. *Porque mientras yo esté en esta celda, tú te pudrirás a mi lado sobre la tierra. Y nunca, nunca podrás abandonar el Nuevo Mundo para ir en busca de mi dios.*

Furiosa por el maleficio, y a sabiendas de que gracias al don del regreso que tanto ella como su hermana poseían ésta renacería una y otra vez dentro de esa celda, la mujer de cabellos blancos cierra las puertas de la prisión, destruyendo el árbol con un movimiento de su muñeca.

Los siglos pasan en un suspiro, y como si esa bruja enterrada hubiese sido una fertilizada semilla, un bosque espinoso comienza a crecer a su alrededor. El plano medio se entremezcla con el humano y pronto todo termina devorado por un denso mar de niebla y endrinos.

Y allí, frente a esa inmensidad gris que Tared Miller reconoce como los dominios de Aradia, siente un tirón en la mano. Alza su garra y comprende que el péndulo se ha movido una vez más.

La cortina se despeja, y revela un bosque cubierto de nieve. El hombre lobo sigue la dirección del apuntador con la mirada y encuentra unas huellas en el suelo.

El repentino aullido del lobo en su interior lo obliga a echar a correr, a dejarse guiar por aquel péndulo con la desesperación de miles de generaciones sobre sus espaldas.

Las huellas, cada vez más caóticas, despiertan en él un miedo indescriptible cuando comienza a encontrar prendas de ropa tiradas a su paso: una chamarra gruesa. Zapatos pequeños. Ropa interior.

Y entonces, se detiene cuando por fin encuentra algo entre los árboles.

Parpadea una, dos y tres veces, falto de entendimiento. Porque lo que está delante de él, recostado boca abajo es… un niño.

Un niño inconsciente y con la piel desnuda, casi azul debido a la helada.

—¡Acércate más a *mi hijo* y te mato!

El devorapieles se sobresalta, porque aquel grito no ha salido de su propia garganta.

Hay un sujeto a su lado, alguien que sostiene un rifle de caza con manos temblorosas, un hombre al que le cuesta sólo un segundo identificar como aquél que tantas veces vio en la fotografía de su amante.

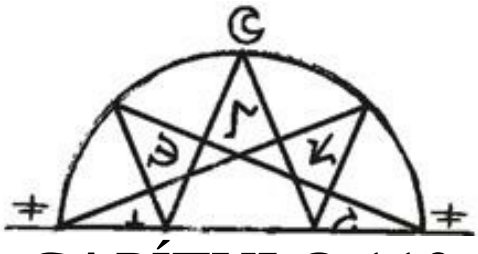
El corazón de Tared Miller baja a su estómago y golpea con furia las paredes de sus entrañas, pero entonces se paraliza cuando comprende que eso no es lo único que ha logrado reconocer.

Reconoce el sonido denso del agua y el crepitar del hielo a lo lejos. Reconoce el precipicio y el pico de la montaña que sobresale por encima del lago que se abre delante de él como un espejo.

Es su mirador. Su bosque. Su *Gran Lago.*

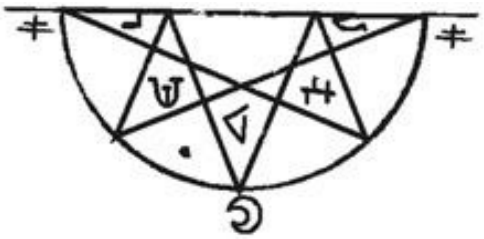
Contempla al infante tendido en la nieve y su latido se acelera nuevamente, porque no es la Bestia Revestida de Luna.

Ese niño tirado en la nieve es *él* mismo.



CAPÍTULO 110

EL LOBO CON LA PIEL DE TRUENO



—¡Te lo advierto, maldita loca!

El grito de Isaac Miller lo hace por fin mirar a donde apunta el péndulo: hacía mí.

Parada delante de su yo del pasado, el licántropo me reconoce como la mayor de las brujas hermanas, aquélla cuyo cabello blanco cae como un largo manojo de serpientes sobre mi espalda. Pero lo que le impide abalanzarse sobre mí para detener esta desquiciada visión es *la piel* que recubre mi cuerpo, desde el cuello hasta los pies.

Un manto brillante como una moneda recién forjada. Plateado como el más luminoso de los truenos.

El errante se sobresalta al escuchar un disparo, pero su padre ya no está allí.

Y ahora, el rifle humea entre sus propias manos.

—¿Sabes? Tu padre tenía exactamente esa misma expresión cuando vio esto hace más de veinte años, en este bosque —digo a la vez que alzo mis ojos rojos hacia él—. Primero, me disparó sin saber que el plomo de los humanos dejó de tener significado para mí hace mucho tiempo. Incluso, volvió a hacerlo cuando le dije que aquello no había sido una ilusión mía, sino un auténtico recuerdo. Pero no fue hasta que finalmente hice *esto* que él comenzó a… *creer.*

Y entonces, Tared Miller descubre que no sólo soy una bruja, sino también, *una loba*. No una errante, sino una trotapieles, puesto que el cuero comienza a desprenderse de mi cuerpo como si

tuviese vida propia.

Y esa piel, ese gran don que alguna vez otorgué al guerrero del pasado y que el dios falso nunca pudo obtener de mí, se deposita por sí misma sobre su yo infantil. Con su nuevo portador.

Tal como hizo hace más de mil años.

Cuando el manto plateado se funde con el pequeño, el devorapieles por fin *recuerda*. Recuerda el calor de aquella piel de lobo que le hizo recuperar el color de sus labios, el salvajismo que se asentó dentro de su corazón como si una parte muy suya por fin hubiese vuelto a su lugar.

Y después escucha, con escalofriante claridad, el aullido del espíritu que retumba como un trueno dentro de su cuerpo infantil.

—¡BASTA, *ERICHTO*!

Ante su grito, dirijo la mirada hacia él.

—Ah, ¡mi nombre! —exclamo, complacida al escucharlo de sus labios—. ¡Cuánto ha olvidado el mundo mi nombre! ¡Hace cuántos imperios que nadie temblaba ante las sílabas que componen semejante palabra de poder! El gran Ovidio fue el primero en clamar mi existencia en la antigua Roma, luego, Lucano reveló que el alcance de mi brujería era tan grande que los mismísimos dioses del Olimpo me temían. Después, Dante inmortalizó la trascendencia de mi magia en el noveno círculo del infierno.

”Pero, luego… el mundo se atrevió a olvidarme, ¡a olvidarme, aun cuando yo, envestida en esa misma piel que ahora portas, amamanté a Rómulo y Remo a orillas del río Tíber! ¡Aun cuando yo fui la pitonisa más poderosa del Viejo Mundo! Mi existencia fue tan relegada que pasé siglos sin escuchar que un solo brujo me evocase…

Alzo los brazos y le muestro a mi creación mi cuerpo sangrante y despellejado.

—Y ahora —continúo—, después de mil años tú, *hijo mío*, vuelves a pronunciar mi nombre.

—No —su voz rota suena como una dulce melodía que mis oídos de madre se mueren por consolar—. No es…

—¿Posible? —digo con una sonrisa—. Dime, ¿alguna vez te preguntaste por qué eras capaz de hacer cosas que, para un devorapieles parecerían… *antinaturales*? ¿Alguna vez te preguntaste por qué aquella noche tu ancestro *te abandonó*?

El recuerdo surca su memoria. Una noche de truenos en el pantano, en las tierras del Loa de la Muerte.

Él suelta el rifle y retrocede, aterrorizado al revivir en carne propia el dolor de sentir cómo el lobo que siempre creyó suyo se arrancaba de sus huesos.

—Creíste que la Bestia Revestida de Luna lo hacía posible con su magia, ¿cierto? Siempre creíste que su inmenso *amor* por ti lo podía lograr todo, ¿verdad? —pregunto con un potente veneno disfrazado bajo la dulzura de mi voz—. No. Siempre fui *yo*. Mi piel. Mi espíritu. Los

trazos de mi magia… Y por eso, ha llegado el momento de que por fin sepas la verdad.

Mi cuerpo despellejado crea un sendero escarlata cuando comienzo a acercarme.

Y él, petrificado como un guerrero ante Medusa, no se mueve un solo centímetro de su lugar.

—Hace más de mil años, recibimos de aquel contemplasombras moribundo la primera parte de una premonición. Un vaticinio terrible en el que se nos advertía que el dios falso renacería en el Viejo Mundo —comienzo—. Pero apenas dos décadas atrás, recibí la segunda parte de esa profecía: que *tú*, en este nuevo continente, *habías regresado*. Porque al haberte colocado mi piel hace mil años, al haberte tocado con la magia de la Mano Izquierda, también te había transmitido el don del *regreso* —alzo las manos hacia su rostro—. No eras mi carne, y tampoco eras un brujo como tal, así que habías renacido de una simple humana. Pero aun así, eras *mío*. *Mi hijo. Mi creación.* El único vínculo que había establecido con un ser vivo sobre la tierra, así que sólo tenía qué encontrarte una vez más…

El licántropo destroza su parálisis al alejarse bruscamente de mi tacto. Bajo mis puños a los costados, desagradada por su rechazo.

—Guiada por mis visiones, logré descubrirte a la orilla de uno de los lagos donde alguna vez se abrió la Gran Grieta Resplandeciente —continúo—, pero ahora convertido en la criatura más peculiar de tu especie: un errante sin ancestro. Un devorapieles, sí, pero cuyo cuerpo no era más que una vasija, un recipiente a la espera de ser llenado por aquel espíritu que tú bautizarías más tarde como…

—Lobo Piel de Trueno.

Él mira a su yo infantil, aún desnudo sobre la nieve, y después hacia el rifle tirado a sus pies, quizá pensando en la absurda posibilidad de dispararme, tal como hizo Isaac Miller.

—Le expliqué a tu padre que, muy pronto, yo despertaría tres magias. Tres pactos para prepararnos para la llegada del dios falso —continúo—. Pero que si quería evitar que su hijo se enfrentase a su destino como guerrero, lo único que tenía qué hacer era…

—Encontrar a Elisse.

Las garras del lobo se entierran contra las palmas de sus propias manos.

—Negándose a reconocer la verdad de todo lo que en persona había atestiguado, tu padre te apartó de mí y te llevó de vuelta a tu hogar, a esa familia *falsa*, a sabiendas de que lo que cargaba entre sus brazos ya no era su hijo.

Más recuerdos se aglomeran en el licántropo. Imágenes de ese enojo y esa rabia infantil que pronto mutó en violencia pura. Y también, recuerda mis ojos rojos rondando su casa y el bosque, atormentando a su padre como dos bolas de fuego en la noche.

Y poco tiempo después, lo ve partir. Abandonar a su hermano y a su madre para dejarlos solos con la criatura en la que él, sin saberlo, se había convertido.

Algo dentro del guerrero se rompe con la fuerza de mil terremotos.

Esa identidad que tantos años había forjado, ese carácter, esa integridad y todo, absolutamente todo lo que le daba certeza de quién era él se resquebraja en pedazos.

Él mira la punta de mis pies desgarrados. No necesita preguntarme nada. Es mi hijo. Sé perfectamente lo que está pensando.

—¿Quieres saber cómo es que tu padre logró encontrar al portador del dios falso? Pues de la misma forma que tú has dado conmigo —digo, para luego apuntar hacia el péndulo—. Porque yo le revelé *su nombre verdadero.*

—¡SU NOMBRE ES ELISSE!

Retrocedo ante la furia de mi criatura, cuyos colmillos han vuelto a asomarse en su boca humana.

—Tanto tiempo buscando mi nombre verdadero y tú nunca te preguntaste cuál era el suyo —susurro con decepción—. *Elisse* es sólo el nombre que tu padre alguna vez le dio como un acto de absurda ternura. Pero tú y yo sabemos, hijo mío, que su nombre verdadero es *Luna de Hueso.*

Luna de Hueso.

Luna de Hueso.

El nombre repiquetea en la memoria ancestral del lobo.

—No soy tu hijo —dice con los colmillos tensos—. No soy nada tuyo, maldita bruja…

Su renuencia hace florecer una sonrisa en mis labios.

—Isaac Miller era un hombre de corazón débil. Alguien que no merecía haber engendrado a un ser como tú. Y es por eso que, cuando finalmente encontró a Luna de Hueso entre la nieve del Viejo Continente, renacido como un bebé diminuto e indefenso, lo llevó a un monasterio en el corazón del Himalaya para que yo nunca pudiese encontrarlo. Y esa debilidad, esa blandura, fue lo que al final terminó con él…

Tared Miller levanta despacio la mirada. Y aunque sé muy bien que su primer instinto sería acusarme de la muerte de su padre, pregunta algo mucho más inteligente:

—¿Dónde está *Canidia*?

Como si pronunciar el nombre de mi hermana menor hubiese roto un hechizo, los recuerdos por fin se desvanecen. El bosque nevado desaparece y deja ver el sitio donde verdaderamente estamos: la celda ovalada bajo el cruce de caminos, rodeados de las columnas vertebrales de aquella bruja que estuvo encerrada aquí durante más de mil años.

Mi hijo también puede verme a plenitud, despojada de mi magia, atada a las raíces de la terrible prisión que alguna vez creé para Canidia.

—Cuando Aradia decidió instalar su aquelarre en el bosque de endrinos, no sentí ningún temor —digo—. Yo había destruido el árbol con el portal, y la celda de mi hermana fue conjurada para ser imperceptible, así que no había manera en la que supiese que ella estaba aquí, bajo el cruce de caminos —apunto hacia la ventana de la celda, marcada con mis cinco largas

garras—. Pero con lo que no contaba es que la casa en la niebla, construida por los demonios goéticos traídos del Viejo Mundo, crearía *una puerta* —digo, y señalo el sitio por donde mi hijo ha entrado, el cual ha vuelto a aparecer a sus espaldas.

Y sé muy bien que, dentro de su cabeza, resuenan con claridad aquellas palabras que alguna vez el perpetuasangre Sammuel le dijo:

"Los portales, tal como los conocemos, existen desde hace siglos. A veces se mueven un poco de lugar, tal vez porque al inicio eran grietas en el suelo y luego adoptaron la forma de ventanas o puertas cuando se construyó sobre ellos, pero siempre han permanecido en el mismo lugar."

La verdad lo aplasta con tanta fuerza que lo obliga a encorvarse. Su mirada se abre, sus manos tiemblan enroscadas en puños…

—La noche en la que tu padre debía encontrarme en el cruce de caminos para entregarme a Luna de Hueso, ofrecí la vida de Aradia a cambio de la lealtad de los ángeles —continúo, insensible ante su reacción de horror—. Pero cuando él llegó con los brazos vacíos, supe que había sido traicionada una vez más…

—No —susurra, como si deseara que sus palabras fuesen un hechizo que pudiera cambiar la verdad.

—Liberada por el demonio Asmoday, Canidia no sólo me encerró en esta prisión, sino que también *asesinó a tu padre* y le arrancó la mano izquierda a la hija de Diana. La disfrazó bajo su pecho con el sigilo de Dee para apropiarse de su magia y su esencia, y luego engañó al Culto a la Grieta Resplandeciente durante casi veinte años haciéndose pasar por la antigua Aradia, ¡aguardando en ese sótano hasta que este día finalmente llegara!

—¡No! —grita, tan desesperado que la tierra cae del techo como la lluvia.

—Incluso tuvo la osadía de manipular al consorte de la Maligna para enviar aquella postal. Para asegurarse de que el portador de Luna de Hueso volviese al Nuevo Mundo por su cuenta —recuerdo con amargura—. Y yo no habría tenido fuerzas para sobrevivir a esta prisión, a esta locura, de no ser porque, el día en el que fui encerrada en este sitio, recibí la tercera y última parte de la premonición.

Apunto de nuevo hacia la puerta.

—Cuando la tercera magia cayese, *tú abrirías esa puerta*. Tú entrarías a esta celda, y *resucitarías* con una nueva consciencia cuando por fin te enteraras de la verdad.

—¡Es mentira, todo lo que estás diciendo es mentira!

—¡El Señor del Sabbath ha fallado! —grito, más fuerte que él—, y ahora, la Bestia Revestida de Luna se ha vuelto a unir con su portador. Y aunque éste se ha resistido por un largo tiempo a su dominio, ¡acaba de entregarle su alma a mi hermana!

Tared Miller se abalanza sobre mí, pero con sólo tocarme, el lobo en su interior aúlla tan alto que tiene que llevarse las garras a los oídos.

—¡¿Es que no lo comprendes?! —exclamo, incrédula ante su terquedad—, ¡¿es que acaso el guerrero que fuiste hace mil años ha sido derrotado por la más insulsa de las lujurias?! Si no me liberas, si no me permites recuperar mi magia para detener *juntos* a Luna de Hueso, ¡él devorará a cada brujo, a cada ancestro y a cada dios de esta…!

Pero el lobo no me escucha.

Nunca me vuelve a escuchar. Porque en un segundo, rodea con sus garras mi garganta.

Enloquecido por la cólera, arranca mi cuerpo de las raíces y me aplasta contra la pared. Pongo mis manos alrededor de sus muñecas para hacerle ver de nuevo el horror que Luna de Hueso despertó en el pasado, y también intento mostrarle lo que ocurrirá si acaso el mundo presencia el renacimiento del dios falso, una vez más.

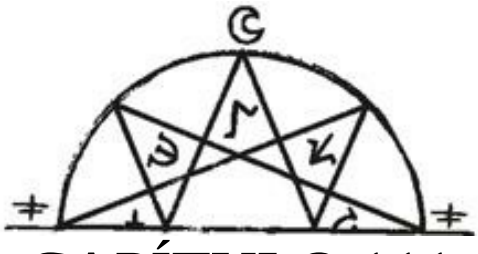
Pero me basta contemplar esos ojos azules, ahora llenos de lágrimas, para comprender que a este lobo hombre, a Tared Miller, *no le importa ese mundo.*

No le importa su pasado. Ni la magia. Ni el plano de los hombres o los espíritus.

Porque, al igual que mi hermana, él también idolatra con todo su ser a ese dios.

La primera de las vértebras de mi cuello se quiebra, y el aire abandona mis pulmones. La vida se escapa a través de cada raíz, cada roca, cada columna volcada a todo lo largo de la celda.

Bajo las manos de mi creación, nuestro vínculo se corta como el hilo de la más cruel de las Moiras. Y con el último de mis suspiros, del aliento de la milenaria bruja Erichto… comienza el fin de todas las magias.



CAPÍTULO 111

EL TRIUNFO DE LA LUNA

De inmediato, sé que he cometido un error.

Porque en cuanto trazo la última letra de mi nombre a través de la mano de Hela, mi alma revienta el espejo de obsidiana al ser arrastrada por Aradia. Pero al depositarla de nuevo dentro de mi cuerpo, la sensación de miles de cadenas se cierne sobre mi consciencia.

—¿Ma… dre? —musita Hela al desplomarme a un lado de la silla, pálido e inmóvil.

—¡Elisse! —Hoffman se lanza hacia mí y agita mis hombros para intentar hacerme reaccionar—. Miller lo ha logrado, ¡los cabrones se están haciendo polvo!

Sí. Escucho a los ángeles *morir,* sus trompetas desvanecerse como un eco perdido en algún sitio remoto de la tierra.

Pero ellos no son lo único que se silencia.

Las detonaciones. Los gritos, los gemidos de los demonios y los rugidos. Todo cesa en un frío desconocido y terrible que comienza a colarse bajo mi piel.

Después, lo único que retumba es la voz de Aradia:

—*Erichto por fin ha sido asesinada* —anuncia—. *¡Mi exilio ha terminado!*

Y entonces, siento cómo la bruja sale del sótano para abrirse paso por la casa. Y en vez de subir por las escaleras hasta el segundo piso, atraviesa el suelo como un proyectil para llegar directamente hasta acá.

Intento ordenar mis pensamientos, descifrar qué es este miedo inexplicable que infecta todo mi cuerpo cual Martillo, pero es como si mis emociones también hubiesen sido inmovilizadas. Como si el Merkavah hubiese crecido dentro de mi pecho.

Como si, en vez de haberme devuelto a mi cuerpo, la Madre de las brujas me hubiese metido en una prisión.

Abalanzándose como una cobra furiosa, ella destroza de una embestida lo que queda del hueco de la trampilla para luego dirigirse despacio hacia acá. Muy despacio. Tanto, que la piel de su cuerpo comienza a *desprenderse.*

Mi hermana corre a arrodillarse a mi lado, presa de mi propio temor cuando la mujer bajo la carcasa se revela y repta desnuda hacia nosotros, hasta ponerse de pie. Tiene el cabello largo y negro, la piel cetrina como la ceniza de una hoguera y unos ojos terribles.

Rojos. Verdaderamente *malignos.*

—¿Quién…? ¡¿Quién demonios eres tú?!

Johanna gira la cabeza ante el grito de la necromante.

—¿Qué has dicho? —pregunta la errante.

Hela retrocede, y un temblor se apodera de todo su cuerpo.

—*No es mi Madre* —gime—. ¡Esa mujer no es Aradia!

Con una sacudida de sus brazos, la bruja lanza a Johanna y a Hoffman por los aires, estrellándolos contra las paredes. Los demonios de Inanna brotan de los muros y del suelo para inmovilizarlos tanto a ellos como a los niños, quienes gritan aterrorizados en un rincón.

—¡Aléjate de Elisse, hija de puta! —ruge Hoffman a todo pulmón cuando la mujer da un paso hacia mí.

Pero Hela se interpone entre nosotros, con su athame empuñado como una espada.

—¿Quién eres? —grita—. ¡Dime quién eres y qué has hecho con…! —pierde el aliento en un segundo. Y luego, baja lentamente la mirada hacia su propio vientre.

Y allí, encuentra el destello de una punta de metal que brilla de un rojo carmesí.

—¿I-Ilya? —murmura al mirar sobre su hombro. Hacia el hombre que acaba de cruzar su vientre de lado a lado con el largo athame de Inanna.

—Perdóneme, mi Señora… —dice él con los ojos inundados de lágrimas.

El grito que desesperadamente quiero soltar de mi garganta muere dentro de mí cuando él retuerce el arma y la extrae de un solo y brutal movimiento.

—¡NOOOOO!

El horror de Johanna no evita que Hela se desplome ni que su sangre salpique los pies de la bruja monstruosa. Ilya suelta el athame y gira hacia mí.

—¡No, no, no, suéltalo, cabrón! —exclama Hoffman, más desesperado que nunca.

Sin poder hacer nada para evitarlo, el errante demonio me levanta en brazos, despojándome de la piel de Raxnal, y me lleva delante del ventanal como una ofrenda para la luna llena que con su resplandor ilumina la noche.

Inanna, Caligo y Hela yacen delante de mí, dispuestas las tres dentro del símbolo de la Goetia

en el suelo, su sangre y sus vidas vertidas sobre el grabado como un último ritual.

Cuando la bruja impostora se acerca, la luz azul revela la mano momificada que yace cosida en su pecho, justo donde se supone que estaba el sigilo de Dee. Y al ver que en su dedo anular está el anillo salomónico, por fin comprendo que lo que Inanna vio dentro de ese sarcófago en el Paraíso, aquello tan terrible que la hizo gritar…, fue el cuerpo de la verdadera Aradia.

—Hace diecinueve años, mi hermana tuvo una visión sobre esta noche —dice la falsa bruja, inclinándose a mí para acariciarme la mejilla—. Lo que nunca supo, es que yo también tuve la mía.

Ella extiende su otra mano y me muestra la ajada fotografía de mi padre.

—Ya no hay razón para ocultarnos del mundo, mi hermoso *dios astado* —me dice con una ternura terrible—. Ya no hay razón para mantener este lugar en la niebla.

De pronto, un crujido demoledor sacude el suelo, y los muros y el techo se agrietan como si la casa entera hubiese dado un salto.

Un poste de luz atraviesa el piso como una lanza y el cableado eléctrico revienta contra las vigas, mientras que la pared del ventanal, ya debilitada, se parte en pedazos y se derrumba como la cortina de un telón.

El aire se llena de gritos, de voces confundidas que no pertenecen a ninguno de los presentes, mientras que, a lo lejos, el bosque de endrinos se mezcla con los techos antiguos del pueblo de Salem.

La bruja impostora ha colapsado el plano medio que ocultaba el bosque y la casa en la niebla.

Y, como una maldita bomba, *lo ha dejado aparecer en el plano humano.*

Quiero gritar con todas mis fuerzas. Quiero alzar mi mano de hueso y rasgar el cuello de la desgraciada que, en un parpadeo, lo ha cambiado todo para siempre.

Pero no puedo hacer más que verla inclinarse hacia mí.

En cuanto su mano cetrina toca mi pecho, soy consumido por visiones de una guerra antigua. De dos mundos y dos hermanas monstruosas. De un dios terrible y un hombre con un bebé que no era el suyo.

Y, finalmente, de un lobo y un brujo que jamás debieron amarse. Ni en esta vida ni en ninguna.

De pronto, empiezo a sentir el latido de todos y cada uno de los corazones que yacen dentro de mi cuerpo. Y las voces, esas múltiples voces llenas de dolor y rabia que tanto me atormentaron por fin cobran significado.

Y, con el dolor más grande que he sentido jamás, comienzo a olvidarlo *todo.*

Olvido a mi maestro. Tíbet. India. Nueva Orleans.

Olvido el rostro de Louisa. El amor de mamá Tallulah.

Olvido a mis hermanos. A Hoffman.

Olvido a Tared.

Pero, por sobre todas las cosas, me olvido de mí mismo.

Nunca hubo un *yo*. Nunca fui el hijo de nadie. Nunca fui más que la promesa de una maldad atroz. Porque el Elisse que siempre creí que fui resultó ser sólo la mitad de algo que ahora está…

Completo.

Canidia pasa su pulgar por mi mejilla, sorprendida al ver que, a pesar de su dominio, soy capaz de derramar una última lágrima.

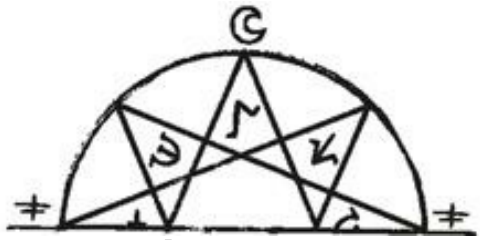
—Ya estás listo —finaliza—. Es hora de despertar al mundo de su sueño.

Porque tú y yo somos…...

Siempre fuimos.

Y siempre seremos.

Así, con mi voluntad atrapada bajo el yugo de la bruja, Luna de Hueso, *el monstruo dentro de mí*, es por fin liberado.



CAPÍTULO 112

EL DIOS DE LOS BRUJOS

TARED MILLER

En cuanto el suelo de la celda se parte para revelar un vacío inmenso debajo, mi primer instinto es arrojar el cadáver de Erichto al fondo de la oscuridad con un puntapié.

Pero no me quedo a ver cómo el abismo se la traga. No me quedo a drenar la frustración que se cierne sobre mí. Tan sólo doy la media vuelta y maldigo una y mil veces al espíritu que, ahora sé, parasita dentro de mí.

Lobo Piel de Trueno. Mi ancestro. Mi contraparte, aquel ser que honré con cada parte de mí no es más que un maldito monstruo.

Mi padre nunca me abandonó y mi hermano me odió toda la vida por algo que ni siquiera había sido mi culpa. Pero lo peor es que *no me importa nada de eso.*

No me importa el pasado, ni mi identidad, y ni siquiera Lobo Piel de Trueno. No me importa mi legado ni mi propósito.

Sólo me importa salvar a Elisse.

Así que, antes de que el agujero de la celda me lleve a mí también, introduzco la llave en la cerradura. Abro la puerta con un movimiento y me encuentro de vuelta en el pasillo.

Las paredes están arqueadas, los cuerpos de los tramperos aplastados como si algo muy grande se hubiese abierto paso sobre ellos.

Me echo a correr hacia la escalera, pero un tumulto de gritos me hace detenerme frente a la puerta derribada de la entrada.

Luces policiales destellan, construcciones de ladrillo rojo se asoman entre los árboles, patrullas van de un lado a otro detrás de la primera línea de endrinos.

Y la calle. Veo una maldita calle con transeúntes detrás.

—¿Pero qué dem…?

—¡Tared!

El grito de Julien me devuelve por completo a este mundo.

A toda prisa llego al segundo piso y encuentro a mi gente y la de Lía en el pasillo, aún *vivos,* reunidos en torno al cabrón de Benjamin Lander, a quien por fin han sometido.

Todas sus extremidades han sido cercenadas y arrojadas a los pies de Irina, quien sostiene un hacha entre las manos, lista para asestar el golpe final.

—Hemos vencido —suspira Lía, agotada—, todo ter…

Lander lanza una carcajada. Su parte angelical se pudre y se deshace en cenizas vidriosas, pero él, su mitad humana, sonríe como un desquiciado.

—¿Vencido? —se mofa—. Tú sabes quién está allá arriba, ¿verdad, cachorrito? —me dice.

Hacia el fondo del pasillo encuentro el inmenso agujero que lo atraviesa de arriba abajo. Justo donde estaba la trampilla del ático.

La sangre me golpea las sienes sin tregua.

—Habrán acabado con mi estirpe, ¡pero nosotros ya le hemos contado al mundo la verdad! —exclama el maldito—, ¡la humanidad entera se encargará de aniquilarlos *a todos*!

Irina levanta el hacha que empuña entre sus manos, pero no me quedo a ver cómo lo ejecuta.

Cruzo el pasillo, enloquecido, completamente fuera de mis cabales. Subo de un salto al tercer piso, y siento como si me arrancasen los huesos del cuerpo al encontrar el rastro de piel de serpiente que se alarga hasta la puerta del ático puesta nuevamente en el marco, aquélla que yo mismo había arrancado para usarla de barrera y proteger a Elisse y a Inanna.

La reviento de una embestida, dispuesto a entrar allí y luchar con lo que sea, con lo que haga falta. Pero al comprobar lo que ocurre dentro de aquella recámara, lo único que logro hacer es perder el aliento.

—¿Elisse?

Pero él no se inmuta ante la angustia de mi llamado.

Está parado al fondo del cuarto, dándome la espalda para mirar hacia el amanecer dorado que se levanta sobre el horizonte.

Escucho un gemido, y encuentro a Johanna agazapada en una esquina del ático, con los niños de Irina apretujados entre sus brazos. Hoffman está delante de ellos. Inmóvil. Apuntando su arma directamente hacia mi Elisse.

El exagente susurra algo en voz tan baja que apenas puedo escucharlo:

—Se las ha devorado —dice, mientras derrama gruesas y abundantes lágrimas—. *A todas.*…

El sudor me cubre la piel cuando miro hacia el suelo, al símbolo grabado en la madera, y encuentro *marcas*. Charcos, ríos, rastros de cuerpos que fueron arrastrados.

Y, más allá, en otra esquina de la habitación, la piel de Ilya permanece *vacía* como una carcasa.

—No… —musito—. ¡No! ¡NO, DIOS MÍO, NO!

Ante mi grito, *él* por fin levanta la cabeza. Y luego comienza a girar lentamente hacia nosotros.

Mis piernas flaquean. La sangre abandona mi cuerpo. Porque esa *cosa* que está allá, parada delante de la luna llena, *ya no es Elisse.*

Su piel y su cabello ahora son blancos, mientras que sus hermosos ojos verdes han desaparecido para dar paso a unos de un rojo similar al de la sangre que le chorrea desde las comisuras de sus labios y hasta su pecho.

Y entre sus manos, largas y huesudas, yace la cabeza de Canidia, sus ojos arrancados de sus cuencas y el resto de su cuerpo despedazado a sus pies.

Me dejo caer de rodillas, como si una vez más estuviese frente a la pila de cadáveres donde alguna vez se engendró el monstruo de hueso.

—Elisse… —gimoteo como un animal herido—, no, ¡Elisse!

Al escucharme, la criatura me muestra los largos colmillos ocultos tras su sonrisa sangrienta.

—*¿Elisse?* —dice, y su risa burlona hace aullar al lobo… no, al *monstruo dentro de mí*—. ¿Acaso no sabías ya mi nombre verdadero?

Súbitamente, siento las manos temblorosas de Nashua y Julien sobre mí, pero el peso de mi horror es tan inmenso que no logran moverme un solo centímetro.

Él deja caer la cabeza de la bruja al vacío y comienza a acercarse hacia nosotros. Su túnica negra se arrastra, sus pies blancos se manchan con la sangre que pisa a su paso. Se detiene, justo en el centro del símbolo en el suelo, y deja caer un anillo de oro que, poco a poco va perdiendo su resplandor.

Comus Bayou y la Espiral del Norte se aglomeran tras de mí, exhalando alaridos matizados de horror y confusión.

Me lanzo hacia el monstruo, pero una pared invisible me impide dar un paso más.

Y aunque gruño, me revuelvo y rasguño con los últimos vestigios de fuerza que me resta, soy incapaz de franquear la barrera.

—¡Maldito, maldito hijo de puta! —grito a todo pulmón, nublado por la desesperación—. *Él* te vencerá de nuevo, ¡ELISSE ACABARÁ CONTIGO, CABRÓN! —exclamo, golpeando una y otra vez aquel muro con mis puños.

Mi familia se une a mi locura con garras, colmillos y balas. Pero nada es capaz de hacerle siquiera una pequeña fisura a la pared.

—Sí —dice aquella cosa, ensuciando la preciada lengua de mi Elisse con sus voces monstruosas—. Hace mil años fui derrotado por la voluntad de un mortal. Por un corazón que dejé latir por encima de todas las magias que alguna vez devoré…

Él lleva su garra izquierda hacia su pecho. Y como si fuese una pared de barro fresco lo desgarra de arriba abajo para revelar aquellos corazones podridos que palpitan sin cesar alrededor de la jodida espada filosofal.

Introduce la mano entre los músculos, y revuelve hasta sacar uno de ellos. Un corazón rojo y vibrante. Joven y vivo.

El mío se desborda de horror. Porque ése es *el corazón de Elisse.*

—Pero esta vez, no volveré a cometer el mismo error —dice, y lo mira palpitar entre sus dedos.

—¡NOOOOO!

Ante mi grito, la bestia cierra el puño y *lo destroza.*

Me quedo inmóvil un segundo que parece eterno, hasta que por fin grito, aúllo hasta desgarrarme por dentro, salpico todo con la sangre que comienza a manar de mis puños que, por fin, logran agrietar la barrera.

Él cierra los ojos, y sonríe cuando la sangre del corazón de Elisse se desliza por su mano hasta su codo. Levanta la cabeza, y su cornamenta plateada emerge de nuevo desde sus sienes.

El zumbido de un helicóptero me ensordece, luces brillantes me enceguecen, reflectores apuntan directamente hacia nosotros.

Así, en un instante, la humanidad entera observa cómo *él* se gira y sonríe al horizonte. Hacia donde reposa la costa de Salem.

—Una vez, la Gran Grieta se abrió sobre la tierra, naciendo como un portal tan débil que bastó un movimiento de mi garra para destrozarlo —dice—. Así que ahora abriré uno tan infinito, tan inalcanzable, que ninguna criatura podrá volver a escapar de ella.

Y entonces, *él* saca la espada filosofal de su cuerpo para apuntar hacia el cielo. Y de un solo movimiento, *lo rasga*.

Una nueva Grieta Resplandeciente se abre en lo alto, entre las estrellas de la mañana. Una grieta que crece y crece como si el firmamento entero se partiese por la mitad.

Después, su brillo se apaga, y la escasa luz del amanecer es tragada por la inmensa oscuridad del plano medio.

El monstruo dirige la mirada hacia mí.

—No te lamentes, guerrero —me dice—. Muy pronto volveremos a vernos, porque tú… tú aún tienes mi piel.

Él abre los brazos a los costados y comienza a elevarse hacia el cielo. Hacia la grieta que se expande sobre el techo de la tierra.

Y con esto, Elisse desaparece de mi vista, perdiéndose para siempre en la oscuridad.

FIN DEL LIBRO TERCERO

AGRADECIMIENTOS

Antes de empezar, una disculpa por la torpeza de estos agradecimientos. Para mí, llegar hasta aquí siempre es motivo de sentimientos contradictorios. Por una parte, significa que logré ponerle punto final a un libro, pero, por otra, mi cerebro está tan frito que ya sólo le quedan dos neuronas vivas para escribir estas páginas.

Pero si algo tengo bien claro es que, sin todas aquellas personas que me acompañaron incansablemente a lo largo de los tres años que significó escribir *Luna de Hueso*, jamás lo habría logrado. Jamás habría dejado de ser esa chica que nunca terminaba sus fanfics para convertirme en la escritora con rumbo a empezar su quinto libro.

Así que, primero y por siempre, quiero agradecer a mi familia, por su apoyo incondicional, por siempre tener tiempo para mí aunque ustedes mismos estuvieran cansados, por hacerme saber que, sin importar lo que pasara, siempre iban a estar orgullosos de mí.

Pero, especialmente, gracias a Danny por haber llegado a nuestras vidas a llenarlas de alegría.

A mis amigos, a Alesth, por siempre ser una parte esencial de esta Nación. A la talentosa Mara, por ser esa amiga que creí que nunca tendría. A Trece, Priscila, Any Cemar, Mike, Alex y Denisse, a mi sister Ingrid y a Claudia Belmontes, a quien siempre es una alegría volver a toparme. A Eng por sus maravillosas transmisiones matutinas, a Ángel y Drew, por ser los mejores lectores beta que podría pedir. A Dianita, Julia Rios, Lauren, Héctor y John Picaccio, a Helena Segovia, Mary, Norma, Iván y Mire Arias por hacerme un lugar en su familia, a Karen Padilla. A Joseph por las asombrosas fotografías.

A mis amigos y colegas escritores, a la tía Luna, a Clau, a Pedro, Toño Malpica, Félix, Jorge Galán y Bef por la hermosa compañía en cada feria.

A mi increíble editor, José Manuel, por tener la férrea voluntad de no bloquearme por estarle enviando mensajes un domingo a la una de la mañana mientras tenía una crisis de escritura. A Matthew y The Mages Lantern, por el impulso que le dieron a esta historia. A todo el equipo de Océano México, que me tuvieron una paciencia titánica con la entrega de este libro. A Guadalupe Ordaz, por su inmensa disposición para que *Luna de Hueso* quedase tal como yo quería, a mi querida Rosie, quien siempre me hace sentir segura a donde quiera que vaya, a Rogelio por su confianza, a Ismael y Lupita Reyes por su colaboración. También, un agradecimiento especial a todo el equipo de la agencia Antonia Kerrigan, por ver el potencial de mi trabajo.

También, muchísimas gracias a todos aquellos que hicieron posible que me reuniera con mis lectores en el sur del continente. Mil gracias, Romina, eres un ejército de una sola persona y lo estás haciendo increíble. Gracias, Oswaldo, por la amistad, el espíritu alto y el gran trabajo que haces, a mis dos queridas Ingrid, a los equipos imparables de Océano Argentina, Panamá, Colombia, Perú y Uruguay. Pero en especial, muchísimas gracias a Océano Ecuador, a Tamara y Denisse, a Steven, Mafer y la adorable Nikki, a todo el maravilloso equipo de La Madriguera, quienes pusieron el primer peldaño de lo que fue un asombroso tour por Latinoamérica. A todos los blogueros, booktubers, booktokers y bookstagramers que conocí durante esta increíble experiencia.

A mis lectores asiduos, a quienes se toman un tiempo para hacer memes, clubs de lectura y páginas de fans. Gracias a todos ustedes que conforman mi Nación, a quienes van llegando y a quienes tienen años aquí. Todavía nos queda un poco más de camino qué recorrer. Gracias, gracias por tanto.

Mariana Palova (1990, Jalisco, México) es una alquimista entusiasta a quien, de vez en cuando, le gusta hacer algo de magia. Ha dedicado su vida a una constante y desastrosa búsqueda de su personalidad, lo que la ha llevado a convertirse en escritora, artista y criatura del bosque. Con una especial debilidad por la naturaleza, los lobos, el ocultismo y la música folk, su trabajo visual ha sido galardonado a nivel nacional y exhibido en más de setenta exposiciones alrededor del mundo. Hoy en día, sueña con tener una pequeña cabaña en Alaska y vivir feliz por siempre rodeada de sus libros y obras.

Hasta el momento ha publicado las tres primeras partes de La Nación de las Bestias (*El Señor del Sabbath*, *Leyenda de Fuego y Plomo*, y *Luna de Hueso*) y una historia complementaria (*Un segundo amor*). Esta serie en curso es una revolucionaria tetralogía de fantasía oscura y extrema.

marianapalova.info
marianapalova
@marianapalova
MarianaPalovaArtwork

LA NACIÓN DE LAS BESTIAS 3
LUNA DE HUESO

© 2023, Mariana Palova

Diseño de portada e ilustraciones de interiores: © Mariana Palova
Fotografía de Mariana Palova: cortesía de la autora

D.R. © 2023, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: noviembre, 2023

eISBN: 9786075578293

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o trasmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

OCEANO GRANTRAVESÍA

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

www.facebook.com/oceanograntravesia

www.twitter.com/oceanoGTravesia

www.youtube.com/user/oceanotravesia

www.instagram.com/grantravesia

ÍNDICE

PORTADA
PÁGINA DE TÍTULO

NOTA DE LA AUTORA
DEDICATORIA
PROLOGO (EL LIBRO ROJO DE ~~LAURELE~~ ELISSE)

PRIMERA FASE
UN MONSTRUO MENGUANTE

Capítulo 1. Un pacto frágil
Capítulo 2. Temblor
Capítulo 3. Una grieta resplandeciente
Capítulo 4. Un milagro decepcionante
Capítulo 5. *Still a Witch?*
Capítulo 6. Opciones
Capítulo 7. Dependencia
Capítulo 8. Resiliencia
Capítulo 9. Abandono
Capítulo 10. Una cara familiar
Capítulo 11. Cacería
Capítulo 12. Inquisidor
Capítulo 13. Sueños de hambruna
Capítulo 14. Límite
Capítulo 15. Un rastro en la nieve
Capítulo 16. Refugio
Capítulo 17. Rechazo
Capítulo 18. Un reemplazo oportuno
Capítulo 19. Salvador
Capítulo 20. Nadaazan
Capítulo 21. Ceguera
Capítulo 22. Una última motivación
Capítulo 23. Asfixia
Capítulo 24. Un desconocido en el agua
Capítulo 25. Señales
Capítulo 26. Sacrificio
Capítulo 27. *Still a Witch!*
Capítulo 28. Una promesa interminable

SEGUNDA FASE

UN MONSTRUO NUEVO

Capítulo 29. Un pueblo en llamas
Capítulo 30. Pérdida
Capítulo 31. Círculo de protección
Capítulo 32. Recuento de los daños
Capítulo 33. Un monstruo viene a verte
Capítulo 34. Fantasmas
Capítulo 35. Empatía
Capítulo 36. Tensión
Capítulo 37. Un lugar a donde volver
Capítulo 38. Una magia distinta
Capítulo 39. Un sueño peligroso
Capítulo 40. Un amor no correspondido
Capítulo 41. Una lengua incomprensible
Capítulo 42. La luna famélica
Capítulo 43. Brujas
Capítulo 44. Responsabilidad
Capítulo 45. Sangre inesperada
Capítulo 46. Un monstruo que no es de hueso
Capítulo 47. Parientes muy lejanos
Capítulo 48. Lugares que no nos pertenecen
Capítulo 49. Un latido primigenio
Capítulo 50. Inframundo
Capítulo 51. Maligno
Capítulo 52. Un grito al amanecer
Capítulo 53. Una parte de la verdad

TERCERA FASE
UN MONSTRUO CRECIENTE

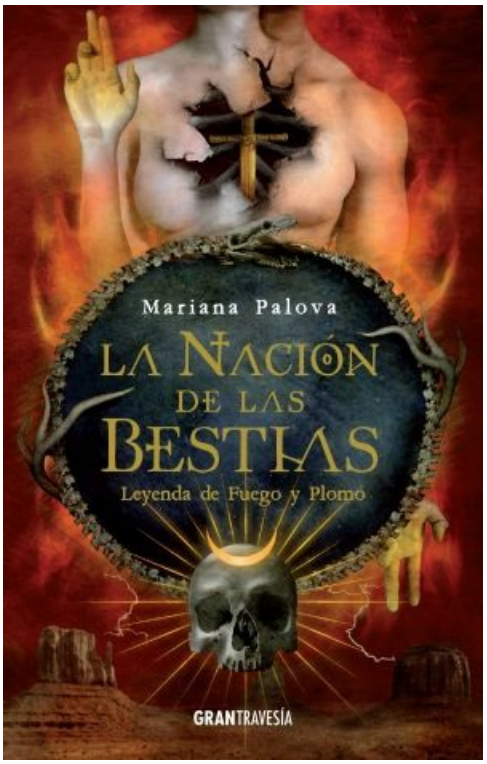
El libro rojo de ~~Laurel~~ Elisse (II)
Capítulo 54. El mensajero
Capítulo 55. Un bosque liminal
Capítulo 56. Golmá
Capítulo 57. *A Witch is a Witch is a Witch*
Capítulo 58. Una premonición engañosa
Capítulo 59. Tránsito
Capítulo 60. Fragmentación
Capítulo 61. Mamá
Capítulo 62. Nosotros
Capítulo 63. Los habitantes de la niebla
Capítulo 64. Una magia triste
Capítulo 65. Sigilo
Capítulo 66. Falsa bruja
Capítulo 67. Palabras de poder
Capítulo 68. Deuda generacional
Capítulo 666. Ars Goetia. (El Camino de la Mano Izquierda)
Capítulo 69. Evocación
Capítulo 70. Magia Sexualis

Capítulo 71. Nalvage
Capítulo 72. El secreto de la gallina negra
Capítulo 73. Vaasaa
Capítulo 74. La lengua de Adán
Capítulo 75. Una verdad insignificante
Capítulo 76. Anzuelo
Capítulo 777. Raxnal
Capítulo 78. El trono celeste
Capítulo 79. Un último pacto
Capítulo 80. Consorte
Capítulo 81. Cinco escobas a medianoche
Capítulo 82. El brujo y el lobo

CUARTA FASE
UN MONSTRUO COMPLETO

Capítulo 83. Un último emisario
Capítulo 84. Puerta al cielo
Capítulo 85. Ofrenda
Capítulo 86. El jardín de las delicias
Capítulo 87. Fin del contrato
Capítulo 88. La columna de la tierra
Capítulo 89. Fugitivos
Capítulo 90. Leaaloc
Capítulo 91. El martillo de las brujas
Capítulo 92. La antesala de los querubines
Capítulo 93. La gran tribulación
Capítulo 94. La puerta de los mil brujos
Capítulo 95. La última barrera
Capítulo 96. El Juicio Final I. Las tres trompetas de Gabriel
Capítulo 97. Judas
Capítulo 98. El Juicio Final II. Las tres trompetas de Gabriel
Capítulo 99. Caín y Abel
Capítulo 100. El Juicio Final III. Las tres trompetas de Gabriel
Capítulo 101. Una última mentira
Capítulo 102. Los siete nombres de Dios
Capítulo 103. El último sendero
Capítulo 104. La caída del paraíso
Capítulo 105. Ésta es…
Capítulo 106. La última puerta…
Capítulo 107. Antes del…
Capítulo 108. Despertar
Capítulo 109. El monstruo de hueso
Capítulo 110. El lobo con la piel de trueno
Capítulo 111. El triunfo de la luna
Capítulo 112. El Dios de los brujos

Agradecimientos
Datos de la autora
Página de créditos


Mariana Palova
LA NACIÓN DE LAS BESTIAS
Leyenda de Fuego y Plomo
GRANTRAVESÍA

La nación de las bestias. Leyenda de fuego y plomo

Palova, Mariana
9786075572406
608 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Al principio, Dios creó una criatura maravillosa. Pura, inmortal y perfecta... Pero al mirarla, supo que también era monstruosa, así que la partió en dos."

Obligado a separarse de su familia, Elisse abandona la fantasmagórica ciudad de Nueva Orleans para arrojarse en una salvaje contienda a través de Estados Unidos, con el único propósito de proteger a quienes ama de los inquietantes misterios que envuelven su existencia.

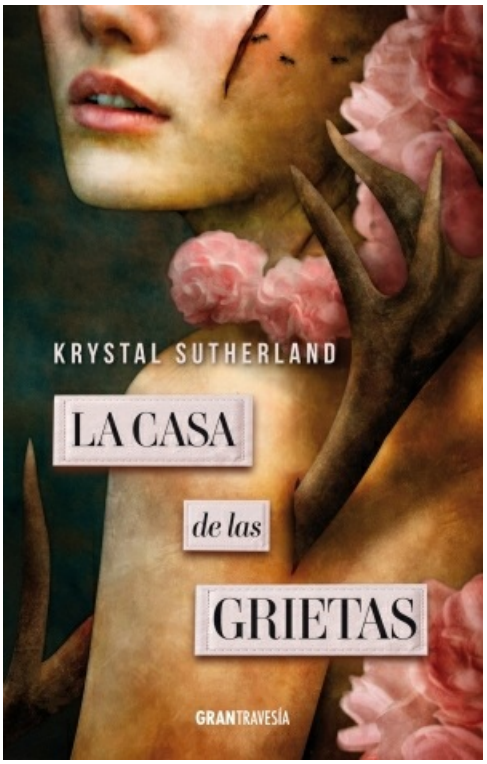
Pero Elisse no viaja solo. El monstruo dentro de él ruge con fuerza, y su peregrinaje lo lleva a los paisajes desérticos de Utah. Allí conoce a Adam, un peculiar chico con el que comienza a establecer un importante vínculo emocional. Pero el desierto esconde secretos terribles, y Elisse tendrá que tomar, una vez más, una decisión que puede poner en peligro no sólo su vida, sino la de una nueva familia de errantes desesperados por su ayuda.

Los lazos de lealtad serán puestos a prueba y el más valiente será el único sobreviviente.

¿Tienes el coraje de pelear al lado de Elisse?

Bienvenidos de nuevo a nuestra Nación.

Cómpralo y empieza a leer


KRYSTAL SUTHERLAND
LA CASA
de las
GRIETAS
GRANTRAVESÍA

La casa de las grietas

Sutherland, Krystal
9786075575766
334 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Iris, Grey y Vivi Hollow son tres hermanas incuestionablemente extrañas. Cuando eran niñas, desaparecieron en una calle de Edimburgo y regresaron un mes más tarde sin recordar lo sucedido. A partir de ese momento comenzaron a experimentar cambios espeluznantes. Primero, su cabello oscuro se volvió blanco. Luego, sus ojos azules se tornaron negros. Y aunque nunca aumentan de peso, comen sin mesura, incapaces de aplacar su insaciable apetito. La gente las encuentra insoportablemente bellas, inquietantemente excitantes e inexplicablemente peligrosas.

Pero ahora, diez años después, Grey desaparece dejando unas pistas confusas sobre su paradero e Iris y Vivi comienzan su búsqueda. Sin embargo, no son las únicas que están tras ella. Las dos hermanas sufren persecuciones que rozan lo sobrenatural, mientras comienzan a darse cuenta de que la historia que les han contado sobre su pasado se desmorona y que el lugar de donde volvieron aparentemente ilesas hace diez años, podría estar reclamando su regreso.

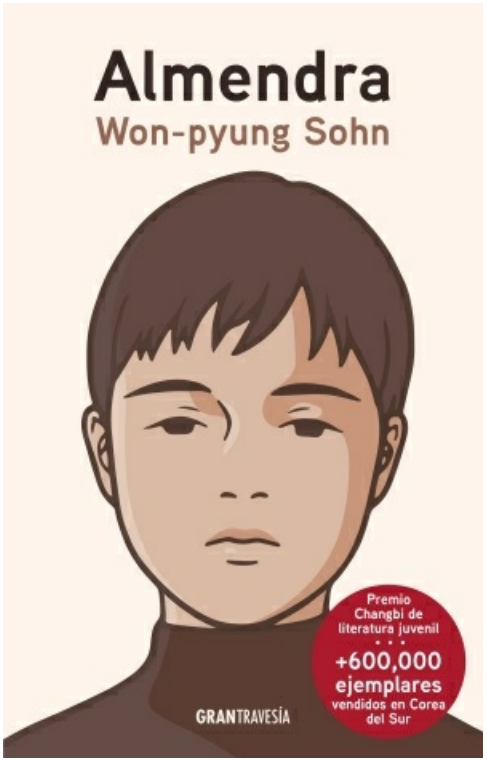
«Un cuento de hadas moderno, exuberante y oscuramente retorcido.»
Kirkus Reviews

« Esta historia te subirá por la columna vertebral, se deslizará debajo de tu

piel y se te quedará pegada como la miel.» Samantha Shannon, autora superventas de *La era de huesos* y *El priorato del naranjo*

« Este inquietante cuento de hadas moderno te envolverá como una niebla brillante antes de colarse por tu garganta.» Melissa Albert, autora de *La puerta del bosque*

Cómpralo y empieza a leer


Almendra
Won-pyung Sohn
Premio Changbi de literatura juvenil
+600,000 ejemplares
vendidos en Corea del Sur
GRANTRAVESÍA

Almendra

Sohn, Won-pyung
9786075573137
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Esta historia habla de un monstruo que se encuentra con otro monstruo. Uno de esos monstruos soy yo."

Yunjae nació con alexitimia, una enfermedad que le impide reconocer y expresar emociones, y que está asociada a un crecimiento inferior de la amígdala cerebral, generalmente del tamaño de una almendra. Su madre soltera y su abuela hacen todo lo posible por ayudarlo a relacionarse con los demás, si bien en la escuela se enfrenta a la intimidación y al rechazo de sus compañeros por su comportamiento indolente. Pero un día ocurre la tragedia: en la tarde de su decimosexto cumpleaños, la madre y la abuela de Yunjae son víctimas de un violento ataque callejero que termina con su abuela muerta y su madre postrada en cama en estado vegetativo. Yunjae tendrá entonces que vivir solo y encargarse de la librería de libros usados de su familia.

Es entonces cuando sucede el inesperado encuentro con Gon, un chico volátil, propenso al mal humor y a las peleas, que ha sufrido una infancia traumática. Ambos son polos opuestos, pero el rechazo que sufren —cada uno por diferentes razones— por una sociedad que no los entiende, hace que pasen de ser enemigos, a cultivar una peculiar amistad.

¿Podrá la relación con Gon, el encuentro con una chica llamada Dora que sólo sueña con correr, y su intervención en una situación de vida o muerte, despertar todas las emociones que Yunjae no había experimentado antes?
"Una obra audazmente original que explora las profundidades de la condición humana con un inesperado sentido del humor."
Entertainment Weekly
Premio de los libreros de Japón 2020.

Cómpralo y empieza a leer

Madeleine L'Engle
UNA ARRUGA EN EL TIEMPO
GRANTRAVESÍA

Una arruga en el tiempo

L´Engle, Madeleine
9786077358701
236 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Física cuántica y romance adolescente en una alocada odisea espacial. Un clásico inclasificable de la literatura juvenil.

Meg Murry, nuestra protagonista, tiene problemas para adaptarse en la escuela, es difícil adivinar que sus padres son científicos. Papá desapareció tiempo atrás en extrañas circunstancias, pero mamá no ha perdido la esperanza de volver a verlo. Su hermano pequeño, Charles, es un niño prodigio; su mente posee una percepción excepcional que le permite ver más allá de las apariencias. Es esa habilidad la que les permitirá encontrarse con las señoras Qué, Cuál y Quién, y descubrir que detrás de ellas se esconde un increíble secreto, "la arruga en el tiempo" que puede llevarlos a otros mundos. Justo lo necesario para emprender la búsqueda de su padre perdido, ¿no creen? En el espacio exterior no existe el aire, así que respira hondo y prepárate a viajar junto a Meg, Charlie y su amigo Calvin para averíguarlo.

Cómpralo y empieza a leer

MATAR
UN
REINO
La tierra pertenece a los humanos.
Pero el mar... el mar es nuestro.
ALEXANDRA CHRISTO
GRANTRAVESÍA

Matar un reino

Christo, Alexandra
9788412177954
420 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Con una colección de diecisiete corazones de príncipes en su haber, Lira es una sirena venerada en todos los confines del reino submarino. Pero un desliz provoca que su madre, la Reina del Mar, la transforme en lo que más aborrece: un ser humano. Privada de su canto. Lira dispondrá hasta el solsticio de invierno para entregar el corazón del príncipe Elian a la Reina del Mar o permanecer como humana para siempre. A pesar de ser el heredero del reino más poderoso de la Tierra, para el príncipe Elian el océano es su verdadero hogar; y dar caza a las sirenas, su misión en la vida.

Cuando rescata a una mujer a punto de morir ahogada, sabe que es más de lo que aparenta, pero ella promete ayudarlo a encontrar la clave para exterminar a las sirenas para siempre. ¿Podrá Elian confiar en su palabra? ¿Y hasta dónde tendrá que ceder para erradicar al más temible enemigo del hombre?

"La magnífica construcción del mundo y una acción trepidante mantendrán embelesados a los lectores en esta maquiavélica reinterpretación de La sirenita." Booklist

"Los aficionados a la fantasía amarán esta historia de príncipes piratas y sirenas asesinas." School Library Journal

Cómpralo y empieza a leer